CHILE.

RELACIONES HISTORICAS

POR

B. VICUÑA MACKENNA.

RAFAEL JOVER, EDITOR.

SANTIAGO
S. FRANCISCO, 66.

LIMA
AUMENTE, 128.

VALPARAISO
VICTORIA, 124.

SANTIAGO DE CHILE:—IMP. DE LA LIB. DEL MERCURIO DE E. Undurraga y Ca.
Morandé, 38.

EL CRUCERO

DE LA

"ROSA DE LOS ANDES."

Al señor don Antonio Escobar

A cuya noble jenerosidad debe su existencia el mas famoso paseo público de la América meridional, consagra estos recuerdos de las glorias adquiridas por los chilenos en el suelo de su patria

EL AUTOR.

ABRIL 1.º DE 1877.

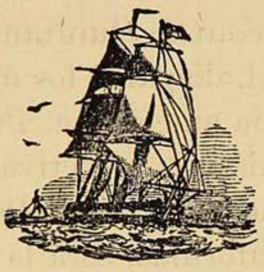
EL CRUCERO

DE LA

"ROSA DE LOS ANDES"

O EL PASO

DEL ISTMO DE PANAMA POR LOS CHILENOS.



"Al benemérito capitan Illinworth, a sus conocimientos náuticos i a su distinguido valor se debió en gran parte la libertad de las costas del Pacífico de la Nueva Granada, que tan útil fué como base de operaciones para arrojar a los españoles del vasto departamento de Quito."

(*Restrepo.—Historia de Colombia, vol.* III, *páj.* 14.)

"Avant de quitter cette côte, je voudrais parler d'un corsaire chilien qui avait fait trembler les habitants lorsqu' ils étaient sous la domination espagnole."

(*Lafond.—Voyage dans les Amériques, vol.* II, *páj.* 103.)

"I believe I am the first who has ever imagined the passing of the Isthmus in the way now done."

(*Carta del comandante Illinworth a orillas del Atrato, el* 5 *de febrero de* 1820.)

I

El mar Pacífico está lleno de leyendas heróicas i desconocidas, i cupo en ellas a nuestra patria la glo-

ria de haber sido las mas veces la iniciacion, el brazo, la victoria. Fué Chile el que armó los primeros corsarios contra la bandera española; fué Chile la nacion marítima que lanzó de sus playas la primera escuadra; fué Chile el que con el pecho de sus hijos, cerró la embocadura del Estrecho a los últimos convoyes españoles, haciéndolos buena presa en el primer ensayo de sus quillas; fué Chile el que hizo venir del Viejo Mundo al mas famoso nauta del siglo despues de Nelson; i fué Chile, por último, el que en la rada del Callao, contra Rodil, i en la rada de Ancud, contra Quintanilla, tan tenaz i heróico como aquel, disparó los últimos cañonazos de la independencia americana. Por eso, cuando se escriba un dia la historia colectiva de las hazañas de las naciones que bordan el Pacífico, desde las Guaitecas a las Californias, será la estrella que los chilenos enclavaron como una esperanza i una guia en su pendon, la que irá apareciendo entre las ondas como el símbolo de la redencion comun. La bandera de Chile fué en las guerras navales de la América, lo que el astro que precede al alba del dia: la precursora de la luz, el rumbo seguro de las naves, el faro de la victoria.

II

Por ésto nosotros, que hemos contado ya las temerarias proezas de los primeros corsarios que

surjieron del cañon de Chacabuco, damos hoi preferencia a la primera campaña marítima organizada en nuestras costas bajo los auspicios directos del gobierno independiente, despues de Maipo (1).

Llamóse esa espedicion, que paseó triunfante la bandera de Chile durante mas de dos años en las costas occidentales de Colombia, el *Crucero de la Rosa de los Andes*; i aunque algunos de sus episodios han sido narrados en papeles contemporáneos i en ensayos posteriores, ha faltado hasta hoi la compajinacion que merecian los servicios i las proezas, los infortunios i la gloria de sus tripulantes.

Esa compajinacion es la que ofrecemos hoi a los lectores de estas narraciones, destinadas a popularizar grandes hechos que no caben en la historia o que todavía no han encontrado lugar apropiado en sus anales. I para ilustrar debidamente los oríjenes i los justificativos de esta leyenda del mar, i hacer mas fáciles las referencias del texto, nos será permitido enumerar en seguida, conforme a nuestra costumbre, las fuentes principales de que aquella se deriva.

Son éstas las siguientes:

I. Relacion inédita de la vida i servicios del jeneral don Juan Illinworth (el capitan de la *Rosa de los Andes*), escrita espresamente para nuestro uso en un

(1) Sobre los primeros corsarios, véase mas adelante la narracion que tiene por título *El primer corsario chileno*.

volúmen de mas de cien pájinas en folio, por su digna viuda la señora Mercedes Décima-Villa. (Guayaquil, noviembre de 1876.)

II. Correspondencia inédita del jeneral Illinworth relativa especialmente al paso de los chilenos al Atlántico desde la bahía de Cupica en el Pacífico, i que nos ha sido enviada por el señor Alcides Destruge, hijo político de Illinworth.

III. Archivo de los escribanos de Valparaíso, donde se rejistran algunas escrituras i documentos sobre el armamento de la *Rosa de los Andes.*

IV. Archivo del Ministerio de Marina.

V. La *Gaceta Ministerial de Chile* (1819 i 1820), en que se rejistra la correspondencia oficial del capitan Illinworth con el gobierno de Chile.

VI. Una interesante conferencia leida en la *Sociedad de los Amigos del país* el 29 de mayo de 1869, sobre el *Crucero de la Rosa de los Andes*, por don Gavino Vieytes, basada particularmente en las publicaciones de la *Gaceta Ministerial* i en los datos orales de un oficial chileno que hizo la campaña de la *Rosa* en calidad de alférez de artillería. Fué éste don Francisco Xavier Fierro i Calvo, que falleció en Santiago en la mas completa oscuridad, el 25 de mayo de 1866.

VII. Relaciones orales del último sobreviviente de la tripulacion de la *Rosa de los Andes*, don Pedro Nolasco Jofré, residente actualmente en Limache.

VIII. *Paper on surveys and reconnissances of the*

American Ysthmus by comodore D. Ammes.—New York, 1876.

III

En los últimos dias de diciembre de 1818 plegaba sus velas en la bahía de Valparaíso una pequeña fragata de cuatrocientas toneladas, que desde léjos se hacia notar por su aparejo i los cortes finos i elegantes de su quilla. El ojo esperto del marino echaba inmediatamente de ver que aquel barco habia sido construido para las aventuras del océano o que, por lo ménos, era a propósito para acometerlas: era una gaviota del mar.

Llamábase la *Rosa*, i a su bordo habia llegado lord Cochrane embarcado furtivamente en Bolonia, enganchado (es la palabra exacta) para ser el libertador marítimo de cuatro naciones del Pacífico.

IV

No es ésta la ocasion de hablar de ese hombre ilustre i famoso, ni de recordar sus glorias ni sus impertinencias, su coraje sublime i su avaricia insondable como los abismos en que la saciaba. Ni queremos hacer tampoco memoria de su primer enfado con el gobierno de Chile porque no le dieron, desde que puso el pié en la playa, una casa cómoda i a su gusto ingles para alojar su preciosa *lady* en Valparaíso; ni las vacilaciones supremas del gobierno de San-

tiago para nombrarle almirante, por no hacer ofensa a la Inglaterra, de donde aquel heróico huésped llegaba prófugo i proscripto; ni por último, la penuria indecible del erario de un país mas heróico todavía, que se esforzaba por crear una escuadra poderosa cuando no tenia ni siquiera unas pocas tablas para dar cómoda hospitalidad a su caudillo. "Se nos ha venido encima el lord Cochrane (escribia confidencialmente al director O'Higgins el gobernador marítimo de Valparaíso don Luis Cruz, anunciándole la llegada de aquel) i nos ha pillado sin un cuartillo para recibirlo".....Ese era Chile ántes de la era de los fáciles millones. Su arca estaba siempre exhausta; pero del fondo de sus jenerosas entrañas sacaban sus hijos todo lo que la patria habia menester para pelear, para vencer, para morir. La era completa de la independencia de 1810 a 1826 no costó a Chile ni la *tercera parte* de los 93 millones que prodigó su última administracion.

V

Pero si la vida i las victorias del glorioso conde de Dundonald, rival de Nelson en el Viejo Mundo, sin rival posible en el Nuevo, pertenece de derecho a las pájinas de mas abultada i laboriosa historia, venia a su lado i como comandante de la *Rosa*, un jóven marino, que bastará a llenar con su simpática i valerosa figura las leves hojas de esta leyenda.

Llamábase el último Juan Illinworth, cuyo apellido corre españolizado con la ortografía de *Illingrot*, i habia nacido de una buena familia comunera en Stockport, ciudad del condado de Chester, el 10 de marzo de 1786.

Contaba, en consecuencia, Illinworth 15 años en el primero del presente siglo, i a esa edad entró al servicio de S. M. B. como aprendiz. Los ingleses imitan a los lobos de mar, cuyo nombre a sí propios se dan con orgullo, porque echan al agua sus cachorros tan pronto como salen de la grieta que les ha servido de cuna.

VI

El primer ensayo del grumete británico no fué feliz, porque el navío que montaba, llamado el *Venerable*, naufragó en Torbay, a poco de estar aquel a su bordo. Un naufrajio terminó tambien en el Pacífico el último i glorioso crucero del comandante Illinworth, veinte años mas tarde.

VII

Diez años despues de aquel fracaso, el jóven Illinworth era ya un oficial de distincion, i mas que ésto, era un héroe.

Tenemos a la vista los partes oficiales del jefe a cuyas órdenes servia aquel en calidad de piloto (*mate*), i en ellos se hace especial mencion del heroismo

(gallantry) con que Illinworth, en dos ocasiones, atacó a descubierto baterías francesas en la bahía de Quiberon, clavó sus cañones i demolió sus trincheras a la vista del enemigo i bajo el tiro de sus reductos. El buque en que servia en esa ocasion, era la *Surveillante*, capitan Collier (1).

VIII

El bizarro piloto de la *Surveillante* fué ascendido a teniente i en esta capacidad hizo en el navío *Carolina*, en 1812, la esforzada campaña de la isla de Francia, cuya conquista costó a la marina inglesa tantas vidas por las balas francesas i por el clima.

IX

En consecuencia del estado de su salud, regresó Illinworth a Inglaterra en 1813, i aunque emprendió todavía una corta campaña marítima en Holan-

(1) *Anales de la marina inglesa*, serie correspondiente a 1810, páj. 1488. Hácese tambien mencion de este glorioso hecho de armas de Illinworth ejecutado a media noche, i se alaba con justicia su nombre en la *Historia Naval de la Gran Bretaña* por William James (Lóndres, 1847), vol. V, páj. 234. Con mayor detencion todavía se cuenta esa hazaña del capitan Illinworth en el libro titulado *Battles of the British Navy*, by Joseph Allen, vol. II, páj. 339.

Despues de contar el hecho, el último autor dice:—«Mr. Illinworth fué mui justamente ascendido el 1.° de agosto de 1811.»

da i en Dinamarca con Sir Samuel Warren, en el *Blenheim*, sus dolencias le obligaron a buscar en el benigno clima del sud de Francia i del Mediodía de España su salud perdida. Pasó en esos países cerca de tres años (1815-17), i junto con recobrar las fuerzas, adquirió con mas que mediana perfeccion el conocimiento del frances i del español.

X

Debió tener esta última circunstancia alguna parte en la eleccion que el ajente chileno en Lóndres, don José Antonio Alvarez Condarco, hizo del jóven marino para confiarle el mando del buque que condujo secretamente a nuestras playas a lord Cochrane, tomándolo a su bordo en el mes de agosto de 1818. La *Rosa*, que yacia en el Támesis, se habilitó como para una empresa de colonizacion en el rio Columbia, al norte del Pacífico, i para mejor disimular esta ficcion, hizo Illinworth, por encargo de sus armadores, un corto viaje a Alemania en demanda de emigrantes, en los primeros meses de aquel año. Pero volvió sijilosamente a Lóndres, dióse a la vela, i tocando como de arribada en Boulogne *sur mer*, tomó a su bordo a lord Cochrane, que, prófugo de su patria despues de su gloria i su codicia, vivia desde hacia algunos meses refujiado en Francia.

XI

Tenemos ya referido cómo la *Rosa* hizo su entrada en Valparaíso en los últimos dias de 1818, i cómo sus condiciones marineras fueron apreciadas desde su aparicion por codiciosos espertos. El gobierno mismo se interesó por hacer su adquisicion. Mas ¿cómo habria podido comprar la nave conductora si no habia encontrado un solo real en el fondo de su caja para hospedar al mas señalado de sus pasajeros?

Pero en aquella edad de milagros—porque fué Era de puro i levantado patriotismo—todo se realizaba por via de milagros. El alma de Chile no habia sido todavía amortajada en billetes de banco.

San Martin i O'Higgins, unidos en un solo pensamiento, cual era la libertad del Pacífico, hicieron un llamamiento al ejército chileno-arjentino i pidieron al jefe, al subalterno i al soldado que, como un heraldo de sus propias glorias i conquistas, enviaran a las costas enemigas aquella ájil quilla precursora de sus armas. Tal idea encontró calorosa acojida, i en un mes dado, en enero o febrero de 1819, desde el jeneralísimo del ejército hasta el último tambor, depositaron la tercera parte de su escaso sueldo para comprar i armar la *Rosa* para el corso i para la guerra.

XII

Aunque la *Rosa* tenia arboladura de fragata, militarmente se la consideraba como una fuerte i velera corbeta de guerra, capaz de 36 cañones, i con este armamento se la juzgó capaz de hacer pasear ufana en el Pacífico, no como corsario sino como buque de guerra de la República de Chile, su jóven bandera, que hasta entónces habian enarbolado solo atrevidos corsarios particulares:—la *Fortuna*, el *Chileno*, el *Bueras*, el *Maipú lanza-fuegos* i otros bergantines i lanchones de menor porte i menor nota.

El buque del capitan Illinworth recibió oficialmente el nombre de *Rosa de los Andes*, en memoria i honor del ejército glorioso que lo habia equipado: el "ejército de los Andes".

La campaña que iba a emprender la *Rosa*, no era propiamente un crucero de corso. Tenia una mision mista, política, militar i de depredacion armada contra el comercio español, desde el Perú a las Californias. Por una parte pretendia el gobierno las lejítimas ganancias de un crucero para distribuirlas al ejército habilitador, i por la otra se proponia despertar el patriotismo de los habitantes de las costas del Perú, desde Arica a Guayaquil i desde Guayaquil a Panamá, a fin de preparar el campo a la escuadra i al ejército libertador que ya alistaban

de consuno, el uno como almirante i como jeneralísimo el otro, Cochrane i San Martin.

XIII

Para realizar un plan tan serio, era indispensable confiar la nave mensajera a un hombre de tacto, que uniera a un probado valor la sagacidad i la prudencia de un caudillo: ese hombre, cortado al molde del requerimiento, era el capitan Illinworth, bravo e inflexible como el hacha de abordaje, pero cuya ciencia náutica i "distinguidos talentos militares", probados mas tarde en arduas ocasiones, le colocaban a la altura de los primeros jefes del Pacífico. Lord Cochrane respondia por él, i esa fianza armaba héroes, como la espada de los reyes hacia antiguamente caballeros.

XIV

El capitan Illinworth se ocupó inmediatamente de organizar su espedicion; i era tal el entusiasmo que en esos años despertaban las aventuras del mar i sus ensueños de gloria i de fortuna, que en ménos de un mes, la *Rosa de los Andes* contaba a su bordo 550 tripulantes. Era todo lo que cabia en sus coyes, en sus cureñas, en el fondo de sus pañoles.

XV

Las fuerzas estaban distribuidas casi por mitad

entre tropas de desembarco i marineros, éstos casi todos estranjeros, ingleses, norte-americanos, rusos, italianos, suecos, griegos, malayos, de todas las naciones del mundo, escepto españoles. Los soldados eran tambien por mitad chilenos i arjentinos. Noble i lejítima alianza que insensatas polémicas de papel i de desiertos amenazan quebrar hoi dia!

Servia como segundo de Illinworth el bravo pero indisciplinado teniente don Raimundo Morris, norte-americano de nacimiento, que habia venido de Mendoza en uno de los batallones arjentinos i que despues de haberse batido en Chacabuco, habia sido el libertador de los próceres proscriptos en Juan Fernandez i en seguida el feliz apresador de la *Perla* en Valparaiso. Era un mozo valiente pero de escasa moral, voluntarioso i arrogante, que estaba muchos grados bajo el nivel del alto e hidalgo pecho de su jefe, i en cuyo ánimo la intrepidez natural tenia casi siempre por aliado al alcohol. Los demas tenientes, ingleses o americanos, llamábanse Samuel Portuds, Guillermo Jones, Simon Seymour i Pedro Mc. Gillin. Un Estévan Hort era el piloto, i dos ingleses llamados en el lenguaje de los escribanos, cuya ortografía estranjera es siempre una curiosidad, *Wachifia* Ceerulley i "Fulano" Bingham eran los médicos. El contador i el amanuense principal eran chilenos. Llamábase el primero José Villarreal i el último Pedro Nolasco Jofré, el mismo que hemos dicho nos ha trasmitido sus ya vacilantes recuerdos

de una campaña a que asistió siendo niño. Jofré habia nacido en Valparaíso i en la que hoi se llama calle del Peligro, en 1802, i tenia a la sazon 17 años (1).

XVI

Componíase la tropa de desembarco de doscientos soldados de diferentes cuerpos del ejército de los Andes, i habíase confiado su mando a un jóven i valiente oficial frances llamado Desseniers. El viajero frances Lafond, que le encontró años mas tarde en Guayaquil, asegura que aquel habia sido un brillante capitan de lanceros en el ejército de Napoleon.—Iban a sus órdenes un capitan Rico i un Cael de *Jersieure* (ortografía del escribano Menares) en calidad de teniente.

La artillería de tierra, compuesta de un destacamento de 25 hombres, estaba a las órdenes de un modesto pero bravo oficial chileno, que ya hemos encontrado, don Francisco Fierro, muerto en triste olvido hace diez años.

---

(1) Segun ésto, el último tripulante de la *Rosa de los Andes* ha cumplido 75 años, i es notable la robustez de su familia, porque viven todavía tres hermanos suyos, que entre todos suman *trescientos* años de vida.

Son éstos, don Ramon Jofré, antiguo jefe del gremio de jornaleros de Valparaiso, que cuenta 78 años i acaba de contraer terceras nupcias en lozana salud; don Pablo, antiguo marino, de 77 años, i doña Feliciana, cuya edad es galantería no consignar por entero. Baste con afirmar que entre los cuatro hermanos han vivido 303 años: el resto es solo regla de proporcion.

Los Jofré, que llevan camino de ser los Matusalen de Chile, eran hijos de un honrado agricultor de Vichuquen, don Juan Jofré, colector de sisa en Valparaíso, i de doña Mercedes Frítis, cuyo abuelo, don Baltasar Frítis, natural de Valparaíso, vivió 109 años.

XVII

Encontrábase todo listo a bordo para emprender el crucero del Pacífico el 24 de abril de 1819, esto es, cuatro meses despues del arribo de la *Rosa* a Valparaíso, i ese dia se ajustaron sobre su cubierta, por escritura pública, las capitulaciones que sus tripulantes, de capitan a paje, celebraron con sus aviadores, que eran todos los individuos del ejército unido, desde jeneralísimo a pífano. Representaban legalmente a éstos el ingles don Guillermo Anderson, uno de los primeros i mas honorables corredores de comercio en Valparaíso, i don Antonio Arcos, hábil injeniero español i triste fundador de la escuela del ajio oficial en nuestra tierra, que si es feraz para el buen grano, multiplica de una manera prodijiosa todas las malezas que el viento arrastra a sus valles. Arcos habia fugado cobardemente del campo de batalla de Cancha-Rayada i escondídose en la bodega de un buque en Valparaíso. Esto acontecia en marzo de 1818. En marzo de 1819, Arcos era banquero i habilitador del gobierno de Chile...

XVIII

Segun esa capitulacion, que orijinal consultamos, las presas se dividirian por mitad entre los captores i los aviadores. Pero el jefe de la espedicion tenia derecho a reservar veinte partes de presa para distribuirlas entre los mas bravos. El primero

que saltase sobre la borda enemiga, adquiria derecho a tres partes de presa, i los doce que le siguieran en primera fila, a dos partes cada uno. A quien cupiese la casual ventura de avistar ántes que sus camaradas la vela cautiva, se le doblaria su porcion de presa a fin de estimular por ese camino la comun vijilancia. En cambio, el ebrio, el indisciplinado i el ladron perderian a favor de sus compañeros todos sus derechos. Del comun de los valores capturados se apartaria, por acuerdo jeneral, el uno i medio por ciento para los que quedasen inválidos, i por último, se pagaria a los consignatarios comunes, Arcos i Anderson, el diez por ciento de los productos, como ajentes de presa. "En el dia mencionado firmóse este pacto a bordo de la fragata corsaria los *Andes*, por la mayor parte de los oficiales i empleados civiles que en ella se encontraban embarcados," dice el documento orijinal del solemne compromiso contraido en la víspera de hacerse al mar (1).

XIX

Habíase ya dictado por el laborioso cuanto ilustre ministro de marina don José Ignacio Zenteno, el reglamento de corso (noviembre 15 de 1817) i recientemente (enero 26 de 1819) el reglamento de presas, que regulaba el servicio de los corsarios na-

(1) Protocolo del escribano José Manuel Menares. Escritura de 24 de abril de 1819. (*Archivo jeneral de Valparaiso.*)

cionales. Para lo último habíase adoptado el sistema ingles, que conferia ocho partes de presa al almirante o jefe superior, veinte octavas partes al comandante, una octava parte a los oficiales, de teniente arriba, una octava parte a los guardiamarinas, una octava parte a los marineros primeros i la última octava a los marineros segundos.

En cuanto a las presas que no fuera posible conducir a puertos amigos, el reglamento de 1817 autorizaba su incendio, al arbitrio del comandante; pero bajo pretesto alguno era permitido dar soltura a la mas pequeña quilla del enemigo (Art. 13).

Prohibíase severamente la venta de los esclavos que se capturasen "porque este país—decia noblemente la disposicion legal—detesta la esclavitud i ha prohibido este mal comercio a la humanidad." En cambio, se abonaba por el Estado 50 pesos por cada negro esclavo que fuera traido a nuestras playas para incorporarlo al ejército libertador (1).

XX

En cuanto a las leyes penales del corso a bordo de las naves chilenas, eran aquellas tan severas como las circunstancias podian permitirlo. Lo que mas se castigaba era el delito mas acostumbrado en el océano: la ebriedad. Aplicábase al delincuente cuatro dias de cepo por la primera vez, a pan i

(1) Reglamento del Corso de 15 de noviembre de 1817, art. 17.

agua, esta última como correctivo del alcohol, i en caso de reincidencia, seis *sambullidas* (así dice el art. 18) desde el penol de la verga mayor i en plena mar. Era éste el sistema curativo del bálsamo de Fierabras aplicado en dósis análogas, esterior e interiormente:—el agua salada contra el agua ardiente. Para delitos mayores de disciplina o moralidad, el azote al pié de la cureña; para el motin, la muerte.

XXI

El viento de la fortuna sopló desde las primeras horas con anchas ráfagas sobre el velámen de la *Rosa de los Andes*, porque habiendo salido de Valparaíso en los primeros dias de mayo, ántes de cerrarse el mes, habia enviado una rica presa a ocupar el puesto que dejara vacío en el fondeadero (1).

Resultó ser ésta la fragata española *Vascongada*, llamada tambien *Los Tres Hermanos*, i como se rindiera sin resistencia en las dereceras del Callao, fué enviada a Valparaíso para ser condenada i vendida. Segun uno de los noveles tripulantes de la *Rosa de los Andes*, impresionado por las sorpresas del mar, el cargamento de aquel barco, compuesto

(1) El señor Vieytes i la señora viuda del jeneral Illinworth creen que la *Rosa* se hizo a la vela el 5 de abril de 1819, aniversario de la victoria de Maipo. Pero este es un evidente error. La *Rosa* estaba en Valparaíso el 24 de ese mes, segun la escritura que hemos recordado. El error viene de que en la hoja de servicios del alférez Fierro dice que se *embarcó* el 5 de abril. Pero si se *embarcó* ese dia, no quiere ésto decir que dejara en esa misma fecha el surjidero. Tal vez el dia de su partida fué el 5 de mayo.

de "paños españoles i de reloxes ingleses," era un monton de oro cuyo valor pasaba de doscientos mil pesos (1).

No es de presumir, sin embargo, a pesar de la estóica impasibilidad i pereza secular de los marinos españoles en el Pacífico, que aventurasen tesoros de tamaña cuantía cuando los corsarios corrian a su siga con estraño i feliz atrevimiento en todas las costas en que tremolaba todavía la bandera castellana. Al contrario, dada la alarma desde 1817 por la temeraria captura de la *Minerva* i de su rico cargamento en Arica—episodio de denuedo i de fortuna que en otro lugar referimos,—no salian de los puertos del Perú sino las naves fuertes, armadas completamente en guerra, como la famosa fragata *Piedad*, del comerciante peruano don José Larriva, la *Begoña*, que hizo frente a lord Cochrane en la ria de Guayaquil i otras. Ademas, por órdenes del virei del Perú, cruzaban en diferentes rumbos, en proteccion de sus costas i de su comercio, las fragatas de guerra *Esmeralda*, capitan Coy, la *Venganza* i la *Prueba*, fuera de otros cascos de menor porte. Mandaba la última de aquellas naves, que luego probaria sus fuerzas con la *Rosa de los Andes*, el comandante don José Villegas, que habia sido gobernador de Valparaíso durante el tiempo

(1) *Relacion* de Jofré, 1869.

de la reconquista i que mas tarde moriria en esa ciudad como simple profesor de matemáticas.

XXII

Habria de mostrar, en consecuencia, el comandante Illinworth la mayor cautela para no caer en una emboscada, i así navegaba siempre mar afuera i con la bandera española izada en sus masteleros. Gracias a este ardid, logró acercarse la *Rosa de los Andes*, en la altura de Santa Elena, a una robusta fragata española armada en guerra—la *Piedad*,—que hemos ya nombrado, i trabó con ella un mortífero aunque infructuoso combate, en la mañana del 24 de junio de 1819.—"A las 9 A. M.—dice el primer narrador de algunos de los episodios de esta atrevida campaña—se habian acercado tanto ámbos buques, que ya era imposible evitar un reconocimiento, i por consiguiente un combate a muerte: los españoles trataban como a piratas a las naves de guerra de sus colonias belijerantes. De pronto una blanca nube cubrió la arboladura del corsario i al eco sordo de un cañonazo, árriase la bandera española enarbolándose en lugar de ella el estandarte de Chile. No esperaba otra cosa la fragata enemiga, pues inmediatamente presentó las dobles baterías de sus costados i lanzó sobre la corbeta una lluvia de proyectiles que pasaron silbando por entre las jarcias de su arboladura. Al estrago producido por los cañones de una i otra parte, se agregó

luego el de la fusilería colocada en las vergas de ámbos buques: los combatientes percibian claramente las voces de mando i el lamento de los heridos: ¡tanto llegaron a acercarse!" (1).

XXIII

No parece que cupiera en aquel encuentro la mejor parte a la *Rosa de los Andes*, porque, si bien era de mucho vigor en la vela i el andar, por lo mismo su quilla no resistió ilesa a los disparos de la sólida fragata española que hacia fuego a tiro de fusil. Por otra parte, la imprudencia que se habia cometido de acumular un número escesivo de tropas de desembarco i de mar, hizo sumamente mortífero para los patriotas el encuentro de aquel dia. La nave chileno-arjentina no habia perdido ménos de cien hombres, porque el combate habia durado muchas horas.—"Terribles fueron—agrega el narrador que acabamos de citar—las pérdidas sufridas por la *Rosa de los Andes*, sin que ni el número de las víctimas, ni la calidad de los daños recibidos, hicieran pensar a los patriotas, ni en una cobarde rendicion, ni en una vergonzosa huida.—Ya el combate se habia prolongado hasta ponerse el sol, i el corsario chileno que principiara la accion con estraordinario vigor, disminuia visiblemente sus tiros por la falta de brazos; las dos terceras partes de su tripulacion ya-

(1) Vieytes, *Relacion* citada.

cian muertas o heridas, i mas de un balazo habia penetrado en su casco mas abajo de la línea de flotacion, de tal modo que el agua, penetrando por las bodegas, amenazaba echar el buque a pique; el palo bauprés i el timon habian sido inutilizados, al paso que sus velas se encontraban convertidas en jirones.—Los estragos producidos por nuestras balas, no eran menores en el puente de la fragata enemiga, pues, a pesar de la superioridad de sus fuerzas, no se encontró capaz de abordar a su adversario, abandonando el campo de la refriega a la caida de la tarde, no sin haber esperimentado por sí misma lo que valia un corsario insurjente combatiendo por la libertad de su patria."

XXIV

Introdújose cierto desaliento en la abigarrada tripulacion de la *Rosa de los Andes* despues de aquella sangrienta batalla, que habia carecido, si no de gloria, de botin. En realidad, el buque habia estado en grave peligro de irse a pique por la debilidad de su quilla, destrozada por las balas enemigas bajo su línea de flotacion. Pero el ejemplo que diera a cada cual en el combate i en el trabajo de las bombas el jefe comun, reanimó los espíritus i preparó el camino de nuevas empresas. Por fortuna, Illinworth encontró, a la mañana siguiente de su obstinado combate con la *Piedad*, dos buques balleneros

del comercio de Estados Unidos, i pudo reemplazar con parte de sus tripulaciones, no obstante las sérias protestas de sus capitanes, las pérdidas dolorosas de la víspera. En seguida se dirijió a las islas Galápagos, antiguo nido de piratas.

XXV

Pasó allí escondida en una ensenada i reparándose de sus averías la *Rosa de los Andes* durante un mes, al paso que sus tripulantes encontraban sabroso i reparador alimento en la carne i en los huevos de los numerosos cetáceos que pueblan sus arrecifes i le han dado su nombre. No falta alguna escasa aguada a aquel grupo calcinado por el sol del Ecuador, a cuya república hoi pertenece, i son tan abundantes las aves que viven de sus granos a la sombra de sus enanos bosques, que, segun el corsario Rogers, que allí habitó en 1709, sus marineros hacian provision de ellos matándolos a palos. En cuanto a la carne de la tortuga, si bien repugnábanla los chilenos i en jeneral los criollos americanos, en los primeros dias (como habia sucedido a lord Anson en la isla no lejana de Quibo, hacia ochenta años), convirtióse poco a poco en un manjar de delicioso sabor i preferencia para todos. Los tripulantes de la *Rosa de los Andes* no solo se mantu-

vieron sanos, sino que engordaron copiosamente durante su estadía en las Galápagos (1).

XXVI

Rehecho Illinworth lo suficiente para acercarse atrevidamente a las costas del continente, resolvió ejecutar un golpe de mano que aterrase a los españoles, i con este objeto puso rumbo hácia Panamá en el mes de agosto de 1819.

Para valorizar en su debido alcance el arrojo i la feliz oportunidad de los intentos de Illinworth sobre las playas de la antigua Colombia, hácese preciso arrojar una mirada rápida como la de las aves del océano, sobre los grandes acontecimientos que a la sazon tenian lugar en aquel inmenso país.

XXVII

Cuando la *Rosa de los Andes* soltaba sus velas a las brisas del otoño en los primeros dias de mayo de 1819, desde la rada de Valparaíso, Bolívar se mantenia en las llanuras del Apure, jugando la suerte de Venezuela, como en un tablero de llanos i de rios, con Morillo, que le vijilaba a la cabeza de

(1) Véase el *Viaje al rededor del mundo* del corsario ingles Woodes Rogers, Amsterdan, 1716, páj. 366.—Véase los viajes de lord Anson. *A voyage round the World*, Lóndres, 1767, páj. 216.

seis mil hombres, cual la zorra astuta acecha al ájil halcon.

Pero un dia, por uno de esos impulsos súbitos i sublimes que fueron la peculiaridad del jenio volcánico del Libertador, resuelve éste a abandonar en apariencias la partida empeñada con el hábil jeneral realista, para ir a dar a su contendor el jaque-mate de la estratejia americana en apartado paraje.

Deja Bolívar, en consecuencia, a Paez con mil jinetes para engañar a su adversario, i se lanza sobre los Andes granadinos seguido de dos o tres mil soldados aguerridos, con el propósito de libertar a Nueva Granada ántes que su propio suelo. Era la misma jugada que habia hecho San Martin en Chacabuco. Los verdaderos jenios son siempre encontradizos.

El 25 de mayo (otra fecha redentora de la América) emprende Bolívar su atrevido movimiento contra el virei Samano i su jeneral Barreiro, poderosos ámbos en Bogotá, como Morillo lo era en Venezuela. El 4 de junio pasa el Arauca, i el 5 de julio, despues de penalidades que convierten a sus soldados en espectros, está en Sacha, en tierra granadina, despues de atravesar los Andes por el horrible páramo de Tisba. El 11 de julio de 1819 tiene lugar el primer combate de los invasores en Gamesa, contra Barreiro, i ese encuentro es una victoria. Un mes justo mas tarde (agosto 11) libra Bolívar la famosa batalla de Boyacá, que fué mas que una

victoria, porque fué la libertad del Nuevo Mundo al norte del Ecuador. Maipo lo habia sido, un año hacia, de su parte austral.

Tal vez en ese mismo dia, (agosto de 1819), i miéntras Bolívar avanzaba por el oriente sobre Bogotá i entraba triunfante al palacio de Sebastian de Benalcázar, huyendo Samano a Popayan, la nave chilena hacia rumbo a Panamá como para completar en un círculo de gloria aquella era de libertad que brillaba para el setentrion de la América española.

XXVIII

Por ésto la aparicion de la *Rosa de los Andes* a mediados de setiembre en la rada de Panamá, coincidiendo con la completa derrota de los españoles en Bogotá i la fuga de su virei al sud, era de la mayor importancia política i estratéjica. Los opresores del suelo americano veian derribarse su antiguo imperio en todas direcciones, i al contrario, el corazon de los patriotas latia con las alas de la esperanza, ya al pié de los Andes, ya en las ciudades mediterráneas, ya en las solitarias costas que el Pacífico batia con sus ondas.

Illinworth ignoraba indudablemente lo que habia acontecido tan recientemente en el continente, pero con el vigor propio de su espíritu se preparó a asestar al poder español, en aquella parte de sus dominios, uno de esos golpes que, como los del rayo, fascinan i a la vez aterran.

En su viaje de Galápagos a Panamá, la *Rosa de los Andes* apresó el bergantin *Canton*, cuyo cargamento, segun uno de los captores, valia 60,000 pesos. Venia tambien a su bordo el ilustre americano don Vicente Rocafuerte, que pagó mas tarde merecido tributo a la hidalguía i jenerosidad con que el capitan captor trató su persona i su equipaje (1).

XXIX

Levántanse en la abierta i casi siempre apacible rada de Panamá, dilatada como un mar, dulce como un lago alpino, a manera de tres colosales esmeraldas engastadas en ancha taza de zafir, las islas de Flamenco, Perico i Taboga, que son tres rocas cobijadas de palmeras, del suculento matorral que da la deliciosa piña, de frondosos bosquecillos de mangos i de plataneros, en medio de los mil encantos naturales de los trópicos. Las dos primeras, tan famosas en las navegaciones antiguas del Mar del Sur, son desiertas i apénas bastarian al sustento de

(1) Rocafuerte—*Folleto* núm. 11, publicado en Lima en 1846.—Rocafuerte referia que traia varios miles de pesos en oro en polvo de las minas de Barbacoas, tesoro que Illinworth tuvo el desprendimiento de salvar, declarando que los vasos que lo contenian eran tarros de dulce. Este mismo hecho se encuentra referido en la vida del presidente Rocafuerte, escrita por su secretario, nuestro distinguido amigo don Pedro Carvo, actual candidato del partido liberal a la presidencia de la república del Ecuador, a que es tan acreedor como su antiguo jefe i maestro. Leimos i estractamos ese interesante trabajo en enero de 1860, a bordo del vapor *Limeña*, navegando entre Panamá i Guayaquil, pero ignoramos si ha sido dado mas tarde a luz.

una familia. La última, asiento hoi de la navegacion moderna por vapores, ostenta todavía una aldea de casas seculares de piedra de sillar i teja que el musgo de las lluvias cubre como una floresta en miniatura. Una fortaleza a barbeta, complemento de las formidables fortificaciones de Panamá, hoi caidas, como el pueblo, en tristes ruinas, defendia en la época de que tratamos, el desembarcadero i la isla. Dos bergantines armados protejian ademas la rada. Era gobernador de Panamá don Alejandro de Hore, oficial tan inculto como soberbio.

XXX

Illinworth resolvió atacar de frente el castillo de Taboga i los barcos que lo protejian. Encargó esta última operacion a los tenientes Jones i Mc. Gillin con las embarcaciones menores, i él mismo se puso a cañonear la batería de la isla. La última apagó, a los pocos tiros certeros de la *Rosa de los Andes*, sus fuegos, i los bergantines se rindieron.

Desembarcó en el acto Illinworth con el grueso de la tropa de tierra, i con los artilleros del alférez Fierro, que recibió una herida leve en la cabeza, tomó posesion del puerto, clavó los cañones, que eran de a 24, i se adueñó del pueblo i bosques circunvecinos, donde se habian refujiado los pocos enemigos que no habian sido hechos prisioneros. Cayó tambien en poder de los vencedores un fa-

moso caballo que, segun el último de los chilenos que ha sobrevivido al crucero de la *Rosa de los Andes*, hizo por algunos dias las delicias de sus paisanos, montando cinco o seis a la vez en sus poderosas ancas. Un caballo para el chileno es siempre un amigo; pero despues de un largo viaje por el mar, el lomo de esa noble bestia es para el chileno casi un hogar...

XXXI

Tuvo lugar el esforzado i feliz combate de Taboga el 17 de setiembre de 1819, como para festejar aquella víspera ya querida del dia de la patria, i despues de algunos dias de descanso i de refresco, Illinworth reembarcó su jente i dirijióse atrevidamente al desembarcadero de Panamá, que dista de allí tres leguas.—Ocurrió ántes de partir un lance lamentable, porque, habiendo caido en una celada una partida de jente, en fuerza del engaño de dos paisanos, irritados los chilenos por tan vil alevosía, prendieron fuego por sus cuatro costados al pueblo de Taboga i lo redujeron a cenizas. Mas tarde fué reedificado.

XXXII

Hemos apuntado que en el hecho de armas de Taboga, fué herido levemente el alférez que mandaba nuestro destacamento de artillería de tierra, don Francisco Fierro, i aunque este oficial arrostró mas

tarde una carrera mediocre i aun empañó su nombre en la guerra civil de 1851, su campaña del Pacífico le hace por sí sola acreedor a un honroso recuerdo en esta pájina consagrada a póstumas justicias (1).

El alférez don Francisco Fierro era natural de Concepcion, i niño de 14 años, entró en Santiago, en la víspera de Maipo (marzo 30 de 1818), en el cuerpo de artillería como simple soldado. En Maipo ganó su jineta de cabo.

En 1819 era solo sarjento 2.° en el ejército unido; pero Illinworth le dió el puesto de alférez en la *Rosa de los Andes*, i a su bordo sirvió hasta 1820.

Pasó en seguida a Chile i tomó parte en la última espedicion de Chiloé, siempre en calidad de alférez, lo que acusa la lentitud de su carrera. Solo en enero de 1838 fué ascendido a capitan, despues de la batalla de Guia en el Perú, i a teniente coronel en 1852, despues del sitio de la Serena, en cuya ciudad residia desde 1840.

El comandante Fierro falleció, segun dijimos, el 25 de mayo de 1867, contando mas de 45 años de servicios i 62 de edad (2).

---

(1) Guiados por estos mismos principios, condenamos acerbamente la conducta del mayor Fierro durante el sitio de la Serena en 1851. Puede verse lo que de ello decimos en la *Historia de la Administracion Montt.*

(2) Tenemos a la vista la hoja de servicios del comandante Fierro, que debemos a la nunca desmentida cortesía de los oficiales de la Inspeccion Jeneral del Ejército, especialmente de los señores Ejidio Gomez i Belisario Villagran, siempre dispuestos a servir con buena voluntad a los que se interesan en la historia militar de nuestra patria.

XXXIII

Entre tanto, el verdadero propósito con que el comandante Illinworth ponia la proa sobre los castillos de la entónces inespugnable ciudad de Panamá, no era de guerra sino político. Sabia que no podria luchar contra una ciudad fuertemente guarnecida i armada con centenares de cañones. Pero, al propio tiempo, habia llegado a su noticia que cuatrocientos ingleses, paisanos suyos, retenidos prisioneros por el gobernador Hore i pertenecientes a la desgraciada espedicion de Mac-Gregor contra Portobello, yacian en los sótanos de aquellas fortalezas, donde morian diezmados cada dia por el hambre, la miseria i los castigos. Los españoles, si se mostraron crueles con los criollos de América en la guerra de la independencia, con sus auxiliares estranjeros fueron siempre implacables i feroces.

Illinworth propuso a Hore el canje de los prisioneros de Taboga por sus infelices compatriotas. Pero el español arrogantemente rehusó. En esa época rejia una real órden jeneral en la América española, segun la cual todo estranjero cojido con las armas en la mano, debia ser inmediatamente fusilado. Hore preferia, sin embargo, la muerte lenta, porque cuando los prisioneros fueron canjeados, solo alentaban la vida sesenta de ellos, i de éstos, muchos se hallaban moribundos.

XXXIV

Pero la captura de la isla de Taboga i de su fortaleza habia servido a Illinworth para algo mas importante que un simple canje militar. Tuvo de esa suerte noticia de la victoria decisiva de Boyacá, recien llegado al istmo, i comprendiendo desde ese momento que podia prestar servicios oportunos i considerables a la causa americana, acercándose al litoral colombiano, ocupado todavía desde Panamá a Guayaquil por los realistas, resolvió abrir una campaña formal a lo largo de todas aquellas peligrosas i mortíferas costas.

XXXV

Comienza aquí la segunda faz del crucero de la *Rosa de los Andes*. El corsario desaparece. La nave de guerra de Chile inicia al norte del Ecuador su mision libertadora. Era el plan del gobierno de Chile el que empezaba a cumplirse.

XXXVI

El territorio sobre que iban a operar los soldados chilenos embarcados a bordo de la *Rosa de los Andes*, es quizá el mas accidentado del país, que ha sido llamado con alguna exactitud la "Suiza de la América." Divídense en el centro de la Nueva Granada los poderosos Andes en dos ramas, i en la alti-

planicie que separa a ámbas o en sus valles interiores, están mas o ménos esparcidas todas las grandes ciudades que la pueblan:—Bogotá, Cali, Buga, Cartago i especialmente Popayan, la mas vecina de la costa del Pacífico.

En las caidas de los Andes al último mar, se forman valles profundos, cortados por pasos fragosos, como el famoso de Quindiu, que los viajeros atraviesan en hombros de espertos cargadores, sobre abismos insondables, cruzando rios torrentosos que, al llegar al océano, estrechados por las arenas, se convierten en vastos pantanos, nidos pestilentes en que los cocodrilos i las tortugas ponen sus huevos i en cuyos cañaverales retozan, formando horribles anillos, las serpientes de cascabel i los boas constrictores. Como el calor es permanente e intenso, las emanaciones de esas marismas cenagosas entoldan como una nube pesada i ardiente, el firmamento, i a las garúas malsanas de casi todas las mañanas, en el estío como en el invierno, sucédense tempestades eléctricas o lluvias diluviales que hacen difíciles los cultivos i destrozan las cabañas del leñador o de los pocos míseros pescadores de perlas que viven a lo largo de aquellas playas verdaderamente desoladas. "Aun el ruido del viento—esclama Florian, que ha descrito en *Los Incas* aquellos parajes con pinceladas exactas—aseméjase en los bosques a los ahullidos de los lobos i de los tigres." En suma, i así como Voltaire llamó con pro-

piedad al Tucuman el *Paraíso de la América*, podria decirse que el Chocó es su *Infierno*.

XXXVII

Los habitantes mismos, escasísimos en número i en su mayor parte indios salvajes, o negros altaneros i cimarrones, participan en su organizacion física, en sus hábitos i en sus pasiones, de la índole de las fieras i de las alimañas ponzoñosas que su clima enjendra, porque tienen en la ociosidad, ántes que el sentimiento de su linaje, los vicios innobles del mono, i en la guerra, la ájil ferocidad del tigre i del leopardo. Viven jeneralmente desnudos por lo recio de los calores ecuatoriales i pelean con flechas cuyas púas envenenan en los colmillos de las serpientes o en las plantas malditas de su suelo.

XXXVIII

Forma el centro de ese sistema la antigua provincia marítima del Chocó, hoi incorporada al estado del Cauca i cuyo mejor i mas frecuentado puerto es el de San Buenaventura. I fué allí, en esos pútridos arenales, i como si la naturaleza no hubiera hecho bastante para acentuar el horror de aquella comarca, donde los gobernantes de Chile hallaron poco mas tarde (1820), el sitio adecuado para el castigo i la muerte de aquellos de sus con-

ciudadanos que designaba a su encono la saña de los partidos. Allí fueron deportados Manuel Jordan, Mariano Vijil i el bravo Ramon Allende, cuyo último seria la "primera lanza de Colombia," i allí falleció el 14 de julio de 1821, el opulento chileno don Francisco Ramirez, acusado, como los anteriores, de ser *carrerino*, es decir, de ser leal.

XXXIX.

Pero al propio tiempo, i como si en todo hubiera de existir las compensaciones que constituyen lo que podria llamarse la *equidad de la naturaleza*, son todos esos valles riquísimos en lavaderos de oro, en platina i hasta en esmeraldas, de cuyas últimas vino el nombre de una de las provincias setentrionales del actual Ecuador. El oro es abundantísimo en los terrenos de acarreo, i a pesar del clima pestilente i mortífero que rechaza de aquellos parajes todo trabajo sano, en el tiempo de que nos ocupamos, bastaba su produccion para dar labor constante a la famosa casa-moneda de Popayan, establecida por los españoles en fuerza de aquella riqueza. Esas minas hicieron en un tiempo la fortuna de muchas familias, especialmente la de los Hurtados, tan conocida en Panamá, la de los Valencias de Barbacoas, i hoi dan pingües provechos a la de Guijon i otras.

Los mas ricos de estos valles son los que recorre el rio Mira, que entra en el océano por tres bocas,

el de las estuarias del Jinbique, el Izcuandé, Guaijuy, Guapi, Laija i otros torrentes de lo que se llamaba antiguamente la provincia de Micai, dependiente de Popayan. Era el gobernador militar de toda aquella zona de la Nueva Granada el jeneral Calzada, que residia en esta última ciudad.

Su teniente en los valles i minas de la costa, llamábase don Manuel Silvestre Valverde, i era ademas de tesorero real, rico minero poseedor de muchos esclavos i hombre de grande influencia entre las tribus guerreras del interior.

LX

Mas o ménos fronterizas a las bocas de estos rios, que las mareas convierten en ajitados i salobres paludes, yacen esparcidos en uno o dos grados de lonjitud, la isla de la Gorgona, de horrible aspecto, la de Tumaco, risueña i fértil, en cuyo puerto, poblado de decente caserío, tocan hoi los vapores menores de la Compañía del Pacífico en su viaje de Guayaquil a Manta, San Buenaventura i Panamá; i por último, la pequeña i famosa del Gallo, donde Francisco Pizarro tiró la heróica raya entre los poltrones i los bravos que descubrieron el Perú.

Hai que agregar que la navegacion de esos mares, llenos de arrecifes i de traidoras corrientes que se precipitan por el lecho de los rios inferiores, es sumamente peligrosa, i que solo espertísimos i

delijentes marinos podian manejar con fortuna una mas pequeña embarcacion costanera de mucho menor porte que la *Rosa de los Andes.*

Tal era el campo de accion en que el comandante Illinworth i sus valientes chilenos iban a ejercitar durante un largo año su intrepidez, su constancia i su heroismo en una campaña que se estendia a la vez al océano i al desierto, a mortíferos pantanos i a inaccesibles montañas.

XLI

Navegando hácia el sud desde el 20 o 21 de setiembre, encontróse Illinworth a la vista de la isla de la Gorgona el 1.° de octubre de 1819, i allí rescató a dos infelices oficiales patriotas confinados por los realistas de Popayan, i que se consumian en lenta agonía. ¡Triste paridad de venganzas, que habian hecho escojer a los independientes de Chile, adueñados del poder, i a los enemigos de la América, los mismos sitios de desolasion para el esterminio de sus émulos!

XLII

Por otra coincidencia harto mas venturosa, miéntras la bandera chilena era izada al tope de la *Rosa de los Andes* a la vista de las costas de Colombia, con diferencia de horas, erguia lord Cochrane la estrella del Pacífico (setiembre 28 de 1819) a la vis-

ta de los castillos del Callao i al alcance de sus baterías. I de esta suerte, así como los cañonazos del almirante ingles servian para sacar poco a poco de sus quicios las puertas de la enmurallada Lima, así los disparos de la barca chilena en Taboga i el Chocó precipitarian una en pos de otra, las revoluciones de Guayaquil (9 de octubre de 1820) i de Panamá (noviembre 29 de 1821), que abrieron el dominio de la libertad entera del continente a San Martin i a Bolívar. Gloria a aquellos bravos hoi de todos ignorados!

XLIII

Concertado Illinworth con los dos prisioneros colombianos de la Gorgona, resolvió adueñarse de la costa del Chocó por un golpe de mano rápido i atrevido. El comandante de la *Rosa de los Andes* era de la escuela de lord Cochrane. Así lo habia probado casi desde su niñez en las costas de Francia, cuando ámbos combatian juntos, el uno como maestro i el otro como aprendiz.

Los realistas tenian fortificados algunos puntos de la ribera, como las aldeas de Izcuandé, Tumaco, Esmeraldas, i especialmente el Guapi, cuatro o cinco leguas hácia adentro por el tortuoso rio de este nombre. El Guapi era el centro de este sistema defensivo, i por ésto el jeneral Calzada habia enviado allí una compañía del rejimiento de Panamá. La plaza de aquel pueblo estaba artillada i de-

defendida por siete cañones de grueso calibre traidos por la marina.

Mas hácia el interior existia el real de minas llamado de Santa María, asiento de las autoridades i especialmente del rico teniente de gobernador don Manuel Silvestre Valverde, cuyas tristes cuitas hemos de contar en breve. El real de Santa María era en cierta manera la llave maestra de las posiciones realistas en las costas de Colombia que caen al Pacífico, porque por su costa o sus vecindades, atravesaban los dos caminos que conducian al interior del país, el de Barbacoas, inclinándose hácia el sud, i el de San Juan de Guapi, recto hácia Cali i Popayan.

XLIV

El golpe que meditaba Illinworth contra el Guapi, era certero, i lo llevó a cabo con éxito completamente feliz. El teniente Mac Gillin, que la *Gaceta Ministerial* de Chile llama repetidamente Mac Gilvery, tomó el mando de las fuerzas de mar, i el bravo Desseniers, con cuarenta chilenos, recibió el encargo de asaltar al enemigo.

Caminando toda la noche, llegó el último al amanecer del 30 de octubre de 1819, a los afueras del caserío del Guapi, i dividiendo su destacamento en tres pelotones, asaltó la plaza a la bayoneta, tomó los cañones i en pocos momentos cojió toda la guar-

nicion. Unos pocos soldados i paisanos armados alcanzaron a fugar hácia al *Real* donde se hallaba el gobernador Valverde.

XLV

Aquel venturoso resultado puso de golpe toda la costa del Chocó en manos de Illinworth. Los pueblos de Tumaco, Izcuandé i San Buenaventura izaron con regocijo la bandera de Chile, i organizaron un gobierno local independiente "bajo los auspicios del gobierno de Chile" dice el bravo i feliz capitan de la *Rosa de los Andes* en sus comunicaciones oficiales al ministro de marina de la República, cuyo noble representante era aquel digno marino.

XLVI

Hecho ésto con fortuna igual a la celeridad, Illinworth dirijióse otra vez hácia el norte a fin de completar sus conquistas a lo largo del vasto golfo de Panamá. El clima era allí mas sano, i su fatigada jente necesitaba con urjencia de aquel reparo. Las fiebres, los combates, las deserciones, habian disminuido en seis meses a la mitad el número de sus valerosos compañeros. Por esta razon i por haber recibido vagas noticias de una invasion del enemigo por el rio Atrato, encaminóse Illinworth hácia el

norte, dejando fortificado i defendido convenientemente el pueblo del Guapi, en el Izcuandé.

XLVII

En los primeros dias del mes de enero de 1820, la *Rosa de los Andes* se encontraba tranquilamente anclada en la bahía de Cupica, una de las muchas ensenadas del golfo de Panamá, que por su profundidad hácia el Darien, estrecha en esa direccion el paso de un océano al otro océano.

Tenia de ésto noticia el comandante de la *Rosa* por los indios ribereños, i habia sabido ademas, a su paso por San Buenaventura, que los realistas de Cartajena enviaban una espedicion desde el Atlántico, para que subiendo por el poderoso rio Atrato cayese sobre los invasores del Chocó por su espalda. La espedicion, segun el vago aviso que hemos recordado, constaba de doscientos hombres embarcados en cuatro cañoneras.

XLVIII

Con la vivaz enerjía de los hombres de su raza, admirablemente secundada por la heróica docilidad de sus marinos i soldados chilenos, Illinworth se propuso llevar a cabo una de las operaciones mas atrevidas i singulares que era dable imajinar en

aquellas soledades, i cuya ejecucion importó una verdadera gloria universal para su nombre i para sus compañeros. Esa resolucion fué atravesar de un mar a otra el itsmo de Darien, con un destacamento de cien hombres, llevando en sus hombros una embarcacion de mar, i embarcándose en la parte inferior del Atrato, cortar la retirada hácia el mar Caribe a los invasores.

XLIX

Realizó su obra el atrevido marino con jigantescos esfuerzos, navegando en unas acasiones contra las corrientes, arrastrando en otras a brazos su esquife entre las rocas, deslizándolo a veces a fuerza de brazos por las cimas escarpadas; i así al fin, el 4 de febrero de 1820, llegó al término de su espedicion, echando el pesado bote en las aguas del Atrato.

Tenemos sobre nuestra mesa, orijinal, una carta que el heróico jefe de aquel puñado de sufridos bravos escribió al dia siguiente de su llegada, desde aquel paraje en la choza de un negro *(in a negro's hut)*, en la cual da cuenta de su empresa, i no obstante su evidente modestia, jáctase en ella el esplorador de haber sido el primer hombre que hubiese consumado tal hazaña. "Yo creo—esclamaba—que he sido el primero que ha imajinado

atravesar el istmo de la manera como acabo de hacerlo" (1).

El atrevido marino tenia razon.

Vasco Nuñez de Balboa habia descubierto, subiendo a la copa de los árboles con su guia, el Pacífico viniendo del Darien. Pero la alta i duradera gloria de haber pasado del Pacífico al Atlántico, llevando a cuestas una pesada embarcacion, cabe solo a los que en las costas de Colombia, pelearon por su libertad a la sombra de la bandera de Chile, aparecida como por milagro en el seno de sus montañas.

---

(1) Estas son las mismas palabras que en el epígrafe hemos puesto tomadas del orijinal ingles. El señor Destruge tuvo la bondad de enviarnos esta carta orijinal, i como esa pieza es de la mayor importancia jeográfica, la hemos devuelto a su poder, conforme a sus deseos.

Illinworth siguió el curso de un rio que se vacia en la ensenada de Cupica, i en seguida, atravesando la cumbre que es allí mui baja, descendió por el Napipi hasta el Atrato.

—Segun su carta de 5 de febrero de 1820, la distancia que separaba las cabeceras de ámbos rios, el Napipi i el Cupica, era apénas de 800 toesas...

Illinworth levantó el plano de la bahía de Cupica, i junto con otros detalles científicos que recojió en su escursion, la envió al ilustre Humboldt, algunos años mas tarde, por conducto de Restrepo, el conocido historiador de Colombia.

En su carta de 1820 habla tambien el comandante de la *Rosa de los Andes* de otros pasos bajos del Darien, especialmente del famoso de la *Raspadura*, que, segun Humboldt, habilitó en 1788 un intelijente cura de Novitas para la comodidad de los indios que atravesaban del Atrato a la costa del Pacífico.

El paso del Napipi es el mas meridional de los diez que, desde 1872, han esplorado los americanos del norte, contando desde el mas setentrional i el mas difícil que es el de Tehuantepec.

La locacion del canal, que los americanos llaman la via del *Napipi-Atrato*, fué estudiada en 1871 i en 1873 por el capitan Selfridge, de la marina de E. U., i mas tarde, en 1875, por el teniente Federico Collins. La reseña de los trabajos se encuentra en la Memoria de marina de E. U. correspondiente a ese año; pero ignoramos si los esploradores tuvieron alguna noticia del primer paso de los chilenos, verdaderos descubridores

L

Pero si Illinworth logró con holgura del éxito de su empresa jeográfica, no tuvo igual suerte la parte militar de su espedicion, porque, fuese que el anuncio de invasion hubiese sido intencionalmente falso, fuese que los realistas hubiesen tomado otro camino, no encontró la espedicion chilena en el Atrato huella alguna de su presencia.

Acojido, sin embargo, con entusiasmo por los habitantes, en su paso por varias de las aldeas riberanas del Atrato, el estandarte bajo que servia, i dejando sus ánimos ganados a la causa americana, regresó el capitan Illinworth a Cupica en los últimos dias de febrero. Como un trofeo de su feliz aventura, dejó bajo la custodia de las autoridades i del pueblo de Citará, el bote de la *Rosa de los Andes* que habia conducido sobre las espaldas de sus soldados, i allí se conservó por muchos años, con justa veneracion, al abrigo de un techo protector (1).

LI

Era ya tiempo que el comandante de la *Rosa de*

de esa senda inter-oceánica en 1820. Ultimamente ha sido leido por el comodoro Ammes en la sesion anual de la Sociedad Jeográfica de Nueva York, celebrada el 31 de octubre de 1876, un interesante resúmen sobre estos trabajos, cuya posesion debemos a la galantería del señor W. W. Evans, de Nueva York.

(1) Relacion inédita presentada al gobierno de Chile por el gobernador de la provincia de Micay, don Manuel Silvestre Valverde.

los Andes diese la vuelta al Pacífico con sus cien chilenos, porque, en su ausencia, habian tenido lugar graves sucesos en el Chocó.

El gobernador Valverde habia, en efecto, organizado la resistencia en el real de Santa María, sublevando a los indios i negros feroces del interior, a cuya cabeza se habia puesto un guerrero prestijioso de su raza llamado Trelas. Por otra parte, el jeneral Calzada enviaba refuerzos considerables por los dos caminos de Barbacoas i de San Juan de Micay, para espulsar a los chilenos de aquella parte del territorio colombiano, amagado en otra direccion por las tropas de Bolívar.

A fines de abril de 1820 estaba otra vez la *Rosa de los Andes* frente a las bocas del Mira i de sus numerosos tributarios, en plena costa del ponzoñoso Chocó.

LII

Con el empeño que ponia el comandante de la corbeta chilena en todas sus empresas, acelerado ahora su espíritu por la vehemencia que despiertan siempre las reacciones, acometió con verdadera saña las diversas posiciones ocupadas por el enemigo, adueñándose en una sola noche de todos los lugarejos de los rios que desembocan en el delta del Mira, el Pimbiqui, el Guajeri, el Izcuandé, i especialmente de la Concepcion del Guapi, que era el de mayor importancia. En este paraje, Illinworth o

alguno de sus subalternos se hizo reo de una triste violencia, haciendo fusilar al alcalde realista don Juan de Dios Saa, "mozo honrado, casado i con familia—dice una acusacion inédita que tenemos a la vista,—sin proporcionarle el menor auxilio espiritual." Igual i aun mas deplorable accion ejecutaron los chilenos, pasando por las armas algunos dias mas tarde, al alcalde de Tumaco (1).

Envió en seguida el comandante Illinworth al capitan Desseniers hácia el interior para desbaratar el centro de la resistencia, de que era alma el gobernador i tesorero real don Manuel Silvestre Valverde. Derrotáronlo sin mucho esfuerzo los chilenos i lo hicieron prisionero, perdiendo la vida en la refriega el caudillo indíjena Trelas. La tripulacion de la *Rosa de los Andes* sacrificó a veintiuno de sus bravos en aquellas refriegas sin gloria, muertos la mayor parte por las flechas envenenadas de los negros i de los salvajes.

Duro fué el esfuerzo de los invasores para reprimir la reaccion realista, pero ella dió los resultados que su jefe buscaba. Los destacamentos que el jeneral Calzada habia despachado por San Juan de Micay i por Barbacoas, retrocedieron hácia Popayan

(1) Relacion de la señora viuda del jeneral Illinworth.—Este fletó en el Atrato una goleta para Jamaica, en la cual envió la correspondencia que hemos citado, i una remesa de 100 libras esterlinas para su madre, que vivia todavía.

cuando tuvieron noticia de la captura de Valverde i de su completa derrota en el Real de Santa María.

LIII

Consagróse, en consecuencia, Illinworth a organizar una especie de gobierno en aquellas solitarias rejiones, despues de haber esquilmado a los realistas de cuanto recurso podian utilizar para resistir a los patriotas. Puso las minas de oro en trabajo por cuenta de su espedicion, i con las contribuciones que derramó en varios distritos, logró juntar en dinero 40 o 50,000 pesos. Capturó tambien dos bergantines cargados con madera i cacao, uno de los cuales tenia por nombre *Resolucion*, i despachólos a Chile, donde fueron condenados. Por último, envió a Chile en calidad de prisionero, al ex-gobernador Valverde, despues de haberle hecho entregar seis mil pesos en efectivo i veinticuatro mil en libranzas sobre Barbacoas, Quito i Guayaquil, cuyas últimas contribuyeron con su producido a la revolucion que en breve estalló en toda la costa.

Estando a las relaciones sin duda apasionadas de Valverde, Illinworth cometió todo jénero de crueldades con los vencidos i particularmente en su persona. Es lo cierto que lo envió a Chile en una pequeña goleta cuya tripulacion pereció de hambre en la travesía (siete hombres), llegando el mísero jefe realista del Chocó baldado i moribundo a Valparai-

so, donde fué retenido cerca de dos años en condicion de prisionero (1).

Dió tambien lugar el comandante Illinworth a que viniera a Chile en una de sus presas, un oficial colombiano llamado Muñoz con pliegos del vice-presidente de Colombia, Santander, solicitando del gobierno chileno socorro de armas. Fueron éstas enviadas (1821) al puerto de San Buenaventura, i sirvieron para consolidar la redencion ya asegurada de toda esa parte de la costa.

Pero faltaban todavía a los tripulantes de la *Rosa de los Andes*, pruebas de otro jénero a que someterse, cuya relacion formará la última de estas breves pájinas.

LIV

Tenemos ya dicho que desde que apareció la *Rosa de los Andes* en las aguas ecuatoriales, el virei del Perú, a requisicion de los gobernadores de Guayaquil i Panamá, habia enviado las fragatas *Venganza* i *Prueba* en su persecucion. Siguieron a aquella los buques españoles hasta las costas de Méjico; pero las rápidas maniobras de Illinworth, en todas partes les obligaba a equivocar el rumbo.

Mas el 12 de mayo de 1820, al caer la tarde presentóse la *Prueba* a la vista del corsario chileno,

(1) Relacion citada de Valverde.

i aunque era aquella una fragata fuerte de 1,300 toneladas, de 52 cañones largos, i tenia 550 hombres de marina i tropa de desembarco, Illinworth se fué a toda vela sobre ella con el objeto de abordarla. La *Rosa de los Andes* no contaba a la sazon sino 30 cañones, teniendo seis de sus piezas desmontadas por falta de brazos. Los 550 hombres con que se habia hecho a la mar en Valparaiso, estaban reducidos ese dia a 151. En cuanto al porte, la *Prueba* era cerca de cuatro veces mayor que la lijera *Rosa*—387 toneladas contra 1,300.

No obstante la inmensa superioridad del enemigo, el bravo Illinworth se acercó a tiro de pistola de sus baterías, i dominando con sus fuegos a la fragata española, estaba ya listo para el abordaje, cuando un trozo de metralla le hirió en la mejilla, derribándole al lado del timonel, que le levantó exánime. Esto no obstante, el heróico marino continuó mandando la maniobra hasta que, debilitado por la pérdida de sangre que inundaba sus botas, se vió forzado a retirarse.

Debió la *Prueba* a este accidente su salvacion, porque Illinworth no habia cuidado de comunicar su plan de abordaje a sus oficiales, i éstos dejaron alejarse al enemigo en completa fuga i gracias a la densa oscuridad de la noche. El combate habia durado tres horas.

El mismo Illinworth, que siempre es parco en sus boletines oficiales, asegura en su parte oficial de la

jornada, que la *Prueba* era ya suya cuando fué herido, i alaba con cierto entusiasmo el heroismo i disciplina de todos sus subalternos (1).

Era el comandante de la tropa de desembarco que venia a bordo de la *Prueba* para operar en el Chocó i espulsar a los chilenos, el bravo oficial realista Cerdeña, el mismo que mas tarde, como una represalia de aquel contraste, les impuso (mas que el mismo Santa Cruz) el salvador pero humillante pacto de Paucarpata. Mandaba entónces ese acreditado jefe, dos compañías del famoso batallon criollo de Numancia.

Los fusileros chilenos se batieron tambien en este encuentro, a quema ropa, i la nave de la República tomó así un heróico desquite de los estragos que en aquellas mismas aguas le causara, un año hacia, la *Piedad*.

LV

Despues de esta verdadera victoria marítima, i tomando en cuenta la rápida aproximacion de Bolívar i de Sucre hácia el sud de Colombia, el comandante Illinworth, que habia terminado con felicidad su mision política i militar, comenzó a aprestarse para dar la vuelta a Chile, despues de una campaña gloriosa, pero llena de fatigas, que habia durado ya mas de un año.

Pero la *Rosa de los Andes* no estaba destinada a volver a las costas chilenas.

Una tarde, por el descuido de algun subalterno que no acechó con la debida vijilancia la marea, la corbeta se varó en la boca del rio Izcuandé, i aunque sacaron a tierra toda su artillería, no fué posible ponerla a flote en varios dias i semanas de trabajo. (*)

Cuando el comandante Illinworth se persuadió de que todo esfuerzo para rescatar su nave era perdido, licenció su tripulacion, encargando a cada cual en sentidos adioses, el cumplimiento de su deber para con Chile i con la América. Una parte de los soldados marchó a Cali, donde se incorporaron mas tarde a las fuerzas libertadoras de Bolívar, i otra se dirijió por mar a Guayaquil, cuya plaza acababa de enarbolar la bandera republicana. Entre estos últimos iba el jefe de la espedicion i, con treinta compañeros, el fiel amanuense de la *Rosa*, que todavía llora la pérdida de su buque, a los 75 años de una modesta i honrada vida.

LVI

Tal fué el heróico crucero de la corbeta *Rosa de los Andes*, precursora en el Pacífico de la libertad de tres repúblicas hermanas que, al nacer, unidas i jemelas se cobijaron bajo nuestra jóven bandera,

(*) La siguiente es la nota 1 de la pájina 56:— Parte oficial del 30 de mayo de 1820, publicado en la *Gaceta Ministerial* del 7 de febrero de 1821. Illinworth es sumamente lacónico, es decir, verdaderamente británico, en todas sus comunicaciones.

paseada en las ondas i en los páramos tropicales por brazos de valientes. Distínguese esta campaña, mas por sus resultados políticos de vasto aliento, que por el logro de presas opulentas, lo que es un esclarecido honor para sus jefes. La historia de Colombia ha recojido sus hechos con aplauso i gratitud, así como los anales de los descubrimientos jeográficos reservarán una pájina de honor a los esforzados marinos i soldados, chilenos en su mayor parte, que atravesaron el istmo del Darien llevando sobre sus hombros, como una especie de trofeo de la ciencia i de la libertad, una embarcacion que reflejó en las aguas del Atrato—el primer gran tributario del Atlántico—nuestros nacientes colores.

LVII

En cuanto al heróico jefe que ejecutó tan altos hechos, solo nos será lícito agregar que, incorporado en el ejército de Colombia, primero como coronel i en seguida como jeneral, figura en la historia del Ecuador como un personaje de la mas alta valía, ya como gobernador de Guayaquil, ya como almirante de la escuadra colombiana bloqueadora del Callao en 1825, ya, en fin, como prócer de la república o como simple pero ilustrado cultivador de sus injenios, hasta que una muerte tranquila, en medio del amor de los suyos i del aprecio de sus conciudadanos, puso término a su noble carrera el 4 de agosto de 1853, a los 67 años de su edad.

*
* *

El jeneral Illinworth se habia naturalizado americano, contrayendo matrimonio, en febrero de 1823, con una distinguida i hermosa dama de Guayaquil, la señorita Mercedes Décima-Villa, hija de un acaudalado negociante i agricultor de aquella ciudad, i que ha conservado el culto del amor i del respeto por su ilustre esposo.

De ese matrimonio nacieron tres hijas, que aun adornan con sus virtudes la sociedad guayaquileña, i un hijo del mismo nombre del comandante de la *Rosa de los Andes*, fallecido prematuramente, pero cuyos hijos—nietos del ilustre Illinworth i todavía de tierna edad—se educan actualmente en Valparaíso.

Por ésto el nombre del jeneral Illinworth es un nombre americano, i así nos será lícito cerrar la última pájina de una leyenda de heroismo i de virtud, estampando, como el mejor epitafio consagrado a la memoria de los tripulantes de la *Rosa de los Andes*, la lei que el Congreso del Ecuador votó para honrar la memoria del mas antiguo de sus libertadores.

Esa lei de justicia i gratitud está concebida en los términos siguientes, en su parte espositiva:

*
* *

«Excmo. Señor: El art. 4 de la lei fundamental, en la atribucion 7.ª, autoriza al Congreso para conce-

der premios personales i honoríficos a los que hayan hecho grandes e importantes servicios a la República i decretar honores públicos a su memoria.

«I es esta la ocasion para recomendaros i exijiros un acto de gratitud nacional a la memoria del republicano, del esclarecido jeneral JUAN ILLINWORTH. Sus importantes servicios a la causa liberal, en diferentes épocas, son demasiado conocidos por todos los contemporáneos, i seria por consiguiente mui escusado el referirlo detalladamente.

El nombre del JENERAL ILLINWORTH se encuentra unido a los hechos mas notables i gloriosos de la gran lucha de la Independencia, i las pájinas de su historia lo recomendarán como uno de los mas distinguidos campeones. Despues de haber sostenido la causa de la Independencia con valor, con lealtad, perseverancia i gloria, apareció en Guayaquil i tuvimos la fortuna de que se nacionalizara en el Ecuador, al que elijió como su patria adoptiva, despues de haber ilustrado su nombre i conquistádose una reputacion tan pura como hermosa.

Establecido i radicado en nuestra patria, i obedeciendo siempre a las inspiraciones de nuestra noble causa, la abrazó con entusiasmo i sinceridad como la causa de su corazon, sin haber transijido nunca con el tirano de su patria.

Sufrió persecuciones, proscripciones i espoliaciones, sin vacilar en su fe política. Así, lo hemos visto en los mas grandes peligros de la patria pre-

sentarse con denuedo i bizarría, o correr todo jénero de azares, sin buscar otra recompensa para sus sacrificios jenerosos que la gloria i la libertad de su suelo adoptivo.

«Tambien sus méritos i aptitudes lo han llamado en diversas épocas a funcionar como majistrado civil, principalmente en el distrito de Guayaquil; i si en los tiempos de conflicto, ha ostentado todas las virtudes de un guerrero, en las épocas de paz, como majistrado, ha dado espléndidas pruebas de su espíritu público, de su civismo i de su amor al progreso; pues todavía existen en Guayaquil obras públicas de notable importancia debidas al celo i patriotismo del JENERAL ILLINWORTH.

Sus servicios, aun en los últimos dias de su existencia cuando la invasion de los piratas, como comandante jeneral de artillería, son tambien recomendables, pues al lado del Gobierno i en el centro del peligro se portó de un modo digno de su nombre.

«Tan relevantes, tan clásicos servicios, demandan imperiosamente de parte de los representantes del pueblo el deber de decretar honores públicos a la memoria del jeneral JUAN ILLINWORTH, pues semejante acto, previsto por la Constitucion, será un testimonio de gratitud nacional a tan eminentes servicios, al paso que será un estímulo para las grandes acciones.—Quito, octubre 27 de 1853,—JOSE MARIA URVINA.—*Teodoro Gonzales de la Torre*.

—El Congreso del Ecuador, contestando a este mensaje del Poder Ejecutivo, espidió la siguiente lei:

El Senado i Cámara de Representantes del Ecuador reunido en Congreso:

Considerando:

1.° Que es justo honrar la memoria de los fieles i leales servidores de la patria;

2.° Que el jeneral JUAN ILLINWORTH prestó grandes i eminentes servicios a la causa de la Independencia americana;

3.° Que, amigo entusiasta de las instituciones republicanas, combatió con perseverante denuedo por la nacionalidad i libertad del Ecuador,

Decretan:

Art. 1.° Los restos del jeneral JUAN ILLINWORTH serán trasladados al panteon de la ciudad de Guayaquil.

» 2.° Con este objeto el comandante jeneral de ese distrito, acompañado de su estado mayor i de una columna de artillería, se constituirá en Daule, donde yacen sepultados los restos venerables del espresado jeneral JUAN ILLINWORTH.

» 3.° Despues de practicado el reconocimiento serán colocados a bordo del vapor «Guayas» i conducidos con todo el acompañamiento de que habla el artículo anterior, a la ciudad de Guayaquil.

» 4.° Al tocar en el muelle de dicha ciudad se le harán todos los honores debidos a su rango, i sus restos serán depositados en el panteon con la pompa acostumbrada en casos semejantes.

» 5.° Sobre la tumba en que reposan sus cenizas se levantará una columna en la cual se grabarán sus trofeos militares i al pié de ellos una nave en memoria de las proezas que hizo a bordo de la corbeta *Rosa* combatiendo por la Independencia americana.

» 6.° En dicha columna se colocará la inscripcion siguiente: «Al jeneral Juan Illinworth, valiente marino que combatió por la Independencia Americana i por la libertad del Ecuador, llevando sobre su rostro heróicas heridas como insignias de su valor i como trofeos de su gloria.»

» 7.° El dia en que se depositen en el panteon las cenizas venerables del jeneral Juan Illinworth vestirá luto toda la guarnicion de Guayaquil.

» 8.° El retrato de este distinguido jeneral será colocado en la comandancia jeneral de Guayaquil, teniendo al pié la misma inscripcion de que habla el artículo 6.°–Dado en Quito, capital de la República, a 26 de Noviembre de 1853.—El Presidente del Senado, Manuel Bustamante.—El Presidente de la Cámara de Representantes, Nicolas Espinoza.—El secretario del Senado, *José M. Mestanza.*—El secretario de la Cámara de Representantes, *Francisco J. Montalvo.*»

*
* *

Una sola palabra tenemos que agregar a este glorioso epílogo de una noble vida.

Hai una parte de la lei nacional del Ecuador que no ha sido aun cumplida,—la que consagra la memoria del crucero de la *Rosa de los Andes* en el pedestal de una columna.

Esa gloria es una gratitud para el pueblo ecuatoriano: para los chilenos, es mas que una gloria, es un deber para con su bandera, para con sus compatriotas, para con su marina.

Es algo mas todavía para los últimos: es la compensacion póstuma i humilde de un mérito sublime, porque fué silencioso i yace hasta hoi dia en el olvido.

Cuando la guerra de Chile con la Confederacion perú-boliviana, el almirante Illinworth se encontraba pobre, proscripto i olvidado en Paita, luchando con la adversidad para dar un pan a su desposeida familia.

En esas aflictivas circunstancias, el astuto i munificente Santa Cruz le ofreció una pingüe renta, honores i premios para que tomara el mando de la escuadra de la Confederacion i combatiese contra Chile.

Pero el bravo, el heróico, el sufrido marino se acordó de aquella estrella blanca, pura, gloriosa, inmaculada que habia guiado su destino en las

aguas del Pacífico, i, como Temístocles, rehusó en el destierro i la pobreza.

Tal hecho, i en estos tiempos, ¿no merece siquiera un emblema, una entalladura, un nombre en el zócalo del mármol?

***

Por ésto pedimos i esperamos que los ciudadanos encargados de erijir un monumento a la fama i a los servicios del primer almirante que paseó por el Mar del Sur el pabellon libre de Chile, reserven una de sus faces para esculpir el episodio del mas glorioso de sus corsarios, que por el jenio de su caudillo, se convirtió en mensajero de redencion i fraternidad para cuatro de las mas nobles repúblicas de la América española.

Viña del Mar, abril de 1877.

DEL ORIJEN
DEL
NOMBRE DE CHILE.

A MI QUERIDO PRIMO I AMIGO

Benjamin Vicuña Solar.

DEL ORIJEN
DEL
NOMBRE DE CHILE.

(Pedro Calvo Barrientos.)

«El oríjen del nombre de Chile, así como la procedencia de sus primitivos pobladores, se ocultan en los misterios de los paises lejanos, i ya ninguna coyuntura bastará a esplicarlas satisfactoriamente.»— (ASTABURUAGA, *Diccionario Jeográfico de Chile*, páj. 108.)

«Cuando llegaron los primeros Españoles a nuestra costa preguntando por el nombre del pais a un Indio, les contestó éste *Berú;* luego mirando al rio dijo *Pelú* i señalando despues a los extranjeros el interior del pais, *Pirú;* que entónces los dichos Españoles respondieron: «Acabemos! por aquí todo es *Perú*.»— De esta ocurrencia graciosa vino el nombre que actualmente tiene nuestro pais.» —(PAZ SOLDAN, *Jeografía del Perú*, vol. I, páj. XXVIII.)

«I dando órden de pasar a aquella parte, fueron algunos a ver la disposicion de la tierra; i el primero que saltó en ella fué Sancho del Campo, el cual, vista la pureza de aquel temple i su calidad i frescura, dijo:—"Qué *Buenos Aires* son los de este suelo; de donde se le ha quedado el nombre.»—(RUI DIAZ DE GUZMAN, *La Arjentina*, páj. 36.)

«Te hacemos saber que lejos de nuestra Tierra, entre el Sur i el Poniente está un gran Reyno llamado *Chili* poblado de mucha Gente.»—(GARCILASSO DE LA VEGA, *Comentarios Reales*, parte I, páj. 164.)

I

Encubre los oríjenes de todo lo que rodea al hombre un velo misterioso que desde la cuna al sepulcro nos afanamos en descorrer. El niño, el sacer-

dote, el sabio esclarecido, el burdo labriego, pagan su tributo de empeño i curiosidad a ese sentimiento innato, que es la cuna verdadera de la sabiduría i de la historia. En donde quiera que encontramos a uno de nuestros semejantes, en un viaje, en el paseo, en el asiento de un tren, en la puerta del templo, en el recinto del hogar, el primer impulso a que obedecemos casi instantáneamente, es al de la investigacion de su nombre, su procedencia, su condicion. Análoga i aun mas viva curiosidad nos mueve cuando se trata de las colectividades humanas que se llaman paises, o cuando hacemos simplemente memoria de un valle, de un desierto, de una roca. Hombres verdaderamente ilustres ha habido en nuestro siglo que han consagrado toda su noble vida i aun han hecho jeneroso i sublime holocausto de ella, como Mungo Park en el Niger, i Livingstone en el Nilo, para descubrir el oríjen de un rio, que ha sido i es hasta el presente un doble secreto de la historia i de la jeografía.

II

Obedeciendo a ese impulso comun e irresistible, iniciamos nosotros esta serie de ensayos sobre nuestro pais en este breve estudio relativo al oríjen verdadero de su nombre; cuestion que hasta aquí ha sido tratada solo bajo el punto de vista de la fábula o de la poesía.

Desechamos, en consecuencia, desde luego como una simple invencion de la fantasía del vulgo, la conseja acojida por el crédulo Molina i otros cronistas, que atribuyen la derivacion del nombre de «Chile» a la articulacion casual de un humilde pajarillo de nuestra zona—el *tril*,—que ni siquiera modula su insípido canto con ese sonido. Por otra parte, el chillido gutural propio de la organizacion anatómica de la estrecha larinje de las aves i de su acerado pico, sonido que podria remedar con alguna propiedad el nombre peculiar de nuestro suelo, es comun en ciertos casos a casi todas las aves, desde el buho a la gallina, especialmente cuando se irritan o defienden.

De todas maneras, ese jénero de descubrimientos i de inducciones ha pertenecido en todos los paises a su mitolojía, nunca a su historia.

III

Mas, a fin de que acertemos a esplicar con claridad la derivacion lójica de la denominacion con que hemos tomado nuestro puesto entre las naciones, será preciso que recordemos un momento cuál era la organizacion aboríjene de nuestro territorio.

No existia, propiamente, en la angosta faja de tierra que hoi habitamos entre el Pacífico i los Andes, una verdadera nacion, grande ni pequeña, ni en la época puramente aboríjene ni en la incarial que le

sucedió, cuando los emperadores peruanos dominaron nuestros valles hasta el Maule. Al contrario, los habitantes que poblaban los últimos, componian tribus aisladas que,léjos de confederarse para constituir un cuerpo de nacion, como las razas sometidas a los señores del Cuzco, vivian entre sí en perpetua hostilidad, ya de un valle a otro valle, ya en el seno mismo de sus escasos sembradíos, a la lengua de sus rios. Tal era la organizacion de los siete angostos valles que se estendian al norte del Mapocho:—el de *Copayapo*, el del *Guasco*, el de *Coquimpu*, el de *Limari*, el de *Choapa*, el de *Lua* (Ligua) i el de *Canconicagua*. Por ésto, cuando Almagro penetró en el primero de los parajes que acabamos de nombrar, hallábanse sus habitantes envueltos en sangrientas guerras intestinas. I esto último acontecia a la vez en el postrero de aquellos valles, ocurriendo la circunstancia estraordinaria i desconocida casi del todo hasta el presente, que el caudillo de los últimos era un español, predecesor de Almagro en el descubrimiento i la conquista.

IV

Por estas circunstancias de luchas continuadas i de aislamiento profundo, esplícase hoi la estremada escasez de poblacion, que hizo de la primera ocupacion del territorio un hecho llano para un puñado de aventureros. «Desde Copayapo hasta Maule—de-

cia Pedro de Valdivia en una carta recientemente descubierta—habrá agora quinze mil indios, porque la guerra, hambres i malas venturas que han pasado, se han muerto i faltan mas de otros tantos» (1).

I a ese mismo esparcimiento de raquíticas tribus enemigas debe atribuirse la carencia de un nombre colectivo para significar el conjunto de una nacion que en realidad no existia sino en jirones. Por ésto observa con admirable sagacidad el inca Garcilaso, "que aquellas tribus no tuvieron en su lenguaje nombre jenérico para nombrar en junto los Reynos i Provincias, como decir «España,» «Italia» o «Francia,» que contienen en sí muchas provincias. Supieron solo nombrar cada Provincia por su propio nombre» (2).

Este juicio del historiador indíjena es una verdad profundamente histórica i jeográfica. Chile no existia ni como nacion ni como territorio. O mas propiamente, a ejemplo de algunos de nuestros rios que van mudando de nombre segun la zona que atraviesan, la montaña, el valle central o la cadena de la costa, así aquel recibia diversos nombres comarcanos inconexos. En la cabecera austral del desierto de Atacama, Chile llamábase únicamente *Copayapo;*

(1) Carta de Pedro de Valdivia a Hernando Pizarro.—Serena, setiembre 4 de 1545.

(2) Garcilaso, *Comentarios Reales,* lib. I, cap. VI.

tres grados mas al sud asumia la denominacion *Coquimpu*, i en la medianía de su lonjitud conocida, apellidábanlo sus dispersos moradores *Canconicagua*.

I esta organizacion política i social de los aboríjenes, que es estensiva a todas las poblaciones de la América española en la época de la conquista, esplica la fortuna i la rapidez de la última. Si en lugar de míseros caciques, las Indias hubiesen estado repartidas entre feudatarios, como los khans de la Tartaria, los emires árabes, o siquiera como entre los perezosos pero opulentos i obedecidos *nababs* de la India, mui diverso habria sido el éxito de las armas españolas. La Araucanía, que no es propiamente una nacion unitaria, sino una confederacion militar de tribus aisladas i bárbaras, mas o ménos compacta, es todavía un vivo ejemplo de lo que asentamos.

V

Hemos dicho que el último de los valles setentrionales de nuestro territorio, caminando al sud, tenia el nombre de *Canconicagua*. Pero éste era solo la designacion local i lugareña de aquel sitio. Su nombre jenérico i esterior, jeográfico i político, era el de *Chilli*, sin duda por el apellido de algun cacique poderoso que en él tuvo mando i le legó su nombre, como aconteció en la mayor parte

de los bautizos de la conquista. Los valles de Cachapoal, Tinguiririca, Ñuble, Maule, Mulchen i muchos otros derivaron, por ejemplo, sus nombres de los caciques *Cachipoal, Tintililica, Nuble, Maule, Molchen*, que los españoles encontraron en actual ocupacion del territorio.

Otro tanto habia acontecido en el resto de la América.

Los caciques *Panamá, Bogotá, Popayan, Buga, Tumaco, Taboga*, habian ido trasmitiendo sus nombres a ciudades, a comarcas, a paises; sistema de denominaciones completamente natural que nosotros hemos copiado con fidelidad en nuestras designaciones lugareñas:—«lo de Castillo,» «lo de Herrera,» «lo de Aguila,» «lo de Nos,» «lo Recabárren,» «lo Contador,» nombres todos de encomenderos, ya que no de caciques, en el solo distrito de Santiago.

Mas, volviendo a la adjudicacion especial del nombre de *Chilli* al valle de Canconicagua, no cabe la menor duda sobre su autenticidad, porque así lo asienta Valdivia mismo cuando, hablando del valle del Mapocho, dice que «es doce leguas mas adelante de Canconicagua, que el adelantado Almagro llamó el *valle de Chille*» (1).

---

(1) Carta citada de Pedro Valdivia a Hernando Pizarro. Valdivia persistió siempre en llamar al valle de Chile *Canconicagua* o *Canconcagua* de cuya última denominacion queda todavía el nombre de *Concon*, a la entrada de su rio en el océano.—Así dice cuando fué a hacer construir el bergantin en Concon (1541):—«Luego me porté al valle de Canconcagua a

I si tal no lo hubiera denominado el predecesor de Pedro de Valdivia, los secuaces de aquel bravo i desventurado caudillo habrian bastado para hacer imperecedero ese nombre, porque desde que Juan de Rada mató a Francisco Pizarro, los almagristas fueron solo conocidos con el nombre, lastimero entónces, terrible mas tarde, de:—«*los de Chile*».

VI

Por otra parte, el nombre primitivo de *Chile*, aplicado lugareñamente al rio i valle que hoi ha recuperado por entero i oficialmente su denominacion primitiva de Aconcagua, se mantuvo incólume durante siglos, aun despues de haberse jeneralizado esa denominacion aplicada a todo el pais. Así vemos que dentro de los primeros quince años de la conquista (octubre 9 de 1556), se concedia pertenencias de

---

hacer un bergantin.» I en otra parte, hablando de la escasez de habitantes en nuestros valles del Norte, dice:—«Desde el valle de Canconicagua hasta Copayapo no hai tres mil indios.»

En el nombramiento de tesorero real, que el gobernador hizo de su íntimo amigo Jerónimo de Alderete, pocos meses despues de la fundacion de Santiago (11 de agosto de 1541), marca mas señaladamente el conquistador la denominacion especial del valle de Chile, aplicándola al que es hoi de Aconcagua, pues lo nombra junto con otros valles i lo distingue nominativamente de los demas i del Mapocho. «En estos reinos de la Nueva Extremadura (asi empieza el título), que comienzan en el valle de la Posesion, que en lengua de indios se llama Copayapo, con el valle de Coquimbo, *Chile* i Mapocho, etc.»

tierras al conquistador Francisco de Riveros en el «Rio de las Minas» (Malga-Malga), «hácia el *valle de Chile,*» es decir, en la direccion de Quillota i de Limache, que se consideraban como apéndices de aquel valle. En un documento de 1614, encontramos mejor precisada todavía esta circunstancia, porque un vecino de Aconcagua llamado García Carvajal, declara en un instrumento público otorgado en Santiago ante Bartolomé Maldonado, el 27 de octubre de aquel año, que «es vecino encomendero de la *provincia de Chille* i residente al presente en la ciudad de Santiago».

Esto, respecto de la parte superior del valle de Aconcagua.

Pero otro tanto acontecia en su parte inferior, que se estendia desde la punta de Llai-Llai hasta el Pacífico. Así los frailes de San Francisco en Santiago, recordando al rei, en una carta fechada el 14 de agosto de 1666, el destierro a Quillota que el presidente Meneses impuso con injusticia al oidor Peña Salazar, dicen que «le desterró a la *provincia de Chille*». Igual espresion usa el fiscal Muñoz i Cuéllar en una comunicacion contemporánea de esta última i del mismo jénero (1).

---

(1) «Actas del Cabildo de Santiago.—Archivo de Bartolomé Maldonado (Notaría de San Bernardo).—Archivo de Indias.—Libro manuscrito en mi poder con el título de *don Francisco de Meneses*.

VII

En consecuencia, durante los tres siglos del coloniaje, *Chile*, en un sentido local, era peculiarmente el valle de Aconcagua. Solo por estension jeográfica, de hábito i de gobierno, ese mismo nombre aplicábase al resto del pais.

I tan arraigados han vivido esta clasificacion i apellido en la memoria del pueblo, que aun hoi mismo, así como las jentes rudas no conocen la parte setentrional del pais sino con la espresion tradicional de los «lados de *Abajo*,» i los del sud con la de los «lados de *Arriba*,» así la rejion central i especialmente la ocupada por la capital i sus valles tributarios, se llama todavía *Chile*. Marchar a Santiago se dice hoi, desde el Bio-Bio al sur, «ir a Chile,» i aun entre los indios salvajes o semi-civilizados se emplea exactamente la misma locucion. Conocida es tambien la jactancia jeográfica de aquel oficial del ejército chileno, hijo de Rancagua, que hizo la campaña de Yungay, i que en las tertulias de Lima, donde era burlescamente interrogado, contestaba siempre:—«que era nacido en un pueblo veinticinco leguas mas allá de *Chile*»...

Notó con cierto enfado esta estraña anomalía de lenguaje un terco ingles, ajente de empréstitos, que visitó a Santiago en 1823, viniendo por el camino de Mendoza, Santa Rosa i Colina. I como a cada

paso de su mula oia preguntar «lo que faltaba para Chile,»—o cuánto habian tardado en el camino los arrieros que «venian de Chile»—o «cómo estaba Chile»—esclama con cierta espiritualidad en el libro que sobre su viaje escribiera, que eso era tan impertinente, como si alguno que fuera llegando a Lóndres por Kensington preguntase:—«¿Cuánto falta para llegar a Inglaterra?» (1)

VIII

Tenemos ya adquirido como cierto i comprobado, que el nombre de *Chile* fué local, como el de Copiapó o el de *Limarí*, el del *Maule* o el de *Itata*, i que así como cupo aquella designacion a nuestro suelo, pudo haberle pertenecido la de aquellos u otros valles. *Chile* era, en la época aboríjene, esclusivamente el valle que riega el rio de Aconcagua, desde sus cabeceras andinas hasta el mar.

IX

Los valles setentrionales eran, en efecto, estrechos, pobres, barridos alguna vez por turbiones i escasísimos en poblacion. No se hallaba desde tiem-

(1) ROBERT PROCTOR, *Narrative of a journey a cross the Cordillera of the Andes*,—Lóndres, 1824, páj. 95. El Director Supremo i delegado Quintana, cuando en 1817 escribia sus cartas en Santiago, las databa simplemente desde *Chile*.

pos remotísimos en tales condiciones el populoso valle de *Chilli*, con su abundante rio, sus fértiles terrenos de aluvion, sus valles laterales i abrigados como las ensenadas de Llai-Llai, Catemu i Purutun, i especialmente con sus ricos veneros de oro que cubren todavía la vasta estension de la provincia de Aconcagua, desde Petorca a Catapilco i desde las opulentas laderas de Malga-Malga (anexadas hoi a Valparaiso) hasta la famosa mina de las Amazonas en la Ligua. Por ésto los historiadores antiguos afirman que casi todo el oro del *tributo del Inca* era del valle de *Chilli*; i de sus *catas* i lavaderos indudablemente provenian las catorce arrobas de purísimo metal en tejos, marcados con el seno de una mujer, que Almagro encontró, segun Rosales, en Tupiza.

X

La fama de tan abultada riqueza i del temple de aquella comarca, vasta, poblada i abundosa en metales, atravesó la distancias con el trascurso de los años, i así el nombre local de *Chilli* fué amoldándose poco a poco a los territorios subalternos que lo rodeaban, sin llegar a formar por ello la denominacion unitaria de un pueblo, sino el de una imperfecta confederacion de tribus. Por ésto cuenta Garcilaso, que cuando el Inca Viracocha, octavo rei de su raza, visitó, siglo i medio ántes del descubrimiento de Chi-

le por los europeos, sus provincias de Tarapacá, recientemente conquistadas por sus armas, se le presentaron ciertos embajadores *Tucumas* (del Tucuman) i le dijeron:—«Te hacemos saber que léjos de nuestra Tierra, entre el Sur i el Poniente, está un gran Reyno llamado *Chili*, poblado de mucha Gente; con los cuales no tenemos comercio alguno, por una gran cordillera de Sierra nevada que ay entre ellos i nosotros; mas la relacion tenemos la de nuestros Padres i Abuelos. I pareciónos dártela para que ayas por bien de conquistar aquella Tierra» (1).

Tal fué el oríjen del descubrimiento, conquista i avasallamiento incarial de los valles de Chile, que con veinte mil hombres i en seis años de campañas, o mas bien, de marchas, consumó el famoso Sinchirucha, jeneralísimo del inca Yupanqui, «acompañado de dos maeses de campos (lugar-tenientes) del linaje de los incas—agrega Garcilaso—que no saben los indios decir como se llamavan». Herrera acoje esta misma version, atribuyendo la jeneralizacion de aquel nombre a la guerra mas que al oro, i de esta misma opinion fué el famoso viajero Frezier al tratar esta cuestion (2).

I de esta suerte queda establecido el hecho histó-

---

(1) Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, páj. 161.
(2) Antonio de Herrera.—*Década* VII, lib. I.—Frezier, *Voyages dans la Mer du Sud.*—Paris, 1716, páj. 104.

rico de que fué la conquista incarial la primera que jeneralizó el nombre comarcano de *Chile* o *Chilli* a todos los territorios que, desde el despoblado de Atacama al sud, ocuparon sus armas. Cuando los castellanos penetraron en el Perú i en el Plata, i dieron a sus parajes nombres tan efímeros i caprichosos como los que ya ha consagrado la historia i el hábito de cerca de cuatro siglos, el ignoto Chile tenia adquirido, por tanto, un nombre fijo i preciso. No es por ésto del todo exacta la aseveracion de Valdivia, cuando afirma que Almagro *dió* al valle de Aconcagua el nombre de *Chile*. Hacia mas de un siglo que éste era ya un nombre jeográfico en las Indias.

XI

Surje aquí una cuestion curiosa, pero mas de idioma que de jeografía, i es la de averiguar la significacion posible del nombre de *Chile*.—¿Es una palabra chilena? Es un vocablo peruano? Es un término jenérico que no significa nada determinadamente i que, por lo mismo, se encuentra esparcido en diversos parajes de la América i aun en otros continentes?

Es tal vez la última la mas acertada solucion de este problema. Pero habria asimismo razones considerables de induccion i de analojía para pensar que ese vocablo se asimiló en el Perú, o tuvo de antemano afinidades positivas en el idioma quichua.

XII

Antes de todo, preciso es dejar establecido que el nombre verdadero, antiguo e indíjena era *Chilli*, dulcificado en la sonora i blanda garganta de la lengua castellana en el de *Chile*, i a veces, en el principio, con el mas apacible todavía de *Thile*.

I aquí vale con mucho la pena de ser anotada una circunstancia al parecer trivial, pero que en realidad no lo es sino mui interesante i filosófica ante la historia i la lingüística. Tal es la de que, habiendo sido el antiguo i primitivo nombre de nuestro pais *Chilli* i por síncope *Chili*, ese es el que han conservado los europeos en sus idiomas, i especialmente los ingleses, que nunca dicen sino *Chilé* i los franceses *Chilí*. La *e* final vino esclusivamente de la modulacion española, i de aquí pasó al italiano, en cuya lengua se pronuncia i aun se escribe en ocasiones nuestro nombre de nacion así: —*el Kile*.

XIII

Volviendo ahora al camino de la investigacion lingüística, aparece que el nombre de *Chile* encuentra infinitas analojías i aun perfectas sinonimias en diversos parajes del Perú. Así tenemos el nombre de *Chilia* en un pueblo de la provincia de Chachapoyas, marcado en el mapa del Perú de Paz Soldan, e idéntico nombre en un curato de la provincia de Pataz,

departamento de la Libertad.—Otra aldea de Chachapoyas lleva el nombre de *Chili*-pin, análogo a las cerrilladas de *Quili*-pin, que se levantan entre Linares i el Parral.

Esto con relacion a la zona del Norte.

Pero al sud del Perú, las similitudes aparecen con mas frecuencia i mas viva analojía. De esta suerte, podemos enumerar los parajes de *Chila*-hoyo, posta cerca de Puno; *Thili*-vichi, pequeña hacienda entre Tacna i Tarapacá, en cuyo caserío falleció el memorable mariscal Castilla; Pacon-*chile*, en el valle de Lluta, cerca de Bolivia; i por último, *Chili*-gua, que corresponde casi a nuestro *Chilli*-hue, en Caupolican, i cuyo lugar es una cordillera fríjida entre Puno i Arequipa (1).

Pero donde el nombre de Chile está entero i perfecto, es en el famoso rio de la última ciudad que baña el pié del Misti i deleita despues el hermoso valle de Vito, uno de los mas encantadores oasis del Perú:—*el rio Chile.*

XIV

¿Querríamos, por ésto, decir que la etimolojía de *Chilli* es de procedencia quichua? De ninguna manera; porque esa misma palabra abunda, i con mas

(1) Son tan comunes en el Perú i en Bolivia las palabras simples o compuestas en que entra la articulacion *Chili*, que en un diario de febrero del presente año, hemos leido que el presidente de Bolivia se habia dirijido al puerto de *Chile-lay*, en el lago Titicaca.

acentuacion i semejanza, en diversos parajes de nuestro propio territorio, los unos remotos, los otros centrales. Así, en el grado 39, entre los rios Tolten i el Cautin, tenemos el lago i el rio de *Chille*, i a orillas del Mataquito, el cerro de *Chili*-pirco, en que pereció el heróico Lautaro (1).

El valle de *Chilli*-hue, en el departamento de Caupolican, forma una frase completa del idioma araucano, de *chilli*—nombre del pais— i de *hué*, cosa o péndice de algo, como *Chili-hué* (Chiloé), que significa «apéndice o dependencia de Chile».

XV

Pero donde se reproduce con mas frecuencia esta peculiar articulacion, es en las vecindades mismas del antiguo valle de *Chille*. Así tenemos un paraje en la Ligua que se llamaba, hace uno o dos siglos, «las majadas i asiento de *Chille*-cauquen,» i este es el nombre actual i preciso de una de las mejores haciendas de secano del departamento de Quillota,— *Chilli-cauquen*, donde el vocablo *Chilli* está íntegramente conservado.

I aquella misma ciudad, ¿no tuvo tal vez un nombre análogo alterado por la peculiar modulacion es-

(1) El rio meridional de *Chille* no se encuentra mencionado en el escelente *Diccionario Jeográfico* de Astaburuaga, pero la señala Oloscoa en su mapa de la Araucanía.
Tenemos otro rio, el *Chiri*, afluente del Pilmaiquen.

pañola,—*Chillota?*—En la vecindad de la ciudad de Puno, en los fríjidos páramos del Perú, existe todavía un lugarejo que lleva el nombre de *Chilota.*

XVI

La palabra puramente indíjena de *chilli-cauquen* merece una observacion por separado, porque tal vez la etimolojía del valle de Chile está vinculada a su significado. *Chilli*, en efecto, en el idioma araucano, significa una especie de goviotas de tierra, que suelen llamar tambien *canquenes*, i de aquí (por una laguna en que todavía abundan los últimos) el nombre de los baños i hacienda de *Cauquenes*, i el del departamento i ciudad del sud. ¿Eran los *canquenes* de *Chilli-cauquen* las gaviotas del valle de *Chille?* Tenemos todavía otros vocablos corroborativos del oríjen completamente lugareño, aboríjene i anterior a la época incarial i europea, como el de *chili*-piuque, nombre que los indios daban a un nervio del corazon *(piuque)*; el de *chili*-hueque, nombre chileno de la *llama* del Perú; i aun el de *chiles* con que en el esterior son conocidos los pimientos indíjenas.—En Méjico, nunca oimos nombrar al *ají* sino *chiles*, i lo mismo dicen en España de ese enérjico cáustico (1).

(1) Hablando del guiso nacional llamado *gazpacho* en España, dice Ford en sus *Gleanings of Spain* (páj. 134), que se compone de cebollas, ajos, pepinos i *chiles*—«is composed of onions, garlic, cucumbers, *hilis,*» etc.

XVII

No pretendemos, empero, hacer doctrina de ninguna de estas derivaciones, sino solo marcarlas de paso, porque nuestro propósito no llega mas allá de trazar la localizacion del nombre primitivo del pais i en seguida su difusion jeneral, i ésto creemos haberlo conseguido con fortuna. Por lo demas, las sinonimias de base peruana domesticadas en Chile, son sumamente comunes, como la de la provincia de *Lampa* (la azada indíjena), reproducida en un antiguo pueblo de indios de Santiago; la de *Guaico*, lugar vecino de la raya fronteriza de Bolivia i el Perú, que tienen tambien dos esteros en el litoral de Camaná; el *Lircay*, curato de la provincia de Huancavélica; i el de *Chicauma*, en la provincia de Trujillo, que se reproduce en el departamento de Santiago, junto a Lampa, en un lugar famoso por su buena chicha. El nombre del Dios *Pachacamac* está reproducido tambien en una estancia i cuesta vecinas de Quillota; i por último, el de *Ilave*, que era el antiguo de Peñaflor, fué copiado de el del rio de ese nombre que desemboca en el lago Titicaca.

Aun respecto de nombres que parecen esclusivos de nuestro terruño, como el de las provincias de *Aconcagua* i *Colchagua*, por ejemplo, tenemos el primer nombre mui aproximadamente repetido en el célebre pico de *Aconquixa*, en el Tucuman, a cuya

cima dirijió el año último poéticas invocaciones el ilustrado presidente de la República Arjentina, i que ya habian mencionado en el pasado siglo los jesuitas (1).

En cuanto al nombre de *Colchagua*, la sinonimia es mas cercana todavía en el puerto de *Conchagua* (la diferencia es de una sola letra), situado en Guatemala i que hoi se denomina la *Union* (2).

XVIII

Análogo caso ocurre con otros nombres nacionales, como el de Arauco, que vemos reproducido en Venezuela en el rio *Arauca*, famoso por la victoria que a sus orillas obtuvo sobre Morillo el 2 de abril de 1819, i en Nueva Granada en los indios *araucos* o *aruacos*, de que tan estensa mencion hace Julian en su *Perla de Santa Marta.* Prescott cita tambien en su *Historia de la Conquista del Perú,* un don Martin de Arauco que hizo relacion de la muerte de Francisco Pizarro. I no seria ménos curioso que este nombre de *Arauco* haya sido importado en Chile, porque tal vocablo no existia en el idioma primitivo, siendo la verdadera designacion de aquel territorio la de *Rag-co* (agua de greda) (3).

(1) LOZANO—*Historia de la Conquista del Tucuman,* lib. I, cap. XXXVI, núm. XXXV.

(2) Véase Lafond— *Voyages dans l' Amérique espagnole,* vol. I, páj. 316.

(3) En realidad, las palabras *Arauco* i *Arauca* son mui jenerales en las denominaciones americanas.

XIX

¿Pero limitóse solo a nuestro pais i al del Perú la designacion de *Chile* i sus equivalentes?

Nosotros encontramos ese preciso nombre en una de las mas altas cadenas de Guatemala i en una de las provincias setentrionales de la China, ni mas ni ménos como encontramos en la nobleza de Inglaterra un *lord Maule*, que, por cierto, nada tiene que hacer con nuestro rio. Simples coincidencias de la pronunciacion i de la sintáxis humana, en el lenguaje universal (1).

XX

No podemos a este propósito dejar de marcar una coincidencia mucho mas singular que la precedente, digna de una mencion especialísima.

Sabido es de todos que la palabra *chiri* significa

Los escritores europeos suelen hacerlas sinónimas de *auca*, que en quichua quiere decir *enemigo*.

De esto tomó nombre el popular romance de Gustavo Aimard, aplicado a los araucanos:—*Le grand chef des Aucas*.

En cuanto al nombre patronímico de Arauco, que acabamos de citar, es tan jenuinamente español como el de *Araujo*.—En Buenos Aires hubo a fines de siglo pasado, un hacendista que se llamaba don José Joaquin *Araujo*, i dejó varias obras estimables.

(1) El nombre de la provincia de la China a que nos hemos referido, es *Chih-li*, que se pronuncia como el de nuestro pais. Ultimamente se ha hecho notar esta provincia porque su gobernador ha establecido un periódico con formas europeas. Diversos viajeros ingleses han visitado en los últimos años este vasto estado montañoso, situado en el centro del Celeste Imperio.

frio en la lengua quichua, de lo cual ha venido la injeniosa pero antojadiza presuncion que esplica el nombre de Chile por el frio de su encumbrada cordillera, que los peruanos, acostumbrados a un clima mas benigno, encontraban a su paso. De aquí los *chiri*-guanos, habitantes de las altiplanices de Salta i de Jujui (1).

Pero mas cercano que ese vocablo está de nuestro nombre la palabra inglesa *chilly*, que por una singularidad estraña, sígnificia tambien frio. Así es que con relacion a este vocablo, tanto valdria decir que

---

(1) Sobre la significacion de *chiri* (frio), el escritor peruano Bosagoitía ha compuesto una oda en quichua en honor del agrónomo Cabrera, que, fiel a su apellido, se ha ocupado con éxito en hacer cruzas de alpacas, llamas, vicuñas i *cabras*.

«*Chiri* llaquic pa rafframpi
Pachata ccapacc yachispa
Huiccuña alpaccacc churrita»

«Entre auras crudas i soledad paciente
Descorres de natura el denso velo
De la Paco-Vicuña que tu afan presenta,» etc.

En cuanto a la ignorancia del nombre de Chile en Estados Unidos, hemos recibido en estos dias una carta de Cleveland, escrita por una sobrina nieta del virei O'Higgins en que nos pregunta si queda alguno de sus descendientes en el *Perú de Chile*. Nuestro jeneral Riquelme se contentaba con llamar a la capital de la república vecina «el Perú de Lima».

Chiri-Chiri, que significaria en quichua frio-frio, es el nombre de una de las mas ardientes ensenadas del istmo de Panamá, un poco al sur de la bahia de Cupica, esplorada por los chilenos del corsario la *Rosa de los Andes* en 1820.

Chiri-moya, de *chiri* (frio) i de *moyu* (seno de mujer), tiene su significado poético i a la vez sumamente apropiado.

Ya dijimos que en Chile tenemos un pequeño rio llamado tambien *Chiri*.

la etimolojía de Chile viene del Perú como de Inglaterra. Muchos de los habitantes de este último pais, i especialmente de los Estados Unidos, donde reina mayor ignorancia sobre el mundo esterior, lo piensan instintivamente así. Cuántas veces, en verdad, no hemos oido esta definicion verdaderamente yankee, del templado i dulce clima en que nacimos: —*Oh! Chili, cold, very cold Chili!* (1).

No llegamos por ésto a decir, como no sabemos cuál viajero, que los peruanos son descendientes de ingleses, porque *Inca Man*-co, su rei, quiere decir *english man* (ingles), lo que es tan exacto como que los indios de Eten, cerca de Trujillo, se entienden a las mil maravillas con los chinos i japoneses, que llegan por barcadas a sus valles para cultivar sus cañas i algodonales. Ménos nos imajinamos como el candoroso padre Ovalle, que el Perú fuera el antiguo *Pharuin*, es decir, el *Ofir* de Salomon, de donde—dice aquel historiador chileno—llevaban al gran rei oro, perlas i «cueros de vicuña» (2).

La única duda del jesuita estriba en que si aquellos cargamentos pasaron a la Tierra Santa por el estrecho de Magallanes o por el Cabo de Buena Esperanza... Mas, en cuanto a que Salomon hubiera sido el primer descubridor de la América, no habia vacilacion posible, porque el primero

(1) «Oh! Chile es un pais frio, mui frio!»
(2) *Historia de Chile*, páj. 108.

«fué mas cosmógrafo que Cristóbal Colon i no se le pudo ocultar lo que éste descubrió». I estos son desatinos de levísima cuantía comparados con los que usa otro fraile antiguo, el famoso padre García, en su mas famoso libro *Del oríjen de los Indios*, destinado a probar que los araucanos descienden de los fenicios, i los patagones de los cartajineses...

XXI

No seria completo el presente estudio si no hiciésemos memoria de la larga lucha que el sencillo i por lo mismo enérjico i espresivo nombre indíjena de nuestra patria, tuvo que sostener en los primeros años de la conquista, contra la denominacion oficial, dura i poco feliz que pretendió imponerle Pedro de Valdivia.

Era la usanza i la vanagloria de los españoles el apropiar viejos nombres castellanos, estremeños, gallegos i otros a los lugares i naciones que descubrian en las Indias, i de aquí que haya quedado el nombre de «Nueva Granada» i el de «Venezuela,» i que Méjico poseyera oficialmente durante el coloniaje solo el de «Nueva España».

En algunos de los conquistadores tuvo ese afan por significacion, el amor al suelo natal. Pero Valdivia pretendió atribuirle solo el de una galantería subalterna.—«A toda la tierra que he descubierto i descubriré—decia a Hernando Pizarro con rela-

cion a su hermano el gobernador del Perú—llaméla la Nueva Extremadura *por ser el marques de ella* i yo *su hechura*».

Aunque arrancado de tan pobre móvil, mantuvo Valdivia su bautizo con incontrastable constancia, durante los catorce años que gobernó en Chile. En su primera como su última provision, se encuentra el sello de su poderosa voluntad, empeñada en borrar una memoria que estaba ya tres veces consagrada por los aboríjenes, por los incas i por los dos Almagros i sus bravos soldados «los de Chile».

En las actas del cabildo de Santiago, miéntras gobernó Valdivia, la fórmula invariable es siempre la siguiente en el encabezamiento de cada una:—«En la ciudad de Santiago *del Nuevo Extremo* de estas provincias de la *Nueva Extremadura*». En el último documento público emanado del capitan estremeño, que es el nombramiento de un maestro platero, hecho en Concepcion a fines de 1553, insiste todavía en llamar a Chile simplemente—«este Nuevo Extremo».

XXII

Mas el hábito i la fama pudo mas que la tenaz voluntad del conquistador, porque desde los primeros años, las autoridades, los capitanes, los mercaderes del Perú, todos en las Indias no cesaron de llamar nuestra colonia—«el reino de *Chile*».

Otro tanto sucedia en España, cuya cancillería jamas aceptó la denominacion antojadiza de su primer gobernador. Así, en el nombramiento de tesorero, otorgado por Cárlos V en Madrid en favor de Arnao de Cegarra, el 9 de junio de 1553, doce años despues de la fundacion de Santiago, se menciona solo la «provincia de Chile». Cuando mas, la Corte solia mezclar el nombre de «Nueva Extremadura» con la denominacion indíjena, i éste fué el sistema empleado por el conciliador La Gasca en su correspondencia oficial cuando pacificó al Perú. Su fórmula mas usada era la siguiente:—«Las *provincias de Chile*, llamadas *Nuevo Extremo*».

El pacificador anteponia, sin embargo, segun se observa, el nombre indíjena i usual, dejando la designacion española como un simple apéndice.

XXIII

Pero muerto Valdivia i olvidada su memoria en contiendas civiles, no tardó en desaparecer del todo la obra de sus afanes lugareños. Don García Hurtado de Mendoza, que no habia nacido en Estremadura sino en Castilla, no se cuidó un solo momento de la cuna de su predecesor, i en el primer auto que espidió en la Serena, estableciendo el cabildo del lugar, el 5 de abril de 1557, solo usó del siguiente formulario:—«En la ciudad de la Serena de éstos Reynos i provincias de *Chile*». Ni una sola ocasion aparece mencionada la *Nueva Extremadu-*

ra en la cartera de aquel gobernador. Otro tanto hizo su lugarteniente jeneral Pedro de Mesa, cuando, veinte i dos dias mas tarde (el 25 de abril de 1557), tomó posesion del ayuntamiento «de éstos Reynos i provincias de *Chile*».

La denominacion estranjera de nuestra patria duró de esta suerte solo el breve espacio de diez i seis años.

I de esta suerte, a nuestro humilde juicio, queda suficientemente demostrado:

1.° Que la derivacion del nombre de *Chile* del canto del *tril*, es una fábula que no resiste ni a la historia, ni a la lingüística, ni siquiera a la anatomía del pico i la larinje de las aves.

2.° Que es un nombre indíjena del pais, positivamente prehistórico, es decir, *anterior* a la conquista incarial i al descubrimiento i conquista de los europeos.

3.° Que fué en su cuna una denominacion completamente *lugareña*, aplicada a un valle especial, que el uso i la conquista hizo estensivo gradualmente a todas las comarcas del pais.

4.° Que aunque el oríjen del vocablo es indudablemente *chileno-indíjena*, no se le puede asignar una significacion determinada en ese idioma, por tener otras análogas o semejantes en el quichua i encontrarse en diversas comarcas de América.

5.° Que el uso popular conservó i jeneralizó ese

nombre nacional, a pesar de los esfuerzos puramente oficiales de los conquistadores para reemplzarlo por denominaciones convencionales de la Península.

XXIV

Fáltanos todavía, a fin de introducir un poco de vida i colorido al final de esta discusion de los oríjenes de nuestra patria, narrar un lance verdaderamente estraño que precedió a la conquista de Valdivia i aun al descubrimiento de Almagro, i que tuvo lugar, por tanto, en pleno dominio aboríjene.

XXV

Venia enrolado entre la soldadesca de los Pizarros un sevillano llamado Pedro Calvo Barrientos, hombre vulgar, pero de grandes alientos i agudo injenio. Por alguna villanía o indisciplina de que se hiciera reo en el Cuzco, cortáronle las orejas i lo pasearon afrentosamente por las calles, segun la bárbara costumbre española, llamada entre nosotros, hasta hace poco, la *vergüenza pública*.

Profundamente ofendido por aquel castigo inhumano, «i como un español—dice Diego de Rosales hablando de este preciso caso—estima mas la honra que la vida, i mas en las Indias, donde todos se procuran hacer caballeros,» dirijióse el infeliz Barrientos al Inca Manco, que en prosecucion de

un plan político habian coronado los Pizarros, i le rogó lo enviase al mas lejano de sus dominios para ocultar allí su vergüenza i su despecho.

XXVI

Accedió de buen grado el monarca, que sufria, como el soldado de Sevilla el vilipendio de sus amos, i dióle una escolta i «su borla real como pasaporte». Añade el cronista que ésto cuenta, que le trajeron en andas i en compañía de una india «a que se habia aficionado»: tan grande era el poder de la «borla del Inca!»

Atravesó así el soldado español los desiertos i los oasis de Chile setentrional, por el año de 1534 o 35, i radicóse en el valle de Chile, que era lo mejor de estas lejanas posesiones del imperio incarial, i allí hizo luego gran figura porque se alistó en uno de los bandos que ensañaban las tribus entre sí.

En su calidad de jeneral i vencedor dictaba el desorejado Barrientos la lei en la comarca, cuando apareció Almagro i su hueste en la primavera de 1536. Asombráronse los españoles al encontrar cruces de madera plantadas en las colinas, pero su estupor cambióse en alegría cuando reconocieron a uno de sus compatriotas entre los bárbaros, poseidos de curiosidad i de terror, que salian a recibirles. «Iba Pedro Calvo Barrientos—dice un historiador—vestido como ellos i con muchas plumas, i aunque por

verle tan galan i arrogante pusieron todos los ojos en él, ninguno lo conoció hasta que habló en español i se dió a conocer, con que todos los españoles ocurrieron alegres a verle i cercarle, alegrándose de ver uno de su nacion en aquella tierra» (1).

XXVII

Los informes que el animoso andaluz dió a Almagro sobre el pais, sus minas, sus cosechas i sus poblaciones, fueron preciosas para su empresa, i «fomentaron sus altos pensamientos». Pero desgraciadamente los secuaces del Adelantado no tenian su grande alma. Resolvieron retroceder al Cuzco, cuya ciudad disputaban a los Pizarros como suya, i dieron la vuelta a los pocos meses de su arribo. El soldado andaluz se fué con ellos; mas «como estaba hecho a la vida de los indios»—refiere el mismo narrador que acabamos de citar,—volvió a separarse de la hueste castellana i se estableció esta segunda vez en Copiapó.

XXVIII

Hallábase aquel singular descubridor de Chile en el último paraje cuando, cuatro años mas tarde, atravesó el desierto Pedro de Valdivia, i en esta co-

(1) ROSALES.—*Historia inédita*, lib. III, cap. VIII.

yuntura no abandonó su choza ni sus mujeres, porque dos años mas tarde, cuando Monroy fué al Perú en busca de refuerzos (1542), estaba radicado en el lugar i hecho ya mas indio que español. Al ménos Valdivia le culpa del desastre que ahí esperimentó su lugarteniente, que escapó milagrosamente con la vida (1).

Parece, sin embargo, que Barrientos entró hasta cierto punto en la conspiracion que fraguó Monroy para libertarse de sus captores, porque con un cuchillo suyo apuñaleó el último al cacique que lo mantenia preso, i «salió—dice Valdivia—llevando *por fuerza* aquel transformado cristiano a las provincias del Perú» (2).

XXIX

Tal fué el primer español, o mas propiamente, el primer *andaluz* que pisó nuestro suelo i se asimiló, a virtud de una afrenta pública, con la raza que sus compatriotas venian a esterminar. I ¡coincidencia digna de curiosidad!—Hemos dicho que ese aven-

(1) «Que éste (Barrientos) fué toda la causa de toda la pérdida.» (*Carta de Valdivia a Hernando Pizarro*—Serena, setiembre 4 de 1545.)

(2) Valdivia, carta citada.—Obsérvese que el gobernador de Chile no daba al Perú en esta carta su título oficial de *Nueva Castilla*, sino que dice simplemente *provincias del Perú*, exactamente como decian en este pais, hablando de la Nueva Estremadura, «las provincias o el reino de Chile». En realidad fueron los habitantes del Perú los que conservaron intacto el nombre de *Chile* en la primera época de la conquista, i viceversa, los chilenos el del *Perú*. En cuanto al título de *reino* dado a Chile

turero así ultrajado, i que fué el primero de su nacion que sirviera a los caciques aboríjenes, se llamaba Barrientos. Pues ese mismo es el nombre del último i valeroso chileno que ha ido a España a servir con

---

cuando Méjico i el Perú eran simples *vireinatos*, hé aquí lo que cuenta Rosales i que no deja de ser curioso, en el cap. IX del libro IV de su *Historia*, inédita todavia.

«En aquellas Cortés i asistencia que el Emperador hizo en Flandes, trató de casar a su hijo Philipe segundo, príncipe de las Españas, con la Serenissima Doña Maria, única i singular heredera de los Reynos de Inglaterra, i como los grandes de aquel Reyno, reconociendo que Doña María era lexítima Reyna, respondiessen que avia de ser Rey tambien quien se cassase con ella se trató de que el príncipe se coronase por Rey de Chile, i como que estas provincias que ántes no tenian otro título, estubiessen por el del Emperador, i perteneciessen a la Corona de Castilla, dixo: —pues hagamos Reyno a Chile, i desde entónces quedó con ese renombre».

Bajo el mismo punto de vista, i como simple curiosidad jeográfica, damos lugar en seguida a los límites que el jesuita Rosales fijaba al reino de Chile a mediados del siglo XVII, i los que Pedro de Valdivia asignó a la jurisdiccion del cabildo de Santiago el 13 de noviembre de 1552. Ambos documentos merecen conservarse en esta época de disputas territoriales.

El primero dice así:

«Ensánchese el reino de Chile de oriente a poniente por espacio de ciento y cincuenta leguas, ocupando las provincias ultramontanas de Cuyo. Confina por el septentrion con el desierto de Atacama y los paises de los indios Diaguitas, no mui lexanos de los minerales de Potosí. Al medio dia con el estrecho de San Vicente o Lemaire, mas arriba del estrecho de Magallanes. Al levante con los llanos de Tucuman, que se dilatan por casi trescientas leguas, hasta aquella parte, donde en el Atlántico océano se introduce con el poderoso rio de la Plata. Por el occidente con el amplísimo mar del sur, que se esparse sin términos espresamente conocidos».

En cuanto a la jurisdiccion de Santiago, hé aquí la que el gobernador asignó en la fecha recordada, a peticion del procurador de ciudad Francisco Miñez:

«Responde su señoría acerca del Capítulo de los términos que se le conceden a esta ciudad de Santiago por términos de lonjitud norte-sur, desde el valle de Choapa hasta el Rio de Maule, y del este-ueste lo que S. M. le tiene fecho merced, que son comenzando desde la mar cien leguas para la tierra adentro por el altura, y por las espaldas de la cordillera comenza desde los valles de Tucumá i Carca hasta Diamante; los cuales dichos términos dijo que daba e dió, e señalaba e señaló su señoría, atento a que no es perjuicio de ninguna ciudad, villa ni lugar, dársele a esta dicha ciudad, como se los da.—Pedro de Valdivia—Por mandado de su señoría, *Diego de Orue*, (escribano de cabildo).»

lealtad a su reina i a salvarla. Barrientos de Chile por Barrientos de España: 1534-1842.

No necesitamos agregar que ese chileno es el coronel don Santiago Barrientos, natural de Castro, i que hoi, a los 80 años, ara todavía su chacra de Valdivia con robustos brazos.

XXX

No pondremos fin a este relato sobre la época puramente indíjena de Chile, sin agregar una palabra, o mas bien, una cifra sobre la estincion completa de los primitivos aboríjenes del antiguo *Chilli* entre el Maule i Copiapó.

Despues de pasar por una serie interminable de reales cédulas que abolian el servicio personal las unas, i lo restablecian o modificaban las otras, a peticion del ilustre don Ambrosio O'Higgins, el rei mandó dar suelta, por cédula de 10 de junio 1791, a todas las encomiendas de indios, que en número de treinta i siete existian todavía en el pais. Contáronse entónces los indios que habitaban en los pueblos a que habian sido reducidas las encomiendas, i resultó de la matrícula el número total de 1,187 en 1793 (1).

(1) El tributo que debian pagar estos indios desde 1793, en que se matricularon, hasta 1810, en que los tesoreros reales dieron cuenta de sus rendimientos, debió ascender a 158,035 pesos. Pero en realidad no produjo sino 39,654 pesos, i habiendo sido los gastos de recoleccion de

Pero el odio al pago del tributo, que era de ocho pesos cuatro reales, las ausencias, la fuga i la muerte trajeron por resultado su estincion casi completa hácia el año de 1810, en que comenzó, tardía para ellos, la era de la independencia. Los aboríjenes que habitan todavía en cinco o seis aldeas llamadas «pueblos de indios,» como *Valle Hermoso* en la Ligua, *Pomaire* i *Llolleo* en Melipilla, *Rapel* i *Lora* en Colchagua i Curicó, no son sino grotescos remedo de la organizacion civil de los indíjenas.

XXXI

Los primitivos chilenos no viven ya en pueblos sino en el fondo de sus *ancuviñas*,—humildes sepulcros de una nacion entera que el viajero suele encontrar todavía a su paso en las comarcas de que aquellos fueron dueños, señores i mártires.

22,575, resultó que toda la renta del Erario en 18 años, fué solo de 17,078 pesos, o sea ménos de mil pesos por año. En ésto habia parado la riqueza inmensa que el trabajo personal gratuito i forzado de los míseros indíjenas habia dado durante dos siglos a los encomenderos!

En 1810, lo que se colectó por tributos de indios fué 439 pesos i los gastos ascendieron a 1,113 pesos!

Por ésto los tesoreros solicitaban del gobierno colonial, con fecha 10 de diciembre de 1810, que se suprimiese como inútil el ramo de tributos. Pero la revolucion, que venia ya en marcha, hizo mas que eso: abolió para siempre a los tributarios.

Viña del Mar, mayo de 1877.

UN DUELO A MUERTE

EN VALPARAISO.

UN DUELO A MUERTE

EN VALPARAISO.

EL VIZCONDE D' ESPINVILLE I M. DE SAILLARD.

(12 de junio de 1830.)

I

En los últimos dias de octubre de 1829 doblaba el Cabo de Hornos i entraba en los espumosos i levantados mares del «Pacífico,» que Blasco Nuñez de Balboa llamara tal porque le conoció solo en la dulce rada del Darien, una fragata de guerra cuya arboladura i señales descubrian su procedencia de astilleros franceses. Llamábase, en efecto, la *Moselle,* i su capitan, M. de Longueville, era un prudente i antiguo oficial de la armada real.

Era aquella la época en que los Borbones franceses, abandonando ya de una manera radical i definitiva los desvaríos de sus primos de ultra-Pirineos i los poéticos ensueños del reaccionario Chateaubriand, entraban en plena via de acomodo i de

comercio con las antiguas colonias españolas, súbditas hacia un siglo de Luis XIV i de la corte de Versalles. La *Moselle*, como la *Seine*, como la *Vestal*, de 60 cañones, todas fragatas, i las corbetas *Durance*, la *Farel*, el bergantin *Endymion* i otros cascos, hasta el número de diez o doce embarcaciones de guerra, eran los emisarios de aquella alta cordialidad que nos daba el nombre i la divisa de las naciones. No será tal vez inútil agregar que la corbeta *Farel* era mandada por el último almirante frances cuya bandera nuestros cañonês han saludado en el Pacífico, el distinguido almirante Penhoad, que comandaba en 1869 la estacion francesa en Valparaiso, i que mandó en Francia, despues de Garibaldi, el ejército de Lyon en la desastrosa guerra del año subsiguiente. Debemos fijar tambien como una fecha previa e interesante, la de que el 8 de octubre de 1826 (cuatro años ántes de los sucesos que vamos a referir) habian llegado a Valparaiso, en la fragata *Seine* ya nombrada, capitan Fredot du Plantys, los dos primeros cónsules jenerales de Francia que vinieran al Pacífico,—M. Chaumette des Fossées, destinado a Lima, i el despues famoso Lacathon de la Forêst, a Santiago.

II

Venian a bordo de la *Moselle*, entre otros viajeros que el comercio, la ciencia o la diplomacia

atraian a estos lejanos parajes, dos caballeros franceses, cuya conducta era a bordo objeto de vivos comentarios. Aunque jóvenes ámbos, amanerados en su trato, corteses si no festivos con los demas, i sobre todo ésto, ligados por la comunidad de una carrera i de un destino idénticos, observábase, sin embargo, que jamas se dirijian la palabra, ni siquiera se saludaban. Apartábanse, al contrario, el uno del otro como de una mala sombra o de una provocacion. Cuando el de mas juvenil apariencia subia al puente a respirar el aire de la tarde o la brisa matinal, encerrábase el que parecia de mas edad en su camarote, encendia su pipa de aromático tabaco i pasaba pensativo las horas de ajitacion que el otro gastaba midiendo de la popa a la proa la quilla del lento barco de vela, balanceándose impasible en las calmas del océano.

El capitan Longueville i algunos de los oficiales del buque sabian el secreto de aquella situacion, pero se guardaban de recordarlo o comentarlo con los demas. Era un secreto penoso que lastimaba el corazon del honrado marino i le obligaba a esclamar de cuando en cuando, al ver pasar el uno frente al otro mirándose airados:—«¡Pobres muchachos!»

III

Por fin, despues de tres semanas de feliz navegacion por el Pacífico, la *Moselle* avistaba la rada de

Valparaiso en una hermosa i templada mañana de noviembre (1). Mas, con sorpresa jeneral observóse por la marinería de a bordo i por los curiosos de tierra, que la fragata no se alistaba para ganar el fondeadero. Al contrario, divisábase desde la playa que se ponia en facha, i que sin saludar siquiera la plaza fuerte (que tal lo ha sido Valparaiso desde 1680), echaba un bote al agua, al que descendia un pasajero seguido de un modesto equipaje. Veinte robustos remeros empujaron la embarcacion del costado de la fragata a la ribera, i en ménos de un cuarto de hora de esforzado bogar dejaban en tierra al personaje de consideracion que traia aquel destino. Decimos que era el último un personaje de valía, porque la bandera francesa flotaba en la popa de la chalupa de honor de la *Moselle*, i un teniente de marina saludaba respetuosamente al recien desembarcado, con su gorra en la mano, al despedirse i tomar sus últimas órdenes.

Hecho ésto, la *Moselle* cambió su maniobra, viró de bordo i, saludando con su bandera a los buques de guerra que yacian en la rada, especialmente a la fragata *Thetis* de S. M. B., recien llegada de Europa a la bahía (noviembre 11 de 1829), prosiguió su rumbo al norte en direccion al Callao. Era este puerto el término de su viaje. Innecesario es que digamos que uno de los dos misteriosos viajeros

(1) El dia 12 de noviembre, dice el movimiento marítimo del MERCURIO del dia subsiguiente.

de la *Moselle* habia seguido su viaje hasta aquel puerto.

IV

¿Quiénes eran estos personajes?

Nada mas fácil que decirlo ni mas sencillo que revelar el objeto de su peregrinacion por los mares del sur. Eran los dos primeros vice-cónsules i ajentes comerciales que el gobierno frances enviaba a los puertos de Valparaiso i del Callao, a solicitud de los cónsules jenerales establecidos en las capitales de Chile i del Perú.

Llamábase el destinado a nuestro puerto el vizconde D'Espinville, i el que iba a Lima, M. de Saillard.

V

Eran ámbos viajeros personas bien nacidas, pertenecientes a esa brillante juventud de la Restauracion, en cuyo espíritu las rancias ideas aristocráticas se habian templado por la irrupcion de los principios nuevos i atrevidos de la Revolucion i del Imperio. M. D'Espinville habia nacido en Normandia de una familia noble que los desastres políticos i los escesos revolucionarios de 1789 i de 1793 habian arruinado por completo, pereciendo su padre no sabemos si en el patíbulo o en el destierro. Cárlos X habia querido compensar los sacri-

ficios i la lealtad de uno de los viejos partidarios de su raza i su corona, socorriendo a su noble viuda con la mas hermosa i la mas dulce de las devoluciones,—el engrandecimiento de un hijo.

Por eso M. D'Espinville habia sido nombrado, a la edad de veinte i cinco años, el primer ajente consular de Francia en Valparaiso.

Ademas de su título nobiliario—poderosísima i decisiva recomendacion en la República de Chile, —el vizconde D'Espinville poseia un amable rostro, iluminado por lo que entre nosotros se llama «la simpatía,» i que no es sino el reflejo del alma invisible en las líneas del rostro que la sangre anima. Así, el vizconde D'Espinville era un mozo de arrogante talla, pero lleno de modesta dulzura. Sus ojos eran grandes, rasgados i pardos; su cabello profuso, su color blanco, realzado por una barba informe todavía. Su actitud habitual era elegante sin ser ni académica ni altiva: era en toda la estension del vocablo, lo que entónces se llamaba un jentil hombre, tipo hoi raro, que se va acabando en el prosaico torbellino de los negocios, en que el honor ya no es hipoteca, ni prenda de comercio, ni siquiera de familia.

VI

El vice-cónsul frances en el Callao era físicamente el reverso del designado para Chile. Suma-

mente pequeño hasta ser ridículo, rubio hasta parecer colorin, i ademas de ésto desfigurado por una calvicie prematura, brusco i hasta insolente en sus ademanes, colérico en ocasiones, pero descubriendo, no obstante, en el fondo de su trato un buen oríjen i la educacion de una alta clase, podia presentarse como la antítesis de su compañero de peregrinaciones i de mision política. Era M. de Saillard hijo de un receptor de rentas de la corona, empleo considerable i de pingües provechos, i a mas habia contraido matrimonio, siendo aun mui jóven, con la hija de otro receptor jeneral, union mas de cajas de fierro que de tálamos, i por lo mismo mas sólida que las de efervescente i pasajero amor suelen serlo; casamiento a la francesa, es decir, a la moda.

Contaba M. de Saillard, por consiguiente, cinco o seis años mas de vida i de carrera que el jóven vizconde normando, i aun se decia a bordo que habia desempeñado ántes de venir a la América del Sud, un destino consular en Nueva Orleans. Su esposa i un hijo, del que habremos de dar alguna noticia mas adelante, habian quedado en Europa.

VII

Durante el primer mes de navegacion a bordo de la *Moselle*, los dos vice-cónsules habian mantenido escelentes relaciones de camaradas, a pesar de las espinas que ofrecia a cada paso el modo de ser pun-

tilloso i pendenciero del mayor de ellos. Se contaba aun por algunos, que el último era inclinado a duelista, i que en un encuentro de honor provocado por una burla hecha a la pequeñez de su persona, habia dejado muerto en el sitio a un compatriota suyo en Nueva Orleans. En este punto M. de Saillard era sumamente fastidioso, como todos los que tienen sangre de espadachines o propension a serlo o a finjirlo. Su conversacion favorita era de armas, de encuentros, de querellas, de satisfacciones pedidas i reparaciones otorgadas,—eterno bagaje de lengua de los matones de oficio que creen que el honor es la esgrima i no el deber.

En muchas ocasiones la intachable caballerosidad del jóven normando no pudo ménos de sentirse lastimada por las fantasías meridionales de su colega, de quien habíamos olvidado decir que era, si no provenzal, gascon de raza o nacimiento; i a ésto debemos agregar que la mitad de los duelistas de Francia los regala la zona de los Pirineos i la otra mitad la Guadalupe, patria de los Granier, de los Beauvallon i de los Paul de Cassagnac.

Al cabo de los dias largos i penosos por el tedio de los viajes, el encono natural i espontáneo de una alma jenerosa por los que viven alardeando las pasiones bajas de la propia suya, labró al fin una honda huella en el ánimo esquivo del amable mancebo hijo de la fogosa Normandía, i cierta noche en que se trataba de una partida de cartas de pasatiempo

mas que de interes, hallándose el buque a la altura de Montevideo, aquel sentimiento encontró la ocasion no buscada de estallar. A consecuencia de una jugada dudosa del quisquilloso M. de Saillard, sobrevino un violento altercado entre los dos funcionarios franceses, i D' Espinville concluyó por dar a su compañero de partida un rudo golpe en la cara. Pasaba este lance en la cámara del capitan i en su presencia.

VIII

Una bofetada es en Chile la forma mas reconocida i mejor aceptada del duelo, o por mejor decir, es el duelo mismo; pero en Francia, la mano de un hombre sobre el rostro de otro hombre, deja una señal honda i eterna que se lava de una sola manera: con la propia sangre o la sangre del agresor.

Una bofetada en Europa es la lápida de una sepultura, como en Chile es solo un poco de árnica i un pañuelo blanco atado en banda. . .

Allí mismo quedó hecho el reto a muerte i allí mismo quedó aceptado. D' Espinville convino únicamente en reparar de la manera mas amplia el agravio hecho al comandante de la nave de guerra que le ofrecia comedida hospitalidad.

Los franceses son demasiado ceremoniosos para batirse, i por ningun humano motivo dejarán a un

lado una sola de las prescripciones de lo que ellos llaman el *código del honor*, en que tan versado se mostraba hasta hace poco el célebre doctor Véron, cuya profesion mas marcada fué la de gastrónomo i de arreglador de desafíos, desde la primera sangre del florete hasta la pistola a veinte pasos, adelantando cinco cada uno de los combatientes, como en la gavota o los lanceros... La mecánica de la civilizacion, que ha inventado en ménos de cincuenta años el revólver, la locomotora, el fusil de aguja, la máquina de coser, la ametralladora Gatling, el cañon Parrot i el cañon Krupp, i las muñecas ventrílocuas que dicen *papá* i *mamá* sin abrir la boca, no ha operado todavía mudanzas trascendentales en las leyes del arte de quitar la vida a otro con jentileza i donaire.

IX

Los franceses, en consecuencia, se baten todavía a espada, como se batia Duguesclin o el gran Condé en remotos siglos, o como se batió a pistola el mariscal Bugeaud i el valeroso Armand Carrel, sin darse unos i otros cuenta de las abreviaciones i perfeccionamiento en el arte de matar, llevados a cabo en esta parte del Atlántico para hacer del duelo un negocio rápido, concreto i sin vuelta. Los yankees han adoptado el desafío a la carabina, el duelo al rifle, en ferrocarril, en vapor, con píldoras, como

han inventado tambien entre los juegos de envite,—duelo en que no se derrama sangre, pero que mata como el otro—lo que se llama en su tierra el *fly poker* (el tiento de la mosca), i que consiste en que los de la partida se unten la punta de la nariz con un poco de miel, i aquel en cuya nariz se pare primero el inconstante insecto, ese es el que gana.. .

X

El duelo de los dos ajentes consulares del buen rei Cárlos X quedó, por lo tanto, acordado, pero sometido a un forzoso aplazamiento. El capitan de una nave de guerra, de S. M. C., del temple reposado i respetuoso de M. de Longueville, no podia consentir en que bajo su bandera, dos hidalgos franceses quemaran la pólvora que habia recibido solo para defender los colores i la gloria de aquella.

I de aquí, de esta azarosa situacion, como lo habrá comprendido el lector, venia el prolongado malestar que hemos dicho reinaba a bordo de la *Moselle*, cuando entró a navegar en las aguas del Pacífico, i de aquí tambien el estraño i casi clandestino desembarco de M. D' Espinville en Valparaiso.

El capitan de Longueville se proponia evitar a toda costa el que los dos adversarios se encontrasen en aptitud de llevar adelante su terrible reto, al ménos miéntras representasen en el estranjero

la lei de su patria i el honor de su gobierno. Debemos añadir que desde la rada de Montevideo (donde la *Moselle*, por los mismos motivos que en Valparaiso, solo tocó de paso), su comandante i algunos de los oficiales habian escrito cartas privadas dando cuenta del penoso incidente de carpeta que, como en el caso posterior de Dujarrier i Beauvallon, habia traido por desenlace un duelo a muerte. I ésta no será la única similitud que aquel famoso lance ofrezca con el que hoi, sobre documentos auténticos i memorias irrecusables, contamos por la primera vez.

M. de Longueville habia logrado, por tanto, a fuerza de prudencia i de tacto, evitar escándalos a su bordo, i pudo dejar en paz aparente a cada uno de los emisarios que le habian sido confiados en sus puestos oficiales. Lo único que no pudo impedir, fué que al desembarcar el caballeroso vizconde normando en la rada de Valparaiso, el colérico i agraviado cónsul del Callao le dijera desde la borda, al bajar aquél al bote:—*Señor D' Espinville, hasta mui luego!*—a lo cual el primero contestó con una sonrisa entre desdeñosa i altiva, i solo dijo:—*Cuando gusteis, señor de Saillard!*

La *Moselle* hizo, entre tanto, su viaje redondo, i el 24 de febrero de 1830 entraba en Valparaiso de regreso del Callao i en viaje de vuelta para Rio Janeiro i Lorient.

XI

Nadie, escepto el jóven D' Espinville, conocia en Valparaiso ni en Chile el secreto de la mar, i es posible que nadie, escepto el vice-cónsul Saillard, lo conociese en el Perú. Pero por una de esas peculiaridades del alma, de la raza i de la juventud misma, el primero comenzó a olvidar rápidamente la querella del tapete, el reto de a bordo, la cita siniestra del desembarco. D' Espinville tenia veinticinco años, era hermoso, festivo, amable, noble de cuna, i si bien pobre, albergaba esa altanera pobreza que en aquellos años tenia en Chile todavía la induljencia de las jentes bien nacidas.

Por ésto se hizo luego el vizconde frances un personaje mas que considerado en la corta si bien escojida sociedad de Valparaiso, puesto que especialmente era querido de todos, sin esceptuar a su bilioso e iracundo jefe M. de la Forêst.

El corazon novicio i espansivo del jóven diplomático abrióse tambien de prisa a las emociones de esa época de la vida en que cada mujer hermosa es un ensueño i cada ensueño una pasion. Cedros mas altos i fornidos que aquel ájil i delicado mimbre de los bañados de la pintoresca Normandía—la Aconcagua de la Francia,—habian cedido la altiva copa al empuje de esas borrascas de tierra que los marinos no saben prever ni escapar yéndose al viento;

i así, en la rada misma de Valparaiso, yacia a la sazon una poderosa nave británica—la fragata de guerra *Tribune,*—cuyo capitan, Mr. Duntze, perdió allí mismo, dias mas tarde, carrera, fortuna, gloria i hasta el derecho de ser un dia almirante de Inglaterra por rendir su corazon, su mano i su bandera a los piés de una jóven santiaguina (1).

XII

Sin hacernos reos, ni siquiera sospechosos de indiscrecion, podemos contar aquí que el juvenil corazon del vice-cónsul de Francia latió en secreto por una beldad chilena que vive aun, si bien viuda, solitaria i opulenta, en la corte de Madrid i en el mejor de sus barrios, número 22, calle del Clavel. A esa distancia, despues de medio siglo, i sobre todo, en la condicion de su estado, no podria tener a mal la señora A. C***, viuda de M***, que los cronistas de la tierra que ha olvidado, recordasen todavía la hermosura de sus ojos de bruñido azabache, velados por pestañas de negro terciopelo. Como sus

---

(1) El capitan de la *Tribune,* Mr. Duntze, que llegó por primera vez a Valparaiso el 29 de marzo de 1830, se vió forzado a abandonar su carrera, casándose sin licencia del almirantazgo, con la hermosa señorita Rosario Rosales i Larrain, hermana de nuestro ministro plenipotenciario en Paris algo despues, don Francisco Javier Rosales. Solo veinte años mas tarde, i gracias a poderosos influjos de familia i de política, Mr. Duntze fué restituido a su grado.

En 1853 era contra-almirante, i en ese año tuvimos el gusto de tratarlo, así como a su apreciable familia en Paris. Mr. Duntze falleció en 1874 o 75.

notables hermanas—tres de las cuales se casaron en breve con franceses,—la señorita Antonia C*** recibia los homenajes respetuosos de la mas brillante juventud estranjera de la colonia mercantil recien implantada en Valparaiso, i especialmente de 'los jóvenes marinos que poblaban la bahía i que en aquellos tiempos eran diez veces mas numerosos i veinte veces mas amables, joviales i capaces de casarse con chilenas que los que hoi llegan, bailan i pasan...

Pero entre aquellos, un frances, un vice-cónsul, un católico, i por encima de todo ésto, un buen mozo irreprochable, no podia merecer los desdenes de una niña de 17 años que bailaba como una sílfide i recorria a galope las quebradas que separan la Viña del Mar del Almendral, montada como fogosa amazona en espumoso corcel. Habíamos olvidado decir que la residencia habitual de aquella amable familia, la hospitalidad de cuyo respetable padre se hizo proverbial entre los estranjeros en esa época, era en Viña del Mar,—hermosa estancia, propiedad antigua de los jesuitas, de los Corteses i de los Carreras.

Pasaba, pues, el vizconde D' Espinville las alegres i livianas horas de los que aman i son amados en el cenit de la vida, corriendo a caballo por los bosques, voltejeando en la plácida bahía, bailando noche a noche en la ciudad i en el campo, trasladándose de una trasnochada a Santiago, con motivo de alguna fiesta patriótica o doméstica, i pasan-

do un domingo en Quillota, otro en Casablanca, i semanas enteras en la estancia vecina, que era el nido del dulce reposo despues del raudo vuelo por la montaña i por el valle.

XIII

¿Qué hacia, entre tanto, no ya su colega, sino su sañudo émulo de Lima? Una sola cosa: ensayarse noche i dia, sin descanso, sin remordimiento, en el tiro de la pistola. La muerte habia tomado posada en el corazon de aquel hombre ofendido, i por ésto a cada momento veníasele a las manos el arma vengadora. No visitaba a nadie, no leia, no trabajaba. Su vida era solo—si por lo exacto es posible decirlo—una eterna puntería. Detras del blanco de fierro en que ejercitaba su brazo, estaba el fantasma de la mano del pasajero de la *Moselle* levantada sobre su mejilla, i aquel fantasma no le dejaba ni sonreir, ni descansar, ni dormir.

XIV

Un dia en que un jóven frances—el conocido M. Lamotte du Portail, comerciante de Valparaiso—visitaba el consulado de su nacion en Lima para hacer visar su pasaporte, entró en el despacho del canciller, distraido i sombrío, el vice-cónsul del Callao,

i como oyese que el primero regresaba a Valparaiso, picada su alma por la serpiente del odio, entabló con el viajero el diálogo que vamos a copiar, no de la leyenda sino de los labios de uno de sus propios interlocutores.

—¿Conoce usted en Chile, dijo Saillard con mal encubierta amargura al señor Lamotte; conoce usted en Chile al señor D' Espinville?

—Ciertamente, le contestó Lamotte. Es nuestro vice-cónsul en Valparaiso, i particular amigo mio i de mi casa.

—¿I qué hace allí en ese puerto de mar?

—¿Qué hace? Caramba! Hace lo que hacemos todos los jóvenes que allí vivimos, especialmente los franceses. Visita, baila, pasea, i hasta se dice que es amado de una bellísima porteña, con la que es probable se case ántes de mucho.

—¡Casarse D' Espinville! esclamó Saillard, comprimiendo sus labios i palideciendo lijeramente. Eso no lo hará jamas!

—¿I por qué? le replicó Lamotte con viveza.

—No lo sé, agregó Saillard en un tono seco i perentorio, como deseando poner término a una conversacion que le fatigaba. Pero si usted le ve, sírvase decirle en mi nombre, en nombre de Saillard, que los hombres que tienen deudas como la que él ha de pagarme, no pueden casarse sin faltar al honor i a la lealtad.

Lamotte juzgó aquel rasgo una broma francesa,

o a lo sumo, un negocio de amores o de juego, i como mozo, no pensó mas en ello. Solo cuando por el mes de abril o mayo de 1830, regresó a Valparaiso de su escursion mercantil por los puertos del litoral peruano, encontrando a D' Espinville de visita en la casa C***, que era entónces el punto de cita de la buena sociedad porteña, le dió distraidamente el recado de su colega. D' Espinville se encojió de hombros, i en el estrado de las gracias, como cuando bajaba la escala de la *Moselle*, se contentó con decir:—«Estoi a las órdenes de ese caballero para cuando guste cobrarme. Soi de raza de buenos pagadores». I no pensó mas en el asunto.

XV

Entre tanto, la resolucion de batirse a muerte era en el vice-cónsul Saillard mas que una vida, era una pesadilla de cada noche, una fiebre de todos los dias. Veia pasar las horas, las semanas i los meses con una irritacion profunda contra la distancia, el mar, i especialmente contra su posicion oficial, que le enclavaba en Lima, porque el cónsul jeneral M. Chaumette des Fossées, se hallaba ausente en Europa con licencia. Mas, a mediados de mayo, vino a reemplazar al último M. de Barrère, i acarreó éste con imprudencia un incentivo mas a la venganza ardiente de su subalterno. Contóle, en efecto, que el asunto de la sangrienta bofetada de

a bordo era conocido en Paris, especialmente entre los empleados de los ministerios de Relaciones Esteriores i de Marina, que hacian mofa de su chasco. —«Vuestra tranquilidad, díjole sin la menor cordura su nuevo jefe, es tomada en Paris por cobardía, i hoi por hoi sois un hombre perdido en Francia». Ya lo hemos dicho: un hombre que carga a cuestas sobre su rostro la empuñadura de otro hombre, lleva en la cara lo que los infamados antiguos escondian marcado por el fuego en las espaldas: lleva la infamia, irredimible sino con la muerte. En Chile es otra cosa: muchas bofetadas concluyen en un plato de cazuela o en una sopera de ponche caliente....

XVI

En consecuencia, i desde aquel instante, M. de Saillard acechó la ocasion de lanzarse sobre su agresor con la avidez con que el animal de presa aguarda a orillas del sendero el paso de la fiera que lo ha mordido a traicion en su guarida.

No tardó aquella en presentarse, i de una manera por demas curiosa i peculiarísima en aquellos tiempos, por lo cual pedimos licencia para contarla por via de digresion i en rápida corriente.

XVII

Habia llegado al Callao, a mediados del mes de mayo de 1830, una goleta mejicana llamada *Hidalgo*; en viaje de San Blas i con 30,000 pesos en talegas de la moneda de Méjico, consignados buque i lastre a un doctor Maclean, médico i negociante que vivia en Lima hasta hace pocos años (1860).

Habian llamado ántes aquella embarcacion *Pambecivil*, i *habia sido* inglesa. No tenia tampoco sus papeles en órden rigoroso, i el gobierno de don Agustin Gamarra tenia los suyos en mucho peor condicion, sobre todo aquellos que versaban sobre finanzas, que por lo visto es antiguo achaque en nuestras costas. De manera que con el cebo de las 30 talegas de petate de Acapulco, el gobierno se echó sobre el barco i las talegas, desairando con estrépito las protestas del médico, consignatario del capitan del *Hidalgo*, del cónsul Willmot i del vice-cónsul Key, ámbos empeñosos ajentes de S. M. B. i de sus súbditos, i especialmente de sus barcos i pesos fuertes.

Pero por la escasa ventura del presidente Gamarra, que ciertamente fué poco afortunado, aquellas protestas no eran solo de tinta i de papel (que todo eso es ya basura propia de la escoba), sino que cada una tenia atada una bala de cañon de a 24, de los que montaba, en la rada del Callao, la fragata

Tribune, ya nombrada, capitan Duntze, i la corbeta *Saphire*, en la cual izaba su pabellon de jefe de la estacion del Pacífico el comodoro Ricardo Saundes Dundas, héroe mas tarde en la China (1840) a bordo del *Melville* i sucesor despues (1855) del bravo Napier en la guerra de Crimea.

Así fué que apénas el escuálido gobierno de Lima hizo bajar a tierra de la bodega del *Hidalgo* los treintas petates mejicanos de a mil pesos cada uno, lord Dundas, vizconde de Melville, declaró el Callao en estado de bloqueo, i a la mañana siguiente (mayo 16 de 1830), sintiendo arribar por entre una niebla espesa la corbeta de guerra peruana *Libertad*, los dos capitanes británicos pusierónsele de consuno al costado, i cada cual a su banda levantaron los portalones, i con la elocuencia esencialmente inglesa de las bocas de fuego, pidieron que se les entregase cuanto habia a bordo de valor, armas, pertrechos, víveres, negros, tablas, lo que hubiese, con tal que equivaliera al opulento lastre del *Hidalgo*.

Pero lo mas singular del caso fué que venia a bordo de los puertos del norte i custodiando en su camarote sesenta mil pesos en moneda, la persona misma del vice-presidente de la República, don Antonio Gonzalez de la Fuente, que de hecho quedó en rehenes por la deuda del doctor ingles. Cambiáronse notas en el instante mismo. El comodoro Dundas pidió mil escusas a S. E. el vice-presidente

por aquel caso de retencion involuntaria, le ofreció su propio bote para bajar a tierra, pero con el mismo imperturbable comedimiento le declaró por escrito, que miéntras no pasaran por una tabla los treinta mil pesos del súbdito de S. M. B., del camarote del capitan de la *Libertad* al del capitan de la *Saphire*, él no apagaria los lanza-fuegos de sus cañones.

Grato nos es dar testimonio de que en tan insólito lance, el gobierno del Perú se mantuvo a la altura de su deber. Contestó, en consecuencia, al insolente reto declarando la interdiccion de los buques ingleses en tierra i amenazando cerrar todos los puertos al comercio británico. Pero el vizconde de Melville no dió tampoco cuartel, i hasta que de mano armada entró en la *Libertad* i sacó los treinta mil pesos de su rescate, no dió suelta al casco de su buena presa. En cuanto a la bandera peruana, eso para S. M. B. era solo un trapo todavía.

Siguió, en consecuencia, el altercado durante ocho dias con el ministro Pando, que escribió mui buenas notas. Pero, para abreviar, el comodoro ingles llamó a su lado a los dos funcionarios ingleses de Lima,-el cónsul i vice-cónsul, les obligó a embarcarse con sus familias, i aparentando una completa ruptura diplomática, el 1.° de junio levantó anclas i con sus dos buques marchóse precipitadamente a Valparaiso, donde estaban de estacion la fragata *Thetis*, comandante Bingham, i la corbeta *Alert*, capitan Burgess.

XVIII

Fué aquel viaje de guerra o de ardid de los barcos británicos la ocasion propicia que el impaciente Saillard aprovechó, en medio de la confusion jeneral, para tomar pasaje bajo bandera neutral i sin ser apercibido, a fin de cumplir a su ofensor la palabra de adios i de cita con que se separaran seis meses hacia en la rada de Valparaiso.

Una venganza de seis meses! Un propósito de muerte i de castigo guardado con esa taciturna i feroz tenacidad! Aquel viaje casi oculto, repentino, de asalto, i todo lo que va a seguir como consecuencia inevitable de esos siniestros aprestos, eso lo han escrito muchos romancistas, i han sacado partido de ello, para inventar mil escenas patéticas i conmovedoras, los que escriben dramas de rica i prodijiosa inventiva. Pero lo que estamos contando no es romance, ni siquiera tiene el artificio lícito del invento narrativo. Lo que estamos contando llanamente es la verdad desnuda, pero justificada, i ésto es lo único que da vida i calor a este cuadro de la muerte. Hubo un rei de España que se llamó «el Emplazado» por el castigo de un hombre a quien ofendió, i el cual le dió cita ante Dios para un dia perentorio. El episodio en pequeño, pero auténtico de Valparaiso, era el emplazamiento de otra víctima del rencor humano, que, como la húmeda i glu-

tinosa mirada de la serpiente, magnetiza i atrae a sus fauces el pábulo vivo que ha de saciarla.

XIX

El viaje de los buques ingleses fué prodijiosamente rápido. Cojidos aquellos en pleno invierno por una fresca i duradera brisa del norte, tardaron solo once dias en aportar a Valparaiso, siendo triple el término medio de las navegaciones ordinarias. El comodoro Dundas habia repetido la hazaña o brujería de Juan Fernandez, pero los inquisidores lo dejaron esta vez en paz.

XX

Aclaraba apénas en la nebulosa bahía de Valparaiso la mañana del 11 de junio de 1830, cuando la *Saphire* i la *Tribune* echaban sus anclas en la rada i descendia a tierra, envuelto hasta los ojos en su capa, el diminuto, pero implacable Saillard. Llegado a la playa, preguntó al primer oficial del resguardo o al primer pasante matinal, por el vice-consulado frances, i ántes que el reloj del castillo de San Antonio sonase las ocho de la mañana, el vice-cónsul frances en el Callao, se hacia anunciar por una tarjeta al vice-cónsul de Valparaiso.

A esas horas D' Espinville dormia el sueño a la

vez profundo i liviano de la felicidad, de la juventud i del amor colmado. I precisamente teníanle anunciado para el subsiguiente dia (13 de junio), festividad de San Antonio, sus amigas las señoritas C***, que habria tertulia estraordinaria, de modo que con esa dulce trama en los sentidos dejó caer aquella noche su cabeza en la almohada. En tiempos ya remotos, cuando se tenia 25 años, era lícito i acostumbrado soñar con la mujer. ¡Cuántos sueñan hoi a esa edad solo con las carreras de caballos!..

Cuando el sirviente del consulado frances, cuya casa, sita en el Puerto, ocupaba en ese tiempo M. de La Forêst, despues de sus desagrados de la capital, tan espléndidamente pagados por el oro de Chile (40,000 pesos por un menaje de cónsul en la Chimba!); cuando el *valet de pied*, o mozo de mano de M. de La Forêst, decíamos, despertaba a D' Espinville para entregar la tarjeta de su rival, no pudo de pronto darse el último cuenta de lo que pasaba. Pero el frances, es decir, el galo es como el gallo, i de aquí tal vez su nombre... Apénas siente el grito de guerra del que, prisionero como él, vive atado a la estaca, ajita las alas, hincha el pecho, abre el pico i devuelve el grito de guerra con el canto de la muerte o la victoria. D' Espinville saltó de la cama, i a medio vestir dirijióse al salon donde le aguardaba el hombre que habia andado ochocientas leguas para venir a matarle.

XXI

Saludó apénas al ominoso huésped el gallardo vizconde, i se limitó a decirle como en la escala de su postrera separacion:

—Caballero, cuando gusteis.

Inclinóse friamente Saillard, a su turno, i solo dijo estas palabras, que habrian sido un tanto impertinentes, si su entonacion no hubiera sido de la mas perfecta cortesía:

—¿Podriais indicarme la habitacion del señor Agustin Lamotte du Portail? Es el único frances, o mas bien, la única persona, fuera de vos, a quien conozco en este puerto.

M. D' Espinville, sin perder un instante su aplomo ni su dignidad, llamó al sirviente del consulado i ordenóle fuese en el acto a mostrar la casa solicitada al caballero recien llegado. Valparaiso no formaba entónces una ciudad. El Puerto era solo un desembarcadero i el Almendral una chacra. De manera que todos vivian pared por medio, como hoi las lanchas del gallardo Pacífico Alvarez, a orillas de la playa, borda con borda i topada con topada.

XXII

Pasaba lo que acabamos de referir entre las ocho

i nueve de la mañana del viérnes 11 de junio de 1830, i a mediodía todas las condiciones del duelo a muerte estaban completamente arregladas. Lo mas esencial en que se habia convenido, era que uno de los combatientes debia morir, i ésto en el término de veinticuatro horas como máximum.

Sentia el vice-cónsul del Callao una prisa feroz pero sincera por despacharse, i ocurria ademas una circunstancia imprevista que le forzaba el brazo sobre el gatillo de la pistola a cada minuto. Al anclar en la rada habia sabido que al dia siguiente se hacia a la vela para el Callao en derechura, un buque norte-americano, ballenero, sumamente velero, llamado el *Peruvian*, que yacia en Valparaiso desde algunas semanas; i como el viaje del funcionario frances en el Perú habia sido en cierta manera furtivo, i queria, por otra parte, en su carácter de diplomático, evitarse complicaciones con el gobierno de Chile por la violacion de su territorio i de sus leyes que castigaban el duelo con el mismo rigor que el asesinato, resolvió batirse a toda costa aquel mismo dia i regresar al siguiente de madrugada a ocupar su puesto.

Los franceses llaman gráficamente al duelo *une affaire* (una dilijencia). Esa dilijencia estaba ya medio hecha: faltábale solo un poco de plomo i una sepultura para ser evacuada por entero.

XXIII

No debemos omitir tampoco una circunstancia de imparcialidad que no carece de importancia, porque hacia algunos dias se encontraba en la rada de Valparaiso la corbeta de guerra francesa la *Durance*, cuyo capitan, M. Danican, era un esperimentado marino, hijo de San Maló, el nombre de cuyo rio riberano era el suyo, i testarudo a mas como las rocas que aquel bate al juntarse con el mar. ¿I podia no serlo siendo breton? (1)

Saillard encontró pronto sus padrinos. El señor Lamotte, que solo en esa mañana penetró el alcance terrible del burlon mensaje que habia traido hacia dos meses de Lima, se prestó a servir de testigo al ofendido en compañía del comandante Danican.

(1) M. Danican era probablemente pariente del conocido jeneral e intrigante político del mismo nombre a quien se culpó del famoso asesinato de los plenipotenciarios del congreso de Rastadt a fines del siglo pasado. Habia llegado a Valparaiso en 1828 (diciembre 27) i se hallaba de regreso de un reciente viaje al Callao con su buque. De suerte que puede sospecharse tuviera alguna participacion, o por lo ménos, conocimiento anticipado de los propósitos del vice-cónsul frances en aquel puesto. Los que le conocieron aseguran que era un hombre serio pero taciturno, poco cortés i duro de carácter. El jeneral Viel se hallaba en esos momentos asilado a bordo de su buque despues de los tratados de Cuzcuz en mayo de 1830.

En cuanto al buque, los periódicos de la época lo califican arbitrariamente unos de corbeta, otros de fragata i el Mercurio lo llama simplemente *gabarra*.

XXIV

Los padrinos de D' Espinville eran su compatriota M. Duvern, un estimable negociante de la casa de Duvern, Rejo i Ca., liquidada por ese mismo tiempo, i don Jorje Lyon, jóven ingles mui bien relacionado en el comercio i en la sociedad porteña.

XXV

Las condiciones del combate eran sencillas i rápidas como un viaje repentino, terribles como la muerte.—*Armas:* la pistola. *Distancia:* veinte pasos. *Tiro:* a la voz de uno de los testigos,—«uno!.. dos!.. tres!..» *Lugar:* Playa-Ancha, o mas bien, una esplanada que dominaba el antiguo convento de Santo Domingo. Allí comenzaba en esa época el pequeño desierto inhabitado que se llama todavía Playa-Ancha, sin que haya en todo su circúito una pulgada de playa en que varar un bote o una corbina.

XXVI

A las cuatro de la tarde, combatientes i testigos se hallaban es sus puestos. El dia se mostraba frio,

nebuloso, siniestro, i amenazaba lluvia; el sitio del encuentro estaba cubierto de barro, i algunos hombres i mujeres del pueblo que habian visto pasar el grupo estraño de encapados, marchando cerro arriba, los habian seguido con inquietud i curiosidad a cierta distancia. Era preciso despacharse.

Las pistolas del combate pertenecian a un dependiente de la casa Duvern, i no habian sido nunca usadas: detalle en regla. Fueron cargadas en el sitio, otro detalle previsto por el código del duelo. El testigo Lamotte fué preferido para medir la distancia, porque su elevada estatura le permitia robar con sus pasos algunas pulgadas a las probabilidades de la muerte. Otro tanto habria podido hacer de parte de D' Espinville su padrino Lyon, que era de tan elevada estatura como Lamotte. Duvern cargó las armas. Lyon designó sus puestos a los adversarios. El comandante Danican debia dar la señal.

XXVII

Concluidos en mortal silencio los lúgubres aprestos, los dos cónsules se perfilaron i levantaron simultáneamente sus pistolas amartilladas. En seguida las bajaron i quedaron las bocas de las armas en línea horizontal. El reposado marino se retiró algunos pasos de la línea de combate i pausadamen-

te dió la señal convenida:—*una! dos!*. . Pero fuera que D' Espinville no hubiese comprendido bien su parte, fuera emocion, fuera impaciencia o ira, nada de lo cual se traslucia en su rostro, sin embargo, al oir la primera palabra disparó. . . Saillard dejó caer su arma i esclamó en frances:

—Señores, yo protesto de esta irregularidad!

—I yo tambien! esclamó con enfado el terco comandante de la *Durance*. D' Espinville no ha respetado mi voz!

Un acentuado sonrojo subió a las descoloridas mejillas del jóven vizconde al oir aquellas palabras de justo reproche, i sin ser dueño de dominar su despecho, arrojó la pistola al lodo.

—Es cierto, señores, dijo; yo tengo la culpa i estoi dispuesto a dar la satisfaccion que se me pida por mi involuntaria precipitacion. Estoi pronto a recibir el fuego de mi adversario. I volviéndose a éste, díjole con completa calma:

—*Ahora, tirad!*

La satisfaccion que D' Espinville ofrecia, era la de su vida, i en ese caso es preciso reconocer que el sacrificio valia la pena.

Los padrinos acordaron que el combate comenzase de nuevo.

XXVIII

En consecuencia, Duvern levantó la pistola del barro para volver a cargarla, limpióla con su pañue-

lo, i con sorpresa notó que estaba rota. ¿El tiro de D' Espinville habia partido tal vez sin su voluntad?

En tal situacion no era ya posible continuar el duelo. Por otra parte, el grupo de curiosos se habia engrosado de una manera alarmante, i hombres, mujeres, niños, soldados i hasta oficiales de artillería, cuyo cuartel estaba en la vecindad, se acercaban en todas direcciones para ver de cerca «la pelea». El chileno no es duelista, pero suele ser gallero, i aquellos dos hombres tenian la mejor pinta de la cria. . .

En el acuerdo unánime de los padrinos se resolvió aplazar el segundo combate para la mañana siguiente.

Con este fin, i para no ser vijilados, se resolvió que Saillard se iria a bordo de la *Durance* aquella noche i que a la madrugada siguiente se dirijiria por mar a la Caleta. D' Espinville i los otros testigos le saldrian al encuentro en el Estero, i el duelo tendria lugar en el molino de Polanco. Todos irian a caballo. En esos años no habia vehículos de ningun jénero en Valparaiso para el servicio de la ciudad, o mas bien, del campo, porque tal lo era el Almendral, i en esos dias se daban los pregones de la *chacra de Santa Rosa*, en ese preciso barrio, conteniendo potreros de siembra i un horno de *cocinar* teja, segun era el curioso aviso de la prensa.

XXIX

Aquella noche fué lúgubre en estremo. Desprendióse el agua de las nubes que amenazaban desde la víspera, i a las doce llovia a cántaros. D' Espinville se encerró en el consulado, i nadie, ni aun su jefe, que le amaba como a un hijo—segun lo declaró mas tarde,—notó en él el mas leve síntoma de ajitacion. Escribió algunas cartas para Francia, especialmente a su madre, a quien amaba con particular ternura i de quien era el único i abnegado sosten. En cuanto a sus afecciones íntimas, pero pasajeras del pueblo, o mas bien, del hogar en que vivia, delante del adios eterno de lo que el corazon ha amado desde la cuna, es solo una dulce sombra que no pesa sobre el alma sino que la dilata. El amante podia ver todavía un fugaz instante a la preferida de su corazon. El hijo no veria ya mas a su madre....

XXX

La cita de Polanco era para las nueve de la mañana, i en esa estacion del año a las ocho apénas amanece. ¡A esa hora D' Espinville montó a caballo i se dirijió al Almendral. En el camino debia pasar por la casa de las señoritas C*** que tenia dos entradas, una privada por la orilla del mar i otra por la calle de San Juan de Dios. Era la casa sobre cuya

área se edificó mas tarde el teatro del Odeon i sus anexos.

XXXI

En la grata i familiar confianza que formaba en aquellos años uno de los mas felices atractivos de la sociabilidad chilena, era permitido a un amigo de la casa llegar respetuosamente en horas de intimidad i asociarse a los pasatiempos inocentes de la familia. En consecuencia, D' Espinville, que queria sentarse por la última vez en aquel hogar de sus amores, dió la vuelta por el lado del mar a fin de llamar a sus amigas al balcon. Pero la brisa del norte empujaba las olas a la playa hinchada con la lluvia, i el caballo se resistió al paso. Llamáronle entónces por el lado de la entrada principal, i allí se apeó.

XXXII

Iba el esbelto i valeroso vizconde vestido con un largo capote de *hule* que le resguardaba de la lluvia, i llevaba en la cabeza una gorra de la misma tela. Mostrábase sereno, i sin cierta lijera palidez que cubria su rostro, se le habria tomado como el partícipe de una fiesta íntima que llegaba apresurado a disputar a las horas de ese jénero de alegrías su incurable rapidez.

Por tal lo tomaron al ménos sus jóvenes i ama-

bles amigas de la familia C*** i le recibieron con el correspondiente alborozo. Hemos dicho que era aquel dia la víspera de San Antonio, i las cinco o seis niñas de la casa estaban ya a esas horas ocupadas de los caseros aprestos de la venidera fiesta. Quién cortaba las candelejas de papel de colores para los blandones de la *cuadra*; quién preparaba el sahumerio de Lima para los braseros sahumadores; quién ataba las flores de Viña del Mar,—el eden de los jardines chilenos por su terruño i por su clima; quién iba i venia del comedor, i quién era la «María cenicienta» de la fiesta i la cocina. Risas, bromas, estallidos de la dicha en todos los labios, i aquel hermoso mancebo de 25 años, que comenzaba a vivir, que amaba i era amado, que estaba allí de paso para una especie de patíbulo social que no tenia siquiera la fria i cruel sancion de la lei, sino su condenacion i su rechazo...¿todo eso no era en conjunto un cuadro terrible i angustioso hasta las lágrimas?

Al fin, una de las amigas del jóven jentil hombre, que sabia hacerse su cómplice en alegres artificios, imprimió a la animada conversacion cierto punto que hizo dar un vuelco al corazon de aquel, i aumentó su palidez mas que lo que hicieran hasta ese momento sus presentimientos.

—Vaya! No esté usted triste D'Espinville, díjole la menor de las hermanas C***. *La* Antonia nos

ha dicho que mañana bailará con usted la primera contradanza. . .

XXXIII

El pobre jóven se estremeció sobre su asiento. ¿Fué alegría? Fué pavor lo que ajitó su alma i sus sentidos? El desgraciado amante se contemplaba al borde de un abismo en que el amor i la muerte le sonreian alternativamente i le arrastraban con un impulso irresistible. I como cuando niños, soñamos que nos lleva por los espacios atados a sus alas un jenio o un brujo amigo i va a dejarnos caer desde los astros, i en la caida despertamos con el pecho oprimido i el corazon hinchado de ansiedad i confuso pensamiento de dudas i zozobras, así D' Espinville despertó de su último ensueño de ventura, i levantándose convulsivamente de su asiento, miró su reloj i bajó al jardin donde habia atado por la brida su caballo. Todo lo que pudo articular en aquella despedida suprema, fué el nombre que es en todos los pueblos símbolo de todas las ausencias humanas, las felices como las desgarradoras, las breves como las eternas:

—*Adios!*

XXXIV

Eran las ocho i media de la madrugada. Llovia a cántaros, i las calles—mas propiamente, los caminos reales, porque en el crucero de Rubio bifurca-

ban el camino de carretas de Quillota i el de Santiago—estaban desiertas. El estero de las Lavados venia en creces i casi sin vado, porque en esos tiempos llovia en Chile i especialmente en Valparaiso de manera que habrian reventado en un solo dia todos los cauces chicos, i aun el cauce mas ancho i mas sólido que existe en nuestra tierra: el cauce de la paciencia. . .

D' Espinville metió las espuelas a su caballo i pasó el estero casi a nado, frente a Polanco. Otro tanto habian hecho anticipadamente i para no ser vijilados, los testigos Duvern i Lyon.

XXXIV

Dábase entónces el nombre de *Polanco* a una especie de chacra que poseia un buen vecino de ese nombre, i que se estendia por el costado oriente del estero desde la subida del camino carretero de Santiago hasta el sitio que hoi ocupa la estacion del ferrocarril. Al pié del cerro, por el lado en que serpenteaba la carretera de Santiago, habia un espeso huerto de perales, árboles verdaderamente seculares que existian todavía en 1868, en cuyo invierno, guiados por M. Lamotte—último sobreviviente de aquel drama—visitamos el lugar, reconocimos los árboles que sirvieron de mira i medimos la distancia exacta que separó a los combatientes. Ignoro si todavía existen, pero en aquella mañana,

sus añosos troncos servian para atar los cordeles de una lavandería pública, cuyas obreras tendian alegres sus telas al sol de julio, propicio ya a la plancha i a la tela.

XXXVI

Cuando D' Espinville llegó transido de agua i frio, «mas no de miedo,» como Bailly, encontró a sus dos padrinos que le aguardaban en un rancho a la orilla del camino. Ambos se habian dirijido, segun ya dijimos, por rumbos opuestos a fin de evitar sospechas, porque en la noche se habia hablado vagamente del encuentro del cerro de Santo Domingo en la tarde anterior. Los tres estaban a caballo.

Luego vieron avanzar por el lado de la playa un grupo de cuatro personas que venian a pié, chapaleando en los pantanos, i para acortar trámites, fueron a aguardarles bajo los árboles de la cita. Eran aquellos Saillard, sus padrinos Lamotte i Danican i el cirujano de la *Durance*, cuyo nombre no se ha conservado.

XXXVII

A las diez en punto todo estaba listo otra vez. Pero habria parecido que un secreto destino se obstinaba en evitar aquel lance implacable. Las pisto-

las destinadas al combate eran completamente nuevas, como es de lei para tales casos, i habian sido compradas en la noche por Duvern; mas al cargarlas en el terreno, resultó que las balas de onza eran de mayor calibre que el cañon, i se forzaron de suerte que no fué posible estraerlas para reducir su volúmen. ¿Por qué sucedia ésto otra vez, despues del incidente casual de la víspera? Es por ventura cierto que cada hombre tiene a su lado un ánjel guardian? D' Espinville conservaba todavía a su madre, i la amaba con tal ternura, que le enviaba regularmente la mitad de su escaso salario. ¿Era aquella madre el ánjel del jóven estranjero?

Pero Saillard estaba poseido del demonio de la muerte, i se mostraba resuelto a morir o a matar aquel mismo dia, en aquel mismo sitio, en aquella precisa i fatal hora. Tenia arreglado su pasaje para la tarde en el ballenero *Peruvian*, i no podia aplazar una hora mas el ajuste de aquella venganza que llevaba pegada al cuerpo como una mortaja de sangre.

XXXVIII

En tal emerjencia, uno de los padrinos de Saillard tuvo una idea deplorable. Al pié del Alto i a pocos pasos de distancia, existia un molino de temporada, que rejia un frances llamado «Monsieur Jacques,» a quien M. Lamotte du Portail conocia desde al-

gunos años, i cuyo establecimiento existió en otro pié hasta hace poco tiempo, siendo su último propietario el conocido negociante don Santiago Riesco.

Ocurriósele a Lamotte ir a preguntar a aquel frances si tenia armas, i encontró, por desgracia, un par de pistolas de caballería, de chispa, tan ordinarias i toscas como las que servian a los cuerpos de dragones de aquella época. Estaban ademas cargadas desde hacia mucho tiempo, i por esta sola circunstancia debió considerárselas como inútiles para un lance de honor. Para matar, cualquiera arma es buena, desde el garrote al puñal; pero para jugar junto con la vida la honra, forzoso es que el instrumento de muerte no adolezca de vileza como el cáñamo o el cuchillo del verdugo. Por ésto los paladines antiguos solo se batian cubiertos del bruñido acero de Milan (1).

XXXIX

Por otra parte, ¿por qué los padrinos de Saillard i del mismo D' Espinville no ponian ya atajo al carnicero capricho del recien llegado? No estaba, por lo demas, el honor del duelo por lo ménos satisfecho?

(1) Al justo reproche que se hiciera cuarenta años más tarde a uno de los honorables pero imprevisores asistentes al duelo de Polanco, solo respondió con una escusa que en el terreno pudo tener algun valor, pero que no atenúa el caso jeneral. Segun M. Lamotte, los testigos de uno i otro combatiente pensaron que con tales armas apénas alcanzarian a herirse, i por eso las aceptaron.

No habia venido el agraviado desde Lima espresamente a batirse? No habia aceptado el ofensor sin vacilacion alguna el reto i sus duras i perentorias condiciones? No habian estado ya ámbos sobre el terreno? No habia probado D' Espinville su entereza i aun su vehemencia disparando fuera de tiempo? No habian sido ámbos puntuales otra vez en medio de una tempestad deshecha, causa suficiente para un retardo? I en otro sentido, ¿no eran ámbos compatriotas? No eran uno i otro funcionarios de un mismo pais, i no estaban quebrantando, ellos como sus cooperadores, las leyes de un pais hospitalario i bueno que valian mas que sus querellas i sus odios? Mil motivos debieron por ésto suspender, a nuestro juicio, el combate cuando las armas lejítimas quedaron por segunda vez inutilizadas; pero en tales casos, un vértigo indomable se apodera aun de los espíritus mas serenos; los padrinos se apasionan como los combatientes; la vista de las armas enciende las iras de la lucha que se adormecen aun en las naturalezas mas poltronas, i el hombre como el águila, como el perro, como el leon, no quiere volver a su guarida cuando ha sentido el pico del ave, el diente o la garra de la bestia, sin haberla mordido a su turno.

No se pronunció, en consecuencia, una sola palabra de conciliacion. Lamotte midió de nuevo entre dos árboles veintitres pasos, i a fin de evitar que la lluvia—copiosa todavía en ese instante—mojase

la pólvora del cebo en las pistolas, las cubrió con su paletot i las pasó a los combatientes por su órden, primero a D' Espinville, en seguida a Saillard.

Estos, a pesar del frio de la mañana i del agua, se habian despojado de sus levitas por consejo del médico de la *Durance*, i se mostraban solo con las camisetas de abrigo.

XL

A fin de evitar la repeticion de la escena de la víspera, que habia podido arrojar una leve sombra sobre la lealtad de D' Espinville, si no hubiera sido que pasaba éste por el mas cumplido caballero de la sociedad de Valparaiso, se habia convenido en que nó se daria tres veces la señal sino una sola, de modo que ámbos combatientes pudieran perfilarse instantáneamente i tirar a discrecion, esto es, ceñidos a la voz o uno en pos de otro. Saillard se habia negado a rifar el tiro, porque estaba resuelto a disparar el último si la bala de su adversario no lo derribaba en tierra.

Evidentemente era aquel un duelo a muerte.

La señal convenida era la palabra usada en tales casos para comenzar el combate: *en garde!*

XLI

Dió esta vez la voz el testigo Lyon, i D' Espin-

ville, con la rapidez propia de su juventud, de su jenial viveza i tal vez del disgusto mismo que aquel lance causaba en su ánimo, se perfiló solo a medias, estiró el brazo e hizo fuego. Pasó la bala tan cerca del rostro de su adversario, que hizo éste un movimiento convulsivo, desviando la cabeza con un jesto. Pero repuesto inmediatamente i entregándose de lleno al sangriento apetito que le consumia desde hacia tantos meses, esclamó en voz alta:—«Ahora me toca a mí» *(A moi mon tour)*, i haciendo un ademan innoble, como el de nuestros cuchilleros de la cancha, que se escupen la mano i se remangan la camisa sucia del vicio para dar mejor el golpe del crimen, así Saillard—estando a la revelacion de su propio testigo—recojió sobre su antebrazo el puño de su camiseta de franela, i apuntó deliberadamente por un largo espacio, tomando por mira el brazo que D' Espinville, en lugar de cubrirse replegándolo sobre su costado, habia dejado horizontal por un fatal descuido.

La bala de Saillard partió, en consecuencia, con una precision mortal, i llevando la marcada direccion del brazo de su adversario, le penetró en el costado derecho hasta el corazon, bandeándole el pecho de parte a parte. La muerte fué instantánea. «Se dió la voz—decia el MERCURIO del 14 de junio, refiriendo con algunos verídicos detalles el fatal suceso;—tiró D'.Espinville con precipitacion; su adversario sufrió el fuego sin moverse; devolvió su ti-

ro i le metió la bala en el costado derecho, lo cual le causó la muerte a pocos instantes, en los brazos de uno de sus padrinos sin haber proferido sino *oh!*» (1).

XLII

Faltaba solo una formalidad para declarar el duelo terminado. El cirujano se acercó al desgraciado vizconde i declaró que estaba muerto, bien muerto, i así se estampó rápidamente en una acta. En consecuencia, la trajedia de la *Moselle*, de Lima i de Valparaiso, estaba al fin completamente terminada. El cadáver del inmolado fué llevado en hombros a un rancho anexo al molino, hasta que se procuró una carreta, i en ella M. Lamotte, que hacia de práctico en todo, lo condujo cubierto con su capote a la iglesia de la Merced. Allí le recibió piadosamente el conocido padre frai Ramon Alvarez, ocupado de un jurado de imprenta a la sazon, i al dia siguiente fué decentemente enterrado en el cementerio católico, por los cuidados de M. Laforêst, su jefe, a quien en el espacio de pocos meses, el jóven normando habia sabido inspirar el mas entrañable cariño. «S. M. el rei de Francia—decia, en efecto, aquel funcionario al ministro de Relacio-

(1) El cronista del MERCURIO de 1830, poco versado en los ápices del estilo i de la ortografía, vierte esta última espresion de un modo que la hace ridícula, porque dice que, al morir, el agonizante dijo: *Hoo!*

nes Esteriores de Chile el 14 de junio de 1830, dándole cuenta oficial del doloroso suceso de la antevíspera—ha perdido un súbdito fiel, i yo un segundo hijo *(un second fils)*, cuyo prematuro fin me dejará un pesar eterno.

«Por lo demas—añadia M. Laforêst, esforzándose por consolarse, en esa misma pieza diplomática,—es completamente cierto, segun las escrupulosas investigaciones que he practicado, que todo ha tenido lugar conforme a lo que se tiene la barbarie de llamar «las leyes del honor» (1).

XLIII

No se contentó con estas frias demostraciones oficiales el representante frances, pues dispuso que se celebraran suntuosas exequias en desagravio de su malogrado colega i amigo, en la iglesia Matriz de Valparaiso. Él en persona, i vestido de gran uniforme, pasó al siguiente dia de la catástrofe, a invitar a los comandantes de los cuatro buques ingleses surtos en la bahía (la *Thetis*, la *Saphire*, la *Tribune* i la *Alert*); i el dia 14 presidió el duelo, acompañándole como segundo el comandante Danican, que así era testigo de un luto cruel e innecesario que una palabra suya habria bastado a evitar. Un

(1) Archivo del Ministerio de Relaciones Esteriores. Comunicacion de Laforêst al ministro Portales.

destacamento de la *Durance* sirvió de guardia de honor, i durante el servicio disparó tres salvas de mosquetería i otro tanto repitió al regresar el cortejo a bordo (1).

XLIV

Aquel habia sido el luto oficial sobre los restos de aquel infeliz jóven sacrificado, mas que por las leyes del honor, por las de la venganza i la fatalidad. En el corazon del pueblo tuvo su pérdida un eco mas tierno, i fué llorado en todos los hogares, no solo por su juventud i su belleza, sino por sus prendas de hombre i caballero, entre las cuales lucia una relijiosidad sincera i sin ostentacion, junto con una pureza intachable de costumbres.

Hubo particularmente una mansion en que su fin prematuro i violento fué considerado como un íntimo dolor de familia, i todavía, entre los restos dispersos de aquel hogar, se guarda, despues de medio siglo, con afecto su memoria.

La prensa local, representada entónces por una cuartilla de papel que llevaba impreso el nombre ya venerable del diario que da acojida bondadosa a estos recuerdos, se asoció al pesar comun, i aun en la primera hora dió la funesta noticia del desastre por un hecho de crónica bajo el título de *Notable*,

(1) MERCURIO del 14 de junio de 1830.

primer ensayo tal vez de ese ramo de noticias que hoi constituye una interesante especialidad en la prensa de Valparaiso bajo la pluma modesta hasta la timidez, pero no por ésto ménos brillante de uno de nuestros mas apreciables escritores.

XLV

En cuanto a Saillard, regresó al bote que le aguardaba en la Caleta, i una hora despuès se trasbordó de la *Durance* al ballenero *Peruvian*, que esa misma tarde levó sus anclas i se hizo a la vela, rumbo del Callao. Iban a bordo el jeneral Miller, a quien mas tarde hemos de consagrar algun recuerdo especial en estos cuadros de nuestro pasado, i dos bellas señoras peruanas que no temian navegar en pleno invierno i en un barco sucio i mal servido. Eran éstas doña Margarita Ugarte i doña Clara Buendía: pero ni los pasajeros, ni el capitan Donald, ni alma nacida sospecharon siquiera, durante el viaje, la triste historia que el cónsul Saillard escondia en su regreso. Aun en Lima mismo no se dió mas tarde crédito a su sangrienta hazaña, porque, haciendo el *Peruvian* un viaje bastante rápido (21 dias), habíale sobrado al último un mes para ir a matar a uno de sus mas nobles colegas, haciendo para ello un viaje de mas de mil i quinientas leguas.

XLVI

¿Cuál fué la suerte posterior de aquel siniestro personaje? No tenemos para qué entrar en los detalles. Pero Saillard, siempre colérico, desconfiado, receloso de encontrar en cada mirada un reto o un reproche a su carácter altanero o a su fealdad física, vivió en Lima por mas de diez años, ajeno casi del todo a su sociedad i ocupado solo de su ministerio de cónsul jeneral i de sus caballos, a cuyo pasatiempo era mui adicto. Su esposa, que era una mujer de distincion, vino a acompañarle i le dió tres hijos, uno de los cuales—teniente de marina en 1865—visitó en Valparaiso, en compañía de uno de los testigos, el sitio de la triste hazaña que aquí con imparcialidad, hemos referido. Ese hijo, que así cumplió tal vez un noble deber, es el mismo oficial de marina que tanto se distinguió en el sitio de Paris a la cabeza de una brigada de marinos en el Bourget i otros encuentros.

Por el año de 1842, Saillard fué promovido al consulado jeneral de Caracas, i no se retiró de Lima sin una última provocacion de su índole pendenciera, pues desafió a muerte al jeneral de caballería don Ramon Castilla (por una cuestion de caballos o de jinetes), a la sazon (1842) ministro de la guerra de Gamarra. El astuto «Cachabotas,» que así llamaba la jente del pueblo al jeneral Castilla por su aficion al caballo i al charol, aceptó el reto, pero con con-

diciones tales, que irritaron mas la bílis del iracundo funcionario i le precipitaron en su viaje a Venezuela. El jeneral Castilla habia aceptado el desafío a lo gaucho, es decir, a caballo i lanza en mano....

El desgraciado Saillard, mas desgraciado tal vez que su misma víctima de Valparaiso, no sobrevivió muchos meses al clima mortífero de las costas de Venezuela, i allí feneció en edad robusta todavía, víctima de la fiebre amarilla, hácia el año de 1843 o 44.

XLVII

No nos proponemos filosofar sobre el duelo al poner punto a esta narracion del único entre los centenares de desafíos conversados de nuestra estraña tierra, que haya tenido una ejecucion sijilosa i un desenlace sangriento; i decimos único, porque el encuentro de don Juan Melgarejo con los dos hermanos Mariño el año 20 en Santiago, i en el cual los últimos sucumbieron, fué solo una riña desastrosa, i el combate del capitan Zavala en que mató al ayudante Pino, veinte años mas tarde, en los Anjeles, se halla aun envuelto en los misterios de un proceso. Pero parécenos que el duelo de Polanco tuvo algo de tan tenaz i de tan friamente premeditado, i fué de tanta ferocidad en su ejecucion, que todo ésto lo constituye en uno de los encuentros mas escepcionales i de dudosa moralidad de que se tenga memoria.

I no debe olvidarse que todos sus detalles son, no solo verdaderos, sino en cierta manera auténticos, porque han sido estraidos de la prensa, de los archivos i de la tradicion ocular escrupulosamente confrontada.

XLVIII

Ciertamente, lo que mas hiere el sentimiento de la equidad en aquel combate, es su fria, sorda, obstinada e implacable premeditacion. Todo encuentro de honor es por lo comun el resultado de un acaloramiento o el estallido violento de una pasion, si no es que, como dijo mui bien un majistrado frances en el proceso famoso de Beauvallon—duelista condenado a diez años de presidio por la perfidia de haber ensayado las pistolas con que mató a Dujarrier;—si no es que «en todo duelo, cuando no hai una gran simpleza de por medio, hai de seguro una gran cobardía».

De suerte que en el desafío de los dos vice-cónsules franceses, faltó por completo de parte de uno de los comprometidos, el calor i la escusa de la pasion que hace perdonar los homicidios.

En seguida, uno de los combatientes ha estado ensayándose, durante seis meses, en el tiro al blanco, al paso que el otro, bueno, confiado i olvidadizo,

llevaba solo una vida de inocentes distracciones e inofensivos pasatiempos. ¿Era ésto leal? (1)

Por otra parte, ¿puede ser permitido a un duelista empecinado llegar a un puerto de mar hoi, i decir a su contendor:—«Vengo a mataros o a que me mateis hoi mismo, porque tengo ya pagado mi pasaje de regreso, i aquí teneis mi boleto?» No lo creemos. El reto de Saillard habia sido a plazo indefinido; pero su ejecucion fué tan violenta, que mas pareció en sus aprestos una celada que la satisfaccion de la honra ofendida.

---

(1) Hemos aludido en varias ocasiones a ciertos puntos de notable semejanza que el duelo de Saillard i D' Espinville ofrece con el famoso que, quince años mas tarde (el 11 de marzo de 1845), tuvo lugar en el bosque de Bolonia entre Dujarrier, uno de los redactores de *La Presse*, i Rosamond de Beauvallon, criollo de la Guadalupe i colaborador de *El Globe;* i aparte de la estacion, la lluvia, la tenacidad de la provocacion de parte del último, etc., se notan puntos de contacto verdaderamente curiosos, en especial bajo el aspecto legal del acto. El duelo tuvo por causa una disputa de juego en el Palacio Real, como a bordo de la *Moselle:* Dujarrier, provocado como D' Espinville, i que solo tenia 29 años, no habia tomado jamas una espada en la mano, miéntras que su provocador era un duelista de fama; el último se ensayó en las armas durante seis meses, i D' Espinville fué al encuentro con la primera pistola que pusieron en sus manos; éste, como Dujarrier, tiró con precipitacion i casi con indiferencia i esperó de pié firme el fuego de su adversario, quien, a su turno, apuntó deliberadamente con una arma conocida i con tanta calma, que uno de los padrinos del muerto gritó al hechor:—*Pero tire usted f...!* Por último, D' Espinville, como Dujarrier, tenia una madre que la adoraba, i ellas en definitiva fueron las víctimas de aquel lance, que costó, sin embargo, al vencedor, en el caso de Paris, una condenacion de diez años de clausura. ¿Habria escapado mejor en Chile o en Francia M. de Saillard?

XLIX

I aquella obstinacion verdaderamente diabólica de reducir la contienda a un caso preciso de muerte, contra la tempestad, contra las armas, contra el caso de un disparo prematuro, contra la caballerosidad misma del combatiente inesperto que tira, no por matar sino por cumplir, i aguarda impasible la bala de su enemigo, que éste le lanza en pleno pecho, despues de apuntar deliberadamente, como Beauvallon sobre su víctima, hasta el punto de irritar en uno i otro caso a los testigos, ¿no es todo eso algo que pugna de frente con la honradez i la equidad de un noble pecho?

Nó. El duelo de los dos vice-cónsules franceses en 1830, pudo estar conforme —como decia oficialmente el jefe de ámbos—con las prescripciones ordinarias del código de honor de M. de Chateaubillard, que ya existia en Francia, en cuanto a los testigos, la distancia, la regularidad del tiro, la equivalencia de las armas i aun la destreza de los adversarios, si bien D' Espinville, como la víctima de Beauvallon, dió pruebas de tanto heroismo como de inesperiencia en el uso de aquellas. Pero todo eso no pasa de ser el escenario, las peripecias materiales del encuentro. Miéntras que por su cruel, su largo i frio cálculo, por la violencia de horas i hasta de minutos impuesta al provocado, por el detalle característico de la puntería lenta i segura del agre-

sor, i tambien por el ultraje hecho a las leyes del pais en que el suceso tuvo lugar, el desenlace judicial, para la parte de Saillard, habria sido tal vez mui diverso sin su fuga, i sometido el caso a nuestras leyes, como lo quisieron de comun acuerdo el cónsul Laforêst i el ministro de relaciones esteriores don Diego Portales (1).

L

Tal fué, fielmente narrado, el sangriento duelo de Polanco, único tal vez en su jénero por sus peripecias, i *único* tambien que en Chile—tierra de trigo i bofetadas—diera por resultado el luto i no la hilaridad de un pueblo culto. Fué un lance en estremo dramático, vehemente i terrible, digno de mas rica fantasía para describirlo, i de mas valiente pluma para contarlo. Pero si le falta el brillo i el

(1) Cuando Laforêst encontró el cadáver de D' Espinville en el atrio de la Merced, como fuera de sí por el dolor, dió inmediatamente órden por escrito al capitan de la *Durance* para aprehender a Saillard con el objeto de enviarlo a Francia, a fin de que fuese juzgado, i así lo participó al gobierno de Chile. Pero el comandante Danican hizo de modo que el reo se trasbordara al *Peruvian* ántes que llegase la órden.

Por su parte, el gobierno chileno tomó activas medidas para capturar a Saillard i juzgarlo junto con sus padrinos, conforme a las leyes del pais, lo que comunicó al cónsul jeneral con fecha 16 de junio, bajo la intelijencia—como lo creia en ese dia Portales—que Saillard estaba escondido en Valparaiso. En consecuencia, el testigo Lyon i el molinero Jacques fueron reducidos a prision; Duvern se ocultó i Lamotte se refujió durante dos semanas a bordo de la *Durance*. Mas, la fuga de Saillard hizo imposible i hasta injusta toda persecucion posterior, por lo cual no volvió a hablarse mas del asunto.

realce esterno—condiciones que tal vez, para el presente caso, no eran del todo indispensables,—queda abonada su completa veracidad i comprobacion hasta en los menores detalles; porque si bien no hubo proceso de justicia, nosotros acostumbramos siempre hacer escrupulosamente el proceso de la historia i aun el de nuestra crónica doméstica, en las pájinas humildes que consagramos a su leyenda.

Santiago, octubre 20 de 1876.

LA BATALLA DE MAIPO.

AL BRAVO JENERAL

Don José Vicente Venegas.

LA BATALLA DE MAIPO (1)

(CONTADA AL PUEBLO SEGUN NUEVOS DATOS.)

El gran San Martin decia:
«Muchachos! No hai que temerle a las balas.
Sable en mano i a la carga»...
(*Cancion popular*—1818)

«Dejando la tendal ida
De godos en esos llanos,
Los que libraron huyeron
Con su jefe don Mariano.»
(*B. Guajardo*—1874)

Cancha Rayada fué un inmenso desastre. La noche i el pavor, como los abismos de la mitolojía an-

(1) La mayor parte, si no todos los episodios de esta relacion son completamente inéditos, o por lo ménos desconocidos, porque han sido escritos, o sobre relaciones i reminiscencias orales que en nuestra niñez bebimos de los labios de sus mas gloriosos héroes, como los jenerales Freire i Las Heras, o sobre narraciones estranjeras que la historia no ha tomado en cuenta, como la del viajero Haigh, o recojidos sobre el terreno en una visita especial que hicimos al campo de batalla, para compajinar estas tradiciones, el domingo 11 de marzo último.
Quien quiera estudiar *militarmente* i en todos sus detalles estratéjicos aquel gran acontecimiento, deberá consultar las escelentes relaciones del señor Barros Arana, i la mas minuciosa todavía del señor Sanfuentes. Nosotros no pretendemos ir tan léjos, i ofrecemos solo el bosquejo de aquel gran cuadro de gloria, puesto a una nueva luz, pero sin alterar en lo mas mínimo su inmutable fondo histórico.

tigua, se tragaron en pocos minutos un ejército de diez mil hombres. Cuando la pálida luna de marzo asomó por la espalda del Descabezado sobre las llanuras de Talca, hácia las diez de la noche del 19 de marzo de 1818, el campamento del ejército unido que acababa de resonar con los clarines de quince batallones i rejimientos inspirados por la victoria, alumbró solo un lóbrego cementerio.

Los que no habian muerto, habian huido.

Los que no habian podido huir, agonizaban con lastimeros ayes de misericordia, que nadie escuchaba, que nadie socorria...

I mas allá, hácia Santiago, en la inmensa llanada, sin árboles, ni caseríos, ni senderos, en el vado de los rios, en los *chircales* de las vegas, por las faldas de la cordillera, sembradas de espinales, por las aberturas de los valles que conducen a la costa, el clamor sordo de millares de fujitivos, que como bandadas de buitres sorprendidos en su madriguera, corren jadeantes de cansancio, despavoridos como el terror: tal era la nocturna derrota del ejército mas florido que habia armado la América, i que un año hacia descendiera de los Andes «bordando de victorias el mundo de Colon».

* * *

El espanto de las poblaciones del valle central, desde Curicó a Santiago, fué mayor que el de las tropas en la primera hora.

Esperiméntanse, en verdad, dos veces las derrotas de los ejércitos que defienden una gran causa nacional: una vez en el campo de batalla, al estampido del cañon que aturde, del sable que degüella, de los caballos que aplastan a los vencidos en la fuga. Pero esas derrotas tienen compensacion, porque se muere matando, porque el coraje, la rabia, el heroismo, sostienen el corazon i los músculos de los que van perdidos.

Repítense otra vez esos horrores en el hogar de las naciones, i esas derrotas sordas que estallan sobre un pueblo a la lectura de un boletin escrito con lápiz en el arzon de la silla, al galopar de un posta por las calles de la ciudad dormida en la media noche, al dicho pavoroso de un oficial cobarde que ha desamparado su puesto i a quien las jentes recelosas han visto pálido i deshecho, apearse del cansado caballo en la puerta de su albergue, para ocultar su miedo; esas derrotas sin detalles, sin testigos, sin otro comentario que su propio anuncio, caen sobre el alma de una ciudad con el hielo de una lápida mortuoria. Las puertas se cierran. Los hombres enmudecen i se ocultan.—Las mujeres, mas animosas en tales casos que los fuertes, porque esas mujeres son madres o son esposas, o son en secreto las vírjenes prometidas del bravo i del héroe, oran i confortan. Solo las puertas de las iglesias están abiertas para la esperanza, porque lo

último que sucumbe en el pecho del cristiano es Dios i su amparo.

La derrota del 19 de marzo repercutió de esa manera en la capital, en la noche del 21,—la *noche triste* de Santiago. Era otoño: las familias, el pueblo, los próceres, los rezagados, la escasa guarnicion miliciana, todo reposaba en la profunda confianza de una victoria cierta, asegurada, inevitable. En Chacabuco habian bastado los negros del núm. 8 para echar cuesta abajo, como a una manada de puercos, a los horribles *Talaveras*. ¿I cómo el ejército unido no habria de cojer al *Burgos* dentro del cerco de acero de sus seis mil bayonetas, para que lo redujesen a astillas los sables de los granaderos arjentinos i de los cazadores de Chile?

La confianza pública no tenia límites.

Pero en los conflictos morales acontece lo que en la lei de la materia. El golpe arrecia en la proporcion de la altura de que hemos sido despeñados.

***

Era la tarde de un dia sábado. Nadie durmió en la noche que aprisa sobrevino.—Circulaban en voz baja, de hogar en hogar, las mas aterradoras novedades. La noche del horror habia llegado junto con la de las sombras. San Martin habia pasado la cordillera por el boquete del Teno, seguido de un puñado de ensangrentados jinetes... O'Higgins habia

perecido. . . Freire, Bueras, Caxaravilla, Blanco, Lavalle, Necochea, Borgoño, todos los bravos quedaban apilados sobre el cadáver del héroe, héroes como él. . . En la primera hora de un desastre, desde Rancagua a Loncomilla, nadie ha sobrevivido en los sangrientos boletines del terror egoista de Santiago. En Cancha Rayada no habia escapado una sola compañía, una bandera, un cañon, un hombre. Tal era el conjunto del cuadro del pánico en la media noche del sábado.

En la alborada que siguió a aquella horrible noche, las campanas de las iglesias llamaban a los fieles con sus cadenciosos toques, i parecíale a aquel pueblo amortajado en su dolor, que aquel llamamiento a la plegaria era el toque de difuntos de aquella jóven patria, la «patria nueva,» tan amada, tan jóven en sus dias, tan acariciada en sus encantos, su negra cabellera, sus ojos de fuego, su tez iluminada por el resplandor de las victorias, su esbelto talle ceñido de los colores del cielo, i en su frente la blanca estrella que amanecia con la aurora de su vida. Era domingo, i las iglesias en vez de cánticos resonaban con los sollozos de aquella ciudad prosternada i reverente que parecia asistir a sus propios funerales. La patria habia muerto, i a lo largo del polvoroso camino que conducia a las «ciudades de arriba,» como se llamaban todavía las poblaciones meridionales del valle central, desfilaba silencioso su cortejo de heridos, de enfermos, de cansados, de malhecho-

res, de cobardes,—el cortejo de todas las derrotas.

¿Quién resucitaria aquella muerta querida en medio del llanto universal? Quién recojeria del campo los fragmentos de la rota espada para forjarlos en rayos de defensa i de victoria?

* * *

No lucia un solo fulgor de esperanza en el cielo de bronce del dolor.

Las reputaciones de mayor denuedo se eclipsaban.

El injeniero militar que en la noche de Cancha Rayada, habia presidido el cambio fatal de las posiciones del ejército—el andaluz Arcos—habia ido a esconderse en la bodega de un buque ingles surto en Valparaiso.

Alguien habia visto atravesar la *Cañada*, seguido de un solo ordenanza i camino de los baños de Colina, a aquel famoso jeneral de caballería Miguel Brayer, cuya bravura menciona Napoleon en su testamento de Santa Elena, legándole una fortuna; i el propio testigo que menciona la fuga del jeneral en jefe de la caballería patriota—el viajero-mercader Haigh, recientemente llegado a Santiago—agrega que en su última entrevista con San Martin éste habia dirijido testualmente a aquel es-

tas curiosas palabras de reproche:—«*Señor jeneral, usted es un Carracho...*» (1).

De todas suertes, Colina era una jornada mas, ganada en el camino de Mendoza por el jinete frances.

Monteagudo—el implacable carnicero de la revolucion—habia ya pasado entre los primeros los Andes, para derramar en la plaza de Mendoza la sangre de los Carreras, en la tarde que siguió a Maipo. I aun aquel soldado de Junin, que fué citado como el tipo del adalid antiguo, seducido por una mujer—prenda robada de un soldado enemigo—no guió su escuadron de granaderos a la carga en aquel dia. Dijeron unos que el comandante Necochea se habia roto un dedo al disparar una pistola. Otros dijeron que lo retuvo en sus blandos brazos la querida gaditana de Morgado. Pero es lo cierto que aquel bravo necesitó a «Junin» para hacer olvidar a «Maipo».

En las primeras horas nadie esperaba, por lo mismo que la confianza anterior no habia tenido límites.—«Las escenas que presentaban las calles de la ciudad—dice un testigo de vista cuya deposicion no ha escuchado todavía la historia—eran verdaderamente desgarradoras. Todos huian o buscaban como huir para no volver mas a sus hogares: grupos de mujeres anegadas en lágrimas, sueltos sus cabe-

(1) Estas son las testuales palabras en español que estampa el viajero en su relacion inglesa (*Sketches*, páj. 215).

llos desgreñados, recorrian las aceras implorando la misericordia del cielo para los suyos; la plaza pública desbordaba con la inquieta muchedumbre, i no se oia sino los lamentos de los que, preguntando por sus deudos del ejército, no obtenian por respuesta sino el hielo del silencio en lívidos o espantosos rostros».

El camino de Chacabuco era, desde la mañana del domingo 22, una no interrumpida caravana de fujitivos a pié, en mulas aparejadas, en tardas carretas, en los vehículos mas grotescos, incluso el lomo de los bueyes; i a lo largo del polvoroso sendero no se oia, como en los dias de Rancagua, sino este lúgubre grito:— «Mendoza! Mendoza! Mendoza!»

I como si en todas las cosas humanas, aun en las mas lóbregas i terribles, ha de tener su parte de ridículo la incurable necedad de las mortales, vióse al pié de los Andes, camino de la cordillera, a un prócer santiaguino quemar por su propia mano su pintada calesa, inútil ya para la fuga, i que no queria dejar con sus blasones para regocijo i comodidad del vencedor....

*
* *

Los usufructuarios usuales de todas las situaciones políticas —los *notables* de Santiago—habian huido, los unos a las chácaras para volver, los otros a la cordillera para capitular.

Cada cuarto de hora pasaba por el puente del correjidor Zañartu, crujiendo sobre sus bocinas, una pesada calesa, que arrastraban sendas mulas: era un *notable* que fugaba o se escondia.

Uno de esos notables—notabilísimo por su influencia i su fortuna—mandó un caballo de gala al encuentro de Osorio, lujosamente enjaezado, para su entrada triunfal en Santiago: el caballo calzaba herraduras de plata. Cuando lo supo Manuel Rodriguez, mandó fusilar a ese *notable*. Pero los *notables* de Santiago no mueren a bala: a lo mas, se les fusila con pólvora, a estilo de los Carreras...

En resúmen, Santiago se habia liquidado.

La capital poltrona i goda se habia ido en calesa i en carreta. Quedaba el Santiago criollo i heróico, la ciudad sublime que sabria morir, como habian caido ya sobre el foso o la trinchera la viril Concepcion, Chillan, Talca i Rancagua.

Santiago necesitaba encontrar en la historia, para sí propia, un gran dia, i ese largo i glorioso dia fué la última semana de marzo i la primera semana de abril de 1818.

Pero no anticipemos esas grandes fechas, i prosigamos.

*
* *

Los pueblos sacudidos por repentinos dolores, creen en los milagros, como los que oran al pié del

lecho de la madre que acaba de volar al cielo, como los que estrechan contra su pecho, caliente todavía, con las lágrimas del insomnio i de la desesperacion, el dulce cadáver sacado de su alma i de la cuna...

Dos hombres se aparecieron en abril de 1818 a la cuna de Chile libre, i verificaron ese milagro.

Fué el primero Manuel Rodriguez, que no venia, como se ha creido, del campo de batalla, sino que vivia en la capital «con la ciudad por cárcel». No era la primera vez que un redentor salia de los calabozos.

En la tarde de ese dia, el guerrillero de 1816 alentó los dos primeros elementos que se reaccionan en la múltiple composicion de la vida social: la juventud i la muchedumbre. Del cabildo abierto de esa tarde nacieron los *húsares de la muerte.*

Pero esa tropa i ese nombre no era la confianza: eran solo el heroismo.

La ciudad seguia postrada, silenciosa, envuelta en el sudario del miedo, paralizada como un cuerpo que hiela el mármol de la sepultura.—Manuel Rodriguez recorria a caballo la silenciosa ciudad arengando al pueblo, i el pueblo le escuchaba i le seguia. Pero los caudillos, los magnates, los *notables* de Santiago, que eran su gobierno, su tesoro i su nervio, seguian desfilando en sus calesas, camino de Mendoza...

Pero el lúnes 23 de marzo, a media noche, solo o asi solo, llegó O'Higgins. I cuando aquella ciudad

aterrada supo, al despertarse, que los centinelas de las boca-calles de la plaza habian visto apearse de su caballo, en la puerta del palacio, al vencedor de Chacabuco, con su brazo en banda, pero ájil i resuelto, taciturno i enérjico, sintió que las ráfagas tenues de la calma precursora del bienestar inundaban su pecho i lo fortalecian.

Santiago comenzó a revivir en la mañana del mártes 24 de marzo.

Es preciso declararlo ante la posteridad: Manuel Rodriguez fué en Santiago, ántes de Maipo, lo que habia sido en Chile ántes de Chacabuco, un inmortal *precursor*. Pero el jenio de la patria, su brazo, su espada, su éxito, su gloria, fué O'Higgins. Chile con Rodriguez se habria salvado tal vez en 1818, despues de la catástrofe. Pero si la bala que rompió el brazo derecho del Director Supremo en Cancha Rayada, se hubiese desviado unas cuantas líneas hácia el corazon, Chile no se habria salvado...

Manuel Rodriguez habia sido el timonel que en la lóbrega borrasca saltó a la rueda, i enderezando el rumbo del esquife náufrago, abandonado ya a las olas, encaminólo al puerto. I por este solo servicio, hecho a su patria en hora tan suprema, i seguido tan de cerca por la de su bárbaro martirio, su nombre será bendecido en las edades i su memoria esculpida, cuando haya justicia retributiva para todos, en la columna en que Chile venidero escribirá la breve lista de los que le salvaron en su cuna.

Pero si esa fué la fe i la inmortal hazaña del húsar-tribuno, O'Higgins, jefe del pais, caudillo de su pueblo, jeneral de sus ejércitos, herido, desangrado, exánime el cuerpo con hondas fatigas, pero inalterable su ánimo en la resolucion de triunfar o de morir, fué el piloto sereno i prestijioso que, convocando a su voz los acobardados tripulantes, señaló a cada cual el puesto del deber i de la gloria.

Manuel Rodriguez, en la crísis de la independencia, fué el Lautaro de la leyenda antigua, cuando puesto en medio de las rotas filas de los suyos, dió el primer grito de embestida i de victoria. Pero don Bernardo O'Higgins—semejante a Caupolican—vivirá en los siglos con aquella limpia e inmutable veneracion que las jeneraciones acumulan sobre la frente de sus caudillos i de sus redentores,—la veneracion de los jermanos por Arminio, de los cartajineses por Aníbal, de los iberos por Viriato, de los griegos por Temístocles, de los colombianos por Bolívar, de los arjentinos por San Martin.

Manuel Rodriguez fué guerrillero, fué tribuno, fué mártir.

O'Higgins fué todo eso junto en grado mas conspicuo, porque fué *libertador!*

*
* *

Un estranjero que habitaba la casa de la viuda del jeneral Mackenna (hoi de la familia Salas en

el ángulo noroeste de la calle de Huérfanos i San Antonio), i que custodiaba, como consignatario i como huésped, mas de cien mil pesos de mercaderías en sus aposentos, nos ha conservado en sencillo lenguaje los detalles de la primera entrevista de Manuel Rodriguez i de O'Higgins, que tuvo lugar la noche del 24 en una de las habitaciones de aquella casa histórica.

Vivia allí el coronel del núm. 8, don Enrique Martinez, i en sus piezas de alojado militar, que son al presente el almacen de «Salas Hermano,» se reunieron en la noche del miércoles 24 de marzo, varios jefes arjentinos,—Quintana, Zapiola, Necochea, Melian i otros oficiales de menor nota que habian llegado dispersos. O'Higgins i Rodriguez presidian. Aquel consejo de guerra de la derrota, no fué ni largo ni alegre; pero no fué tampoco de desaliento. O'Higgins, como de costumbre, estuvo silencioso; Rodriguez, como siempre tambien, inspirado e inflamable. «Yo estuve presente en la sala del consejo—dice el viajero ya citado,—i Manuel Rodriguez habló con su acostumbrada animacion, inflamado por el convencimiento profundo de que se libraria con éxito una batalla a las puertas de la ciudad» (1).

(1) Estos detalles íntimos i caseros de los hombres de la revolucion, que no ha descubierto o ha desdeñado hasta aquí la historia, son sumamente interesantes, porque son característicos. Por ésto nos complacemos en citar las palabras testuales del narrador i testigo presencial de aque-

Manuel Rodriguez hacia la profecía del heroismo. Pero ¿habria sospechado que aquel propio consejo de amigos i de camaradas decretaria su muerte dos meses mas tarde?

*
* *

Al caer la noche de ese mismo dia de supremos consejos i de supremas resoluciones, llegó San Martin a su residencia favorita, la chácara de los antiguos franciscanos, llamada *el Conventillo*, que hoi parte por su frente la avenida meridional del *Camino de Cintura*. Venia el jeneral en jefe del ejército unido, solo, estenuado, sombrío como todos, pero mas abatido que el resto de su ejército. La responsabilidad mata como el cañon, i desangra el alma i el cerebro como acerado escalpelo. San Martin escondia en su sér impenetrable mas audaces cálculos que pasiones, i habia visto desplomarse aquellos, sin su culpa, en una hora, desde su mas alta cima. Era un jugador frio pero atrevido, que habia perdido una gran parada. En su marcha desde el Lircay al Maipo, el orgulloso criollo habia encontrado ademas muchas fisonomías, en cuya espresion respetuosa, pero indifinible se traducia esta emocion:—¡*Vais*

---

lla escena. *I was in the room in a private house belonging to the widow of Mackenna; Manuel Rodriguez spoke with his usual animation, in the highest hope that a succesful battle might be fought before the town.* Samuel Haigh—*Sketches,* páj. 198.

vencido! Eran los mismos que saldrian a su encuentro, para agruparse en torno suyo, para gritar con indecible regocijo el dia de una victoria todavía posible: *¡Viva el vencedor!*

Alguien que vivia en la intimidad del caudillo, el coronel Guido, representante de Buenos Aires, salióle al encuentro, i nos ha legado la fiel espresion de aquella melancólica entrevista en la dilatada planicie, a la luz de las estrellas, en el negro silencio de la noche i del desierto. San Martin, profundamente conmovido, se echó en los brazos de su confidente i díjole solo estas palabras: *Mis amigos me han abandonado!* (1)

Triste humanidad! El *Vœ victis* de los antiguos será tu última i eterna herencia, porque es la significacion lejítima de tu incurable egoismo, eterno tambien...

Reposado un tanto, San Martin penetró en la ciudad en la mañana del juéves 25 de marzo. Llegó, segun los que le vieron, i en nuestra juventud nos lo contaron, vestido con su uniforme favorito de coronel de granaderos a caballo, pantalon i casaca ceñida de paño azul con vivos encarnados, botas granaderas, sombrero apuntado, forrado de *hule*, el mismo sobrio uniforme de campaña que ha inmortalizado el bronce.

Como venia de viaje, traia cruzado sobre el pecho

(1) GUIDO, *Reminiscencias* (*Revista de Buenos Aires,* 1864).

una especie de túnica de paño o sobretodo azul, de abotonadura amarilla, con las armas del Plata, orlado en todas sus orillas con una franja de piel de nutria, i este atavío realzaba su elevada i nervuda talla, porque San Martin, sin ser grueso, era corpulento.

Cuando, despues de conferenciar con O'Higgins en su palacio de la calle del Puente, se dirijia a caballo a su habitacion, que era el palacio del obispo, en el ángulo opuesto de la plaza, rodeóle la entusiasta muchedumbre, i al apearse, un hombre del pueblo—un *roto*—le pidió un abrazo. O'Brien, cuya vida en América consistió en galopar al lado de San Martin i en defenderlo con su sable, quiso apartar al intruso, pero el vencedor de Chacabuco no lo consintió. Sabia que aquel abrazo le daria muchos soldados, i necesitaba, como Pompeyo, hacer brotar lejiones de la tierra, apretándola con su bota de caudillo.

Lo demas de ese dia i de esa conferencia con el pueblo, lo cuenta el historiador Barros Arana con su acostumbrada fidelidad. Al viajero ingles que ya hemos citado, i que se encontraba en esa coyuntura en la plaza, parecióle el jeneral criollo intensamente fatigado; pero un niño de doce años que estuvo mirándole de hito en hito miéntras arengó al pueblo desde el zaguan del palacio, conservó de él, de su estatura, de su jesto, de su voz, de su traje esas impresiones que, como leyenda esculpida en mármol

estatuario, son la perdurable i deslumbradora vision de la memoria: ese niño era mi padre.

*
* *

En los rápidos diez dias que trascurrieron entre la vuelta del vencido de Cancha Rayada i la entrada triunfal del vencedor de Maipo a la capital de Chile (marzo 25-abril 5), aquel, a pesar de su postracion física, no se desnudaba ni dormia.—«Me parece que lo estoi viendo,» esclama su compañero de habitacion, de labor i de insomnio, echado sobre mi cama, vestido en su ropon azul de paño, sin desnudarse i profundamente trabajado por los deberes que le imponia su posicion. El coronel Guido, que ésto nos cuenta medio siglo despues de los sucesos (1864), tenia sus habitaciones en el palacio de los obispos, en el primer patio, a la derecha del zaguan. El departamento de San Martin ocupaba el costado izquierdo, i todas sus ventanas daban a la calle de la Compañía.

*
* *

En el preciso momento en que el jeneral en jefe se instalaba en su alojamiento de la Plaza de Armas de Santiago (25 de marzo), el coronel Las Heras se acampaba con un ejército en Rancagua. ¿De dónde habia salido aquel ejército de tres mil hombres?—Habia salido del fondo del campo de la

derrota, en medio de la oscuridad que desgarraba el lampo de la metralla. Ese ejército habia surjido del cáos como los ánjeles buenos, i para salvarlo, para conducirlo, para conservarlo intacto, el jenio de Chile habia encontrado un hombre que tenia el pecho de acero, el corazon de los leones, la mirada de las águilas.—Prófugo aturdidamente del campo el coronel Quintana, jefe de la division de la derecha, Las Heras, simple comandante de batallon, habia tomado su puesto; i formando en espesa columna seis batallones, i la artillería chilena que mandaba Blanco, emprendió a media noche la marcha de la salvacion hácia el Norte. De esos batallones, tres eran arjentinos,—los *cazadores de los Andes* (Alvarado), *el* 7 (Conde), *el* 11 (Las Heras); i tres chilenos,—*el* 1 (Rivera), *el* 2 (Rondizzoni) i el glorioso *Coquimbo* (Thompson).—Blanco venia a la vanguardia con sus cañones descargados i sin un solo tiro en los armones. Alvarado cerraba la retaguardia.

Aquella columna silenciosa, apiñada, sombría, hambrienta, muda, porque se impuso el silencio bajo pena de la vida, marchaba como un grupo de fantasmas apretado en los brazos de fierro de sus jefes, por la abierta llanura; descendia al profundo i barrancoso cauce de los rios; se internaba en los zarzales, siempre callada, siempre compacta, siempre terrible en su silencio, i siempre marchaba, marchaba, marchaba como negra nube que el aqui-

lon empuja....En cuatro dias esa columna, cuya retirada fué una de las mas gloriosas victorias de la independencia, habia recorrido las sesenta leguas que separan el Maule del Cachapoal.

*
* *

—¿Es cierto, señor, preguntábamos en una ocasion, hace veinte años, al jeneral Las Heras, cuando por los dias del gran aniversario, acostumbrábamos sentarnos a su frugal mantel, i media docena de amigos i de deudos libábamos a Maipo la chicha nueva de su propia vendimia, en su quinta de San Diego; es cierto, señor, le dijimos una tarde con respetuoso acento, que Ud. hizo fusilar una mañana a dos pobres soldados de la columna de Cancha Rayada porque habian robado una gallina?..

—Sí, señor! nos contestó el fiero anciano con aquella voz vibrante, seca, sonora, cortante como el acero, que en la conversacion familiar parecia mandar todavía en la parada i en el fuego; sí, señor, i toda la columna pasó a tambor batiente sobre sus cadáveres en el camino real.. .

I luego prosiguió su terrible relato de la siguiente manera:

—«Habia intimado a la columna, para evitar su desbande, que el soldado que se apartase diez pasos de los flanqueadores, seria en el acto fusilado. Dos infelices, acosados por el hambre i prevalidos

de la niebla de una mañana, desbalijaron un rancho a orillas delcamino; fueron denunciados, cojidos infraganti i traidos a mi presencia. La columna hizo alto. Llamé al capellan. Los dos reos se hincaron en el centro del camino. Rezaron un acto de contricion. La primera mitad de la compañía de granaderos del Coquimbo, que venia a la cabeza, hizo fuego; los cuerpos de los dos ajusticiados azotaron el polvo con sus convulsiones, i al toque de *marcha!* la columna pasó impasible sobre ellos».

Terribles secretos de la guerra! Aquellos dos cadáveres—escarmiento de un delito casi imajinario—contribuirian a salvar un ejército perdido en las llanuras, como el abrazo fraternal de San Martin en la plaza de Santiago habia contribuido al enganche de otro ejército.

*
* *

Las Heras llegó a Santiago el domingo 29 de marzo a la caida del sol, i los que le vieron, como a San Martin en la antevíspera, imprimieron con su relato en nuestra infantil fantasía la imájen de aquel Aquíles de las guerras americanas, como en papel de indeleble fotografía.

Formó el salvador de Chile su columna en los afueras de la calle de San Diego, mas o ménos en el sitio que hoi ocupa el *Matadero*—la antigua *pampa* de Santiago,—donde se habia situado provisoria-

mente el campamento. I allí, a caballo, con su uniforme azul-mezclilla hecho jirones, la espada en la mano, el ceño adusto pero impasible, se puso a esperar órdenes. (1) Las Heras fué en la independencia la encarnacion de la disciplina, de la moralidad, del rigor militar conforme a la ordenanza. Su batallon, el famoso núm. 11, se componia en gran parte de gauchos malhechores, i sin embargo, era el ejemplo de la subordinacion i la bravura. Una salva real anunció a la capital la incorporacion en el ejército, de la columna salvadora, que era el ejército mismo.

En la tarde de aquel dia memorable, la ciudad entera se habia trasladado a la pampa de San Diego. El pueblo, incrédulo todavía, queria ver con sus ojos aquella parada de sus redentores, queria tocar sus polvorosos uniformes, acariciar sus armas, refrescar sus fauces, alimentar su hambre, confortar sus vijilias, besar las huellas de sus piés desnudos en el cálido sendero. El pueblo condimentó la cena de aquel ejército, en aquella tarde de entusiasmo, con sus lágrimas de gozo.

El proveedor militar guardó sus raciones aquel dia: la próvida ciudad habia dado a sus salvadores, como la hija de la leyenda romana, la sustancia de sus robustos senos. Santiago, en abril de 1818, fué en la América la matrona del deber i de la gloria. La entrada triunfal de los tres mil hombres de

(1) Detalles comunicados por don Bruno Larrain, que pocos meses despues fué hermano político de Las Heras.

Las Heras habia completado el círculo de la reaccion del patriotismo, despues de la primera hora del terror. Manuel Rodriguez habia sido la esperanza; O'Higgins, la calma; San Martin, la confianza: Las Heras fué la victoria.

***

En aquella semana, de eterno lustre para Santiago, porque por la primera ocasion, en su larga historia, la capital pisoteó su secular egoismo, cada hora era una emocion, cada dia una vida. Desde el domingo al juéves, desde el cabildo abierto de Manuel Rodriguez a la parada de Las Heras en la Alameda, Santiago no habia dormido; la ciudad era un campamento, la plaza una trinchera, las torres de las iglesias cada una un atalaya, i el peñon de Santa Lucía, que los tiranos de la reconquista habian enmurallado para quemar a bala roja la capital patriota, fué el último baluarte de sus hijos. Los que estaban dispuestos a morir, pelearian allí a la sombra, como el héroe griego. Hace solo cuatro años que se demolieron las hornillas de San Bruno, destinadas en los dos castillos que hoi cubren las flores, a reducir a cenizas el pueblo de Maipo.

Todas las calles que desembocaban hácia el sud i hácia el poniente, estaban fortificadas: en las ocho esquinas de la plaza se habia erijido apresuradas trincheras, como en Rancagua; el ganado de las

chácaras vecinas, engordado en la ociosa alfalfa, mujia en el recinto como en su potrero; en el vasto galpon que el presidente Amat habia hecho construir, hacia medio siglo, para los abastos públicos, al oriente de aquel, custodiábase la pólvora i la metralla. Hallábanse así depositadas las municiones de guerra en los puestos de los proveedores de carne i de legumbres. El patriotismo enerva como la fiebre, i un pueblo que se arma para batirse, no tiene hambre.

De noche la escena era mucho mas siniestra.

La ciudad estaba completamente a oscuras, porque el alumbrado público fué introducido solo un año mas tarde (1819), i en cada esquina donde hai hoi un farol, paseábase un centinela, dando a los pasantes i a las patrullas el grito de alerta:

—*¿Quién vive?*

—*La patria!*

—*¿Qué jente?*

—*De paz!*

. . . .

I entónces pasaban los voluntarios que hacian la ronda, los ordenanzas que galopaban llevando órdenes, los espresos que salian i volvian de todas las aldeas donde habia un soldado que enganchar, de todos los partidos de campo donde habia un caballo o una mula de porrata.

Desde el Maule al Aconcagua, Chile se habia despoblado, o mas bien, habia concentrado su vida

en una sola vida. Santiago era el corazon de la patria, porque el enemigo vencedor marchaba a hincar en sus fibras el dardo de la muerte. Por ésto las provincias, las ciudades, las aldeas, las campañas, enviaban sus mejores hijos para ceñir a la madre i a la heroina su coraza.—Melipilla, Rancagua, la heróica Quillota, las tres veces heróica San Felipe, habian colectado sus milicias de jinetes i vaqueros diestros en el lazo; sus artesanos, sus peones, los niños i ancianos escapados de las levas, que no habian visto jamas un fusil. Era algo de sublime i de grotesco a la vez, presenciar en la plaza, en la Cañada, en las plazuelas de las iglesias, aquellas rudas paradas cuyo uniforme era la rústica ojota i el poncho atado a la cintura, pero el fusil empuñado con mano que no sabria ya soltarlo.

Dias del patriotismo jeneroso, ¿en el fondo de qué arca de tres llaves habeis sido sepultados en poco mas de medio siglo?

*
* *

La hora de la batalla, entre tanto, se acercaba: Freire, que condujo todos las cargas de la victoria i protejió todas las retiradas del ejército chileno, desde Yerbas Buenas al Pangal, enviaba hora por hora los boletines de la marcha del enemigo. Uno de esos boletines fué la casaca ensangrentada de un oficial de los dragones de Morgado, que el bravo Bue-

ras remitia a la incrédula ciudad como trofeo i como prueba.

La division Las Heras, es decir, el ejército independiente, despues del descanso breve de un dia, i vestido lujosamente como todo el ejército unido, con un uniforme nuevo, de paño azul-oscuro, hallábase ya listo para tomar de nuevo el campo (abril 1.° 1818).

Era ya tiempo: ese dia Osorio estaba en Rancagua, con seis mil soldados, ufanos con su última e inesperada victoria.

*
* *

Los movimientos estratéjicos de la batalla de Maipo han sido estudiados i descritos por los historiadores con perfecta claridad, gracias al magnífico plano de la batalla que formó el injeniero en jefe del ejército unido, Bacler d'Albe, que en las guerras de la Península habia sido ayudante del mariscal Soult. Pero nadie ha podido fijar todavía con exacta precision el sitio en que estuvo el campamento de los patriotas durante los tres dias que precedieron a la batalla.

El «llano de Maipo» era en esos años una planicie ondulada, de veinte mil cuadras, sin un árbol, sin una tapia, sin un solo punto de mira, i los caminos mismos no consistian sino en senderos trazados por las recuas entre los matorrales del *huañil*,

única zarza de aquel desierto de Sahara en miniatura. Fijar una posicion militar en aquellas sábanas, era, como en el mar, cuestion de brújula, mas que de compas.

Ha escapado, sin embargo, a las inclemencias i al descuido de los tiempos, una tira de papel en que el injeniero d'Albe trazó a vuelo de águila los contornos i perfiles mas salientes del terreno en que iba a jugarse la suerte de Chile entre el Maipo i el Mapocho; i este cróquis precioso, conservado hoi en el museo histórico de Santa Lucía, permite fijar con la certidumbre de una escala de medidas, la posicion del ejército unido en los dias 2, 3 i 4 de abril, junto con su marcha hácia el campo de batalla, en la mañana del memorable dia 5 (1).

Ese sitio está todavía perfectamente marcado por los accidentes que la viabilidad posterior ha conservado a la abierta llanura.

***

Saliendo el viajero de Santiago por el antiguo *callejon de Padura* (que es hoi avenida urbana de la ciudad), con rumbo a Melipilla, a poco mas de una

(1) Este cróquis fué obsequiado por el jeneral O'Higgins en su hacienda de Montalvan, en el Perú, al apreciable caballero peruano don José Toribio Pequeño, hace mas de 30 años; i el último tuvo la bondad de presentárnoslo en San Miguel (la hacienda de los Carreras) en abril de 1874, cuando practicábamos la visita de la provincia de Santiago.

legua, llega al punto en que converje ese camino con el que va a la hacienda de la Calera, i que las carretas de los jesuitas habian labrado, desde hacia un siglo, con sus huellas.

En ese preciso lugar, provisto del agua de la acequia de Lo Espejo, San Martin situó su campamento, tres o cuatro cuadras al oriente del último sendero i en campos que forman hoi un potrero de la chácara del malogrado injeniero don Fernando Llona, que acaba de morir.

Esa parte de la llanura de Maipo habia pasado a ser, hacia poco, propiedad de un opulento prócer de la independencia, don Fernando Errázuriz; i fué en la medianía del siglo último, estancia de ganados de una encumbrada familia de Santiago, que le dió su nombre,—los Gutierrez de Espejo. Habia sido el fundador de esta estirpe en Chile, el jeneral don Pedro Gutierrez de Espejo, que vino de España en compañía del presidente Marin de Poveda (1690).

Vendieron aquella sus descendientes, en su decadencia, a un plebeyo feliz i filántropo, don Pedro del Villar, natural de la Habana, descubridor en Chile del único producto industrial que no ha necesitado privilejio para enriquecer a su inventor: la *chicha baya.*

Con este fin, *Chiñongo* (que este era su nombre de chichero) habia plantado en los bajos de Lo Espejo dos grandes viñas, que regaba con una acequia paralela a la que los jesuitas habian labrado para

la Calera, i cuyos dos canales, convertidos en espaciosos acueductos, existen todavía. Al morir, Chiñongo habia legado sus haciendas i sus viñas a los hospitales de Santiago, i habia hecho bien, porque su chicha habria de mantenerlos permanentemente poblados, con especialidad sus salas de sangre....

El fundo de los enfermos habia sido comprado a censo por don Fernando Errázuriz, que fué financista «a la moderna».

Chiñongo habia sido sencillamente filántropo «a la antigua».

En los campos de aquella hacienda, repartida hoi en tres predios, iban a tener lugar las marchas, las escaramuzas, la batalla i la redencion de Chile (1).

***

La posicion elejida por San Martin, que a diferencia de Bolívar, hacia siempre la guerra a la europea, cuya escuela fué la suya, era perfectamente

(1) La antigua hacienda de *Lo Espejo* fué dividida en 1842 por el agrimensor don Juan de la Cruz Sotomayor, entre tres de los hijos de don Fernando Errázuriz, i su distribucion hoi dia es la siguiente:

Hijuela de *Maipú*, comprada por los señores Infante al señor José Manuel Errázuriz en 1861, i que da vista al camino real de Melipilla. —Mide 810 cuadras.

La hijuela de Los Bajos, o mas propiamente de *Las Casas*, que pertenece al apreciable caballéro don Francisco Xavier Salas, i en cuyos terrenos se libró la batalla.—Mide 744 cuadras.

I la *Rinconada*, la mas considerable de todas, que se estiende hácia el poniente por el perfil de los cerros.—Mide mas de 2,000 cuadras i se halla actualmente en venta.

estratéjica, porque cubria a la capital—objetivo militar del enemigo—por sus dos flancos mas directamente amenazados, el del sur i el del poniente. Dominaba al propio tiempo todos los caminos del *Llano*, el de la Calera, el de Melipilla, el de la Granja, i podia cubrir por un movimiento rápido, la carretera de *Las Lomas*, que conducia a Valparaiso.

El jeneralísimo dió a su ejército, en el campamento de Maipo, la misma formacion que tenia en la llanura de Cancha Rayada durante la tarde de la fatal sorpresa.

Dos espesas columnas, de tres batallones cada una, estaban agrupadas a una cuadra de distancia, dando vista al sud: la de la derecha, al mando de Las Heras, apoyándose en el camino de la Calera; la de la izquierda, un poco mas al oriente, a las órdenes de Alvarado.

Dos cuadras mas atras una segunda línea.

En el centro de esta segunda línea i a su retaguardia, Quintana, con la reserva compuesta de tres batallones, i a los dos costados la caballería:—los granaderos con Zapiola, a la derecha, para cubrir el flanco de Las Heras; los cazadores, con Freire, en el flanco izquierdo de Alvarado.

La artillería en la misma disposicion: Borgoño con Alvarado a la izquierda, Blanco con Las Heras a la derecha.

En esta precisa disposicion debian marchar todos los cuerpos del ejército el dia de la batalla, i

para ésto, era preciso únicamente hacer un cambio de frente hácia el poniente: cuestion de dos minutos i del toque de marcha por los clarines i los tambores.

***

El jeneral San Martin desplegó ántes de Maipo la misma admirable sagacidad que fué su índole, su jenio i su renombre de criollo americano ántes de Chacabuco. I así como habia vencido al imbécil Marcó, embistiéndole por diversos flancos de los Andes, así ahora se proponia destrozar por la misma táctica al beato Osorio. Sabia que éste hacia sus campañas rezando el rosario i besando el escapulario de la vírjen de esta invocacion, patrona jurada del ejército real, que por su parentesco con el virei Pezuela, le cupo mandar. Pero conocia desde la Península al cauteloso Ordoñez i a Primo de Rivera, mozo vehementísimo que daba esperanzas de ser un gran soldado, como Ordoñez ya lo era. Por ésto preveia el jeneralísimo del ejército unido, que los dos últimos habian de buscar el camino carretero de Valparaiso para prepararse una línea de retirada,—deber indispensable de todo jeneral cauto. Retirarse hácia el sud en el estado en que, a su paso, habian dejado los caminos i las haciendas los patriotas, i descolgándose ya de prisa el invierno, era empresa imposible.

San Martin no se hallaba, pues, acampado al acaso en el vértice de los caminos de Melipilla i la Calera: estaba, conforme a su costumbre, en el acecho. En cuanto a su línea de retirada, encontrábase escalonada desde Santiago a Colina, de Colina a los Andes, de los Andes a Mendoza. En todas esas estaciones se acopiaba víveres. Todavía, en caso de desastre, era posible una segunda reconquista.

Osorio hizo matemáticamente lo que sus consejeros le indicaron, i San Martin habia previsto con ojos e instinto de viejo soldado. El 4 de abril, al amanecer, hallábase el ejército español acampado en las casas de la Calera (claustro de los jesuitas). Pero Osorio, al levantar sus reales aquella mañana, en lugar de marchar hácia Santiago por el camino recto, oblicuó hacia su izquierda por el llano, para ganar, perfilando los bajos de Espejo i de Pudagüel, la carretera del puerto que bloqueaban sus buques.

***

Aquel movimiento se hizo en la inmensa llanura como sobre el proscenio de un teatro, i los jinetes que, como el ingles Haigh, salian bien montados a galopar por las planicies, podian distinguir, adelantándose unas pocas cuadras del campamento patriota, las bayonetas del Burgos, que brillaban en el horizonte cuando los últimos rayos del tibio sol de otoño herian de frente las columnas en marcha:

We saw, at a distance, their bright arms gleaning in the setting sun (1).

Grande i hermoso era aquel paisaje de las armas. Acabábase ya, poco a poco, el dulce otoño de Chile, i sobre las marchitas praderas marcábase por tenues polvaredas, que la brisa arrastraba, el paso de las tropas. De improviso sentíase una serie de delineaciones que señalaban en el horizonte leves penachos de humo, como blanco velámen de embarcaciones mecidas en un mar amarillento; i en seguida, cual si fueran puntos negros que se concentran sobre un foco comun, divisábanse nubadas de jinetes tendidos sobre la crin de sus caballos.—Eran los guerrilleros del atrevido Bueras que iban a descargar sus carabinas sobre las partidas volantes de Morgado, jefe inesperto i recien nombrado de la caballería realista; i se replegaban en seguida a todo escape al toque de la corneta. A un propio tiempo, ocho o diez guerrillas de ámbos campos escaramuceaban en la llanada, como los árabes en el desierto.

*
* *

La noche del 4 de abril fué de una emocion profunda en el campo patriota, en la ciudad, en toda la llanura. Entrada ya la noche, llegó Osorio a las

(1) «Veíamos a la distancia sus brillantes armas relucir al sol poniente.» HAIGH—*Sketches*, páj. 216.

casas de Espejo, distante una larga legua de San Martin, en línea recta. Pero una de sus divisiones—la del impetuoso Primo de Rivera—se estravió en la marcha i llegó hasta cerca de Pudagüel. Las guerrillas dieron aviso de aquel estraño movimiento, i el coronel d'Albe corrió a las diez de la noche a poner en noticia de O'Higgins en su palacio, que la capital iba a ser atacada por sus suburbios del poniente, donde no era posible ponerle resistencia. D' Albe dijo a O'Higgins:—*Señor, incorporaos al ejército i abandonad la ciudad por esta noche.*—*Nó!* contestó O'Higgins, con la estóica tranquilidad del deber. *Prefiero morir aquí; i si vienen, me encontrarán en mi puesto.* Fueron éstas sus palabras testuales, oidas i escritas por un testigo de vista que se hallaba a esas horas en el palacio de gobierno (1).

El coronel d'. Albe regresó al campo a media noche, llevando la heróica i tranquilizadora respuesta de O'Higgins. La serenidad del último habia evitado un descalabro o una precipitacion. Los esploradores despachados por el camino de Valparaiso, regresaron con la noticia de que la division enemiga se concentraba sobre las casas de Espejo. Era mas de media noche. Nadie dormia.

---

(1) No. *I will die here, and if they find me, it shall be at my post.* (Haigh, páj. 217). Tan persuadidos estaban en Santiago de este ataque nocturno, que el viajero Haigh refiere haberse echado vestido sobre un canapé, con su caballo ensillado a la puerta, esperando oir el tiroteo de un minuto a otro.

El fuego de las guerrillas no cesó en toda aquella noche de universal vijilia. Freire—el hermoso centauro de la independencia—habia aprendido a dormir sobre el lomo del caballo, apoyado en la empuñadura de su sable.

***

Los poetas han solido pintar la noche que precede a la alborada de las batallas, con los ardientes colores del festin, de la loca alegría, del bullicioso entusiasmo. Pero los que eso cantan, no conocen ni al hombre, ni al soldado, ni el vivaque. Al contrario: en la víspera de esas matanzas, que la gloria colora pero no desfigura, el hombre se recoje dentro de sí mismo i visita por la última vez, despierto o en su postrer sueño, el hogar querido, la madre, los hijos, la esposa en lágrimas, que ora por el que ama. Una enérjica melancolía reina en todos los corazones, i se refleja en los semblantes. Aquí i allá se oyen las voces del aturdimiento o del alcohol; pero el campo duerme al derredor de las fogatas, sumido en el letargo de los presentimientos. Id, i alzad, uno en pos de otro, del rostro de aquellos fieros soldados los pliegues del capote gris que los cubre; i si habeis estudiado alguna vez la fisonomía humana a la luz de las pasiones, vereis dibujado en aquellas frentes el calco sombrío del dolor: ese es el hombre. Solo cuando el clarin ha sonado la diana,

i el cañon ha tronado, i los labios han mordido el primer cartucho, despierta la fiera i mata: ese es el soldado.

El ejército patriota durmió la víspera de Maipo al derredor de sus fogatas de *huañil*. San Martin se habia echado vestido sobre su catre de campaña, en un molino que estaba situado a la derecha del camino de Melipilla, sobre la acequia de Lo Espejo. Allí estaba situado, desde hacia cuatro dias, el cuartel jeneral, i el viajero ingles Haigh, voluntario del campamento, que visitaba hora por hora, i que nos ha conservado tantos curiosos detalles, no esplotados aun por la historia, denomina este punto, por la propension de su idioma a las trasposiciones, *el Espejo de la Molina*, por decir: «el molino de Lo Espejo».

Al amanecer del 5 de abril, las guerrillas anunciaron que los españoles se movian en masas. En la noche habian llegado hambrientos; i, segun los raros sobrevivientes campesinos del lugar, interrogados hace poco por nosotros en el sitio, los soldados del Burgos, pagaban alegremente un peso fuerte, sellado en Lima, por una docena de tortillas. Los soldados no dan ni reciben cambio en la víspera de morir. Al aclarar, los vaqueros de la hacienda trajeron un centenar de vacas patriotas, i comenzó el desposte. Era evidente que Osorio se preparaba a marchar por la márjen izquierda del Mapocho

para ganar la capital por un prolongado movimiento de circunvalacion.

Aquella marcha era una sorpresa para todos, ménos para el sagaz San Martin.—Permítasenos a este propósito un detalle casero, conservado como tradicion en lo de Espejo:—Habia estado tan léjos de imajinarse el propietario de la hacienda, don Fernando Errázuriz, que allí se libraria la batalla, que desde hacia tres dias, habia enviado a las casas su plata labrada i sus dos hijos don Fernando i don Javier, niños de corta edad que asistieron a aquella famosa batalla, cada cual dentro de una tinaja en la bodega, i viven todavía, i han sido senadores de la República.

***

Pardeaba el alba, cuando San Martin montó a caballo con su fiel O'Brien, que era su sombra. Protejido por una guerrilla i con disfraz de campesino, encaminóse por las lomas i vió por sus ojos el movimiento de flanco que emprendian aturdidamente los realistas. Los destellos de la victoria brillaron en la pupila del criollo, i con su peculiar lenguaje dijo estas solas palabras:—*¡Qué brutos son estos godos!* i volvió a galope al campamento (1).

---

(1) Segun O'Brien, que amaba con idolatría a las mujeres, i que por lo mismo nunca habló sino en femenino, las palabras de San Martin fueron:—*Qué bruta es esta goda!*—Pero O'Brien hasta su *Salto*, que era su recreo, no lo llamó nunca sino *La Salto*...

*
* *

En aquel humilde cobertizo se reunian, dia a dia, O'Higgins, San Martin i sus mas conspicuos jefes, para deliberar, cambiar noticias, recibir e impartir órdenes. Era aquella una junta de guerra permanente en que todo se hacia con severidad, con laconismo, con peculiar prontitud. No habia un solo minuto que perder, porque cada minuto era un soldado, una arma, un caballo, un socorro mas que reforzaba al ejército de la patria. San Martin encontraba, sin embargo, en su antiguo buen humor alguna espresion feliz i soldadesca en medio de sus afanes.—*Ud., compañero*—decia a O'Higgins en esas varoniles conversaciones de vivaque;—*Ud., como hijo de virei, la escapará bien. Pero lo que es yo, voi a parar a Creta*. . .

Reia de buena gana del cumplido el Director Supremo, i en respuesta, aseguraba a su amigo, que en su calidad de antiguo jefe i oriente del ejército español, rejimentado casi entero por la masonería, en la clase de jefes i oficiales, encontraria amigos i protectores en Ordoñez, Primo de Rivera, Morgado i otros *hermanos* de la lojia. . .

Sucedió así, en efecto, pero por diverso camino. El coronel Las Heras era mason, i cuando en la tarde del 5 de abril, asaltó las casas de Espejo con el núm. 11, muchos oficiales peninsulares, i entre ellos

Ordoñez, debieron la vida a la fraternal intervencion del vencedor (1).

*
* *

Habia llegado el momento supremo.

Se dió la órden de marcha, cambiando el frente a la derecha, i las columnas se lanzaron en silencio hacia el poniente, oblicuando un tanto hácia el sur. San Martin, escarmentado por el pánico de Cancha Rayada, habia dado a los comandantes del cuerpo instrucciones terribles, que se conservan en el ministerio de la guerra. Una de esas instrucciones disponia que a retaguardia de cada batallon, se situaria un destacamento escojido con el encargo de pasar a cuchillo a todo el que volviese cara. Precaucion innecesaria! Un ejército que se bate a la vista de una ciudad, i por defenderla tiene a su retaguardia algo mas caro i mas eficaz que ese destacamento, tiene el hogar.

San Martin habia tenido tambien la acertada precaucion de interponer en las columnas los batallones chilenos con los arjentinos; i si es cierto que «la gloria no se divide,» como dijo Ney a Napoleon en Elchingen, su manto de fuego alcanza a cubrir a todos los que la aman i a todos los que la siguen. Por

(1) En varias ocasiones nos refirió este episodio el mismo jeneral Las Heras.

ésto en la columna de Alvarado, marchaba entre los *Cazadores de los Andes*, reclutados en Cuyo, i los negros arjentinos del núm. 8, el batallon santiaguino núm. 2, que mandaba el coronel Cáceres. En la columna de la derecha iban con Las Heras los coquimbanos del núm. 1 de Coquimbo, los gauchos carabineros del núm. 11, i los bravos mulatos de la patria vieja llamados todavía los *Infantes de la patria.* En la reserva la misma disposicion: Conde mandaba el 7.° arjentino, i Rivera i Lopez el núm. 1 i el 3 de Chile. En todo, cuatro batallones arjentinos i cinco chilenos: la gloria de Maipo podia dividirse con entera equidad.

En la colocacion estratéjica de la caballería habíase guardado la misma táctica i la misma proporcion. Los *Granaderos del Plata*, que dieron a la América veinte i cuatro jenerales, iban en la derecha. Los *Cazadores de Chile*, que habian escrito en su jóven bandera este lema:—*Siempre vencedores jamas vencidos!* marchaban en columna a la izquierda. Bueras, con el escuadron de la Escolta, seguia de cerca a Freire i le apoyaba. Componian este último destacamento de jinetes un puñado de bravos que obedecia al bravo de los bravos. Don José María de la Cruz i don José María Boyle eran sus capitanes. La artillería era toda o casi toda chilena, i estaba a cargo de dos héroes que decidirian la victoria, Borgoño a la izquierda, Blanco a la derecha.

***

Hemos ya dicho que la infantería del ejército de la patria estaba holgadamente vestida de paño azul, como para un dia de parada. De sus uniformes de brin de verano no quedaban sino los harapos, esparcidos en los zarzales despues de las marchas i contramarchas de Cancha Rayada. Los nueve batallones que formaron la parada de Maipo, tenian vivos rojos en sus uniformes, i gorras redondas de cuartel. La artillería los llevaba amarillos; los dos cuerpos de cazadores de infantería, de color verde.

La caballería de Freire i de Bueras montaba briosos caballos chilenos, i sus jinetes llevaban morrion bajo de hule, fornitura de cuero blanco i uniforme azul, como se observa en el cuadro iluminado en Lóndres aquel mismo año (1818) por indicaciones de Alvarez Condarco.

Pero indudablemente la tropa de preferencia del ejército unido eran los granaderos a caballo. Fueron éstos en su mayor parte, jinetes puntanos, hijos de las llanuras selváticas de San Luis, hombres hercúleos, ájiles, valientes, gauchos cebados en el sable como los leopardos del desierto en los rebaños, verdaderos centauros de las batallas de esa mitolojía de la América que se llamó su *independencia.*—Montaban los mas corpulentos caballos de la provincia de Cuyo, todos escojidos, i tenian éstos la

particularidad de llevar la cola cortada uniformemente a una cuarta del manro (1). El traje de parada i de batalla de los granaderos era morrion de cuero, uniforme azul con franjas lacres, i sobre la silla un pintoresco *chabrac* o mandil de cuero de cordero, franjeado de orillas negras del mismo material. Sus armas eran únicamente los renombrados sables con vaina de metal, afilados a molejon, que por primera vez se vieron en Chile. Existe una muestra en el Santa Lucía.

*
* *

No describiremos nosotros la batalla de Maipo conforme a los detalles estratéjicos de los boletines. Han esplotado ya estos documentos con admirable claridad, dos historiadores ilustres, Barros Arana i Sanfuentes. Contaremos solo lo que sabemos del conjunto, del avance i retroceso de las líneas, del choque de las columnas, del *entrevero*, en fin, esa confusion pintoresca i a la vez terrible, peculiar a las batallas americanas, de que la paleta inspirada de Rugendas nos ha dejado un maravilloso bosquejo en la tela que se conserva en la Biblioteca Nacional.

La loma histórica en que Chile, i en cierta manera la América del Sud, rifó su destino en la boca de los cañones, es hoi un potrero triangular de la

(1) *Recuerdos históricos de la provincia de Cuyo* (*Revista de Buenos Aires* de julio de 1864).

hacienda de Espejo, que mide 57 cuadras, i cuyo vértice o estremidad mas angosta mira aproximadamente al poniente. A dos cuadras de esta punta que rebana el canal de la hacienda, están situadas las casas, vastas bodegas en 1818, hoi rasas con la tierra por las humedades i los años, que son en sí mismo invisibles ruinas. Desde esa cuchilla al caserío habia un callejon de veinte varas de ancho, cuya direccion marcan todavía los troncos mutilados de viejísimos álamos.

El centro de esa loma era la posicion de los realistas cuando, sorprendidos por la aparicion de San Martin, hicieron alto i dieron frente al oriente, o mas propiamente, al nordeste, para esperarle.

El ejército unido venia por esa direccion.

Ordoñez, firme como una roca, estaba a la derecha, frente a Alvarado, con un batallon chileno (el Concepcion) i otro peruano (el Infante don Cárlos). En la izquierda, el impetuoso Primo de Rivera, con las compañías de preferencia de todos los cuerpos (granaderos i cazadores), frente a Las Heras. Primo habia tomado posesion de un gracioso i casi microscópico cerrillo que se levanta todavía en la pradera, i que no hace mas impresion a la vista del espectador que la que haria un sutil lunar en el rostro de una hermosa.

En el centro formaba lo que los antiguos tácticos llamaban *la batalla*, es decir, el rejimiento *Burgos*, vencedor en Bailen, i a su lado el *Arequipa*, recluta-

do entre la mas brava jente del Perú,—los arequipeños. San Martin habia encargado espresamente a sus comandantes, en su característico estilo, que «cargasen la mano» a aquella tropa. El *Burgos*, como la mayor parte del ejército realista, vestia su traje de marcha i de verano,—brin sucio, salpicado por los innumerables lodazales de la marcha.

La caballería realista era numerosa, pero insignificante en su composicion, mal montada i peor mandada. De suerte que los granaderos darian pronto cuenta de ella. En Maipo, la caballería patriota se batió con la infantería i con los cañones. En cuanto a los jinetes de Morgado, se contentó con arrearlos. . .

*
* *

Para llegar a la loma de Maipo, que coronaban los realistas con su frente oblicuo hácia Santiago, cuyas torres diseñaba la claridad diáfana del otoño, avanzando por el camino de Melipilla, era preciso atravesar otra loma tan estensa como aquella, pero ménos larga. Llámase todavía esta última la *Loma Blanca*, por el color calizo de sus tierras; i forma por sí sola una chácara, cuyo dueño en el dia es el caballero don José Santos Valenzuela. Una i otra loma no se alzan del llano sino quince o veinte metros, i de aquí el nombre de *cerrillos* que les conserva el vulgo lugareño.

Entre ámbas lomas existe una depresion larga i angosta, que corre mas o ménos de norte a sur, i tendrá 500 metros (cuatro cuadras) de anchura. En ese estrecho valle, en una de cuyas estremidades se alza inconclusa, pero intacta, una vasta iglesia de ladrillo—memoria tronchada de una gratitud que es una deuda insoluta de dos naciones,—se libraria la batalla mas famosa, sin esceptuar a Boyacá ni a Ayacucho, de la América española. El recinto era mezquino, pero en gargantas mas estrechas ha decidido la metralla de la suerte del mundo. No es mas espacioso que el de Maipo el valle de Waterloo, i por eso, al verlo, esclamó lord Byron: «Pequeño teatro para tan gran trajedia!»

. . . .

***

Hubo un momento de pausa solemne cuando los dos ejércitos, de loma a loma, se avistaron.

Los realistas aguardaban.

Los patriotas venian resueltos a la embestida; pero hicieron alto en la cumbre de la *Loma Blanca*, i quedaron firmes durante largo espacio.

Los patriotas, a su turno, tambien aguardaban.

Uno i otro ejército sabia que la victoria mecia sus alas de fuego en el fondo de aquel valle. Pero allí yacia tambien abierta la tumba del vencido.

San Martin, cien veces mas impaciente que el

pacífico Osorio, ordenó romper el fuego de cañon contra la línea enemiga. La artillería realista contestó tiro por tiro. Pero las líneas estaban inmóbiles como dos muros de acero, coronando las lomas con sus lucientes bayonetas. El campo de batalla aguardaba a su vez.

Solo las guerrillas disparan sus carabinas, tendidos los jinetes sobre el lomo de sus ájiles caballos, i de cuando en cuando el cañon truena en el llano....

De improviso, San Martin, que ocupa el centro de la batalla, hace un movimiento brusco i ordena el avance de toda la línea loma a bajo.

Los realistas, a su vez, se adelantan al encuentro, i se traba, a mediodía en punto, la batalla en toda la línea. Ocupaba ésta un frente de doce cuadras, el mismo espacio que mide hoi el elipse del campo de Marte, en que cada domingo hacen ejercicio los soldados delante de las berlinas descubiertas.

Segun la enérjica i característica espresion de San Martin en su parte oficial de la batalla, los batallones patriotas *se descolgaron* de la Loma Blanca hácia la planicie inferior, imitando así en su compacto empuje i aun en su intrépido i bullicioso avance, al torrente bramador que desciende de las colinas al llano, empujando fuera de su cauce todo lo que detiene su paso.

Trabado de esa suerte el rudo combate de las infanterías, los patriotas, cargando a paso acelerado, los realistas formados en columnas macizas e in-

móbiles como las rocas, mantúvose la lucha durante una hora, como acontece de ordinario,—indecisa i varia.

Pero Alvarado, a quien alumbró en la guerra aciaga estrella, cargado por el indomable Ordoñez, comenzó a flaquear hácia la una del dia. Los *Cazadores de los Andes* que cerraban la estrema izquierda de la línea patriota, despues de haber trepado bizarramente la loma de Maipo, perdian terreno, i el 2 de Chile se desbandaba con sus jefes. Pero los veteranos del 8 hacian prodijios de heroismo. Los negros no solo tienen la piel sino las entrañas de las fieras bravas, i se batian con verdadera taima de bárbaros, bajo la voz del bravo Enrique Martinez. El 8 quedó en esqueleto, i por ésto ya no hai negros en Chile... Un testigo presencial refiere que, dos horas mas tarde, un negro del núm. 8, viejo ya, lloraba a gritos porque no le dejaban matar un oficial prisionero: la venganza es una pasion esencialmente africana.

Ordoñez no era hombre que perdia la primera ventaja conseguida.

Llamó a su lado el *Burgos* i el *Arequipa*, i formando de la derecha i centro realistas una sola columna, la precipitó como un alud de fuego sobre el valle. Torrente critica esta formacion en masa; pero olvida que desde los lacedemonios, esa es la formacion de la victoria.

La izquierda patriota, hecha pedazos por aquel

ataque, se dispersó en el llano. Solo quedaba en el perfil de la Loma Blanca la artillería de Borgoño, guardada por los cazadores de Freire.

A la una i media, la España habia vencido.— Osorio llega hasta decir, que en ese instante dado, uno de los tres batallones que obedecian a Alvarado gritó: *¡Viva el rei!* Si el episodio fué cierto, es de seguro que ese grito no salió del pecho de los negros. . .

*
* *

I ¡singular acaso! Notando el remolino de tropas que se hacia en nuestra izquierda, los atalayas de las torres de la capital, especialmente el grupo de oficiales de milicias que observaba con anteojos el campo de batalla desde la vieja torre de la Compañía, juzgaron que era aquel el principio de la victoria, i pusieron a vuelos las campanas. Fué ese el momento en que el pueblo entero de la capital se precipitó en una masa confusa hácia las calles i callejones que daban salida a la llanura. Pero decir que la vista de estas masas atemorizó a los realistas i provocó su desastre, es una simple quimera de la tradicion del vulgo. Los soldados no se espantan con polvaredas ni con vocerías.

Lo que cambió la faz de la batalla, fué otra cosa que un miraje, otra causa suprema que no era el hado.

Fué la habilidad de San Martin en no empeñar

desde el principio su reserva; fué la admirable enerjía i prontitud con que Las Heras se corrió con el núm. 11, de la derecha al flanco roto por Ordoñez; i sobre todo—preciso es no olvidarlo, hoi que el arte paga a la gloria el tributo de la gratitud pública—fué el tiro certero de los cañones con que Blanco i Borgoño, disparando sobre las cabezas mismas de los batallones prófugos de nuestra línea, contuvieron la carga furiosa del *Arequipa*, del *Infante* don Cárlos i del *Burgos*. Por ésto, si en el pedestal del captor de la *Isabel* esculpe el buril un recuerdo al artillero de Maipo, el nombre de Borgoño no puede faltar en su leyenda. Blanco i Borgoño son dos jemelos gloriosos de Maipo.

El primer batallon que llegó a sostener a los encarnizados negros, fué el de los mulatos *Infantes de la patria*, cuyo tambor de órdenes era en ese dia el inmortal José Romero. Este batallon, que guarnecia a Valparaiso i acababa de incorporarse en las filas, al mando del coronel Bustamante, se cubrió de gloria con aquella maniobra salvadora. Despues de Bustamante, entró el núm. 11 con Las Heras; despues la reserva, con Rivera, Lopez i Conde; despues el ejército entero, el recluta, el huaso, el guerrillero, la nacion entera hecha soldado.

* * *

A su turno, Primo de Rivera, notando que la ba-

talla, como un torbellino de fuego, se precipitaba hácia la estremidad opuesta a la que él ocupaba en la derecha, abandonó su posicion en el Cerrillo redondo (que así lo llaman todavía), i corrió a sostener a Ordoñez i a Morla, es decir, a la derecha i al centro, que ahora formaban un solo núcleo en columnas paralelas.

Eran las dos de la tarde.

***

Los batallones de reparo de la patria, i las columnas rehechas a retaguardia, se adelantan ahora protejidas por el cañon desde la altura.

Los realistas esperan otra vez a pié firme en el fondo del valle.

Las masas son iguales, el valor compartido, la impulsion igual a la resistencia.

Pasaron cinco minutos de pavorosa pausa, i en seguida el trueno de la guerra estalla sangriento, rápido i terrible.—El choque fué mas terrible.—Los cazadores i granaderos, desembarazados en los flancos, de los huasos de Chillan i de los *lleulles* Anjeles, cargaron junto con la infantería, al paso que los infatigables artilleros patriotas cubrian su frente de metralla.

Hemos dicho que los granaderos a caballo esparcieron con sus sables, como haces de frájiles espigas, a los *Dragones de Morgado*, situados al pié de los cerrillos que Primo de Rivera coronaba con sus

compañías de preferencia. Pero los *Lanceros del rei*, opuestos a Freire en la estrema derecha de la línea realista i en el sitio preciso que hoi ocupan los muros de la iglesia votiva de la batalla, mostraron mucho mejor talante. Eran peninsulares los mas de estos soldados, torpes como jinetes, pero taimados como iberos, i estaban ensoberbecidos ademas por el fácil éxito que la petulancia de Brayer les diera sobre la caballería patriota en la tarde de Cancha Rayada.

Tenian los *Lanceros del rei* un uniforme pintoresco que los destacaba como un punto especialmente marcado en el campo de batalla, porque vestian botas fuertes, «a la europea,» pantalon de brin i chaquetas coloradas. Su número, segun un boletin de Freire del otro lado del Maule, era de quinientos, i cada soldado, ademas de su lanza, llevaba en la bota derecha una gran cuchilla de combate, «a la americana».

Alegróse el bizarro Freire de encontrarse fronterizo con aquellos jinetes, a cuyas avanzadas habia venido dando diaria batalla desde las márjenes del Itata; i apénas hubo entrado en línea, los cargó i los volvió a cargar una i tres veces con su peculiar empuje, sostenido por el bravo Bueras i su escolta. Hicieron los *Lanceros del rei*, con todo, lucida resistencia; pero, inespertos en el manejo del caballo criollo, corrian a la desbandada por el llano, gritando: *No soi pasao! No soi pasao!*

En el acento cerrado del asturiano i del gallego, conocian los huasos, dispersos en grupos i en guerrillas, a los leales cantabros, no ménos que en sus chaquetas de encendido color; i así como las incautas moscas caen en la red de las arañas, así eran cojidos aquellos en todas direcciones por los lazos de Aconcagua, de Melipilla i Quilicura. La mejor parte de los *Lanceros del rei* pereció en Maipo enlazada.

No fué comprada su derrota por leve precio, sin embargo, porque en una de las cargas con que Freire i Bueras los embistieron, cayó éste muerto de su caballo tordillo-negro, atravesado el hercúleo pecho de un balazo de fusil o carabina. Freire escapó con el golpe de una bala disparada de soslayo, que le arrancó un boton de su casaca, única lesion que en quince años de guerra, sacara aquel adalid incomparable. Referíanos él mismo con cierto asombro, en nuestra niñez, este don del cielo, que le hacia invulnerable como Aquiles, i sin embargo, su muerte, en edad todavía vigorosa (1851), fué producida por las heridas de un implacable saratan. En cuanto al episodio de Bueras, lo ha consignado con felicidad Rugendas en su tela. El oficial que ha recojido en ella el cuerpo del héroe i trata de reanimarlo, es el capitan Viel, recientemente incorporado al ejército chileno.

*
* *

Ordoñez no pudo resistir a pié firme aquel empuje simultáneo i combinado de las tres armas: fué aquella la *pechada* del huaso Chile.

Los batallones americanos de la columna realista flaquearon i volvieron cara, i se envolvieron como un ovillo a retaguardia: el Burgos forma cuadro, la artillería retrocede al galope como para tomar mejor posicion, i mas allá divisábase un jinete obeso, cubierto con un denso *guarapon* i una manta blanca, que huye a toda brida. Es Osorio, el jeneral en jefe de las tropas del rei, que iba a escapar precisamente por el camino que buscaba para su retirada,—por la carretera de Valparaiso.

Sobrevino entónces lo que los soldados antiguos de las guerras de América llamaban con propiedad el *entrevero*. Participaba éste, a un mismo tiempo, del palenque de los antiguos adalides i del rodeo del ganado bravío de las estancias montañosas. No habia líneas, ni columnas, ni voces de mando, ni jefes, ni separacion de armas. Infantes, jinetes, soldados, paisanos, jefes i reclutas, todos pelean a un solo tiempo con el fragor de la vorájine, i la victoria no es ya del hábil sino del bravo. I es ese precisamente el instante elejido por el pintor mas americano en su númen, que haya recorrido nuestros campos i nuestra historia, el bávaro Rugendas, para traspasar al lienzo su valiente i fiel concepcion.

La lámina de colores que en el mismo año de la victoria hizo imprimir en Lóndres el enviado Al-

varez Condarco, es un simple remedo de las batallas europeas, en que la línea recta es todo. Pero el cuadro de Rugendas es un verdadero *entrevero* americano. Es preciso no solo mirar ese bosquejo, sino estudiarlo, para comprenderlo i para admirarlo. Está lleno de episodios, i sin embargo, su unidad i su conjunto es irreprochable por la animacion que lo colora. En el centro está Bueras, caido de su caballo, segun dijimos, i el capitan Viel, que levanta en sus brazos el heróico cadáver. Mas a la izquierda, un grupo de prisioneros de admirable efecto; mas adelante del panorama, un vaquero de Aculeo o de Panquehüe, que ha enlazado un caballo de oficial que huye despavorido; mas allá todavía, en el estremo izquierdo de la tela, Borgoño, que hace disparar los cañones de la victoria, montado en un nervioso potro, que el estampido estremece.— A la derecha del lienzo está la agrupacion, en grande i fantástico desfile:—San Martin i su estado mayor, los rejimientos en columnas, las banderas desplegadas, todas las licencias del arte májicamente trazadas.

* * *

Hubo, empero, un episodio que el pintor no tomó, como muchos otros, en cuenta, porque o lo ignoró, o no cupo en el angosto cuadro otorgado al jenio. Fué el de un clérigo, capellan de ejército, licenciado de la patria vieja, que al estampido del pri-

mer cañonazo, montado en mal caballo i arremangadas las sotanas, presentóse voluntario al fuego, i en lo mas recio del conflicto, muerta la flaca bestia en que cabalgaba, cargó en hombros su montura i discurria por el campo en demanda de nuevo i mejor bridon que le llevase a la pelea. Ese héroe fué el famoso capellan de ejército don Juan Manuel Benavides, natural de Quillota, i que despues de haber sido enérjico diputado del partido liberal, falleció de manso cura en Puchuncaví (1).

***

(1) El mismo capellan Benavides, en una solicitud que presentó en su ancianidad al Congreso para obtener una pension, contaba sus aventuras de aquel dia con estas palabras, tan sencillas como verídicas:—«Calzándome alas, decia, el ardiente deseo de contribuir a la salvacion de mi patria, en ménos de una hora me puse en el campo, i sin arredrarme peligro alguno, entré en lo mas vivo del fuego, animando, como otras veces, a los soldados, i trabajé en reunir i conducir a la línea el batallon núm. 2, que se habia separado i se hallaba todo disperso en pelotones.

«Despues de esta operacion, marchando siempre en medio del fuego, fué herido el caballo en que iba montado de una herida de bala de fusil en la cabeza, por la que arrojaba un golpe de sangre, i abandonándolo, cargué con la montura a las casas-molinos de la hacienda, donde conseguí otro caballo medio cansado, en el que monté i continué con el núm. 11, yendo a la cabeza de él hasta que nos apoderamos de las casas de la hacienda.»

No fué el capellan Benavides el único sacerdote que se batió en Maipo. El famoso padre mercedario frai Félix Aldao, hizo prodijios de valor i de barbarie, como agregado al rejimiento de granaderos. Ignoramos si el fraile Beltran se encontró en la batalla de Maipo personalmente; pero él contribuyó poderosamente a la victoria remontando la artillería destrozada en Cancha Rayada i haciendo todos los servicios de la maestranza con una actividad asombrosa. El capellan de *granaderos a caballo* era el mas tarde conocido canónigo Navarro, fogoso *pipiolo*. San Martin le dió los *despachos* (sic) *de canónigo*, porque se los confirió militarmente.

El presente i digno dean de la Catedral, don Manuel Valdes, se encontró en Maipo en calidad de teniente de artillería, a las órdenes de Blanco Encalada.

Ha sido tambien considerada como digna de la historia, la brava defensa que de su persona hizo contra cinco soldados del *Burgos* un sarjento de *cazadores de los Andes*, llamado Vasconcelos, natural de San Juan, en Cuyo. Herido en la boca i rota su mandíbula por una bala, cuando su batallon, rehecho del primer encuentro, avanzó sobre la loma de Maipo, se retiraba con su fusil al hospital de sangre, solo i desangrado, cuando en la planicie de aquella le asaltaron cinco soldados españoles, heridos i casi moribundos como él, pero que encontraban en su ira, fuerzas para armar el gatillo de sus armas i dispararlas. El sarjento Vasconcelos empuñó su fusil por la trompetilla, i a garrotazos ultimó a tres o cuatro de los asaltantes, pidiéndole gracia el último. En 1860 pasaba revista en la ciudad del Paraná un teniente coronel de ejército, que mascaba todavía malamente su lengua al pronunciarla: este jefe del ejército arjentino era el sarjento don Francisco de Borja Vasconcelos, de los *cazadores de los Andes* (1).

*
* *

El resto de la batalla hasta la derrota, i de la derrota hasta la rendicion, es conocida de todos los

(1) Ha consignado este episodio el jeneral arjentino i soldado de Maipo, don Jerónimo Espejo, en la *Revista de Buenos Aires*, vol. I, páj. 543.—El jeneral Espejo, simple teniente en Maipo, supo este lance en los hospitales de sangre de Santiago, i se lo confirmó, cuarenta i dos años mas tarde, el mismo Vasconcelos en el Paraná.

chilenos. Ademas, todas las derrotas se parecen. La de Maipo no tuvo mas novedad que la del lazo de los aconcagüinos, que convirtió el campo de batalla en un rodeo humano.

Realzaron, empero, esas crueles escenas el heróico sacrificio de los coquimbanos en el callejon de Espejo, la entrevista de O'Higgins i San Martin, al pié del espolon, i el emperramiento godo del cuadro del *Burgos*, digno de los antiguos tercios castellanos. El jeneral Freire, que fué el primer sableador en las batallas i el mas dulce de los hombres en el hogar de la familia, ponderaba en nuestra niñez, como sublime, aquella resistencia sin esperanza i sin ejemplo. Dábale el valiente capitan carga sobre carga en la llanura. Pero los castellanos viejos, cuya era la tropa del *Burgos*, erizaba sus bayonetas sobre el pecho de los caballos i quedaba sólida i silenciosa como una barrera de peñascos.

Esos soldados no quisieron rendirse, ni querian tampoco retirarse. Si algo deseaban, era morir. Pero el taimado Rodil, comandante del *Arequipa*, destinado con otro empecinado de su escuela—el pundonoroso Quintanilla—a disparar el último cañonazo de la España en el suelo americano, formó en columnas aquellos pelotones, i se retiraba con ellos en buen órden hácia el Maipo, cuando una heroina ignorada, una humilde campesina de la hacienda de Espejo, puso a los fujitivos en deshecha confusion con un rasgo casi increible de patriotismo i de valor.

Desfilaba la columna española por el sendero que de las casas de Espejo conducia al camino real de Melipilla, cuando una mujer, una huasa jóven todavía i arrogante, notando que los acobardados artilleros habian abandonado por el cansancio de las cabalgaduras, un cañon cargado frente a su rancho, salió de su cocina con un tizon, arrimólo al estopin, i la metralla barrió la retaguardia de la columna en retirada.

De esta suerte, el último cañonazo de Maipo fué disparado por una mujer heróica i desconocida, moderna Janequeo, que no tuvo, como la de Arauco, bardo ilustre que inmortalizase su nombre i su hazaña (1).

*
* *

En cuanto a Osorio, habia huido desde que notó el avance simultáneo de todas las armas patriotas, al comenzar la segunda i decisiva faz de la batalla. Segun él, perdió un caballo i se retiró el último, culpando a Ordoñez de precipitado i a Primo de Rivera de envidioso, porque no socorrió a tiempo con sus compañías escojidas el ala rota que mandaba aquel. Pero Ordoñez i Primo quedaron en sus

[1] Refiriónos este episodio en Lima, como auténtico, en 1860, un caballero anciano llamado Zárate, natural de Arequipa, i que concurrió a la batalla de Maipo i a la retirada de Rodil, como teniente del batallon que llevaba el nombre de su ciudad natal, i que mandaba aquel célebre capitan español.

puestos i murieron en breve por su rei, miéntras que ámbos ejércitos habian divisado desde temprano, segun contamos ya, flotando al viento, por entre los espinales de Pudahüel, la manta blanca de don Mariano Osorio, quien, a diferencia de los bravos que acusa por disculpa, iria a morir prófugo, desacreditado i sin la justificacion del sacrificio, de una fiebre pútrida en el Istmo.

***

La batalla de Maipo—rápida como una carga de bravos, decisiva i completa como la victoria de un pueblo—habia durado solo tres horas. A las tres de la tarde llegaba el Director O'Higgins al campo de batalla, i a esa hora la derrota era completa: faltaba únicamente que el tenaz Ordoñez entregara su espada, como lo hizo una hora mas tarde, al capitan La Prida, del núm. 11, en la viña de «Las Casas».

***

Mas, ¿cómo el Director O'Higgins, encargado de la defensa de la ciudad, herido, febril, deshecho por los insomnios i las fatigas de incesante trabajo, habia llegado al sitio del carnicero encuentro?

Esta es una de las pájinas mas gloriosas de este glorioso soldado. Otros la han contado a la posteridad; pero nosotros cometeríamos una egoista in-

justicia no recordándola en este bosquejo de la gloria. En ese dia, para siempre memorable, en que de redimidos de impotente cautiverio, comenzaron los chilenos a ser los redentores de cuatro naciones del Pacífico, el alma de Chile se encarnó en el pecho de aquel caudillo de todas sus proezas. Su caballo se habia mantenido ensillado durante la noche, i su fiel ordenanza Soto, compañero desde Rancagua al sepulcro, teníalo por la brida, listo a la primera señal. O'Higgins habia hecho traer a la plaza (¡contraste sublime del patriotismo!) a los inválidos i a los cadetes, los bravos que se iban, los héroes que venian.

Conocíase a primera vista, por los que en aquella mañana le abordaban, que el soldado mestizo, aquel celta vaciado por el amor en molde iberó, tascaba el freno de la impaciencia. Don Bernardo O'Higgins, ántes que político, que majistrado, que caudillo, era soldado, i su corazon, a vuelcos en su pecho, le decia que aquel no era su puesto entre murallas, sino donde tronase el cañon i relincharan briosos los caballos.

O'Higgins fué siempre soldado hasta para morir, vistiendo por mortaja su casaca. Por ésto su famosa abdicacion de 1823 no fué una abdicacion: fué una rendicion.

El Director entregó su banda a sus émulos en el salon del Consulado, pero ántes habia tirado su espada al pueblo en la plaza pública.

El aspecto de la ciudad incitaba, por otra parte, a una resolucion magnánima. Era domingo. El cielo azul brillaba puro i radioso, como se imajina el alma irradia la luz eterna en la eterna gloria. Las campanas llamaban otra vez a los fieles, como en el aciago domingo que sucedió a Cancha Rayada. Pero no se escuchaba ahora rotos jemidos bajo las bóvedas. Los que esperan, no lloran. Los que exhalan sus almas en plegarias, confian.—Solo la desesperacion es bulliciosa.

Reinaba, al contrario, en los espíritus cierta secreta alegría, esta hermana de cuna de la esperanza. «Ni una sola nube—dice de aquel dia un narrador que asistió a la batalla como aficionado—oscurecia aquella mañana el brillante i perenne azul del cielo en este mes de la estacion mas deliciosa de Chile; las aves cantaban como de costumbre en los huertos, i el perfume de los naranjos en flor embalsamaba la brisa, a medida que al lento paso de nuestros caballos, marchábamos mis compañeros i yo al campo de batalla» (1).

* * *

Mui de madrugada, el Director habia enviado una

(1) Los compañeros de Mr. Haigh, que ésto escribia, eran los dos únicos ingleses residentes en Santiago en aquel dia, don Juan Begg, íntimo amigo de jeneral O'Higgins, que hizo despues cuantiosas especulaciones de minas en el Perú, i don Diego Barnard, que ha dejado sucesion en Chile.

estafeta a San Martin preguntándole dónde i a qué horas empezaria la batalla. San Martin sacó su reloj i respondió de palabra, a lo espartano:—«En las casas de Espejo, a mediodía.»

Cuando faltaba una hora para que ese plazo se cumpliese, O'Higgins no fué mas dueño de sí mismo, i montó a caballo: el soldado celta habia vencido al majistrado castellano.

El Director se puso a la cabeza de los cadetes, que pedian con infantil vocería ser llevados al combate. En pos de aquellos niños sublimes, aprendices de algo que entónces era para el corazon de los chilenos como el abecedario de la vida—el patriotismo,—iban los sangrientos heridos de Cancha Rayada.—*Soi de vuestro cuerpo!* les habia dicho el héroe al montar a caballo, en la puerta del palació, mostrando su brazo roto que sostenia al cuello en banda. Una inmensa muchedumbre le seguia, muda, taciturna, pero enérjica i resuelta.

El Director tomó rumbo hácia el campo de Maipo, que entónces comenzaba casi en la Alameda, por la calle en que, cincuenta i cuatro años mas tarde, sus compañeros de armas pasearian sus banderas en el dia de su apoteósis (mayo 9 de 1872). Las familias saludaban con lágrimas indefinibles de gozo i llanto aquel cortejo estraño, pero sublime: era la última reserva del patriotismo, la espuma del cáliz del sacrificio que desbordaba en la hora de la prueba. ¿Por qué el pincel del jenio no ha trasla-

dado todavía al lienzo aquella marcha del pueblo cautivo que sigue a sus redentores como en Israel? Por qué las águilas de Chile no venian a batir sus alas de augurio delante del caballo del caudillo, como en el Gránico a la vista de Alejandro?...

*
* *

Cuando la columna del pueblo, que rodeaba, mas que seguia al Director, desembocaba en el llano por la calle de San Diego, se sintió el primer cañonazo. Eran las doce: San Martin habia sido puntual.

O'Higgins marchó lentamente, como se lo permitia su herida, todavía abierta, al campo de batalla, i llegó en los momentos en que la línea realista, un instante vencedora, se plegaba i arremolinaba al impulso de las bayonetas patriotas. El regocijo del caudillo de Chile fué intenso, i sellólo con aquel abrazo de la gloria que ya no morirá en la memoria de los hombres, porque lo ha consagrado en sus planchas el cincel de la inmortalidad.

La escena de Chacabuco habia cambiado de hora, de paisaje, de colorido, pero el fondo i los personajes eran los mismos.—No era San Martin el que llegaba a galope a felicitar al jeneral de su vanguardia por la heróica insubordinacion que hizo de una carga a la bayoneta una victoria. Era O'Higgins el que venia a consagrar sobre el pecho del vencedor de Maipo la eterna amistad de dos naciones. Nicanor

Plaza ha esculpido esa escena de sublime fraternidad en el pedestal del héroe.

....

*
* *

Cuando, hace poco, sordos rumores de insensatos odios llegaron hasta nosotros entristeciendo el ánimo, quisimos ir a visitar aquel campo que la sangre de aquellas dos naciones habia consagrado en un solo holocausto... Era un dia festivo como el de la batalla, cercano del memorable aniversario.

Todo habia cambiado en el camino, en el llano, en las granjas, en los senderos, en los nombres mismos; pero la loma del combate i de la fraternidad estaba allí inmutable como los altares de la naturaleza. La pala del acequiador no ha empapado todavía la agreste colina, el buei no ha abierto el surco, i el artista, el viajero, el soldado, pueden estudiar aquel campo de batalla con la minuciosidad escrupulosa de la mañana que siguió a la victoria: tanta es la fidelidad de sus perfiles! Podria hasta marcarse con estacas el sitio que ocupó cada batallon, la huella de las cureñas en las cumbres, el rumbo de las cargas en el valle.

Pero si la naturaleza se ha esmerado en conservar intactos los lugares, estínguese poco a poco en la memoria de los hombres la impresion que ha dejado en sus cunas la leyenda. El campesino de Chi-

le, mitad siervo todavía, no alcanza a medir la intensidad de aquellas luchas, ni a darse cuenta sino a medias del alcance de aquellas victorias de la libertad. La niebla de su profunda ignorancia apaga su memoria, i los hijos i los nietos de los que presenciaron desde la histórica colina de Espejo la batalla de Maipo, apénas disciernen hoi que esa fué una pelea entre los *abajinos* i *arribanos*.

* * *

Dos testigos presenciales sobreviven todavía a los que enterraron a los muertos del 5 de abril de 1818. Llámase uno *ño* Márcos Diaz, que recuerda las chaquetas coloradas de la banda del *Burgos*, i un indio nonajenario llamado Tadeo Macaya, que no recuerda absolutamente nada. Este patriarca del lugar se ocupaba, en la mañana de nuestra visita, de pelar papas en su rancho, i no se dignó venir a nuestro llamado. Otro confidente de mas lozana edad, i que aquella mañana parecia venir de las cubas de Chiñongo, bamboleándose sobre sus estribos, tuvo a mal nuestra presencia i nuestro interrogatorio de guerra. I si no le sujetan la brida, hace allí mismo una carga en falso, como las de Morgado. . .

Un mozo intelijente llamado Cirilo Alvarez, nos llevó a las sepulturas,—vastas fosas esparcidas en el valle i que cubren hoi con sombra grata bosques de duraznos.—Allí fueron sepultados i quemados

en piras alternadas de ramas i cadáveres, mil realistas i ochocientos soldados del ejército unido. No hubo distincion para los que vencieron, ni para los que perecieron en noble fracaso. I en aquel dia de veneracion, cuando las barretas del esplorador de estos osarios cavaba la tierra con su propio brazo, venia a la superficie el polvo calcinado de los que murieron por un rei que no conocian, i por una patria que les ha olvidado.—Los griegos, los romanos, los scitas, los galos, habrian recojido aquellas cenizas en sus ánforas i en sus dolmenes; i aun la gratitud moderna, egoista i parsimoniosa como es, habria terminado la techumbre de los templos simbólicos que, como en Waterloo i en Magenta, guardaron los huesos de los bravos. Pero los chilenos son mas *prácticos* que todo eso: sobre las faldas santas de Maipo han sembrado alfalfa, i de la iglesia votiva e inconclusa, si algun dia le ponen cobertor de teja o de paja, harán los hacendados limítrofes un espacioso granero... La *ilustre* Municipalidad de San Bernardo ha dado ya el ejemplo vendiendo el ejido de la capilla para pisos de ranchos.

*
* *

Los chilenos que visitan el Viejo Mundo, sienten como el vértigo de los campos de batalla i los visitan con mas ardor que los museos i las bibliotecas. ¿Quién desde Bruselas no ha ido a Waterloo,

desde Mantua a Solferino, desde Viena a Auterlitz, desde Berlin a Novara? Quién no ha pagado dos francos por sentarse en la silla de Sedan, i cien francos por recorrer a dos caballos los campos de Gravelotte i de Metz? Pero en la memoria secular de los campesinos i de los hacendados del valle de Espejo, existia apénas el recuerdo de un solo visitante, i ese no era un chileno, ménos era un santiaguino. Fué este el distinguido artista oriental Blanes, que en 1874 quiso hacer revivir la fe antigua, pintando el encuentro de San Martin i de O'Higgins al pié de la colina...

*
* *

Nosotros, ménos ambiciosos que el pintor de batallas del Plata, solo querríamos que sobre los muros inconclusos del templo de Maipo, una mano humilde escribiese esta leyenda de amargo reproche, pero de eterna i reparadora justicia, que algo siquiera enseñaria a nuestro orgullo:

«AQUI, ENVUELTO EN SU SUDARIO DE GLORIA, YACE EL PATRIOTISMO CHILENO».

Viña del Mar, abril de 1877.

PEDRO DE VALDIVIA.

AL CORONEL

Don Cornelio Saavedra.

PEDRO DE VALDIVIA.

(Reseña popular de su vida, a propósito de la próxima inauguracion de su estatua en Santiago.)

Don Pedro de Valdivia, descubridor, conquistador i poblador de Chile, no es conocido sino por un corto número de ciudadanos estudiosos, como soldado, como colonizador i como hombre.

Nosotros intentamos por ésto, diseñar ahora a grandes rasgos, la vida de aquel gran capitan i hombre de estado, para que quede al alcance de la jeneralidad, especialmente de la juventud i del pueblo.

Es un trabajo hecho al correr de la pluma, pero al propio tiempo es una obra de conciencia, porque es el fruto del acopio de innumerables documentos del *Archivo de Indias*, completamente inéditos o recientemente publicados, desconocidos, por tanto, de todos los historiadores que han escrito ántes sobre Valdivia.

No recargaremos, sin embargo, el texto con las citas de aquellos, por la brevedad i por el jénero de publicidad que hoi damos a este ensayo en la víspera del 323.° aniversario de la muerte del conquistador de Chile. Pero todas las noticias que apuntamos, especialmente las nuevas i desconocidas, están rigorosamente comprobadas en nuestras colecciones de documentos, que abrazan un centenar de volúmenes manuscritos.

EN EUROPA.

I

Don Pedro de Valdivia, conquistador de Chile i fundador de Santiago, nació en una comarca de Es-

tremadura, en España, que se llama todavía, por lo selvática e inculta, la «Dehesa de la Serena,» llanura ingrata, agria i ondulada, de secano, pero pastosa; tierra de toros bravos, sin ciudades, sin municipios, sin escuelas, i donde, por tanto, cada espiga de cereal era, en el siglo de que vamos a tratar, una gota de sudor, i cada letra un sangriento latigazo.

De tal pais i, en jeneral, de la provincia de *Estre-ma-dura*, cuyo nombre es una definicion, salieron los mas animosos, los mas constantes i sufridores de hambres, de lanzadas i fatigas entre los conquistadores del Nuevo Mundo.

Entre esos ilustres estremeños, los mas preclaros fueron tres que bastaron para conquistar un mundo.

Esos tres eran:

Hernan Cortés, natural de Medellin, i conquistador de Méjico.

Francisco Pizarro, natural de Trujillo, i conquistador del Perú.

Pedro de Valdivia, natural de Castuera, en la Dehesa de la Serena, i conquistador de Chile.

II

La madre del último llamábase doña Isabel Gutierrez de Valdivia, i por ésto su hijo único escojió el último apellido, lo que era reservado en esa época al albedrío posterior de los interesados o al inmediato de sus padrinos. Llamábase su padre Pedro

Oncas de Melo, caballero portugues, de la raya vecina. Por ésto tomó Valdivia de él su nombre de pila, como de la madre habia elejido el mas noble apellido: los Valdivias habian sido desde remotos tiempos, buenos soldados i bravos capitanes, servidores del rei.

Aquel bautizo guerrero fué de esa suerte un presajio que se cumplió con sobra de gloria i de renombre.

III

Hijo el conquistador de Chile de un pais duro, pobre, ignorante, casi desierto, pero bravo i probado en la guerra desde los romanos, que le dieron el nombre que lleva, esplícase aquella naturaleza varonil, resuelta, de constancia sublime, dotada del doble i magnánimo valor que enjendra los verdaderos héroes, ya en las pruebas de la adversidad i del mando, ya en los campos de batalla.

Como nacionalidad i como raza, Pedro de Valdivia nació para ser héroe.

Por educacion i por índole, fué destinado a ser soldado i caudillo.

En la escuela lugareña aprendió solo a leer, i su letra, que no es embarazada ni burda, sino, al contrario, libre i hasta desbaratada (como se nota en sus escasas firmas auténticas conservadas en el primer *Libro becerro* del cabildo de Santiago), revela

la rudeza del mozo labriego junto con la enerjía del capitan de guerra.

Pedro de Valdivia se firmaba, como Cortés, de un solo rasgo. Francisco Pizarro hacia, entre dos cruces que le trazaba su secretario Picado, un confuso garabato escrito, al parecer, con manopla.

IV

Mancebo, el estremeño entró, como sus abuelos, en las armas, i sirvió desde los veinte años al rei mas batallador que tuvo su siglo, i que era de su propia edad: Cárlos V habia nacido en 1500.

Hizo el aprendiz de capitan sus primeras campañas en Flandes, despues en Lombardía, despues en Roma, despues en Florencia, i en los diez años que acumuló esa guerra, hizo Valdivia caudal de las dos mas sobresalientes dotes de soldado que mostró en América: la estratejia i su desconocimiento audaz de toda probidad política, de todo respeto social, de la arrogancia heróica pero insolente que constituia el fondo i la vida de los aventureros de aquel siglo.

Entre sus maestros de guerra habia contado a los mas famosos capitanes de Europa: a Enrique de Nassau en Béljica, al marques de Pescara i a Próspero Colonna en Lombardía. El último, a su vez, habia sido discípulo de Gonzalo de Córdoba.

Pero, al mismo tiempo, como soldado a sueldo

de un rei aventurero, sirviendo en ejércitos colecticios de diversas nacionalidades, comandados por condotieros que se hacian pagar sus victorias con coronas o saqueos, el jóven estremeño se hizo desde el principio un capitan arrojado, pero sin ninguno de los escrúpulos i deberes de la pasada caballería.

V

Los dos hechos mas prominentes de su carrera de soldado en Europa, fueron la captura de un rei en Pavía i el saco de la ciudad de los Papas, a las órdenes de un traidor, Cárlos de Borbon, llamado el «Condestable». Así, los captores de Moctezuma, de Atahualpa i de Caupolican, como los saqueadores del templo del Cuzco, del de Cholula i del tributo del Inca en Chile, no se sintieron jamas perplejos en levantar la mano i la cuchilla contra los emperadores del Nuevo Mundo, de quienes hacian con llano desplante esclavos, o los quemaban.

El saco del oro de los vecinos de Santiago en 1547, por su propio gobernador don Pedro de Valdivia, que hemos contado en otro cuadro histórico reciente, no es sino un traslado en miniatura del saco de Roma en que aquel se halló presente.

VI

Ocurre aquí, interrumpidas las guerras de Italia

en 1530, un vacío i una tardanza en la vida militar de Pedro de Valdivia, que no es fácil esplicarse.

Segun el erudito Barros Arana, la huella militar de Valdivia desaparece en Pavía (1525). Pero el jesuita Rosales nos lo presenta dos años mas tarde en el asalto de Roma, en manos de un agorero que le predice la muerte que mas tarde tuvo; i en seguida otro jesuita--Miguel de Olivares--le encuentra en el sitio de Florencia, defendida por Miguel Anjel (1530), i le hace tomar parte en el «furioso reencuentro» en que Filiberto de Orange perdió la vida delante de sus muros.

Hallábase Valdivia en las filas del último, i en seguida debió pasar a España.

Era esa precisamente la época en que las nuevas imponderables de las riquezas del Perú, hacian agolparse a los puertos de la Península a los aventureros de toda la Europa, i especialmente de la sobria i belicosa provincia de Estremadura, que acababa de visitar Pizarro en persona, cuando fué a tratar sus capitulaciones con los reyes de Castilla, casi de potencia a potencia. El futuro conquistador del pais que revolucionó el sistema monetario i económico del mundo, con sus galeones repletos de oro, quiso asomarse a su nativo establo ántes de ir a llenar a aquel con su fama.

¿Por qué entónces, si Pedro de Valdivia se encontraba en los propios lares, no se enroló en las filas del caudillo estremeño, que hacia especial lla-

mamiento a todos los suyos? Por qué volvió, en los primeros tiempos del descubrimiento de las Indias, la espalda a la tentacion del oro, de la conquista i de la gloria, tres cosas que él amó sobre todas las demas, con escepcion tal vez de la mujer, en el curso de su borrascosa vida?

¿O no se hallaba en España a la sazon?

No existen en las viejas crónicas ni en los archivos, rebuscados con afan, suficientes materiales para aclarar esta duda i llenar aquel vacío.

VII

Se sabe solo que Pedro de Valdivia era capitan a la edad de veintisiete años. I para llegar a esa altura, en esa edad i en ese siglo, debió mostrar en mas de una ocasion brazo de fuerte i pecho de soldado. No tenia mas valimiento que el de sus hechos. El austero Jerónimo de Quiroga, dice, haciéndole casi un reproche de lo que fué su mayor honra, que nació «un pobre infante sin mas fortuna que una capa sobre los hombros.»

Su título de capitan era, por tanto, una posicion en el ejército, un alto timbre en su provincia.

Por ésto, a esa edad temprana i con fortuna tan escasa, encontró el capitan de Roma i de Pavía quien le diera su mano, en el altar. Pedro de Valdivia casóse en Salamanca con doña Marina Ortiz de Gaete, señora principal, que despues de haber

sido la esposa del fundador de un reino, murió en Santiago, viuda i desamparada, viviendo de la misericordia que inspiraba su glorioso nombre. La leyenda del *pago de Chile!* comenzó en nuestra patria junto con su historia i con su cuna.

¿Fué aquel enlace el que retrajo a Valdivia, durante tres o cuatro años, de enrolarse entre los que venian a descubrir i conquistar las Indias?

Aquello, o lo que tal vez es mas probable, el amor de su madre, ya anciana, le retuvo en el hogar, i solo cuando apagóse con ella el dulce calor del techo en que naciera, resolvióse el soldado a abandonarlo. Pedro de Valdivia envió algunos mezquinos socorros a su mujer a los pocos años de haber entrado en Chile (1544); i el no mencionar a su madre ni recordarla en tal coyuntura, nos hace sospechar que aquella noble dama habia ya fallecido cuando su hijo tomó servicio en Sevilla con Jerónimo de Alderete, para venir a la conquista de Venezuela en 1535, ocho años despues del saco de Roma i cinco del sitio de Florencia.

EN VENEZUELA I EL PERU.

VII

Los primeros descubrimientos en el Orinoco, fueron un desastre irremediable desde temprana hora.

Los esploradores se entraron con dos bergantines por las bocas de aquel potente pero desolado rio, i volvieron hechos espectros por el hambre i las heridas a la isla de Ubaguá. En esa espedicion murió uno de sus jefes, llamado el capitan Herrera, i éste habia sido el nombre del oficial en cuya compañía habia servido Valdivia como alférez en las campañas de Italia.

Pero de la participacion individual de Valdivia en aquellas infructuosas i lastimeras correrías por los rios i sábanas de Venezuela, no se tiene otra noticia sino la que él mismo diera, de que anduvo un año en la conquista de aquel pais.

IX

Sucedia ésto en 1536, i por todas las costas del Nuevo Mundo—única zona de él que estaba a la sazon poblada i reconocida—corria entónces la voz de que la conquista del Perú hallábase a punto de malograrse por la rebelion jeneral de los indíjenas.

Tenian éstos, en número de mas doscientos mil combatientes, en estrecho cerco a los Pizarros en el Cuzco, i de todas partes corrian los voluntarios españoles a tomar bandera por los suyos en tal aprieto.

Pedro de Valdivia fué uno de esos voluntarios. Atravesando por Panamá, llegaba al Perú (¡coincidencia digna de notarse!) por el norte, cuando Die-

go de Almagro, desengañado de la ponderada riqueza de Chile, regresaba a aquel pais por el sur.

X

La primera guerra civil entre los castellanos que poblaban las naciones recien conquistadas del Pacífico, estalló junto con su primer disputa por el desierto que no conocian. I así, los *almagristas* i los *pizarristas*, que fundaron en estos paises la escuela de los caudillos, que todavía no se estingue, se esterminaron como mejor pudieron, hasta que los primeros, llamados por irrision i afrenta «los de Chile,» fueron completamente desbaratados por los últimos en la famosa batalla de las Salinas, en los suburbios del Cuzco (abril 8 de 1538).

XI

Pedro de Valdivia, como estremeño, alistóse desde el primer momento en el bando de sus paisanos (relijion de españoles) los Pizarros, contra el castellano Almagro; i tan buen nombre debió traer aquel de sus talentos i valor como soldado, que el gobernador del Perú le hizo su jefe de estado mayor en las campañas contra los últimos.

En esa condicion hallóse Valdivia con mando superior en la batalla de las Salinas, i se sospecha que no fué pequeña parte su consejo en el castigo

que impusieron los vencedores al vencido cortándole la cabeza en la plaza del Cuzco. ¿Presentia ya Valdivia—mozo de treinta i cinco años—que él habria de recojer la herencia abandonada de aquel anciano tan cobardemente inmolado por quienes habian sido sus amigos i compañeros con juramento de fidelidad eterna sobre la hostia consagrada?

En ésto, como en muchos períodos de la vida de eminentes capitanes, no es posible ir mas allá de las presunciones, por la oscuridad que envuelve de ordinario a los que viven i se engrandecen en las aventuras. Pero es lo cierto, que apénas habian trascurrido dos años desde la muerte de Almagro, cuando Pedro de Valdivia meditaba en los *yungas* i altiplanicies de Bolivia el plan de descender de esas alturas a aquellos valles que el primero habia dejado, segun su espresion, «peor infamados que otra cualquiera parte de las Indias».

XII

Los Pizarros no habian sido ingratos con su lugarteniente de guerra. Le habian hecho rico.

Establecido como vecino i fundador en Chuquisaca, el futuro conquistador de Chile disfrutaba de la renta de un valle entero i de una mina de plata precursora de Potosí. Segun su propia revelacion, aquella renta valia doscientos mil castellanos de oro en cada año, equivalentes a un largo millon de

la moneda que hoi circula. Un peso o castellano de oro valia tres pesos i siete centavos de plata, i el valor comercial de la moneda era en ese siglo cuatro veces mayor que en el presente.

Sin embargo, Pedro de Valdivia sentíase estrecho, ahogado i casi infeliz en aquella ociosa opulencia; por manera que cuando su jefe i señor Francisco Pizarro fué, a fines de 1539, a visitar las provincias del Callao o el Alto Perú, salióle Valdivia al encuentro a orillas del lago Titicaca, i poco mas adelante, en el primer alojamiento estable, que fué en la hondonada donde hoi existe la Paz, dióle aquel el título que le pedia de descubridor de la comarca que entónces corria con mayor desprestijio entre los conquistadores.

Cuenta el mismo Valdivia, en una preciosa carta escrita en la Serena el 4 de setiembre de 1545 a uno de los Pizarros (que solo hace dos años dió a luz el señor Barros Arana), que al principio se *espantó* (es la palabra que emplea) el marques don Francisco de aquella peticion estraña i casi estravagante, i trató de disuadirle de su solicitud, porque abandonaba la fortuna inmensa i segura que comenzaba a disfrutar, por ir al encuentro de un páramo i de la muerte.

Pero Valdivia porfió, i en enero de 1540 estaba ya en marcha desde el Cuzco para aquel «infamado Chile,» que por lo mismo atraia con mayor intensidad su alma de soldado, aficionado de suyo a lo

grande i a lo desconocido. Acompañábanle ciento sesenta jinetes, la mayor parte estremeños, algunos que habian venido con el desventurado Almagro, i todos mas o ménos caballeros de linaje; porque no habiendo recibido Valdivia del codicioso Pizarro el auxilio de un solo tomin de oro, es un hecho histórico que la mayor parte de sus compañeros costearon sus armas, caballos i servicio con su propio peculio. Todo lo que gastó Valdivia fueron 70,000 pesos de oro que pidió prestados.

VALDIVIA DESCUBRIDOR.

XIII

Conviene detenerse un instante delante de este preciso pasaje de la vida de don Pedro de Valdivia.

¿Qué jénero de impulso le arrastra hácia el pais mal reputado que va a descubrir i a poblar al precio de sus fatigas i del oro que le prestan sus amigos por la devolucion del duplo? Su posicion en Chuquisaca no solo es holgada como la de un rico encomendero, sino que está revestido del prestijio que da a los hombres la fama, ese oro que no se amoneda, pero que luce mas fúljido que el metal entre los buenos. ¿Por qué abandonaba todo ésto, su valle de la Canela, su mina de Porco, sus indios de encomienda, que despues del repudio que de ellos

hizo, bastaron para labrar la fortuna de tres conquistadores de primer nombre?

No podia ser móvil principal de esa resolucion la sed del oro, porque el pais que iba a conquistar, no lo tenia o lo ocultaba.

¿O era, por ventura, la desazon de hallarse sin influjo i sin mando, despues de haber tomado una parte tan relevante en la pacificacion del opulento reino del Perú?

Tampoco lo creemos; porque, si bien es cierto que Pedro de Valdivia no tenia en los *Charcas* (que así se llamaba entónces Bolivia, por el nombre de una de sus tribus) puesto oficial determinado, podia, por lo ménos, considerarse como un jeneral en cuartel, pues para todo caso de guerra era consultado, i aun tomaba el mando como jeneral en jefe, cuando la ocasion de un peligro lo requeria.

XIV

Fué, por tanto, un arranque superior de aquella organizacion rica i poderosa lo que determinó el segundo descubrimiento de Chile, o mas propiamente, su conquista. Porque es lo cierto que Pedro de Valdivia tenia una intelijencia superior, si bien inculta, i por lo mismo mas acentuada en sus resoluciones. Sentia a su luz el noble aguijon de la nombradía, que solo es vulgar vanidad cuando se aplica a empresas mezquinas, pero es guia i es sosten en la

senda de gloriosos hechos. Arrastrábale, ademas, por aquel rumbo, esa fuerza moral i física de los hombres que se sienten nacidos, acaso sin comprenderlo, para un fin, o como es costumbre decir, para una mision que los domina i los devora.

I tan cierto es que a eso i no a otra corriente obedecia el ánimo del conquistador, que aquella resolucion i la constancia con que mas tarde la mantuvo, fué la jactancia mas alta i mas frecuente de su vida.—«E yo era el primero—dice Valdivia en su carta, ya citada, a Hernando Pizarro—que echaba mano a todo desde lo menor hasta lo mayor, e con estas cosas pude no me perder, como lo hicieron don Diego de Almagro, Pero Anzures, Pedro Candia, Mercadillo, Diego de Rojas, e otros capitanes que a la sazon entraron a descubrir con grande aparejo e innumerable cantidad de naturales. E crea vuestra señoría que españoles, no digo en Indias, mas en otra ninguna parte han sufrido semejante cosa, i ésta conozco ha sido guiada por mano de nuestro Señor para que aquello se sustentase e permaneciese, por el gran fruto que se ha de hacer en el nuevo mundo.»

XV

Otra de las circunstancias mas estraordinarias i ménos estudiada de esta gran campaña del segundo descubrimiento de Chile, es la marcha de Pedro de Valdivia al traves del desierto de Ataca-

ma en el rigor del invierno de 1540, porque hoi, por la primera vez, i gracias a la prolija investigacion de un jesuita, podemos asentar la fecha positiva de su entrada en el valle de Copiapó. Fué esta la del 21 de agosto, es decir, en lo mas fríjido del año, cuando tomó posesion del territorio de aquel paraje en nombre del rei. De aquí el nombre de *valle de Posesion* dado por el descubridor al antiguo *Copayapo.*

XVI

No es el desierto de Atacama, como lo ha creido el vulgo, un arenal ni un páramo cercano de los trópicos, sino una helada i áspera cordillera donde, en los dias mas rigorosos del estío, es preciso ser cuitado en el abrigo; i por ésto i por su desnudez absoluta de recursos para el sustento del hombre i de la bestia, hoi mismo su atravieso es una ardua i fatigosa empresa para una simple caravana de cateadores, para un caminante, para un cazador o un viajero.

Mas Pedro de Valdivia, que no habia aprendido con Próspero Colonna—famoso jeneral de su época—solo aquel arte vulgar de la guerra, que consiste en el aparato estrepitoso de las batallas i en su esterminio, sino la verdadera ciencia militar, que se estiende al campo i su guardia por la noche, al pan del soldado, al forraje del caballo, a la topografía,

a la marcha, al sueño, a la temperatura, a la combinacion i destreza de todas las armas, a la eleccion de los capitanes, «a todo desde lo menor hasta lo mayor;» Valdivia que, decíamos, sabia todo por principios i por esperiencias de veinte años, emprendió por sí solo aquella marcha i la llevó a cabo con admirable fortuna. Tenia el conquistador de Chile, aun ántes de pisar nuestro suelo, la fama de ser el primer estratéjico entre los castellanos que hacian la guerra en estas partes de las Indias, i de ello han dejado lucido testimonio soldados tan espertos como Francisco Carabaxal, e historiadores tan ilustres como Guillermo Prescott. El paso de los despoblados de Atacama confirmó su renombre.

Mas como nosotros no hacemos hoi una biografía sino que marcamos, al pasar con la pluma, los rasgos mas prominentes e ignorados de una vida esclarecida, no entraremos en los detalles técnicos de esas operaciones. Nos bastará decir, que así como de las marchas i trabajos de don Diego de Almagro no se sabia nada con fijeza hasta la reciente publicacion de la historia de su contemporáneo i amigo Gonzalo Fernandez de Oviedo, así no podrá la posteridad formarse idea cabal de la campaña de seis meses que hizo Pedro de Valdivia en todos nuestros valles setentrionales, hasta que por algun raro evento, vea la luz la crónica del jesuita que ya hemos recordado. Baste, por ahora, decir que esa campaña, rica en episodios militares i estratéjicos,

en que el hambre era el mas constante enemigo, i que abraza la ocupacion i conquista de los valles de Copiapó, Huasco, Coquimbo, Limarí *(Ovalle)*, Choapa i Chile *(Aconcagua)*, llena el período comprendido entre el 21 de agosto de 1540, en que el conquistador tomó posesion de Copiapó, hasta el 12 de febrero de 1541, en que fundó la ciudad de Santiago, capital de la conquista i mas tarde del reino.

PEDRO DE VALDIVIA FUNDADOR.

(Santiago.)

XVII

La ubicacion, traza i delineacion de una ciudad destinada a ser capital de una nacion, era ardua tarea para aquella banda de aventureros que no traian consigo mas utensilios de trabajo que su espada. Pero su fundador, que era hombre de múltiple injenio, lo hizo todo.—«Fué menester sacar fuerzas de flaqueza—cuenta él mismo,—siendo jeométrico, alarife, pastor, labrador, i en fin, poblador, sustentador i descubridor.» Podria hacérsele tal vez el reproche de la curvatura de algunas líneas a aquel jeométrico heróico; pero la culpa no era suya, porque su primer alarife o director de obras públicas, fué un tuerto llamado Gamboa, i harto a la vista está todavía su daño en las paredes. . . Podria

criticarse tambien hoi dia, por la edilidad moderna, la anchura de las calles de la poblacion; pero es preciso no echar en olvido que aquellas debieron parecer potreros i avenidas, comparadas con las de Medellin, Córdoba i Sevilla, de donde el jeométrico venia.

XVIII

El primer pensamiento de Valdivia fué edificar la ciudad donde está hoi la *Chimba*, dándole por núcleo el cerro Blanco, como señalóle en seguida por frontal i por cúspide el peñon de Santa Lucía, a la banda opuesta del Mapocho.

El sitio setentrional era bien elejido bajo el punto de vista de la edilidad.

Las leyes de Indias i de Castilla fijaban a los descubridores el método de fundar pueblos, indicándoles de preferencia la orilla de los rios, el resguardo de los cerros, la vecindad de los bosques de madera, las planicies altas, los buenos aires, las aguas mejores que el ambiente, i todo eso encontrábase en esa deliciosa ensenada que forma el San Cristóbal con las serranías del Salto i del Huanaco. De esa suerte, el cerro Blanco habria servido de inagotable cantera, i la ciudad habria sido delineada en el llano de Santo Domingo, cuya iglesia, así como la Catedral, edificóse mas tarde con su piedra.

Tenia ademas aquella localidad la ventaja de la

acequia recien labrada por agrónomos peruanos, i que salta todavía quejumbrosa entre las peñas, serpenteando en la llanura por los troncos de higuera seculares. Hizo aquel trabajo—colosal para esa época—Vitacura, prefecto del Inca del Cuzco en el Mapocho, cuyas selváticas márjenes guardan todavía su nombre:—*el agua de Vitacura.* I cuéntase que porque los indios chilenos no acabaron el canal en el dia fijado, cumpliéles con rigor el bárbaro estranjero la amenaza que les tenia hecha, de hacer correr su sangre por su lecho, ya que no agua; i así añaden viejos cronistas que Vitacura degolló cinco mil víctimas para ajustar su horrible apremio.

XIX

Pero cuando ya habia Valdivia fijado su campamento al pié del San Cristóbal, por el dia de Santa Lucía (13 de diciembre de 1540), presentósele un cacique amigo, que fué fidelísimo a su bandera i lloró mas tarde su muerte como la de un amigo. I dióle éste un consejo diferente.

Era el último el cacique de Maipo, Loncopilla, el Colocolo de la comarca de Mapuche, e hizo presente al nuevo amo que ahora reemplazaba por el feroz emir del Cuzco, que bajo un punto de vista militar, era mejor adaptada la isla que formaba entónces, entre dos brazos del rio, el terreno que poseia, cubierto a la sazon con frondosos maizales en ple-

na madurez, el cacique Huelen-Guala, señor del *Huelen*.

Subió entónces el conquistador la misteriosa colina (que significa *Dolor*), i persuadióse que el consejo era bueno.

Es esta visita i este pensamiento lo que el mármol consagra hoi dia, representando al fundador silencioso i meditabundo, midiendo desde la altura los lindes de aquella metrópoli futura que entónces era solo una chácara de indios, con toldos i ramadas por la márjen del brazo invernal del Mapocho, que se llamó la Cañada, i por la del rio de aguas cristalinas que regaba la planicie intermedia. El cuartel de maiz que verdegueaba en el sitio que hoi ocupa nuestra Plaza de Armas, era el centro de esa planicie.

Valdivia no vaciló en elejir: el 12 de febrero de 1541 hizo el auto de fundacion, i doce dias mas tarde pasó de hecho el campo a esta banda del ameno llano, dejando para chácara suya i sitio de recreo la planta primitiva. ¡Vaiven estraño del destino del hombre i de la agrupacion de nidos de piedra i de madera que se llaman sus ciudades! Si Valdivia hubiera dibujado nuestra capital conforme a su primera mano, hoi seria tal vez nuestra bullidora plaza i su febril comercio, aquella callada ciudad de los muertos en que todos iremos a dormir despues de la faena. Por lo opuesto, la Catedral de los vivos estaria hoi donde ostentan sus marmóreas vani-

dades los mausoleos de los que fueron, al pié de la colina....

XX

Decíamos que el fundador de Santiago habia apartado para sí el sitio de su primer campamento al pié del San Cristóbal; pero lo mas del terreno dióselo a su dama, i mas tarde, por el matrimonio de ésta, pasó a su esposo don Rodrigo de Quiroga, uno de los mas bravos capitanes de la conquista i el mejor vecino de Santiago.—El nombre de *Callejon de Juarez* recuerda todavía el de su primera poseedora, doña Ines de Suarez.

XXI

Cuenta la tradicion de nuestro vulgo, que la manera de repartir la tierra que tuvo Pedro de Valdivia entre sus camaradas, fué por valles i por rios, dando a cada cual lo que su vista alcanzaba desde la cumbre mas alta. Pero Chile no se repartió por tierras sino por indios i caciques, otorgando a los mas favorecidos un *principal* o cacique de encomienda que vivia en escasa reduccion. A un conquistador llamado Alonso de Córdoba, que se decia de la familia del gran capitan, dióle Valdivia una ensenada en el valle de Pirque, a orillas del Maipo, i por ésto llámase todavía «*el Principal* de Córdoba».

El resto de la comarca del Mapocho, que alcanzaban a regar las acequias del inhumano Vitacura, repartiólo de igual manera i en la misma forma de forzosa parsimonia.

A su segundo en el mando, el prudente i animoso Alonso de Monroy, entrególe el gobernador en encomienda permanente, a Chuchunco, que quiere decir *abundancia de aguas*, porque allí se apozaban los desagües de las chácaras indíjenas de Huelen, i existe todavía un predio en esa vecindad que se llama *La Laguna*. A su jefe de estado mayor Pedro Gomez de Don Benito, dióle Valdivia, como a estremeño, los terrenos i los indios del desposeido Huelen-Guala, donde hoi yacen los barrios meridionales de la ciudad; al paso que los del norte hállanse edificados en terrenos que fueron de doña Ines de Suarez, su querida. A uno de sus mas fieles servidores i paisanos, Diego García de Cáceres, asignóle lo que es hoi la planta de Yungai, i que sus herederos—los Eyzaguirre, los Irarrázabal, los Palazuelos, los Portales—conservaron hasta ayer i conservan todavía en mucha parte:—*el llano de Portales*.

A Pedro de Miranda, que fué su alférez, otorgó, junto el último con dos capitanes, las tierras de Guachuraba; a Márcos Veas, el famoso parlamentario de Lautaro, las del cacique amigo Loncopilla; i al bravo Diego de Oro, los cerros de Apochame, cacique cuyo primojénito llamábase Navi.

A otros señaló mas lejanas estancias, como a su

amigo íntimo i paisano Juan Dávalos Jofré, los indios Taguas-Taguas; a Juan Gomez de Almagro, las juntas del Cachapoal i Tintililica, dos nombres de caciques—hoi de rios—que en aquella estancia los piadosos castellanos cambiaron por el de *San José*, cuyo nombre lleva todavía. I mas adelante, entre la Requínoa i Cailloa, hizo apartar la estancia de Juan de Cuevas, cuya guardan todavía intacta sus herederos directos, despues de once jeneraciones.

XXII

Valdivia procedió con equidad en el reparto, sin atender a paisanaje ni a favor; porque, si bien es cierto que muchos de sus capitanes eran estremeños, otros i tan famosos como los primeros, venian de todas las comarcas de la madre patria. Monroy era de Salamanca; Jerónimo de Alderete, castellano viejo de Olmedo; Rodrigo de Quiroga era gallego; Diego Cano era natural de Málaga; el bravo Juan Godinez, de Jaen; Francisco de Aguirre, castellano; i los cuatro Villagras—Francisco, Pedro, Gabriel i Juan,—de Astorga, en el reino de Leon. Aun el primer cura i primer obispo de Santiago, Rodrigo Gonzalez, era andaluz, de Carmona; i el primer abogado de Chile, Julian Gutierrez de Altamirano, particular amigo de Valdivia, provenia de Huete, en la vecindad de Cuenca.

XXIII

A todos dió Valdivia su porcion con igualdad, pero con inevitable penuria por la increible escasez de indíjenas. Al que mayor número cupo, como era natural, fué a él mismo, i estos no pasaron de mil quinientos, pobladores todos del valle de *Chile*, que el se reservó por entero, como mas tarde el valle de Arauco, desde la cordillera al mar. I esta fué la única estancia de la conquista que tuvo esos límites, con escepcion del valle de Longotoma i el de la Ligua, que cupieron algo mas tarde a dos poderosos encomenderos: al Almirante Lameros, que trocó el primero por una mortaja de San Agustin, i al capitan Gonzalo de los Rios, el último.

XXIV

Censuróse a Valdivia por su codicia al apartar un valle entero para sí. Pero él probó mas tarde que no fué avaro de sus tierras—las mas ricas del reino,—por cuanto todos sus soldados eran dueños de sembrar allí sus chácaras i echar sus hatos de ganado. Empero, un pobre pechero llamado Diego Vadillo, herrero de profesion, i cuyo oficio era de gran estima para aquellos hombres vestidos de fierro i que dormian sobre sus corazas, tuvo la avilantez de hacerle sobre ello cierto reproche en sus barbas, a lo cual el conquistador contestóle con una bofetada.

El mismo Valdivia, a quien años mas tarde se hizo un sangriento cargo judicial por aquel golpe, lo confesó de plano, junto con su justicia, en un pasaje de su letra, que por lo injenuo, se hace grato recordar.—«El soldado a quien castigué—dijo en su proceso de Lima en 1548,—es un herrero, el cual vino a pedirme le diese de comer en la civdad, i le dije que lo tomase a quince o veinte leguas de allí porque junto a la civdad no le podia dar mas *del principal* que le habia dado. E el Diego Vadillo me respondió, que no los tomaria a diez leguas. Repliquéle que mirase que habia mucho hijosdalgo e buenos e que no se podia cumplir con ellos, i el Vadillo respondió, que pesase a tal que ¿qué les debia a ellos? I por el desacato que tuvo a nuestro señor *le dí una puñada*, i luego acudió un paje con una espada, pensando que era otra cosa, i dejado al Vadillo arremetí al paje i le dí de torniscones, i el dia siguiente luego abracé al Vadillo, e no pasó mas.»

I hoi que se perjura en las alturas por un voto del comicio, ¿no siente a algo de sano i de desinfectante ese aliento de un acusado ilustre, que confiesa sus ultrajes con el mas noble de los orgullos humanos,—el orgullo de la verdad?

Tal fué Pedro de Valdivia como fundador, como repartidor i como encomendero en el valle del Mapocho.

LA CONQUISTA.

XXV

Pero la labor primera del esforzado capitan de Estremadura malogróse tan a prisa, que a los seis meses de edificada la pajiza capital con las maderas de la Dehesa, que dió en ejido a la ciudad, i con el auxilio de cinco o seis mil indios de sus valles de Chile i comarcanos hasta el Cachapoal, confederados todos éstos en mayor número i en secreto, asaltaron una noche la ciudad i la redujeron a un monton de cenizas, sin escapar un madero, un mueble, un cobertor. Tuvo lugar esa catástrofe el 11 de setiembre de 1541, fecha que han equivocado todos los historiadores, i que Carvallo rechaza hasta cuatro años mas tarde. Quemáronse entónces hasta los pellejos de carnero en que, a falta de papel, habia escrito los primeros acuerdos del cabildo Luis de Cartajena, su secretario. Por ésto, cuando en 1544 pudo comprarse papel a un tal Alonso Galiano, a peso materialmente de oro, se hizo un mamotreto que todavía existe, i cada una de cuyas letras vale hoi su precio en aquel metal (1). Pusieron a esta reliquia, cien veces mas preciosa que el «retrato» i

(1) «Mandaron que se pagara a Alonso Galiano *cuarenta pesos de oro* (como quinientos de nuestra actual moneda) por ciertas *manos* de papel que se le tomaron por el cabildo.»—Acuerdo del 16 de enero de 1545.

el «palacio» de Valdivia (porque es reliquia auténtica), el nombre de «el libro becerro,» por cuanto su rudo encuadernador lo cubrió con un pellejo de ternero. Mas apropiada tela para ese libro—romance heróico de nuestra cuna—habria sido una piel de leon...

XXVI

Unico entre todos los viejos cronistas, cuenta los pormenores de aquella ruda batalla, el jesuita Diego de Rosales, i compone así con su sencillo relato, uno de los episodios mas interesantes de la historia de esta mansa i afortunada ciudad. La jornada del 11 de setiembre de 1541 es *el veinte de abril* de la conquista, i aquella i la última han sido, junto con la catástrofe del 8 de diciembre de 1863, los grandes sacrificios de esta ciudad favorecida por el cielo, i que así ha pagado en dos ocasiones el holocausto de sus mayores culpas:—la farsa del derecho que se ha llamado comicios, i la falsa relijion que se llama todavía fanatismo.

En otro jénero de peligros, Santiago ha salido siempre airosa: la tea de la guerra civil se detuvo en Ochagavía; la espada de la venganza colonial, en Maipo. En cuanto a sus terremotos i aluviones, han servido para rejuvenecerla, porque de suyo habria muerto de vieja i de pereza.

XXVII

Entre tanto, el alzamiento jeneral de las comarcas que Valdivia ocupaba con un puñado de secuaces—doscientos hombres diseminados en doscientas leguas,—atrajo a su empresa de colonizacion las calamidades mas horrendas. Vino el hambre, la desnudez, la desesperacion, el patíbulo. Al dia siguiente del incendio de la ciudad, no encontró doña Ines de Suarez, que era la despensera, el médico, la heroina, la dama pecadora i buena moza, el ánjel tambien, porque era la mujer única; no encontró, decíamos, sino una *almuerza* de trigo, es decir, lo que se daba en crudo para el desayuno de un soldado. Así fué que para no morir de hambre, hizo Valdivia calzar una espada en la fragua de Vadillo, a manera de arado, la unció a su caballo i él propio abrió su surco en su solar, para ejemplo.

XXVIII

Es increible i heróico lo que entónces pasó i que duró tres años en este ameno i feraz valle.—«Los hambres—dice Valdivia en su última carta descubierta i poco conocida todavía—que en los dos de ellos se pasaron, fueron insoportables, i que a fé pocos comian tortillas; i los que venian a comer conmigo, ya teníamos cuenta que unos dias salíamos a dos tortillas i bien chiquitas, otros a una i media,

i otros a una, i los mas a ninguna, i como Dios proveerá.»

«Andaban muchos españoles en cueros, agrega otro conquistador (Luis de Toledo, en el proceso de Valdivia de 1548), que no traian encima camisas ni otros vestidos, sino unos muslos de cueros e unos jubones con que cubrian sus vergüenzas....E como habia españoles que no tenian mas que una camiseta de lana, que era de indio, e como todos cavaban e araban e iban a cavar e a arar, e por no gastalla, desnudaban cuando habian de arar e cavar.»

El mayor lujo del vestido entre aquellos héroes cubiertos de andrajos, era el haber obtenido un pellejo de zorra—dice otro de aquellos—el bravo Gregorio Castañeda, héroe de Puren.

XXIX

I no eran solo los indios los que daban que hacer al fundador: peores, porque eran mas aleves› mas osados i sufrian mayor desesperacion en aquel cautiverio, mas duro que la muerte, fueron muchos de sus camaradas. I por este camino habia acontecido que ántes del incendio de Santiago (por agosto de 1541), ya la sangre castellana habia corrido en su plaza de armas al pié del cadalso. Valdivia hizo esa justicia por sí mismo, ordenando dar garrote a don Martin de Solier, que era rejidor, i al

procurador de ciudad Antonio de Pastrana, con tres mas. El propio gobernador, que vino de un galope desde Quillota a hacer aquel castigo, dice que los comprometidos en la conjuracion para matarlo i fugarse de la horrible colonia, eran muchos, i que él, por la escasez de jente, no los colgó a todos de la horca. I así él mismo decia de esta situacion i sus horrores, a uno de sus camaradas, que algo merecia como premio «por haberse sustentado con ciento i cincuenta españoles, que son del pelo que vuesa merced sabe, en esta tierra, trabajándolos a la contina de noche i dia, sin se desnudar las armas, haciendo los medios cuerpos de guardia un dia i una noche i los otros otra, cavando, sembrando, arando i a las veces no cojiendo para mantenerse ellos i sus piezas i hijos, i sin haber dado un papirote a ninguno ni díchole mala palabra, sino fué a los que ahorqué por sus merecimientos......» (1).

¡Curiosos conceptos de aquel insigne soldado! Sin duda la *puñada* que dió a Vadillo, parecíale solo un papirote; pero no contaba por tal la muerte de cinco compañeros de armas, a quienes «ahorcó por sus merecimientos». Análoga declaracion hizo, cinco años mas tarde, cuando su lugarteniente Francisco de Villega, mandó cortar la cabeza a Pedro Sancho de la Hoz, cuyo episodio, si bien peculiarísimo de la época i de los hombres, no cabe en este cuadro.

(1) Carta citada a Hernando Pizarro.

XXX

Por todo ésto aseguraba Valdivia, cuando se sintió ya mas holgado, que si no hubiera llegado tan a tiempo del Perú con socorros de vestuario, víveres i auxiliares, en 1544, su fiel amigo Alonso de Monroy, habrian perecido todos, porque «ya estábamos—dice su secretario de cartas Juan de Cárdenas, que era hombre travieso en el lenguaje—en el caso de decir:—*En tus manos, Señor, encomiendo mi alma,*» para lo cual emplea aquel un latin a su manera. —«Pero—añade Diego de Rosales—Valdivia preferia la muerte al abandono de su empresa, i por eso a todo puso pecho de hombre con heróica paciencia».

VIDA SOCIAL I DOMESTICA.

XXXI

No todo, empero, era zozobras i amarguras en aquella dura vida. Doña Ines de Suarez endulzaba las horas del conquistador, a quien habia seguido, arrastrada por vedado, pero irresistible i abnegado amor, i porque, aunque alguno de los conquistadores que la conocia i tratara en la intimidad, llámala en documentos inéditos de la época, una «mujer loca» (por lo cual pidieron su espatriacion para Espa-

ña o el Perú), no es ménos cierto que fué doña Ines la Providencia i el paño de lágrimas de la infeliz colonia. En cuanto a su *locura*, ¿pudo su pecho i su cerebro albergar otra mayor i mas sublime que la de seguir a un conquistador a tierra ignota, entre soldados i entre bárbaros, i serle fiel hasta que la relijion santificó su tálamo en mas venturosa coyunda con uno de sus subalternos?

XXXII

Sea como fuere, doña Ines era el alma de la triste poblacion, porque en los dias de batalla peleaba a la par con los soldados, i en el reposo, les amasaba sus *tortillas* i vendaba sus heridas. Fué Ines de Suarez, mas que Pedro de Valdivia, la verdadera fundadora del hospital de San Juan de Dios.

Dábase trazas aquella singular mujer, de alma tan levantada como era frájil su belleza, para proporcionar solaz a los sombríos compañeros de su amante; i cuenta alguno de aquellos, como Bernardino de Meya (que es quien la acusa de *loca*), Luis de Toledo, Gregorio de Castañeda, Diego García Villalon i otros convidados de su mesa, que por el dia de San Pedro i en las pascuas—tan gratas a los cristianos españoles,—preparaba doña Ines en casa de Valdivia, parcos pero alegres banquetes, en los cuales, cuando no habia escasez para el cáliz, bebia ella i los conquistadores «sus copas a la flamenca.»

Parece que ésto era a manera de los bríndis de estos tiempos, diciendo el uno al otro de los que se invitaban: *bebo a vos*. Pero de estos bríndis flamencos—mas inocentes que los de Alonso de Rivera, que acostumbraba a brindar por los ánjeles—acusaron a Valdivia, como si a un conquistador castellano que se habia hallado en el saco de Roma, no le hubiese sido lícito libar sus labios en la misma copa con la mujer que amaba!

XXXIII

Dolor verdadero i vivo, pero fugaz, debió causar en el fogoso corazon del soldado estremeño la sentencia que en su proceso de Lima, pronunció el 19 de noviembre de 1548, el ilustre clérigo La Gasca, que en esta vez hizo de emperador i papa, condenándole a separarse de aquella mujer que tanto le habia amado i tanto le habia socorrido. Protestaba Valdivia bajo mil juramentos, que doña Ines era una mujer honrada que él guardaba en su casa solo para su respeto i sus dolencias; pero otra cosa deponian sus mas íntimos amigos, i otra fué la creencia del juez basada en hechos. Así sucedió que, dando el gobernador absuelto la vuelta a Chile, casóse doña Ines, por transaccion, con el honrado i complaciente Rodrigo de Quiroga, que fué dos veces mas tarde gobernador de Chile.

Arreglada de esta orijinal pero auténtica manera

esta cuestion de tálamo, Valdivia, cuyas pasiones eran duras, encontró quien reemplazara, si no en su corazon, en su hogar, a la hermosa malagueña. Llamábase esta dama doña María de Encio, i es curioso que, habiendo silenciado su nombre i su pecado todos los cronistas, sea un obispo de Santiago—el ilustrísimo Salcedo—quien en una epístola inédita que tenemos a la vista, fecha 10 de abril de 1634, nos haya conservado esta curiosa circunstancia de la vida del fogoso conquistador.

¿De dónde vino aquella mujer? Trájola del Perú Valdivia despues de la sentencia de La Gasca? Era, como doña Ines, alguna viuda de capitan conquistador o mercader?—Ignórase todo, escepto de que la Encio fué no solo una mujer inferior en todas sus partes a su abnegada predecesora en la alcoba del conquistador, sino que casada mas tarde (por el sistema de traspaso de Valdivia) con el capitan Gonzalo de los Rios—personaje mui adicto al gobernador,—asesinólo cobardemente aquella, «echándole azogue en los oidos,» dice el obispo citado.

Fué tambien esta mujer perversa abuela de la famosa i popular *Quintrala*, aquella feroz i lasciva doña Catalina de los Rios, delante de cuyos crímenes nefandos airó su rostro, cual hoi lo tiene, el *Señor de Mayo*, i que está colgada de un cabello en las puertas del infierno. . . Pero no es ocasion de hablar hoi de esta Lucrecia Borgia chilena, cuya vida corre

ya enredada en los puntos de nuestra rebuscadora pluma.

XXXIV

Valdivia era tambien jugador, como eran entónces todos los soldados i en especial todos los descubridores del oro de la América, i gastaba en ocasiones, embebido en los naipes, como Pizarro en los bolos, las largas veladas del invierno, copiosísimas en lluvias, especialmente el de 1544, que fué todo un aguacero.

En una ocasion jugó con el capitan Bernardino de Mella, rico encomendero de Concepcion, cierto repartimiento de indios, i perdió siete mil pesos en oro, lo que le causó grande enfado, si bien mas tarde negó ante la justicia la partida i la pérdida.

«Item—decíanle a este propósito sus acusadores ante el presidente La Gasca en 1548,—que jugó el gobernador un cacique con Bernardino de Mella de esta manera, que le dijo.—Juega hasta siete u ocho mil pesos, i si los ganáredes daros hé a *Juan Borongo*. I con este cacique ganó a Bernardino de Mella mas de *quince* o *veinte mil* pesos; i despues le vino a jugar el mismo cacique, i le ganó siete mil o mas pesos el dicho Mella, i le pidió el cacique, i le dijo que si él tuviera criados que allí habia de haber muerto, i le trató mal de palabra, i el dicho Mella lo publicó i lo supo toda la tierra, i está aquí.»

A éste contestó Valdivia con brevedad i sin disimular su rabia, sacando por testigo en contra al mismo ganancioso, «que estaba allí,» es decir, en Lima.—«Niego el cargo—dijo Valdivia,—pues que yo nunca tal hice direte ni indirete, i Mella está aquí que dirá la verdad, como aquí se dice, porque es ansí.»

Pero lo grave del caso es que Mella no lo negaba, i al contrario, dos capitanes cuya veracidad estaba a mayor altura que toda pasion de enojo, i eran amigos de Valdivia—Toledo i Castañeda,—aseguraban que el mismo Mella les habia contado el curioso lance de Juan Borongo. Era éste el cacique principal de Peñalolen, Macul, i toda la falda de la cordillera entre el Mapocho i el Maipo.

XXXV

Otros de los pacíficos menesteres de la trabajosa vida de aquellos indomables colonos, era la diaria misa que decian en la parroquia, cada mañana, el cura Gonzalez, el «padre Pozo,» capellan de Valdivia, a cuyo lado murió, i un clérigo llamado Diego Perez, que luego se hizo rico i fuése del pais.

En tales ocasiones conferenciaban los piadosos caballeros de sus cuitas en corrillos, i Valdivia asociábase a ellos como jefe, como amigo i como orador, porque era hombre de corazon espansivo,—metal sonoro al que la lengua arranca jenerosas vibraciones.

Era aquel el primer club de Santiago, a la puerta de la parroquia, i fué mas tarde comicio público para los ciudadanos, al amor grato del sol de la invernal mañana, que bañaba entónces la fachada humilde del adoratorio.—«Yo acostumbraba—decia el mismo Valdivia, acusado insensatamente de haber predicado sermones en la iglesia;—yo acostumbraba *hablar muchas veces en público*, al tiempo que salíamos de la misa para consolallos de los trabajos en que estábamos i dalles esperanzas de remuneracion.»

Pero negó categóricamente lo de los sermones. Quien hizo éstos, i con grande escándalo de unos i alegre algazara de los demas, entre cuyos últimos no pudo ménos de estar Valdivia, fué su secretario i escribano mayor del reino, Juan de Cárdenas, hombre de tan agudo injenio como orijinal catadura, quien un dia se subió al púlpito i, en presencia de todos los pobladores, predicó un gracioso sermon contra cierto mercader llamado Calderon de la Barca, que se daba aires de descubridor de islas i se hacia poner, como tal, sitial dentro del templo, a guisa de gran señor i encopetado caballero.

EL VIAJE AL PERU.

XXXVI

Así pasaban los dias i los años, en la ciudad del

Mapocho, i la conquista no avanzaba un paso. La pajiza capital de ranchos, rodeada de solares plantados de menestras, parecia un presidio de ocio enclavado en el último confin del orbe conocido. Chile era una isla perdida en los continentes i en los mares, donde todo era silencio, miseria i olvido. Su frontera solia ser el Maule; pero mas comunmente éralo el Cachapoal. En siete años se habia tenido solo dos veces noticias del Perú i del mundo: la primera, por un mercader llamado Martinez de Vegazo, la segunda por Alonso de Monroy, que trajo un refuerzo escaso i la nueva de muchos alborotos, terminados aparentemente en la muerte de «Almagro el mozo,» ocurrida en la sangrienta batalla de las Chupas, donde fué mas tarde Ayacucho i la redencion de la América española.

Pero por el mes de noviembre de 1547, habíanse cumplido ya dos largos años desde que ni los cóndores de los Andes se hacian mensajeros con su vuelo, de una nueva o de un augurio. La situacion era desesperante; pero en el alma ancha i grande del conquistador de Chile no entraba humano abatimiento. Todo lo que roia su potente naturaleza física, era la inaccion forzada i la paralizacion irremediable del descubrimiento—pasion i fuego de la época, como la de las cruzadas de siglos anteriores;—al paso que su alma, como un trozo de bruñido acero abandonado en un pantano, cubríase del orin del ocio i del letargo. Por ésto don Pedro de Valdivia

jugaba a los naipes i a la *dobladilla;* por ésto vivia en ilícitos amores de adulterio; por ésto daba *puñadas* en el rostro a sus servidores. . .El leon se aburria i se encolerizaba dentro de la jaula.

XXXVII

Pero una mañana—la del 1.° de diciembre de 1547—apareció en la rada de Valparaiso un desmantelado barco que conducia de aviso el fiel Pastene, quien habia empleado ocho meses en romper los vientos adversos del sur, navegando al cabotaje. Ese buque traia noticias de un drama completo de tres años. Ese drama era la rebelion de Gonzalo Pizarro contra España. Valdivia se echó en brazos de Pastene, sollozó, lloró, i *en la hora*—dice él mismo—tomó su partido. Fué éste volar al Perú, la espada en la mano, la fidelidad en el pecho, los brios en todas sus fibras, para defender al rei i la patria, la lei i la conquista. Hemos contado hoi mismo por menudo i bajo otra luz, hechos i revelaciones nuevos en todo, esta resolucion i este viaje (1).

Bástenos decir, en consecuencia, que el 13 de diciembre de 1547, Valdivia corria a toda vela hácia el Perú con trece compañeros. Trece habian sido tambien los de la isla del Gallo, trece fueron

(1) Véase el episodio publicado por El Mercurio de Valparaiso el 23 de diciembre de 1876 con el título de *Pedro Valdivia i su viaje al Perú.*

los de Puren i de la fama que acaudilló Juan Gomez de Almagro.

Un mes despues, el 12 de enero de 1548, Valdivia estaba en Lima, i en una semana gastó el millon de pesos (80,000 pesos de oro) que por despojo, sacó de Chile. Dícese que en las calles de aquella ciudad, que él hizo de reyes, obligaba a sus bridones a soltar sus herraduras de oro para que las recojiesen los paseantes, i las regalaba a éstos de limosna con finjido i ostentoso menosprecio. Los «hombres serios» de todos los tiempos han llamado «farsas» este jénero de actos, como llamaron pacto de los *tres locos* a la compañía de Almagro, Pizarro i el canónigo de Panamá. Pero son esos los locos que descubren los mundos, los que redimen la humanidad, los que consagran portentosos inventos, los que del polvo levantan ejércitos, como Pompeyo con la planta de sus piés. Así Valdivia, desparramando herraduras de oro en la ciudad de los reyes, levantó un ejército, rehabilitó al «mal infamado» Chile i dió al catálogo del mundo una nacion mas i una bandera.

XXXVIII

La campaña de Pedro de Valdivia no cabe tampoco en esta relacion, porque ya ha sido contada por dos grandes autoridades, por Prescott i su májica pluma, i por Barros Arana, profundo i feliz investigador que encontró en España, entre los here-

deros del presidente La Gasca, tesoros que habrian sido para el primero el mayor de sus hallazgos. Pero haremos solo dos reflexiones contra el espíritu de jactancia que el historiador norte-americano atribuye en cada pájina al conquistador de Chile, a propósito de sus servicios en el Perú, i a la creencia sustentada por el historiador chileno, de que la acojida hecha por el pacificador del Perú a Valdivia fué inferior a la que éste ponderó en sus cartas.

XXXIX

Sobre que Pedro de Valdivia fué jactancioso, no hai disputa. Fué un pobre soldado que nació solo «con una capa sobre los hombros,» i era ahora un conquistador ilustre, descubridor, gobernador de un reino, jeneral afamado; i así, esa superabundancia de su suficiencia de que se le hace reproche, por ésto solo se esplica. Las cartas en que la exhibe, no son ademas simples noticias, como la del austero La Gasca, que no pedia por premio de sus altos hechos sino su breviario. Esas cartas, felizmente conservadas, eran verdaderos memoriales de servicios ante una corte ingrata i lejana. Era preciso, por tanto, recargar la mano en los escritos para no verse olvidado, postergado, vendido a un aventurero osado, como estuvo al suceder con Pedro Sancho de la Hoz. Por ésto cargaba su tinta el astuto secretario

de Valdivia, Juan de Cárdenas, cuando escribia a España.

I por otra parte, si Valdivia hacia dar colorido a las frases por su porta-voz, no exajeraba en manera alguna sus hechos en el Perú, pues éstos están conformes al rigor histórico. La autoridad militar de Valdivia era decisiva en los consejos, como su espada lo era en las batallas.

El, desde que llegó i conoció el desbande que la vuelta a la lealtad producia en el campo de Gonzalo, prometió a La Gasca que acabaria la campaña sin mas arbitrios que los de la estratéjica; i ésto fué lo que tuvo lugar en la famosa batalla de Xaxixaguana, que no fué batalla sino rendicion.

Cuenta el jesuita Rosales, que concluida la entrega de Gonzalo i de Carvajal, a quien Valdivia capturó en persona, doblando el último una rodilla en tierra ante su jefe, hablóle de esta suerte:

—«Ya, señor, cumplí mi palabra i e dado preso al rebelde.»

—«Levantaos, señor, contestóle el pacificador, que lo habeis hecho como de vuestro valor siempre esperé.»

XL

En cuanto al juicio del señor Barros Arana, basado en los papeles de La Gasca, sobre que el último no hizo todo el caso que Valdivia le atribuye

con relacion a su persona i a sus servicios, hai un hecho que contradice por completo aquel concepto. I ese hecho fué el de que Valdivia, siendo que no tuvo un puesto fijo en el ejército pacificador, fué el único a quien La Gasca osó dar en propiedad el gobierno de un reino como premio.—El 8 de abril de 1548 tuvo lugar el desenlace de Xaxixaguana, i el 13 estaba nombrado Valdivia, que no tenia título alguno legal, escepto el tumultuario alboroto de sus capitanes, gobernador de Chile por el rei. Era todo lo que él pedia en su ambicion. ¿Podria haberle dado mas el delegado de Cárlos V?

Obsérvese que al jeneral en jefe de su ejército, a Pedro de Hinojosa, otorgóle La Gasca como suprema recompensa, solo el gobierno subalterno de Potosí, i a su jefe de estado mayor, Alonso de Alvarado, gran amigo de Valdivia, no le dió ningun puesto político determinado.

Nó. En las cartas de Valdivia hai evidente vanagloria, porque el conquistador era alabancioso de sí mismo. Pero no aparece exajeracion de hechos, ni de servicios, ni de premios, pues volvia ahora a Chile en posesion sobrada de lo que habia venido a buscar en el Perú:—la pacificacion, que era el sustento de su conquista, i el título de su autoridad suprema, que era la cúspide de la última.

XLI

Valdivia habia salido de Valparaiso el 13 de enero de 1547, i estaba de vuelta en Santiago, en medio de universal regocijo, iluminaciones i gritos de *viva el rei!* el 14 de junio de 1548, dia de Corpus Cristi, cuyas fechas quedan desde hoi definitivamente asentadas.

I para que se juzgue de la hercúlea naturaleza de aquel conquistador de dos reinos, déjesenos trazar su itenerario por uno i otro de aquellos, a vuelo de ave i al galope del caballo, por la sierra i el desierto.

Dijimos que el 12 de enero de 1548 habia llegado Valdivia a Lima. El 22 salió para Andaguaylas a reunirse con La Gasca, habiendo gastado un millon de nuestra moneda en alistarse. El 23 de abril estaba ya en Cuzco, vencedor; en mayo se hallaba otra vez de regreso en Lima; en junio, en Arequipa; el 31 de agosto, en el desierto de Atacama. Valdivia habia galopado ya cerca de mil leguas en solo siete meses, haciendo una feliz campaña i organizando cuatro divisiones de su futuro ejército, una en el Cuzco, otra en las Charcas, otra en Arequipa, otra por mar en el Callao.

Pero acusado ante La Gasca en Lima, préndelo Hinojosa en las puertas de Chile (el presidente emplea a su jeneral en jefe para capturarlo), i sigue otra vez a Arequipa, otra vez a Lima, i éstas son otras quinientas leguas de quilla i de caballo.

Absuelto en Lima el 19 de noviembre, el gobernador de Chile encontróse por la tercera vez en Arequipa a principios de diciembre, i allí estuvo al rendir la ajitada vida bajo la ponzoña de mortífera fiebre i de desengaños peores que el veneno. Pero la exuberancia de su rica sangre le salva, i el 18 de enero de 1549, al año cabal de su salida de Chile, está otra vez Valdivia en Arica, i allí se embarca trayendo por toda provision unas pocas fanegas de maiz i cincuenta ovejas en sal. Dos meses i medio empleó en aquella navegacion, que es hoi de tres dias; otro mes i medio guarda en Valparaiso los refuerzos que por todas partes le llegan; i a principios de junio marcha *a pié* al fuerte de Quillota, visita su valle de Chile, que es su estancia, i reconciliado al fin con sus súbditos del Mapocho, los abraza, los acaricia i los bendice, en un dia que los antiguos consagraban a la reconciliacion.

LA PRIMERA CAMPAÑA DE LA CONQUISTA ULTRA-MAULE.

XLII

De regreso en Chile, no pensó Valdivia sino en cumplir la grande ambicion de su vida, simbolizada en estas dos palabras:—*descubrir*—*conquistar*. Escaramuceando, como Cano de Aponte dos siglos mas tarde en la plaza de Santiago, cayó con el ca-

ballo a los dos meses de su llegada (setiembre de 1549); pero mas feliz que el último, recobróse, hizo su testamento, i en una litera salió para la conquista por la Pascua de Navidad de 1549. El dia 23 entregó su testamento al cabildo en un pliego cerrado que no contenia sino dos fojas de papel; i aunque impuso una multa de cinco mil pesos de oro a cada rejidor que lo desobedeciese, no solo no cumplieron, sino que lo hurtaron. Consérvanse todavía como testigos acusadores de aquel despojo sacrílego de la historia, las hilazas en que la última voluntad del conquistador de Chile estuvo cosida en el *Libro becerro* de Santiago.

XLIII

Era aquella la primera vez que Pedro de Valdivia salia en forma, no solo a descubrir sino a conquistar i a poblar, mas allá del Maule, mas allá del Itata, mas allá del Bio-Bio. Es cierto que en enero de 1546, habia hecho hasta el último rio una espedicion a la lijera con doscientos hombres; pero en ella no habia tardado sino cuarenta dias, entre el 11 de enero, en que dejó el Mapocho, i el 21 de febrero, en que se hallaba de regreso en sus márjenes.

Esa marcha fué, en efecto, mas una esploracion que una campaña. Valdivia anduvo vagando una semana por el territorio montañoso de Puchacay i Coelemu, siempre asaltado por millares de indios que

de noche vagaban al rededor de sus fogones como bandadas de buitres, hambrientos por comer corazones de aborrecidos *huincas*. Una noche acampóse en el antiguo valle de Peguco (*agua del Pegu*, árbol, cuyo vocablo fué corrompido en *Penco*), i estaba de tal manera rodeado de insolentes enemigos, que segun testimonios inéditos de sus propios capitanes, que tenemos a la vista (Castañeda, Toledo i otros), los mas valientes le rogaron se salvase dando la vuelta a Santiago. I así dice un cronista, «que al rayar la luna mandó que montaran todos a caballo i se volvió a Santiago,» dejando grandes fogatas encendidas para engañar las embravecidas muchedumbres que a donde quiera le seguian. Tenian en aquella ocasion de tal manera segura su victoria los indíjenas, que culpándose cuando apareció la luz del alba los unos a los otros de la fuga de los cristianos, se acometieron i acuchillaron con furor entre ellos.—«Dieron este aviso—dice Rosales—dos indios, pajes de un capitan, que estuvieron a la vista encubiertos, i que se quedaron a buscar una petaquilla de herraje que se les habia olvidado, de su amo.» I aunque parezca estraña esa dilijencia, era sobrado justa, porque las herraduras de duro hierro de Vizcaya fueron los billetes de banco de la conquista. Como no habia oro amonedado i una herradura sin clavos valia cuatro pesos de oro (así las compró Valdivia a Guillermo Rocha en 1544), o lo que es lo mismo, veinticinco pesos de nuestro mo-

derno numerario, corrian como corren hoi los frájiles billetes.

XLIV

Era en esta segunda i formal campaña, el ánimo de Valdivia cambiar de firme el asiento del reino, mudando las armas i el gobierno a los territorios australes. Por ésto, en cierta manera, despobló con ingratitud a Santiago, que quedó convertido con su marcha en páramo i en desolacion. El inquieto i absorbente invasor arrastró con todo, soldados, indios, caballos, clérigos, pajes, mujeres, como la heroina Beatriz de Salazar, la primera *rabona* del ejército de Chile, i hasta su casa de la plaza vendióla a los oficiales del rei. Todo lo que dejó a los desconsolados pobladores, que sobre ello le hicieron formal requerimiento el 13 de octubre de 1549, cuando se hallaba postrado en su cama por el golpe del caballo, fué aquel arrogante herrero Diego de Vadillo, el de la *puñada*.

De esa suerte, el presidio del Mapocho quedó convertido en cementerio, i comenzó la era de grandes pruebas para Santiago,—potrero, hospital i claustro de la conquista. Penco iba a ser el campamento, es decir, la capital. Fué a la verdad tan escesivo el desamparo en que quedaron los sufridos pobladores del Huelen, que en el cabildo del 1.° de enero de 1550, no hubo para la eleccion anual de alcaldes,

que se verificaba en ese dia, sino dos rejidores. Fueron éstos Pedro Gomez de Don Benito i Francisco Miñez. Todos los demas habian marchado al derredor de la litera de Valdivia, la espada al cinto, la celada sobre la frente, la codicia i el heroismo escondido en los corazones: Jerónimo de Alderete, Juan Dávalos Jofré, Francisco Riveros «el viejo,» Alonso de Escobar, «admirable jinete en ámbas sillas» i noveno abuelo del que ésto escribe; Alonso de Córdoba, el bravo Juan Godinez, Gregorio Castañeda, la flor i el fuego de los conquistadores.

Solo en el Maule montó Valdivia a caballo i pudo asomarse al Bio-Bio, cuyo nombre, por el remedo supersticioso de las olas que en sus creces forma imitando al Océano, no por el ladrido de un perro, diéronle los araucanos. Así dice Rosales, que habló durante cuarenta años su lengua.

XLV

El 24 de enero de 1550 hallábase, en efecto, Valdivia a caballo sobre el Laja, en su desembocadura sobre el Bio-Bio, donde está hoi la estacion de San Rosendo, i en seguida bajó hasta el Andalien, donde le dieron los indios confederados desde el Itata al Cautin, un mes justo mas tarde (el 20 de febrero de 1550), tal batalla en la medianoche, que la caballería hubo de pelear a pié para defender sus monturas, que valian tanto como los guerreros, con

sus adargas i escudos. Los primeros que se apearon a los gritos de Valdivia—*vergüenza, vergüenza de españoles!*—fueron Juan Godinez, Gregorio Castañeda i Francisco Riveros el viejo—«Prometo mi fe que hace treinta años—decia en una carta al rei—que sirvo a V. M. i he peleado con muchas naciones i nuca ví tal teson de jente» (1).

Fué aquella batalla de dos noches tan fantástica como terrible, porque los castellanos encendieron luces de carrizos en el lóbrego bosque, i a sus fulgores lívidos peleaban con millares de flecheros escondidos en los matorrales: para cada cristiano, los bárbaros enviaban columnas sucesivas de quinientos mocetones, porque en esa proporcion era la lucha.

Fué tambien en esa ocasion cuando doña Beatriz de Salazar, que con otra mujer seguia al ejército cristiano, mató en la fuga seis indios con un asador, lamentando un cronista, que no hubieran sido siete, «como se cuenta de la santa Forneira de Portugal, que mató siete castellanos con una pala de horno.»

Recojióse al fin el campo estremeño a un fuerte de palizadas que labró Valdivia en el sitio que ha-

(1) Dice Mariño de Lovera, único historiador que da esta fecha, que esta famosa batalla tuvo lugar el 24 de febrero. Pero Valdivia habla del 23 como de una fecha posterior a la batalla; i siendo así, ésta debió tener lugar el 20 o el 21. El sitio de ella fué en el paso del Andalien, a dos leguas españolas de Penco el viejo.

bia estado por ser su sepultura en una noche de febrero en 1546, es decir, en el valle de Penco, que fué tres veces la sepultura de tres jeneraciones, quemado dos veces, destruido otras tantas por bramadoras salidas del mar i terremotos.

Aquella palizada fué la cuna de la antigua Concepcion.—Establecióse allí Valdivia para esperar refuerzos por el mar, el 3 de marzo de 1550, i el 5 de octubre pobló formalmente la ciudad.

XLVI

Aquel asiento i aquel invierno decidieron de la suerte de Valdivia i de la conquista. Enamoróse el poblador de la comarca templada, feraz, abundante en rios, rica en oro i, sobre todo, pobladísima, que se estiende por la costa i por los llanos del Bio-Bio al Cautin. Decia en sus cartas, que esa rejion era mas poblada que la Nueva España, porque «es toda un pueblo e una simentera e una mina de oro».—Jerónimo de Alderete, su segundo, que habia sido el primero en recorrerla i descubrirla, lo habia comparado, a su vez, a los «Estados de Flandes,» i de aquí el nombre patronímico de *El Estado de Arauco*, que inmortalizó Ercilla.

Con esfuerzo sobrehumano redujo Valdivia a su brazo aquella comarca, en tres campañas, es decir, en tres veranos. Verdad es que la perdió en un dia; pero nosotros no hemos sabido reconquistarla en

tres siglos. «Vergüenza, vergüenza de chilenos!....»

Aquellas campañas han sido contadas con indecible confusion, por la mayor parte de los historiadores; pero su conjunto i su individualidad se hace tanjible leyendo las cartas del conquistador i especialmente la crónica inédita de Rosales; i así, vamos a concretarlas a unas cuantas fechas, para la clara i concisa intelijencia del lector.

XLVII

LAS TRES CAMPAÑAS DE LA ARAUCANIA.

(1550-51.)

Construido el fuerte de Penco en el otoño de 1550, Valdivia invernó allí con su ejército bajo grandes balcones con cobertor de heno i cañas de maiz, i ocurrió una noche que se incendió una de las cortinas del fuerte, quemándose caballos, víveres i forrajes, hecho éste de que nadie habia dado hasta aquí cuenta, i que puso en graves conflictos al conquistador.

Pero a la vuelta del verano, de los pastos maduros i de las cosechas en las trojes, despachó Valdivia al infatigable, aunque ya viejo Alderete, ordenándole llegase por los llanos hasta el Cautin; i él en persona marchó a reunírsele, avanzando por el *Estado de Arauco*, que desde aquella marcha hizo suyo. Fué entónces probablemente, i no ántes, cuan-

do tomó a su servicio a Lautaro, hijo del cacique principal de aquella tierra (1).

Con anterioridad de unos pocos meses i como a la descubierta, habia hecho Alderete, con una ajilidad que sorprendia en sus años, i «con las lanzas en las manos,» un reconocimiento de aquel territorio, cuajado de bravos naturales. «I volvió—dice Rosales—con admiracion de sí mismo por haber hecho tan gran desatino.» El viejo castellano habia llevado solo 52 soldados. ¡Estraña coincidencia! Era exactamente el mismo número que llevaria Valdivia cuando le mataron en aquellos mismos valles.

XLVIII

A la vuelta de unos cuantos dias de marcha paralela—Alderete por *Molchen*, nombre de un cacique, Angol i Lumaco, Valdivia por Lota, Colcura, Arauco i Tirúa,—encontráronse ámbos en un dia fresco de marzo, en un delicioso llano a orillas del Coltena (*Cautin*). Eran las famosas praderas de la Imperial, yermas i solitarias otra vez hoi dia, si bien su pastoreo solo mereceria i pagaria con el quíntuplo su pronta reconquista.

I a las orillas de su remanso i cristalino rio, que

(1) Esta cuestion i todas las relativas a Lautaro, están tratadas en un libro que actualmente tiene en sus prensas la *Imprenta de la Libreria del Mercurio*, con el título de *Lautaro, su vida*, etc., i que debe darse a la luz el 1.° de enero de 1877.

ahí recibe dos veces cada dia el beso de dulces mareas cuajadas de deliciosos peces, sentó Valdivia, por el plácido mes de marzo de 1551, la ciudad que se llamó «Imperial,» no por adulacion a las coronas, sino porque era digno sitio para fundar la capital de un imperio.

XLIX

(1551-52.)

El almanaque de la guerra en Chile cuenta solo por estíos, desde la conquista hasta las revueltas civiles del presente siglo, porque ha sido costumbre antigua campear solo en la estacion veraniega de soles, de forrajes i cosechas.

Así, el estío subsiguiente de 1851-52 fué de avance de la frontera hácia el Tolten, i en seguida hasta el Calla-Calla, i en seguida hasta el pié del volcan de Villarrica.

En enero de 1552 quedó fundado Valdivia; en abril, Villarrica.

L

Existe una relacion preciosa i detallada de esta campaña, que comprende de paso, del Cautin, del Tolten i la esploracion del rio Valdivia (llamado *Guadalabquen* por los indíjenas, que empleaban la articulacion *Guada* de los árabes, como en el *Guadal*-quivir, *Guad*-iana), desde su embocadura en el

mar *(labquen)* hasta la laguna de Riñihue, donde nace. Escribióla un soldado que anduvo en aquello, i es digno de leerse su relato injenuo i minucioso (1).

LI

El padre Rosales agrega tambien algunas escasas noticias inéditas sobre esta atrevida i laboriosa espedicion, que tuvo por guia un indio desesperado en sus amores; i entre otras cosas, cuenta un pequeño episodio pastoril que revela la espontaneidad del alma jenerosa de Valdivia aun en las nimiedades. Refiere, en efecto, el jesuita que, habiéndole presentado un pehuenche cierto hermoso zapallo, en el valle de la Marquina (hoi San José), tomólo en sus manos con regocijo el conquistador estremeño, i díjole:—«Mas estimo este zapallo que cuanto oro tienen las minas, i retornándolo agradecido, se quitó un bonete de grana que traia en la cabeza i se lo dió al serrano.»

LII

No obstante esta benignidad, propia del alma valerosa del conquistador, i que es dote comun de todas las naturalezas de su temple, porque solo el bruto es cruel, cometíanse en esa marcha horrores infinitos contra los inocentes e indefensos aborí-

(1) Mariño de Lovera, páj. 130.

jenes. I esos delitos quedaban forzosamente impunes por la época i por los caractéres: era la edad de la barbarie relijiosa, en que se ponia a los indios jentiles al nivel de las bestias de segundo o tercer órden, valiendo mas un caballo de guerra que cien aboríjenes desnudos. «I así—dice un testigo presencial de aquellas marchas—hacian con ellos crueldades indignas de cristianos, i cortando a unos las manos, a otros los piés, a otros las narices i orejas i carrillos, i aun a las mujeres cortaban los pechos i daban con los niños por aquellos suelos sin piedad» (1).

LIII

El mismo Valdivia pertenecia todo entero a aquella jeneracion, i no estaba, como capitan, respecto de las ideas dominantes sobre paganos, mas arriba de sus soldados. Pero él, en su calidad de jefe, limitaba los horrores solo a la guerra i sus exijencias, siendo tan humano como era posible en todo lo demas.—«De esta suerte, i despues del conflicto terrible en que le tuvieron los indios de Arauco en la famosa noche de Andalien, el 20 de febrero de 1550, de los trescientos prisioneros que cojió vivos, hizo degollar Valdivia—dice el siempre bien informado Rosales—ciento i cincuenta, o por no tener donde guardar tanto preso con seguridad, o

(1) Mariño de de Lovera, páj. 131.

por causar temor al enemigo, que es lo mas cierto: porque a los otros ciento i cincuenta les hizo cortar las manos i colgar al cuello las cabezas de los muertos, i que assi los soltassen i dexassen ir a sus tierras, para ir cargados de cabezas ajenas i sin manos propias, i assi contassen sus propios males i dixesen a los suyos, que escarmentasen en cabeza ajena, pues tenian tantas en que escarmentar i que tratasen de vivir quietos en sus tierras, i dar la paz a Dios i al Rei, que los españoles, aunque eran pocos en número, eran muchos en el poder porque tenian de su parte a Dios i a su Santissima Madre, que con exercitos de ánjeles, venia del cielo a pelear en su ayuda.»

I hé aquí cómo todavía un celoso jesuita, que escribia cerca de un siglo mas tarde, que fué cuarenta años misionero i defensor entusiasta de los indios, mezcla el nombre de los ánjeles i de las vírjenes con los degüellos i mutilaciones espantosas de aquellas hecatombes, cuyo horror sujeta todavía los latidos de los buenos corazones.

LIV

Pero como intuicion propia i como sistema sagaz de conquista, Valdivia se mostraba comparativamente clemente con los indíjenas en épocas de paz.—«El dicho Pero de Valdivia—decia un honrado capitan i encomendero en el proceso de aquel

en Lima (Diego García de Villalon)—trata mui bien a los indios, e tiene este testigo por cierto, que *por el cuidado que tiene dellos le ha de hacer Dios bien.*»

I el mismo Valdivia, defendiéndose con hechos del cargo de crueldad que se le hacia por sus émulos, aseguraba que habia amenazado hasta con la horca a los que con injusticia oprimieran a los comarcanos del Mapocho en su ausencia.—«Estando yo de camino para el descubrimiento de Arauco—decia él mismo, aludiendo a su esploracion de enero de1546,—vino a mí un rejidor i me dijo que los indios e pueblo de Loncopilla (Maipo) se habia de quitar de allí e quitarle sus tierras e dallas a los soldados para que sembrasen en ellas, e yo les respondí que era inhumanidad quitarles a aquellos indios sus casas e haciendas, pues siempre habian sido amigos, dando la obediencia a S. M. e ayudando en la guerra, e que, pues habia otras muchas tierras i los soldados las tenian, éstas les hacian poco al caso. ¿Hobo ninguno que no conociese tan mal pago en nosotros en quitalles sus casas e hacienda? E el rejidor me replicó a esto diciendo, que no se habia de dejar de hacer, i entónces le dije con enojo que le certificaba, *que si cuando volviese hallare haberse quitado a aquellos indios sus casas e tierras, que habia de castigar a quien lo hiciese, e si fuese necesario ahorcarle* sobre el caso, porque era aquello peor que manifiesto harreto e fuerza; e esto dije e hice por el

amparo e avmento de los naturales, a quien siempre he tenido respecto.»

LV

Narra a este propio objeto el cronista Rosales una aventura de cierto cacique sumamente inquieto i belicoso del valle de Chile (que era la estancia de vacas i de sembradíos de Valdivia), la cual, por característica de la era que al correr de la pluma, describimos, merece ser recordada.

Despues de haberle perdonado Valdivia sus patrióticas veleidades a aquel su cacique, en varias ocasiones, cojióle en una nueva infidelidad de mayor cuenta, i para sosegarlo, le mandó cortar los dos piés....Pero, al propio tiempo, por via de compasion i lástima, le regaló un caballo, que era un caudal, para que pudiese asistir inválido a sus trabajos i necesidades.

¿No es este un rasgo que pinta en todo su relieve la conquista i a los conquistadores?

LA ULTIMA VISITA DE VALDIVIA A SANTIAGO.

LVI

El infatigable conquistador estuvo de regreso en Concepcion, de su campaña austral hasta el lago de

Riñihue, por el mes de abril de 1552. Ignórase si pasó en esa ciudad, segun era su costumbre, el invierno rigoroso, despues de las fatigas; pero sábese con toda certidumbre, que en la primavera hallábase en Santiago, pues el 26 de octubre de ese año dató en esa ciudad la única de sus cartas al rei que escribiera desde la capital, i el 9 de noviembre próximo aparece presidiendo en persona, como justicia mayor, el cabildo de la capital.

Parece lo mas probable que el gobernador hubiera reposado el invierno de 1552 en su favorito Penco, i en la primera vuelta de los dias primaverales hubiese venido de lijera a Santiago. Era su principal objeto en este viaje, despachar a España a su antiguo jefe de Sevilla i Venezuela, i su mas íntimo confidente en todas las épocas borrascosas de su vida—el anciano Alderete,—a fin de que llevase las albricias de los descubrimientos de aquella nueva tierra por él descubierta. Esa tierra era aquella Araucanía tan bella i tan poblada que habria de ser su sepulcro, como es hoi la picota de afrenta en que la inercia i la poltronería i el negocio tienen enclavado a Chile,--conquistador en tierra estraña, negociador tenaz de desiertos apartados, pero que en su propia casa consiente al bárbaro polígamo i ladron negar que en su suelo no está Chile porque no están ni sus armas ni sus leyes.

LVII

Ocurrió tambien en esta última visita del gobernador a la capital del reino, un lance que puso de relieve la arrebatada violencia de su jenio, que le hacia atropellar por todos los respetos humanos, escepto el del rei.

Habia llegado, hacia un año, con un refuerzo de ciento i veinte soldados un altisonante i orgulloso caballero llamado don Miguel de Avendaño, que tenia dos hermanos tan fieros como él (don Martin i don Pedro, que con él vinieron), i una hermana, doña Ana de Velasco, mujer de grandes campanillas, casada con el mariscal Alonso de Alvarado, el mejor amigo que Valdivia tuvo en la corte del Perú.

Por dar honra al cuñado, hizo Valdivia a don Miguel, alguacil mayor del reino, en agravio del enérjico Juan Gomez de Almagro, que lo habia sido de Santiago desde su fundacion, i otorgóle ademas el derecho del primer voto en las resoluciones del cabildo; cuestion gravísima de etiqueta que el quisquilloso cabildo de Santiago no fué dueño de soportar.

Recibió el ayuntamiento de buen o mal grado a don Miguel en su destino, por medio de procurador, el 25 de setiembre de 1552; pero cuando el 9 de noviembre subsiguiente, presentóse Valdivia en

persona a imponer la primacía del voto, estalló la altivez de los antiguos pobladores del Mapocho, sus camaradas, amigos i compañeros de tantas pruebas i batallas. Mas no les valió todo eso para cubrirlos del ultraje que les infiriera aquel en obsequio de un advenedizo.—«Por vida de S. M.—díjoles fuera de sí Valdivia, en aquel acto—que lo habeis de recibir, i si nó que ántes que salgais de aquí (i ésto pasaba en su propia casa, esquina de la plaza, que era tambien la cárcel i cabildo), pagueis la pena de los dos mil pesos del mandamiento;» i tornando despues a hablar—así reza el acta—tornó a decir otra vez:—«Por vida de S. M. que se ha de recibir, i si nó, que ántes que salgan de la cárcel, paguen la pena de dos mil pesos sin perdonárseles nada, i no es menester hablar mas en ello.»

Delante de este desacato i de su autoridad, sometiéronse los concejales i dieron el primer asiento a don Miguel; pero mandaron tomar nota de las injurias que habian recibido, i así se ha conservado el tenor de las propias i arrogantes palabras de Valdivia, «porque las cuales dichas palabras—dice el escribano i secretario de cabildo Diego de Orue—a pedimento de algunos rejidores del dicho cabildo, las puse yo luego por escrito para mi memoria» (1).

(1) Actas del cabildo de Santiago, sesiones del 25 de setiembre, 9 de noviembre i 31 de diciembre de 1552.

LVIII

En otra ocasion en que se remataba en la plaza un caballo de un soldado de su servidumbre llamado Diego Diaz, por órden del alcalde i por ejecucion nada ménos que de Alonso de Monroy, a quien el jinete debia quinientos pesos, enojóse Valdivia, que por allí pasaba, i mandó suspender la dilijencia. Fuerte en su justicia el alcalde (que las crónicas impresas o inéditas no nombran sino por su título), resistióse, i sin mas que ésto lo hizo poner preso en casa del capitan don Luis de Toledo, condenándolo ademas al vilipendio de estarse de pié durante su arresto.

No fué, pues, maravilla que tal mandatario no tuviera muchos amigos, i que al acabarse con su vida, su poder, ni corrieran lágrimas sobre su memoria, ni hubiera obediencia la mas leve para sus mandatos. El mismo cabildo de Santiago, que no quiso cumplir su testamento, i aun le hizo desaparecer de sus archivos, habíase reunido, en efecto, el 31 de diciembre de 1552, cincuenta dias despues de la violencia i vejacion del 9 de noviembre, i último de sus funciones, para protestar, como protestó, de la manera mas formal i enérjica, contra tal procedimiento. Entre esas firmas se notan las de algunos de sus mas valerosos capitanes i mas fieles amigos: Diego García de Cáceres, Juan Gomez de Almagro, Alonso de Escobar, Francisco de Riveros i otros.

LIX

Cumplida su voluntad con su manopla, i despachadas otras urjencias de la capital, cual fué la de incorporar en la jurisdiccion de su cabildo nada ménos que «el reino de Tucuman,» i la de que «ningun caballo mancarron se echase a yeguas a causa de salir del vientre de sus madres los potros con manqueras i alifafes,» puso el gobernador espuelas al suyo, que no adolecia, por cierto, de tales vicios, i mas que de galope, regresó a Concepcion para proseguir en la empresa, avanzado ya el estío. Esa empresa era la de consolidar por el fierro, la conquista i ocupacion de la Araucanía, que era un nuevo reino diverso de Chile, en lo que aun quedaba de la estacion propicia; intento tan valeroso como sencillo, pero empresa que está todavía enredada en trescientos años de batallas i de menguas en que el honor no encuentra fin (1).

LX

Fué esa la ocupacion constante i favorita de Val-

(1) Valdivia, conforme a su costumbre de viajero, debió salir de Santiago (para no volver a verle otra vez) por los dias de Pascua de Navidad de 1552, porque el 16 de diciembre estaba todavía en la capital, segun consta del *Libro becerro*, i el 31 del mismo ya no estaba. Esta fecha de la Pascua reaparece en muchas ocasiones notables de la vida de Valdivia, i volveremos a encontrarla todavía en la víspera de su muerte.

divia en la parte de verano que cupo al año memorable de 1553, i durante su estacion cruda, en que parece absorbieron por completo la mente de Valdivia las riquezas de oro recientemente descubiertas en el estero i cajon de Quilacoya i en todos los valles de su estado, desde Colcura a Tirúa.

Solo se conserva de su administracion en esta época, una notable Ordenanza de justicia en que se establece virtualmente los jurados para los pleitos de sus súbditos (1).

Los indios habian arrimado sus lanzas en aparente quietud, i sentíase únicamente a lo largo de sus amenos *lebos*, el bullicio de los almocafres, que revolvian los guijarros en el rebusque del oro.

Fueron aquel año i aquella temporada los de mayor auje i esplendor para el conquistador de Chile i para su atrevida empresa con tanto teson sostenida.

I ¡caso que seria estraño si no fuera ya la historia cierta del mundo i el espejo de la vida de cada hombre! Allí donde subió mas alta su fortuna, comenzó el descenso rápido i terrible del famoso conquistador de Chile.

(1) Esta curiosa Ordenanza, que prueba el admirable buen sentido práctico de Valdivia, fué espedida por él el 7 de abril en Concepcion, i se mandó cumplir el 18 de mayo por el cabildo de Santiago.

GRANDEZA I PROSPERIDAD DE VALDIVIA ANTES DE SU MUERTE.

LX

Hemos llegado al último año de la existencia de Valdivia, que fué el mas notable de su carrera, porque el conquistador habia subido a la cúspide de su ambicion i su renombre, de su poder i de su gloria.

A título de su nombramiento de gobernador propietario, era ya, en efecto, don Pedro de Valdivia dueño de un tercio del continemte sud-americano, porque su jurisdiccion se estendia desde Atacama al Tucuman, i bajando por el Pilcomayo i el Plata, iba a dar la vuelta por el estrecho de Magallanes, encerrando así sus dominios entre dos océanos.

Tenia fundadas sei sciudades, i se hallaban en paz i labor.

De todas partes veníanle refuerzos que su fama de caudillo pródigo de oro i de heroismo hacia colecticios i entusiastas. Por el oriente de la cordillera traíale doscientos hombres (los famosos *Comechingones*) su lugarteniente Francisco de Villagra; por Atacama habia entrado primero Francisco de Ulloa, su paisano, con cien soldados, i en seguida el altivo señoron don Martin de Avendaño, con

otros tantos. Por la mar llegábanle sin cesar víveres, armas, herraje, caballos, colonos i hasta damas, viudas de los conquistadores del Perú, muertos en la guerra civil, que venian a enviudar por segunda vez de los maridos castellanos que moririan por centenares a mano de los indios rebelados.

I por último, como para coronar aquel éxito i aquella ventura, que eran el fruto de la constancia hambrienta i andrajosa, i por lo mismo sublime, de doce años, sus estados personales que eran dos paises, el «valle de Chile» i el «valle de Arauco,» rendíanle tanto oro como Atahualpa ofreció por su rescate. Dice un soldado suyo—cronista contemporáneo—que sus minas, en especial las de Quilacoya, producian hasta dos quintales diarios de aquel metal (1).

Tan encumbrada habia llegado en verdad a ser la posicion de Valdivia en las Indias, que se habia comenzado a susurrar, aun despues de la rebelion de Gonzalo Pizarro i su castigo, que el gobernador de Chile meditaba en sus adentros el ceñirse la corona de los fuertes.—«No faltaron—dice Diego de Rosales—*calumniadores* que, viendo a Valdivia en tanta prosperidad, riqueza i mando, quisieron decir que se pretendia hacer virei de Chile.»

«Mas fué esto mui léjos de la verdad»—añade el jesuita,—i en ésto hacia justicia a la fidelidad in-

(1) Mariño de Lovera, páj. 144.

contrastable de Valdivia, capaz de faltar a todos, como faltó aun a Dios mismo, mas no a su rei.

Valdivia era español, era estremeño i era soldado del siglo XVI.

¿Podria temerse de él una traicion i un alzamiento?

LXII

Pero, al propio tiempo, si el alma del guerrero quedó inmutable, su cabeza desvanecióse en la eminencia, porque Pedro de Valdivia tuvo el vuelo i el atrevimiento del jenio, mas no su robustez de granito ni su creador sosiego. Contemplándose tan encumbrado, tan rico i tan poderoso, quiso abarcar un mundo entre sus brazos, i puso en ello aquella impaciencia febril que encontraba ascuas en su naturaleza fogosa, que soplaba ademas i encendia en llamas el temor tan jeneral entre los descubridores de la América, i tan justificado por el hecho, de que otros llegaran por sus espaldas o sus flancos, el puñal o la espada en la mano, a arrebatarles la tierra ya conquistada con su sangre. Por ésto el descubridor i poblador de Chile revistió su empresa fuera de sazon con una precipitacion igual a su imprudencia; i así perdió en un dia el fruto de catorce años de heróica vijilia.

En persecucion de aquel plan temerario envió a Francisco de Aguirre a avasallar el Tucuman como

un feudo propio; sacó del mando superior de su *Estado de Arauco* al prudente capitan Francisco de Ulloa, que se lo administraba con celo de amigo i cautela de aguerrido, i ordenóle fuese en compañía de un flamenco que habia atravesado el estrecho de Magallanes con el descubridor de su nombre, o con Alonso de Camargo, a esplorarlo i poseerlo; hizo tramontar otra vez la cordillera a Francisco de Villagra para ir a descubrir i ocupar la mar del Norte, es decir, las costas del Plata hácia la Patagonia; i por último, considerándose ya señor i dueño, despachaba a España misma a Jerónimo de Alderete, segun vimos, a hacer capitulaciones de señor a señor con el emperador i dueño de la Europa, Cárlos V.

LXIII

Mas aun, i ésto pondrá en claro manifiesto la levantada vista de Valdivia i el jénero grandioso de su ambicion de descubridor de tierras. Como él no era jeógrafo, creia que la rica, fértil i pobladísima comarca de Arauco se estendia, como una banda de oro i como un panizo de tierras de labor, por toda la costa del Pacífico hasta el estrecho de Magallanes, i suponia, ademas, que éste hallábase tan cerca, que no distaba ni ciento cincuenta leguas españolas de la banda sur del Bio-Bio. De aquí su irresistible prediléccion por la ciudad de Penco,

que él juzgaba la capital medianera de sus dominios entre Copiapó, el Tucuman i las tierras magallánicas. De aquí el que Villagra i Ulloa anduvieran de consuno esplotando las últimas, aquel por los páramos de las pampas arjentinas, por los arrecifes de la mar del Sur, el otro.

Tan alucinado mostrábase ciertamente el gobernador, así por el aspecto del suelo araucano hasta Valdivia i la laguna de Riñihue, de donde acababa de torcer las bridas de su caballo en su correría austral, como por las relaciones engañosas de los indios, que escribia al rei con Alderete, que habia descubierto al sur del Bio-Bio, como Hernan Cortés, «una Nueva España,» tan rica, abundosa i poblada como la del norte.

Fuera de este error, que le hacia pensar, como se creyó cerca de un siglo todavía, que aun la Tierra del Fuego era un continente de clima benigno i de suelo feraz i poblado, digno de ser incorporado a la corona de Castilla; aparte de estas ilusiones, mas de cosmógrafo que de conquistador, Valdivia manifestaba ideas propias de una índole superior, porque, despues de trescientos años, son las que rijen todavía i señalan el estrecho de Magallanes como el camino real del mundo venidero.—«Hallo por mi parte—escribia testualmente al emperador desde Santiago, el 26 de octubre de 1552—que donde mas V. M. el dia de hoi puede ser servido, es en que se *navegue el estrecho de Magallanes*, por tres causas,

dejadas las demas que se podrian dar; la primera porque *toda esta tierra e mar del sur la terná V. M. en España*, e ninguno se atreverá a hacer cosa que no deba; la segunda que terná mui a la mano toda la contratacion de la especería (la navegacion a la India i a la China); e la tercera porque se podrá descubrir e poblar esotra parte del estrecho (la Tierra del Fuego), que segun estoi informado es tierra mui bien poblada.»

«Trabajaré—decia en otro pasaje de esa carta—de que se descubra aquella costa (la del Atlántico), i porque V. M. será mui servido de ello.... I así iré conquistando i poblando hasta ponerme en la boca del Estrecho, e siendo V. M. servido i habiendo *oportunidad de sitio* donde se puede fundar una fortaleza, se hará para que ningun adversario entre ni salga sin licencia de V. M.»

El gobernador de Chile no se equivocaba; i fué precisamente lo que intentó Felipe II al mandar la formidable espedicion de Pedro de Sarmiento, treinta i dos años mas tarde, para cerrar herméticamente el Estrecho. Mas como no habia *oportunidad de sitio*, segun decia i previó el sagaz Valdivia, la espedicion tuvo un espantoso fracaso, i así la *ciudad Cesárea Magallánica* se convirtió en el triste *Puerto de Hambre* (1584).

LXIV

I hai algo todavía mas estraordinario que todo ésto, i es que Valdivia pensó ir en persona a la conquista del Estrecho i del mar del Norte, cuando regresaron con poca fortuna, Villagra sin haber pasado el rio Negro, i Ulloa, a los ocho meses, sin haber penetrado mas allá del cabo Pilar, en la embocadura del pasaje en este mar. Córdoba Figueroa, en efecto que rejistró a sus anchas el libro de actas del cabildo de Concepcion, de que fué alcalde, i mas tarde el jesuita chillanejo Miguel de Olivares, vieron en aquel libro, perdido despues en los terremotos i las ruinas, un testimonio del cual constaba aquella audaz i magnánima resolucion del descubridor de Chile.—«Por cuanto su señoría—decia el acta de la sesion del 21 de octubre de 1853—*está para ir a la conquista del mar del norte*»....

LXV

El 26 de octubre de 1553! Dos meses despues i en aquel propio dia (26 de diciembre de 1553), Valdivia estaba atado, sangriento i desgarrado, al poste de ignominia en que debia morir. Como muchos hombres superiores, habia sucumbido bajo el peso de los altivos andamios de su obra colosal, pero inconclusa.

No contaremos aquí aquel triste fin de tan gran carrera, porque con minuciosas averiguaciones, la hemos referido en otra ocasion (1).

Mas ántes de dar fin a esta reseña de una existencia que no es de todos conocida en sus verdaderas proporciones, nos será lícito resumir nuestros juicios para esculpirlos en una sola leyenda, sobre la losa de los siglos, como su último epitafio.

JUICIO I RETRATO DE VALDIVIA.

LXVI

Pedro de Valdivia fué un gran soldado. Como hombre de guerra, la historia de las Indias no puede colocar su nombre entre los conquistadores sino en pos de Hernan Cortés i de Francisco Pizarro, así como entre los descubridores del mar, la graduacion desciende de Colon, descubridor de un mundo, a Blasco Nuñez de Balboa, que divisó otro mundo, i a Fernando Magallanes, esplorador ilustre que halló la ruta que une a aquellos. Los conquistadores de mas alto nombre vienen forzosamente en pos del pacificador del Perú i del conquistador de Chile, en el cortejo de la fama. Pedro de Alvarado en Guatemala, Diego de Ordaz en Venezuela, Sebastian Benalcazar en Quito i en el Nue-

(1) Véase el ensayo que mas adelante damos a luz sobre este particular.

vo Reino de Granada, Martinez de Iraola en el Plata, i Almagro mismo en Chile, pasan al segundo plano en la tela de las maravillas i del heroismo, porque es sabido que Valdivia recojió del desierto i de la infamia aquel preciso reino de que el veleidoso i descontentadizo ánimo del viejo guerrero castellano hizo repudio.

LXVII

Tuvo Valdivia, como soldado, la ajilidad i la vehemencia del capitan que le precediera en el descubrimiento de Chile, i la taima cautelosa, junto con el disimulo sordo de Pizarro, su primer maestro en la escuela de la conquista i de la intriga. Pero fué superior a ámbos en cultura, en levantado carácter, en conocimiento del mundo i la política, porque el uno de aquellos habia sido oscuro espósito arroja- en las puertas de un templo de la Mancha, i el último, en su niñez, fué porquerizo. Don Pedro de Valdivia, al contrario, nació hidalgo i tuvo escuela de letras, i despues hizo su aprendizaje en las armas en la primera academia de la Europa:—la de los tercios españoles. Hemos dicho que fué discípulo de Gonzalo de Córdoba, porque militó bajo las banderas del mas renombrado de su lugarteniente,—Próspero Colonna.

Fué Valdivia en España, en Flandes i en Italia, alternativamente, capitan de infantería i de caba-

llos; pero en las Indias adiestraba los últimos bajo sus pujantes músculos, cual avezado jinete; i a la edad de cincuenta años, cuando los miembros se ponen recios, corria cañas en la plaza de Santiago con la ajilidad i donaire de un mancebo. Fué al propio tiempo el primer táctico de las Indias, i solo pudo reprocharse a su jenio de caudillo su voluntariedad i obstinacion en menesteres de guerra. —«Solo halla este testigo—decia un capitan ilustre de la guerra de Chile, i cuyo juicio recoje la historia por la primera vez en esta parte;—solo halla un inconveniente a don Pedro de Valdivia, que solo por su parecer se quiere rejir en las cosas de la guerra, i no se quiere arrimar al parecer de ninguno» (1).

Pero ésto no obstante, hai pruebas de que en los conflictos sabia ceder aquel capitan bravo i prudente, cual aconteció en la pavorosa noche en que abandonó su campo de Penco en 1546, por la amonestacion i súplica de sus mas animosos capitanes, i cuando fué a morir en Tucapel, donde en el consejo dióse a la prudencia. Mas por ser hasta lo último leal con sus amigos, murió con ellos i por ellos.

Era rigoroso en la disciplina, familiar con el capitan i mas con el soldado, porque dice uno de los últimos, que «aborreció la jente noble;» pero se

(1) Declaracion del capitan Luis Toledo en la *informacion secreta* e inédita que el presidente La Gasca levantó en el Perú contra Valdivia, en octubre de 1548.

mostró implacable i hasta terrible contra los que atentaron contra su autoridad o su ambicion. Por eso hizo ahorcar, liviano el corazon, a Solier i a Pastrana, cuando echaba los surcos de la capital de su reino, i no le pesó mas tarde que otra mano que la suya, empuñara la cuchilla que cortó la cabeza de su émulo Sancho de la Hoz.

Mas no era de suyo cruel, i ántes al contrario, de índole pronta en la emocion, sanguíneo en sus resoluciones i magnánimo en el perdon.—«No era vengativo en cosas que tocaran a su persona—dice un soldado que militó a su lado,—mayormente con quien se le rendia» (1). El mismo nos ha contado cómo, despues de haber dado un golpe a un soldado, el herrero Vadillo, lo abrazó.

LXVIII

Anidaba en su pecho i en su cerebro, el primer gobernador de Chile las cualidades mas prominentes de los caudillos famosos: la enerjía, la jenerosidad, la prontitud del concepto, la elocuencia palpitante i soldadesca.—«No se vió corazon mas entero—dice otro cronista,—ni elocuencia mas persuasiva que la suya» (2). Como tenia vigoroso corazon, la sangre se agolpaba en sus sonoras cavidades, i

(1) Mariño de Lovera, páj. 158.
(2) Córdoba Figueroa, páj. 80.

entónces su lengua, que es solo el eco de una voz interna, golpeaba en sus labios i le arrancaba en la hora de la batalla, en el pórtico de la iglesia, en la charla del banquete, aquella elocuencia acerada i calorosa de que, en las crónicas i en los libros de cabildo, nos han quedado algunas lacónicas i mutiladas muestras. I hubo en ésto de notable que el indio Lautaro, que le tenia en las marchas, en los torneos i en las peleas el caballo por la brida, i en el festin libaba su copa, aprendió de él el arte de aquellas arengas con que—es averiguado—entusiasmaba a sus hordas, i que hermoseadas mas tarde por el estro del poeta, pasan como alocuciones inmortales.

Como conquistador, fué cruel, o mas bien, toleró en otros, sin castigo, espantosas maldades cometidas contra los indíjenas. Pero solo en eventos de estremo peligro, se cebó el mismo en el horror. Fuera de los casos de guerra i de escarmiento, era, al contrario, por índole i por sistema político, benigno i compasivo con ellos. Decian por ésto sus mas adictos capitanes, en el proceso que se le formó en Lima, «que no sabia hacer la guerra a los indios,» i asentaban ésto porque, a su juicio, debiera no vencerlos sino esterminarlos. Esa era la relijion i la creencia de la época.

Tal fué el descubridor, tal el guerrero, tal el conquistador.

LXIX

En su condicion múltiple de administrador, el gobernador de Chile dejó testimonios relevantes de sus aptitudes. Supo fundar ciudades i dotarlas. A Santiago dióle un hospital, dehesa, templos, claustros i una escuela. El mismo delineaba las calles con un cordel, i cuando era preciso, cargaba los adobes en sus hombros. Trazó caminos reales, donde todavía corren, al ejemplo de los incas; construyó un puente en el Maipo, i dispuso la planteacion de *tambos* o posadas para socorro de soldados i caminantes. Sus ordenanzas sobre minas, sobre diezmos, sobre aranceles, sobre el servicio personal de los indíjenas, i en especial sobre el establecimiento de jurados, conservadas todas con rara ventura, revelan su laborioso i bien dirijido empeño por el bien de sus administrados. Era minucioso, i daba por su mano hasta la medida i cabida de los edificios públicos, admirándose algunos cronistas de que hubiera dejado concertado el que se pusiesen chimeneas al estilo de España, en la sacristía de la iglesia parroquial de Concepcion, en atencion a lo fríjido del clima.—«I así se ha notado—añade uno de aquellos—que a todo lo que fué de su eleccion, lo ha calificado por conveniente el trascurso del tiempo i voto comun, que es el juez sin apelacion de lo bien o mal acordado.»

Hubo en el primer gobernador de Chile la tela,

burda en el tejido, pero rica i densa, del hombre de Estado, nacido para encumbrados hechos de la vida civil; i solo en su precipitacion para poblar a un tiempo las siete ciudades de Arauco, i de repente, dió muestra de flaqueza a la postre de sus dias. Pero aun entónces—dice Rosales, disculpándole—«lo engañó solo su valor i su confianza.»

LXX

Como hombre, su jenerosidad no tenia límites. Decian sus capitanes, que en lo único que era preciso contenerlo, era «en pedir prestado,» porque como no apreciaba el oro por codicia, sino como resorte de trabajo i de grandeza, no se cuidaba, cual César, ni del metal, ni de quien se lo daba en préstamo u obsequio. I por ésto dispuso en su testamento, que legaba su reino a aquel de tres de sus mejores capitanes que se comprometiese a pagar sus deudas, en descargo de su conciencia de cristiano. Pedro de Valdivia debia personalmente dos o tres millones de pesos, i aun mas, cuando araba con su caballo el suelo de su solar del Mapocho para comer i por dar ejemplo en la paciencia. Pero en la miseria i en la opulencia, su despreocupacion era la misma, porque no hacia caso de pagar. Vivia asimismo olvidado de cobranzas.—«No tengo accion—escribia familiarmente desde la Serena a un viejo camarada—de

quien cobrar un solo peso, que todos se los he soltado i soltaré lo que mas les diere. Bien sé que dirá vuesa merced que no haré casa con palomar, i que soi un perdido. Yo lo confieso; pero mudar costumbres es *a par de muerte*» (1).

En consecuencia, solo por testamento ordenó pagar sus cuitas de la vida!

Sucedió por ésto tambien que las dos cosas que mas furiosa indignacion encendian en su ánimo, de suyo arrebatado, eran que le acusaran de desleal al rei, i de mezquino.—«Es esa maldad e testimonio que se me levanta—esclamaba contra el cargo de avaricia que le hacian sus émulos en Lima,—e es público e notorio, que ántes se me puede atribuir *culpa de dar mi hacienda a todos* que no tomar la de nadie.... e puedo decir que creo no haber venido hombre a aquella tierra ni quedar en ella, que no haya recibido de mí alguna dádiva.» I eran estas últimas no solo de tierras i de valles i montañas, sino de oro i de rubíes, porque solo a Vaca de Castro, que no era virei sino visitador, envióle con Monroy en una ocasion (1545), «una docena de platos de oro, e unos tazones e copas con rubís, copas e jarros, todo de oro» (2).

(1) Carta a Hernando Pizarro, encontrada en España por Barros Arana i fechada en la Serena, setiembre 4 de 1545.

(2) Declaracion del mercader Diego García Villalon en el proceso de Lima, noviembre 6 de 1548. Este regalo valia mas de 50,000 pesos de nuestro numerario.

Tenia tambien, por ésto mismo, la pasion del juego,—achaque de todo pais de oro; pero jugaba sin juramentos, como Pizarro, que solia negar, por ira, sus deudas de carpeta. Al contrario, el tahur de Chile repartia sus ganancias «entre los que estaban a la mira». En una sola ocasion echó a rodar por el suelo catorce mil pesos de oro que en una sola parada, ganó en Lima a la *dobladilla,* jugando mano a mano con el capitan Machicao, famoso en los disturbios.

I de esta suerte, aquel capitan insigne, que segun la injenua frase de un cronista antiguo, sabia que «la fortuna es anatomía de corazones» i que cosechaba el oro por quintales, murió en tal pobreza, que su desolada viuda puso al rei pleito de alimentos.

Nunca en Chile la gloria ha sido pan!

LXXI

En cuanto a cristiano, era Pedro de Valdivia creyente, devoto i piadoso a su manera, que era la del siglo, en que la relijion i la galantería se hermanaban sin escomuniones; i así, miéntras nunca apartó del arzon de su silla la diminuta imájen del Socorro, que todavía se venera en los altares de San tiago, como reliquia auténtica (pues tal lo es), viajaba de continuo con su dama—doña Ines de Suarez, u otra—a la gurupa.

En teolojía, era de la escuela de Francisco de Aguirre, soldado como él del saco de Roma, i cuya doctrina de estado, iglesia i patronato solia el último resumir diciendo:—«Que en el Tucuman no habia otro Papa sino él.»

LXXII

Como hombre, era Valdivia de corta estatura, grueso, fornido, membrudo, de rostro sanguíneo i rubicundo, alegre, por tanto; de franca, espansiva i varonil fisonomía, aficionado a vestir con el primor del cortesano. Casi siempre risueño, como los hombres animosos, era frio i terrible solo cuando las ráfagas de la ira o el polvo de la batalla oscurecian su ceño. Su cabello era rubio i su conjunto de irresistible simpatía i avasallador dominio, mui aparte del sañudo mariscal que, con la banda roja i el baston de su rango, nos diera por engaño una reina que hacia hurto de nuestras gloriosas banderas i nos enviaba en compensacion una impostura.—«Tenia don Pedro de Valdivia—dice uno de sus soldados que le trató de cerca—el rostro alegre i grave i un señorío en su persona i trato que parecia de linaje de príncipes.» I a este propósito, nos será lícito agregar que, si causa verdadero dolor convertir acariciadas reliquias en desengaños, ello no es culpa de hombre sino de augusto ministerio; porque—no decimos en tosco lienzo o en derruidos adobones, en

piedra de granito que se ocultara la mentira—somos de sentir que el historiador debe aplicar a su pié la mina i volar con ella. Por ésto hemos repudiado en otras ocasiones lo que se ha llamado el «palacio» i el «retrato» de don Pedro de Valdivia, i lo repudiamos otra vez en este estudio de su hogar i su persona.

LXXIII

No justificamos tampoco, por esta relijion de la verdad, ninguno de los defectos del descubridor, conquistador, poblador i sustentador de Chile: ni su crueldad, ni su falsía, ni su falta de moralidad, en los tratos públicos, ni el poco respeto en que mantuvo su hogar i sus deberes de hombre i de marido. Pero tomado en conjunto con su época, su empresa i sus secuaces, su figura se alza de cien codos entre todos sus contemporáneos, i se hace digno del mármol que hoi lo consagra, i de la cúspide que soporta el pedestal de su memoria.

Tuvo al ménos para Chile don Pedro de Valdivia, dos condiciones del alma i del espíritu que sobrarian para tributarle homenaje de duradera gratitud, aparte de su cuna i de su raza, que hoi repudiamos a nombre de un ultraje nacional no derimido ni lavado. I fueron aquellas su constancia sublime para asentarse en una tierra en que todo, hasta el cielo, se volvia en contra suya, i el amor entusiasta que por ella tuvo hasta su última hora.

Porque todo en Chile fué digno de amor i de admiracion para Valdivia. Nunca en sus cartas al rei, que son su mejor retrato i su gloriosa i lejítima carta de ciudadanía en nuestro suelo i en la historia venidera, habla de él sino con aficion ardiente, con un entusiasmo casi infantil en los principios, mas tarde con el amor tranquilo de los padres. Todo era bello en él,—el cielo, las aguas, los aires, los valles i la silenciosa cordillera i el mar, poblado de innumerables peces. Sus rios le recuerdan los de España: el Calle-Calle es el Tajo al entrar en el Océano, el remanso Cautin es el Guadalquivir, la bahía de Penco es «la mejor del mundo». El *Estado de Arauco* es mejor aun que la ponderada Nueva España.

I sobre todo ésto él queria tener no solo su morada sino su tumba en esta lejana tierra.—«Mi interes—escribia a Cárlos V, hablando de su tierra de Chile—no es comprar un palmo de ella en España, aunque tuviese un millon de ducados.»

I bien, sea! Cumpla la posteridad ese voto de su fundador, i queden consagradas, en un palmo de tierra chilena, la gloria i la memoria de aquel soldado que entre nosotros no tuvo siquiera sepultura!

Santiago, diciembre 23 *de* 1876.

LA ULTIMA CAMPAÑA
DE
PEDRO DE VALDIVIA
I SU MUERTE.

A MI AMIGO

Augusto Matte.

LA ULTIMA CAMPAÑA

DE

PEDRO DE VALDIVIA

I SU MUERTE,

Segun documentos enteramente inéditos.

«I así directamente se escusó (el padre Alonso de Ovalle), porque ninguno calumnie de defectuosa su historia, y se remite a la jeneral, que se esperaba, que es ésta, en que de papeles de personas verídicas, graves y que por sus ojos vieron las cosas que en ella se refieren y de las noticias que he adquirido en muchos años que he estado en este Reyno, corriéndolo todo, y estando mui de assiento en las principales ciudades, fuertes y tercios, he compuesto.»—(DIEGO DE ROSALES.—*Historia de Chile,* ms. L. III, cap. IX.)

«¡Oh Valdivia, varon acreditado!...
Pero quieres perder antes la vida
Que sea en tí una flaqueza conocida.»
(ALONSO DE ERCILLA.—*Araucana,* Canto III.)

I

Pedro de Valdivia, conquistador de Chile, habia llegado en los primeros dias del mes de diciembre de 1553 a la cúspide de su poder i su renombre.

Todo el pais le habia dado la paz.

Su fama militar era única i esclarecida.

En doce años habia fundado ocho ciudades, desde

la Serena—nombre de su comarca natal, en Estremadura—a la ciudad austral que lleva todavía su imperecedero nombre.

Habia sido conquistador i fundador a la vez, dos glorias de diversa índole i que no siempre se juntan aun en los mas renombrados capitanes, al paso que su amo, emperador i rei, habíale pagado jenerosamente su sangre i su sudor con honores i con acopios de oro.

Era por entónces el hombre mas opulento de la América, si bien el mas dadivoso, lo que acrecia su aura popular i dilataba su fama, porque los mezquinos, como los cadáveres que se pudren dentro de un ataud, no viven mas allá de la caverna en que esconden sus tesoros.

Habia cumplido ya la cuenta en que comienza la edad madura (54 años), pero su cuerpo rebosaba de lozanía i su alma en brios. Aun su hogar, ántes un tanto vagabundo, iba a asentarse mediante el respeto de su esposa, que a la sazon se hallaba en camino desde España; i por último, el destino le hacia poseedor en esos precisos dias i a montones, de aquel oro,—metal que en esos años era, con el acero de la espada i el leño de la cruz, la escalera de los mas encumbrados puestos para un soldado de aventuras. Hacia solo un año (1552) que los famosos lavaderos de Quilacoya habian sido descubiertos en el estero de este nombre, cuatro leguas al oriente de la ciudad de Concepcion. Era ésta última asiento

favorito del suntuoso gobernador, donde tenia casas recien construidas a manera de palacio, i ésto ponia el colmo a la fortuna que al entrar a viejo le ofrecia el cielo.

II

Ambicioso de mando, como lo habia sido toda su vida, era Pedro de Valdivia, en esta apartada porcion del mundo, todopoderoso. Codicioso de oro para prodigarlo, sus vasallos personales del Estado de Arauco, que se contaban por millares, cosechaban en sus bateas hasta diez marcos de aquel metal en cada dia, al decir de historiadores dignos de ser creidos. La renta líquida de Pedro de Valdivia no podia bajar por todos títulos de un millon de pesos en el año a cuya postre mísero murió.

De esta suerte, en el territorio de su laboriosa conquista, habíanse creado dos grandes entidades. Quien decia el *Reino*, significaba todo el pais de Chile desde Atacama a Magallanes. Quien decia el *Estado*, significaba, por antonomasia, al pequeño reino personal que el conquistador habia tomado en encomienda desde el Bio-Bio al Tirúa, por ser el mas poblado en jente, el mas ameno en aires saludables i en primorosos paisajes; el mas fértil en cosechas i en oro, de cuantos el conquistador—su dueño i señor único—habia recorrido en su caballo de batalla desde Venezuela a Valdivia.

En este *Estado* dentro de un *Reino*, que él administraba personalmente desde su favorita Concepcion, tenia Pedro de Valdivia tres fortalezas hechas de toscos muros i palizadas, que le servian como otros tantos castillos feudales. Las encomiendas ajenas comenzaban en la Imperial, en Valdivia, en Villarrica, en Angol, al lado opuesto del Cautin i de la sierra de Nahuelbuta, que cerraba por el oriente sus territorios. Pero aquellas fortalezas constituian su dominio personal, porque eran las de *Arauco* propio, cuyo asiento primitivo creen algunos fuera en la colina que hoi ocupa Lota (1).

Eran los otros, *Tucapel*, llamado hoi dia «el viejo,» i *Puren*, en el vértice que el antiguo Estado de Arauco formaba por el sur en el pais de los Llanos, que se estienden al oriente. En una palabra, la posesion de Valdivia, otorgada por él mismo a su nombre i confirmada mas tarde por el rei, comprendia todo el territorio que hoi se llama la *Baja Frontera*, o la moderna provincia de Arauco, incluso el departamento de Lautaro. Ahora, i como un apéndice casero, el gobernador tenia encomiendas en torno de la grandiosa bahía de Talcahuano, en Penco, en Tomé, a orillas del Andalien, i hasta la Quiriquina era suya, como una quinta de recreo ro-

(1) CARVALLO, *Historia de Chile*, t. I, páj. 331.—Astaburuaga, en su escelente *Diccionario Jeográfico*, dice que *Arauco el viejo* estuvo situado diez kilómetros hácia el este del sitio actual.

deada por los brazos del Océano, que allí es solo un grandioso lago (1).

III

Pero el esceso mismo de aquella sórdida acumulacion de tantas tierras, de tantos brazos de trabajo, de tanto oro arrancado al suelo con ingrato sudor, por el indíjena desnudo, enflaquecido i sombrío, traia en sí mismo el jérmen de una inmensa ruina. Valdivia habia amontonado en los cauces del estero de Quilacoya, que el ferrocarril del sur atraviesa hoi como un remanso lagunato, no léjos de Talcamávida, al entrar en el Bio-Bio, no ménos de seis mil indios, de los cuales un tercio o la mitad habian sido estraidos de su encomienda de ultra Bio-Bio; i a su ejemplo, todos sus secuaces agotaban las vidas de sus tributarios, encorvados en la batea por el látigo, lavando oro tasado por tomines, por onzas i por marcos, para cada familia i para cada tribu.

Una sorda desesperacion habia comenzado a circular, en consecuencia, desde que apareció el verano

(1) Segun Córdoba i Figueroa, que escribia su historia en 1713, i que rejistró a sus anchas los papeles del cabildo de Concepcion, de que fué alcalde, las posesiones de Valdivia al norte del Bio-Bio ocupaban mas de viente leguas entre aquel rio i el Andalien, comenzando a nueve cuadras de la planta de la ciudad. Abarcaba, por consiguiente, aquella *chácara* del gobernador (puesto que su hacienda era el Estado de Arauco entero) todo lo que son hoi las vegas de Talcahuano, la península de Tumbes, Gualpen (así lo nombra Córdoba), el valle que hoi ocupa el pueblo de Concepcion i probablemente hasta el estero de Quilacoya, donde tenia sus minas.

i sus cosechas por toda la tierra conquistada. La conspiracion era a la verdad antigua; pero los infelices indios, i en especial los *araucanos* propios, que eran los de la comarca que hemos señalado, siempre aguardaban la madurez de sus mieses para recojer el sustento de sus guerras i de sus chozas. Así, apénas entró noviembre, los indios de Angol mataron a un hacendado de la comarca llamado Pedro Diaz, «que habia hecho algunos agravios—dice un historiador desconocido todavía—a un cacique quemándole sabe Dios con que justificacion.» Pusieron despues las lanzas en el pecho de un negro, que era mayordomo de una estancia vecina, del nombre de Morales, i quien, a uña de caballo, escapó a la Concepcion para contar a Valdivia su estraña aventura (1).

IV

Consagra estos preliminares de la primera gran rebelion, de las tres que en distintos siglos han tenido los indíjenas de Chile, un historiador grave, ilustre i casi contemporáneo, que si no conoció de trato a los primitivos conquistadores, vivió con gran-

(1) Diego de Rosales.—Herrera dice que los indios empleados en las minas de Quilacoya eran *cincuenta mil*, i otros historiadores afirman que eran veinte mil; pero ya se sabe que la aritmética de los cronistas de la América en materia de indios, raya siempre en lo fabuloso. Diego de Rosales se contenta con decir que eran ménos de veinte mil, i por ésto, i porque el ilustrado jesuita adolecia del mal de la época, nos contentamos con poner la tercera parte, i aun en ésto somos largos.

des respetos entre sus hijos i recojió de ellos la rica herencia aun no esplotada de sus hechos, de sus revelaciones íntimas i caseras, de sus tradiciones públicas vertidas en documentos de fe histórica, segun él mismo lo asevera en un pasaje de su obra, que hoi nos sirve de epígrafe. Aludimos al jesuita Diego de Rosales, que fué, respecto de la conquista i de sus hombres, lo que los modernos escritores de Chile—desde Sanfuentes a Amunátegui, desde García Reyes a Barros Arana—han sido para las hazañas i las glorias de la independencia; es decir, los depositarios fieles, cuidadosos i dignos de duradera memoria por su labor oportuna i por su teson, que solo la muerte, no la voluntad, ha puesto a límites.

V

Conforme a lo que aquel venerable cronista cuenta en su historia inédita, vamos, por tanto, a referir los últimos dias del gran capitan estremeño que descubrió nuestros lindes i fijó el ejido de nuestras mas antiguas ciudades. Esas revelaciones, completamente justificadas por la sinceridad del espíritu i la investigacion contemporánea, si no contradicen siempre, aclaran, limpian i ponen en su verdadera luz muchos acontecimientos, fechas i errores que, acojidos mas tarde por la tradicion vulgar i aun por el criterio estraviado de injenios esclarecidos, pasan sin razon como la última palabra de la

historia. Cuidaremos de anotar de paso, las mas esenciales de esas correcciones, sin que ésto nos lleve mas allá del simple empeño de purificar nuestra historia nacional,—llano deber de todo escritor de honra. Debemos agregar que nos ocuparemos, en un escrito breve, como debe ser el presente, solo de aquello que es del todo nuevo e inédito i que no haya publicado hasta aquí autor alguno. I este será el aliciente único de esta pájina de tan remoto pasado.

VI

Hallábase el gobernador Pedro de Valdivia en la ciudad de Concepcion (hoi Penco) por el dia 10 u 11 de diciembre de 1553, en el pobre claustro que allí habian levantado los padres mercedarios, i a la hora de comer (que entónces era la del mediodía), porque parece que en esa coyuntura le habian convidado aquellos a su mesa. Los mercedarios habian sido los primeros en entrar a Chile con Valdivia, i éste tenia particular aficion a su hábito. Parece tambien que aquel dia era domingo, por el órden de las fechas que en seguida iremos apuntando, i porque en aquella mañana—dice Rosales—oyó el gobernador misa en aquel convento (1).

(1) Era tan afecto Pedro de Valdivia a la órden de la Merced, que ademas de una chácara considerable, hizo merced en 1550 de un solar de seis cuadras en el estrecho recinto de Penco, a su prior o cabeza, el padre Miguel de Segura, que le acompañaba.—(Córdoba i Figueroa.)

Solazábase tal vez el ufano conquistador en su venturosa estrella, que a la sazon brillaba en su cenit, cuando presentósele un emisario indíjena con nuevas que consternaron profundamente su espíritu. Era conductor de aquellas un cacique amigo de la reduccion de Arauco llamado Caniumanque, i habíalo despachado a gran prisa, la noche de la víspera, el comandante de aquel fuerte, Diego Maldonado, íntimo amigo i buen servidor de Valdivia.

Mas ¿cuáles nuevas eran aquellas que así ponian miedo dentro del pecho de un caudillo que no habia palidecido jamas al entrar en los mas reñidos combates de la conquista en Chile, en el Perú, en Venezuela?

Eran las de la rebelion jeneral de un reino que habia pacificado con tantos trabajos en el afan de catorce años, i era el alzamiento osado i feroz de sus propios vasallos, de sus indios de encomienda del Estado de Arauco, que habian tomado las armas como si fueran una sola tribu, desde el Cautin al Bio-Bio.

VII

Hemos anotado, en efecto, que para traer de paz toda aquella jente, que era robusta, inquieta i belicosa, no como hoi, mansa i humilde *(los indios de la costa)*, el gobernador de Chile habia levantado tres fuertes, escalonados con arte para su proteccion

recíproca, i agregamos que teníalos confiados a los mejores de sus capitanes, o al ménos, a aquellos que él mas amaba i en quienes mas confianza ponia, pues eran, a la vez de jefes, administradores de su hacienda. Así, en Arauco, habia puesto con diez hombres al capitan Diego de Maldonado, ya mencionado, hombre aguerrido i de confianza que habia venido hacia veinte años con Almagro (1534), i como su alférez jeneral, entre los descubridores. En Tucapel, que era el centro i lo mas poblado por sus feraces llanos, tenia el gobernador al capitan Martin de Ariza, valiente veterano, taimado como un vizcaino—de cuya raza era,—al cargo de diez jinetes i cuatro pequeñas piezas de campaña. Por último, en Puren mantenia a un capitan Coronas, que no debia ser de mucha cuenta; pues por esos mismos dias, i a virtud de un denuncio de la venidera conflagracion que le enviara Martin de Ariza (a quien lo comunicara un indio peruano llamado Gualpa, mayordomo de las minas de Valdivia en Tucapel, que entendia la lengua chilena), dispuso el gobernador que fuera atendido por un oficial de esperiencia i de renombre. Vino con este fin de la Imperial Juan Gomez de Almagro, el famoso caudillo de los «Catorce de la fama» que ha inmortalizado Ercilla, i quien—dice Rosales—encontró el fuerte en mal pié de guerra con tres arcabuces para diez hombres que lo guardaban, i cinco que trajo

consigo de la ciudad vecina por órdenes de Valdivia (1).

Lo que este indio mensajero habia traido a Valdivia, era, por tanto, la noticia de que el levantamiento jeneral, al que él gobernador se mostró siempre incrédulo, habia comenzado de hecho por el asalto del fuerte de Tucapel, dirijido en persona por Queupolican, toquí jeneral nombrado al efecto, no por la viga sino por su linaje, i quien, despues de una lucha de cuatro dias, obligó a Ariza a abandonar el fuerte a medianoche, quemándolo en seguida con su horda victoriosa.

VIII

A la noticia de aquel cerco, el prudente Maldonado se habia, en efecto, aventurado con seis de sus diez soldados hasta la vecindad de Tucapel, cuyas paredes humeantes le revelaron la catástrofe de Ariza, al que juzgó enterrado en sus escombros con sus valientes compañeros. Espantado por el estrago, quiso el viejo capitan dar la vuelta a Arauco, que dista de Tucapel una jornada de camino; pero los indios alzados que le habian dejado pasar ade-

(1) Levantan calorosa disputa los cronistas antiguos sobre el número de soldados que habia en cada fuerte, i ponen en cada cual desde seis hasta cuarenta. Pero los datos del padre Rosales parecen los mas comprobados, porque son los mas racionales. No podia guardarse un fuerte de palizadas i fosos con ménos de diez hombres, i ésto es lo que él apunta en la discrepancia de todos los demas.

lante impunemente, se tenian tomado todos los caminos, i al regreso lo atacaron en los desfiladeros con tal tropel, que perecieron cuatro de sus soldados, escapando Maldonado lleno de heridas, gracias a los brios de su caballo, con un soldado llamado Brito, que iba tambien bien montado, aunque era isleño, natural de las Canarias.

Apeado apénas del caballo i lleno de zozobra, mas que por su peligro personal, por la suerte del reino, Maldonado habia llamado a su fiel aliado i tributario Caniumanque i rogádole que en persona fuera aquella noche hasta la Concepcion a dar noticias al gobernador de lo que pasaba i a pedirle inmediatamente socorro.

IX

Tal era, en sustancia, la terrible i no aguardada novedad que habia contristado profundamente a Valdivia cuando acababa de oir reposada misa i de comer alegremente con sus padres. Mas, como ántes que todo era animoso, dispúsose a salir en persona a poner remedio en el daño, por el interes del rei i del suyo propio. La conjuracion de los araucanos era un acto de insubordinacion doméstica entre sus vasallos, cual lo eran Caupolican i sus parientes Talcagüenu i Tomé, riberanos todos del Bio-Bio i de la comarca de Penco.

X

Aquel mismo dia Valdivia citó a cabildo, hizo su testamento militar (tomando las precauciones que ántes, en mayores riesgos, no cuidara), el cual dejó guardado en el fondo de las cajas reales, bajo la fe sagrada de su tesorero, i escribió a Arauco, a Tucapel, a Penco i a la Imperial, anunciando el dia en que a cada punto, i especialmente a Tucapel, habria de llegar el socorro con tantas ansias pedido (1).

XI

En las primeras horas de la noche estaba ya listo el dilijente gobernador para emprender su marcha, i al montar a caballo, le, ocurrieron lances de mal agüero que le impresionaron todavía mas hondamente que el presentimiento de su alma supersticiosa de soldado. Habiéndole traido su piquero Pimentel al atrio de la casa su caballo de marcha, que era mui manso, comenzó el bruto, contra su costumbre, a dar coces; i al poner el pié en el estribo el conquistador, zafóse aquel de las cabezadas i es-

(1) Propiamente, Valdivia habia hecho su testamento en Santiago en setiembre de 1549, cuando, derribado del caballo en la plaza de aquella ciudad, creyó morirse. Pero en Concepcion hizo sacar una copia autorizada de aquel documento, que ocupaba solo un pliego de papel, i le depositó en el tesoro de Concepcion. Oportunamente i por separado, esperamos ocuparnos de este interesante documento, desgraciadamente perdido por un culpable hurto para nuestra historia.

capóse libre hácia el campo. Lanzó en este accidente, que no tenia en sí nada de estraordinario, un profundo suspiro el preocupado caudillo, «porque—dice Diego de Rosales—se le vino a la memoria lo que un adivino le dijo en el saco de Roma: que habia de morir a manos de sus vasallos» (1).

Mariño de Lovera, historiador i soldado, que acompañó aquella noche, con catorce jinetes, a Pedro de Valdivia, confirma tambien esa disposicion de su ánimo; pues cuenta que habiendo ido a despedirse del gobernador dos horas ántes de cenar, esto es, entre nueve i diez de la noche, el padre Martin de Robleda, superior de los franciscanos, pidióle aquel su bendicion.

Diego de Rosales agrega que Valdivia tuvo particular empeño en llevar consigo a su capellan, un clérigo llamado Pozo, si bien dejó en rezago, por la prisa, a su camarero Salinas i a su mayordomo Luis de Alba; por todo lo cual se ve que el gobernador de Chile dábase ya vida de señor i de príncipe, con capellan, mayordomo, camarero, caballerizo i pajes de guerra. Uno de estos últimos era Lautaro.

XII

Caminó toda aquella noche Pedro de Valdivia

---

(2) ROSALES, *Historia inédita*, Lib. III, Capítulo XXX.—El señor Barros Arana dice en su interesante libro sobre el proceso de Pedro de Valdivia (1874), que nunca ha encontrado un dato cierto sobre que el conquistador se hubiese hallado en la toma de Roma por el condestable de Borbon: hé aquí, pues, ese dato.

con sus quince compañeros, pero no en direccion del Bio-Bio ni de Arauco, como por lo crítico de la coyuntura era de esperarse, sino hácia los lavaderos do Quilacoya, que entónces rendian inagotable riqueza. El historiador Carvallo se indigna contra los que han afirmado que Valdivia hizo ese desvío en obsequio de su codicia, en vez de atender a su gloria i al deber en el territorio alzado contra el rei; i da como razon peregrina de su incredulidad la de que, en el mapa, la quebrada de Quilacoya o *Culacoya*, como entónces se escribia, está al Este de Concepcion i nó al Sur. Mas certero juicio fué en esta ocasion el del poeta castellano, cuando, esplicando el verdadero móvil del conquistador, decia en la primera octava del canto que consagra a su última campaña i a su muerte:

...«Principio i fin de todos nuestros males,
Oh insaciable codicia de mortales» (1).

Pero es lo cierto, mas allá de toda contradiccion i todo enojo póstumo, que Valdivia hizo aquel rodeo, que estravió a mas la senda, i que solo llegó al real minero «al cuarto del alba» del siguiente dia, que tal es la espresion de uno de sus propios compañeros de camino (2).

---

(1) *Araucana*, Canto III.
(2) Mariño de Lovera, páj. 151. «El cuarto del alba» llamaban los conquistadores las cuatro de la mañana. El cuarto, que correspondia a las doce de la noche, denomínalo Góngora Marmolejo «el cuarto de la modorra.»

XIII

Encontró el gobernador en alboroto sus faenas, porque ya la flecha de la rebelion habia pasado entre los millares de indíjenas que allí trabajaban desnudos, a la intemperie i bajo el azote cruel de mayorales españoles o peruanos. Mariño de Lovera, que allí estaba, asegura que aquellos infelices operarios pasaban de veinte mil, siendo la mitad de ese número suficiente para inspirar graves recelos de alzamiento en un asiento guardado solo por sesenta españoles diseminados.

XIV

Acreció con ésto la amargura que el gobernador escondia en su pecho, al punto de que cuando su mayordomo de minas Rodrigo de Volante, le presentó para agasajarle, en una batea, seis onzas de oro en polvo que habian sido lavadas por sus indios, en la víspera, no dió Valdivia señal alguna de contento; porque, habiéndole traido tambien algunos dulces de regalo, «estaba él tan amargo —dice uno que presenció aquello,—que ni lo primero le alegró el corazon, ni lo segundo endulzó el gusto; antes mirando el oro dijo:—«Yo alabo a aquel que tal cria,» i con esto mandó quitarle de delante» (1).

(1) Mariño de Lovera, páj. 132.

Lo único que se dispuso a tomar, tal vez por lo alterado de sus bílis, fué una tajada de *diacitron*, que así llama el rudo historiador i soldado al dulce de cidra, llamado tambien en Chile, por mas mansas jeneraciones, «dulce de paridas».

XV

Los encomenderos i administradores de los placeres de Quilacoya se hallaban tambien, como su jefe, poseidos de sobresalto, por los rumores que ya corrian del ataque de Tucapel, i porque habian observado gran movimiento de indios que pasaban i repasaban el Bio-Bio, frente al balseadero de Talcamávida, distante de allí dos o tres leguas.

Por ésto i por sus súplicas, quedóse allí Valdivia a fin de fortificar el sitio, cometiendo sin duda en ello una gran falta, que indignó mas tarde al claro i honrado historiógrafo Jerónimo de Quiroga. Por poner a salvo lo mas lozano de su fortuna, dejaba, en efecto, con culpable egoismo, entregados a los estragos de una rebelion enfurecida, los mas jenerosos pueblos de la conquista—Angol, la Imperial, Villarrica i Valdivia,—sin tomar en cuenta los tres fuertes ya completamente asediados del Estado de Arauco. Empero, el gobernador de Chile redimiria en breve aquella falta con una reparacion sublime que mas adelante hemos de apuntar para su gloria.

XVI

Olvidábamos referir otro incidente, ignorado tambien como los anteriores, sobre la melancólica disposicion de espíritu en que se hallaba Valdivia, oscureciéndose su ánimo viril con negros presajios. Fué el siguiente, cual lo refiere Rosales con la injenuidad de un contemporáneo que ha visto u oido las cosas tal como pasaban en los adentros de los aposentos:

Tenia Valdivia en su casa, recien edificada, de Concepcion un mono (un *mico* dice el cronista) que probablemente trajo del Perú o le regalaron cuando ya estaba de vuelta, i pensando que seria cosa de curiosidad para los indios de su Estado, dió órden a su camarero Salinas lo trajera consigo para mostrarlo a los salvajes. Pero el criado, con la prisa, i aunque solo llegó al dia siguiente a Quilacoya, dió lugar a que el mono se escapase en el camino, por lo cual, conociendo el jenio iracundo de su señor, no se atrevia a presentársele. Cuando supo esta aventura el gobernador, hízole venir llanamente a su presencia, i delante de otros, díjole con tristeza: «No se os dé nada, Salinas, del mico; como ese se ha de perder!...»

I luego añade el candoroso historiador, que temeroso, sin duda, el capitan que de esas palabras dedujeran los oyentes un mal presajio, añadió que lo que

iba a perderse «eran los ganados i las cosechas de los indios alzados.»

XVII

Désenos todavía licencia para consignar otro episodio que, si no pertenece de lleno a la relacion histórica i personal que acometemos, es tal vez de palpitante actualidad. Desde que Valdivia se marchó de Quilacoya dejando el recien fabricado fortin a cargo de un vecino de la Concepcion llamado Diego Diaz, natural de San Lúcar de Andalucía, comenzó a ser válida la voz de que habia dejado enterradas dos botijuelas llenas de oro, como hoi las de Santa Lucía i las de Osorno. A lo cual agrega Rosales, que ochenta años mas tarde, residiendo allí un hacendado del nombre de Juan Diaz (que él conocia, i era tal vez descendiente del comandante del fuerte de Valdidia), apareciósele un *machi* o duende, i le hizo dar inútilmente numerosas cavas al pié de los perales que todavía abundan en esos parajes, al punto de que hoi mismo, en Talcamávida, la pera sirve de pan, de papa, de forraje i hasta de chanza lugareña.

XVIII

Tenemos ya apuntado que Valdivia salió de Penco solo con quince soldados; pero de Quilacoya sacó

cuarenta i seis, que con siete sirvientes, alcanzaban al número exacto de cincuenta i tres, sobre cuya cifra se han alterado unos con otros, usando de voces destempladas, casi todos los historiadores nacionales i aun de España. Mas sobre este punto no cabe ya duda alguna despues de la publicacion de la historia de Mariño de Lovera (cuyo capitan quedó en el fortin de Quilacoya), i en especial desde que ha sido desenterrada de secular olvido la obra majistral de Rosales.

Pasó Valdivia el Bio-Bio, por la última vez, en Talcamávida, por el camino que hoi conduce de Santa Juana a Lota; i atravesando una sierra baja i prolongada, llegó a Arauco probablemente el mártes 20 o el miércoles 21 de diciembre, en el mismo dia o al siguiente de su partida de las minas.

XIX

Cuando el sobresaltado gobernador se apeó de su caballo en el puente levadizo del fortin de Arauco, la rebelion de los bárbaros presentaba no ya un aspecto amenazante sino terrible. Una paz aparente reinaba todavía en la comarca que dominaba aquella fortaleza; pero en el fondo, la conjuracion era jeneral, sin escluir las mujeres, los niños, los yanaconas de servicio i hasta los pajes mismos del conquistador. De la Imperial, de Angol i de Puren nada se sabia con certeza; pero todos los caminos

estaban invadidos por partidas apostadas, i los bosques i los llanos hervian con lejiones de bárbaros, enorgullecidos con su victoria de Tucapel contra el capitan Ariza, i con el trofeo de sus cañones abandonados en el fuerte.

La situacion no podia ser, en consecuencia, de mayor aprieto; pero Pedro de Valdivia habia pasado en su vida por mas enojosos conflictos, i resolvió seguir adelante. En aquel mismo dia escribió a Juan Gomez de Almagro, que marchase de Puren con los mejores soldados que allí habia, a muchos de los cuales, por honrarlos, designaba con sus nombres i dábales arrojada cita para el lúnes 26 de diciembre delante de las murallas del fuerte de Tucapel, i aun fijaba la hora precisa del encuentro i del castigo, que seria la de las doce del dia.

Son todas estas fechas de la mas escrupulosa exactitud, i vienen a fijar, despues de largas controversias, pero de una manera que pone punto a todo litijio, la data exacta de la muerte de Pedro de Valdivia, que mas adelante veremos han traido equivocada todos los historiadores, desde Alonso Góngora Marmolejo, soldado de Valdivia, hasta Miguel Luis Amunátegui, el brillante narrador de la conquista (1).

---

(1) Casi todos los historiadores han incurrido hasta hoi en el error de creer que Valdivia citó a Juan Gomez desde Concepcion, escribiéndole a la Imperial para que viniese, en dia i hora determinados, a reunírsele. Esto dice tambien el contemporáneo Góngora Marmolejo, que no se halló en

XX

Tenia lugar lo que veníamos contando, el mártes o miércoles de la semana de Pascua de Navidad, en

aquella campaña i a quien sigue el señor Amunátegui en su *Descubrimiento*. Pero basta fijarse en que Valdivia pasó ocho dias en Quilacoya, para convencerse que de Concepcion no pudo mandar cita para dia i hora fija. Juan Gomez de Almagro estaba, ademas, con anticipacion en Puren i, por consiguiente, no podia escribirle a la lejana Imperial, donde no era cosa fácil concertar una cita urjente de guerra.

De donde indudablemente citó Valdivia al capitan de Puren i sus trece heróicos compañeros, fué de Arauco, tan luego como allí llegó el 20 o 21 de diciembre, i dándoles cita para el 26 a mediodía en Tucapel. Diego de Rosales precisa esta cita, diciendo que le escribió se le juntase «al tercero dia de Pascua;» i como entónces la fiesta de Navidad se celebraba durante tres dias, que comenzaban el 24, es evidente que ese dia tercero era el lúnes 26 de diciembre. Mas adelante, el escrupuloso i fiel autor corrobora ésto cuando dice que Valdivia levantó su campo de Arauco el «sábado de Pascua,» es decir, el 24, porque en ese año la festividad cayó en dia domingo.

Siendo todo ésto de esa manera, el itinerario de Valdivia en su última campaña, puede trazarse así, casi con la evidencia de no discrepar en un dia:

Domingo 11 de diciembre:—Recibe la noticia del alzamiento de Tucapel en Concepcion.

Lúnes 12:—Llega al cuarto del alba a Quilacoya.

Semana de demora en Quilacoya: del 12 al 20 de diciembre.

Mártes 20:—Sale para Arauco, donde llega el mismo dia o el 21.

Reposa en Arauco tres dias: el juéves 22, el viérnes 23 i el sábado 24, en que salió i debió acampar vecino del fuerte.

Domingo 25 de diciembre, Pascua de Navidad: se acampa en la quebrada de Diego de Oro, a cuatro leguas de Tucapel.

Lúnes 26:—Batalla de Tucapel.

Mártes 27:—Muerte de Valdivia en el campamento de los araucanos.

En una relacion manuscrita que encontramos en 1870 en el *Archivo de Indias*, hecha por un soldado contemporáneo de Valdivia, llamado Francisco de Bilbao, i que tenemos entendido es el antecesor directo del célebre escritor i tribuno chileno del mismo nombre, se confirma la fecha del domingo 26 de diciembre de 1553 como la de la marcha de Valdivia sobre Tucapel, porque el manuscrito dice como sigue:—«Y ansy se determinó (Valdivia) de *ynviar domingo por la mañana* despues de haver oydo misa a Luis de Bobadilla su caballerizo con nueve (?) hombres con los mejores caballos i mejor harmados que tenia.»

Bilbao critica a Valdivia su temeridad i su imprudente sistema de colonizacion, en lo cual ciertamente no carece de razon.

cuyo dia llegó el gobernador a Arauco, encontrando a su fiel capitan Diego de Maldonado postrado de sus recientes heridas. Pero rehecho aquí con algunos auxiliares que le dió el cacique Caniumanque, leal al ménos en apariencias, dispúsose Valdivia a seguir adelante i castigar con mano terrible a los alzados.

Púsose, en consecuencia, en marcha el atrevido gobernador, con su escasa hueste, el sábado 24 de diciembre, primer dia de Pascua, i acampóse probablemente no léjos del fuerte; i como el siguiente fué de Navidad i mui caloroso, pasó la mayor parte de la jornada en unas frescas arboledas que existian a la sazon en la quebrada que, un siglo mas tarde, llevaba el nombre de uno de los mas valientes soldados que le acompañaban al sacrificio:—«la quebrada de Diego de Oro,»—cuatro leguas españolas distante de Tucapel. Queria tambien el gobernador dar lugar a que Juan Gomez de Almagro alistase su jente, para ser ámbos puntuales, i que aquel tomase por retaguardia a los alzados, miéntras él, conforme a su costumbre, los embestiria de frente.

XXI

A la madrugada siguiente, al dar la alarma al campo, llamó Valdivia a su caballerizo Bobadilla i le ordenó fuese adelante a reconocer los caminos i a tomar noticias de lo que acontecia tierra adentro.

El mismo siguió su derrota una hora mas tarde, i a las diez de la mañana, encontrnadose ya cerca de Tucapel, detuvo su caballo delante de un estraño i horrible trofeo: era un brazo humano que destilaba todavía sangre, clavado por afrenta i aviso en un árbol del camino, i que, por su blancura, conocieron luego los castellanos era un miembro del desgraciado Bobadilla. Habia tenido éste suerte mas infeliz aun que la del capitan Maldonado, pues fué hecho cuartos en compañía de «dos buenos i briosos soldados» llamados Porras i Vallejos (1).

XXII

Refiere el historiador Amunátegui en su hermoso libro sobre el *Descubrimiento i conquista de Chile*—monumento honroso de nuestra literatura, por su estilo, su investigacion i su filosofía,—que Valdivia i sus compañeros iban en esta marcha «alegres i contentos» (2); porque, acostumbrados a vencer, confiaban esta vez en su destino, en la Vírjen i en su espada, cual cumplia a buenos castellanos. Pero el

(1) No solo Ercilla sino muchos historiadores suponen a Bobadilla vivo en el combate de aquel dia, i el primero canta las hazañas del ya difunto i descuartizado caballerizo, diciendo que Valdivia le ordenó

...«Saliese Bobadilla, el cual furioso,
Sin que Valdivia mas le molestase,
Con poca jente i con esfuerzo grande.»

Araucana, Canto III.

(2) *Descubrimiento*, páj. 306.

ilústrado historiador, que en esta parte sigue mui de cerca al rudo cronista Góngora Marmolejo—el Bernal Diaz del Castillo de nuestra conquista,—no tuvo la fortuna de leer a Mariño de Lovera, que es casi un testigo presencial, i sobre todo, no le habia sido dable consultar al juicioso i bien informado Rosales, que, como hemos visto, ha ido en perfecto acuerdo (sin conocerse entre sí) con el cronista-soldado, especialmente cuando han afirmado ámbos la profunda melancolía i los funestos presajios que inundaban el alma del conquistador.

Añade, en consecuencia, Diego de Rosales, que Valdivia, no acobardado, pero sí lleno de horror en vista de aquel cuadro, sujetó su caballo i llamó a consejo a sus capitanes, mozos la mayor parte i recien llegados de España i del Perú. Preguntóles lo que en tal situacion cumplia al honor i a la prudencia poner por obra, i hubo un profundo silencio entre los que le rodeaban, hasta que un capitan llamado Pedro Diaz de Altamirano, estremeño, natural de Medellin, como Cortés, que era soldado de gran ánimo, díjole:—«Señor, passe vueseñoria que llevando tan vizarros soldados no ai que temer» (1).

Nadie osó, sin embargo, abrir los labios aun al escuchar reto tan temerario, i Valdivia tomó pié

(1) Rosales, manuscrito citado.—Lovera (pájina 152) llama a Altamirano Francisco Gutierrez Altamirano, i Góngora, Martin Gutierrez. Es posible que fueran varios deudos del mismo apellido, como los Alvarados i otros conquistadores.

de ese silencio para hacer presente a los suyos, que la prudencia aconsejaba aplazar el castigo de los rebeldes i retirarse para venir en mayor fuerza. Esto afirma Diego de Rosales, si bien la mayor parte de los cronistas antiguos presentan a Valdivia como arrojado sin vuelta a un asalto atolondrado, propio de un soldado valiente, pero ajeno ciertamente a los deberes i a las responsabilidades de un caudillo.

Mas los que hayan estudiado el fondo de la vida militar de Pedro de Valdivia, no pueden ménos de sentirse inclinados a aceptar como suyo el parecer del monje; porque aunque nunca hubo controversia sobre si al capitan estremeño sobró el arrojo como a soldado, era a la par mui alta su reputacion de hombre de guerra como jeneral sagaz, prevenido i receloso. Bien conocido es lo que dijo de él, cuando vió la formacion de la batalla en Xaxixaguana, el viejo rebelde Francisco de Carvajal, no ménos que las palabras con que le recibió en su campo el presidente La Gasca, cuando le nombró jeneral en jefe de su ejército, diciéndole que «se holgaba mas de verle que de que le hubiesen llegado de refuerzo ochocientos arcabuceros» (1).

(1) El mismo Ercilla así lo piensa i así lo canta, cuando afirma que despues del encuentro del brazo de Bobadilla, el gobernador propuso la vuelta, i solo por honor se resolvió a marchar, «porque quiso perder ántes la vida a que en él se viera una flaqueza».

XXIII

La prudencia militar del gobernador no pudo ménos, por ésto, de aconsejar la retirada, si bien su corazon i su sangre le arrastraban a clavar espuelas i a marchar de frente a la cabeza de aquellos bravos caballeros.

Mas, a la postre de aquellas justas vacilaciones, un sentimiento de levantado honor vino a empujar el magnánimo pecho del conquistador hácia una pelea desesperada i a una muerte inevitable. Fué aquel la cita que diera con anterioridad a Juan Gomez de Almagro para las doce de aquel mismo dia delante de las paredes del incendiado fuerte de Tucapel. ¿Cómo un hombre de su talla podia faltar a aquel empeño? Si el capitan castellano llegaba (porque tal lo era Juan Gomez, natural de Almagro, como el descubridor de Chile), cual era de seguro, por su concierto, al sitio convenido, i se encontrase solo, acribillado, perdido, ¿qué dirian de él sus compañeros de armas? qué la fama? qué la historia?

Escondia ademas el gobernador de Chile motivos especiales de amistad i de gratitud personal para con aquel capitan i compañero. Gomez de Almagro habia sido el mas fiel, el mas enérjico i el mas eficaz entre los cooperadores subalternos del conquistador. Nombrado por él alguacil mayor en los dias de la fundacion de Santiago, debió el gober-

nador a la terrible enerjía de aquel soldado, no solo la sumision de los indios araucanos, sino tambien de sus propios compañeros, que se alzaron dos veces contra él, la primera con Pastrana en 1541, i la segunda con Sancho de la Hoz en 1547. En las minas de Malga-Malga habia desplegado tambien su índole implacable contra los indios de trabajo que comenzaban a inquietarse (noviembre de 1550); i por último, habia hecho sentir su mano cruel hasta en los tranquilos pescadores de la caleta del valle de Quintil, hoi Valparaiso. La quebrada que lleva todavía su nombre—*Juan Gomez*,—fué testigo de sus crueldades, en obsequio de su jefe, cuyos eran aquellos indios.

Por ésto habíale nombrado Valdivia alguacil mayor del reino, por provision espedida en Concepcion el 20 de abril de 1550, i dádole una valiosa encomienda de indios i tierras en las juntas del rio *Cachipoal i Tintililica* (Tinguiririca) (1).

Gomez de Almagro habia sido uno de los últimos conquistadores que fueron a reunirse a Valdivia, en el sur, pues estaba todavía en Santiago el 18 de abril de 1553, i probablemente no marchó a la Im-

(1) La estancia de Juan Gomez de Almagro fué la que es hoi la vasta hacienda de *San José*, propiedad de la familia Iñiguez Vicuña, en el departamento de Caupolican. Le fué conferida por el cabildo i entregada por Rodrigo de Quiroga el 7 de diciembre de 1552.

Juan Gomez sobrevivió muchos años a Valdivia. En 1557 era rejidor perpetuo de Santiago por nombramiento del rei, hecho en Valladolid el 9 de marzo de 1534, «en razon de sus méritos i servicios».

perial i a Puren sino en el verano de ese año, es decir, tres o cuatro meses ántes de la muerte de Valdivia, i como si hubiese querido seguirlo i protejerlo hasta su última hora: tal era su fidelidad.

Pedro de Valdivia no podia, en consecuencia, volver atras sin dar la espalda al honor, i fué ésto, no los móviles de avilantez i ceguedad de que ha hecho pábulo la crítica, lo que arrastró su animoso corazon a aquel sacrificio sublime que dijimos habríamos de señalar, cuando le reprobamos su codiciosa i funesta tardanza i rodeo en Quilacoya.

XIV

El capitan estremeño pidió, en consecuencia, un peto acerado a su paje de armas Agustinillo—indio leal i manso, natural de Colina, hijo del cacique peruano Calacante de aquella parcialidad,—i a otro de sus pajes le hizo aderezar su caballo de batalla. ¿Era éste Lautaro? Venia el último en esa humilde condicion, como afirma Ercilla en sus versos? Habíase desertado ya el mancebo al enemigo, como el mulato Alejo—el Lautaro del siglo XVII,—segun piensa el señor Amunátegui siguiendo siempre a Marmolejo? O acaudillaba en esta ocasion los dos mil indios auxiliares de Valdivia, como lo asegura el bien informado jesuita, nuestro guia mas certero en esta narrativa?—Punto es este que preferimos aplazar, i ésto por dos razones: primera, por-

que no es esencial a nuestro argumento, reducido a contar los episodios ciertos que prepararon i rodearon la muerte del primer gobernador de Chile; i segunda, porque tenemos el pensamiento de hacer seguir este estudio de otro sobre aquel bárbaro famoso, cuya vida i hazañas creemos poder reconstruir por completo, sacando airosa i clara su figura, tanto de las nieblas de las crónicas que desconocen su talla, como de los cantos de la epopeya, que le prestan exajerada i falsa gloria.

Insistimos, por hoi, solo en fijar los hechos mas salientes de la trajedia de Tucapel, i a este punto llegamos ya.

XXV

Caminaron lentamente los castellanos por los estrechos senderos, al principio, i despues por llano abierto i dilatado. I poniéndose a las doce en punto del lúnes 26 de diciembre de 1553, al pié de los renegridos muros de Tucapel, divisaron allí una india que a la orilla de una gran sementera en plena madurez (no dice el historiador si fuera de trigo o de maiz, si bien lo último era lo seguro), estaba como en acecho. Receloso Valdivia con la catástrofe de la mañana, ordenó a un negro lenguaraz llamado Anton Guerra, que iba a su lado, fuese a interrogarla sobre lo que allí hacia; mas apénas se habia acercado al habla el africano, dió la he-

róica centinela un prolongado i agudo grito, i millares de millares de combatientes se lanzaron formando una espaciosa media luna de batallones en líneas sucesivas, de tal modo—dice Rosales—que todo el campo parecia «un cañaveral i las hileras espesas espigas». Segun el mismo cronista, estaban convocados, desde la víspera, 67,000 indios en la *cancha de chueca* contigua a Tucapel. Mariño de Lovera no repara en hacer subir la suma a 150,000 i Carvallo los rebaja a 61,000. Exajeraciones evidentes son todas aquellas, sin embargo, como las de Méjico, el Perú i de todas partes en las Indias, donde para aumentar inútilmente la gloria de los capitanes, los parciales cronistas han suprimido tres de las cuatro reglas de la aritmética, dejando una sola para los pobres indíjenas presentes, muertos, heridos o prisioneros en las batallas con los castellanos.

XXVI

Cabríanos ahora la tarea de describir la batalla de Tucapel, en que Pedro de Valdivia, hecho prisionero, perdió la vida con sus cincuenta i tres compañeros, sin escapar uno solo. Pero, por hoi, no acometemos tal empresa por innecesaria i por difícil. ¿Cómo acertar, en efecto, a narrar lo que nadie ha visto ni nadie ha podido referir? Tuvo lugar el hecho como lo refiere Góngora Marmolejo, o como lo pinta Mariño de Lovera, o como lo describe con

mas particularidad Diego de Rosales? Imposible es elejir; pero por fortuna, las discrepancias son tan cortas entre aquellos, que de todas las relaciones puede hacerse una sola.

De que Valdivia i sus compañeros pelearon como leones acosados por trahilla innumerable de sabuesos, es cosa que está a la vista, porque así peleaban los españoles con los indios en todas las partes de la América. De modo que son solo los episodios personales los que pueden agregarse o ponerse de relieve. I éstos no se contradicen entre los cronistas, sino que se completan i recíprocamente se comprueban. Así, la valerosa muerte de Juan Gudiel, que fué el primero en caer con los diez jinetes de su cuadrilla; la defensa de los equipajes por el heróico Diaz de Altamirano; la arrogante jactancia de Juan de la Mesa, que se arroja con un montante en medio de millares de bárbaros arremolinados con el furor i la victoria; i por último, la desercion en el campo mismo de batalla, de Lautaro i de su jente, cuando las ventajas corrian por los castellanos, son cuestiones accesorias de las cuales la investigacion puede, sin esfuerzo, llegar a hacer un todo armónico i tal cual comprobado.

Por lo que a nosotros toca, nos inclinamos a tomar como mas cierta la version de Góngora Marmolejo, pues éste asegura que la oyó al único sobreviviente del combate por parte de los cristianos, que era un señor Alonso, «principal del valle de

Chile» (Aconcagua)—dice el soldado,—i aquella es la misma que ha rejuvenecido con brillante pluma el señor Amunátegui.

XXVII

Nos contentaremos, por tanto, con indicar solo dos episodios de la batalla, que no hemos visto narrados sino en el manuscrito secular que tenemos a la vista: tal fué en primer lugar, la aparicion de un sobrino de Valdivia en la batalla de Tucapel, al que el embravecido capitan reconviene llamándolo «mal soldado,» porque, en la primera carga, no ha roto las columnas de los bárbaros. Vuelve el mancebo entónces al enemigo, i perece con su mitad de diez caballeros.

El otro incidente, completamente natural i justificado, es la ansiedad con que durante toda la batalla, que duró seis horas, estuvo Valdivia aguardando el refuerzo de Puren. Pero el cronista que seguimos, esplica la ausencia de Juan Gomez de Almagro por una estratajema de los indios que le hizo aplazar su salida hasta el mártes 27 de diciembre, en lugar del lúnes 26, «tercero dia de Pascua,» segun lo tenia citado su jefe, i en lo cual Gomez de Almagro cometió un yerro fatal e irremediable. Reparólo con su conducta heróica i llena de singulares aventuras, en el siguiente dia, con sus trece compa-

ñeros que con él fueron, segun dijimos—los «Catorce de la fama;»—pero este tema no entra en nuestro plan, i ademas, no sabríamos contarlo en prosa mejor que el autor del *Descubrimiento,* ni en poesía ciertamente como Ercilla.

XXVIII

Quedan, por tanto, solo dos episodios de importancia histórica que dilucidar, i en lo cual hasta aquí no ha habido acuerdo entre los cronistas; a saber: la manera de muerte que tuvo Valdivia, i la fecha de la batalla i de su inmolacion.

Sobre el suplicio que los vencedores impusieron a Valdivia, Diego de Rosales es digno de especial fe en sus revelaciones, porque como misionero durante cuarenta años entre los indios, cuya lengua poseia como la de Castilla--su patria,—interrogó a los únicos que podian estar en el secreto del suceso, es decir, a «los caciques antiguos,» como él apunta, i que si no fueron los propios sacrificadores del primer gobernador de Chile, fueron, de seguro, sus hijos i sus nietos.

En consecuencia, el historiador i justificado provincial de la órden de Jesus rechaza de plano la version fabulosa del oro derretido, en cuyo aserto le sigue Olivares, i cuenta que inmolaron a Valdivia enteramente conforme a sus usos de guerra,

acostumbrados ántes de esa época i mas tarde (1). Es decir, que por estar ya mui entrada la noche de la batalla en que le cojieron con su capellan i con el caballo cansado, reservaron el sacrificio para la mañana siguiente, a fin de preparar la acostumbrada e indispensable borrachera.

En consecuencia, al amanecer del siguiente dia, pusieron al infeliz cautivo en una rueda, atada sus manos a la espalda, desnudo i cubierto de sangre; i miéntras cada cacique iba apostrofándole i haciéndole cargos por sus agravios personales, un macero colocado a su espalda le derribó al suelo, i otros, abriéndole el pecho, le sacaron el corazon, el cual mascaron a su usanza en medio de los mas feroces regocijos. De sus *canillas*, que eran robustas, hicieron flautas de guerra, i la cabeza, despues de clavarla en una pica frente al toldo de Caupoli-

(1) Olivares dice que los indios no sabian entónces, ni dos siglos mas tarde derretir el oro, i afirma que inmolaron a Valdivia con la única i bárbara muerte que ellos acostumbran con sus prisioneros, «en cuyos hábitos son mui tenaces.»

Agregaremos, de paso, que todos los cronistas antiguos hasta Carvallo acostumbran citar a Rosales como si tuvieran a la vista su historia manuscrita; pero es lo cierto que nunca la leyeron, pues en tal caso habrian acertado a repetir lo que el jesuita, autor tan respetado por ellos, apuntaba. Solo consta que el padre Ovalle sacó algunos apuntes, como lo dice Rosales, su provincial en esa época, cuya declaracion ponemos por epígrafe. En cuanto a las citas que otros hacen, no pueden referirse sino a uno que otro cuaderno suelto que circuló en Chile de la historia de Rosales, i que son tal vez los que hoi desgraciadamente faltan. Monseñor Eyzaguirre poseía uno de esos capítulos o cuadernos de la *Historia de Chile Flandes Indiano*, que éste es el verdadero título del precioso libro que nos guia en estos estudios i que adquirimos en Valencia en 1870, comprándolo por su peso en oro al hijo del anticuario Salvá. La Univesidad de Chile habia rehusado comprarlo; pero compraba letras hipotecarias.

can, guardóla este en su menaje, i en ella bebian él i sus descendientes en las borracheras de grandes victorias, hasta el tiempo del padre Rosales, un siglo mas tarde. Refiere éste último que la cabeza del héroe se sucedia en la familia de aquel toquí «como vínculo de mayorazgo,» i que aunque se solicitaba por los españoles con grandes pagas en tiempo de paz, nunca consintieron devolverla.

XXIX

La otra cuestion histórica no ventilada hasta hoi con suficientes datos, es la de las fechas positivas que dejamos marcadas, porque la mayor parte de los cronistas antiguos, siguiendo a Ugarte de la Hermosa han afirmado que la muerte de Valdivia tuvo lugar el 3 de diciembre, miéntras que uno solo,—el jeneral Basilio de Rojas—asegura, mejor informado, que fué el 26 de diciembre, i otros todavía, como Córdoba i Figueroa, Gay i Amunátegui, discrepan, fijando el último, como la mas probable, la del 1.° de enero de 1554, fundado en que en Concepcion se supo el hecho el 2 de ese mismo mes i el 11 en Santiago (1).

(1) La noticia de la muerte de Valdivia llegó al Perú de una manera bastante estraordinaria:—«Desta muerte la primera nueva que vino al Perú,—dice Garcilaso,—fué a la ciudad de la Plata (hoi Chuquisaca, en Bolivia) y la trajo un indio de Chile, escrita en dos dedos de papel, sin firma ni fecha de lugar ni tiempo, en que decia: «A Pedro de Valdivia y ciento y cincuenta lanzas que iban con él se los tragó la tierra.»

Pero de que las fechas apuntadas en el texto que antecede, son las verdaderas, no hai duda posible, porque Rosales las marca con fijeza i casi dia por dia, tomando como centro del movimiento de Valdivia el dia de Pascua de Navidad, esto es, el 25 de diciembre, i luego habla nominativamente del *lúnes* 26 de diciembre i del *mártes* 27, que fué el verdadero de la muerte de Valdivia. Agrega tambien el mismo historiador mas adelante, que en Concepcion se supo el suceso el dia 28 de diciembre por el capitan Maldonado, que despobló en la noche del 27 a Arauco, pasó a Quilacoya, donde estaba Mariño de Lovera, i de allí a Concepcion.

El último cronista corrobora tambien con toda precision, las fechas ya estampadas, porque dice que Valdivia salió de Arauco para Tucapel el dia de San Estéban, que es el 25 de diciembre, i agrega que la batalla tuvo lugar el dia de San Juan Evanjelista («cuya pluma querria tener para contarla») i cuya fiesta cae siempre en el 26 de diciembre.

Aun Córdoba i Figueroa, que tuvo ocasion de consultar el libro de cabildo de Concepcion, afirma (páj. 82) que el ayuntamiento de esa ciudad cele-

Causó profundo asombro entre los conquistadores del Perú este lacónico i misterioso boletin, i por algunos meses estuvieron creyendo que por algun fenómeno natural, la tierra se habia tragado positivamente a Valdivia i sus compañeros.—«Porque podia ser,—dice el injenuo cronista indíjena que acabamos de citar—que caminando por alguna quebrada honda, se hubiese caido algun pedazo de tierra y los hubiese coxido debaxo.» GARCILASO—*Comentarios Reales*, I parte, libro VII, capítulo XXI.

bró sesion el dia 28 de diciembre, con motivo de la noticia de la muerte de Valdivia, i que el 1.° de enero de 1554 se abrió ante esa misma corporacion su testamento, con todo lo cual no creemos pueda quedar sombra de duda sobre esa fecha importante de la historia patria.

XXX

I como no ha sido otro que ese nuestro propósito, i el dar a conocer hechos ignorados i dignos de eterna memoria de nuestros mayores, ponemos aquí término a esta primera jornada en el campo casi vírjen de nuestra historia antigua, española e indíjena, i que, Dios mediante, no ha de ser la última.

Santiago, diciembre 6 *de* 1876.

LA CAÑADA DE SANTIAGO.

A MI QUERIDO AMIGO

J. Abelardo Nuñez.

LA CAÑADA DE SANTIAGO.

Reseña histórica (1541-1820).

Cañada.—«El espacio comprendido entre dos montañas eminencias o alturas poco distantes entre sí.»—*Diccionario de la Academia española.*

«I mandaron que *perpetuamente* como al presente está la *Cañada*, se quede.»—(*Acuerdo del Cabildo de Santiago del 19 de octubre de 1627*).

I

(SIGLOS XVI i XVII.)

Hemos tenido siempre como cosa de novedad, digna de ser acometida con buen ánimo, fructuosa i feliz en sí misma, i de no difícil consecucion, en suma, la tarea de condensar la historia, como otra sustancia cualquiera, química o natural—el oro o la plata, por ejemplo,—hasta dejar reducido el valioso metal a sus mejores quilates, i habilitado así, por sus proporciones cómodas i portátiles, a correr en el receloso mercado del vulgo, como moneda de buena lei. Esa es por lo ménos una empresa afortunada para vender la historia por barato precio a los deshererados.

¿Ni por qué habria de ser tampoco este propósito una innovacion peligrosa bajo el punto de vista científico i literario? La historia de un hombre, desde Moises a Bonaparte, ¿no ha sido muchas veces la historia del mundo?

¿Por qué, en consecuencia, no podria escribirse la historia de un pais i especialmente la de su sociabilidad, narrando simplemente la crónica de una ciudad, de un barrio, de un sitio público, fuera éste tan célebre i conocido como el *Forum* de Roma o el *Acrópolis* de Atenas, fuera tan humilde como la *Cañada* de Santiago? La vasta i complicada ciencia de la medicina ha sido reducida con buen éxito a dósis infinitesimales: ¿por qué no habria de serlo con igual provecho la ciencia de la historia?

***

Esto mismo hemos pensado nosotros muchas veces, contemplando, ora nuestra tranquila Plaza de Armas a la luz de la luna, o sentados en una de las luminosas madrugadas de nuestro estío en la silenciosa Alameda, esta Via Apia de esta pequeña Roma occidental, desde aquellos remotos siglos en que hacian por ella su entrada de gala los gobernadores i capitanes jenerales que venian de España, hasta que en edad comparativamente moderna, pasó bajo sus arcos de victoria el ejército de Yungai.

¿Por qué—nos decíamos a nosotros mismos—no

ha de poderse reducir la historia de Chile a la historia de su capital, que ha sido casi siempre el pais entero, porque ha sido su egoista cabeza i cabecera? I por qué la historia de la capital no ha de caber en la de su plaza, que ha sido su arena, su palenque, su foro, su corazon, desde los dias en que Pedro de Valdivia pisaba el barro de los adobes de su iglesia parroquial hasta la mañana memorable en que el último representante de la España, don Tomas de Figueroa, quemó en sus aceras la salva final de la conquista i la lealtad?

¿No seria a la verdad digna de memoria la leyenda de ese sitio de torneos i de amores, de fiestas reales i de horcas, de jardines de vistosas flores i de repollos en monton, como las pircas, contada aquella con minuciosa fidelidad, desde que el arrebatado Meneses enamoróse en su recinto, durante una corrida de toros, de la bella hija del primer marques de la Pica, hasta que Pascual de Castro *se cayó de la horca* en los tiempos del duro i codicioso Amat?—Desde que el galante Cano de Aponte caia moribundo en un torneo, aplastado por su indómito bridon, hasta los dias en que el presidente Freire jineteaba a la cabeza de su escolta, saltando los zanjones que la cruzaban, a guisa de potrero? I desde que, plantada todavía de espinos, era su costado oriental la plaza del abasto, el borde de sus portales el tendal de los zapatos, i su acera norte el mercado matinal de las ojotas?..

*
* *

I así, siguiendo ese hilo, sin soltarlo de la mano, ¿no habria de tejerse con la paciencia de Penélope, una historia lugareña que fuese como una miniatura de la crónica total de nuestro suelo, fuese en su plaza real i única, que es su corazon, como dijimos, o en su *Cañada* antigua, que era i es todavía su vena aorta de nutricion i de vida?

Nosotros, lo que es hoi, estamos por recorrer la arteria matriz, encargada de llevar diariamente los jugos de la diaria existencia al centro vital, porque es preciso reconocer que sin la *Cañada*, la Plaza de Armas seria una alma sin cuerpo, i la ciudad un cuerpo sin vida.

Tomando, por tanto, el compromiso de completar esta narracion sucinta de la antigua *Cañada* de los españoles con la de su jemela la *Plaza del Rei*, nos deslizamos por entre los espinales que cubrian a aquella en su rústica cabecera, al pié meridional del peñon de Huelen, en los primeros dias del descubrimiento i la conquista.

*
* *

Santiago no fué fundada propiamente en una planicie: fuélo en una isla. El Mapocho, que era como hoi, un torrente, pero que a sus veces solia ser irresistible turbion, empujado con violencia por la punta

saliente del San Cristóbal, se echaba por un brazo caudaloso hácia el sud i en seguida al poniente, rodeando la falda meridional del Santa Lucía, que fué de esta suerte el primer tajamar de la ciudad.

En ocasiones era el último el lecho habitual del rio, por la configuracion del terreno bajo, que allí se dilataba, i tan acostumbrado estaba el Mapocho a tomar ese camino, que en todas sus avenidas seculares, i especialmente en la del 16 de junio de 1783—«la avenida grande,»—rompió los diques de Ortiz de Rosas frente a las Cajitas de agua, que era el punto de bifurcacion de los dos cauces, i se derramó por todo el espacio que hoi ocupa la Alameda i sus vecindades.

Por ésto mismo, el hábil injeniero Bodaran, al formar el plano de los actuales tajamares, embolsó las aguas en esa direccion, trazando una espaciosa curva frente a la *Quinta Alegre* de este nombre, para neutralizar el empuje del San Cristóbal hácia el sud, en las frecuentes creces.

Fué esa misma disposicion de los muros del tajamar moderno, la que echó las aguas en 1827 i en julio de 1877, hácia la Chimba, por el rumbo opuesto.

En varios parajes existe todavía suficientemente marcada la barranca meridional del Mapocho, en la Cañada como en la quinta de Cifuentes, i en la manzana que sigue al poniente de la Universidad. Los españoles llaman propiamente *cañadas*, lo que nosotros denominamos *quebradas*, i todavía las últimas

llevan aquel nombre en Méjico, California i aun en las Pampas arjentinas:—«la cañada de Lúcas,» «la cañada de Gomez,» que son simples grietas de la gran sábana. Por ésto los primeros conquistadores pusieron aquel nombre al brazo meridional del Mapocho, i como encontraron otra desviacion mas reducida del lecho del rio en direccion al norte, dieron lójicamente a ésta el nombre de *Cañadilla*.

De esta suerte quedó la primitiva capital de Chile entre la *Cañada* i la *Cañadilla*, entrelazada en todo su circúito por los amorosos brazos de su rio: era Santiago en esos dias, i sin figura, una verdadera «ninfa del Mapocho».

Esto, en cuanto a la topografía de la primitiva i selvática *Cañada*.

Vamos a ver ahora cómo se desarrolló su ocupacion, que en los principios fué esclusivamente mística.

*
* *

Traia Pedro de Valdivia, cuando vino por la primera vez a Chile, por delante de su silla de batalla, una pequeña imájen que todavía se venera con histórico respeto, en el altar mayor de San Francisco, i que él llamaba la *Virjen del Socorro*, costumbre mas de emir árabe que de rancio capitan castellano, tanto mas estraña en el conquistador de Chile, cuanto que a la gurupa traia a doña Ines de Suarez, que era su pecado...

*
* *

Apeado apénas de su caballo de guerra, el capitan cristiano quiso poner su talisman al abrigo de los vaivenes de la conquista, i cuando echó la planta de la ciudad al pié del misterioso *Huelen* de los indíjenas, por febrero de 1541, apartó un sitio adecuado no léjos del montículo i a la banda opuesta de la Cañada, para el adoratorio de su imájen predilecta.

Edificóle allí una *ermita*—«la ermita de Nuestra Señora del Socorro,»—que es hoi San Francisco. I ¡caso curioso! Miéntras el vecindario i el cabildo hacian supremos, aunque vanos esfuerzos por erijir la iglesia parroquial en un ángulo de la Plaza de Armas, que era el fuerte de la ciudad, la devocion individual cubria los alrededores de la última, de rústicas cruces i oratorios. El tesorero Juan Fernandez de Alderete erijia en la cima del Huelen la ermita de Santa Lucía, que cambió dulcemente aquel nombre; el gobernador Rodrigo de Quiroga i su esposa doña Ines de Suarez, ya casada i arrepentida, levantaba en la planicie superior del Cerro Blanco la ermita de Monserrate (hoi *La Viñita*), i Pedro de Valdivia, como decíamos, cercaba la cabecera de la Cañada para guardar en ella el símbolo de su fe de soldado i de cristiano.

La iglesia parroquial, ántes de estar terminada, habia venido al suelo bajo la mano de su arquitecto

i constructor «el maestro Galvez,» que todavía los hai de este nombre i de esa ciencia en todas las ciudades de Chile, grandes i pequeñas. El maestro Galvez echó la culpa del desastre a la flojedad de la cal, i siguió pleito con el cabildo por el pago; achaque este último que ha durado desde entónces i que lleva camino de no acabarse, segun el reciente voto del Congreso. El «maestro Galvez, albañil de Pedro de Valdivia,» seguirá siendo el supremo arquitecto i contratista de Chile hasta el fin de los siglos.

* * *

Habia puesto Valdivia la imájen del Socorro bajo la guarda de los frailes mercedarios, sus inseparables i valerosos compañeros, i los primeros monjes que vinieron a Chile, pero que no formaron comunidad sino despues de los franciscanos i de los domínicos. Como aquella órden era esencialmente militante i redentora de cautivos, sus frailes se fueron con Valdivia a la guerra, i solo quedó a cargo de la ermita un padre cansado i anciano, llamado frai Antonio de Olmedo.

Murió este guardian en su solitaria celda de la Cañada a los pocos años de la fundacion (1546), i el mismo fundador en Tucapel, algo despues (1553); por lo cual el cabildo de Santiago, a título de heredero del gobernador difunto, entró a disponer de la ermita como patrono.

Bajo este título, cedió el cabildo el uso de la er-

mita a los curas de la parroquia, que por culpa del consabido maestro Galvez, no tenian iglesia, i aquellos, en consecuencia, usábanla libremente para sus menesteres. Durante los primeros veinte años de su fundacion, los santiaguinos oyeron su diaria misa al pié del Huelen, o en su cima. El Huelen habia sido tambien la roca de los sacrificios de los antiguos jentiles.

*
* *

Pero hé aquí que sobrevino un conflicto que acabó con la devocion de la Vírjen del Socorro, i estuvo a punto de acabar con el santuario mismo.

Sucedió el estraño caso de la siguiente manera: Olvidadizo el cabildo de que tenia cedida la ermita del Socorro a los curas de la parroquia, que eran dos (*rector* i *vicario*, como hoi decimos *cura* i *sotacura*) i de mui buenos puños, regalóla un dia —en el mes de marzo de 1556,—por favor u otro motivo, a los padres de San Francisco, recien llegados, que eran cinco i de mejor talante que aquellos.—Por lo regular sucede que bajo el austero hábito del monje, se esconden mas fornidos músculos que bajo la blanda sotana.

Llamábanse los franciscanos frai Martin de Robleda, que algunos han creido fué el primer obispo de Chile, frai Juan de Torralva, frai Juan de la Torre, frai Cristóbal Ravaneda, i el hermano lego,

Francisco de Frenegal, que tenia buen nombre para una refriega.

Los curas,. que eran a su vez, por índole i de hecho, hombres de armas tomar, llamábanse Francisco Gonzalez Yañez, de cuya conducta no da mui buena cuenta el ilustrado i erudito escritor eclesiástico Errázuriz, i don Martin del Cazo, que figura en muchas de la actas del primitivo cabildo con el nombre de «el padre Cazo,» aunque de seguro era presbítero.

Habian llegado de Lima los cinco franciscanos ya nombrados, hacia tres años (1553), i establecieron pronto su comunidad en el sitio que hoi ocupa la Merced, si bien mas arrimado el claustro al cerro, para el cuidado de la ermita de Santa Lucía, cuya les diera con un solar al pié, el piadoso Fernandez de Alderete ya nombrado, «hombre de muchas canas i respetos» (1553).

***

Plúgoles tal vez a los padres, ántes que trepar diariamente las breñas del áspero montículo para decir solitaria misa en su cumbre, el tener por suya la ermita del Socorro, que estaba a sus linderos en el plano de la ciudad; i por algun medio sijiloso de los que en Santiago han sido el pan de cada dia, obtuvieron del cabildo su cesion.

Es lo cierto que una mañana los cinco franciscanos amanecieron en la ermita, los unos en el alta

revestidos de casullas, los otros en la portería aderezados para la defensa. Los frailes de San Francisco conocian el jenio i la mano del cura Gonzalez Yañez i de su colega el «padre Cazo».

* * *

Su prevision no les habia engañado.

Hácia la mitad de la misa llegaron los dos curas a decir la suya, i cuando con indecible sorpresa, notaron su templo i su altar intrusamente ocupados, arremangarse las sotanas i comenzar el ataque de los invasores, fué todo un solo pensamiento. Los curas de aquellos años llevaban escondida la coraza de los conquistadores bajo su túnica, así como los soldados cargaban hábitos en forma de mortaja o de cilicios bajo sus férreas armaduras. El siglo XVI era esencialmente un siglo de guerra. Los *cruzados* habian torcido ahora la brida de sus caballos hácia el occidente, i se llamaban simplemente *conquistadores*. Mas, por heróicos i membrudos que fueran los dos curas, peleaban uno contra tres, i fueron vencidos en el campo de batalla. La ermita del Socorro quedó por el animoso provincial Robleda el 20 de marzo de 1556, ni mas ni ménos como el cuartel de artillería que está enfrente, quedó por el bravo coronel Maturana el 20 de abril de 1851. La victoria sigue al fuerte.

Pero el desacato no paró en esta fácil victoria

porque los frailes escomulgaron a los dos curas asaltantes, los curas escomulgaron a los frailes, i como éstos se disculparan con la posesion del cabildo, los despojados escomulgaron en masa al ayuntamiento. Santiago entero quedó en entredicho.

*
* *

I lo mas curioso de la aventura fué que, para solucionarla i sujetar la avenida de escomuniones que habia desbordado por el cauce de la Cañada, hubo de reunirse en la sala capitular una pequeña *Asamblea de notables*, que dió salida a la dificultad i formó escuela desde entónces entre nuestros sacristanes. Asistieron a aquella junta, celebrada el 21 de marzo de 1556, al dia siguiente de la riña, al parecer, todos los abogados que existian a la sazon en Santiago, que eran tres i un bachiller. Los demas estaban con las armas en la mano en tierras de *huilliches*. Uno de estos últimos era el famoso licenciado Altamirano.

Fueron aquellos el licenciado Ortiz, el licenciado Escobedo i el licenciado Bravo, i presidió el *bachiller* Calderon porque era clérigo. La resolucion del cónclave fué, sin embargo, noble i varonil, pues declaró en su presencia i en su sala (i no bajo sobres de cartas), que el cabildo habia *perjurado* al regalar la ermita a los frailes franciscanos. Pero al propio tiempo, la Asamblea de notables añadió, que los monjes eran dueños de alzar la censura que opri-

mia al ayuntamiento, convirtiendo así a aquellos de reos en jueces.—«En este dicho dia se trató en este cabildo--dice el acta ya citada del 21 de marzo de 1556—acerca de saber si estaban excomulgados los que dieron la *casa* i hermita de Nuestra Señora del Socorro para monasterio al señor San Francisco, i sobre si los clérigos i curas Francisco Gonzalez i el padre Martin de Cazo están excomulgados o irregulares; e para tratar de ello se llamaron al cabildo el *bachiller* Calderon, predicador, cura i vicario en esta santa iglesia, i los licenciados Ortiz i Escobedo, i el licenciado Bravo; i se concluyó que se perjuraron en haber dado la dicha casa, i quedó que se absuelvan del perjurio ante el visitador, i si no tuviese poder, que los frailes absuelvan por el poder que para ello tienen de Su Santidad. I tambien se acordó que los curas se absuelvan de la irregularidad en que están por lo que *pasaron* con los frailes cuando se les dió el monasterio.»

Despues de este precioso dato histórico sobre la primera pelea de frailes i de clérigos entre las mil que hubo en el claustro colosal que se llamó durante trescientos años, Santiago del Nuevo Estremo, solo nos falta agregar que la *casa* anexa a la ermita, de que se habla en el documento citado, fué la primera i pajiza choza de caridad, cuna de San Juan de Dios.

I volviendo ahora a nuestra portada, cuando comenzábamos esta acelerada reseña de una de las

avenidas de la moderna capital, ¿no es este cúmulo de sucesos característicos—la cesion del cabildo sin derecho, el combate a puñadas de los frailes i los curas, la escomunion de unos i otros, i la convocacion del consejo de abogados—una historia en epítome del reino de Chile i aun de esta República, que dejó de ser colonia, pero nunca ha dejado de ser reino?

***

Retrogradando ahora al brazo ya seco del Mapocho en que estos sucesos pasaban, el cabildo mandó edificar por su cuenta (no por la de los padres franciscanos), una capilla que sirviera de oratorio al recien fundado hospital del Socorro, puesto que la ermita antigua pasaba a ser claustro cerrado de devocion i egoismo.

Edificóse esa capilla, que medio siglo mas tarde se llamaria de San Juan de Dios, no en el sitio que la iglesia de este nombre ocupa actualmente, sino en la esquina opuesta del oriente, donde en 1874-75 el constructor Trait edificó un cuartel de guardias cívicas que hoi es *Conservatorio de música.* La resolucion del cabildo, que así imprimia un carácter completamente secular a la administracion del hospital, tiene la fecha del 21 de marzo de 1556, quince años posterior a la de la fundacion de Santiago.

***

Por este camino quedaron perfectamente deslin-

dados los terrenos que fueron de San Juan de Dios i los de San Francisco, en la cabecera oriental de la Cañada.

Medían los primeros cincuenta i seis varas de veinticinco tercias cada vara (que era el padron para medir las posesiones rústicas), i se estendian, dando frente a la Cañada, desde la tracera del altar mayor de San Francisco hasta la calle que es hoi del Cármen. Poseia de esta suerte el hospital una verdadera chácara de tres cuadras i dieziseis varas de frente i con su fondo hasta el Zanjon de la Aguada, que era el límite de todos los predios meridionales de la Cañada, como lo fué hasta 1872 del departamento de Santiago. Disfrutaban, en consecuencia, los enfermos, del beneficio de una viña i de la alfalfa de varios potrerillos, donde los priores engordaban los carneros de su eterna dieta. Mas hácia el sud seguia el *cascajal* (así dicen los títulos), donde comenzaba propiamente el llano de Maipo con su peculiar aridez ántes del riego. Es curioso observar que todavía por la banda sur de la Alameda, corre un cuajo de terreno de riquísimo aluvion, que en Macul, al pié de la cordillera, tiene hasta seis metros de espesor i va declinando hasta un metro en el actual Camino de Cintura, i mas adelante hácia la calle de San Diego, se pierde por completo en el *cascajal* del rio.

*
* *

La heredad propia de los franciscanos era un tanto menor en su estension, porque por las dereceras de la Cañada, llegaba solo hasta la *Calle Angosta.* Era ésta su callejon lateral de servicio, cuando los padres no querian hacer el trajin de su predio «por dentro los potreros». La calle Angosta tiene así el ancho de la manga de nuestro padre San Francisco.

El Conventillo situado en la Alameda de los Monos, que fué sucesivamente residencia de tres ilustres capitanes—de O'Higgins, de San Martin i de Blanco Encalada,—i sobre cuyas ruinas se edificó hace poco, por un hombre patriota, la herrería nacional, hoi tambien en ruinas, era una sucursal del Convento grande, como lo seria algo mas tarde San Diego. Para ir del *Convento* al *Conventillo,* los provinciales de San Francisco hicieron abrir el callejon ya mencionado, i éste fué, durante muchos siglos, la única salida de Santiago por esa parte de la Cañada, como el *Callejon del portugues* lo era, hasta hace poco, en su estremidad occidental.

*
* *

Mas allá de estas dos chácaras eclesiásticas se-

guia hácia el oriente la que fué de la familia del siervo de Dios Bardesi, i un poco mas al oriente la que en el último siglo poseia la encopetada señora doña Rosa Bascuñan, condesa de *Quinta Alegre.* Esta heredad ha sido partida en dos por el camino de cintura, quedando al naciente la que fué chácara del patriota don Juan Alcalde, hijo de aquella señora, i al poniente la que es hoi *chácara de Cifuentes.*

*
* *

Al ocaso de la pared de San Francisco continuaba la quinta histórica que fué, durante dos siglos, propiedad de los escribanos millonarios Toro Mazote, abuelo, padre i nieto, i en pos de ésta la que, a mediados del siglo XVII, pasó a ser de los padres franciscanos, bajo la advocacion de San Diego. Todo ese retazo de suelo, que comprendia la mitad de la Cañada propia, se llamaba por ésto, desde los primitivos tiempos, la *Cañada de San Francisco;* i a la verdad que el nombre era apropiado, porque con la sola escepcion de la quinta de los Toro Mazotes, era toda suya.—La otra mitad occidental, de que luego hablaremos, se llamaba la *Cañada de San Lázaro.*

*
* *

La calle de San Diego el viejo, que conducia di-

rectamente al «puente de maromas de Maipo,» i era propiamente, mas que una arteria de comunicacion, la ruta militar de Chile, calcada sobre el *camino del Inca*, servia prácticamente de línea divisoria a las dos Cañadas. La que quedaba al oriente, era la de San Francisco; la del ocaso, la de San Lázaro. I una i otra no carecian de cierta importancia urbana, por cuanto por allí existian las únicas salidas i entradas de la capital: para el «puerto,» por el callejon de Padura; para las «ciudades de arriba,» por el callejon que mas tarde se llamó de San Diego.

*
* *

Pero no se crea por ésto que sus terrenos adyacente eran, ni con mucho, valiosos en los tiempos primitivos de la ocupacion castellana.—Regábalos apénas una acequia que corria por el centro de la Cañada despues de contornear la falda del Santa Lucía, i es la misma que hoi, dividida en dos ramales, acaricia las raices de los viejos álamos de O'Higgins i Ballarna. En la época en que se fundó San Francisco (1556), tenia allí una chácara, «junto a la Cañada,» el procurador de ciudad Francisco Miñez; i habiendo solicitado el cabildo que la cediera al pro comunal, declaró el abogado del último, que estaba dispuesto a entregarla por la módica suma de cien pesos i al plazo, mas cómodo todavía, de seis meses.—«I el dicho Francisco Miñez

que presente estaba dijo: que él daba e dió la dicha chácara que piden, con tal que dentro de seis meses le den cien pesos por ella; que él le dará e dió con tal condicion, e no de otra manera.» (*Acta del Libro becerro de* 14 *de diciembre de* 1556).

*
* *

En la acera setentrional de la Cañada de San Francisco se habia repartido solares, i en uno de ellos vivia doña Agueda de Flores, abuela de la Quintrala, cuando ántes de partir para el Perú, hizo en esa propia casa su testamento—«temerosa del mar»—el 19 de mayo de 1595.

*
* *

La casa-quinta de doña Agueda (porque su residencia urbana estaba ubicada en la plaza) yacia junto a San Saturnino, ermita que es hoi cuartel de cívicos como el primitivo San Juan de Dios. Ignórase quien consagró aquella cuarta ermita al pié del Santa Lucía, al santo protector de los temblores. Pero es lo cierto que existia a fines del siglo XVI, i que arruinada en el gran terremoto de 1647, escapó ilesa la imájen del santo de la invocacion, que es la misma que se custodia en la iglesia parroquial de San Saturnino (Yungai), i que en cada aniversario sale a escoltar a su compañero de milagro i de preservacion por las calles de la mística ciudad.

Demolido San Saturnino, volvió a reconstruirse por la devocion i el temor de los santiaguinos, hasta que vino irrevocablemente al suelo en el terremoto de la medianoche del 8 de julio de 1730, en que quedó hecha plazuela. I ojalá tal hubiese quedado todavía!

*
* *

Dejamos en este punto a San Saturnino, para pasar otra vez a la acera de San Francisco, porque en la Cañada no hemos de vivir sino entre santos. En el siglo XVII la Cañada de San Francisco era la ciudad de Dios. Diez templos en una área de quinientos metros:—San Francisco, San Juan de Dios, San Saturnino, i luego la *Soledad*, San Diego, las Claras, el Cármen de San José, i como cúspide i memoria, la ermita del Socorro i la de Santa Lucía.

*
* *

Hemos nombrado por primera vez la *Soledad*, i vamos a contar la noble i romántica historia de su fundacion, comprobándola con un documento auténtico i precioso.

Cuando aportó a Chile la ilustre señora doña Marina Ortiz de Gaete, esposa de Valdivia, ya el gran soldado estremeño habia fenecido en manos de los bárbaros.

Inconsolable por tamaño dolor, radicóse la jene-

rosa viuda, por largos años, en Penco. Pero en su ancianidad, vino a vivir a Santiago e instalóse en una casa que, por herencia o compra, hubo en la Cañada de San Francisco, en la inmediata vecindad de doña Agueda de Flores.

Era probablemente—por las señas que ella misma nos ha dejado—la casa de la viuda de Valdivia, la que hoi lleva el núm. 105, esquina de las Claras, i que fué el 20 de abril de 1851, el cuartel jeneral de los revolucionarios que atacaron esa infausta mañana la Artillería:—Pedro Ugarte, Pedro Urriola, Federico Errázuriz, José Miguel Carrera, Francisco Bilbao, i entre innumerables otros, su respetable poseedor en aquella fecha, don Isidoro Herrera.

Nosotros solo nombramos a los muertos.

En esa mansion humilde—«frontera del hospital del Socorro»—vivia doña Marina en los últimos dias de 1569, i debia ser ya mui anciana, porque contaba cerca de cuarenta años de matrimonio i no ménos de diezisiete de viudez. Sintiendo probablemente acercarse el fin de su existencia, i olvidadiza de notorias infidelidades, acordóse solo de la gloria i del alma de su marido, que es otra gloria mas alta que la fama, i le consagró un voto digno del desamparo de una viuda:—el de la *Soledad.*

Desde la fundacion de San Francisco, habíase creado espontáneamente en el devoto pueblo, una cofradía con este nombre, administrada por sus *veinticuatro* esclavos, que eran de los principales

del pueblo, i de cuya lúgubre organizacion procede la singular hermandad llamada de los *Gucuruchos*, que todavía no se estingue. La cofradía tenia una *capilla*, es decir, un altar dentro de San Francisco, cuya iglesia conserva aun esa peculiar arquitectura impuesta por el esclusivismo i rivalidad de las devociones. En realidad, las iglesias antiguas eran un conjunto de iglesias bajo un solo campanario.

Pero interesada doña Marina en dar realce a aquella institucion, que cuadraba a su noble ánimo de viuda solitaria i a su piedad de cristiana, quiso dejarle por instrumento público la totalidad de sus bienes, inclusa su dote, que en vano reclamaba de los tribunales del rei como gastada por su marido en la conquista.

Con este fin, consultóse la viuda del conquistador con un abogado de nota, su vecino de solar, llamado don Antonio de Escobar, que era asesor de los *veinticuatro*, i vivia todavía por el año de 1792 en compañía de su esposa doña Isabel Carrillo. Don Antonio Escobar, por las escrituras que de él se conservan en el archivo de Jines de Toro, debió ser el primer abogado de su época.

A fin de cumplir las voluntades de la magnífica señora, su consultor atravesó la Cañada i dispuso con su vecino fronterizo Jines de Toro, un instrumento público, mediante el cual la viuda de Pedro de Valdivia se desprendia de cuanto poseia en la tierra en obsequio del culto de la Soledad i del al-

ma de su marido. Doña Marina cedia todo sin reserva alguna: sus créditos de comercio, sus censos, una manzana entera que poseia en la calle del Rei (hoi del Estado), dos solares en Concepcion, su dote que habia sido en Estremadura de tres mil pesos, i hasta se constituia magnánimamente en inquilina de su propia casa habitacion en la Cañada de San Francisco.

Con tan cuantioso don—tenémoslo por cierto—edificóse independientemente la capilla de la Soledad que todavía existe, i de la cual, hace treinta años, don Pedro Palazuelos sacó la procesion ya olvidada del Santo Sepulcro, con grande escándalo i gritos en el púlpito del padre español Yoldi, que echó el alma del cucurucho mayor a los infiernos. No por ésto, en aquella noche memorable, los cucuruchos dejaron de pedir al son de lúgubre corneta:

«Para el santo entierro de Cristo
I *soledad* de la Vírjen!»...

***

Como la amplia cesion de doña Marina de Gaete es el único documento que se conserva de esta mujer justamente célebre, mas por su viudez de un capitan famoso que por su repudiado consorcio, vamos a reproducirlo íntegro en seguida.

En cuanto al testamento cerrado de que en ese documento se habla, no hemos tenido hasta hoi la

suerte de encontrarle. Probablemente corrió la suerte de muchos mamotretos vendidos en los bodegones de Santiago, i de los cuales, en el primer año del presente siglo, se rescataron algunos centenares en las tiendas del portal de Sierra-Bella.

El documento que hemos prometido i que se encuentra bajo el título de *Imposicion de capellanía* en uno de los mas antiguos legajos de Jines de Toro Mazote, dice así, vertido palabra por palabra, de su trabajosa escritura:

«*Indei nomine Amen.* Sepan cuantos esta carta vieren como yo, doña Marina Ortiz de Gaete, viuda, mujer que fuí de don Pedro de Valdivia, Gobernador que fué de este reino, ya difunto, vecina que soi de la Ciudad de la Concepcion residente al presente en esta ciudad de Santiago, de este reino de Chile, otorgo i conozco en la mejor forma i manera que haya lugar de derecho, que fundo e instituyo una capellania en la capilla de la Cofradia de la Limpia Concepcion i *Soledad* de Nuestra Señora del Socorro, de la órden del Señor San Francisco de esta ciudad de Santiago, segun que de yuso i con las condiciones que irá declarado.

«*Primeramente* nombro por patrones de la dicha capellania a los veinticuatro de la dicha Cofradia de la Limpia Concepcion i *Soledad* de Nuestra Señora, que al presente son i serán de aquí adelante i juntamente con ella al Licenciado Antonio de Escobar, letrado, jurista i abogado de la dicha cofradía, para que gocen por los dias de su vida, sin que sus sucesores tengan derecho al dicho nombramiento, salvo si no fuere veinticuatro de la dicha cofradia, por que éste tal tendrá el voto que los demas i por falta de la dicha cofradia i veinticuatro de ella, o en algun caso que suceda, nombro por patron de la dicha institucion de capellania al Cabildo, justicia i rejimiento de esta dicha ciudad, que es o fuere de aquí adelante, lo cual se entienda con que todos los negocios tocante distribucion i otras cosas que fueren necesarias para la dicha capellania, el di-

cho Cabildo justicia i rejimiento tomen parecer con el Provincial i comisario de la órden del Señor San Francisco, que és o fuere, i con el Guardian del Convento de esta dicha ciudad, que es o fuere, pudiendo buenamente ser havidos, i no estando fuera de esta ciudad por que no lo estando se ha de tomar parecer con los que estuvieren en ella, i a sí mismo se ha de tomar parecer con el dicho licenciado Antonio de Escobar, durante el tiempo de los dias de su vida, i es mi voluntad que si el dicho Cabildo justicia i rejimiento quisieren gozar alguna cosa de ellos, sin parecer i consentimiento de los sobredichos Provincial comisario o Guardian o el licenciado Antonio de Escobar, estando en esta ciudad, sea en sí ninguno lo que consiguieren i mandaren i los susodichos o la mayor parte de ellos se puedan juntar i elejir i nombrar una persona que sea patron de la dicha capellania para que guarde i ejecute los estatutos i condiciones de la dicha capellania, i que si esta tal persona que así nombraren no hiciere lo que debe le puedan quitar i poner otro para lo cual a los unos i a los otros les doi poder desde luego cumplido cual de derecho se requiere con libre i jeneral administracion para lo que és.

«*Item* para la dicha capellania nombro por bienes para ella i lo anexo de mí propia i doto desde luego con las declaraciones que aquí iran antes, i es lo siguiente.

«*Primeramente* cuatrocientos pesos de oro de principal de censo que tengo sobre la cuadra i casa de Antonio Cardoso, que estan obligado a él pagar el dicho censo i corridos i que corriere el dicho Antonio Cardoso i su mujer para que los dichos veinticuatro de la dicha cofradia i el mayordomo de ella en su nombre cobre la renta de los dichos cuatrocientos pesos, i si se redimieren los dichos veinticuatro i patrones por el orden que tengo nombrado lo vuelvan a imponer, sobre buenas poseciones libres i desembarazadas, de suerte que no venga a ménos i vaya siempre en aumento, i así mismo puedan cobrar todo lo corrido del dicho censo hasta el dia de hoi i lo que de aquí adelante corriere como dicho és, para que de lo procedido i de los demas bienes que señalo para la dicha capellania se digan las misas que por mi intencion se han

de decir i como irá declarado, las cuales se han de comenzar a decir desde luego.

«*Item* señalo mas para la dicha capellania trescientos i treinta pesos de buen oro de contado que ahora de próximo tiene empleados Gonçalo de Toledo en mercaderias de la ciudad de los Reyes, a mi con tal riesgo, los cuales cobren los dichos veinticuatro o mayordomo en su nombre en las mercaderias que trajo el dicho Gonçalo de Toledo del susodicho, i se vendan por el mejor precio que pudieren i lo que produciere de ellas en oro, juntamente con doscientos i setenta i cinco pesos de oro que asi mismo doi para la dicha capellania que Gonçalo de Toledo tiene mios, los ciento i cuarenta que cobró de Ruiz Diez de Vargas, i ciento i treinta i cinco que yo le di en oro i con ciento i sesenta pesos mas que me debe Alonso de Riveros Figueroa, mi sobrino, vecino de esta ciudad, que se han de cobrar del susodicho por el órden que lo demas i fecho un cuerpo de todo o de lo mas que pudieren juntar se imponga a censo sobre buenas poseciones, libres i desembarazadas para que la renta de todo ello sea para la dicha capellania i si se redimiere como lo demas se vuelva a imponer a censo.

«I otro si, señalo por bienes para la dicha capellania las casas de mi morada en que al presente vivo que estan en la Cañada de San Francisco, frontero Hospital de esta ciudad, linde con casas del licenciado Antonio de Escobar, i a si mismo señalo una cuadra que tengo con cuatro solares de tierra en la trasa de esta ciudad linde con cuadra de Juan Muñoz, calle real en medio, las cuales dichas casas i cuadra nombro por bienes de la dicha capellania, desde luego, con cargo de gozar del usufructo de las dichas poseciones durante los dias de mi vida, i en caso que se verifique en esto una cláusula de testamento que tengo otorgado cerrado ante el presente Escribano, hoi dicho dia, para que si alguna persona le debiere algunas deudas se pague del valor de las dichas poseciones i con esta condicion desde luego puedan tomar los dichos veinticuatro e mayordomo en su nombre la posecion de la dicha casa, con e solar e cuadra i no habiendo deudas que pagar dén las dichas poseciones, a censo despues de los dias de mi vida, para que la renta

de las dichas poseciones sea para ayuda de la dicha capellania, i otrosi señalo desde luego para la dicha capellania, dos solares que tengo en la ciudad de la Concepcion porque uno era de Juan Gonzales i el otro de Juan de (1) de los cuales se tome la posecion por los dichos veinticuatro o mayordomo en su nombre o por la persona que en su nombre tubiere poder i se guarde coyuntura de venderlos o dar a censo si en tiempo haya mas comodidad de paz en la dicha ciudad de la Concepcion, para que tengan mas valor por cuanto al presente es mui poco el que tienen. I otro si, nombro por bienes para esta dicha capellania todos los bienes, derechos i acciones que tengo o pueda tener en cualquier manera o cualesquiera bienes i haciendas por cualquier título o causa o razon i principalmente, el derecho i accion que tengo a un pleito que trato i he tratado con su mercedes i oficiales reales en su nombre sobre tres mil pesos de dote que tuve al tiempo que me casé con don Pedro de Valdivia, mi marido, i por haberlos gastado el susodicho en servicio del Rei Nuestro Señor en este reino i en el del Perú, dejó ordenado i mandado en su testamento debajo de cuya disposicion murió se cobrasen de su Majestad i de su real hacienda, con otra mucha mas cuantía que gastó i de lo que se cobrase se me pagasen los dichos tres mil pesos para en cuenta de mi dote i de ello tengo una sentencia dada en mi favor por la Real Audiencia, que se siguió en la ciudad de la Concepcion del reino, i al presente está pendiente en la Real Audiencia de la Ciudad de los Reyes i pido i ruego a los patrones de la dicha capellania que sigan este dicho pleito i causa i las demas que les pareciere, a costa de mis bienes, que para ello las cedo a los dichos patrones todo su derecho i les doi poder i facultad en forma para que lo puedan seguir por todas sus instancias i lo que asi sacaren lo puedan vender e imponer a censo, como lo demas que está ordenado i declarado, volviéndolo a imponer si se redimiere.

«*Item* es mi voluntad i quiero que el cuarto de toda la renta que rentase toda la hacienda que asi dejo señalada i se sacare sea

(1) Inintelijible.

para que los patrones de la dicha capellania los gasten i los distribuyan en cosas necesarias a la Cofradia de la limpia Concepcion i Soledad de Nuestra Señora, i para ella i las otras tres partes restantes se gasten i distribuyan en decir misas perpetuamente en el monasterio del Señor San Francisco de esta dicha ciudad, en la capilla de los cofrades de la limpia Concepcion i Soledad, i en otros altares estando ocupado el de la dicha capilla, las cuales dichas misas se han de mandar decir por los frailes de dicho convento, i se les ha de pagar la limosna conforme al tiempo i se diere en las misas ordinarias que no son de testamento, i así mismo se ha de decir una misa cantada de requiem con su vijilia cada año en la octava de Todos Santos i las dichas misas resadas se han de ir diciendo desde luego i la cantada, conforme a la renta que al presente fuere rentando, i al respeto desde allí adelante, todas las cuales dichas misas se han de decir por el ánima de don Pedro de Valdivia, mi marido, i por mi ánima i por las de mis padres difuntos i por las de las personas a quien soi en algun cargo i obligacion.

«*Item* quiero i es mi voluntad que por ninguna via ni causa no se pueda impetrar esta capellania por curia de roma ni por otro modo, i si se impetrase con efecto el patron o patrones que asi tengo nombrados puedan convertir la dicha renta i bienes de ella en otra obra pia por el ánima del dicho mi marido i mia i por las demas arriba nombradas i con las condiciones i declaraciones que dicho es. I desde luego cedo, renuncio i traspaso i aparto de mi i abro mano de todas las dichas poseciones i censos i (1) de oro i de mis bienes derechos i acciones, i le doi i señalo para la dicha capellania i doi poder cumplido a los dichos veinticuatro de la dicha cofradia e mayordomo, en su nombre i a los patrones que sucedieren para que tomen la posecion de todo ello por autoridad de justicia o por la suya i como quisieren o por bien tuvieren i hagan de ello, segun i conforme, lo que en esta escritura va declarado poniendo desde luego por obra i en efecto en hacer decir las dichas misas

(1) Inintelijible.

i todo lo demas me aparto i abro mano i me desisto del derecho i accion que me puede pertenecer a los dichos bienes i todo lo cedo i traspaso en el dicho patron i patrones que asi tengo nombrados, segun va declarado i en cuanto a lo que toca a la dicha casa e cuadra, me constituyo por todos los dias de mi vida por inquilina poseedora de la dicha capellania para que despues de ello se haga segun i como lo tengo declarado i prometo i me obligo de no ir ni venir contra lo susodicho, ahora ni en tiempo alguno, ni lo reclamar ni alegar cosa alguna, diciendo que estoi engañada por cuanto esta institucion e capellania lo hago de mi agradable voluntad, sin fuerza de persona alguna, sino por que asi conviene al descargo de mi conciencia, i me obligo a la eviccion i saneamiento de todo lo que dicho es i segun i de la manera que va declarado, para que por ninguna persona sea puesto embargo ni impedimento en ello ni por mi, como dicho es, i si por caso lo que Dios no quiera por mi fuere pedido o reclamado o alegase alguna causa o razon no sea oida en juicio ni fuera de él i si es necesario pido al Reverendisimo Obispo de este obispado, que és o fuere, apruebe i haya por bien esta institucion o forma de capellania i para haber por firme todo lo que dicho es, obligo mi persona i todos mis bienes muebles i raices habidos i por haber i doi poder cumplido a todas las justicias i jueces, principalmente de cualesquiera parte i lugares que sean o el fuero i jurisdiccion de ellas i cualesquiera de una de ellas, me someto con mi persona i bienes, renunciando como renuncio mi propio fuero, jurisdiccion, domicilio i vecindad i la lei *sit convenerit de Juridicionisbus judicium*, para que las dichas justicias o cualesquiera de ellas me compelan i apremien al cumplimiento de lo que dicho es (1)..
..................cumplidamente como si sobre lo susodicho se quisiera o entendiere en juicio i sobre ello se hubiera dado sentencia definitiva por.................. de competente por........................
..........................e no apelada i..................................en cosa juzgada cerca de lo cual renuncio todas i cuales i el dicho

(1) Inintelijible.

fuero e..............pramacticas..............i ordenacion que sean o se puedan en mi fabor para que no me valgan i principalmente por ser mujer, renuncio las leyes del Beleyano senatus consultos i nuevas instituciones i leyes de Toro..............................

....

....

testimonio de lo cual otorgué la presente ante el presente Escribano público..

............i otorgada en la ciudad de Santiago, en diez i seis dias del mes de diciembre demil quinientos i sesenta i nueve años, testigo Enrique Cañete i Diego de Parra i Estevan Contreras, estantes en esta dicha ciudad i a la otorgante de esta carta yo el Escribano doi fé que conozco, la cual lo firmó aqui de su nombre i letra=DOÑA MARINA ORTIZ DE GAETE=*Enrique Cañete*=*Diego Parra*=*Estevan Contreras*=Pasó ante mi=*Jines de Toro Mazote,* (Escribano Público i de Cabildo»).

***

La Cañada de San Francisco, por lo que dejamos referido, no era una avenida ni un suburbio de Santiago: era el *santo sanctorum* de la Jerusalen de las Indias.

No ha de creerse por ésto, sin embargo, que aquellos pobres colonos, pobladores de una escuálida villa, encerraban las imájenes de su culto en copa de oro.—«Por cuanto está la iglesia del dicho San Francisco hecha de adobes—decia al rei el presidente Sotomayor en 1690—i puesto el Santísimo Sacramento con indecencia, i se ha comenzado a levantar algunas tapias» (*Despacho de* 29 *de marzo de* 1590 *concediendo a los padres una limosna de*

600 *pesos de tributos de indios, durante seis años).*

*
* *

Interrumpia únicamente aquellos melancólicos sitios de la oracion i del ayuno, el ruido apacible i bienhechor de un injenio: era el del molino de pan que, al pié del Santa Lucía i en el sitio mismo de la antigua caida de agua de la acequia de la Cañada, edificó Rodrigo de Araya—primer industrial de Chile despues de Pedro de Valdivia,—que entendia lo mismo de un amasijo de harina que de una guazabara de bárbaros. Hizo la concesion de ese molino el cabildo de Santiago, el 22 de agosto de 1548.—Este mismo molino habia pasado, en los últimos años del siglo de su ereccion (1595), a poder de los padres agustinos, si bien el canal que ponia su ruda maquinaria en movimiento, continuaba llamándose «acequia de Nuestra Señora del Socorro». Tal vez para el uso de ésta i de sus viñas sacáronla los primeros conquistadores i los primeros frailes.

El molino que Bartolomé de Flores habia legado a San Juan de Dios en la opuesta falda del Santa Lucía, i que impulsaba un ramal de esa misma acequia, era todavía propiedad de esa casa de misericordia en 1591. Los despojos comenzaron mucho mas tarde.

*
* *

En los primeros años de su fundacion no alcanzó,

empero, rápida prosperidad la órden de San Francisco, cuna i pilar del movimiento relijioso de que hemos dado cuenta. Era mucha la tierra del convento, pero escasa la comunidad. Los claustros, como las compañías de seguros, no viven sino de sus pólizas de vida, i así van estinguiéndose en las sepulturas.—Por ésto son hoi dia mui pocas las pólizas que se cotizan en los claustros de Santiago.

Hai constancia de que, quince años despues de su fundacion (enero 10 de 1571), los franciscanos pidieron a Felipe II, que fué un emperador de cogulla, una remesa de auxiliares, i éste envióla a aquel en mayo de 1573, diciendo al obispo de Santiago: «mándole por agora diez frailes cuales conviene, los cuales irán en la primera flota» *(Real cédula de* 6 *de mayo de* 1573.—*Cedulario del Reverendo Arzobispo de Santiago, copiado del Archivo de Indias)*.

*
* *

Análogas escaseces de personal activo padecian en Santiago las demas órdenes regulares, aun las que gozaban de mayor auje i proteccion, como la de agustinos. A peticion del provincial Antonio de Cisneros, envió a Chile, en 1609, el marques de Montes Claros, virei del Perú, doce frailes de ese hábito *(Real cédula de* 25 *de julio de* 1609*)*. En otra ocasion vinieron trece. ¿Seria por ésto que a ese número llaman todavía «la docena del fraile?»

Mas, a la postre del siglo de su cuna, San Francisco habia visto multiplicarse su grei como los cinco panes. Los cinco compañeros de frai Martin de Robleda se habian vuelto quinientos.

Esto no obstante, los franciscanos de Santiago estaban sometidos a una grave mortificacion. No era empresa fácil en esos años a la jente de manto i de basquiña, atravesar la pantanosa Cañada, mitad caja de rio, mitad depósito de basuras. Los buenos padres no tenian, por consiguiente, tantas confesadas cuantas su fervor i su regalo requerian. No existia tampoco en la vecindad un bien poblado monasterio para completar los menesteres de la penitente milicia. ¿Quién prepararia el oloroso incienso de los altares? Quién aliñaria el suculento charquican i el plato delicioso de lentejas, que hecho por mano de monjas, vale todavía un mayorazgo? Quién cebaria el mate de la mañana al padre provincial, ni quién enviaria a la sedienta comunidad, despues del canto del coro, la refrijerante aloja de culen?

Verdad es que unas pocas cuadras mas abajo, el cabildo de Santiago i su vecindario habian establecido i enmurallado un claustro que abarcaba dos manzanas, i dádolo en dote a siete monjas bajo la regla de San Agustin (19 de setiembre de 1576).

Tenia ésto lugar veinte años despues de la fundacion de San Francisco, i en la acera opuesta de

la monástica Cañada. Pero el monasterio de Agustinas yacia demasiado aparte para la pereza de los tiempos, i por otra parte—¡cosa notabilísima!—aquella institucion habia sido creada bajo los auspicios meramente civiles del cabildo i de los conquistadores, i mas con la mira de la educacion moral de sus hijas, que de las preces i el encierro eterno de las almas i de los cuerpos,—base de la vida devota en esos años. Solo mucho tiempo despues, el colejio de las Agustinas entró bajo la regla canónica, i se convirtió de aula de enseñanza en claustro de penitencia.

Las Agustinas no hacian por ésto fronteras a los franciscanos, ni su regla se amoldaba a las suyas. Al contrario, los agustinos, como hermanos de hábito i a título de vecinos mas cercanos, habian cimentado ya todos sus dulces privilejios esclusivos.

El destino propició, sin embargo, en breve a los desheredados hijos de Asis el lleno de sus deseos. Vamos a contar de qué manera.

*
* *

El año de 1604 instalábanse en la acera opuesta a su iglesia las monjas clarisas de Santa Isabel, que habian empleado cuatro años en venir desde el asediado Osorno, peregrinas de un horrible cautiverio. No narraremos esta vez ese romántico episodio de

la vida conventual de Chile, porque tenémoslo ya referido en capítulo por separado (1).

Unicamente diremos que cuando el fogoso obispo Perez de Espinosa, que era franciscano, marchóse de súbito a España, catorce años despues de la instalacion de aquellos en la Cañada, acequia de por medio con la iglesia de sus frailes, dejólas bajo la custodia de éstos, de lo cual resultó un horrible cisma de palos i balazos en que intervino el cabildo, la Audiencia, los arcabuces i las propias monjas, que salieron huyendo, «con las faldas en cinta,» del cordon de San Francisco.

I así, mediante ese descomunal divorcio, con el cual los franciscanos no se conformaron jamas, concluyó la feliz pero rápida vecindad de los dos claustros.

Podemos agregar ahora a la relacion dada a luz hace un año, que la taima de los hijos de San Francisco por retener bajo su dominio a las clarisas de Osorno, duró mas de treinta años, i alcanzó del Papa i del Rei triunfos señalados.

El rompimiento habia tenido lugar en 1654, protejido por la Real Audiencia i el cabildo. Pero tres años mas tarde, repúsolos en sus derechos la Audiencia de Lima, i los dichosos provinciales volvieron a sujetar las riendas de las inquietas i tumul-

(1) Véase en el *Ferrocarril* de noviembre de 1876 la relacion de estos sucesos en dos narraciones relativas a la fundacion del monasterio de Santa Clara.

tuarias reclusas durante nueve años consecutivos (1657-1666).

Obstinadas, a su vez, las últimas en independizarse del odioso yugo de la cogulla, para inclinar sus tocas solo a la mitra del pastor de la iglesia, obtuvieron (ignórase por qué camino, porque no pasó por la cancillería del Consejo de Indias) un breve del papa Alejandro VII, segun el cual quedaron sometidas a la jurisdiccion del diocesano (1671). Pero los provinciales de San Francisco, inconsolables a pesar de los siglos, ocurrieron a la Corte denunciando el breve pontificio como sobrepticio, puesto que no habia obtenido el real asentimiento. Cárlos II espidió, en consecuencia, una real cédula desde Madrid, el 26 de marzo de 1680, ordenando que se le enviase orijinal el breve fraudulento.

Mas en ésto ya las santas mujeres sublevadas habian encontrado otro albergue léjos de San Francisco i frente a frente del palacio de su querido obispo en la plaza principal.

Tal habia sido el oríjen de las *monjitas de la plaza*, que hoi son de la *Victoria*.

* * *

Allí, sin embargo—consta ello de la historia,—los implacables franciscanos fueron a perseguirlas, porque el provincial frai José de Gago (que no sabemos si lo fuera) presentóse a la Real Audiencia re-

clamando sus antiguos fueros, en el dia mismo en que sus rebeldes ovejas mudaron de redil (abril de 1678). Para descanso de éstas, el tribunal echó la peticion a España, es decir, a las *mil i quinientas*, que así se llamaban, por lo largas, las apelaciones. Las *monjitas*, a su vez, estuvieron unísonas en rechazar la coyunda de los frailes de la Cañada, como lo habian estado las *Claras*. Firmaron con escasa letra este rechazo, que se ha conservado inédito hasta aquí, *doña Ursula de Araus* (madre abadesa), *doña Lucía Clara de Orosco* (maestra de novicias), *doña Mariana de Ibañez i Quiroga* (vicaria), *doña Juana de Illanes i doña Juana Navarro* (porteras), *doña Luisa Ramirez* (monja de velo negro).

*
* *

Por el año de 1835 del presente siglo, veíase todavía intacto sobre el ancho cauce de la Cañada, entre las Claras i San Francisco, un puente de cal i ladrillo que media no ménos de doce varas de lonjitud. Ese habia sido el puente de las alegrías i de las portaviandas de los padres franciscanos en los dichosos tiempos de la union. Despues, durante cerca de dos siglos, siguió siendo el de sus suspiros...

*
* *

No volvió, empero, por completo la fortuna su

alba espalda a los padres, viudos de la querida grei de su hábito i de su regla, porque cuando las *monjitas* se iban a habitar su monasterio de la Plaza, llegaban de lejanas tierras a la Cañada, a reemplazarlas en su vecindad i en su amor, otras monjitas.

Habia sucedido, en efecto, que por esos propios años (1680), un fraile carmelito descalzo que viajó por toda la América por establecer en Chile un convento segun la regla de la Santa mas en boga en esa época, Teresa de Jesus, trajo de Chuquisaca ocho monjas, que pasaron quietas en sus mulas por delante de la portería de San Francisco en la noche del 8 de diciembre de 1689.

Era el alma de la apasionada monja de Avila la que en esos años iluminaba todavía los claustros con resplandores de fuego. Santa Teresa, la esposa por escepcion de Jesus («Santa Teresa de Jesus,» como se llamaba ella misma con orgullo en el monasterio de que fué abadesa i fundadora, pues su nombre de familia fué Sanchez de Cepeda), era una santa estrictamente moderna, como Santa Rosa de Lima (1582). Sus escritos, llenos de deliquios i de éstasis de amor divino, circulaban en todos los hogares, en todas las celdas. Era una grande innovadora de la penitencia por la penitencia, de la soledad por la oracion, de la vida por el castigo de las pasiones que estuvieron cerca de precipitarla en el abismo en su ardiente juventud; porque Santa Teresa no

fué monja por vocacion sino por castigo i enmienda de sus padres.

Su soplo reformador encontró, por tanto, en una ciudad mística, tétrica, profundamente severa en el hogar femenino, como fué la sociedad colonial de Santiago, una acojida calorosa, i la regla estricta del Monte Carmelo, donde Matilde ocultó su llanto por el infiel a quien amaba, fué planteada en la Cañada con el mismo rigor que en Palestina.

I hoi mismo las Carmelitas descalzas pónenla por obra, porque han asegurado, hace poco, a su prelado, el ilustre diocesano de Santiago, que desde que el montículo vecino, que daba lóbrega sombra a sus muros, ha sido convertido por el afan mundano en sitio de recreo, no han vuelto a levantar sus ojos para mirarlo...

*
* *

Esta fundacion monástica a las puertas de San Francisco tenia tambien por oríjen, en gran manera, la devocion peculiar de los chilenos por el santo de Asis, segun vamos a ver.

*
* *

Vivia en el predio que hemos llamado de los Bardesi, un capitan de este nombre que habia venido del Alto Perú, donde fuera minero afortunado.

Su nombre era Francisco Bardesi, natural de Vizcaya, i fué hermano suyo aquel famoso *siervo de Dios* Bardesi, cuyas cenizas buscó en vano el arzobispo de Santiago en el presbiterio de San Francisco, para completar el proceso de su canonizacion.

El siervo de Dios no vivia, empero, con su hermano en su quinta de campo. Tenia su habitacion humilde en una casa pequeña situada en la calle de San Antonio, entre las mansiones solariegas de los Cerdas i de los Azúas (hoi de Concha i Cortés), que fué mas tarde residencia de beldades (la Calvo i Cuadra), i que en nuestra niñez conocimos—¡contrastes de la vida!—en manos de un protestante que vendia vinos estranjeros, el conocido Mr. Beecroft. No era ménos curioso el hecho de que ocuparan las casas contiguas otros dos protestantes. La de los Azúas (en la calle de la Merced), don Ricardo Price, i la de los Cerdas, que entónces daba frente a la calle de San Antonio, el apreciable caballero aleman, recien fallecido, don Jorje Huneeus. ¡Milagros del siervo de Dios!

*
* *

El capitan Bardesi (no *Verdesi)* habitaba su quinta en compañía de su esposa doña Barnaba de la Cerda, por el año de 1680, i era síndico de San Francisco, a título de devocion i de vecindad.

Como era rico i no tenia hijos, ofreció su predio de regalo al fraile carmelita ya recordado, destinado a fundar allí un convento para la regla de Santa Teresa; i el hecho sobre la palabra, le estendió escritura el 5 de febrero de 1681 ante Juan Agurto Lastañaza.

Estendíase el valioso fundo de la limosna hasta la que es hoi calle de la Maestranza, siendo su mas vistoso adorno el peumo secular que todavía le da sombra. Habia pertenecido esta finca en los primeros años del siglo, al capitan Juan García Salguero, que tambien dejó una capilla con su nombre i a su esposa doña Marcela de Vargas, quienes, por no tener tampoco sucesion, impusieron una capellanía de setecientos pesos de oro a favor del hospital del Socorro, el 20 de marzo de 1609.—No era propicia, por lo visto, la sombra de aquel peumo a la fecundidad de la familia, i por ésto fué inspiracion dichosa consagrarlo a las vírjenes. Segun la real cédula de institucion (julio 17 de 1684), lo que el capitan Bardesi cedió a las monjas del Cármen Alto importaba en terreno, casas i caudales mas de veinticuatro mil pesos.

*
* *

Tuvieron tambien los fundadores de la Cañada de San Francisco otra compensacion por el despojo de su influjo i de su omnipotencia en el claustro de las Claras: tal fué el regalo que les hiciera un

vecino, cuyo nombre no ha conservado la crónica, de la manzana cabal que hoi ocupa la Universidad i el Instituto Nacional. Aceptada por los padres esta dádiva, escribieron al rei el 22 de abril de 1672, solicitando permiso para fundar allí «una casa separada donde en quietud i sosiego sin divertirse a otra cosa se puedan cultivar las letras».—Hubiérase creido por estas testuales palabras, que hace dos siglos los padres de San Francisco pedian al devoto Cárlos el hechizado, permiso para fundar la Universidad laica de Chile.

Concedióseles esta licencia a peticion del procurador de la órden en Madrid, frai Buenaventura de Anchústegui, el 28 de junio de 1679.

Tal fué el oríjen de San Diego, en boga entónces como Santa Teresa, aquel en Alcalá, la última en Avila; i edificaron los padres la primitiva i humilde iglesia en la esquina que caia al poniennte de la manzana cedida para claustro de estudios. Por ésto el verdadero nombre de esa calle, como afirmaba con razon el jeneral Zenteno, su vecino, era calle de *San Diego el viejo*, i no el de *calle vieja de San Diego*.—La calle de San Diego el nuevo tomó su oríjen de la actual iglesia edificada a fines del pasado siglo, por el famoso provincial Zárate, de los Zárates de la conquista i de Quillota.

*
* *

Fué San Diego una especie de sucursal urbana del Convento grande, i allí se retiraban a vivir «en quietud i sosiego» los provinciales que perdian capítulos o los que los ganaban; porque de la historia de las cosas humanas, dentro i fuera de los conventos, hemos sacado en limpio que no son solo los presidentes los que forzosamente se sublevan contra los que los elijen. Sucedia ésto mismo irremisiblemente con los provinciales, los priores i los guardianes, sin escepcion alguna, en San Francisco, desde Martin de Robleda hasta el reverendo padre provincial Cabrera, que acaba de morir.

*
* *

Moríanse rara vez los obispos de Chile, o porque cuidaban con mas esmero que el resto de los mortales su regalada vida, o porque eran simplemente elejidos del Señor: i de aquí viene el decir de las cosas raras en suceder o tardías en llegar,—«por la muerte de un obispo». I tan cierto era ésto entre nosotros, que en los 274 años justos i cabales que duró el coloniaje (1536-1810), entre setenta i un gobernadores, adelantados o presidentes, que bajaron en lúgubre procesion a las bóvedas de la nada, las campanas de la Catedral solo doblaron con fúne-

bres tañidos sobre diezinueve obispos, desde Gonzalez Marmolejo al señor Maran.

*
* *

Mas no sucedia tal con los frailes, que eran tan numerosos como las arenas del mar, ni con sus provinciales, priores i guardianes, que aparecian en las luchas i controversias del mundo con la misma frecuencia que sus repetidos i tumultuosos capítulos.

I la manera de emprender el viaje de la eterna vida no era entónces, cual hoi, cosa vulgar, tétrica i silenciosa para los modernos monjes, condenados a morirse lisa i llanamente como el comun de los mortales, de un constipado mal atendido o de un dolor de ciática. Nó; porque en aquellos ceremoniosos años tenia lugar con los moribundos la singular ceremonia de los *espolios*, hoi caidos en completo desuso i sustituidos por la llana regla de la vida barata i comunal.

Consistia aquel trámite curioso en lo siguiente:

Comenzaba apénas a roncar la olla del postrimer guiso del hombre, que es la muerte, en la garganta robusta de un fraile o de un prelado, cuando el lego piadoso que le asistia, sonaba de una manera peculiar i alarmante, como quien toca a fuego, la campana del claustro, i al oir cada recluso, padre maestro, corista o el simplemente motilon, aquel toque de a rebato, precipitábanse a los despojos del

agonizante en bullicioso tropel, cantando el *Credo in unum Deum*. I así, miéntras entonaban todos con robustas i guturales voces el signo de la fe, cada cual echaba mano de lo que le caia mas cerca: quién de un pergamino, quién de la usada cogulla, quién de un pañuelo de pintados matices de la China, quién de los hábitos recien remudados por la mano cariñosa de una confesada, quién del frasco de la tradicional aloja, quien, en fin, de los zapatos o de mas humilde prenda, porque los padres, i especialmente los franciscanos, eran pobres, i las celdas mal guarnecidas de ordinario. Solo los padres maestros solian atar sus brazos a los hombros por suspensores bordados de seda, plata o hilo de oro, i era grande e inusitado lujo que los provinciales cargasen algun antiguo reloj ovoide de Nuremberg para dar a la comunidad el meridiano de sus horas canónicas. No habian fabricado todavía los jesuitas su portentoso reloj que existe todavía en Santa Ana, i que sonó por la primera vez, como la campana del juicio, a las doce de la noche del memorable 1.° de enero de 1700.

***

Fuera por el sosiego i la soledad, o porque los franciscanos encontrasen mas benigno el temple de su huerto i claustro de San Diego, íbanse allí los mas a curarse de sus dolencias graves o a morir, en

uno de cuyos casos aconteció el breve lance histórico que vamos en seguida a narrar.

***

Hallábase en sus postrimerías un reverendo definidor que habia sido padre de grandes campanillas, i sintiendo llegar su hora, llamó al buen lego que le cuidaba, i túvole con voz lastimera pero reposada este discurso:

«Quiero—le dijo—por el buen cariño i dilijencia con que me habeis asistido daros algunas órdenes, i un último consejo antes que sienta en mis oidos la fatal campana de los espolios. Alzaos sobre una silleta i bajad esas limas i naranjas que guardo sobre el escaparate i llevadlas a mi comadre doña Fulana en mi memoria. Este escapulario nuevo lo entregareis tambien en mano propia a mi señora doña Tal que vive en frente, i decidle que dejo a mi ahijado su primojénito, bien recomendado al maestro de novicios, sobre lo cual pediré ademas a nuestro padre San Francisco lo haga un santo. I en cuanto a vos, escuchadme con atencion porque bien sabeis que la campana de espolios de San Diego, se oye en la casa grande i aun, cuando está corriendo norte, en el Conventillo, de suerte que saliendo los padres en parvada, llegan aquí a los primeros toques, habiendo sucedido casos en que los del Conventillo han llegado a caballo primero que los del Convento

a pié. Poned por tanto a buen recaudo, i para vos solo, todo cuanto os interese en esta pobre celda en que muero de prestado. Abrid las alacenas, rejistrad los rincones, descolgad los lienzos, en una palabra echad mano de cuanta cosa visible o invisible os acomode, porque en llegando los frailes con su *Credo* a aquel paraje que está en su principio i en el cual se trata de la creacion de las cosas visibles o invisibles, no os habran dejado cosa visible para vos.... Ah!—añadió el buen anciano con voz ya fatigada;—he asistido algunas centenas de veces a esa ceremonia cruel i reprehensible, i solo ahora me doi cuenta de cuán duro lance habrá sido para los que me han precedido en este amargo trance».—I dicho ésto, comenzó el padre a boquear, i el lego, cual fiel albacea, a poner fuera de lo visible cuanto le venia a las manos: crucifijos, vestidos, remedios, botellas, camisas, palmatorias, el brasero, el secador, la luz, la lumbre i el sebo. Baste decir que solo cuando dejó a su superior sin mas cobertor que su mortaja, se fué el lego al látigo i tocó a toda furia «los espolios».

***

Llegaron desolados casi desde el primer toque fúnebre, cual bandada de lúgubres cuervos, corriendo por la Cañada con sus hábitos arremangados, los padres que aguardaban la señal en la casa grande, i entraron en confusa muchedumbre, como era la

costumbre i el deber, en la mortuoria celda, entonando con voces roncas el *Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem, factorem cœlium et terrœ....* Mas, cuando llegaron a la frase que en pos sigue—*visibilium omnioum et invisibilium,*—notando que el aposento se habia dejado limpio como una patena, detuviéronse, apagaron lentamente sus voces, caláronse las capuchas i se fueron.... El padre predicador estaba muerto; pero su prevision i su venganza quedaban cumplidas.......................

***

Añádese en las crónicas secretas de los conventos de Santiago, que desde aquel dia, la vieja práctica de los despojos comenzó a caer poco a poco en desuso; i hoi—¡oh prosa incurable de la vida!—los provinciales i los padres maestros se mueren como si fueran tristes sacristanes, sin que se tenga otra noticia de su fin que el vulgar boletin de la *junta de beneficencia,* que es en todo igual al que el oficial de parte de la policía suele enviar al intendente sobre las defunciones ocurridas en el calabozo de los rateros i de los malhechores.

El último de esos boletines de la decadencia monástica que hemos tenido en estos dias, dice testualmente así:

«El infrascrito certifica: que anoche a las 11½ dejó de existir en este convento de N. P. San Francisco el padre predicador jeneral frai Buenaventura Fernandez, relijioso de la órden.

Santiago, julio 4 de 1877.—*Frai Juan José Cornejo*, guardian.

Así es como acaban todas las glorias i todas las sustancias de este egoista mundo, rejido por las secas reglas de códigos numerados de uno hasta mil como las sepulturas. Harto mejores eran los viejos tiempos i sus espolios, sobre todo los mas suculentos i mas apetecidos, por raros, de los obispos i pastores:—*Episcoporum morientium bona.*

Lo cual, en vulgar castellano de Chile, ha sido traducido en esta forma:—*Los duelos con pan son buenos.*

Por las leyes de Indias, los espolios de los obispos (que solian ser opulentísimos) correspondian al rei; i ésto era lójico, porque, siendo el Estado el hijo primojénito de la Iglesia, ¿no era justo que fuese su heredero?

***

Cuentan todavía las embrolladas crónicas de los conventos de la Cañada de Santiago, que en una ocasion, miéntras saqueaba una parte de la comunidad de San Francisco a un moribundo, i otra le cantaba el *Credo* en torno de su lecho, hacíales la víctima jestos i señas negativas con la mano. Confundidos, entraron en acuerdo los padres, i resutól

que, segun los mas, habia perdido el juicio, i segun los ménos (cuyos eran sin duda los que se habian quedado sin parte en los espolios), que pedia misericordia para sus trastos i frazadas. Pero pasado un paroxismo, el paciente pudo hablar i observó a sus hermanos, como Cárlos V en Yuste, que ese no era el diapason del *Credo* de los moribundos, i por ésto les hacia señas; dicho lo cual espiró. Los maravillados frailes habian echado en olvido que el muerto era el *sochantre* del coro del convento....

En esta vida, cual mas, cual ménos, todos tienen el heroismo de su arte....

*
* *

Tal era el aspecto, la vida, los episodios caseros de la Cañada de San Francisco, en los postreros años del siglo XVII, desde San Diego al Cármen Alto i desde las Agustinas a la ermita de Juan Fernandez de Alderete,—una especie de via sacra de la devocion de Santiago, que ostentaba en sus estramuros i en el espacio de unos pocos solares, tres ermitas, tres monasterios i tres espaciosos claustros, contando con el de San Juan de Dios. Los frailes hospitalarios de esta órden habian venido de Lima a peticion del gobernador Alonso de Córdoba en 1617.

*
* *

En cuanto a la Cañada de San Lázaro, que era como un apéndice suburbano de aquella, contaba ya con la iglesia de este nombre, dedicada al santo de las pestes, como el de su cabecera oriental habia sido erijida al patron de los temblores.

Ignoramos los motivos de estas dos erecciones estremas, porque la de San Saturnino precedió por muchos años al terremoto de 1647, que le constituyó en santo milagroso, i otro tanto acontecia con San Lázaro. Tal vez fué algun capitan nacido en la Navarra el que hizo el primer voto i levantó su humilde templo, porque San Saturnino, aunque frances, predicó el evanjelio en Pamplona. I en cuanto a San Lázaro, ¿fué propiamente Lázaro el resucitado, o fué San Lázaro pintor i embajador de Constantinopla en Roma, el que inspiró la fundacion de su ermita?

Respecto a esta última, decia el padre Ovalle que en su niñez, quedaba en el campo, así como el colejio o noviciado de San Francisco de Borja, el mas amado discípulo de San Ignacio, i en cuya aula, trocada despues en hospitales i hoi en palacios, estudió el neófito jesuita cuya memoria no ha conserva do su estudiosa juventud.

*
* *

San Borja era una iglesia privada, sin frente a la calle en los dias del padre Ovalle; pero en la mi-

tad justa del siglo XVII (1650), los jesuitas pidieron privilejio para abrir puerta a la calle. Doce años tardó la tramitacion de aquel permiso en la Corte, porque solo vino a concedérseles por real cédula de 8 de noviembre de 1662.—Eso era lo que, durante la colonia, costaba abrir una puerta. Cerrarla, habria costado el doble.

*
* *

Tenian tambien los jesuitas un molino en la Cañada de San Lázaro, i ocupaba este injenio gran parte de la manzana que sigue hácia el poniente de la de la Universidad, i que, hasta hace treinta años, denominaban los «baños de Barañao,» por los que ahí abrió el bravo coronel español de este nombre. Los jesuitas, que sabian manejar el agua con la misma fortuna que el vino i el oro, la cojian por medio de un pretil a la altura de San Diego, del centro de la Cañada, i despues de vaciarla en su cárcamo, la devolvian intacta a la Cañada de San Lázaro. Las ruinas de ese molino existian cuando se delineó la actual alameda en 1820, i todavía se columbra la mayor altura del terreno en esa manzana, en que la barranca del antiguo brazo del Mapocho se habia conservado junto con el cauce del injenio.

*
* *

Existia por aquellos años, hácia la medianía del siglo XVII, una tercera cañada, que era la prolongacion de la última, siguiendo el cauce seco del Mapocho hácia *Chuchunco*, que en idioma indio, quiere decir gráficamente *junta de aguas*.

Llamábase esta tercera seccion de la avenida principal de la ciudad española, *Cañada de Saravia*, por la quinta i viña que en esa vecindad tenian los marqueses de la Pica Bravos, de Saravia; i recibió, un siglo mas tarde, el nombre de *San Miguel* cuando en 1712 el presidente Ustáriz edificó a sus espensas la ermita de ese nombre, en el sitio en que existe todavía inconclusa la hermosa iglesia de ese nombre, que, como San Lázaro, es bodega, i San Saturnino, cuartel.

I a fin de dar razon a los modernos innovadores de cómo la ciudad amaba ya ese sitio i lo protejia con afan solícito, vamos a copiar en seguida los trámites por que hubo de pasar la solicitud de un vecino de aquel paraje, que pidió la línea de su solar el año del Señor de 1630.

«En este cabildo—dice el acta del ayuntamiento de la ciudad de Santiago del 13 de diciembre de aquel año—Bartolomé de Escovar, vecino de ella, presentó una peticion disiendo que acerca de su heredad que tiene abajo de San Lázaro y en la *cañada* que va de San Francisco i en sus tierras, queria cercar mas adelante como un solar, y que aunque eran sus tierras, dejaria adelante cañada; y

habiendolo su señoria cometido al señor maestre de campo Gines de Toro, y a mi el escribano, informasemos no ser de perjuicio y que no eran tierras del dicho Bartolomé de Escovar porque habiendo quedado al fin de su heredad una cañada que salia a la de San Lázaro, que hera la que biene adelante de la biña del maestre de campo don Jerónimo de Saravia, que fué la del capitan Ramiriañez la habia cercado, y en la mensura que se hizo de las demasias de esta ciudad que está en poder de mi el escribano se le mandó la dejase subsesiva de sus tapias y señaló exido ocho varas de a *veinte i cinco piés* (67 varas castellanas) *las cuales se le mandaran dexar por tal exido y cañada* y dandolas mas adelante se le podia dar la dicha lisencia para cercar lo que pide. Y visto por sus señorias le consiederon la dicha lisencia que pide, con que continua su cerca que quiere *que dé el dicho exido y cañada*, y con que sea sin perjuicio de tercero ni de esta ciudad para que conste ese acto en el libro de cavildo se le dió este testimonio.»

*
* *

Mas adelante trataremos de dejar constancia todavía de un documento mas antiguo que el precedente, i del cual consta la resolucion suprema e irrevocable que, desde hace trescientos años, tuvieron nuestros mayores de conservar intacta i «perpetua-

mente» la Cañada a las jeneraciones que por ellos hoi respiran, pasean i viven.

*
* *

En cuanto al aspecto jeneral de las tres Cañadas en aquella época, no es empresa difícil trazarlo al traves de los siglos.

En la acera del mediodía, una serie de paredes unidas, sin mas salida hácia la campiña que el callejon de San Francisco ya nombrado (*calle Angosta*), la de San Diego el viejo i la de Padura—nombre probablemente de un capataz de carretas,—que era el camino real de Valparaiso por la via de Peñaflor, Melipilla, Ibacache i Casa Blanca; jornada de un mes, como es hoi de cuatro horas. Mas hácia al poniente el *Callejon del portugues*.

La torre de San Francisco, sumamente vistosa i encumbrada, dominaba todo el paisaje de la triple Cañada. No se divisaba un solo arbusto, escepto una hilera de sauces de Castilla al borde del agua, i uno que otro retoño de espino; miéntras que en el ancho i deteriorado cauce de la acequia de ciudad, trazado a tajo abierto, lavaban las indias del servicio, al pié de los sauces, la camisa de cada sábado, la famosa «camisa dominguera» de los magnates santiaguinos, o daban paso entre sus bateas para que bebieran los caballos de sus amos, mejor tratados que sus personas mismas. Allí, mas de una vez, en

los años primeros de la conquista, llevó por el diestro el corcel de guerra de su señor don Pedro de Valdivia, el indio Lautaro, su escudero. Fué tambien el agua de esa acequia, ensuciada por el jabon de Mendoza i la pezuña de las bestias, la que el vengativo maestre de campo Gallardo sirvió en un vaso, por irrision, al fujitivo presidente Meneses, que lo habia agraviado cuando, cautivo éste a su vez, dijo desde el leño del escarnio:—*Tengo sed!* Verdad es que Meneses habia corrido a balazos a otro presidente del reino, su antecesor, el santo Pereda, i éste último, por saltar un muro de San Francisco, habíase quebrado una pierna.... La plaza de Santiago ha sido el teatro de la horca vulgar. Pero la Cañada era el sitio de las peripecias políticas, juntas reales, de las entradas en triunfo, de la suntuosa recepcion de los gobernadores; en una palabra, el sitio clásico de la capital política de Chile. Por ésto su historia es la historia en miniatura del reino.

Diremos, en consecuencia, de paso, cómo tenia lugar la llegada i acojida de sus supremos mandatarios.

***

En la tarde previa a su solemne entrada alojaba el encumbrado huésped en la *casa de campo* situada en las Lomas (chácara de Prado), i al dia siguiente

amanecia de gala la Cañada, poniéndose una mesa i un dosel, un crucifijo i un evanjelio en la pared corrida, que en aquellos tiempos se estendia desde la capilla de la Soledad a la calle Angosta, i daba frente a la calle del Rei, que era la via de honor de la ciudad.

Llegaba el presidente a caballo con numerosa comitiva, acompañado en muchas ocasiones por los rejimientos del *Príncipe* i la *Princesa*, que era como correr a Cristo con dos mil demonios. No montaban entónces los abasteros de San Miguel ni los paperos de Nuñoa, en arpas flacas sino en briosos caballos de a seis pesos, capaces de levantar cada cual mas tierra que hoi un escuadron en marcha conforme a la táctica moderna.

Prestado el juramento ante la Real Audiencia, la vistosa cabalgata desfilaba por la calle del Rei e iba a apearse en palacio, donde la comilona, costeada por el cabildo, duraba hasta tres dias. En una ocasion, cuando entró el presidente Pino, en el primer año del presente siglo, el ayuntamiento, que no tenia para pagar su portero, gastó ocho mil pesos en pavos, helados i huevos chimbos.

***

La acera derecha de la Cañada de San Francisco, descendiendo hácia la de San Lázaro, mostraba mucho mejor aspecto. Pasado el grupo de las igle-

sias, es decir, San Saturnino i las monjas Claras, encontrábanse algunas residencias feudales, entre las cuales las mas notables en la primera cuadra, junto a las Claras, eran las que habian ocupado, en el siglo XVI, la ilustre viuda de Pedro de Valdivia, la de doña Agueda de Flores, la opulenta hija de la cacica de Talagante, i la del abogado don Antonio de Escobar, cuya fama i ciencia hemos recordado. Ocupó probablemente esta residencia forense el solar en que hoi está edificada la casa del doctor jubilado don José Gabriel Palma. Pero de lo que ha quedado constancia cierta, es de que, a principios del siglo XVIII, esa posesion era propiedad del capitan don Juan García del Valle.

*
* *

Seguia a ésta, calle de San Antonio de por medio, una residencia vasta i famosa, cuyo dueño, don Antonio Mendez de Contreras, dejó su nombre a la calle lateral en 1656.—Era su vecino de huerto i de viña, porque todas esas heredades de la Cañada tenian por recreo i por provecho, algunos millares de plantas de vid, el notario don Gaspar Valdes, que redactó el testamento del señor feudal su vecino i apuntó con orgullo sus deslindes. Fué la Cañada, desde el tiempo de los Toro Mazotes hasta el de los Renjifo, sitio predilecto de escribanos.

*
* *

Era el don Antonio Mendez de Contreras ya nombrado, hombre de muchos posibles, dueño de Polpaico i sus caleras, por lo cual dejó cien fanegas de cal, valorizadas a seis pesos, para que los franciscanos, sus vecinos i protejidos, le fabricaran una sepultura con bóveda de ladrillos, al pié del altar de San Antonio, que daba frente a su casa. I de su nombre i de el del santo ha venido el de la calle cuyo ángulo ocupaba. Don Antonio dejó a San Antonio un legado de tres mil pesos en su testamento, otorgado el 8 de julio de 1656.

*
* *

Pero si la casa de los Mendez de Contreras, cuyas tres hijas dieron su rica mano a otros tantos grandes personajes de la vecina calle real—los Urquizas, los Hermuas i los Cerdas,—era mansion de fuste en la esquina de San Antonio, no lo era de menor boato la del ángulo opuesto en la esquina de la calle del Rei. Habia sido esta mansion en los primeros años de la conquista, pertenencia de un piadoso caballero llamado don Santiago de Uriona, que segun Carvallo, fué alcalde de Santiago en 1617, i consta de las actas inéditas del cabildo, que cuando éste, en ese mismo año, resistió la entrada de los hospitalarios de San Juan de Dios en la administra-

cion del hospital, su voz fué la única que se alzó en favor de aquellos. El capitan Uriona era buen vecino i mejor filántropo. Desde 1609 habia instituido, en consorcio con su esposa doña Luisa de Uriona, en favor de la casa de caridad, fronteriza de la suya, un valioso legado de setecientos pesos de oro.

Pero en las postrimerías de aquel siglo habitábala como propia i redimia sus censos una gran dama cuyo solo nombre descubre su alcurnia de tres penachos: llamábase doña Nicolasa de la Carrera.

*
* *

En pos de doña Nicolasa compróla a su testamentaría un rico caballero, natural de las Canarias, llamado don Antonio de Boza, que, segun Molina, dejó de dos matrimonios *veintiocho* hijos, i murió de ciento i seis años. ¡Caramba con el canario!

*
* *

Tuvo ademas aquel robusto caballero una particularidad estraña, i fué la de que con sus hijas llevó su amor hasta dar a cada una en dote una vendimia de su famosa chácara de Renca (Lo Boza), i su cultura hasta enseñar a todas, que eran doce o quince, un instrumento de música. Pero a los varones, que fueron tan numerosos como aquellas, no se tomó el trabajo de aleccionarlos en otro instrumen-

to que el paterno palo, por lo cual se esparcieron todos como abrojos malditos al viento del destino. Uno fué oidor en Lima i asesor de vireyes. Otro, por escapar del vil garrote, saltó, como Alvarado, la acequia de la Cañada, se metió lego de San Francisco i fué mas tarde provincial. Otro fué cura de Santa Ana, i otro, por último, que volvió del Perú en los últimos años del siglo que espiró, declara testualmente en su testamento, «que deja en aquel reino muchos hijos naturales, pero que no se acuerda como se llaman»...I a la verdad, ¿no merecia éste la tranca del bravo canario, nuestro bisabuelo?

***

Cuentan las crónicas caseras que lo que hizo entrar de fraile al jóven Boza, fué el haber jugado a la taba en un bodegon i haber perdido hasta ocho pesos; i como el tahur ganancioso no los recibiera en uno ni en otro de los muchos plazos que otorgara al que perdió, fué impávidamente a reclamarlos del padre, a título de la patria potestad. Pagólos incontinenti don Antonio, i empuñó el garrote para aguardar al incauto mozo que, en el momento del denuncio, andaba callejeando.

Cuando el airado padre le vió venir a las oraciones, acechándole desde una de sus ventanas de la calle del Rei, corrió al zaguan para recibirle con el acostumbrado catatan. Pero una de las hermanas

del culpable, apiadada de sus lomos, i llamada doña Antonia, que fué mas tarde marquesa de Montepío, dióle por otra ventana aviso salvador. I de aquí fué el correr del hijo a la portería de San Francisco desde la esquina, i el volar del viejo i desplumado canario desde su zaguan. Pero el *salto de Alvarado* en la ancha acequia de la Cañada salvó al culpable, i despues el «hábito de nuestro padre,» que los franciscanos vistieron en el acto al codiciado mozo, su vecino, resistiéndose a entregarlo hasta a el presidente en persona, que vino a reclamarlo.

*
* *

Hemos dicho que el jóven Boza, por haber jugado a la taba i haber perdido ocho pesos, fué mas tarde provincial durante el coloniaje. Mayor honra i por mas leve culpa, obtuvo durante la república, el hijo de un minero de Copiapó por haber ganado a un apir un par de calzoncillos recien comprados en el bodegon de la mina, pues dióle su padre una tunda de azotes i lo envió a Córdoba a estudiar.—De allá volvió para ser cura de su tierra i despues obispo de la Serena. Hemos nombrado al humilde i festivo obispo Sierra, fallecido en setiembre de 1851, cuya curiosa aventura contaba él mismo a sus amigos.

*
* *

Hácia la mitad de su larga vida, i cuando las vendimias de Lo Boza dieron dichosa colocacion a la mayor parte de sus hijas, don Antonio destinó el caldo de aquellas para reedificar su casa en forma de palacio, con altos i ventanas, cuyos balaústres en forma de salomónicas, eran de jacarandá. Viven todavía muchos vecinos de la Cañada que conocieron esa casa histórica ántes que la derribara, hace cuarenta años, el rico español García Socaso. Hoi es propiedad de la señora Masenlli de Sanchez, i tiene el núm. 135.

* * *

Costado contra costado, calle del Rei en medio (casa hoi de las señoras Valdivieso, núm. 137), habitaba un gran señor de la colonia, nada ménos que el gobernador don Fernando Mate de Luna, que despues de haber rejido, como Francisco de Aguirre, el Paraguay, vino a vivir en esta holgada tierra, alternando sus dias entre la ociosa Cañada i la vasta hacienda del Almahüe, mas ociosa todavía. Don Fernando se emparentó con los marqueses de la Pica; pero los descendientes descuidaron con grave culpa el *de* tradicional, i los Mate de Luna son hoi simplemente *Matelunas*...

* * *

Segun el jesuita Lozano—cuya historia del Para-

guay acaba de darse a luz en Buenos Aires sin confrontarla, desgraciadamente, con el precioso i mas completo manuscrito que de ella existe en Chile,—este don Fernando Mate de Luna no solo fué un gobernador distinguido, sino un fundador feliz, porque a él le cupo asentar definitivamente «la casi portátil ciudad de Lóndres» (así dice el fraile), convirtiéndola en la capital de Catamarca, que lleva todavía su altisonante nombre:—*San Fernando de Catamarca* (1).

*
* *

No es fácil bosquejar la fisiolojía de la Cañada mas abajo de la calle del Rei i de la monótona pared que en esa direccion cerraba el claustro de las Agustinas; pero existe prueba suficiente de que en esa direccion, estuvieron las mansiones de las familias mas encopetadas del reino, como los Machados de Chavez, los Lisperguer, i al fin de ella, junto a San Miguel, la de los Bravos de Saravia, señores de Soria i marqueses de la Pica.

En cuanto a la línea fronteriza, que era toda

(1) LOZANO, *Historia de la Conquista de las provincias del Paraguay*, lib. II, cap. X.—Hemos cotejado la mediocre pero laboriosa edicion hecha en Buenos Aires por el erudito Lamas, con el ejemplar manuscrito que adquirimos en Madrid en 1859, i que conserva en su preciosísima biblioteca americana, nuestro amigo don Gregorio Beche.—Es lástima que la una no se hubiese confrontado con la otra, porque es evidente que la última es la mas completa i la *única* que estaba *enteramente* preparada por su autor para ver la luz pública.

de claustros, desde San Francisco a San Diego, hemos dicho ya que interrumpia únicamente la monotonía de los tapiales de barro, la morada de los Toro Mozotes, que era la manzana comprendida entre San Diego i la calle Angosta. La casa habicion era propiamente la que hoi lleva el núm. 110 i ocupaba el recientemente fallecido ex-presidente Errázuriz; i este predio, a mediados del siglo pasado, por la esterilidad del último de los Toros i de su esposa doña Ignacia Hidalgo, pasó en vínculo a la familia Vicuña, que todavía lo disfruta.

***

Hemos indicado tambien que la Cañada fué un barrio, si no opulento como la calle del Rei i la Plaza Real—centros del comercio al menudeo,—aristocrático i solicitado al ménos por las grandes familias coloniales, como lo es hoi dia por los señores feudales de la república i del dinero. Chañarcillo, Tamaya i Caracoles han erijido allí sus palacios en los últimos treinta años.

Comprendíanlo así nuestros mayores i lo ponian en uso con mejor acierto hijiénico que nosotros.

«Es esta Cañada—decia el padre Ovalle en la precisa época a que llegamos en esta relacion (1640)—*absolutamente* el mejor sitio del lugar, donde corre siempre un aire tan fresco i apacible, que en la ma-

yor fuerza del verano salen los vecinos que allí viven a tomar el fresco a las ventanas i puertas de calle, a que se añade la alegre vista que allí se goza, así por el gran trajin de jente que perpetuamente pasa como por la salida que hai a una i otra parte, i una hermosa alameda de sauces con un arroyo que corre al pié, desde el principio hasta el fin de la calle.»

*
* *

No habrá dejado de llamar la atencion del lector lo que el buen jesuita dice sobre el trajin de la Cañada a mediados del siglo XVII. Pero ese movimiento, inusitado aun hoi mismo en el resto de la ciudad, i que constituye una peculiaridad de aquella arteria central, tenia su esplicacion con el hecho de que ella misma formaba parte integrante del camino carretero de Valparaiso, que por allí pasaba, i por la visita diaria de no ménos de cien carretas que venian de las chácaras a la ciudad i callejeaban a domicilio los abastos, sin esceptuar los dias festivos. Causaba esto último una verdadera desesperacion al celoso obispo Villarroel, que consideraba ilícito tal tráfico; pero, como hombre de mundo, no se atrevia a prohibirlo, porque era como vedar a los vecinos que comieran.

*
* *

Mas si el derecho del diocesano era discutible, no lo era el daño que aquel acarreo de pesados vehículos causaba incesantemente a la ciudad, destruyendo sus escasos pavimentos, rompiendo sus puentes i desbarrancando sus acequias, como acontecia hasta ayer mismo.

Llegó la gravedad del mal hasta preocupar la atencion de la Real Audiencia, ya que los rejidores del ayuntamiento permitian se ostentara en todas partes triunfante i enhiesta la picana. La razon de lo uno i de lo otro era que los oidores no tenian carretas sino calesas, i los rejidores eran todos o casi todos chacareros.... Mas, sea de ello lo que fuere, es lo cierto que la Real Audiencia celebró el 11 de agosto de 1611, a los dos años escasos de su instalacion, un real acuerdo, por el cual ordenó al cabildo fijase solo dos calles entre la Cañada i el Mapocho para el tráfico de las carretas, como se acostumbra designar hoi su itinerario a los vehículos del vecindario en razon de su escesivo agolpamiento. Esa es una resolucion curiosa i merece conservarse en los anales de la Cañada de Santiago, i por tanto, vamos a copiarla por la primera vez aquí:

«En la ciudad de Santiago Reyno de Chile, en once dias del mes de agosto de mill i seysientos i diez años, los señores presidente i oydores de la Real Audiencia, considerando que una de las causas porque las calles públicas desta cyudad estan tan malas i de suerte que con dificultad se puede andar por ellas es por el notable daño que hacen en estas las carretas que entran y salen con la probission de sus bastimentos y cossas necesarias para el sustento.

Para remedio de lo cual mandaran que se notifique al cabildo, jues y rejimiento de la dicha ciudad, que señalasen dos calles o las que pareciere conbeniente de las que atrabiesan dende la cañada del señor San Francisco hásia el Rio de la ciudad, en las asequias de las que les agan poner puentes de piedras largas, de suerte que el agua que va por ellas no pueda derramarse por las calles, con el notable daño que por esta causa se sigue en ellas, y agan quitar (las puentes?) a cada una de las acequias de las demas calles para que no puedan por assi pasar las dichas carretas; las cuales solamente tienen de entrar por las calles trabiesas que dicho cabildo señalase. Y para su execucion y cumplimiento, el dicho cabildo nombre la persona de la que en mas confiare para que lo haya cumplir y èxecutar, so las penas quel dicho cabildo pussiere a los quebrantadores, con lo cual las calles y ciudad y con las calzadas que estan mandadas hacer tendran el adorno que mas a menester, y assi lo proveieron y firmaron el doctor *Luis Merlo de la Fuente*, el lissenciado Juan Caxal, el doctor *Gabriel de Zelada*. Antemí *Melchor Hernandez*, secretario.»

*
* *

No será fuera de camino el que agreguemos aquí que el flete de una carreta de Santiago a Valparaiso, via Melipilla, importaba a razon de doce pesos; i así encontramos cuentas en que el opulento vecino de la Cañada don Antonio Mendez de Contreras, las cargaba al alguacil mayor, su amigo i tocayo, don Antonio de Marambio.

*
* *

Tal era, pues, la próspera i casi fastuosa condicion

de la Cañada de Santiago en la medianía del siglo XVII, cuando una catástrofe que ultimó la ciudad entera, puso fin a su prosperidad, a su panorama i a su riqueza.

A las diez i media de la noche del memorable 13 de mayo de 1647, sobrevino de improviso el mas espantoso terremoto que haya visitado nuestro suelo, i la Cañada quedó marcada solo por sus ruinas i las tolderías que sus aflijidos vecinos improvisaron en pleno invierno, en medio de sus charcos. Cayó San Francisco con su alta torre, i a su derredor postraron su frente los conventos, monasterios, cofradías i ermitas, que a su ejemplo i amparo, habian surjido como para rendirle tributo. No quedó piedra sobre piedra, ni en San Juan de Dios, ni en las Claras, ni en San Saturnino, ni en las Agustinas, ni en templo ni en casa, ni en choza alguna, pereciendo aplastado en los escombros un décimo de la poblacion, que entónces era mas o ménos igual a la que hoi alberga Quillota.

I aunque en el trascurso de cerca de un siglo se reedificó de nuevo la mayor parte de lo caido, i se erijió nuevas i vistosas construcciones, todo volvió a desplomarse con el gran terremoto que cupo al siglo XVIII en sus principios (julio 8 de 1730).

Santiago puede contar cada uno de sus siglos por una gran catástrofe.

I aquí lójicamente concluye la primera faz de esta reseña secular del principal paseo público de

Santiago, mucho mas importante, empero, como avenida de circulacion que como paisaje i recreo urbano.

SIGLOS XVIII i XIX.

En los 80 años corridos entre las dos ruinas (1647-1730), la Cañada de San Francisco no habia sufrido alteracion trascendental. Hácia el primer año de ese siglo, quedó definitivamente inaugurado el claustro de las Carmelitas descalzas de Santa Teresa, en su estremidad oriental, i doce años mas tarde el presidente Ustáriz cumplió un voto de viajero estraviado en las Pampas arjentinas en su viaje a Chile, erijiendo a sus espensas, en la campiña que se dilataba al poniente de San Lázaro, la pequeña iglesia votiva de San Miguel.

***

Las monjas Agustinas, exaltada su devocion por los grandes dolores, como de continuo acontece en la mujer, introdujeron tambien una novedad de consideracion, que interrumpió un tanto la monotonía de los muros de tapiales que guardaban por el lado de la Cañada su estensa viña, hoi cambiada en claustro, así como el antiguo monasterio pasó a ser, hace treinta años, palacio i barracas.

Una de las prioras, despues del terremoto que

cerró el convento, doña Ines Moreno de Leon, escitada por el ejemplo de Santa Teresa de Jesus—modelo vivo de la devocion santiaguina en esos años,—propúsose, en efecto, edificar en lo mas recóndito de su huerto, un *ermitario*, donde doce monjas consumirian su vida, escluidas no solo del trato del mundo, cual las otras, sino sin comunicacion alguna con sus propias hermanas de cautividad.—Nadie seria admitida sino cuando la muerte dejase hueco a aquellas almas sedientas de penitencia, que querian todavía desterrarse dentro de su propio destierro.

El 30 de noviembre de 1675 envió la priora su peticion a España en demanda del rejio consentimiento, que se requeria en esos años hasta para abrir una ventana; i el provincial de San Agustin, Juan de Toro Mazote, asoció sus ruegos a los de su hermana de hábito i de regla.—Cárlos II pidió informe al obispo de Chile en 1679; pero la ardorosa priora, sin esperar resolucion definitiva, edificó su ermitario en 1687, «en lo mas retirado de la huerta de dicho convento, en un sitio capaz con capilla, celdas i oficinas».—Solo por real cédula de 23 de setiembre de 1690 vino a aprobarse la planteacion de aquel ermitario; lo cual da una idea viva del fervor místico que en el siglo XVII se apoderó de los fieles de la ciudad mas devota de la América española.

*
* *

Pero el entusiasmo ascético de aquella época no se traducia siempre en lágrimas ni en solitarias preces: tomaba, al contrario, con harta frecuencia la forma de la batalla, cual en la edad de las cruzadas.

Sucedió uno de estos casos frecuentes a poco de haber edificado a San Diego los franciscanos para «el sosiego i quietud de los estudios,» porque habiéndose desatado un furioso capítulo entre un padre español llamado frai Tomas Moreno, que se parapetó en la Casa grande, i el criollo frai Pedro Guerrero, intervino la Real Audiencia en favor del último, i puso sitio en regla al europeo, con tropas i albañiles, en sus reductos. El provincial chileno se habia atrincherado a su vez en San Diego.

Empecinados los oidores en dominar la obstinacion del prelado ibero, que se proclamaba jefe de la comunidad apoyado en sus votos, mandaron tapiar la portería para que alma viviente no entrase ni saliese del enmurallado claustro. Mas, los representantes del rei no contaban ni con la resistencia física i moral de los sitiados, ni tampoco con su siempre bien surtida despensa. De suerte que, al cabo de dos o tres dias, hubieron los sitiadores de abrir brecha en las paredes i entrar de asalto en la sala del Definitorio, llevando la delantera del triunfo i del enojo el rejente don José Blanco Rejon.

Desposeido el orgulloso monje europeo, fuése con aquel rejon a España; i en mala hora abrieron el portillo los oidores, porque el rei repuso al fraile, su paisano, i condenó a cada oidor de Chile en una multa de mil pesos por el desacato; siendo lo mas notable del caso i la sentencia, que el monarca mandó cerrar el portillo por donde entraron sus señorías a su costa, como si hubiera querido hacer efectivo en sus cabezas aquel refran de su tierra:—*Por donde pecas, pagas.*—El soberbio vencedor de toda una Real Audiencia de Indias no alcanzó a disfrutar de su triunfo por entero, pues murió (o acaso reventaria) a su regreso, en Panamá. Tuvo esta batalla lugar en 1697.

*
* *

Cinco años mas tarde, ocurrió otra vez tan rudo encuentro entre los mismos belijerantes, que el presidente Ibañez se vió obligado a imponerles el castigo que enmudece, así al hombre como al fraile, con mas eficacia aun que la mordaza,—la multa: obligóles a pagar por sus desavenencias, la suma de cinco mil pesos en 1702, de cuyo caudal hizo aquel funcionario dos mandados, porque acalló los bulliciosos muros de San Francisco i levantó los del vecino de San Juan de Dios, que permanecia por el suelo desde el terremoto de 1647.

*
* *

I téngase en cuenta que, cuando hablamos con frecuencia de batallas en los conventos, es porque éstos encerraban en sus muros verdaderos ejércitos. No sabemos a punto fijo el número de frailes que ocupaban los vastos recintos de San Francisco i de San Diego, en la época que desentrañamos; pero podemos presentar como auténtica la siguiente estadística progresiva de las Agustinas:—En 1576, época de su fundacion, eran *siete*. En 1610 eran *ochenta*. En 1647—año del terremoto—eran *cuatrocientas*.

Tal era el vertijinoso desarrollo de la vida conventual de Santiago en su edad media. En el siglo XVII, al ménos, una quinta parte de su poblacion vivia enmurallada.

¿I no son estos datos de la historia de la Cañada—volvemos a decir—los datos de la historia jeneral de Chile?

*
* *

Por esta misma época, mas o ménos, comenzóse la reedificacion de San Saturnino frente a San Juan de Dios, pero con planes e intenciones mui diferentes del destino comun de los santuarios.

Santiago, como ciudad de soldados, fué desde el principio ciudad de alegres damas, tanto, que las trajeron por barcadas junto con el *situado*, que era la paga del ejército: en tales casos las mujeres venian como cancelacion i finiquito...

No pudieron nunca resignarse a tal oprobio los ásperos pero celosos i austeros obispos de Santiago; i así, cuando a fines del siglo XVII, los tramposos albaceas del millonario Alonso del Campo Lantadilla, cumplieron de mala gana su legado i edificaron las Monjitas frente a frente de la cárcel, el bravo obispo Humanzoro habria dado su mitra por hacer del monasterio una cárcel de mujeres. Opúsose por ésto, con la mayor enerjía, a bendecir aquella casa santa, declarándola insuficiente para albergar unas pocas vírjenes del Señor, si bien parecíale sobrada para recojer las innumerables pecadoras de la calle. Tal fué el primer oríjen de la Casa de correccion de mujeres, que por la manera como eran encerradas —«recojiéndolas,»—se llamaron en el siglo pasado las *Recojidas*.

Habia sido tan vehemente la repulsion del obispo por el desenfreno de la plebe femenina, cuando invadió la ciudad la soldadesca que trajo desde Lisboa el corrompido presidente Menéses, que dictó, cual Heródes un decreto de espulsion jeneral para todas las hijas de Eva de vida desarreglada (mayo 20 de 1668).—De masestá decir que Menéses no hizo el menor caso deaquel edicto.

*
* *

En el caso actual de las *Recojidas* de la plaza, los oidores, a ejemplo de Menéses, estaban esta vez, co-

mo de continuo, contra el obispo; i despues de practicar una vista de ojos de los edificios destinados a las monjas, los declararon aptos para recibir la fundacion. Ejecutaron esa dilijencia previa los oidores Menéses, Peña i Cuba *el* 14 *de octubre* de 1670, i por una curiosa coincidencia de la vida monacal de Santiago, en ese preciso dia—un siglo i tres años mas tarde, *el* 14 *de octubre* de 1773,—la Real Audiencia en cuerpo practicaba la vista de ojos del monasterio de las monjas de San Rafael (el Cármen Bajo), que acababa de fundar, en contradiccion con el cabildo, el famoso correjidor don Luis de Zañartu.

El indomable obispo Humanzoro, que fué un Zañartu con mitra, no se dió por vencido en su resistencia, ni aun por aquella *vista de ojos*, que era la última razon de la lei española, i bregó todavía ocho años con la Audiencia por que las monjitas no fueran *monjas* sino *recojidas:* i al fin, cuando en 1788 se hizo definitivamente la instalacion contra su voluntad, acusó a los oidores de aquel atentado, denunciándolos al rei, porque, a su decir, se habian apropiado siete mil pesos que se custodiaban en una arca de tres chapas en la Catedral. Dos de las llaves de esas chapas estaban en poder de la Audiencia, i la tercera bajo la almohada del dean, que como súbdito fiel del obispo, se negó rotundamente a entregarla. Pero los oidores, que tan bien solian echar abajo paredes, no se arredraron por la tercera chapa: la descerrajaron «i repartieron la plata—dice el eno-

jado diocesano—entre sus amigos por via de censos, que fué lo mismo que haberla arrojado al mar, porque en esta ciudad i provincia no se pagan censos ni sus corridos sino es en jéneros de mui mala calidad».—Estos jéneros, que eran casi el único numerario de Chile a fines del siglo XVII, consistian en sebo, charqui i cueros de chibato, para el alumbrado, para el estómago i para los piés de los negros de Lima i de sus valles. La carta episcopal de este denuncio característico del procedimiento de los oidores i de su época histórica, tiene fecha de 8 de febrero de 1686.

***

Derrotados los obispos en su afan por recojer a sosiego i arrepentimiento las mujeres de mala vida, en la esquina de la Plaza Real, ocurrieron a San Saturnino en la Cañada, i allí echó el obispo Romero los cimientos de las *Recojidas*, reduciendo la antigua ermita a un simple oratorio, para el uso interno de las asiladas.

Mas álguien llevó a la Corte el curioso chisme de que estaban haciendo un serrallo mas que una penitenciaria femenina, porque habian elejido un sitio dominado por un montículo que ponia a descubierto precisamente todo lo que se queria guardar de los ojos libidinosos del mundo. Escandalizado el beato Felipe III de tan inverosímil atentado contra

el pudor de las *Recojidas*, mandó suspender la obra desde España (real cédula de 12 de mayo de 1710).

Mas, como estuviera aquella mui adelantada, cuando «a las mil i quinientas» llegó el real despacho en el *cajon del rei*, instalóse al fin solemnemente la casa, con capellan, priora, portera i *escucha*, toda una pequeña comunidad semi-laica de mujeres con túnicas de beatas, el 11 de noviembre de 1734. La obra habia sido ejecutada con prodijiosa rapidez, pues habian bastado veinticinco años para techarla. Lo ordinario era emplear medio siglo, entre dos terremotos; de modo que todo se venia al suelo con el último sacudon, ántes de estar concluido en sus remates.

* * *

No creemos faltar a la piedad cristiana (porque el pecado anda entre los papeles del archivo de Indias que trajo en copia el reverendo arzobispo actual de Santiago) al completar los datos que comunicó al rei el ilustrísimo Humanzoro, a fin de esplicarle la resistencia de los oidores por que se castigasen con reclusion perpetua los delitos de amor. Porque, en realidad, no fué todo cuestion de censos ni de chapas descerrajadas por codicia; pues en esos mismos años, el oidor Menéses, que presidió la *vista de ojos*, tenia puestos los suyos en el blanco tálamo de doña Elvira de Tello, su dama favorita; i el fiscal, que era el alma de todo—don Francisco de Cárde-

nas Solorzano,—habia entregado su altivo copete, ni mas ni ménos como Sanson a Dalila, a la bella doña María de Astorga.... Por lo visto, en aquellos benditos «tiempos antiguos,» tan santificados por los que en ellos vivieron, cada oidor de Chile tenia su *¿quién es ella?* en Santiago.

***

No mirarán tampoco con malos ojos los buenos ciudadanos que hoi se empeñan en aclimatar en nuestro suelo las sanas innovaciones de la hijiene pública, agreguemos a lo dicho, que si el enfado de los obispos de Santiago contra la prostitucion era justo i bueno bajo el punto de vista de la moral i de la relijion de su época, las autoridades civiles olvidaban lastimosamente deberes de otro jénero, porque es sabido que hasta el sombrío i devoto Felipe II, que mató a su hijo por *enamorado*, se resignó a la reglamentacion de un mal que no le era posible estirpar ni con el cuchillo ni con el fuego.

Fué Felipe II el que autorizó, en efecto, las *mancebías* o casas de tolerancia en España, sin esceptuar sus universidades, frecuentadas por millares de estudiantes, lo que acrecentaba el fuego i la contumacia del pecado. I no contento con tolerarlas, dióles reglas como las que siguen.

«Haya cirujano que cada ocho dias visite i mire las dichas mujeres, i las que no hallare sanas, dé

cuenta de ellas para que las embien a los Espitales.

«En dando la oracion, luego antes que anochezca, se recojan las dichas mujeres a la dicha casa, i en ella estén toda la noche sin salir a otra parte alguna, pena de cien azotes.

«En dias de Fiesta, Quaresma, cuatro témporas i vijilia, no estén la dichas mujeres ganando en la dicha mancebía, pena de cien azotes.»

Tales eran algunas de las reglas de la Universidad de Salamanca; i porque nuestra Cañada es tambien i ha sido sitio de universidades i de andar no pocos a picos pardos por sus solitarias avenidas, deberemos poner fin al episodio, recordando que para distinguir aquellas pobres mujeres, tan azotadas por su oficio, de las de honra i valía, hacíanlas llevar sobre sus sayos ciertas mantillas amarillas (que es hoi el color de la beldad i de la moda), las cuales adornaban con festones de un color oscuro o de picos de caprichoso estilo. I de aquí era el decir por los que las seguian, que «andaban a picos pardos» (1).

*
* *

(1) Sacamos estas curiosas noticias, que solo estampamos aquí por via de contraste con la institucion de las *Recojidas* de Santiago, de un libro sobre medicina publicado en Salamanca en 1871, época de nuestra última peregrinacion por España.

Su autenticidad está comprobada por la siguiente certificacion:—«Todo esto mandó el rei Felipe II, que se guardara i cumpliera en Castilla, el 13 de marzo de 1570, por ante Juan Gallo de Andrada, escribano de Cámara.»

Otra de las innovaciones de la Cañada, anterior al terremoto de 1730, habia sido la apertura de algunas de las calles meridionales que conducian de la Cañada de San Francisco hácia los afueras de la ciudad.

Promovió esa mejora el presidente Henriquez en 1675, i tardó mas de cincuenta años en llevarse a cabo por el teniente jeneral Cano de Aponte, en 1728. I qué ménos ¿si, para abrir una puerta, era preciso esperar veinte años?

El primero de esos majistrados habia autorizado al prior de San Juan de Dios, frai Alonso de Huete, para vender en solares las chácaras del hospital el 1.° de julio del año mencionado, abriéndose las respectivas calles de sur a norte para la cómoda enajenacion de aquellos.

Quedaron así diseñadas las calles del Cármen, de San Isidro i de Santa Rosa, que al principio se llamó de las *Matadas;* pero no se entregaron oficialmente al servicio público sino en la época del gobierno de Cano de Aponte, que dejamos recordada.

Vendió el prior Huete el primer sitio a don José de Toro Mazote en 600 pesos, a censo de cinco por ciento, en favor del hospital, lo que importaba un gravámen anual de 30 pesos, i en el acto el comprador edificó la casa que dijimos era hoi Conservatorio de música, i que, durante un siglo, llevó el mal nombre de *casa de la calentura,* por haber

fenecido en sus aposentos varios miembros de la familia Echeverría, que heredó a los Toro Mazotes en el predio i no sabemos si en la tísis. La casa antiquísima que hace esquina a la del Cármen i que tiene el núm. 36, es evidentemente de aquella época.

*
* *

Once años despues de derribada la pared corrida de San Juan de Dios, que hacia frente a la Cañada, el obispo Humanzoro estableció en 1686 la parroquia rural de San Isidro—santo i labrador del campo,—mas como una sucursal de la de Nuñoa, que de la del Sagrario, a ejemplo del San Isidro el Real, patron de Madrid.

*
* *

Desde que el pico de los obreros rompió las paredes de los claustros que cerraban la acera sur de la Cañada, para que penetraran por sus aberturas, no airados oidores con trajes talares, i llevando en sus manos no decretos de castigo, sino la luz, la circulacion i la vida, el porvenir de la Cañada comenzó a diseñarse claramente en los horizontes de la mística Santiago, esta Jerusalen del mediodía.

Dejaba, en efecto, la Cañada de ser frontera, límite i atajo de la ciudad, para comenzar a ser su centro i su foco de irradiacion. Hasta principios del si-

glo XVIII, considerada bajo el aspecto de la edilidad, la Cañada habia sido el *zanjon de la aguada* de la capital. La Plaza de Armas era todo: foro, mercado, teatro, coliseo de toros, parada de procesiones relijiosas, plataforma de fiestas reales, almacen de luminosa pirotécnica para el deleite del embrutecido populacho.

Pero desde la innovacion de Cano de Aponte, los ediles comenzaron a poner los ojos en aquella ancha avenida, labrada al acaso por el Mapocho i conservada por los estragos de sus avenidas, que visiblemente aquel árido lecho iba a ocupar con el curso de los años, la medianía de la ciudad futura, i a servir de vínculo i punto de cita a todos sus barrios.

La adaptacion de la Cañada para paseo público, saltaba al ojo.

Pero tendria la venidera Alameda un predecesor en aquel camino.

*
* *

Verdad es que la primera alameda regular i adecuada al uso de las jentes fué plantada por el presidente Ortiz de Rosas en 1746, en la Cañada de San Francisco. Pero en el corto interinato en que desempeñó, durante solo nueve meses, la presidencia del reino el marques de Ovando, construyó este ilustrado mandatario con laudable celeridad, el paseo que se denominó *Alameda nueva*, i que se es-

tendia desde el pié setentrional del Santa Lucía, llamado entónces el «Alto del Molino» (hoi *Alto del Puerto)*, hasta la quinta de Alcalde, mas conocida, hasta hace poco, por el nombre de *Quinta Alegre.*—«Hizo el marques de Obando—dice un historiador contemporáneo—una alameda sobre la ribera meridional del rio Mapocho, que tirada a cordel desde la falda oriental del cerro de Santa Lucía, se estendia 300 toesas al Este, prolongando la calle de la Compañia y la pobló de frondosos sauces.»

Fué este el hermoso i frecuentado paseo de la era de la patria (1810-1820); i láminas antiguas, debidas al lápiz de entusiastas viajeros, nos han conservado su delicioso aspecto, poblada su ancha avenida de jinetes militares i de damas sentadas en hileras de calesas con sus lustrosas mulas de Choapa, i sobre sus lomos los inevitables negros de Africa i de Lima, mas lustrosos todavía.

Este ameno paseo, que abarcaba dentro de su panorama algunos de los sitios mas pintorescos i grandiosos de la campiña de Santiago—los Andes, el San Cristóbal, la ensenada del Salto, el rio, el Santa Lucía,—fué, con sus árboles, sus pilas, su panorama mismo, vendido a retazos por municipios mendicantes o codiciosos. Por ese camino edificóse un retazo de la calle de la Merced, despues otro retazo del barrio de Mesías, cuyo centro ocupan hoi los hornos, calientes noche i dia, del *pan de la jente;* i despues, en su propia cabecera, el Coliseo de gallos,

que es hoi caballeriza, i mas atras los baños de Dinator, que son pesebre. Todo lo que hoi queda de la *Alameda nueva* del marques de Ovando, es un álamo corpulento, pero carcomido i solitario, respetado por el hacha de cien cabildos de esta moderna edad, i un letrero que, en una tablilla negra i funeral, como tarjeta de duelo, se lee en la callejuela que hace frente a la quinta de Cifuentes, i que tiene todavía visible esta inscripcion:—*Paseo de la Pirámide.*

Esa pirámide era la que habia hecho construir Ortiz de Rosas despues de la inundacion de 1748, i existe todavía de pié frente a frente del letrero. La vetusta inscripcion de Ortiz de Rosas pasó al Santa Lucía.

*
* *

No estaba aun terminado del todo aquel paseo público, cuando el laborioso presidente que acabamos de nombrar, hizo plantar la vieja Cañada, abriendo así camino a su auje i desarrollo venideros.

«Dispuso—dice Carvallo—el presidente se hiciese en la Cañada de la capital una vistosa i alegre alameda poblada de verdes i frondosos sauces colocados de una banda i otra del canal que corre a lo largo de toda la calle.»

Corrió con esta obra un progresista vecino, don Alonso de Lecaros, el mismo que, sin mas móvil que su jeneroso patriotismo, cooperó con su direccion

personal a la edificacion de la antigua Universidad de San Felipe, que es hoi Teatro municipal.

Pero aquel primer esfuerzo por rescatar la Cañada de su condicion de basural i de pantano, no tuvo feliz éxito.—Rompió el Mapocho el 30 de abril de 1748, los diques ya envejecidos que, en las grandes avenidas casi jemelas de 1609 i 1618, habia construido, hacia mas de un siglo, el primer injeniero que tuvo Chile, Jines de Lillo, i destruyó de un golpe las dos alamedas,—la nueva de Ortiz de Rosas i la del marques de Ovando, que habia comenzado ya a llamarse la *Alameda vieja.*

***

Será oportuno agregar aquí para los sabios modernos que miran los paseos públicos como simples embelecos de inquietas fantasías, o como lujos ociosos de fastuosas ciudades, que Santiago, con todo su atraso, su miseria i su ignorancia colonial, tuvo casi a un tiempo tres alamedas, es decir, tres anchos pulmones que purificaban su sangre arterial, impregnada de los miasmas de sus basuras, de sus charcos i de sus sepulturas, constantemente abiertas, porque es sabido que cada iglesia era un cementerio.

Esa tercera alameda, plantada por el presidente Jáuregui en 1771, se estendia desde la rampa meridional del puente de Zañartu hasta San Pablo,

ocupando las líneas que invadieron despues las rancherías de que nacieron las calles de San Pablo i del *Ojo seco*, cuyo último nombre mas merecia por el ojo del municipio que se lo dejó usurpar, que por dar vista a un arco vacío del puente que llaman de *cal i canto* porque es de *cal i ladrillo*.

*
* *

Son curiosos i dignos de ser conservados los acuerdos que sobre el particular celebró el cabildo el 22 i el 29 de octubre de 1771, i por ésto les damos aquí cabida copiándolos de sus orijinales, inéditos hasta el presente.

«Así mismo acordaron que respecto a la indicacion de los tajamares y nuevo puente ha quedado un sitio competente para formar una alameda que corra desde la esquina de dicho puente hasta la de San Pablo, para quitar todo embarazo se presente el Señor Procurador General el muy ilustre Señor Presidente, a fin de que se mande a los interesados en dicho recinto presenten sus títulos o el derecho que tengan» (*Acuerdo del* 22 *de octubre de* 1771).

«Acordaron que en atencion a deber el Público al zelo del Señor General Don Mateo de Toro actual corregidor la nueva alameda de quatro cuadras de largo que ha mandado plantar a las inmediaciones del Puente nuevo, allanando y hermoseando ese terreno para que pueda continuarse dicha Alameda por cuatro quadras mas, y para esto seria obs-

táculo los ranchos o vibiendas que en ella se hallan; el Señor Procurador General se presente pidiendo que los que habitan dichos ranchos den razon con que facultad se han situado en aquel Parage, y que si este fuere perteneciente a los Propios de ciudad, los mande inmediatamente quitar dicho correjidor, dando cuenta al cabildo, i si fuere perteneciente el dicho predio a algun particular se le mande presente sus títulos entre de un breve tiempo ante el Supremo Gobierno para en vista de ellos pedir lo que fuere conveniente. I así lo acordaron i firmaron i mandaron» (*Acuerdo del* 29 *de octubre de* 1771).

***

Hemos encontrado tambien en los archivos un bando del presidente Jáuregui, que a las veces hacia el oficio de comisario de policía, estableciendo en 1773, las penas en que incurrian los que, por descuido o malevolencia, maltratasen los arbolitos del recien plantado paseo, cuyos èran entónces, como hoi, pábulo de estos dos perennes ajentes de destruccion en nuestras ciudades,—el fogon de los menesterosos, la incuria de los ricos.

Los ranchos, con todo, huyeron de la caja del rio, porque el paseo estaba plantado en 1773 desde el puente hasta San Pablo, en una estension de mas de cuatro cuadras.

Pero al abrigo del «ojo seco» de posteriores mu-

nicipios, los ranchos volvieron a su antigua usurpacion, con la imperturbable tenacidad de sus moradores.—Por ésto, las dos últimas cosas que morirán en Santiago, serán el rancho del rio i el burro, que es su apéndice.

*
* *

Entre tanto, la Cañada habia sido otra vez abandonada a su destino, es decir, a las basuras.—En 1774, cuando mayor afan se ponia en conservar los arbolitos de la avenida del conde Toro, hácia la estremidad poniente de la ciudad, quejábase al ayuntamiento un famoso abogado de que «los montones de basuras emparejaban las casas en aquella espaciosa via».—Era este interesado denunciante el procurador de ciudad don Juan Antonio de Zañartu; pero es preciso advertir que no se querellaba tal vez como procurador, sino como vecino, pues traficaba diariamente por ella en viaje a su quinta, sita en la *Ollería*, a espaldas del Cármen Alto.—Las basuras, sin embargo, sirvieron mas que las quejas del procurador, porque, medio siglo despues, cuando el injeniero español Ballarna delineó i niveló la que hoi se llama *Alameda de las Delicias*, los montones de basura sirvieron para rellenar el antiguo lecho del Mapocho i levantarlo unas cuantas pulgadas sobre el nivel de la ciudad.

*
* *

Tal era la antigua Cañada de San Francisco, vieja ya de cerca de tres siglos, en los años que precedieron a su radical transformacion en 1820. En los tres últimos años del siglo pasado (1797-1800), el piadoso presidente Avilés habia reedificado el interior del hospital San Juan de Dios, i Toesca tenia dibujado los planos de su actual, hermosa, pero inconclusa iglesia.

Espulsados los jesuitas de su plácido San Borja (agosto 25 de 1767), las mujeres confiadas al cuidado de frailes caritativos, pero jóvenes i robustos, fueron trasladadas, por un justo escrúpulo, a las celdas que aquellos desocuparon (marzo 7 de 1782). Los agustinos edificaron por el mismo tiempo, casi enfrente, su actual *Colejio*, en el sitio primitivo de su instalacion, en el siglo XVI; i por último, el mismo Avilés, que tenia la doble aficion del rezo i del adobe, rehabilitó de nuevo la casa de las *Recojidas*, que despues fué hospital de sangre (1818), i mas tarde cuartel de artillería i depósito de armas i municiones (1851).

*
* *

Esas construciones eran, sin embargo, sumamente humildes i hacian juego con el vetusto aspecto del Cármen Alto i de las Claras, ántes de ser trocado en mazapan de alcorza el primero, i en granero de trigo el segundo, este último por el utilitario *Macuel.*

Todo lo que allí quedaba de hermoso i elegante, era la torre «greco-romana-ejipcia,» que así la clasifica un viajero ingles de la patria vieja, con que los franciscanos habian reemplazado la que en forma piramidal hizo dos siglos ántes las delicias del padre Ovalle, el gran admirador de la Cañada de las Delicias i de sus obras.

* * *

Aparte de esta elegante construccion pintada de abigarrados colores, como la torre de la vieja Compañía, veíanse los alrededores de San Francisco, desfigurados por una serie de torreones de via sacra, calcados sobre los que se conservan todavía en la plazuela de las Capuchinas. Segun unos, esas albóndigas de adobe eran siete, como los pecados capitales, i segun otros, catorce, como los de la fama de Puren indómito; pero ocupaban casi la totalidad de la Cañada, frente a la iglesia, dejando un angosto paso junto a la casa que es hoi del señor Palma. En esta direccion corria un pretil de cal i ladrillo, que servia de soporte a la acequia de ciudad, i tenia tambien un uso privado i curioso, porque vivia en esa casa, arrendando una pieza puerta afuera, con su anciana madre, un clérigo Cañuelas,—flaco como una caña, i pobre como un colihue, pero previsor como una hormiga. I acontecia que, cuando los carniceros de San Miguel llegaban a la estremidad

opuesta de su barrio, callejeando su—*Vaca! vaca! vaca!* en yeguas mortecinas, i caballeros sobre las malallas i huachalomos, guardaban solo lo mas barato de su recaudo, i por cautela lo compraba el clérigo, charquecabalo dentro de su aposento i poníalo en seguida al sol, sobre el pretil ya mencionado, custodiándolo con un palo, contra los perros i los estudiantes, hambrientos unos i otros como el latin, que salian cada mañana a la hora de tercia del claustro de San Francisco.

*
* *

Un poco mas abajo, i pasada la casa que fué de los Mendez de Contreras (núm. 119), existia la del famoso abogado don Pedro Juan Pozo, acérrimo godo que fugó a Lima despues de Chacabuco, i cuyo mobiliario embargó San Martin para regalarlo a uno de los comandantes de sus favoritos *Granaderos a caballo.* La casa del doctor no fué embargada, como sus alfombras; pero quemóse una mañana, destruyéndose gran parte de los valiosos libros que la componian, salvándose unos pocos, pero *tostados,* como el obispo de Avila, que ese nombre lleva, i que se trasportaron a la vecina Universidad de San Felipe. *Como casa quemada,* la mansion del doctor Pozo fué convertida en recova, que este era el destino provisorio de los sitios vacos que, de cuando en cuando, el fuego propiciaba a los vecinos: cuando no hacian de esos huecos desocu-

pados i casi malditos, basureros o algo peor, los hacian mercados. . .

*
* *

No es fuera de lugar contar aquí que los únicos aprestos contra incendio de que disponia la ciudad i el ayuntamiento hasta la alborada del presente siglo, fueron doce hachas sin mango, cien baldes de cuero (que solian servir en caso de apuros, de capachos) i cuatro escaleras, mas necesitadas por el verdugo para los azotes, que por los vecinos para las llamas. Verdad es que entónces no habia *seguros*. . .

Por ésto mismo, segun un acuerdo del cabildo, fecha 3 de enero de 1718, tenia todo ese material, guardado bajo llave, un rejidor, quien, cuando ocurria algun nocturno incendio, mandaba la llave para que abriesen, i seguia su sueño como si tal cosa.

*
* *

Como perseguimos en estos leves ensayos un deliberado propósito de popularizacion, justificada a la vez que inédita, de la historia i de la crónica de una edad que ha sido hasta aquí para nosotros, solo una niebla o un chisme, nos será permitido comparar esta primera reminiscencia del oríjen de una de nuestras mas preciadas instituciones públicas, con el curioso decreto de su organizacion, pre-

firiendo dar, como de costumbre, su version en su propio lenguaje semi-bárbaro, porque la fidelidad es a la historia lo que la luz a la fotografía,—su alma.

No tendrá tampoco a culpa de escesiva vanidad el induljente lector, el que llamemos su atencion al hecho de que en este jénero de estudios, todo es jeneralmente inédito, esto es, fruto de paciente i antiguo rebusque en múltiples archivos de Chile, del Perú, del Plata i especialmente de España.

***

Con estas salvedades copiamos en seguida testualmente el acuerdo que creó el curioso cuerpo de bomberos del siglo XVIII, precursor del brillante rejimiento de nobles brazos que hoi custodia i salva, sin mas paga que la del deber, nuestros hogares.

Dice así:

«Este dia (el 3 de enero de 1718) acordaron dichos señores del cabildo que por cuanto en los dias próximos antecedentes se han esperimentado repetidas desgracias en diversos incendios que ha padecido esta ciudad, para cuio reparo no ocurre prontamente el remedio que necesita la violencia de dichos, incendios—que para este efecto se costeen del ramo de la balanza todos los materiales necesarios para apagar i atajar dichos incendios, como son cien valdes o cubos de cuero de vaca, para poder levantar el agua, doce hachas con sus cabos para cortar los enmaderados, doze azadones para el desembarazo

de la tierra, con cuatro escaleras grandes de madera esforzada i grueza para que puedan subir los peones al reparo de lo dicho, teniendose dichas herramientas en una de las piezas o cuartos pertenecientes a la ciudad destinadas tan solamente para dichas quemazones, estando siempre al cuidado de uno de los Regidores de este cavildo o del Procurador Jeneral.»

*
* *

No fué ni con mucho, tan pródigo en precauciones como el cabildo ibero del siglo que pasó, el gobierno patrio del presente, porque a la vista tenemos un decreto del presidente Freire i de su ministro Gandarillas, fecha febrero 3 de 1827, esto es, ciento i nueve años posterior a aquel, segun el cual se mandaba comprar por cuenta del cabildo, i poner a disposicion del comandante de serenos, «en el dia si fuera posible,» lo siguiente:—«*doce* azadones, *seis* barretas i *veinte i cuatro* hachas.»

Verdad es que se hablaba en esa órden de hacer construir una bomba, que tardó veinte años en armarse, i cuando la llevaron al fuego, no dió agua. . .

Ha sido por ésto mas sencillo, rápido i barato acuerdo el del Código Penal moderno, que, convirtiendo solo la sospecha en precepto, ha apagado como por encanto todas las hogueras. . .

*
* *

Volviendo otra vez a los Pozos, que de algo tambien han de servir en los incendios, es fuerza agreguemos que del padre del abogado que tan mal trataban los patriotas, el cual, segun creemos, llamábase don José María, o acaso era su abuelo (que no sabemos que nombre tendria, por la profundidad i lobreguez de los pasados tiempos), oimos contar en nuestra niñez una aventura que de corrido sacaremos del pozo de nuestra memoria.

***

El buen doctor, o maestre de campo—pues a punto fijo no sabemos tampoco lo que era,—acostumbraba recojerse tarde de la noche de la tertulia o la carpeta, i en una ocasion, cuando habia sonado ya la fatídica campana de las Capuchinas, sus deudos le vieron entrar despavorido a sus habitaciones, gritando desde el zaguan:—Socorro! socorro!...El fantasma! el fantasma! el fantasma!

Echáronlo a la cama arrojando espumarajos de sangre por la boca, i el pobre hombre solo alcanzó a decir que, desde que habia salido de su tertulia, le habia venido persiguiendo hasta la propia puerta de su casa un fantasma inexorable, vestido de blanco, mudo e incansable. En vano habia torcido calles; en vano se habia parado en las puertas de sus amigos i golpeádoles; en vano se habia pasado a la

opuesta acera; en vano habia vuelto atras en su camino....Nada! el terrible fantasma no le habia desamparado un solo instante, presentándosele en todas partes, inmóbil como el espectro de un cliente de pleito mal perdido, i allí mismo, hasta la puerta de su dormitorio, con él habia llegado....

I concluyendo de hacer esta espantable relacion, el pobre doctor Pozo se fué al hoyo.

*
* *

A la mañana siguiente, cuando su ama de llaves recojió del suelo los atavíos del muerto, notó que de la estremidad de su sombrero de pico pendia una tira de trapo blanco que, por casualidad, se habia adherido a la felpa en la casa que visitaba el infeliz letrado; i ese fragmento de inocente «huincha de hiladillo» habia sido, por un efecto de óptica i de miedo, el fantasma asesino del doctor de la *Casa quemada.*

La fatalidad le persiguió, sin embargo, desde aquella noche, porque, despues de la muerte, vino el destierro; despues del destierro, el embargo; despues del embargo; el incendio.

*
* *

Mas, como ántes decíamos, a fuer de cronistas sanos, que no queremos poner colgajos postizos a la

diadema de la leyenda, de todo cuanto dejamos dicho, no garantizamos sino el eco, que vibra todavía en nuestra memoria de lo que en nuestra niñez oimos contar a nuestros mayores.

Lo que es el despojo de los muebles del doctor don Pedro Juan, de eso, sí, que dejamos la siguiente constancia verdadera:

Santiago, junio 19 de 1818.

«Comision de secuestros.—Disponga Ud. que al teniente coronel de granaderos a caballo, don José Antonio Melian, se le entreguen todos los muebles i utensilios, que se hayan secuestrado, pertenecientes al prófugo doctor don Pedro Juan del Pozo; i en caso de no existir éstos, los que dicho teniente coronel elija de los que se hallen en almacenes pertenecientes al Estado, dejando de todas las especies que se le entregasen en correspondiente recibo.—*Quintana*.

*
* *

Tal era la sumaria trasmision de la propiedad mueble o inmueble en aquella época. I en comprobacion, agregaremos que, debiendo el comandante de la artillería arjentina trajinar con frecuencia por la Cañada, en direccion a la Maestranza, hé aquí cómo se le proporcionó un cómodo vehículo para aquel santo uso:

Santiago, abril 6 de 1817.

A la comision de secuestros.—La calesa secuestrada al prófugo don Juan Francisco Meneses, la ha cedido este Gobierno para que se sirva de ella el comandante jeneral de artilleria don Pedro Regalado de la Plaza. Prevéngolo a U.S. para que disponga se le entregue.—*Bernardo O'Higgins*.

Pero sigamos nuestra escursion Cañada abajo.

*
* *

Habrá echado de ver el lego lector la facilidad con que los presidentes de la República disponian de las calesas ajenas. Pero era aun mayor la desenvoltura que usaban para entrarse de rondon en casa ajena. Notando un dia, en efecto, el Director Supremo, cuando se tiraban las primeras cordeladas de la actual Alameda de las Delicias, que la pared de San Francisco afeaba el paisaje del futuro paseo, llamó a uno de sus edecanes i ordenóle fuese donde el provincial de San Francisco a decirle con atenta plática, que aquella pared estaba mui fea, i que en el término de *tantos* dias, vendiese a particulares tantos sitios cuantos cupiesen entre la capilla de la Soledad i la calle Angosta. El provincial debia ser godo, i hallábase tambien aquel histórico sitio tildado de godismo, pues ya hemos dicho que a lo largo de esa pared, se hacia, desde tiempo inmemorial, la jura de los presidentes que venian de la Península. Cumplió, en consecuencia, el prelado con el cortés recado, que era lei, i los sitios fueron puestos en venta por el año de 1820. Compró el de la esquina de la calle Angosta, mas por patriotismo que por codicia (que ésta nunca tuvo el jeneral O'Higgins), i el próximo que lleva hoi el núm. 90, el probo jeneral Zenteno. En la casa que sigue hácia el naciente, i que acaba de reconstruir don José Francisco Eche-

ñique, vivieron largos años las hermanas de los Carreras i mas tarde el ya difunto presidente Errázuriz.

*
* *

Seguia en pos la quinta varias veces nombrada, a que se mudó el último, junto con la presidencia. Pero la casa de balcon corrido que hoi se ostenta, no tiene nada de parecido al claustro bajo i sombrío de los antiguos escribanos, cuya huerta se prolongaba tres cuadras hácia el cascajal de Maipo, por la calle de San Diego nuevo. Vése todavía un fragmento de ese huerto en la quinta en que vivió i cerró sus ojos el ilustre jeneral Las Heras, cuya posesion vino a sus manos por herencia de la familia de Larrain, a la que el noble veterano unió su nombre i su fortuna en los dias de la independencia.

El aspecto jeneral de la Alameda de las Delicias, ántes de que se plantasen por los prisioneros de San Diego, los retoños del álamo secular que el padre Guzman custodiaba en San Francisco (porque la Alameda es hechura de esos dos claustros), no tenia a la verdad nada de delicioso. Todas las casas eran bajas, de zaguan i mojinete, escepto la del canario Boza, que ostentaba balcones i balaústres.

Las casas del costado de la sombra disfrutaban la ventaja de un espacioso fondo, en cambio de sus estrechas fachadas, porque los solares de esa banda iban tomando mayor crecimiento en su profun-

didad, a medida que la Cañada se inclinaba suavemente hácia el sur. Por ésto mismo es tanto mas larga la última cuadra lateral de la Cañada, cuanto mas se alejan hácia el poniente su línea i la de las calles del Chirimoyo i la Moneda, cuya primera casi concluye con aquella al pié de Santa Lucía. La mayor parte de los sitios setentrionales de la Cañada tienen por esto todavía mas de cien varas de fondo, especialmente mas abajo de la calle de Teatinos.—A la manzana anterior le quitó su trasera la Moneda.

Por un efecto inverso al de la línea de la sombra, abriéronse las calles del sud, buscando la derecera de las que venian del norte, pero sin tomar en cuenta la insensible curva del brazo del Mapocho hácia aquel rumbo. Por manera que todas las casas del costado del sur de la Alameda, especialmente las de esquina, son alesnadas. La Alameda, sin que nadie lo sospeche, es tuerta como el primer alarife que tuvo la ciudad, don Pedro de Gamboa.

***

Mui pocas (si alguna) de las paredes esteriores de las casas solariegas habian recibido en esos años el bautizo de la cal, repudiada ésta mas por cara que por blanca, pues hemos dicho que valia hasta seis pesos la fanega, como la sal: el azúcar valia el cuatro tantos En cuanto a la pintura,

eso no tenia precio, i por consiguiente, no estuvo jamas en uso ni en puertas ni en ventanas esteriores. Muchas casas conocimos en nuestra niñez, que ostentaban su perfecta virjinidad de la brocha, i de ésto daban testimonio universal todas las puertas cocheras en las calles atravesadas, que eran solo «calles de los perros.» Claveteaban de bronce los antiguos las robustas puertas de sus mansiones, con tal profusion, que parecia cada una de sus hojas un firmamento tachonado de estrellas; pero en cuanto al *albayalde*, que al decir de indiscretos viajeros no era ajeno a las mas lindas mejillas, nunca se figuraron aquellas buenas jentes que los ingleses habian de llevar sus herejías hasta introducirlo en botes de arroba i aun de quintales.

Es fama, segun un anticuario, que la primera casa cuya *puerta de calle* recibió de M. Claveau una mano de pintura, fué la que es hoi del respetable caballero don José Francisco de la Cerda, en el ángulo de las calles de Huérfanos i de Teatinos, cuando, recien edificada por el año de 1830, estrenóla el ilustre i pintoresco almirante don Manuel Blanco Encalada.

***

Desfiguraban tambien la parte de la Cañada los toscos puentes de cal i ladrillo que de trecho en trecho, comunicaban sus aceras, sobre el cequion central, jemelo en sus sinuosidades, del Zanjon de la

Aguada. Eran los mas notables de esos feos promontorios que hoi reemplazan hermosos monumentos de blanco mármol o severo bronce, el de San Diego, el ya mencionado de las Claras i el de las *Recojidas*, en cuyos parapetos de ladrillos veíamos hace treinta años, en las dias festivos, alegres grupos de oficiales i soldados de artillería tomando el fresco de la tarde, hasta que el 20 *de abril* tronó el cañon aciago de domésticas discordias.

No era tampoco raro espectáculo el de grupos de bañantes que, a la sombra de esos altos puentes, escondian su desnudez en los charcos que formaba el bebedero de los caballos. Personas vivas hai todavía que vieron esas duchas de pantano en el óvalo que hoi ocupa la estatua de O'Higgins i aun en el que cubre lo columna de los *Historiadores de la independencia*, frente a frente de la calle del Estado.

Hablar de las basuras, de la fetidez, de la bazofia de las matanzas, de los perros muertos por los *mata-perros*, de los colchones tísicos, arrojados de las casas liciadas de calentura, de las almohadas i mortajas sobrantes de las sepulturas de San Francisco i la Soledad, de San Diego i de las Claras, seria hacer la fiel pintura del asco i del hedor de la Cañada antigua. En otra parte hemos dicho, a fuer de cristianos, que por sus templos, merecia la Cañada ser llamada la Jerusalen de Santiago; pero si hubiéramos tenido entónces la pluma i el

turbante de Josepho, habríamos podido decir con mas exactitud que era la *Meca*...

*
* *

En cuanto a la sociabilidad del vecindario de la Cañada, habránse dado cuenta de cuán escasa era los que hasta, hace pocos años, conocieron las dificultades de su atravieso, especialmente en los dias que seguian a las lluvias. Es fama que las familias riberanas se despedian a entradas de invierno hasta la primavera, aventurándose en zancos solo los que de una parte u otra banda hacian el papel de Leandros en demanda de Hero. La Cañada era el Helesponto de esta Constantinopla cristiana ántes de que sus injeniosos carroceros inventasen esos zuecos con ruedas que se llaman coches del servicio público.

*
* *

Volviendo ahora al interrumpido itinerario, a fin de no dejar nada olvidado en el camino, dijimos cuál era el oríjen i nombre de las calles de San Diego el nuevo i de San Diego el viejo, i nos falta solo agregar que, cuando el provincial Zárate edificó el templo al santo que, como San Januario, tuvo dos edades, ocurrióle un lance digno de contarse.

*
* *

Como nuestro padre San Francisco lo hace todo

con limosnas, vacióse el saco de éstas en un dia sábado, i no teniendo como pagar sus peones i albañiles, el padre, que era astuto, cojió un ladrillo, púsolo en una bruñida bandeja de plata, («la bandeja del padre provincial») tapólo con un limpio paño de manos de profusa flecadura, i envióle a un rico vecino que sabia era devotísimo de San Diego, con un recado al tenor de que el santo le proponia aquella joya en prenda para pagar los jornales de su iglesia.

Era este tal el famoso *Chiñongo*, don Pedro del Villar, dueño de muchas viñas i del llano de Maipo casi entero, el cual a su muerte lególo a los pobres, i habitaba la casa que forma ángulo en la calle de los Teatinos i la Alameda (núm. 183), hoi propiedad de la familia Eguigúren, i que fué ántes «colejio de las Pinedas».

El buen *Chiñongo* era tambien prendero; pero era mucho mejor cristiano que los que hoi prestan sobre prendas de sudor i pagan en delgadas tiras de papel. I cojiendo la baldosa, besóla con respeto, abrió su armario, envolvióla en el paño de manos, i llevando a sus petacas la bandeja, llenóla de cuantos puñados de plata macuquina cupieron en su asiento, i así entrególa al lego, diciéndole que ahí mandaba a San Diego «ese almud de plata en cambio de un *Padre nuestro.*»

Algunos años mas tarde (1805), el fervoroso *padre Infante*, insigne predicador en corridas de ejer-

cicios, i que tantas batallas sostuviera ileso i cuerpo a cuerpo con el diablo, edificó tambien con limosnas un piso alto con ventanas macizas i pesadas que corrian por todo el costado de la Cañada, i cuyas salas fueron cuartel durante la guerra de la independencia, i presidio ántes de los *carros* de Portales.

*
* *

La casa de *Chiñongo* fué adquirida despues de su fallecimiento, a principios del presente siglo, por el famoso escribano de las dos patrias, don Agustin Diaz, i cuentan los antiguos que «la sacó» en pago de derechos por el inventario de haciendas, casas, viñas i prendas de empeño, incluso el ladrillo del padre Zárate, que dejó al morir el célibe testador. Por ésto dijimos al principio de este estudio lugareño, que la Cañada habia sido sitio favorito de escribanos.

*
* *

Debemos agregar tambien ahora, que lo fué de chicheros, porque una cuadra mas abajo de Villar, que fué el lejítimo inventor de la chicha baya, le hacia competencia el no ménos famoso García, tan respetado por sus majuelos como por sus bellas hijas, una de las cuales lo emparentó con la mas alta nobleza del reino i le dió despues por nieto político al autor de la cancion nacional de Chile, el poeta don

Bernardo Vera i Pintado, que por ventura, tal vez, mojó para el caso su númen en la espuma de la cívica, como cuentan de Rouget de l'Isle i del champagne cuando improvisó la Marsellesa.

*
* *

Concluia aquí, propiamente, porque ya hemos llegado a los deslindes del viejo San Lázaro (reedificado en 1749 en la forma que todavía tiene, hecho bodega), la antigua e histórica Cañada, tema de esta reseña. Es cierto que mas allá, hácia el poniente, corria la Cañada que en el siglo último, comenzaron a llamar de *San Miguel;* pero esa era mas cancha de toros bravíos, de ájiles novillos i de vacas alzadas, que de mansos i cariñosos vecinos. Los *miguelinos* no eran, en efecto, santiaguinos, en el sentido lugareño de la palabra: formaban un barrio aparte, lejano i casi maldito, como el de Triana, en Sevilla, poblado de jitanos, o de el Gheto de Roma, hormiguero de judíos.—Por ésto tal vez presidia allí San Miguel con su flamíjero alfanje desnudo al viento. San Miguel era la patria del cuchillo i de los cuchilleros.

*
* *

Mataban los jitanos de San Miguel su ganado al aire libre, de lo cual resultaba con frecuencia que

los novillos bravos de Chada o Bucalemu disparaban Cañada arriba haciendo mortal desparramo de cuanto encontraban a su paso. Sucedió en una ocasion que uno de esos toros penetró en San Francisco en medio de la misa mayor, que oian en profundo recojimiento varios centenares de fieles, i fué tal el susto, que los tres padres del oficio se subieron como gamos con casulla i alba arriba del altar...

I este socorro de los aflijidos oficiantes fué el último auxilio que, segun memoria de los vivos, prestó a los franciscanos nuestra señora del Socorro de Pedro de Valdivia.

*
* *

Respecto de la parte de la Cañada de San Lázaro que corria por el costado del sur, solo tenemos un dato que agregar, i es el de que esa fué casi entera la quinta del famoso notario mayor del reino (otro escribano) don Juan Jerónimo de Ugarte. I de aquí es que, cuando se abrió la *calle de Ugarte*, el pueblo, que todo lo pronuncia al reves, le puso de *Duarte.*

Es este último tambien el nombre que los acaramelados portugueses usan por Eduardo, i tuvieron mas de un rei que ilustró el nombre de Duarte, como llamábase tambien Duarte de Barbosa uno de los capitanes que acompañaron a Hernando Magallanes en su descubrimiento del Estrecho (1619).

¿Pudo ser, en consecuencia, este nombre de reyes i de ilustres capitanes el de algun humilde bodegonero lusitano que en los afueras de la Cañada vendiera chancaca i nueces, carbon i vela en el presente siglo? Bien se pudiera; pero no hai constancia de la rara coincidencia.—Entre tanto, la calle de San Ignacio se llamaba hasta hace poco, el *callejon de Ugarte....*

Orijinariamente estendíase esta vasta propiedad desde la calle de Duarte hasta la que es hoi avenida del Libertador, i precisamente el sitio eriazo que a la entrada de aquella, por el lado del poniente, ostenta como en señal de viudedad un grupo de sombríos cipreses, es de una señora Ugarte, biznieta de don Juan Jerónimo.

***

Habitaba este personaje, propiamente, su casa en la calle de la Catedral, que fué propiedad del justamente lamentado presbítero Eyzaguirre, frente al templo que le diera nombre, i que aquel edificara hace ya cerca de un siglo.—Don Juan Jerónimo, a quien por su fecundidad pusieron sus contemporáneos un sobrenombre que la cultura nos prohibe recordar, tuvo los honores de contador real honorario, i ocurrió la novedad de que el dia de su recepcion—el 11 de agosto de 1790,—habiendo penetrado el cabildo en cuerpo a la sala de la Audiencia,

donde aquella tenia lugar, el rejente mandó «echar para afuera» a los señores maestres de campo, diciéndoles que allí no tenian asiento sino en un escaño en la antesala... Saliéronse corridos los cabildantes; pero guardaron tan bien su justo rencor, que en 1810 los oidores se las pagaron por junto i cabales. El cabildo de Infante, de Argomedo i de Eyzaguirre no solo echó a la Real Audiencia de su sala, sino que la «echó para afuera» del reino.

* * *

Don Juan Jerónimo era escribano mayor de gobierno desde 1770, por real cédula de San Ildefonso, i de aquí su altivez i su riqueza. Los escribanos eran patricios del reino; i si en su tiempo hubiese tenido algun político la malicia o el capricho de forjar una *Asamblea de notables*, habria sido de cajon que los escribanos de Santiago presidiesen cada una de sus mesas i de sus embrollos.

* * *

Agregaremos aquí todavía que, cuando la casa de los Toro Mazotes pasó a otra familia a fines del pasado siglo (1782), por muerte de la viuda del último de aquellos—doña Ignacia Hidalgo,—pasaron con ella las siguiente fincas, que eran su apéndice:—*Panquehue*, *Putaendo*, *Quilpué* (en uno de cuyos potreros

fundóse a San Felipe), *Catapilco*, la *Quebradilla* i el *Blanquillo*, media provincia de Aconcagua por abreviatura. Como «llapa» de aquella herencia de escribanos i de príncipes, que hoi valdria varios millones, fueron las haciendas del *Marco* i de *Gualilemo*, en el partido de Melipilla, ocho estancias que hoi son veinte haciendas.

***

En cuanto al molino de los jesuitas, que separaba las heredades de los dos escribanos, fué vendido al cabildo en 553 pesos, porque afeaba la ciudad «con aspecto indecoroso,» en 1772.—La enajenacion fué hecha en beneficio del claustro de San Borja, que, despues de la espulsion de los jesuitas, pasó a hospital i es hoi pradera de deliciosos jardines.

***

Volviendo ahora, por la última vez, a cosas de oficina, de autos, de escribanos i de ratones, agregaremos que por una de esas aventuras a que no obsta la concurrencia de los años ni de los siglos, así como era un oficial de fe pública el que cerraba con las murallas de su mansion de campo la Cañada de Santiago, por el poniente, al fenecer el siglo último, habia tenido la suya en los postreros años del precedente, en la cabecera oriental del moderno paseo,

otro notario. Fué éste el doctor don Francisco Lopez Caguinca, médico, clérigo, contador de la Catedral i oficial de fe pública de su cabildo, millonario conocido en muchas historias, como los Toro Mazotes, i que vivió i cerró los ojos en su quinta de la Cañada, junto a la Maestranza. De esta suerte, la Alameda de las Delicias estuvo, durante tres siglos, como cuerpo de autos encuadernado entre dos curiales, de los cuales el portugues Caguinca fué la carátula i don Juan Jerónimo Ugarte la rúbrica i la cruz. . .

*
* *

Otra reminiscencia, i ésta es la última para concluir.

Hácia la medianía del presente siglo, cuyos finales años se lleva ya el tiempo como las canas de Carvajal en la batalla de Xaxixaguana, conocimos a uno de los descendientes de don Juan Jerónimo, llamado don M***, jóven animoso pero sombrío, de pálido i enjuto rostro, que tenia las mas singulares ideas de conspirador político.

Allá por la víspera del 20 de abril de 1851 propúsonos, en efecto, paseándonos con el crepúsculo de la tarde en los corredores de la quinta de sus abuelos (hoi casas de Millan, entre las calles de Duarte i San Ignacio), un plan para apoderarse del cuartel de artillería de la Alameda por medio de una serie de centinelas automáticos apostados en

diversas esquinas, i los cuales, apareciendo simultáneamente en la calle derecha i en la de atravieso, en la cuadra de arriba i en la de abajo, en la acera de la sombra o en la del sol, decuplarian sus fuerzas, por manera que, disponiendo solo de cien hombres —lo que no era difícil,—era como tener mil. . . La quinta de Ugarte, en esos años, era un claustro inconcluso, rodeada de corredores en alto; i como por esa época el intendente Ramirez planteaba la Casa de orates, temimos haber equivocado las señas de la cita...

***

Tal era, entre tanto, tosca, pero fielmente bosquejada, la famosa Cañada de Santiago, cuando por el año de 1820, el Director O'Higgins, encontrando repleto el claustro de San Diego de robustos prisioneros del *Burgos*, cojió la pluma i en una tira de papel, cuyo facsímile hemos dado a luz *(Corona del héroe)*, trazó con puntos de tinta el actual paseo que construyeron aquellos en dos años con su agrio sudor, pero que los santiaguinos llamaron con razon de sus *delicias*.

***

Acaba aquí la historia de la *Cañada* para comenzar la de la *Alameda*, que no tiene menor variedad

de hechos, de episodios i de peculiar colorido. Pero miéntras el paciente obrero muela los mistos del último en su almirez de cobre i clava al muro el burdo lienzo, se nos permitirá poner como remate i como marco de realce a la pobre tela ya concluida, un documento de la primitiva edilidad de Santiago, que mereceria ser esculpido en el pedestal de las estatuas que la adornan, para ejemplo i escarmiento de los que en años posteriores han vendido el aura i la luz de la ciudad del chavalongo, de la aneurisma i de la calentura.

***

Corrian los primeros años del siglo XVII i no habia vivido Santiago sino en dos jeneraciones, cuando presentóse al cabildo un poderoso i opulento señor, que vivia en la Cañada con la pretension de desmembrarla en su provecho i su regalo. Era éste el famoso dean don Francisco Machado de Chavez, hijo de un oidor, hermano de otro, tio de los Lisperguer, i el primer hombre que tuvo en Chile carroza i biblioteca. El dean, prevalido de su autoridad eclesiástica, que era omnipotente en su calidad de provisor, i de su influjo social, que era aun de mayor cuenta, ocurrió, segun decíamos, al ayuntamiento el 19 de octubre de 1627, para rectificar la línea de su casa (que sospechamos era la que es hoi *Club de la Union* i fué despues de los

Hermida i de los Haviland), ofreciendo pagar a buen precio una lonja de terreno de aquella cañada, que a la sazon era simplemente un asqueroso basural.

Pero el ayuntamiento, que en este caso tenia una pauta antigua que seguir, «pues que era de mucho inconveniente ensangostarla, como lo habian ordenado cabildos pasados,» celebró el siguiente acuerdo, que es el que proponemos debiera grabarse en uno de los zócalos del monumental paseo:—«I habiendo tratado los presentes i encontrado que todas las dichas tierras de la Cañada pertenecen a esta ciudad, así por haberla tenido por cañada desde su fundacion como por títulos de demacías, i así acordaron i mandaron que PERPETUAMENTE *como al presente está la cañada, se quede; i la dexan i dexen por tal i que no se venda, en manera ninguna i si se bendiese la venta sea ninguna i de ningun efecto i* SIN PRESCRIPCION».... (1)

Esto era lo que pensaban i hacian los ediles de Santiago, hace de ello doscientos cincuenta años. I nosotros, que no aceptamos tampoco para el bien la teoría inmoral de la prescripcion, ni siquiera inmemorial, decimos como los ediles del siglo XVI:—«Señor, así sea, ahora i en los siglos de los siglos. Amen!»

Viña del Mar, julio de 1877.

---

(1) *(Libro becerro)*.—Acuerdo del 19 de octubre de 1627.

¡COSAS DE CHILE!

¡COSAS DE CHILE!

(CUADROS I RECUERDOS DEL ESTADO DE SITIO DE 1850.)

FRANCISCO BILBAO.

I

Por los años de 1850, es decir, en la justa mitad de este largo siglo, que parece no ha de acabar jamas, existia en la acera del oriente de la Plaza de Armas de Santiago una casa solariega que tenia cierta historia i cierta arquitectura. Habia sido edificada en los primeros años del pasado siglo por un arrogante jentil hombre, frances de cuna—monsieur Briand de la Morandais,—rico armador i negociante de San Maló, la patria de Chateaubriand, con quien—digámoslo al pasar,—los deudos de aquel eran i son todavía parientes, si no por el *Chateau*, de seguro que por el *Briand*, que tanto vale.

Habia venido a Chile aquel caballero, como el se-

ñor *de* Pradel, el *de* Letelier, el *de* Dunose (lo *de* Nos) el *de* Caux (lo Coo) i muchos otros de esos personajes importadores del *de* nobiliario de los galos, bajo los auspicios i las franquicias que el rei de España Felipe V—frances de nacimiento i nieto de Luis XIV—habia otorgado a sus compatriotas desde la rancia corte de Madrid. Cada cargamento era compuesto jeneralmente de sederías, tisúes i lamas de plata i oro para las frailescas casullas i femeninos faldellines (que para ámbos usos servian), esmalte para los altares, riquísimos jéneros de hilo de Holanda destinados a los tálamos, i encajes i blondas de la Flandes española (hoi Béljica) para las *oidoras* i capitanas jeneralas; todo lo cual valia desde doscientos mil escudos hasta medio millon de pesos, que los armadores se llevaban en oro en polvo o en talegos de cuero de chivato: i de aquí el pago *chivateado*. El «chivateo,» que fué canto de guerra de los araucanos, i la «chivata,» que despedia los duelos en las visitas de pésame, eran otra cosa. Otra cosa era tambien el *chivato* de los alambiques. Por todo lo cual ha de notarse que en tiempo de los reyes españoles, el chivato fué personaje de cuenta en sus Américas.

II

Con uno de aquellos opulentos surtidos vino, por el año de 1708, el señor de la Morandais a la ciudad

de la Concepcion, capital i puerto de mar, de auje considerable en esos tiempos en que Valparaiso era una caleta de canoas de boldo i una bodega de adobes. Vendió, en consecuencia, el jóven i afortunado mercader sus riquísimos tejidos a buen precio, en oro en polvo i en los ojos negros i rasgados de una jóven i hermosísima dama que valia mas que el oro, i de quien se enamoró perdidamente.

Lamábase la beldal criolla doña Juana del Solar i Caxigal, hija del tesorero real de Concepcion de ese nombre, noble i caballero cruzado. La niña era tambien rica, ¿i podia no serlo siendo hija de un tesorero real de la colonia?—No hemos leido todavía en el archivo de la Contaduría Mayor de Santiago un solo finiquito de cuentas que no tuviese por forzoso remate el que los *oficiales reales* (así se llamaban, i de aquí las *Cajas reales* de la Plaza de Armas) *tomasen iglesia*, es decir, que, a ejemplo i leccion de su ilustre compatriota Gonzalo de Córdoba, aquellos honrados señores preferian hacer su aritmética con Dios a ir a la horca. No decimos por ésto que el señor de Caxigal hubiera estafado al rei en un solo maravedí, sino que sentamos el hecho de que los tesoreros de la colonia, con rarísimas escepciones (i aquella fué probablemente una), cargaban con el tesoro cada cinco o diez años, i de aquí el *corte i tanteo* casi cuotidiano de las previsoras i recelosas leyes de Indias;—algo parecido todo ésto a los finiquitos electorales de ésta época de mayor progre-

so i adelanto político i moral, que atisban i aceptan cada tres años los oficiales reales de la moderna edad, de estanquillero a subdelegado i aun de mas arriba, para arreglar sus saldos con el rei, a cuenta de votos unos, i lisamente de maldades otros, prueba de que en todas las edades, el chileno es el mismo i lo único que ha variado es la institucion. Por el *corte i tanteo* de Felipe II va lo que hoi se llama las *elecciones populares* de la República;—*corte i tanteo* de los grandes tesoreros de estos tiempos, que no viven ya en las Cajas sino en la Moneda, i que no *toman iglesia* aunque dejan déficit de millones, porque se contentan con una parte de aquella, cual es la teolojía, i una fraccion del otro, cual es el *veinticinco por ciento* de los pingües sueldos.—«¡Cosas de Chile!»

III

Pero siguiendo nuestra historia, i sumados los dos caudales, el de la niña criolla i el del mozo frances, se notó que los platillos de la balanza mantenian el fiel completamente inmóbil, i hubo, en consecuencia, bendiciones i fiestas reales que pagó el tesoro i el cargamento.

Pero la doña Juana, como bonita, era consentida, i así, cual hoi toda mujer hermosa, que aduerme sus ojos dentro de párpados de albo jazmin i rie con perlas i habla con corales, ha de tener berlina de

abrir i cerrar, palco de primera fila i diadema de brillantes, así las altivas criollas de antaño habian de poseer ante toda cosa «casa en Santiago».

La bella doña Juana llevó su fantasía, ésto no obstante, mucho mas adelante respecto de su novio de ultramar. Pidió casa en la plaza de la capital del reino, por lo mismo que no habia sino un solar de vecino en todo su circúito. El costado del medio-día era del gremio del comercio i sus portales, el del poniente del gremio de la iglesia, el del setentrion del gremio, no ménos numeroso, del Poder civil: i así vivian, plaza de por medio, en paz, bien avenidas, discretas, de gala, con guantes de suave gamuza el capitan jeneral, i de finísima seda el obispo, visita hecha i visita pagada, esas que hoi se juzgan tan malas vecinas, regañonas i mal habladas:—la autoridad civil i la autoridad de la iglesia, o como dicen los brillantes escritores a la moda sin fijarse en la blafesmia,—«César i Dios». ¿No seria ménos místico i mas reverente decir, como en el Japon, «el Emperador i el Mikado?»

Pero quisiéralo o no quisiéralo, el apasionado jentil hombre de San Maló compró el único solar vendible i comprable de la Plaza del Rei, frente al obispo i al costado del capitan jeneral, para regalo i holgura de su amada. Edificó sobre las ruinas del vetusto edificio que allí habia, su mansion, i una luna de miel sin menguante iluminó la alcoba i el oratorio de los desposados. Olvidábamos decir que

por el criente, la casa solariega del costado derecho correspondia a la noble familia de Aldunate, con entrada por la calle de Monjitas, i la del costado izquierdo a la no ménos noble i opulenta de los Ruiz de Tagle. Hoi todo es portal.

IV

Mas el enamorado caballero, al delinear sus aposentos, no habia puesto mientes en una dificultad de detalle que entónces preocupaba mui poco los ojos i los oidos de los vecinos de la capital del Nuevo Estremo: el caballero de San Maló no habia echado de ver que el *rollo* en que azotaban a los ladrones, estaba clavado a pocos pasos de su puerta medio a medio de la plaza i enfrente de sus ventanas.

Pasó ésto desapercibido para los dichos desposados durante las primeras lunas de su himeneo; pero como por entónces era Santiago todo entero un «jubon de azotes,» por lo mismo que era colmena de zánganos i madriguera pobladísima de rateros, sucedió al fin que los chasquidos i los ayes no dejaban por la noche cerrar sus párpados a la consorte penquista, i de dia traíanla desazonada i nerviosa. El *rollo* era el reloj de la colonia, i los minutos podian contarse por los golpes del látigo, tan fijo era, que éstos no tenian fin, i tan buena i sonora era la verga. Sabido es que el mejor cuero de España

es el de Berga, en Cataluña, i por eso daban su nombre al azote del verdugo.

Vino otro daño a complicar la situacion, i era éste de mucho mayor monta i sin remedio posible, porque era cuestion de femenina vanidad i melindroso pique. Envidiosas las santiaguinas, cuyos copetes llegaban entónces hasta el cielo, de que una hija de Penco, i a mas casada con frances, a su juicio advenedizo, tuviera casa espresamente edificada en la plaza misma de la ciudad, dieron en poner a aquella, por apodo i por venganza, el nombre del vil instrumento que afrentaba su portada. I de aquí vino el llamar desde esa época la primera mansion de los señores de la Morandais, en Santiago, por cierto mil veces mas suntuosa que muchos de los *chateaux* de sus orgullosos antepasados de Bretaña, con el apodo popular de «la casa del rollo,» nombre animoso i de insoportable insulto para sus altivos dueños.

Desesperóse al fin de tanta contrariedad la sensible novia, adormecida en fáciles regalos, i pidió casa en otro barrio, léjos, mui léjos de la lúgubre plaza de los azotes i casi en los arrabales de la ciudad. A todo lo cual el complaciente marido, que a nada sabia decir *nó*, puso visto bueno con santa mansedumbre i mandó edificar en una calle entónces solitaria, a la manera de una quinta de recreo, la espaciosa casa que hoi posee el señor Lazcano, calle de por medio con el palacio de la Moneda.

Es esta mas que secular mansion la que hoi forma ángulo a las calles de Morandé i del Chirimoyo, i dista solo cinco cuadras de la plaza: mas en esos años, contaba como fuera de la ciudad, porque la última propiamente componíase de dos calles. Eran éstas la del Rei, hoi del Estado por derecho de herencia, i la de Ahumada, por el jeneral don Gaspar *de* Ahumada, que vivia en la que es hoi casa de Matte i cuyo *de* español, con los años, se hizo humo.... No así el *de* breton, porque en la casa o palacio ya nombrado vivió largos años la feliz pareja de Penco i San Maló, i allí nació su larga prole, que no desmiente todavía en la belleza i la bondad el tipo de sus abolengos. Por ésto aquella calle se llamó desde entónces, sincopadamente, *de Morandé*...El *ais!* del noble apellido de Bretaña se habia quedado con los azotes en el rollo....

Igual o cosa parecida aconteció por esos años con el apellido de Dunose, que perdió la mitad de sus letras, i con el de los deudos del famoso confesor de Luis XIV, el padre Miguel *de* Le-Tellier. Mas felices los últimos estraviaron en la mudanza de domicilio solo una mayúscula i una *l*, al paso que los descendientes de don Luis *de* Caux, i del famoso Salomon de ese nombre, que inventó el vapor en el siglo XVII, camaradas unos i otros de los Briand de la Bretaña, comenzaron tambien desde esa época, a llamarse plebeyamente Coo, i los de un señor Picard, Picartes. Solo los Breton, los Ravest,

los Fabres, los Bordalí, los Pradel, conservaron intacta la ortografía de su raza en este pais, de suyo traductor, al punto que a la familia inglesa de Evans (que en su lengua se pronuncia *Ivans*), fundadora de Linares, se la llamó mas tarde i aun hoi dia, simplemente «los Ibañez». Cosas todas de Chile i de su jerga!

V

Pero describamos ya la casa, cual fué levantada i cual la conocimos en su siglo, que ésto i no el amor de una penquista i de un frances, es el tema principal de estos recuerdos.

El palacio del primer Morandé era suntuoso como la morada de todos los nobles de Chile, i componíase de un fróntis espacioso con zaguan, *mojinete* i puerta de cadena, cuyo último era lo esencial. Las columnas en que reposaba esta puerta, tachonada de enormes clavos de cobre fundido en Bucalemu, segun el gusto vizcaíno o jesuita, eran de piedras canteadas con primor, i el mojinete se empinaba, cabalgando (i de aquí tal vez su estraño nombre arquitectónico, si bien el diccionario dice que es de las damas que tienen empinada la cadera), sobre los tejados por medio de macizos i cilíndricos maderos de canelo, cortados por el hacha en las vegas de San Francisco del Monte o de la Dehesa.

A uno i otro costado de aquel divisábanse dos al-

tillos a manera de confesonarios, i sin duda que ese adorno, poco comun en esos buenos dias por la frecuencia de los terromotos i las tonadas galanas de la medianoche, debió ser copiado sobre el modelo antiguo que allí hubo, pues los mas viejos cronistas cuentan que la primera casa de altos que se edificó en Santiago, yació en la plaza i fué su dueño el capitan Juan Jofré, uno de los mas ricos entre los soldados i compañeros de Pedro de Valdivia.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que desde el capitan Juan Jofré, primer alcalde de Santiago, i desde el señor de la Morandais, que tambien lo fué en sus dias, las cosas mas peculiares de nuestra querida ciudad natal han sido éstas: los *mojinetes* i la *mojigatería.* I éstas, por lo visto, no son «cosas de Chile,» sino simplemente «cosas de Santiago!»

VI

Aquellos balcones eran sumamente bajos, i desde la acera, los transeuntes podian golpear sus torneados balaústres con el baston, i como eran anchos i cortos de proporciones, asemejábanse de léjos a aquellas petacas en que, hasta no há mucho, se callejeaba el pan frances i el pan de España en nuestro pueblo: i ese precisamente habia sido el amasijo de aquella casa del galan frances i de la novia castellana.

El patio de honor era grande i estaba empedrado

con menudos guijarros del Mapocho, entrelazados con dibujos de blanquísimos huesos llamados *tabas*, i que no eran sino las vértebras de millares de carneros, mas abundantes entónces i mas baratos que las piedras del rio. En Mendoza quemaban vivos esos buenos animales, segun Miller, para cocer ladrillos a falta de leña i de carbon de piedra: ¡tal era el prodijio de su número segun aquel viajero! No será fuera del caso agregar que otro viajero—Gerstäcker,—notando, un siglo mas tarde, aquellos estraños mosáicos en esa propia casa, escribió en su lengua, que los «rencorosos chilenos habian empedrado las calles de sus ciudades i los atrios de sus mansiones con los huesos de los españoles muertos en Chacabuco i en Maipú»...

En todo caso, el mentir de uno i otro perambulante es gordo, pero no falto de injenio ni amenidad en ámbos, porque hai dos cosas de sumo divertimiento sobre que escribir en Chile un libro, sin salir del recinto que medimos, i esas cosas son:—Primera, la historia local de la plaza de Santiago desde que Pedro de Valdivia cargó en sus hombros el primer adobe cortado en su terruño, hasta que el intendente Cavareda la hizo empedrar, hace solo cuarenta años, con una multa, a lo Portales, impuesta a ciertos jugadores de copete. I la segunda cosa es la historia de los disparates i mentiras que los estranjeros han escrito sobre esa misma plaza i sus alrededores.

VII

Tal era, entre tanto, i fielmente dibujado, el frontispicio i la apariencia esterior de la *casa del rollo.* Su distribucion interna era, como la de todas las casas del presente, pasados i ante-pretéritos siglos, dos alas laterales de aposentos para dormir, llamados *cuartos* probablemente por su forma, i en el centro la *cuadra* (que ese nombre llevaban porque en el primer siglo allí dejaban los escuderos los caballos de sus amos) i la *antesala,* que era tambien el comedor i a veces dormitorio. Adentro estaba el huerto i las flores. Mas adentro, la acequia i el lavadero. Pero por un acaso estraño, o por la prisa con que se edificó esta mansion—nido improvisado de juvenil pareja llegada al ramaje en primavera,—aquella residencia no tenia jardin ni departamentos interiores, sino un solar abierto, surcado por un canal de agua a manera de pantano. Hemos dicho que la casa era solariega, i tal vez por ésto era casa de solar. Su melindrosa dueño llevaba tambien ese nombre i suyo era el solar i el apellido.

VIII

Vamos a recorrer ahora aquel histórico recinto i a contar tal cual existia en la medianía cabal de nuestro siglo, cuando, bajo sus viejos artesones, no

mudados sino por la polilla i las goteras, los modernos usos todo, empero, lo habian transformado. En 1850—época precisa de este relato,—la casa de doña Juana Solar Caxigal de la Morandais, era plebeyamente imprenta, club, botica, sastrería, casa de correos i hasta taller de mecánica estranjera.

Las oficinas de correos ocupaban el costado de la sombra, i en dos cuartos redondos cabian los pensamientos i la actividad moral i mercantil de todos los chilenos, a dos reales carta, en la justa mitad del siglo del vapor i los alambres. En el costado opuesto, la ya lejendaria botica de los hermanos Barrios tenia sus drogas, su mortero i un brasero de fuego para las infusiones, el cual echaba noche i dia torbellinos de brillantes chispas bajo el soplador de cuero o de petate.

En el centro i en algunas improvisadas mediasaguas del solar interior, habia sido instaláda, desde hacia dos años, la imprenta llamada de *El Progreso* por el notable diario de ese nombre que daba a luz. En los altillos de los costados, a guisa de petacas, estaba la redaccion del diario con una mesa, tres sillas rotas i un sofá convaleciente. I por último, en algunas piezas que caian a la calorosa acera de la plaza, un taller de sastres en mangas de camisa, i un poco mas allá la relojería de un paisano del señor de Morandais, que los pocos niños que a esa altura cargaban reloj en la faltriquera, conocian solo con el nombre de «don Benjamin». Pero decimos mal

i levantamos un falso testimonio a nuestra crónica doméstica al hablar por esos años de *niños* i *relojes*, pues debimos decir *los hijos de familia que se habian hecho la primera barba*, porque los niños propiamente tales de la medianía de este siglo, mal llamado de la lei i la justicia, solo usaban dos cosas, es a saber, *mamelucos* i *coscachos*. En cuanto al «don Benjamin» de los relojes, era un frances formal, callado, picado de peste, i que decia en una semana mucho ménos palabras que campanazos el esquilon de las dos de la tarde de la Catedral de enfrente, cada dia.

Tal era el conjunto i el detalle de la casa de los Morandais, que a la sazon (1850) lo era de los herederos del honrado caballero don José Antonio Cañas, hijo de otro tesorero real de España. Agreguemos, para completar la historia, que por ese tiempo, el municipio estaba en tratos con los dueños de la casa por la suma de cincuenta mil pesos, para edificar el teatro de la ciudad en su espaciosa área. Agreguemos tambien que la *casa del rollo* tenia en su portada, pintado en cifras blancas sobre fondo negro, el núm. 32, no se sabia de cuál calle.

IX

Hemos diseñado el sitio, i vamos ahora a entrar en el drama. I al lector temeroso que se sienta inclinado a la fuga o a la siesta por lo largo del pre-

ludio, le diremos por de pronto i para no malograr su buena compañía, que ese drama es solo en un acto i tres rápidos cuadros. Los personajes no pasan tampoco de tres, o mas bien, es uno solo.

X

Era el 8 de noviembre de 1850, i acababan de sonar en el reloj de las Cajas reales las cuatro de la tarde, cuando subian la escala de uno de los altillos de la *casa del rollo* (el de la derecha, entrando) tres personajes de alta significacion política en aquellos turbulentos tiempos. Rujíase a esa hora en toda la órbita de la capital, que habia estallado un motin revolucionario en la ciudad tres veces heróica de San Felipe: veíase correr vijilantes azorados en distintas direcciones; los rostros del Presupuesto se asomaban pálidos a las ventanas; andaban los santiaguinos, o mas bien, corrian contra su costumbre, a razon de tres millas por hora, dejando atras hasta las carretas, i todo era preguntar en las tiendas del portal de Sierra Bella, i especialmente en la botica de Barrios, madre lejítima de los clubs sociales de esta fecha:—«¿Qué es lo que hai?—¿Qué hai de San Felipe?»—Agregábase que en aquellos precisos momentos, estaba reunido en la Moneda el Consejo de Estado para *deliberar* sobre sí se declararian en estado de sitio las provincias de Aconcagua, Santiago i Valparaiso. I todo, con escepcion de lo de *deli-*

berar, era verdadero. Por manera que aquellos tres aparecidos llevaban entre manos algo de mui grave i mui siniestro. Esos, sí, que iban a *deliberar*.

XI

Por nuestra escasa ventura, somos ya bastante viejos para revelar las confidencias de las épocas primeras de la vida sin necesitar ni pedir la escusa de los vivos. Escribimos o charlamos para la historia i en medio de los vivos que hicieron esa historia; i en este presente caso, la sinceridad del relato es tanto mas exijida a la nobleza de la pluma, a la pureza del comento i a la fidelidad de la memoria, cuanto que aquellos tres hombres existen solo entre los desaparecidos de la escena. Por eso nos apresuramos a dar sus nombres. Era el uno Pedro Ugarte. Era el otro Francisco Bilbao. I era el último don José Antonio Alemparte. El que ésto escribe, no cuenta entre ellos como actor sino como eco, pero eco de la memoria i del alma, no del bullicio que la tramoya enjendra al cambiar en el escenario de los tiempos sus cuadros i decoraciones. El cronista tenia entónces diezinueve años. Era, por tanto, mayor de edad i podia servir de testigo hábil ante la historia.

Aquellos ciudadanos no llegaban a la redaccion de *El Progreso* en esa hora i en ese dia por un acaso. Habíales dado, al contrario, precisada cita el narrador en aquel sitio, por encargo superior, en la

mañana; i los tres fueron puntuales. El último en llegar habia sido Alemparte, que vivia en el barrio de Yungai (tres cuadras mas abajo de Santa Ana), i éste se presentó a caballo i con sombrero de jinete. Yungai era en 1850 el campo (el *llanito* de Portales), como la calle de Morandé lo era en principios del siglo precedente.

No necesitamos decir que era aquella una cita revolucionaria.

XII

Tenia el último de los nombrados todos los hilos de la conspiracion militar latente que entónces se tramaba contra una autoridad cuya formidable intransijencia era una línea de batalla dispuesta a hacer fuego a la primera voz de lo alto. Ugarte, al contrario, entendia con otros en la alta política, en los acuerdos del directorio, en el movimiento de provincia, en los fondos, en los planes de aliento dilatado. Bilbao era un simple tribuno recien aparecido en el proscenio de fuego de la revolucion, que respondia de el pueblo, es decir, de la accion armada de las clases obreras de la capital, que noche a noche, le escuchaban i le aplaudian en los clubs igualitarios. Era aquel un triunvirato completo que tenia a su espalda una revolucion estallada, i en sus manos otra revolucion por estallar.

XIII

Hemos dicho que esos tres ciudadanos fraguaban una conspiracion, i esa confesion es de rigorosa verdad. Pero hemos dejado la frase incompleta. En Chile, toda conspiracion ha sido un duelo, es decir, que ha sido recíproca. El pueblo i el poder han conspirado de consuno. Mas es preciso dejar sentado el hecho fielmente histórico de que la primacía de la maquinacion ha correspondido siempre, con una o dos escepciones, a los tramoyistas de arriba.—El pais, sufrido, laborioso, amigo de acumular, sembrador, novillo una semana, buei de labor toda la vida, manso eternamente, solo ha empuñado las armas o afilado en secreto los puñales cuando las usurpaciones han colmado la medida, i cuando la burla de esta monarquía hereditaria ha tenido, no el gracejo de una comedia, sino los aprestos terribles de enérjicas i prolongadas dictaduras.

Con esta esplicacion de una palabra que debemos al sentido recto de las cosas, proseguimos nuestro drama en su primer cuadro.

XIV

Don José Antonio Alemparte, hombre de cincuenta años, pequeño, ronco, verboso como una catarata, movible como un torrente, antiguo soldado, recojido cuando niño, moribundo i destrozado por

la metralla, en una zanja del asalto de Talcahuano (1817), no habia perdido sus brios juveniles; pero no era ya la patria la beldad que usurpaba su alma impetuosa hasta el heroismo, ardiente hasta el frenesí. Era, al contrario, una aparicion llena como él de vida i de pasion la que habia salido al encuentro de sus cansados años, i esa vision dichosa embargaba su alma, su mente, su vida de revolucionario, a pesar suyo. Mostrábase por ésto azorado, inquieto, incoherente, en el conciliábulo perentorio de aquella tarde. No tenia, en consecuencia, soldados que ofrecer a los igualitarios inermes que debian sostener la bandera temerariamente enarbolada por sus hermanos,—los igualitarios de San Felipe. Cierto es que hablaba vagamente de éste o de aquel capitan del batallon *Yungai*, que asistia con su compañía, como reten, al cuartel de artillería en cada noche; cierto que pronunciaba con desconfianza el nombre del comandante del famoso batallon *Valdivia*, que en aquellas precisas horas venia en marcha desde la frontera, via Valparaiso i Curacaví, donde alojaria aquella noche; i cierto, por último, que de cuando en cuando, i mirando con recelo a todas partes, dejaba escapar a media voz el nombre del coronel Urriola, íntimo amigo i camarada del comandante Sepúlveda, jefe de aquel batallon en marcha, o el de su propio cuñado, el pundonoroso coronel Arteaga, recientemente separado i sin motivo del mando de la artillería.

Pero todo ésto era incierto, confuso, indeciso, i era hasta pusilánime. Conocíase desde larguísima distancia que aquel anciano podia ser todavía héroe por amor, mas no ya por patriotismo, como cuando lo fué impúber i sublime al pié del muro castellano.

XV

Pedro Ugarte, vestido con el parco i limpio traje de paño oscuro, que en él era la toga del majistrado i el lúgubre pero apropiado uniforme del triunviro, se paseaba a grandes pasos en la estrecha celda, i ajitaba con su lengua nerviosa aquel diálogo intercadente. Bilbao se mantenia impasible.

Usaba el ex-juez del crímen de Santiago (porque solo en esos dias habia sido destituido siendo juez único, como hoi no tienen cuenta) un baston fornido, el cual, golpeándalo en el pavimento, lanzaba por la empuñadura un dardo de acero que se fijaba por un resorte a guisa de puñal. I como la techumbre del aposento era mui baja i su dueño de una estatura elevadísima i erecta, iba clavándolo en las tablas a medida que se paseaba cual leon rabioso en jaula estrecha, i como impaciente de que aun no llegase la hora del combate. Era ese un hombre de bílis i de fuego, i de esos séres han nacido siempre los héroes, los dictadores i los mártires. ¡Pobre Ugarte! Tocóle en suerte ser solo lo último.

XVI

Francisco Bilbao, decíamos, se mantenia mudo, pensativo e inmóbil en aquella escena. ¡Cosa estraña! Bilbao no era de suyo un hombre de entusiasmo, como se le ha juzgado i se le juzga, sino un hombre de helado pensamiento. Tenia de continuo toda la flema de su padre, el mas impenetrable i el mas tenaz de los viejos pipiolos que vivieron conspirando eternamente contra Portales, eternamente contra Tocornal i eternamente contra Montt, durante veinte años; i así su hijo era de suyo una naturaleza de meditacion i no de arranque, de reposo i no de bélica turbulencia. Verdad es que habia bebido en la leche de su madre—mujer llena de espíritu i de imajinacion amplia i abundante—el calor que nutria en su cerebro, que fortificaba su alma en las pruebas i reavivaba su fe en los calabozos; pero era la fe del filósofo, no la del héroe, la que se anidaba en su pecho.

Poseia indudablemente Francisco Bilbao un valor personal, sereno i casi impasible; pero no tenia los ímpetus de la acometida, que constituyen el verdadero hombre de accion. Por ésto callaba cuando sus colegas se interrogaban recíprocamente sobre la manera de parar el golpe que ya crujia en las vigas de aquel retrete, i que a esa hora era mas escondite de vencidos que albergue de conspiradores.

XVII

Francisco Bilbao vestia con limpieza i suma sencillez. Llevaba, durante el invierno, un largo i ancho capote de paño azul-oscuro que daba a su cuerpo, delgado i flexible, pero recto, cierta ampulosidad i elegancia que era natural a sus ademanes. En nuestro ardiente estío usaba jeneralmente pantalones de brin blanco, una blusa lijera, cual las gastan todavía los estudiantes del *Cuartel latino* de Paris, i por la noche, los domingos, i especialmente en los dias de club popular, se abrochaba sobre sus angostos hombros un frac negro o azul, segun era la costumbre de esos años. Vestido así se habia presentado al jurado de 1844, realzando lo vistoso de su atavío con un ancho sombrero de felpa a la *San Simoniana*, moda que entró por entónces en ciertas cabezas de la capital, como habian entrado, hacia poco, en ciertas piernas los pantalones sin *pial*, «a la Sessé» («¡cosas de Chile!»); i así ataviado visitaba dos o tres familias de Santiago. El frac azul abotonado al pecho, con botones lisos de resplandeciente metal, era el traje de guerra de aquella jeneracion pintoresca, valerosa i esencialmente revolucionaria aun en el amor, aun en el frac i sus botones.

De talla, era Bilbao alto mas que mediano, un poco enjuto, descarnado, recojido de hombros i sumido de pecho, porque desde la cuna llevaba la

señal de su fin prematuro a que su ajitada vida dió mayor pábulo,—la tísis. Era un tanto pálido, de albo color; pero sus mejillas i su frente se encendian rápidamente cuando hablaba en público. Sus sienes eran erguidas, su cabellera un tanto rizada, profusa i llevada a manera de montaña,—hermosa cabeza de poeta i de soldado, de filósofo i tribuno. Sus ojos eran dulces, medianos i de un tinte azul color de cielo. Su nariz recta i prominente imprimia cierta dureza a su perfil, i su boca fina, delgada, pegada en arco sobre los dientes, contribuia a revestir su rostro de un aire de silenciosa terquedad que no prevenia de pronto en su favor. Eran esas, así como su barba aguda, señales de una evidente enerjía i firmeza de carácter.

Detras de un escritorio de caoba o de nogal americano, Francisco Bilbao habria sido tomado por un ingles de casa fuerte, pues tenia un contacto seco, estirado i marcadamente aristocrático en su ademan i en su espresion. No usaba tampoco barba ni bigotes, segun el gusto ingles. Otro detalle: solia raparse a navaja las entradas de las sienes para dar mas relieve a su cabeza,—minuciosidad pueril en un filósofo, pero que no acusa por sí sola i lo bastante, el apocamiento de las facultades. Conocí yo un bellísimo mancebo, chileno i santiaguino como Francisco Bilbao, que nunca iba al banquete o al baile sino con la cabeza descubierta, para evitar que el roce del sombrero desensortijara una sola hebra de

sus cabellos, i sin embargo, ese adorador de sí mismo i de su pelo era capaz de las acciones de mayor arrojo personal. Joaquin Murat empleaba tres horas cada dia en su *toilette*, i en seguida empuñaba el sable i se batia como un leon. Aquíles sabia tambien vestirse de mujer.

Tal era la naturaleza física de Francisco Bilbao, su estampa i su primer acceso, frio, reservado, distraido i casi glacial. Pero cuando la escarcha de la primera hora habia sido rota por el roce, brotaba su innata simpatía de hombre bueno i de hombre culto, i le rodeaba con un ambiente cariñoso. Cuando Bilbao hablaba en público, ese ambiente se teñia de lampos rojos i se cambiaba en auréolas. Fué un gran orador.

XVIII

Su trato con los hombres era bondadoso, pero seco i poco espansivo por índole i natural inclinacion. Desconfiaba del santiaguino i era entusiasta por el indio bárbaro, cuya lengua estudiaba a la sazon con un lenguaraz, sarjento de granaderos a caballo. Pero abria fácilmente su corazon despreocupado i su pensamiento frio i luminoso a la mujer. No tenia amores, i era capaz de sacrificios mayores que los que comunmente hacen los que aman, como lo probó mas tarde en las aguas turbias del Plata...

Como político, era sectario, es decir, tenia el es-

clusivismo helado de una escuela; pero su bondad innata le arrastraba a la concordia i al amor. Por eso, i porque solia inspirarse en su alma (no en su cerebro), fué en muchas ocasiones un orador sublime, por nadie sobrepujado todavía entre nosotros. No le conocimos ningun aborrecimiento; i en medio de aquellos festines de la ira i en aquellos conciliábulos del odio en que los labios crispados vomitaban castigos de muerte, nunca le oimos una espresion que acusara pasiones rencorosas. Tampoco dañaba la decencia con su lengua, por lo cual complacíase Santiago Arcos en ruborizarlo con cuentos i palabras de Sevilla. Era inclinado a la clemencia porque era valiente, i como tal, batióse cual los héroes, al pié de una barricada en la mañana del «20 de abril». Peleó en esa jornada como simple soldado, fusil en mano, entre Manuel Recabárren i Eusebio Lillo, que se batian como él, la culata en el hombro, la puntería sobre los cañones, que mandaban tres héroes dignos de ellos: Erasmo Escala, Márcos Maturana i Ricardo Merino, que allí cayó para no volver a levantar. Los otros cayeron tambien, pero salvaron.—¡Terrible mañana!

Como hombre de intelijencia, es decir, de rápida absorcion del pensamiento i su devolucion en formas precisas i luminosas de estilo i de concepto, Bilbao nos pareció siempre secundario, si no mediocre. Para escribir era confuso, emblemático, a veces completamente inintelijible, como en sus *Bo-*

letines del espíritu, que fué su obra de parada al llegar a Chile, i un inmenso fiasco.

No tenia orijinalidad, porque imitaba a Lammenais, a Michelet i especialmente a Edgardo Quinet, su maestro i su jefe en la guardia nacional revolucionaria de Paris, sin tener la iluminacion de alma ni el májico estilo del abate apóstata, ni el jenio del tipógrafo filósofo, ni la inspiracion fogosa del último repúblico. Por ésto no se ha comprendido jamas de una manera clara el fin que perseguia, su ideal, su mision; i ya tan temprano ha necesitado comentadores, que no aciertan a entenderse entre sí, cual si se tratara del Dante o Machiavello.

XIX

Pasando a un jénero mas elevado de apreciaciones morales, que no constituyen, empero, un retrato ni siquiera un bosquejo, Francisco Bilbao fué sin duda i a pesar de todo, un ilustre ideólogo, pero no fué otra cosa que un ideólgo abstracto, metafísico, casi empírico. Cierto es—¿i quién podria negarlo?—que las ideas han sido la palanca del mundo desde Moises a Doelinger, i que con relacion al progreso del linaje humano, son aquellas lo que la máquina de fuego al pesado tren que arrastra el conbustible i la materia. Mas, para que la locomotora oprima los rieles i los recorra con la velocidad del relámpago, indispensable cosa es que el conductor conozca las válvulas de señal i el itinerario

de la senda: i era ese preciso conocimiento prácti-el que faltaba a Bilbao, especie de viajero orgullo-so, abstracto hasta parecer escéntrico i ofuscado por la inesperiencia, que se empeñaba en hablar en medio de nosotros en una lengua desconocida, sin sentido, sin vibracion i sin luz.

No es tampoco ménos verdadero que los mas grandes adelantos, como las inesperadas i mas fecundas conquistas que han formado la cuna i el apojeo de la civilizacion moderna, débense en gran manera a esos mismos ideólogos, a cuya secta gloriosa pretendia Bilbao asociarse en la humildísima escala que a él podia caberle, i los cuales, como él, padecieron temprana persecucion por su jenio, sus descubrimientos i su alma, puesto que, como él otra vez, fueron tenidos por «locos»:—Galileo, Newton, Pascal, Descartes, Leibnitz, Torricelli, Guttemberg, Volta, Colon, Fulton, Morse i tantos otros sublimes benefactores de nuestra especie i nuestra era. Pero cada uno de esos espíritus inmortales, aun los mas técnicos, como Newton, los mas metafísicos, como Descartes, los mas abstractos, como Leibnitz, perseguian en su alma o en su jenio alguna solucion que fuera guia i que fuera hecho i victoria. Así, Galileo nos dejaba por herencia las leyes que gobiernan la tierra, Newton las leyes de los astros con la mecánica celeste, Colon un mundo, Fulton la palanca de ese mundo, i Volta i Morse el alma de ese mismo universo inmenso, inerte, colosal, sordo-

mudo, a quien tres siglos ántes Guttemberg habia dado el uso de lo voz i la palabra. I aquellos mismos que no fueron tan léjos como esos redentores—Pascal, Torricelli, Leibnitz, Arago,—dejaron su eterna huella: aquel en todas las soluciones de las ciencias sublimes, el otro en el barómetro, el otro en su aspiracion práctica hácia la creacion de una lengua universal, el otro en la vulgarizacion de la ciencia del cielo en sus famosos textos populares.

Mas entre nosotros, en esta humilde lengua de tierra, que se postra a la voz de un solo hombre vulgar i osado, para postrarse en seguida por solo delegacion de herencia a otros hombres, i mas tarde a otros, siempre dócil, sumiso, negociante, cuidadoso solo de su trigo i de su alfalfa; entre nosotros, decíamos, aun aquellos pocos que levantan su voluntad unos cuantos codos sobre el suelo, i que, por lo tanto, arrastrados de una pasion jenerosa, han encendido la fama de Francisco Bilbao i levantádola al parangon vedado de los jenios verdaderos, ¿podrian justificar tamaña empresa con otros timbres que los de sus polémicas, siempre estériles como filósofo, i de sus victorias, siempre efímeras como titulado apóstol?

XX

Bilbao, como el ilustre sacerdote i apóstol verdadero, Ovalle de Balmaceda, tenia sin duda en alguna manera la abnegacion de sí mismo,—pedestal

único de la grandeza moral de los filántropos; pero era escolástico, era sectario, era copista, i de aquí es que ni aun como amigo de la humanidad, merecerá de los tiempos el tributo de admiracion debido desde ya a aquel pobre sacerdote que dió en la flor de sus años su vida al dolor humano, su cuerpo al cilicio, i su alma al cielo. Naturaleza elevada, corazon benévolo, entusiasta, crédulo i susceptible de ser arrebatado en alas de súbitas i magnánimas inspiraciones, eso era Bilbao como sér i ciudadano, i por eso fué grande orador, errante peregrino i tribuno famoso. Pero no fué ni pudo ser reformador eficaz i fecundo en un pueblo, si bien novel, profundamante apático, olvidadizo i egoista. Su mente, poblada eternamente de nieblas, no sintió la llama creadora que arde sobre la cúspide de los mas altos montes, i por ésto no fué ni lejislador, ni hombre de estado, ni siquiera un político mediocre ni un revolucionario verdadero. Era un tribuno que, despues de haber arrebatado a las masas con su palabra, salia encabezando la ajitada turba por las calles con un *bouquet* de perfumadas i vistosas flores en el ojal del frac azul, ceñido graciosamente a la cintura, i que a la par llevaba en sus dos manos, como insignia de batalla, un árbol de la libertad de mostacillas... Bien es verdad que, por lo chicas i por ser de vidrio, las últimas podrian pasar por *nuestras* libertades...

XXI

Una sola cosa práctica enseñó Bilbao a los chilenos, o mas propiamente, a los santiaguinos, i fué a hacer barricadas con las vigas i tablazones de la barraca de maderas de San Juan de Dios (hoi iglesia), en la terrible madrugada del «20 de abril». Pero ni siquiera en ese arte tuvo discípulos de provecho, porque si es cierto que la Serena, Talca i otras ciudades erijieron mas tarde sus trincheras, Santiago no las haria de buen grado sino de colchones para dormir la siesta.

En cuanto a sus libros, ¿habrán de sobrevivirle? Escribíalos con notable dificultad física e intelectual, de lo que somos testigos, i en seguida, como lo hemos recordado ya, escribiendo en pleno siglo XIX, que no es ciclo de tinieblas como la Edad Media del Dante o el Renacimiento, marcado en el libro de *El Príncipe*, sino era de luz a torrentes, no ha logrado Francisco Bilbao ser comprendido i comentado sino por unos cuantos escojidos de su secta, prueba de que su espíritu careció casi por completo de aquella osadía, de aquel desembarazo, de esa facilidad llana, pero irresistible i ardiente a la vez, que se ha llamado por álguien «el númen de la pluma». No fué escritor.

XXII

Uno de sus biógrafos ha dicho que Francisco Bilbao «vivió cien años adelante de la *civilizacion americana,*» i así lo pensarán tal vez honradamente dentro de ese siglo por venir, sus venideros admiradores. Mas nosotros, con igual candor, juzgamos que la civilizacion americana nada, absolutamente nada, debió a la escuela del «maestro,» porque fué simplemente el importador inconsulto de una faz, la mas dudosa todavía, de la civilizacion europea, aquella civilizacion socialista de los dias de febrero de 1848, en que Bilbao habia sido actor, i despues la de la horrible *Comuna* de 1870, cuyo sangriento festin de incendio, asesinatos i sacrilejios él oyó solo en la tumba. Inesperto capitan de cabotaje, Francisco Bilbao paseó por toda la América una mercadería que habia tomado a flete i en cajon cerrado sobre su bordo; pero sin cartas de mar, sin timon i sin brújula, encalló a la entrada de cada puerto entre arrecifes desconocidos i murió tristemente en Buenos Aires, sin discípulos, sin colaboradores, casi sin prestijio, sosteniendo la semi-salvaje dictadura de Urquiza, sucesor del salvaje Juan Manuel de Rosas... ¡Tan cierto era que el lastre de aquel espíritu sin equilibrio habia sido disipado por los vientos en la altura! Tan cierto era que el combustible de su alma se habia convertido en humo en medio de la hoguera!

Entre tanto i en la hora postrera de las reparaciones, la familia del proscripto negó ayer a Chile la devolucion de sus cenizas, i hoi sus escasos pero ardientes sectarios de esta banda de los Andes meditan erijirle una estatua en desagravio. I nosotros, a nuestro turno, que escribimos solo de paso, sin las mezquinas recriminaciones de los procesos i sin la petulancia de los fallos, creemos que esa discordia de voluntades deberia zanjarse por un avenimiento de equidad.

Francisco Bilbao amó a Chile, fué un patriota, i al mismo tiempo que ésto hizo, asumió, segun el juicio de sus propios admiradores, el rol prematuro de filósofo i de redentor.

Repatriemos entónces, nosotros, sus contemporáneos, sus cenizas con amor, reintegrándolo así en el suelo en que naciera i que le fuera ingrato. Pero que sea la posteridad, pero la posteridad únicamente, la que bata el bronce de su gloria, si como aquellos lo creen contra nosotros, su jenio precedió de un siglo a su época i a su fama..................

....

....

XXIII

Tal era el hombre que nosotros, humildes i callados, contemplábamos con amor desde un rincon del aposento cuya llave, a mas tal vez de nuestro cora-

zon, era nuestro único pasaporte en tal escena, cuando de improviso, Pedro Ugarte, que donde quiera que se presentase dominaba, interrumpió su diálogo con Alemparte, flojo en unos momentos, fiero i ajitado en otros, i volviéndose bruscamente a Bilbao, díjole con viveza:

—¿Qué necesita Ud., don Francisco, para levantar el pueblo de Santiago i sostener a San Felipe?

—Una sola cosa! respondió el tribuno con la flema de un estóico.

—¿I qué cosa es esa? respondió Ugarte, rápido como el relámpago.

—Que se declare en estado de sitio la ciudad, contestó Bilbao, i esta noche prometo reunir seis mil igualitarios en la plaza que está a nuestros piés, para imponer al gobierno i hacerlo cambiar su política i su candidatura.

Esa salida heló la sangre de los interlocutores del tribuno i del jefe igualitario, primera columna de la revolucion que ya venia en marcha. Aquellas palabras pronunciadas friamente como por una estatua de mármol, no sonaban sino como la confirmacion terrible de que Santiago era ya solo un ancho sepulcro en que las provincias, estraviadas por un jeneroso patriotismo, caerian una en pos de otra, como sucumbieron en seguida en Petorca, en Valparaiso, en San Felipe, en Concepcion, en Loncomilla, en todas partes.

XXIV

I sin embargo, Bilbao decia eso con la tranquilidad de un profundo convencimiento i de una resolucion tomada a sangre fria, porque—ya lo hemos dicho—su naturaleza, como todas las organizaciones místicas, llámense Abelardo, Vanini, Juan Huth, Olavide, tenia mucho de nebuloso i de incompleto. Era un Lacunza político del siglo XIX, soñador, que se asimilaba a los sueños i las escenas de otros espíritus i de otros climas. Creia en esos momentos que el Mapocho era el Sena, i que Santiago se cubriria de barricadas como Paris. Este fué el mas grave i el mas arraigado de sus errores, porque no se curó de él ni en Santiago, ni en Lima, ni en Guayaquil, ni en Buenos Aires,—prueba irrefutable de que su mente no alcanzaba esos rápidos i estensos desenvolvimientos que constituyen las eminencias en la política, en la filosofía, en las bellas artes, en la ciencia de gobierno, en la direccion misma tumultuosa de los pueblos. Era un espíritu abstracto, fuera de hogar, al que faltaba casi por completo esa facultad del siglo que los franceses llaman el *sesto sentido de la especie humana*, i que consiste en la apreciacion exacta de las cosas i de los hombres, de las situaciones i de las circunstancias; condicion que debia ser vulgar por lo sencilla, pero que la vanidad mina las mas veces, las pasiones ofuscan i

los vicios postran hasta hacer de su posesion una virtud escelsa. Respecto de Bilbao, al ménos, la carencia de ese don fuéle fatal, porque no solo pasó i pasará a juicios posteriores como un simple visionario, sino porque su conducta personal, al ménos en la época que recordamos, se resintió de su completo desconocimiento del suelo en que pisaba, de los hombres a quienes seguia i de las masas que le escuchaban i le aplaudian sin seguirle.

XXV

Como todos los hombres que han empapado, desde temprano, su espíritu en la Biblia, Bilbao tenia mucho de iluminado, i por ésto solo puede trazarse la silueta i la estela de su espíritu como la de la nube; mas no es dable medir su densidad ni su volúmen como en la nube tambien. El profeta se sobrepone en esos séres al hombre de razon. El evanjelismo, que es lo sobrenatural, supedita a la conciencia i apaga o mitiga sus luces, únicos destellos que guian sin falacia el juicio i la accion humana, tanto en sus conceptos sobre los ajenos espíritus, como sobre la valorizacion del propio *yo* i de la propia conciencia.

Así, Bilbao creia en el pueblo, i no visitaba jamas sus chozas. Predicaba en el club la fraternidad universal, i no conocia ni de nombre las calles i los barrios miserables de Santiago, en que esa

palabra es solo un sarcasmo fétido i sangriento. Recomendaba a la juventud frecuentar los hospitales para avezar desde temprano el alma al dolor i a la muerte, i no sabia si los hospitales de Santiago estaban en Guangualí o en Belen. Naturaleza elevada, vivia en los espacios, i con batir sus alas, que eran su elocuencia, i con flotar en la luz con su idealismo, que era su inspiracion, creia que llenaba cumplidamente la mision de caudillo de un pueblo, que fué siempre para su naturaleza, tierra ignota, en 1844 como en 1850, o mas bien, playa de naúfragos en todas épocas.

XXVI

Francisco Bilbao, a la manera de los globos de fuego i de papel que vuelan a traves de los espacios, empujados por el viento, no conocia ni la jeografía de las razas, ni las fronteras de los pueblos, ni la índole diversa de las naciones, ni de los estados, ni de los gobiernos; i de esta suerte, de pié, en un balcon, sobre la plaza de Santiago, donde el pito de un sereno bastaria para despejarla por sus cuatro costados en un caso de fermento popular, imajinaba hallarse todavía en aquel pais singular en que basta que un hombre desaferre un adoquin del pavimento para que cien otros hagan lo mismo, i despues mil i en seguida cien mil levanten la barricada i peleen tras de ella como fieras.

Por ésto el tribuno parisiense, alojado de paso en Santiago, habia dado al diálogo del altillo de la redaccion de *El Progreso*, la estraña solucion que acabamos de oir, i que fué testual hasta en sus sílabas: tanta es la fijeza de todo lo que la juventud i la revolucion esculpió en la lápida de nuestros recuerdos. Por manera que para conjurar la inminencia del golpe de estado que se temia, lo único que proponia Bilbao a sus colegas era el estallido de ese mismo golpe sobre el yunque, que era el pueblo... Hemos dicho que el espíritu de Bilbao, como el de sus maestros e inspiradores de allende el océano, era solo un soplo misterioso de la Biblia, i hasta su nombre (Bilbao) pareceria acentuar su escuela i su secta.

XXVII

No se traslució en el rostro de Ugarte la impresion que le causara el curioso plan del jefe de la *Igualdad* para sostener el levantamiento inesperado de San Felipe; pero esa impresion no debia ser de mucho aliento para aquel carácter acerbo, firme i ante todo práctico. En Pedro Ugarte, el conspirador estaba a cien codos de altura sobre el filósofo. Era ascético i creia, como el carbonero, en todo lo que la iglesia ordena creer. Pero entre el evanjelio i el fusil estaba por el último a todas horas, con escepcion de la de la muerte.

Mas, como en los momentos que venimos recordando, no se sabia nada de lo grave que pasaba sino por rumores, i aun se dudaba de la reunion del Consejo de Estado en aquella tarde, no se llegó a una solucion definitiva en la conferencia del altillo de la *casa del rollo*. Se acordó, por consiguiente, una nueva cita para la noche en aquel mismo sitio, el mas central de la ciudad.

Serian convocados a esa conferencia varios otros iniciados en la alta política de la revolucion como, José Miguel Carrera, Luis Ovalle, Bruno Larrain, Joaquin Lazo, Manuel Guerrero, Félix Mackenna i otros pocos, todos hombres de accion i de secreto. El que ésto escribe como testigo, debia ser otra vez el porta-voz de aquella cita. I aquí termina el primer cuadro del drama prometido.

XXVIII

Eran las cinco de la tarde cuando nos retiramos a nuestras casas. Alemparte montó a caballo i fuése casi a galope a su albergue de Yungai, donde le esperaban dulces horas, demasiado dulces para el puesto de jefe de batalla cuando el cañon ya iba a tronar; Ugarte marchóse tranquilo pero suspicaz a su casa, calle de la Moneda, encargándose de vijilar de paso lo que ocurria en palacio, i Bilbao dirijióse donde su buena madre, en cuyo hogar toda-

vía era un huésped acariciado despues de seis años de ausencia.

Vivia la familia del último en la calle de Agustinas, casa de por medio con la familia Bernales, que ocupa todavía la suya. Era aquella una casa baja, de *mojinete*, como la del señor de la Morandais, la misma que lleva hoi sobre su zaguan el núm. 37. En el costado izquierdo del mediano patio que le sirve de atrio, tenia Francisco Bilbao su modesta habitacion republicana, que comenzaba en los ladrillos desnudos i terminaba en un cielo de tablas mal pintado, al paso que sus paredes blanqueadas con cal no ostentaban mas adorno de nota que una imájen de la república francesa, pintada en lienzo, ataviada del gorro frijio—«aux fortes mamelles»—en el desnudo seno, levantando en una mano el tricolor i en la otra la espada vencedora. Bilbao habia traido esa tela de Paris, de donde estaba recien llegado, despues de las borrascas de 1848, i la habia fijado al muro, encima de un sofá de junco, con cuatro toscas tachuelas: tan grande era su simplicidad i su pobreza.

XXIX

Habitaba el que traza estas memorias, al parecer de ayer i que cuentan, empero, un cuarto de siglo ya fenecido con esceso, en la calle de las Rosas, en el ángulo de la de Teatinos, i apénas a una cuadra

del antiguo cuartel de San Pablo. Las ventanas del corredor daban a la calle, i conversábamos tranquilamente con un amigo inolvidable, de la cita de la tarde i de la noche a que en breve debíamos concurrir, cuando, junto con la primera cucharada de la apetitosa sopa, sentimos que desfilaba un tropel de caballos puestos a galope... Eran las partidas de vijilantes que salian, una en pos de otra, a ejecutar órdenes de prision, en virtud de la declaracion de *estado de sitio* que acababa de hacerse en la Moneda. Fuéle, por tanto, forzoso al narrador salir corriendo tras ellos a tomar lenguas i a dar avisos, pues tenia, como ya hemos recordado, una consigna de citas que cumplir.

Por la proximidad de nuestros domicilios, escojí la casa de Francisco Bilbao para mi primera visita. Las calles estaban desiertas, el sol en su ocaso, los santiaguinos todos en sus mesas,—santa i reposada hora de la dijestion en un pueblo que ántes cerraba sus puertas a dos llaves sobre la calle misma por el sosiego suculento del estómago, como si el pan fuera pereza i no punzada... Pero ya las patrullas arriaban a los cuarteles a los designados en la lista de largo trecho fabricada. Federico Errázuriz i don José Victorino Lastarria fueron los primeros en caer, i casi los únicos. Interesante i encontradiza coincidencia en estas «cosas de Chile,» que siempre tienen cosas...

XXX

Al llegar a la casa de los Bilbaos, la ajitacion de su respetable madre, la señora Barquin, natural de Buenos Aires, matrona de nobilísima prosapia en aquella ciudad sin abolengos, traducia la situacion que atravesaba. Tenia tres hijos i un anciano que guardar. Todos, empero, habian escapado al asalto de la policía, violento i salvaje, pero no del todo inesperado aquella tarde.

La señora se mostraba reservada, i respondia a las interrogaciones del emisario de la tarde solo con medias palabras... ¿Dónde estaba Francisco Bilbao? Cuál era su refujio improvisado? Hé aquí lo que la madre no se atrevia a revelar, i eso era precisamente lo que el porta-voz de la revolucion necesitaba saber. El golpe estaba dado, i era indispensable que los caudillos responsables se pusieran inmediatamente al habla. Por otra parte, no habia olvidado aquel ni la aspiracion ni el plan de batalla que Bilbao, hacia dos horas, trazara en el altillo de la casa-Morandé.—La declaracion de sitio habia sido hecha, las prisiones comenzaban, el peligro era inminente, i habia, por lo tanto, llegado el momento en que los seis mil afiliados de la *Igualdad* se convocasen en la plaza para sostener la situacion.

Porfié, i al fin la angustiada señora me reveló su secreto. Bilbao, dotado de un cuerpo fino i elástico,

habia pasado como de un salto del patio interior de su casa al de los señores Bernales, ayudado por una escalera i en las barbas mismas de los soldados que invadian todas las habitaciones con estrepitosa insolencia.

XXXI

Pasé en el acto i no sin imprudencia a la casa vecina, i allí fuí llevado a presencia de Bilbao. Estaba éste, sereno i dueño enteramente de sí mismo, pero disfrazado de mujer i tras de las cortinas de una ancha cama de matrimonio, con sombrero de flores de lienzo en la cabeza, por el estilo de los que entónces se usaban en Paris como en Santiago i que encerraban dentro de un marco todo el rostro. Lo que mas estraño parecia era que Bilbao teniendo la cútis sumamente blanca i limpia, los ojos azules i hermosos i una cabellera profusa hasta la estravagancia, representaba a lo vivo el papel que ahora le cabia, al punto que el airoso triunviro de la tarde, me pareció una ruborosa miss inglesa, embarazada un tanto por el esceso, la hora i el sitio de la cita.—Fué aquel un encuentro verdaderamente curioso i peculiar, i recuerdo bien que ni uno ni otro de los interlocutores pudo evitar de reirse de la escena. El digno caballero don José Bernales fué tambien testigo de ella, si no se ha borrado del lienzo de los recuerdos ninguna de sus figuras. I

aquí llegamos sin esfuerzo al término del segundo cuadro de las «cosas de Chile,» cuyo desarrollo en todos sus detalles i menudencias dejamos por entero a la imajinacion de cada cual. Falta solo el último que es el desenlace.

XXXII

Eran ya las oraciones: la noche pardeaba, las campanas tocaban el *angelus*, i los caballeros acostumbrados al paseo veraniego de la Alameda volvian de dos en dos, o cada cual de *bracete* con su cuya por las aceras, con sus sombreros en la mano recitando a media voz la dulce plegaria de la vírjen. Era preciso, empero, despacharse, porque como decia en tiempos mas heróicos el jeneral Las Heras, «la guerra no se hace con padre-nuestros» i allí la estábamos haciendo con crespos i fustanes. —Me esforcé por tanto en convencer a Bilbao de que debia abandonar su disfraz i correr a la plaza, a la Alameda, al club, donde quiera que pudiera congregarse al pueblo para llamarle a la batalla i al sacrificio. A todo se resistió. Presentó mil escusas diferentes, todas teóricas, todas ambiguas; pero ninguna era de miedo, porque, volvemos a decirlo, aquella alma habia sido templada en fuerte yunque. Era la idea la que fluctuaba, era la responsabilidad, era el sacrificio ajeno, era el presentimiento de la esterilidad o era todo eso junto forcejean-

do a la vez, dentro de una alma mística i de una cabeza nebulosa, con el impulso del deber actual, de la promesa reciente, lucha que al fin ganólo por entero al desaliento i al escondite.

Es preciso agregar, por otra parte, que desde los primeros dias de su regreso de Europa, Bilbao se habia negado a tomar escarapela en ninguno de los partidos militantes, i aun despues de comprometido en la causa liberal, resistió con obstinacion, pero solo en teoría, todo propósito revolucionario, hasta que estalló el levantamiento popular de San Felipe en el dia que dejamos señalado.

Pero lleguemos por fin al desenlace.

XXXIII

Habia entrado ya la noche con todo el volúmen de su cuerpo i de sus sombras. Las estrellas brillaban diáfanas i temblorosas en lo alto, al paso que unos cuantos muchachos prendian lentamente las opacas linternas del alumbrado de aceite que habian valido hacia poco al apreciable intendente la Barra el irrespetuoso apodo de «Miguel el farolero,» cuando el narrador de estos contrastes se retiraba del asilo de Francisco Bilbao i se dirijia a la Alameda en busca de otros ecos para su ajitacion no adormecida por un primer rechazo. En nada parecia alterado el diario vivir de la ciudad. Los mismos raros pasantes, algunas mujeres de manton,

que iban o volvian de la via sacra; acá un bodegon abierto; en un zaguan induljente algun bollero con su canasto i su farol; el agudo grito de un vendedor de pasto que volvia a su potrero,—*yerba! yerba!*— el esquilon de la Catedral tocando la hora de ánimas, i los vivos como ánimas dentro de sus levitas rondando silenciosos las aceras..... Hé aquí el cuadro vivo de aquella ciudad que parecia muerta. Pero no obstante era preciso siquiera encontrar cooperadores, armas, soldados de la idea i de la libertad. —«La promulgacion del estado de sitio debe haber estallado como una bomba en el corazon de los patriotas, decíanos la voz sorda del presajio;... los clubs se han congregado;... la *Igualdad* desplega las banderas de sus grupos (i el que ésto escribe era secretario del 5.°, i guarda su diploma refrendado por la rúbrica mitolójica de Bilbao);... los ciudadanos marchan, por fin, a cumplir su deber i sus promesas..... Todo ésto revoloteaba como un torbellino de fuego en derredor de mis pasos i me empujaba i atraia hácia el abismo. La patria iba a salvarse..... Con el corazon henchido de estas imájenes llego al fin a la vasta, sombría i apénas iluminada Alameda, atravieso con pasos acelerados el costado norte del paseo, me acerco receloso a las avenidas, i allí al fin diviso ¡oh Santiago! formadas en batalla, en triples hileras i en larguísimas filas, por la derecha i por la izquierda, cuatro o cinco mil.... álamos.

Era este el tercero i el último cuadro. El drama que hemos llamado por simple inscripcion de portada *¡Cosas de Chile!* habia concluido...

XXXIV

La tibia brisa de una noche de noviembre sacudia tristemente el follaje de los árboles, i la profunda i tenebrosa soledad de la hora convidaba al alma a la meditacion de las cosas humanas como son en jeneral, i de ese otro jénero de cosas que suelen llamarse entre nosotros con no escasa filosofía i propiedad,—«Cosas de Chile». Aquella era una de ellas, i qué cosa!

Me senté en un desierto sofá, i despues de haber meditado largamente dentro de mí mismo en todo aquello que habia pasado tan aprisa (cuatro horas), gané mi casa i mi cama pensando en la *casa del rollo*, en los mojinetes de Santiago, en el altillo de *El Progreso*, en el *estado de sitio* de 1850, en la teolojía, en los tesoreros reales de hoi i de antaño, en la alfalfa, en los álamos de la Alameda, en el veinticinco por ciento de los capitanes jenerales, en el baston de estoque de don Pedro Ugarte, i mas que en todo ésto, en Francisco Bilbao, tribuno del pueblo a las cinco de la tarde, *miss* inglesa a la siete, «cosas todas de Chile,» i que como tales contamos con candor a los chilenos, miéntras llega ocasion de ocupar sus benévolas miradas con cosas de mas al-

to coturno, i tambien de mas humilde linaje, porque fuerza es al escritor buscar en la variedad de temas el remedio de un mal profundo e incurable que es tan chileno como el palqui:—la monotonía.

Por esto no desconfiamos de poder narrar en breve en estas hojas de la hospitalidad de una hora, otras «cosas de Chile,» mas abultadas unas, mas leves otras i livianas que las que al correr de la tinta van ahora a despertar en su almohada dominical a la ciudad amada del sueño, de la misa i del baile de gobierno, todo gratis, i aun este homenaje póstumo, flor i ortiga de las tumbas, de balde i con prima..... ¡Cosas de Chile!

Santiago, octubre 7 de 1876.

EL JENERAL SAN MARTIN

DESPUES DE CHACABUCO.

A MI PRIMO I AMIGO

Antonio Iñiguez Vicuña.

EL JENERAL SAN MARTIN

DESPUES DE CHACABUCO.

(Lo que un jenio puede hacer en sesenta dias.)

I

El capitan de granaderos a caballo don Juan O'Brien, de nacion irlandes, era el ayudante de campo predilecto de don José de San Martin.

Tenia esa predileccion mui buenas razones de ser, porque O'Brien era hermoso i corpulento como un titan, valiente como el mas afilado sable de su rejimiento, jinete como un centauro, i mas que todo ésto, callado como una piedra, o mas bien, como un enigma, porque, a fuer de irlandes, habia olvidado el ingles i no habia aprendido el español. Fuera de ésto, O'Brien era un soldado cumplido, porque en la vida no le gustaron con pasion sino dos cosas: las batallas i las buenas mozas, que a decir verdad, todo es guerra.

II

Un dia que, si nuestra memoria no nos engaña, fué el 10 de marzo de 1817, estaba el jeneral San Martin en el lugar favorito de su palacio de los antiguos obispos de Santiago (que era la cocina), conversando soldadescamente con álguien i comiendo sobre parado algun bocado, porque rara vez se sentaba a la mesa, cuando, notando que pasaba el capitan O'Brien por el patio, le dió un grito de: «O'Brien!» «O'Brien!» grito tal (grito de San Martin!) que hizo jirar al último sobre su cuerpo i correr mas rápido que el relámpago.

—O'Brien! le dijo el jeneral con ese tono peculiar de San Martin, rápido, cortante, mitad del caporal que manda ¡armas al hombro! mitad del dictador que de sus propios ecos hace rayos: O'Brien! Mañana al amanecer marchamos para Buenos Aires.

—Para Buenos Aires, señor! contestó casi balbuceando i palideciendo el bravo celta, que tenia ya mas de un requiebro a cuestas i mas de una conquista comenzada entre el cauce del Mapocho i el del Zanjon de la Aguada.

¿A Buenos Aires, señor?

—Sí, señor! A Buenos Aires, por Mendoza. Mañana al aclarar!

—¿I llevaremos *carga*, señor? agregó el sorprendido galan que habria querido tener cien almofrejs para atajar el paso al vencedor de los Andes.

—Carga! repuso San Martin, entre riéndose i enfadado. Se ha figurado Ud. que voi a meterme fraile para viajar con petacas. . . Vaya! Déjese Ud. de *santiaguinadas* (testual). En lo montado! En lo montado! Mande una ordenanza a don José Miguel Serrano, a los *Pasos de Huechuraba*, para que me haga aprontar mi mula barrosa de cordillera, i vaya corriendo a la secretaría a decir a Alvarez-Jonte que ponga dos letras al viejo Alcázar, para que me tenga en los Andes un poco de charqui, cebolla picada, harina tostada, i... ¡a caballo! En lo montado! En lo montado! ¿Me ha entendido Ud?

III

San Martin nunca hacia diálogos porque no sufria réplicas. Así es que O'Brien fué diciendo a todo:—Sí, señor! sí, señor!—I de allí, mohino i rabioso, pero resuelto, se fué a ensillar i a golpear ventanas de adios entre las mas bellas de sus conocidas. Su tirano jeneral no le dió tiempo sino para poner dos camisas limpias en sus alforjas.

—En Buenos Aires se mudará camisas, le habia dicho sonriendo San Martin, al verle en sus trajines. Allá son mas baratas i no le faltará con que comprarlas.....

En lo de las camisas se habia mostrado el capitan O'Brien mucho mas dócil que en lo del colchon, porque era ya por entónces un santiaguino hecho i

derecho. Eso de *mudarse* fué, en verdad, durante la colonia algo que significaba dos cosas poco agradables, esto es, trabajo i gasto. Pero tenderse a la bartola a dormir la siesta o la cena, eso era cosa dulce i usada porque era barato i tendido. Por ésto la cuestion–almofrej era una cuestion capital en esos años, i tenemos casi por cierto que la mitad de las aneurismas de que morian nuestros mayores, nacian del trajin de abrochar o desabrochar almofrejs, o de la pena de no tenerlos. Carecer por esos tiempos de cama encima de una mula (i si *macho* mejor), equivalia a viajar hoi con boleto de tercera, i por consiguiente, era mengua i sabor de enfermedad i hasta de muerte.

Mas, lo que fué la camisa colonial, considerábasela como mui distinta cosa, i aun habia escuela hijiénica en Santiago sobre que era mas sano no mudarse, o, por lo ménos, guardar el lienzo una semana sobre el cuerpo, para evitar resfrios, reumas i lepidias. Por eso fué que el capitan O'Brien, que vivia alojado en una casa aristocrática en Santiago, como todos los oficiales estranjeros del ejército de los Andes, no promovió artículo sobre su lavandera cuando su jeneral lo condenó con costas en la cuestion de cama i almofrej. San Martin nunca durmió en las cordilleras i en las pampas, sino sobre sus pellones, tapado con su grueso capote de vivos encarnados de coronel de granaderos a caballo. Nunca viajó tampoco sino *en lo montado*.

IV

Sea de ello lo que fuere, i quiso que no quiso, el capitan O'Brien galopaba a las cuatro de la tarde de aquel dia—10 de marzo de 1817—para la chácara de Huechuraba, llamada los *Pasos*, precisamente porque en el invierno no podia pasarse por sus pantanos i porque en el estío, con sus polvaredas, se hacian i deshacian tapias en el aire. Era dueño de ese fundo el respetable caballero don José Miguel Serrano, que en mi mocedad, me contó algunas de estas cosas, i otras me contó el capitan O'Brien, mi amigo desde la estatua de Freire hasta su sepultura de Lisboa, donde al morir me legó su anillo de oro, compañero de toda su vida, i que yo custodio con amor en la mia.

Llegó el capitan viajero contrariado en sus amores i echando chispas, a las casas de Huechuraba, que son las mismas que hoi existen a la derecha del camino; pero como el dueño de ellas era hombre de mucha paz, luego se aquietó, llamó a los arrieros, previno a Otarela, el guia favorito de San Martin para los senderos de la cordillera, i mandó hacer la inevitable cena. A las oraciones llegó el jeneral en carroza—honor fastidioso que le habian hecho los santiaguinos,—acompañándole en número mui crecido hasta la *Esquina del fraile*, que es donde confluyen el camino del norte que sale por la Cañadilla, i el callejon de las Hornillas.

V

San Martin era, por lo comun, taciturno, i aquella noche se acostó silencioso en los corredores de la casa. No probó bocado, i solo previno que le despertasen ántes de aclarar para aprovechar la fresca. Era la canícula.

Por lo demas, el ex-gobernador de Mendoza amaba las mulas en los viajes i las preferia a los caballos, porque su teson se amoldaba al teson de aquellas bestias. Callado, caminaba, caminaba, caminaba....i solo cuando llegaba al objetivo o a la posada, echaba pié a tierra, i entónces, que lo desalojara el diablo. Las posadas de San Martin fueron Buenos Aires, Mendoza, Santiago i Lima.

VI

Al despuntar el sol los picos desgarrados de la cordillera de Chicurco i de Colina, San Martin trepaba silencioso la cuesta de Chacabuco, simple sendero de caballos en esa época, i desde las casas de la hacienda, cuya arquitectura jesuítica se divisaba desde léjos, comenzó a mirar las huellas que aun quedaban, aun lado i otro del camino, de la batalla que, hacia un mes ménos un dia, habia ganado allí sobre Maroto. Era el 11 de marzo.—¡Pobres negros! esclamó al divisar en una quebrada un pequeño monton de tierra, i fué todo lo que habló.

Eran los libertos del núm. 8 que allí habian sido enterrados despues de haber peleado como leones a la voz de Enrique Martinez, su bravo comandante.

Al caer la tarde, i despues de haber echado una corta siesta con mate *cimarron* (sin azúcar), en una de las mas frondosas arboledas de Curimon, el vencedor de Chacabuco llegaba con su comitiva a la villa de los Andes, que entónces solo se llamaba Villanueva, en oposicion a San Felipe, que era la villa vieja.

VII

Allí lo hospedó el viejo jeneral Alcázar, que durante tres años estaba haciendo el oficio de portero de Chile. Despues de Rancagua, el bravo octojenario habia cerrado la retaguardia i quemado el último cartucho de pólvora patriota en la ladera de los Papeles. Ahora, despues de Chacabuco, guardaba, en calidad de gobernador, aquel paso esencial, i a fe que mas vijilante, mas despierto i emperrado cancerbero no habian tenido jamas los desfiladeros de los Andes.

VIII

San Martin no descansó. Iba enfermo, pues jamas tuvo buena salud, pero llevaba en el alma, que es lo que los pobres suelen llamar «la caja del cuerpo,» una de esas drogas imperiales que postran bajo sus

fibras los mas rehacios achaques. San Martin aparentemente iba a Buenos Aires, pero en realidad iba a Lima por la via de las pampas, como en breve veremos. Por ésto llevaba alas. O'Brien, al contrario, iba enfermo de una epidemia que jamas deja de reinar en «la caja del cuerpo» de Santiago, i por eso cada tranco de su mula era un suspiro. . .

A las tres de la tarde del 12 de marzo, un mes justo despues de la batalla de Chacabuco, San Martin se engolfaba en las cordilleras.—«El jeneral sale a las tres—escribia ese dia en una postdata el gobernador Alcázar al director O'Higgins—para dormir en la primera quebrada.»—Dormir en poblado o dormir en una quebrada, ¿qué importaba eso al Aníbal americano?

IX

En aquel primer alojamiento perdemos un momento la huella de los viajeros. Pero lo encontramos de nuevo, una semana mas tarde, en Uspallata. Viajeros conocemos nosotros que han hecho esa jornada en tres dias i en partes sobre la nieve; pero San Martin iba tan aquejado de dolencias que empleó siete, i aun se quedó dos mas en aquel oasis arjentino, precursor de la pampa.

Desde allí escribió a O'Higgins por la primera vez desde su partida, i fué para enviarle un regalo de soldado i camarada. Esa esquela de viaje dice así:

Uspallata, 17 de *abril* de 1817 (1).

S^or^. D^n^. Bernardo O'Higgins.

Mi Amado Amigo: remito a V. una silla de montai q' me remitieron de Inglaterra, disfrútela con salud q' es quanto deseo.

No tuve el gusto de ver a su familia, deles V. un millon de memorias, así como a los Amigos.

Pienso detenerme en esta un par de dias p^o^. la fatiga al pecho no me permite marchar.

Es su amigo cincero

S^n^. MARTIN.

Esta carta está escrita con la mano temblorosa de un octojenario. ¿Por qué? Era la enfermedad, el

(1) No conocemos letra mas *representativa*, es decir, que revele mas al hombre que la de San Martin. Son caractéres desiguales, tirados como a puñados sobre el papel, sin considerar para nada el tipo, la forma, ni la ortografía. San Martin no se cuidaba tampoco, ni del papel, ni de la tinta, ni de la pluma, ménos de la diccion. Decia lo que necesitaba decir i nada mas, ni mas ni ménos, pero lo decia a carrera, sin tropezon, *en lo montado*. Corria, corria la pluma i jamas borraba. No se fijaba siquiera en las fechas i por ésto la presente carta, escrita evidentemente el 17 de marzo de 1817, lleva en la fecha el mes de *abril*. En su próxima carta vuelve a poner correctamente marzo, como se verá, i en seguida en otra de Buenos Aires escribe otra vez *abril*. Por ésto sin duda San Martin no ha tenido ni tendrá probablemente *centenario*, porque no tiene fecha, a no ser que salga del Paraguai algun tio que se la invente como el jeneral Riquelme a su sobrino don Bernardo O'Higgins.

Por lo demas, nosotros preferimos publicar todas estas cartas de la independencia con la mayor fidelidad de copia, sin fijarnos en comas, ni letras al reves. ¿Tenian esos hombres tiempo de echar flores de retórica o acentos de ortografía sobre sus gloriosos boletines o sobre sus confidencias, escritas muchas veces sobre el arzon de la silla?

La alusion que mas abajo hace San Martin a la familia de O'Higgins, se refiere a doña Isabel Riquelme, su madre, i a doña Rosa, su hermana, que regresaban de Mendoza a Chile despues de la batalla de Chacabuco. El jeneral Alcázar estaba esperándolas en los Andes, pero probablemente las señoras se encontrarian en algun alojamiento de la cordillera cuando San Martin pasó adelante.

cansancio, la *puna*, el hielo, lo que hacia estremecer el pulso del viajero? No lo sabemos; pero se nota que la mano ha tiritado como solo se tirita en la cordillera: los renglones se dan letra con letra.

X

Mendoza era una ciudad querida para San Martin. Los hombres públicos nacen dos veces: una para la vida natural, otra para la gloria que no es sino lo sobrenatural de la vida. Mendoza era la cuna de esa gloria, i por eso San Martin la preferia a Santiago, a Buenos Aires, a Lima, a todas las ciudades del mundo, escepto a Bruselas, que fué su Mendoza europea.

Ademas, en esa ocasion fué recibido no con entusiasmo sino con delirio, por el pueblo libertado i libertador. Por ésto mismo, huyendo de fiestas, pasó adelante, i el 19 de marzo estaba en el Retamo, en las cercanías de Mendoza.

XI

De allí volvió a escribir a su confidente de Santiago, i siempre era *Lima* el lábaro que el predestinado caminante iba divisando en todas las etapas de su jornada. Su pulso ha vuelto a recobrar todo su vigor, i hé aquí lo que testualmente escribe a su glorioso cómplice en el plan de libertar la América

dándole un golpe súbito en su corazon, que era a la sazon de la ciudad de Lima, con razon llamada por realista—*de los Reyes*.

S^or^. D^n^. Bernardo O'Higgins.

Retamo y marzo 19 *de* 1817.

Mi Amado Amigo: ba lo q. ha benido de oficio.

Boy a ber si puedo llegar ántes q. salgan los Buques q. trajo Carrera i si son buenos, los tendrá Ud. en esa dentro de dos meses.

Boy regularmente de salud i lo mismo el compañero. (O'Brien)

Segun me escriben de B^s^. A^s^. están empeñados en la *cosa de Lima:* desde la noticia de la toma de la Chile hasta el 1.° habian dado siete patentes de Corso.

Pueyrredon me escrive sobre la benida de Marcó a S^n^. Luis, si V. no tiene inconveniente puede V. remitirlo a Lusuriaga (1) con los q. a V. les parezca, y seria de opinion de cangearlo, i q. se fuese este bestia al Diablo: yo trataré sobre esto con Pueyrredon.

Creo será inebitable la Guerra con los Portugueses, beré si a mi llegada puedo hacer algo sobre esto.

Miles de cosas a los H^s^. (2) con particularidad a

(1) «El cruel i afeminado Lusuriaga,» gobernador de Mendoza, que inmoló a los Carreras.

(2) Los miembros de la terrible *Lojia Lautarina* que decretó la muerte de los Carreras, Manuel Rodriguez, los Prietos, etc.

Zenteno y Alvarez a los q. no les escribo p^r. q. boy a marchar.

A Dios mi Amigo Amado, lo es i será eternamente de V. su

S^n. Martin.

XII

Una semana mas tarde, ya San Martin i su fiel ayudante están internados en plena pampa i alojados en la posta de la *Cañada de Lucas*, caserío solitario que riega una hebra de agua intermitente. En aquella agua O'Brien lavó su primera camisa i echó en almidon sus amores santiaguinos. El Plata seria poco mas tarde su Leteo, o lo que es lo mismo, su tabla de aplanchar...

XIII

El jeneralísimo volvia a escribir desde aquel paraje, i era para meter mano enérjica en ciertas cábalas de ultra-cordillera. Ya no era cosa del «bestia de Marcó,» sino de su segundo en el mando del ejército unido, del vanidoso Soler, enorgullecido al estremo con su carga de vanguardia en Chacabuco, que hizo de un tiroteo una batalla i de la batalla una independencia.

Pero para San Martin todo es igual. Cuanto le ataje en el camino del Perú caerá a sus piés. Sean las cobardes lágrimas de Marcó, sean las altiveces

de Soler, sean los amores de O'Brien, él pasará sobre todo eso, caballero en su mula, como habia pasado sobre Pueyrredon i el gobierno arjentino, caballero en los Andes, cuando vino a libertar a Chile.

XIV

Hé aquí su carta testual, sin la omision de un yerro o de una raya como en las anteriores, i escrita en el corazon de las pampas arjentinas:

Cañada de Lucas i marzo 25 *de* 1817.

Señor don Bernardo O'Higgins.

Mi Amado amigo: Va la órden para la salida de Soler, no le afloje V. i haga que en el momento se ponga en marcha, i previniendo a los Gefes esten ya alerta: en Mendoza he sabido con certeza sus grandes relaciones con los Carreras i sus partidarios p^s^ me constaba estaba en comunicacion con Manzano i Rodriguez cuyas cartas ivan por conducto de su mujer (1).

Ba la de Pueyrredon p^r^ ella se impondrá V. de todo, como de lo util q' será mi presencia para tranzar todos estos Puntos.

Diga V. a Zenteno me remita la carta q' le di de

(1) Todo ésto nos parece error o pasion. La verdadera falta de Soler era su orgullo i su petulancia. Sostenia en todas partes que él solo habia ganado la batalla de Chacabuco, en desden de O'Higgins i del mismo San Martin.

Albear i si es posible p^r el 1.^r Estraordinario q' benga.

Ayer pasé mal dia, pero hoi me encuentro muy alibiado.

Al filósofo Zenteno y Hermanicos (1) miles de cosas.

Adios mi Eterno Amigo su

Sn MARTIN.

Bea V. los encargos de Pueyrredon i avíseme para su intelijencia,

Mandeme por el Correo cuatro libras de pastillas q' me encargó Pueyrredon el Correo anterior.»

XV

Antes del 1.° de abril, San Martin ha llegado ya a Buenos Aires, i sigue una semana entera de efusiones íntimas i de regocijos públicos. Las gacetas de ese tiempos están llenas de odas, de discursos, de sermones, de fiestas, arcos, inscripciones, luminarias i banderas. Todos querian abrazar i palmotear las manos al vencedor de Chacabuco.

Nosotros no le seguiremos en ese torbellino deslumbrador, ni tampoco en otros episodios de su vida pública en Buenos Aires, como aquella su triste visita al proscripto Carrera, que comenzó por una falsa magnanimidad i concluyó por una amar-

(1) Los de la *Lojia.*

ga ironía. Nuestro propósito en esta apresurada escursion por el monte i por el llano, es mas sobrio i a la vez mas alto. Queremos solo seguir la estela luminosa que al gran capitan alumbraba i que trazó su propia mano en los papeles que hemos venido copiando; luz que va marcando paso por paso su itinerario de circunvalacion hácia Lima. Si agregamos a ésto unos pocos lances personales, es porque pertenecen de lleno al hombre i a su viaje. Lo público lo dejamos para ocasion mas lata i mas propicia.

XVI

Hé aquí ahora todo lo que en una semana hizo el libertador por su empresa, lo cual está contado con el lenguaje desaliñado i tosco, pero nunca mal sonante, del soldado. Todas estas cartas saben a cargas a la bayoneta.

La que escribia ocho dias despues de su llegada a la capital del Plata al Director de Chile, decia, en efecto, como sigue:

Señor don Bernardo O'Higgins.

Buenos Aires, abril 8 de 1817.

Mi Amado amigo: infinitos queaceres, combites etc., me han impedido escribir a Ud. pero todo ba *completamente* (1) : la gran dificultad es la del

(1) Probablemente por *perfectamente* o por *completamente bien.*

Armamento de los Buques, no p[r] la imposibilidad de hacerlo en los Estados unidos, i si por no fiar los grandes intereses que se necesitan para ellos en manos poco seguras; pero oi quedará este punto principal acordado del modo mas firme.

Ya han marchado varios oficiales para esa de la mayor parte tengo los mejores informes i mañana salen otros franceses i americanos del N. sujetos apreciables. El Jeneral Brayer lo berificará igualmente i estoi seguro le tiene a Ud. de gustar infinito (1).

Saque Ud. con mil Diablos al tal Baron de Bellina ántes que se cierre la Cordillera.

Han marchado para esa barcos, buques, algunos lleban armamento.

He concluido un trato de 3,000 fusiles i otros artículos mui necesarios para el Ejército a nuestra vista le pasaré a Ud. un conocimiento.

---

(1) Mucho cambió mas tarde su opinion sobre el jeneral Brayer, el jeneral San Martin, porque despues de los desaciertos que aquel hizo en el asalto de Talcahuano i especialmente en la víspera de Cancha Rayada, dispersando la caballería, lo trató tan mal San Martin, que lo echó del ejército, i segun el ingles Haigh, que habla como testigo de vista, le insultó groseramente en su última entrevista.

Con Brayer vino el bizarro jeneral Viel, los dos hermanos Brueix, hijos del bravo almirante de Aboukir i uno de los cuales murió en un combate en el Bio-Bio (1819). A estos i muchos otros de aquellos oficiales, se referia San Martin.

El baron de Bellina de que habla la carta mas abajo, era un aventurero polaco que vino por ese mismo tiempo a Santiago con el valiente coronel Beauchef. Todos llegaban al Plata de Estados Unidos, i habian sido animados a la empresa por el jeneral Carrera. Bellina estaba en Lima en 1826.

Dentro de quatro Dias me pongo en marcha para ver si puedo encontrar cordillera.

Le escribo a Alvarez benga a encontrarme por ser necesaria su presencia en esta (1).

Resiví el conocimiento del Dinero que trae Sosa todo lo dexo arreglado, como diré a V. a nuestra vista.

Agame V. el gusto de decir a Zenteno que no le escribo por falta de lugar.

Bellísima providencia la de Anacleto Martinez, este es un malvado que no correspondia estar en el Exercito (2).

Aun no se me ha destinado Gefe de Estado Mayor, beremos quien ba.

Puyrredon está corriente en todo i no dude V. que daremos *el golpe a Lima.*

A Dios mi Eterno Amigo hasta que lo abraze su

San Martin.

Los Carreras i Benabentes salen para Estados Unidos en el primer Buque; ban bien fregados i sin los sueldos que se solicitaba.»

---

(1) El injeniero don José Antonio Alvarez Condarco, que iba a Europa con una mision secreta, i que probablemente no será conocida jamas......El dinero de Sosa de que habla mas adelante, fueron cien mil pesos en metálico, producto de donativos i contribuciones a los españoles despues de Chacabuco.

(2) Jefe oriental valiente, pero díscolo i de mal carácter. Se ahogó tirándose al Plata en un viaje de Buenos Aires a Montevideo, en un rapto de furor.

XVII

Miéntras San Martin conferenciaba noche i dia con el director Pueyrredon, compraba fusiles i cañones, despachaba buques por el Cabo de Hornos para Chile, i por la parte de las pampas, a los oficiales de Napoleon que habia traido Carrera de Estados Unidos, el capitan O'Brien tomaba su desquite de los estrados de Santiago en los estrados de Buenos Aires. Apénas habia llegado a su alojamiento, San Martin le habia llamado con su acostumbrada arrogancia militar, i poniéndole 50 onzas relucientes en las manos le habia dicho:—Ahora, O'Brien, haga lavar sus camisas, i carta franca por quince dias.—I luego, haciendo relampaguear los ojos—contaba O'Brien,—añadió:—Pero concluida la licencia, a caballo otra vez i a Chile!

Hemos visto que aquel hombre de cuerpo de arcilla, pero de alma de acero, hablaba ya de regreso a Chile el 12 de abril. Esto era como un dia favorito o de hado para San Martin. El 12 de febrero habia triunfado en Chile, el 12 de marzo habia salido de Chile, el 12 de abril queria volver a Chile.

XVIII

Así, miéntras el bizarro O'Brien gastaba en jazmines, aguas de olor i holan batista hasta el último cuarto de onza de los cincuenta doblones—regalo de

su fastuoso jeneral,—invertia éste hasta los últimos quilates de su gran espíritu en dar cima a su obra del Pacífico, como habia dado cima a su empresa temeraria de los Andes. Queria empujar a toda costa al receloso i agotado gobierno arjentino hácia aquella campaña que su jenio le predecia seria definitiva para la América. El tesoro del Plata estaba completamente esquilmado i no habia una quilla de qué echar mano para lanzarla en esploracion a las costas del Perú. El águila, desmedrada por las hambres del desierto, sentia ajitarse todas sus entrañas delante de la presa enmarañada en la espesura; pero el águila en esta vez no tenia alas. . .

Quiso, empero, su fortuna que un émulo glorioso i desdichado, que jemia en esos momentos en ignominiosa cárcel, trajese aquellas alas en sus naves, i para inflijirle su despojo, fué envilecido i castigado. ¡Terrible compensacion del destino! San Martin despojó a José Miguel Carrera de su lejítima gloria del Pacífico, quitándole las cinco embarcaciones que trajera de Estados Unidos (1817).—A su vez, Bolívar arrebató al primero sus futuras glorias de Junin i de Ayacucho, forzándole en cierta manera, a abandonarle el Perú, solo a medias conquistado (1822).—En cinco años, la Providencia habia puesto en equilibrio los platillos de su inescrutable justicia!

XIX

Sea lo que fuere sobre estas profundidades i vaivenes del destino humano, es lo cierto que hácia el 25 de abril, esto es, tres semanas despues de su llegada, el jeneralísimo tenia completamente arreglada con el gobierno arjentino la espedicion del Perú, paso i licencia indispensables despues de su primera i magnánima insubordinacion de Mendoza. No debe olvidarse que entónces San Martin desobedeció positivamente las órdenes terminantes de su gobierno, que le llamaba a Córdoba con su ejército, por lo cual, sin Chacabuco, San Martin habria sido juzgado como un tronera en su consejo de guerra en Buenos Aires, i probablemente ahorcado como don Martin de Alzaga, en la plaza de la Victoria de esa veleidosa ciudad.

XX

Esta vez no habia sucedido así, porque Pueyrredon, Supremo Director, don Gregorio Tagle, su ministro mas influyente, el jeneral don Florencio Terrada, el ministro de la guerra Irigóyen, todos estaban de acuerdo en la futura campaña. En consecuencia, el 22 de abril de 1817 el jeneral San Martin despachaba un espreso a mata caballos, llevando al jeneral don Antonio Gonzalez Balcarce,

su segundo en el mando del ejército arjentino en Chile, i su mas amado amigo, a cuyo hijo diera mas tarde, como prenda de ese cariño, su hija única, la siguiente estensa comunicacion, que resumia por entero sus planes, sus inquietudes, sus exijencias, sus esperanzas, todo lo cual podia traducirse en una lengua antigua, a esta sola i lacónica frase:—*Delenda Lima!*

*B.*ˢ *A*ˢ. 22 *de abril de* 1817. (1)

Amigo mui querido: dixe a U. que el correo que despacharia este estraordinario, por que no podia entonces contestar a todos los puntos de su última del 26 p pdo i a las comunicaciones oficiales de Ud. i a O Highins.

Creo que ya dixe a U. que encontraba peligroso mantener a Marcó i demas prisioneros a las inmediaciones de la Mar i que remitiese al primero con los principales xefes a S.ⁿ Luis i a los demas oficiales i subalternos de cap.ⁿ inclusive abajo, o bien al mismo destino o a S.ⁿ Juan i Mendoza pasandome una relacion de sus nombres, clases i destinos.

Se ha tenido p.ʳ imposible que Irigoyen salga de

(1) Esta carta no tiene direccion, porque hasta ésto descuidaba San Martin; pero de su contexto resulta con toda evidencia que era dirijida al jeneral Balcarce.
Se encontraba entre los papeles de O' Higgins.

aquí; está con la Sec.^{ra} de la G.^{rra} en propiedad; Ferrada a la cabeza del Rejmt.^{o} de Granaderos de infantería; que con los reclutas qe. vienen de esa deben completarse i es preciso q. esté con jefe de entera confianza. V. bien ve q. aquí no tenemos hombres de provecho i seguridad, i que no me puedo desprender de lo poco que hay, porq. este punto es el alma de todas las relaciones, el mas peligroso i por consigt.^{e} el q. exije mas atencion. Qualquier desórden o alteracion seria un trastorno mortal i no puede precaberse sino teniendo la fuerza i el poder en ntras. manos.

Tampoco puedo mandar a Ud. un xefe que no sea de ig^{l}. confianza porque seria del mismo modo peligroso esponer esa fuerza en manos inseguras; pero ello es preciso que vaya alguno; y es caballmente lo que nos devana los sesos sin poder atinar. Supuesto que ya va la orden para el regreso de Soler, haga V. que no se detenga un momento i no le admita escusa, pretesto ni motivo para su permanencia en esa, escudandose V. en que es forzoso dar cumplimiento a mi orden. No hai el menor recelo de Portugueses, porque lejos de darme cuidados, los tienen ellos de la mayor gravedad, i en mi juicio no pueden subsistir seis meses en la Banda Oriental; p^{o} he tomado ese pretexto para dorarle la pildora que le mando.

Sé que el aseguró aquí que no volveria jamas a Buenos Aires; sé que era i es íntimo amigo de los

Carreras, sé que es nuestro mortal enemigo, i sé que es capaz de quanta maldad pueda conducirlo a sus ideas de vengarse, i a su ambicion de mandarlo todo. Con tales virtudes es preciso que no se quede ahí, pues aquí es mui conocido, no tiene séquito ni amigos i le estaremos siempre a los alcances.

Por fin está dispuesto que vaya Guido i aunque es imponderable la falta que me hará saldrá mui pronto en dilijencia. El imponrá a V. de quanto interesa a la firmesa de nuestras relaciones políticas; está en todas mis ideas i va instruido de quanto conviene. Yo bien beo que seria importantísimo que tuviesemos una entrevista; ¿pero cómo me separo yo de aquí, ni cómo se aparta V. de ahí sin causar peligros en los dos puntos? es preciso que renunciemos a esta idea cuyas ventajas pueden conciliarse de algun modo con la ida de Guido.

Nada debemos reparar que se ha hecho: sino adelantar ese exercito sus empresas, i V. su gloria, el destino está indicado i las circuntancias favorecen, el Pais lo exije para su libertad i la Fortuna está en su buen quarto de hora, es preciso pues aprovecharlo *llevando nuestras armas al corazon del alto Perú*, esto supuesto se hace necesario combinar los términos i preparar los medios para no aventurar el éxito de la empresa. Lo primero es mover el éxito con seguridad i no puede hacerse *sin una fuerza naval, que domine el Mar Pacífico*. Quiero saber si será posible formarla en esa i de lo contra-

rio no hai otro remedio que armarla aquí. Considero suficiente el Número de cinco Corbetas, i nada ménos, bien equipadas i Artilladas. Aquí se podrá proporcionar el armamento i Buques, pero falta la plata. Vea V. pues si de ese estado, o de esos Maturrangos (1) se pueden sacar trescientos mil pesos que deberan venir en oro i en delijencia antes que se cierre la cordillera. Hemos graduado que esto será suficiente para el armamento i tripulaciones etc. La espedicion deberá estar en esos puertos para Octubre o Noviembre i no hai tiempo que perder. Contexteme V. sobre esto sin dilacion i si es posible por un pliego en posta, porque en caso de no tener efecto este proyecto, yo no espondré nunca a ese exercito a ser desbaratado por dos o tres Buques de Guerra que pondrá a Lima en precaucion de este mal que es el mayor que puede venirle a su existencia.

Veo la urjente necesidad de que nos veamos i talvez me resolveré a ir hasta San Luis; pero la estacion no permite ya que Ud. venga i pueda regresar: dígame Ud. sobre esto tambien algo.

Aquí hai muchos fusiles en venta, yo no los quiero tomar porque tengo muchos i no tengo con que pagarlos: Vea Ud. si ese gobierno necesita i que me avise en que número en el concepto de que

(1) San Martin siempre dió este nombre a los españoles por lo mal que montaban a caballo en América.

no pasará su costo de diez a doce pesos cada uno de aquí.

Como Ud. me dixo que O'Higgins le habia pedido oficiales, me he resuelto a mandarle un quadro de lo mejor que habia aquí, escojido entre todo el estado mayor, en los de mejor cuna i calidades: Van 36 inclusos algunos extranjeros últimamente llegados de Norte América. A propósito de estos: me parece que el tal Bellina es un charlatan: obsérvelo Ud. i sino vale lo que él dice, dele Ud. *bien le bon soir*.

Me he levantado una hora antes del dia para poder escribir a Ud. con algun sosiego i ya no me dejan resollar; yo no sé si habré olvidado algo, pero lo diré por el correo, entretanto debe Ud. saber que yo me veo con principios de afecto al hígado i que el médico me dice que es preciso que salga al campo i esto no puede ser: talvez el viaje a San Luis separándome de este incesante i tormentoso bufete pondria mi sangre en mejor temple i me aliviaría, pero aun esto lo resiste la conveniencia pública; yo no se que hacer, i no encuentro mas remedio que sufrir i sacrificarme a la salvacion del pais.

Adios mi amado compañero, seamos víctimas nobles de nuestro virtuoso i digno intento hasta el sepulcro.

Es de Ud. todo su

San Martin.

XXI

Habia llegado el dia del regreso. San Martin estaba enfermo. Aquella naturaleza casi selvática, hija de los bosques del Paraguai, se sofocaba en las ciudades. Por eso en Santiago preferia vivir en la chácara del *Conventillo* (Alameda de los Monos); en Lima se solazaba en la estancia de recreo de los vireyes,—la *Magdalena;* en Mendoza vivia en su chácara, sita en los afueras del pueblo; aun en Bruselas habitaba en la campiña, i en Paris en la mansion de *Petit-Bourg*, camino de Fontainebleau. Por ésto en su carta a Balcarce le hablaba solo del campo, de sus galopes, de San Luis, adonde le daba una cita, cordillera de por medio. ¡Qué titanes fueron aquellos!

Pero la hora llegó. El capitan O'Brien volvió a lavar sus dos camisas, i con el último cuarto de onza en el bolsillo, montó a caballo, i al lado de su jefe se engolfó otra vez a galope en las inmensas sábanas de la pampa. En esta ocasion, el hermoso mancebo irlandes traia el cuerpo i el corazon livianos, i ni se le habia ocurrido suscitar a su jeneral la cuestion chilena de los almofrejs, los costales i los aparejos. Ahora solo pensaba en divisar, empinándose en cada posta sobre sus estribos, la alba diadema de los Andes, resplandeciente al sol de la

mañana, porque sabia que mas allá de las nieves eternas estaba el fuego de los corazones i el fuego de las batallas, única ambicion de su vida de buen mozo i buen soldado.

XXII

Aquel no fué un viaje: fué un galope. Salió San Martin a media rienda de Buenos Aires en los últimos dias de abril, «para encontrar cordillera,» i ya el 11 de mayo, cuando los Andes comienzan a erizar sus senos para recibir el abrazo i el soplo de los huracanes, llegaba el guerrero, sano i robusto, en medio de los alegres repiques de la Catedral, a su místico palacio de Santiago. El galope le habia curado de todas sus dolencias, i sentia su cuerpo lleno de vigor i su alma nutrida de fe, esta sávia del espíritu.

XXIII

I con este galope de mil leguas, que no seria el último i que duró dos meses cumplidos (11 de marzo-11 de mayo de 1817), ponemos fin a este relato de lo que un hombre de jenio puede hacer en el espacio de *sesenta dias*, enfermo, contrariado i siempre sobre el lomo del caballo, galopando ochocientas leguas i atravesando dos veces los Andes; todo lo cual ponemos por ejemplo a los que hoi se lla-

man «grandes hombres» tan solo porque algunos mojan sus labios en la espuma del champaña a la mitad deun banquete de inauguracion, o porque empapan muellemente la pluma en tinta oficial para firmar un decreto o un empréstito.

XXIV

En cuanto al capitan O'Brien, siguió pasando en su favorito Santiago la agradable vida del soldado i del galan, que aquella risueña ciudad—por esos dias un cuarto de sangre arjentina i tres cuartos chilena, cuartel i verjel a la vez—ofrecia a sus pobladores. De dia afilaba a molejon el sable que deberia servirle en Maipo i en la persecucion de Osorio que le cupo en suerte. Por las tardes frecuentaba los jardines. Por la noche las flores... I así, entre jazmines i claveles, entre contradanzas i tonadas, entre el campamento i la ciudad, el valeroso capitan celta dejaba deslizarse la apacible vida de edecan de San Martin en cuartel.

Solo una cosa turbaba su alegría e inquietaba su sueño. I era cuando oia el llamado seco, vibrante, terrible—«¡O'Brien!»--«O'Brien!» de aquella voz que los Andes repercutian aun a lo léjos, i que, como los ecos de Josué, era capaz de detener los ejércitos en su marcha.

La vida de San Martin en América fué solo un huracan sublime: por ésto sus ojos eran rayos, su voz el trueno i su frente erguida la cúspide que desafia al cielo.

Santiago, setiembre de 1876.

EL JENERAL SAN MARTIN

ANTES DE MAIPO.

A Manuel Guerrero Prado,

En cuya alma de chileno vive puro, ardiente, inestinguible, el santo i antiguo amor a la patria que los necios i los malvados escarnecen al presente, pero que en los dias de prueba, hoi como en la éra de 1818, será la última ancla que mantendrá a flote la herencia gloriosa de nuestros mayores en los vaivenes del egoismo i en los desastres de desenfrenada especulacion, de que fué triste i vergonzosa muestra la última operacion bancaria que se llamó «Guerra de España» dedica esta pájina de aquella inmortal tradicion, su amigo de treinta años.

B. VICUÑA MACKENNA.

Viña del Mar, mayo de 1877.

EL JENERAL SAN MARTIN

ANTES DE MAIPO.

(Ocho cartas ineditas i autografas del jeneral San Martin al jeneral O'Higgins en 1817).

«Yo creo que si los sacamos (a los godos) a los llanos, el golpe debe ser decisivo» (SAN MARTIN.—*Carta a O'Higgins*. Santiago, diciembre 10 de 1817).

«San Martin no es solo la figura mas grande: es tambien el espíritu mas trascendental, la voluntad mas invasora i que imprime a todo su sello i su fisonomía. A donde se oye su voz, donde se divisa la huella de sus pasos, hai una grande harmonía, una grande unidad»: lo que de él nace tiene un sello inequívoco».

IGNACIO ZENTENO.—*Apuntes biográficos sobre el jeneral Zenteno*. (*Ferrocarril*, julio 1875).

I

Tuvo don José de San Martin, jeneral lacedomonio, nacido en las selvas de la América española, una costumbre singular, marca indeleble i característica de su jenio. Despues de cada batalla tramontaba en su mula, silencioso, los callados Andes, i

no volvia del Plata, de las postas de la Pampa o de Mendoza, sino para dar otra batalla.

Por ese camino, que es la huella visible del jenio, San Martin atravesó siete veces las cordilleras de Uspallata i de los Patos, en los tres años que duraron sus campañas libertadoras de Chile, esto es, desde Chacabuco (12 de febrero de 1817) hasta la salida de la espedicion libertadora del Perú (20 de agosto de 1820).

Despues de la emancipacion del Perú, volvió a pasarlas al cabo de tres años. Pero esta vez fué para no volver mas.—La mision habia quedado cumplida en dos períodos de matemática precision.

En tres años San Martin habia emancipado a Chile.

Tres años le habian sido suficientes para libertar al Perú.

Tal vez con la diferencia de horas, San Martin habia atravesado las cordilleras en enero de 1823, solitario i enfermo, acompañado de un solo arriero, en los mismos gloriosos dias de febrero de 1817, en que recorriera sus selváticas gargantas a la cabeza del ejército de los Andes.

Por eso la leyenda de aquel hombre estraordinario deberia esculpirse por la historia en los grandiosos i eternos monólitos de aquellas cumbres de pórfiro, como la de Aníbal en el granito de los Alpes.

II

I San Martin hacia todo eso, no al acaso, por inquietud de ánimo o arrastrado por el vaiven incierto de la guerra. Nó; todas esas marchas estaban previstas, todas las distancias matemáticamente calculadas en el tiempo i en el espacio, en la llanura i en el monte, en los campamentos i en las ciudades, en las casuchas de la cordillera nevada i en los palacios de las cuatro capitales que formaron el cuadrilátero de su jenio militar, de su mision libertadora:—BUENOS AIRES I MENDOZA—SANTIAGO DE CHILE I LIMA.

I todo eso—otro destello de la predestinacion del jenio—habia sido un plan larga i tranquilamente meditado, durante un período igual a los precedentes en duracion de tiempo (en 1814, en 1815, en 1816), por el entónces casi oscuro, pero enérjico i meditabundo gobernador de Mendoza.—San Martin fué el Guillermo de Orange de la emancipacion americana.

Desde que San Martin mandó en jefe por unos pocos meses, el ejército arjentino llamado del *Alto Perú* (Bolivia), comprendió, en efecto, que el imperio español en la América no era vulnerable por ese rumbo sino por el del océano. I es la ejecucion de ese plan fijo, inmutable i colosal, que tenia por punto de partida un nido de águila sub-andino en el remate de las pampas, i por auxiliar un mar lejano, sur-

cado solo por velas enemigas, lo que ocupa desde aquel momento todas las horas de aquel jenio suspicaz, taimado i grandioso. San Martin, al solicitar como un descanso el gobierno de la oscura Mendoza, engañó a los enemigos de la América i a los propios amigos. Mendoza no era para él una provincia arjentina ni una ciudad de Cuyo: era simplemente la puerta mas ancha i mas traficada de las pampas al Pacífico.—La misma táctica i la misma prevision de *Guillermo el silencioso.*

Bolívar fué un aventurero sublime. Pero San Martin no arriesgó jamas un dia, una jornada, un soldado, en su fria pero inmutable marcha. Para su émulo—mas feliz porque fué mas audaz, mas deslumbrador porque fué mas comunicativo, indiscreto i elocuente,—la América fué el tapiz de una partida jugada a muerte i con locas paradas de suerte i azar, en que arrojaba su vida, su fortuna i su gloria en cada vuelta de los dados. Pero San Martin fué solo un paciente jugador de ajedrez, tranquilo, pensador, inescrutable, que estaba resuelto a no perder jamas, porque presentia que la parada en que se habia empeñado, valia mas que su vida: era la vida de cuatro naciones confiadas a su mente. Por ésto fué el último lo que fué el glorioso *estato holder* de los *Estados de Holanda:*—un múltiple libertador.

III

La historia ha hecho ya caudal del primer paso de los Andes por San Martin libertador. Nosotros, en esfera mas humilde, contamos tambien, en otro artículo histórico, su callado regreso al Plata despues de la victoria (1).

En ese breve ensayo no pedimos prestada a la crónica ni a sus libros ninguna de sus lejítimas galas. Contamos únicamente el viaje del vencedor de Chacabuco, cuya cuesta atravesó al mes cumplido de su triunfo (marzo 12 de 1817) sin mas compañía que la de su fiel ayudante O'Brien, i la de su *baqueano* favorito Justo Estay. I para ésto, no tuvimos nosotros otro guia que sus propias cartas íntimas, de nadie todavía conocidas.

Hoi intentamos proseguir esa relacion interrumpida, sin mas luz que la que arroja esa misma serie de pájinas confidenciales del caudillo arjentino al jefe supremo de Chile don Bernardo O'Higgins, en las bóvedas de cuya mansion de campo, perdida en el valle de Cañete del Perú, recojimos, hace ya cerca de veinte años, con piadoso afan esos testimonios olvidados, pasto del moho del clima i del olvido, que es la roedora polilla de los vivos.

---

(1) Los que deseen completar la unidad de estas narraciones en el período comprendido entre las batallas de Chacabuco i Maipo, pueden consultar, en seguida de la presente, la publicada en este mismo volúmen con el título de *San Martin despues de Chacabuco*.

IV

Llegamos en nuestra primera narracion, hasta la interesante epístola en que San Mantin anuncia su precipitado regreso a Chile desde Buenos Aires, el 22 de abril de 1817.

Vamos a leer ahora su breve i característica epístola anunciando a O'Higgins que está de regreso en Chile.

Copiamos con gráfica fidelidad estas cartas de la intimidad,—simples cuartillas de burdo papel, que hoi la historia convierte en boletines de su gloria. ¿Qué importa la ortografía?—La emancipacion de la América no se logró con *puntos i comas*, sino con la punta de la espada, ni fueron maestros de caligrafía sino jenios, los que la emprendieron i la consumaron.

«Señor don Bernardo O'Higgins.

Santiago, mayo 11 *de* 1817.

Mi Amigo Amado: acabo de llegar con una salud cumplida i un biaje feliz, aprobecho los momentos del estraordinario que sale para dar a V. este aviso como el de que su amable familia está completamente buena.

Por el correo escribiré a Ud. mui largo; en el ínterin nuestro Alvarez ha marchado a Buenos Aires

para desde allí seguir a Londres con la comision que acordamos; todo va perfectamente i estoi seguro la desempeñará con la honradez que le es propia.

A mi amigo querido, el infatigable Zenteno, un millon de cosas i otro de abrazos.

Descanse Ud. por esta, que se trabajará quanto se pueda, vea V. si necesita mas tropa para que salga rabiando i podamos quedar libres de matuchos.

Adios, mi amigo Amado, tendré siempre un orgullo de serlo de V. su invariable.—

JOSE DE SAN MARTIN.»

V

¿Por qué San Martin escribia al Director O'Higgins ofreciéndole tropas desde Santiago, tres meses apénas despues de la victoria, decisiva al parecer, de Chacabuco? Por qué el ilustre viajero no habia encontrado en su palacio al Supremo Director, aclamado por el pueblo, i le dirijia aquel anuncio de su feliz arribo, a un campamento militar, asentado en medio de las lluvias de inclemente invierno, sobre las heladas colinas que dominan las fríjidas vegas de Talcahuano?

Hé aquí lo que, a la carrera de la pluma, vamos a esplicar con el solo propósito de revelar la índole, el significado i el alcance de la correspondencia íntima de San Martin con el jeneral O'Higgins, desde

mayo a diciembre de 1817, puesto que este último es al presente el objetivo único de este ensayo, personal i biográfico ántes que histórico.

VI

Los santiaguinos, siempre cómodos en el reparto de los sacrificios, satisfechos con el triunfo de Chacabuco, cruzaron sus brazos i cerraron sus arcas delante de los apremios de la patria necesitada. Creian que la guerra estaba para siempre terminada porque habian visto entrar por las calles de la ciudad a San Bruno, maniatado i caballero sobre un asno, cubierto de crueles afrentas. I aquello pensaban porque San Bruno habia sido el emblema sangriento i feroz de la reconquista que los habia esquilmado.

Pero, si es cierto que San Bruno iba a morir en el patíbulo i que el cadáver de Elorreaga, intendente de Concepcion, que fué el Freire de la España, habia quedado en la falda de la histórica cuesta, estaba todavía vivo i pujante don José Ordoñez, intendente de Concepcion, camarada de San Martin en la Península, i digno en todo, i especialmente en la astucia i en la constancia, de figurar como su émulo.

I estos tres españoles—digámoslo de paso: Elorreaga, Ordoñez i en seguida Pico—son los tres *hombres representativos* de Emerson en la guerra hispa-

no-chilena:—*Elorreaga* (1813-14); *Ordoñez* (1817-18); *Pico* (1820-24).—Delante de estas figuras, Osorio no es sino un sacristan, Marcó un muñeco i Benavides un simple salteador.

El gobierno de Santiago se contentó con enviar, una semana despues de la victoria (febrero 19), al coronel Las Heras con su batallon—el famoso núm. 11—a reforzar a Freire, que habia pasado las cordilleras por el Planchon para reconquistar el Sur.

Un mes tardó Las Heras en llegar a Talca, por falta de socorros, i el 22 de marzo, inmovilizado en aquella ciudad, escribia a O'Higgins, que él no podia hacer la guerra «con *Padre Nuestros i Ave Marías*,» segun su enérjica i característica frase de soldado.

Al fin, reunido a la division lijera de Freire en el Diguillin, acércase el jeneral arjentino a Concepcion, i Ordoñez le da un furioso ataque en su última jornada hácia aquella ciudad, sobre las lomas boscosas de Curapaligüe, el 5 de abril de 1817,—presajio glorioso de Maipo, en que Las Heras volveria a ser héroe.

VII

Delante del boletin de aquella sangrienta batalla, palideció la *Lojia Lautarina* de Santiago, i se acordó la inmediata salida del Director en persona. Metióse éste en el coche de gobierno (el coche de

Marcó) con el «infatigable Zenteno,» ministro de la guerra, i con un puñado de soldados, se lanzó el 16 de abril al socorro de la division Freire-Las Heras (1).

El 20 de abril estaban los dos viajeros en Curicó dictando medidas severísimas contra los godos; el 22 habian llegado a Talca, un mes despues de Las Heras, i solo el 2 de mayo a Chillan, i el 3 a la histórica hacienda del Roble, vado del Itata.—«Sujete Ud. el mono,» escribia característicamente O'Higgins a Las Heras desde ese campamento, en aquel preciso dia, aludiendo a las violentas arremetidas de Ordoñez.

En efecto, al saber el listo intendente español el peligro de la aparicion de O'Higgins, emprendió otro ataque terrible contra Las Heras el 5 de mayo, en su cuartel jeneral de Concepcion, i a fuerza de heroismo, derrotábalo el último por segunda vez.—

(1) El señor Barros Arana, en su admirable *Historia jeneral de la independencia*—admirable particularmente por su exactitud—anticipa en esta vez en un dia, la salida del Director, engañado por la proclama que éste lanzó el 15 de abril. Pero entre los documentos publicados en 1875 (*Ferrocarril* del mes de agosto) por el malogrado Ignacio Zenteno, sobre los servicios de su ilustre padre, queda comprobada la fecha del 16. Es la misma que en 1860 habiamos fijado nosotros en el *Ostracismo de O'Higgins*.

Es preciso no olvidar, al hacer alguna correccion leve a la *Historia jeneral* de Barros Arana, la circunstancia mui importante de que ésta fué publicada hace mas de veinte años, i que desde esa época se han dado a luz o descubierto muchos preciosos documentos que el prolijo historiador no tuvo oportunidad de consultar.

Hacemos esta declaracion para todos los casos (que serán mui raros) en que tengamos que apuntar alguna rectificacion o discrepancia, con la obra de nuestro distinguido amigo i colega.

Las Heras era hombre que sabia «sujetar el mono».

VIII

Reunido O'Higgins a Las Heras i Freire el mismo dia de la batalla del Gavilan (mayo 5), tomó el primero el mando en jefe del ejército i pasó a rodear a Ordoñez en Talcahuano, arrebatándoles previamente las plazas fuertes de las fronteras (mayo 8 de 1817).

IX

En esos precisos momentos San Martin llegaba a Chile, despues de dos meses de ausencia, en que habia concertado con el gobierno arjentino la invasion del Perú.

X

El caudillo criollo venia a poner por obra su indestructible propósito. La divisa del cartajines Aníbal fué:—*Delenda Roma*. La del paraguayo San Martin,—*Delenda Lima!*

Por ésto, en la breve esquela en que el jeneral en jefe del ejército de los Andes, que ya es el glorioso *Ejército Unido* de Chile i el Plata, da cuenta a O'Higgins de su llegada a Santiago, hai bosquejados suficientemente tres puntos de mira ulterior: 1.° el ofrecimiento de tropas para que vayan «rabiando» a espulsar los últimos restos españoles; 2.° el millon

de abrazos al «infatigable Zenteno,» primera insinuacion para traer a su lado a aquel incomparable organizador de ejércitos,—el Carnot de la revolucion chilena; i 3.° el viaje de Alvarez Condarco a Inglaterra llevando caudales para comprar buques.

Esta última mision tiene un punto negro en la vida de los caudillos de la revolucion de Chile; pero no ha llegado todavía la época de su ventilacion pública: la historia no tiene ni puede tener quitas para sus grandes hombres; pero, ¿no le es lícito otorgar esperas?

XI

Ocúrrese una observacion de detalle que veremos repetirse en casi todas las cartas de San Martin. El caudillo acentúa casi siempre sus pensamientos personales, escribiendo las palabras que envuelven éstos, con mayúsculas, i así nunca se dirijia a O'Higgins sino llamándolo *Amado Amigo.*

Otra circunstancia que interesa al lector filosófico, es esta: todas las cartas que copiamos, son de puño i letra de San Martin, escritas a carrera en pequeñas cuartillas de papel de florete o de hilo; conservan todavía su doblez lonjitudinal i están sin cierro ni oblea, porque probablemente iban todas incorporadas en los paquetes de la correspondencia oficial.

Hé aquí ahora la segunda e interesante carta del jeneralísimo al Director en campaña:

Señor Don Bernardo O'Higgins.

Santiago y Mayo 18 *de* 1817.

Mi Amigo el mas Amado: precisamente estabamos en los fuegos artificiales que se hacian en la plaza quando reciví la de V. del 7, no ha estado malo el refregon, i cada dia me convenzo mas i mas de la utilidad de su marcha a esa, sin la cual la Division del S. se hubiera desecho enteramente (1).

Se q.e Quintana a echo su renuncia: si V. la admite no se le pase a ud. p.r la imajinacion el delegar en mi, en *la intelijencia* de q.e no admito (2).

El siguiente dia de mi llegada se me presentó Manuel Rodriguez; no me pareció decoroso ponerlo en arresto, i mas cuando consequente a la q.e me escribió le aseguré su persona hasta tanto V. resolviese; el me ha echo las mayores protestas de su sinceridad y deseos de demostrar a V. su buena comportacion, yo no salgo garante de sus palabras, pero soy de opinion que hagamos del Ladron fiel; si V. es de la misma yo estaré mui a la mira de sus

(1) Los fuegos artificiales a que alude esta carta, fueron probablemente en celebracion de la toma de Nacimiento por el bravo *tacho* Cienfuegos el 13 de ese mismo mes, accion en que perdió un brazo el valiente jeneral don Domingo Urrutia, que aun sobrevive despues de sesenta años de esa gloriosa mutilacion.

(2) Por la próxima carta de San Martin se verá que no se habia equivocado en su presentimiento.

operaciones y a la Primera q.[e] haga le damos el golpe en terminos q.[e] no lo sienta: contesteme V. sobre este particular p.[s] en el interin le he mandado salga fuera de esta i se mantenga oculto hasta su resolucion.

Trato de aumentar el Exto. con 1.000 hombres, reclutas, aumentando el Batallon de Cazadores i el 1.[o] de Chile. Este se me asegura está en muy mal Pié p.[r] el abandono de Bial lo que me hace resolver a traerlo a esta para que se organize.

Seria mui conbeniente formar un batallon de Cazadores en Coquimbo, si es de su aprobacion de V. digame a quien ponemos de Comandante y con el Quadro de of.[s] y sarj.[tos] marcharan p.[a] q.[e] a la primabera esté formado i corriente.

He tomado providencias sobre vestuarios, oy me presentará Perez la muestra de la Bayetilla del País ya abatanada a ver como sale; tambien se han comprado los Paños q.[e] han benido de B[s]. Ayres, y en brebe todo estará hecho.

Las postas estan en malísimo Pié, y al efecto he hablado con Prast.

Los Carreras no han llebado un solo Quartillo, ni menos adsignacion alguna p.[r] cuenta del Estado (1).

Han llegado de B.[s] Ayres los 400 sables p.[a] ca-

(1) Se creia entónces que los tres hermanos Carreras se habian dirijido a Estados Unidos con una comision nominal del gobierno arjentino.

balleria, y espero q.[e] en el Bergantin *Salbaje* q.[e] salió de aquella capital vengan 700, así como otros muchos artículos de guerra q.[e] nos son muy necesarios.

No tenemos Polbora p.[a] nada i se pide a B.[s] Ayres 300 quintales que si la necesidad es urjente los haremos pasar a Cordillera Cerrada.

Nada me dice V. de nuestro Freyre, ni de Merino, al 1.[o] dele V. muchos recuerdos de mi parte.

Digame V. lo q.[e] necesite de artículos de Guerra p.[a] q. marchen en el momento.

Oy se recibe Guido; este jóven apreciable nos ayudará con sus luces i buenos deseos en fabor del Pais; me encarga infinitas cosas p.[a] V. y Zenteno, al que tiene los mayores deseos de conocer.

La Mamá i hermana estan completamente buenas, pero llenas de cuidados por V.

Adios mi Eterno Amigo: el próximo correo impondrá a V. de mis ocupaciones y trabajos hechos en B.[s] Ayres los que creo seran de su aprobacion.

su

JOSE DE SAN MARTIN.

XII

Dos cuestiones envueltas en la lacónica rapidez de estas confidencias, sorprendidas hoi a la revolucion hispano-americana, necesitan un lijero comentario.

¿Quién al leer lo que la carta precedente dice sobre Manuel Rodriguez, no presiente que San Martin seria en breve su implacable esterminador? Quién no sospecha ya que su mano fué la que condujo aquel golpe «dado en términos que no lo sienta,» asestado un año cabal mas tarde en las gargantas de Tiltil? I sin embargo, si es esa la apariencia siniestra que se diseña en la presente, i con mas enerjía en cartas posteriores de San Martin, lo que la historia deberá acojer como fruto de verdad, es precisamente todo lo contrario. San Martin amaba particularmente a su heróico precursor de 1816. Le distinguia, lo calmaba, le daba sanos consejos de tranquilo patriotismo americano. En una palabra, queria salvarlo contra él mismo i contra la *Lojia Lautarina*, empeñada en apagar en un charco de sangre la voz de aquel tribuno sublime, pero inquieto, incorrejible i turbulento. San Martin fué el último protector de Manuel Rodriguez, i cuando el héroe cayó bajo el golpe aleve, hallábase aquel a cuatrocientas leguas distante del consejo i del puñal, i aun—¡notable coincidencia con la carta precedente del 18 de mayo de 1817 i con la que escribió en Buenos Aires *en el mismo dia* del asesinato de Manuel Rodriguez!—San Martin aplaudia desde aquella ciudad, la idea de que salvaran al ingobernable criollo desterrándolo (1).

(1) En esta carta fechada en Buenos Aires el 26 de mayo de 1818 i

XIII

El segundo punto concretado en el lacónico párrafo relativo a la renuncia de Quintana i a su resolucion irrevocable de no aceptar el puesto de Director-delegado, envuelve una cuestion histórica de vasta importancia.

El distinguido historiador nacional Barros Arana, ha esplicado satisfactoriamente el oríjen del nombramiento de Quintana—un simple coronel, «porteño i pintor,» primo hermano por afinidad de San Martin—para aquel elevado puesto. Pero el siempre bien informado escritor no lo estuvo esta vez con acierto al pintar a Quintana como un «hombre modesto por carácter,» i aun «modesto hasta ser humilde» (1).

Todo lo contrario: Quintana era la arrogancia en persona, i precisamente el incidente que habia motivado la renuncia de que habla San Martin, era uno de indecible orgullo, que vamos a contar.

Vivia don Hilarion de la Quintana—que este era su pomposo nombre—en la casa que fué del teólogo Lacunza i es hoi de la Caja hipotecaria (la moderna teolojía), i estaba acuartelado enfrente, en el

---

que hemos copiado en el *Ostracismo de O'Higgins* (páj. 329), San Martin decia a O'Higgins:—«Tiene Ud. razon en asegurar que sin la separacion de los díscolos, jamas tendremos seguridad. La salida de Manuel Rodriguez asegurará la de ese pais».

(1) *Historia,* vol. IV, pájinas 78 i 79.

claustro de los antiguos jesuitas, el rejimiento de artillería de Chile, todavía en cuadro, que mandaba el coronel don Joaquin Prieto. Una tarde—la del 2 de mayo 1817—en que el Director-delegado recientemente nombrado, volvia de su despacho en el palacio dictatorial de la plaza, el centinela del cuartel fronterizo de su morada particular, olvidó presentarle armas conforme a ordenanza, i sin mas que ésto, furioso el potentado, mandó llamar al coronel Prieto, que tenia su misma graduacion, lo insultó con grosería i le ordenó desalojara su cuartel trasladando su cuerpo a San Francisco.

Produjo este lance profunda irritacion en Santiago, i motivó la renuncia a que se refiere el jeneral San Martin, anticipando un rechazo perentorio de toda investidura de autoridad política en el pais.

Quintana continuó desde entónces, es decir, desde la llegada de San Martin, aparentemente en el mando. Pero la siguiente carta, escrita dos semanas despues de la anterior, confirma las elevadas ideas del jeneralísimo arjentino sobre la designacion del Director-delegado. Este, a su juicio, debia ser precisamente un chileno.

Fuera de esta sentencia, la carta que copiamos a continuacion, contiene muchos puntos de interes, si bien apénas delineados por la pluma veloz de San Martin, que tuvo en su vida dos odios pronunciados,—el de los españoles i el de las cartas.

Hé aquí la que escribió al jeneral O'Higgins en el corazon del rigoroso invierno de 1817 :

«Señor don Bernardo O'Higgins.

Santiago y junio 5 *de* 1817.

Mi Amigo muy Amado: la de V. del 13 del pasado la tengo a la vista.

Me parecen justísimas las razones q. V. espone sobre las operaciones q. en su concepto de V. deven adoptarse p.ª destruir al Enemigo: p.r lo que manifiesta el plano lebantado p.r Arcos la posicion es formidable, ella demuestra q. la llabe de toda ella es el Reducto Centinela, pero el ataque de este p.r 300 hombres es sumamente abenturado, bien sea anticipandose, o bien si es rechazado del q.e debe executarse de frente sobre la línea, en todo caso mas bien preferiria el ataque p.r el Reducto N.° 1.° y en caso de suseso marchar sobre el Pueblo, p.s de este modo quedaba su línea flaqueada i sin tener como subsistir. P.° mi amigo, V. conoce cuanta diferencia hay de calcular sobre un plano p.r exacto que sea a observar sobre el terreno; en esta intelijencia V. está suficientem.te autorizado y tiene toda my voluntad para obrar como mejor le parezca.

Seria muy conveniente lebantar otro batallon de Inf.ª i para esto es de necesidad (salvo el parecer de V.) el q. nuestro Freyre lo mande; al efecto q. benga i en el caso de no poderlo hacer por haora,

mandeme V. el despacho de tal Com.^{te} del 2.º de Inf.^{a} de Chile p.^{a} no perder tiempo en su organizacion y q. la primabera nos encuentre con fuerzas ya organisadas. Si V. tiene Sarj.^{to} mayor p.^{a} este cuerpo q. benga, y si no aquí se buscará.

Me es imposible poder admitir la Direccion q. la bondad i Amistad de V. me habia confiado sobre lo que contesto de oficio, V. sabe mis compromisos públicos y la imposibilidad de faltar a ellos, p.^{r} lo tanto ruego a V. q. p.^{r} el bien del Pais y p.^{r} la opinion pública nombre a otro que a Quintana, este es un caballero pero el pais se resiente q. no *sea un chileno el q. los mande,* interin V. biene podia nombrarse un hombre de bien y amable, (pero con caracter) q. desempeñase este empleo.

Pasado mañana salen p.^{a} esa 33 Gran.^{s} a caballo y dos of.^{s} igualmente 92 Negritos del 7.

Si a V. le es muy urgente la fuerza que me pide marchará Albarado con todo su Batallon no obstante lo terrible del tiempo p.^{r} las aguas p.^{s} si sacamos los 300 hombres del 1.º de Chile este Cuerpo no se formará jamas; p.^{r} otra parte está desnudo y sé q. no solamente no tiene la menor disciplina, ni instruccion sino q. Gefes i oficiales estan en orrendo Cisma; estas consideraciones me han resuelto a q. dho. cuerpo benga a esta p.^{a} metodizarlo, ordenarlo y vestirlo.

Se le comunica a Ud. la resolucion de Puyrredon

sobre las Heras y mi contestacion, sineınbargo si V. cree conveniente el remitirlo hagalo. (1)

José Mig.[l] Carrera, ha fugado a Montevideo i segun lo que me dice Puyrredon se aseguraba en aquella plaza q. su animo era el de venir a formar montoneras a Chile: yo lo dificulto p.[s] esta especie de guerra se necesita de mas coraje q. el de José Mig[l].

Por la estraordinaria de hoi se impondrá V. de los felices susesos del Perú, en esta los emos celebrado con salbas, repiques etc.

La Iglaterra amenaza una explosion jeneral; al Principe Regente, le tiraron dos tiros dentro de su coche: la España próxima a un ronpim.[to] con el Brasil p.[r] la ocupacion de la Banda Oriental, cuya guerra se creia inevitable.

Lo de Pernanbuco lo sabrá ud. por los papeles públicos.

El cap.[n] Boules llegó a B.[s]Ay.[s] a la salida del Correo, pero no habia desembarcado, abisaré a V. lo q.[e] me escriba (2).

Escrivo a Alvarez q.[e] si el aspecto q.[e] toma la Inglaterra no es favorable que no su mueva hasta q. lo consulte a V.

---

[1] Nunca hemos tenido cabal conocimiento de este incidente. Pero Las Heras tenia un carácter fuerte i no consentia en avasallarse. De allí probablemente algun choque con O'Higgins en Concepcion, como el que mas tarde tuvo con San Martin en Lima.

(2) El comodoro ingles Bowles (que por su pronunciacion llamaban en Santiago el capitan *Baule*) mandaba la estacion inglesa en el Pacífico, i era íntimo amigo de San Martin i mui parcial a la causa americana.

No puede V. figurarse la falta que hace Zenteno en esta, V. haria un bien si lo enviase, y tomando a Arcos p.^{r} su secretario; crea V. mi amigo q. el ramo de Guerra necesita un hombre de la actividad i trabajo de nuestro amigo.

En fin mi amigo, yo lo saludo con la cordial amistad de su eterno

JOSE DE Sn MARTIN.

No puede mejorarse el Establecim.^{to} de la Lejion de honor i la debuelbo (1).

Ba la orijinal de Pueyrredon, remitamela V.»

Vale.

XIV

Las tres cartas que siguen a continuacion, son de simples detalles, pero ellas ponen de manifiesto el jigantesco trabajo de aquella época de penurias, de afanes, de batallas i de gloria. Santiago era una maestranza, i San Martin intervenia en todo, desde la compra de los armamentos en Buenos Aires, hasta en los tratos femeninos para la costura del uniforme que debia abrigar nuestro desnudo ejército. —Atendia a la vez a la política i a los cuadros de reclutas; a la escuadra enemiga que bloqueaba nues-

(1) Indicio de las ideas monárquicas que siempre tuvo San Martin, en oposicion a O'Higgins i especialmente al espartano Zenteno. Pero estos dos últimos cayeron en esta debilidad de las órdenes de caballería.

tras costas, a las conspiraciones internas que amenazaban derribar por tierra la base de sus grandes pensamientos. Santiago era en 1817 «la ciudadela de la América,» i es preciso reconocer que no pudo estar bajo la mano de un mas vijilante, receloso e infatigable castellano. Todo lo que le hacia falta, i por lo cual alzaba en cada carta clamores al cielo, era la presencia del hombre que fué el yunque de la revolucion, como San Martin fué el martillo,—el jeneral Zenteno.

Hé aquí en órden sucesivo tres cartas de múltiple materia, escritas todavía en el invierno de 1817, entre el 28 de junio i el 16 de agosto:

XV

«Señor don Bernardo O'Higgins.

Santiago y junio 28 *de* 1817.

Mi Amigo Amado: reciví la de V. del 5. Queda Man.[l] Rodriguez agregado al Estado Mayor del Exto. con su grado: yo bijilaré su conducta q. creo no tardará mucho en descubrirse, pero tiemble porq.[e] hago con el una completa Alcaldada si me dá el menor motivo (1).

Caseres se pondrá a la cabeza del 2.° de Chile, q.[e] se ba a formar: indiqueme V. otro p.[a] el Bat.[n] de

(1) O'Higgins aceptó con reservas las miras protectoras de San Martin sobre Rodriguez.—Véase su respuesta en el *Ostracismo de O'Higgins*, páj. 327.

Cazadores, de Coquimbo; la Eleccion de V. en Caseres me parece muy bien, p.s tiene instruccion, caracter i honradez.

Si me remite V. a Freyre se podrá lebantar en el momento el 1.° de caballeria de Chile p.a q.e se ponga a su cabeza.

Dentro de un mes estaran concluidos los vestuarios; p.a el 7 i 11, los q.e marcharan sin perder momento: para cada uno de estos cuerpos se han mandado construir 800: p.a los dos Esquadrones de Gran.s i Art.a ya han sacado lo q. les pertenece i yo cuidaré de q.e se remitan.

Ha llegado el 1.° de Chile con 640 plazas pero no puede V. figurarse su estado de atraso y desorden: el Con.el Vial y el ten.te con.l Campino han sido suspensos p.r mi i pasados a la Comision Militar p.a ser jusgados, el 1.° p.r ser acusado p.r Campino y 16 of.s de . . . . . . y abandonado, y el 2.° p.r complotacion con los mismos of.s p.a representar contra el Coron.l i haver dado de bofetones a un cap.n al frente del bat.n formado: creame V. que mas da que hacer este cuerpo q.e todo el Exto: en fin debemos ponerlo en órden lo mejor posible.

Sin Zenteno no seran muy rápidos los Progresos del Exto. ya tengo a V. dho. el correo anterior mi opinion sobre su benida.

Pasan de 4.600 los hombres alistados en el Bat.n Cíbico de ésta; antes de ayer consulté con Quintana la formacion de quatro Batall.ns dividiendolos en

quatro quarteles, cada cuerpo con un Com.[te], un Mayor i dos Ayudantes, igualmente que la formacion de otro cuerpo Cíbico de los Antiguos Infantes de la Patria q.[e] segun me aseguran sirvieron a las ordenes de V. mui a su satisfaccion.

Remito a V. el manifiesto de Soler es necesaria toda su desfachatez p.[a] ponerse a mentir a la faz del Exto. ¡q.[e] pícaro tan malvado! ha sido haciendo de V. y de mi las ausencias mas indignas que son imajinables, oy le escribo como merece.

Diga V. a nuestro Zenteno q.[e] no le escribo p.[r] q.[e] talvez estará fuera de esa.

Adios mi Amado amigo, hasta la muerte lo querrá su

S.[n] MARTIN.»

XVI

«Señor don Bernardo O'Higgins.

Santiago y julio 21 *de* 1817.

Amigo el mas amado. La de V. del 4 está en mi poder.

Veo lo q.[e] V. me dice de su disposicion para atacar a Talcaguano, creo que los resultados seran felices y si no lo son tendremos paciencia: al cabo jamas puede pasar la tentatiba de una pequeña pérdida i nunca una derrota q.[e] era lo que podia desopinarnos, p.[s] con nuestra caballeria estamos en actitud de replegarnos tranquil.[te] (en caso de revez)

a nuestra posision sin ser incomodados, en fin V. es dueño absoluto de hacer lo q.e quiera.

Ba la propuesta p.a Gueras (1), este sujeto ama a V. i en el dia está en la Academia Militar mui contraido, lo han querido ganar p.o no han podido.

No ha estado malo el pequeño refregon de la Abanzada, pero mucho mejor haverle a V. proporcionado reconozca con calma la posicion enemiga.

V. me dice q.e no *conoce un solo hombre en quien dexar la Delegacion*, hagalo V. en Zenteno y bera V. si todo toma un nerbio como corresponde de lo contrario nada se hace i todo se lo lleba el Diablo. Recabarren de quien yo tenia formada una opinion bentajosa es una bieja debil, y nada mas, benga Zenteno i bera V. si todo marcha bien (2).

A toda priesa se estan construyendo los vestuarios del 7 i 11: el de Gran.s tiene ya Melian el paño i demas efectos en su poder p.a su construccion q.e creo concluida en este mes.

Si es V. feliz en Talcaguano, buele V. a esta: su presencia es necesaria.

---

(1) El bravo Bueras.

(2) Mui pobre idea tenia O'Higgins, segun lo que escribia en esta carta a San Martin, sobre los *notables* de Santiago. En realidad, la cuestion de delegacion solo vino a resolverse *pro forma* cuando Zenteno regresó a Santiago en agosto de 1817, acudiendo al fin a los incansables llamados de San Martin. En una carta intima de Zenteno, que era el verdadero gobierno en ausencia de O'Higgins, le decia:—«Ya está hecho el barro i de él hemos sacado la jente.»—Esta jente se compuso del integro patriota don Francisco Antonio Perez, i de dos oficinistas subalternos, don Anselmo Cruz i don José Manuel Astorga, el conocido jenealojista de la «cajita de oro.»

Los discolos siguen minando, pero V. berá el golpe que se les da.

Mañana me voi a la chacara de Tagle, el estado de mi salud lo exije imperiosamente.

La *Benganza* y un Bergantin se presentaron en Valparaiso, el 16 desaparecieron enteram.^{te}

Han salido de B.^{s} Ay.^{s} dos fragatas en Corso p.^{a} las costas de Lima, una de ellas de 32 cañones.

Nada de Europa.

El cap.^{n} Boules estará en estos Mares en todo octubre.

Se han pedido otros mil reclutas, en fin se hará lo q. se pueda.

Digame V. a quien se pone de Sarjento Mayor de Plaza, en lugar de Caseres.

Sea V. tan feliz como merece le desea su amigo eterno.

JOSE DE Sn MARTIN.

En su amable familia no hay novedad.

Que le parece a V. Manuel Rodriguez? no le ha acomodado la diputacion de B.^{s} Ay.^{s}, pero le acomodará otro destino en la India si es que sale pronto un buque p.^{a} aquel destino en brebes dias como se me acaba de asegurar, es bicho malo i mañana se le dará el golpe de gracia.

Ba una caja de Instrumentos de Cirujia p.^{a} el doctor Green, q.^{e} un apasionado suyo se la remite: hagame V. el favor de entregarsela: ba rotulada a V.

Vale.»

XVII

«Señor don Bernardo O'Higgns.

Santiago i agosto 16 *de* 1817.

Mi Amado Amigo: boy a contestar a su apreciable del 1.º de éste.

Veo p.^{r} su relacion q.^{e} la línea Enemiga presenta inconbenientes respetables y q.^{e} su ataque nos puede costar mucha sangre, si V. calculase q.^{e} el éxito no sea feliz no hay mas advitrio q.^{e} esperar a q.^{e} nos lleguen los buques, y en el interin engrosar esa division lo q.^{e} V. pueda, en fin, V. q.^{e} está a la vista dispondrá lo q.^{e} quiera y le paresca.

Años se me hace la tardanza de Zenteno, tal es la falta q.^{e} hace.

Ya digo a V. oficialm.^{te} la salida de los 50 hombres del 1.º de Chile, los 30 granaderos y el ten.^{te} coronel La Rea p.^{a} Talca.

Se está esperando el Armamento del *Salbaje* q.^{e} por no esponerlo biene por tierra.

Ya le dirán a V. en la presision q.^{e} los discolos nos han puesto, estos hombres no quieren otra cosa que la ruina del Pais.

Se avisa a V. de la Espedicion Española encontrada mas al S. de la Línea; segun los Papeles ingleses q.^{e} le incluyo su destino es a Puertos intermedios: p.^{r} si algun buque disperso arriba a Valparaiso o Coquinbo se han dado órdenes p.^{a} que le den buena acojida.

Por el estado Gen.l q.e remito a V. notará q.e nuestra fuerza progresa.

Ba a darse principio luego q.e las aguas sesen al campo de Instruccion.

Siento en el Alma no halla V. pasado p.r las Armas al Cap.n Frances Druet, pero marchará con la recomendacion q.e V. me encarga (1).

Cruz será nombrado p.a mandar Batallon de Coquimbo, beré si encuentro un buen Mayor q.e darle.

El Comodoro Boules me escribe que estará en Valparaiso en todo Septiembre, su benida puede ser mui interesante.

Han quedado a la vista de Valparaiso el *Pezuela* i *Potrillo*, iva a salir el *Aguila* i el *Rambler* a batirlos, i Alvarado me asegura del buen éxito.

Las Gazetas Ynglesas y las cartas particulares de Lóndres manifiestan el interes q.e las Cámaras ban tomando en la suerte de la América, beremos q.e resulta.

Salió la Pólbora, balas i Papel q.e V. pide p.a los 60 mil cartuchos.

Es imposible p.r ahora mandar a V. caballo alguno hasta que se repongan p.s es tal su flacura q.e aun los mantenidos a Pesebre no pueden caminar quatro leguas. He encargado a Lusuriaga compre p.r quenta de este Estado tres mil caballos y los re-

---

(1) Este oficial fué fusilado en la República Arjentina i pereció con estóico cinismo. Ignoramos su crímen.

mita al abrirse la cordillera, p.[s] p.[r] esta están sumamente escasos.

Mucho selebro q.[e] Manuel Escalada se porte a satisfaccion de V.

Beremos si hasta la salida del Correo ocurre otra cosa, en el interin. Es su eterno amigo

JOSE DE SAN MARTIN.»

XVIII

Una cosa, un sentimiento, una inspiracion constante, reina en estas cartas calorosas del patriotismo, ademas del sentimiento americano, inalterable como el bronce, que las dicta: es la cordialidad, la consulta, la sumision, aparente tal vez, pero tan inalterable como la lealtad, lo que predomina en el ánimo del caudillo que las firma. San Martin no olvida un solo momento que es un jeneral arjentino, un caudillo americano el que escribe a un supremo majistrado del pais en que reside i que defiende. Se observará que San Martin está seguro de la aprobacion de aquel hombre en cuya voluntad él mismo declaraba habia mas *cera* que *acero*. Sea! pero no por ésto, el estilo, los detalles, las menudencias mismas del servicio, consultado paso a paso, hombre por hombre, dia por dia, dejan de acusar un gran respeto en el hombre que se ha pretendido vino á tratarnos como déspota i tirano.

En otro sentido: si bien es cierto que O'Higgins

era el mas alto majistrado político de Chile, no debe olvidarse que, como jeneral en jefe de una division del *Ejército Unido*, estaba él mismo sometido al jeneralísimo, que era San Martin. ¿I en cuál de sus cartas no dice éste a aquel, con la llaneza sin rodeos del camarada, que es dueño absoluto de emprender lo que mas le plazca con la division de su mando?—Nó. Si hubo arrogancia, si hubo orgullo en la ocupacion arjentina, no descendió aquella de la altura, i aun en casos famosos, ya se sabe que el gobierno del Plata, tan patriota como el de Chile, sacrificó a Soler por su soberbia, entregó a Quintana a su destino por impertinente, desterró a San Luis al insolente Monteagudo, i aun aceptó, en obsequio de la union de los dos paises, la caida del mas probo i firme de sus lugartenientes,—la separacion de Las Heras.

XIX

Ahora con relacion al trabajo puramente militar de San Martin en la época que hemos elejido para este relato, preciso es, a fin de abarcarlo en su conjunto, traer a la vista las revelaciones de los hombres que le acompañaban como sus principales confidentes i cooperadores. Vamos por ésto a escuchar lo que de sus hábitos caseros nos ha recordado, poco ántes de morir, uno de los próceres de la revolucion americana, delegado entónces del gobierno arjentino

en Chile i compañero de habitacion del jeneral en jefe del ejército de los Andes (1).

XX

Levantábase el jeneral San Martin de su angosto lecho de campaña con dos horas de noche en el rigor del invierno, i acababa apénas de beber su café militar, poníase al bufete. Invariablemente entregaba cada mañana, a las cinco en punto, sus minutas de correspondencia a su secretario, i entónces, cuando el jeneral Zenteno trabajaba por el sueldo de veinticinco pesos mensuales, veinte horas de las vienticuatro del dia, no habia *veinticinco por ciento* para los empleados públicos que asisten a las doce a su despacho, i que a mas del sueldo i el ocio, tienen feriado, viático, jubilacion i dieta (2).

---

(1) El jeneral don Tomas Guido publicó entra diversos trabajos históricos de gran interes, en la *Revista de Buenos Aires* (abril de 1864), una relacion del *primer combate de la marina de Chile;* i de esa relacion estraemos los curiosos datos personales que en el texto agrupamos sobre la vida doméstica del jeneral San Martin en Chile.

El jeneral en jefe del *Ejército Unido* ocupaba el departamento de la derecha de la casa que es todavía palacio arzobispal, cayendo sus ventanas a la calle de la Compañía.—Guido, en su calidad de ministro arjentino, habia sido instalado en las piezas de la derecha. Por manera que durante ocho o diez meses, fué testigo presencial de todos los actos de la vida del campeon americano.

(2) Como simple dato de moralidad pública, de oportunidad i de contraste, reproducimos el siguiente decreto, página honrosa de la vida de un grande hombre en una época de grandes cosas i de grandes almas:

«Por el Ministerio de la Guerra, con fecha 29 de enero próximo pasado, se oficia a este Gobierno como sigue: «El excelentísimo Director del Estado ha tenido a bien aprobar el nombramiento de secretario para los asuntos de la guerra que hizo US. a favor de don José Ignacio Zenteno,

XXI

San Martin trabajaba seis horas consecutivas en su despacho, hasta dejar espedito el dia. No era hombre de «mañana,» ni de «siesta,» ni de «cena,» como eran casi sin escepcion los hombres nacidos en la colonia, ántes que los despertara la diana de la revolucion. A las diez i media de la mañana daba audiencia a todos los jefes de los diferentes servicios i administraciones públicas,—ministros, jefes del ejército, comisarios, tesoreros i hasta a los simples soldados, a cuya clase, como se sabe, San Martin, jeneralmente terco con los oficiales por su responsabilidad, era mui afecto, atendiendo a todas sus necesidades con suma induljencia.

XXII

A la una del dia el jeneral en cuartel hacia su única comida. Pero no escojia para ésto ni el boato ni el deleite de su corte militar, sino que se refujiaba invariablemente en la cocina, i allí, sobre una

con el sueldo de *veinticinco pesos mensuales*, por solo el tiempo que existan acantonadas las tropas en ese destino; no dirijiéndose a US. el título como propone, por no considerarse necesario, respecto a ser suficiente el aviso que con esta fecha se da al Ministro de Hacienda para la competente toma de razon de esta providencia. De órden de S. E. lo comunico a US. en contestacion a su consulta de 13 del corriente».—Lo trascribo a usted para su intelijencia i efectos consiguientes.—Dios guarde a usted m. a.—Mendoza, febrero 13 de 1816.—*José de San Martin*».—A don José Ignacio Zenteno.

tosca mesa, se hacia servir, como en el campamento, lo que mas apetecia su débil estómago, o probablemente lo que estaba mas pronto para su parco apetito de soldado. Eran estos los momentos de espansion i de confianza que elejia San Martin para los suyos: era ese el *cuarto de hora* de los favoritos, i frecuentemente le hacian compañía uno o dos de sus íntimos,—Necochea o Lavalle, Alvarado o Paroissien, Quintana o el jeneral Blanco Encalada, a la sazon simple comandante. Su compañero de habitacion, el coronel Guido, presidia la mesa de Estado, que se servia con profusion a las cuatro de la tarde por «el famoso Truche, de gastronómica memoria» (1).

Lo mas que hacia el jeneral en obsequio del buen humor i del apetito de su robusto estado mayor i de sus diarios convidados, era acompañarlos a beber el café de sobre mesa, entregándose en esas ocasiones, con el chiste de un criollo i la afabilidad de un compañero de armas, a las alegres anécdotas que siguen al festin.

XXIII

En la tarde daba San Martin un prolongado paseo, envuelto en su capa militar, por los tajamares,

(1) Así lo llama el jeneral Guido, i desde léjos aquel artífice huele no a pescado sino a salchicha jenovesa. El cocinero del director O'Higgins era frances, i se llamaba Cárlos Arsol, llamado naturalmente *Al sol* por la jente santiaguina, amiga antigua de la *resolana*.

su alameda, entónces en gran boga. A las ocho de la noche volvia al trabajo, especialmente para imponerse de la correspondencia del dia, i a las diez se echaba fatigado en su duro catre-cofre.—En el palacio de los opíparos obispos de Chile, que tenian por tributarios siete conventos de monjas (de mil quinientas a dos mil mujeres, prolijas en el uslero e inimitables en el almíbar i en los huevos chimbos), San Martin comia en la cocina i dormia en el mismo colchon que le habia servido en los páramos de la cordillera.

XXIV

I esta vida austera, sobria, dura, casi cruel por su labor i por sus privaciones, estaba agravada por profundas dolencias físicas que realzaban su enerjía. San Martin, aunque dotado de una constitucion jeneralmente robusta, sufria una profunda irritabilidad de estómago, para la cual su médico—un empírico de la escuela antigua—le habia acostumbrado a envenenarse gradualmente con opio (1).

Fué esta una pasion, o mas bien, una enfermedad funesta del jeneral San Martin.—En vano sus amigos le sustraian los pomos del mortal soporífero, co-

(1) El médico de San Martin era el doctor Zapata, del mismo nombre del fraile a quien aquel mandó quitarse en la firma el *Za* del apellido, por haberlo llamado en un sermon «Martin Lutero». El médico de O'Higgins era el doctor Green, que, segun tenemos entendido, ha dejado larga sucesion en el sud de Chile.

mo lo ejecutara en muchas ocasiones su confidente Guido (quien lo cuenta); en vano se lo pedian, en nombre de la causa americana, sus mas respetables colegas.—«He procurado con instancia persuadir a San Martin—escribia el director del Plata, Pueyrredon, al delegado de su gobierno en Chile, don Tomas Guido, el 16 de junio de 1818—que abandone el uso del opio; pero infructuosamente, porque me dice que está seguro de morir si lo deja: sin embargo, me protesta que solo lo tomará en los accesos de su fatiga».

¡Triste e incurable humanidad! Largas e insondables han sido las meditaciones a que se han entregado los historiadores de la América para esplicarse algunos de los actos mas trascendentales de la vida pública del jeneral San Martin:—su inercia en el Perú, despues de la ocupacion de Lima; su inferioridad a Bolívar en la entrevista de Guayaquil; su incomprensible i casi culpable abandono del Perú en la primera crísis de su revolucion.

Pero hoi, para comprender a fondo todos esos misterios que afectan el destino de un mundo, ¿no nos basta cojer en la mano un pomo de opio oriental i esplicar las condiciones tóxicas sobre el cuerpo i el alma, de ese fatal veneno?

San Martin esperimentaba tambien frecuentes ataques de un reumatismo (enfermedad de soldado), que agobiaba su brazo derecho junto al puño, i de aquí otra de las causas que descubren su aversion a

escribir, haciendo tan preciosas las pocas hojas autógrafas que de él se conservan para el grande archivo americano.

XXV

Pero no se crea por ésto que todo era fatiga, labor i duras enseñanzas en derredor del caudillo de los Andes. Hemos dicho que San Martin era un jeneral lacedemonio, pero no hemos dicho que fuera un espartano. Sin amar los placeres ni el vino, ni el juego ni el deleite de pasiones misteriosas, San Martin gustaba de las alegrías ajenas, i comprendia, a fuer de hombre de mundo, que el fausto i la cordialidad social de los banquetes i de los saraos son medios sencillos de gobernar a los hombres, i aun mas honestos que los artificios de la intriga, i mas eficaces sobre la muchedumbre que el prestijio ejercido sobre las almas bajas por la opulenta avaricia de los palacios, parásitos del tesoro público.

Por eso San Martin mantenia permanentemente *mesa de Estado* a sus espensas, i por eso una vez a la semana i en los dias de noticias felices de las armas, tenian lugar en el palacio de los obispos aquellas famosas *tertulias de San Martin*, tan celebradas como los *bailes de los Carreras* en la «patria vieja,» cuyos recuerdos formaban el encanto de los círculos femeninos que, en la mitad del presente siglo, peinaban todavía las canas de la «patria nueva.»

Muchas veces esas tertulias se improvisaban en casa de los patricios de la ciudad al primer repique que anunciaba una victoria.—«En ménos de diez minutos—escribia al jeneral O'Higgins, asilado durante todo el lluvioso invierno de 1817 en la tétrica Concepcion, uno de sus confidentes de Santiago, con motivo de la noticia de la ocupacion de Arauco por el bizarro Freire;—en ménos de diez minutos L*** armó un ramillete de dulces secos i de caldo, de alojas, licores i *ron*, que ya no nos entendíamos de abrazos i gritos».

En otras ocasiones, la alegría tomaba el carácter de una verdadera manifestacion patriótica, i ésto sucedió precisamente en el primer aniversario de setiembre durante la era de la patria nueva.—«El dieziocho—escribia el *cuentista* contador don Hipólito Villegas, a su amigo el Director Supremo, a Talcahuano—celebramos la gran funcion de nuestro aniversario político i el domingo 21 dió el jeneral con el diputado Guido un gran baile con *ramillete* i *cena* que duró hasta el amanecer, viniendo despues a rematar el baile a las ocho i media de hoi en la plaza mayor, siguiendo despues el almuerzo, i dicen que esta noche son los *conchos* del baile» (1).

(1) Carta del 22 de setiembre de 1817.—En carta escrita pocos dias ántes (agosto 1.°), Villegas anunciaba a O'Higgins que habian apresado en la *Perla* veinte i tres cajones de efectos personales, remitidos de Cádiz a Marcó del Pont; i entre otras cosas, hablándole de unas medias de

XXVI

Pero las *tertulias de San Martin*, que es el nombre con que han pasado a la crónica social de Santiago, tenian un carácter mas culto, patriótico i significativo. Era la fraternidad de dos pueblos en los afectos del corazon, en la adoracion de la belleza, en los tiernos homenajes al heroismo. Invariablemente ántes de romper el primer baile, todos los asistentes se agrupaban en un gran círculo, cojidos de las manos los caballeros i las damas, i al son de la música de los cuerpos militares, se cantaba en coro la cancion arjentina como un homenaje a la patria i a la bandera bajo la cual Chile habia sido redimido. En seguida, presidido casi siempre por San Martin, se rompia el primer minué de honor, i la tertulia se prolongaba en grata i festiva confianza hasta las altas horas de la noche.—«Franco, desenvuelto i elegante en sus maneras—dice un escritor distinguido, del jeneral arjentino, que a la sazon, se mostraba en la flor de su vida (39 años), —San Martin reinaba en los salones i era la figura mas visible i presente en todas partes, como lo era en los campamentos. Inspirando jeneralmente a to-

seda de a cuatro pesos el par, destinadas a la redondeada pantorrilla del ilustre maricon, decia el tesorero con mal disimulada complacencia, que las tales medias «debian ser cosa nunca vista.»

dos, respeto, confianza i cariño, tenia muchas amistades íntimas en varios círculos de Santiago.

«Las familias que jeneralmente asistian a estas tertulias formaron en aquellos dias el centro social mas progresista i de mejor gusto: allí se encontraban la familia de don Martin Larrain, la de don Juan Enrique Rosales, la familia Valdes Lecaros, la de don Jorje Godoi, las de Gana, etc., etc. Brillaban tambien allí las señoras arjentinas María Soler, María Quintana, esposa de don Hilarion, i la señora de Conde, doña Eujenia Balbastro.

«En esas reuniones de San Martin se leian i comentaban los partes del ejército del sur, las noticias de Buenos Aires i de Europa, i se mantenia i alentaba el entusiasmo patriótico. El jeneral estaba en todas partes pasando con su vivacidad proverbial de una sala a otra, conversando con los oficiales, tratando de agradar a las señoras i manteniendo a todos contentos i en constante animacion. Alguna vez se le vió desprenderse de repente de un grupo de hombres con quienes sostenia una discusion animada, i dirijiéndose a otro de señoras, referirles punto por punto la conversacion que entre ellas habian tenido i que él habia escuchado sin que ellas lo hubieran advertido. «Hola, solia decir entónces a las señoras, oh qué buena tijerita tienen Uds! Pobre fulano! Lo han dejado Uds. bueno para nada.» I referíales despues los dichos que les habia sorprendido..................................

. . . .

«Como hemos dicho, en el período que media entre Chacabuco i Maipo, fueron llegando a Santiago, por la via de la cordillera, muchos oficiales i hombres de letras: la mayor parte de ellos hicieron su *debut* en los salones de San Martin: allí los presentaba el jeneral a sus amigos i amigas chilenas. Cuéntase que habiendo San Martin presentado a Monteagudo a una de las señoras, i preguntándola cuando éste se retiró, la opinion que se habia formado del recien venido, aquella contestó al jeneral: «Parece un hombre de talento i hasta cierto punto interesante; pero tiene una mirada de salteador.»

«El jeneral, enemigo del lujo i siguiendo su tendencia de disciplinarlo todo, suplicaba con frecuencia a las personas que honraban sus salones, se presentasen con la mayor sencillez. A este respecto se refiere que habiendo en cierta ocasion asistido doña Mercedes Rosales de Solar a una de las tertulias con un traje mas lujoso del que prescribia la ordenanza, San Martin, sin abandonar su cortesía i su tono familiar, trató de significárselo. La señora, sin dejarse correr por esta advertencia i siguiendo el buen humor del dueño de casa: «Señor San Martin, le replicó, Ud. se admira del lujo con que me presento porque ya Ud. se habia acostumbrado demasiado a la pobreza de las mendocinas» (1).

---

(1) Nos hemos complacido en reproducir esta interesante cita, porqu

XXVII

Pero habia llegado ya el momento en que San Martin i el *Ejército Unido* de los Andes i de Chile, este último improvisado en un invierno, deberian decir adios a los placeres que enervan el alma, i a las dolencias que apoltronan los músculos de los hombres de guerra.

Ya en otra ocasion hemos contado en estas *Narraciones*, la manera estraordinaria i casi fantástica como llegó a Chile, traida por unos aventureros del mar, la nueva de la segunda invasion de Chile por el jeneral Osorio, el 10 de diciembre de 1817 (1).

La carta íntima en que San Martin comunicó ese mismo dia sus impresiones al director de Chile, respira cierta marcial alegría que sabe como al olor de la pólvora en las batallas.—El jeneral en jefe del ejército libertador, que en julio hablaba solo

---

ella es debida a la pluma de un ilustre escritor que acaba de morir en la plenitud de su vigor, i porque el trabajo histórico de que la hemos copiado, corre solo en las efímeras hojas de la prensa diaria (*Ferrocarril* de julio i agosto de 1875).

Ignacio Zenteno debió obtener de su respetable madre, la señora Josefa Gana, asidua concurrente a esas reuniones, como esposa del jeneral Zenteno, las curiosas anécdotas que dejamos consignadas, i que tan oportunamente completan los datos de otro jénero suministrados por el jeneral Guido. El incidente de la cancion nacional, cantada en todas las tertulias, lo debemos a nuestra propia madre, que como hija del difunto jeneral Mackenna, era en su niñez gran favorita de San Martin, i especialmente de O'Higgins. Naturalmente, esas escenas de grande efecto se grababan fácilmente en la memoria de una niña que entónces no tenia sino cinco años.

(1) El primer corsario de Chile.

de su postrada salud, ha encontrado un bálsamo que le ha sanado como por milagro: ese bálsamo es el anuncio de que los españoles vienen a buscarlo en sus propias posesiones.

Eso era abreviar al *Ejército Unido* la mitad de su jornada en su marcha al Perú de aquel dia.

La carta dice así:

«Señor don Bernardo O'Higgins.

Santiago, diciembre 10 *de* 1817.

Mi Amigo Amado: parece q.[e] los Matuchos quieren tentarnos la ropa, como berá V. p.[r] las comunicaciones del Gobierno: Dios lo haga, pues de este modo tendremos mas asegurada la Expedicion a.... (1).

Como creo q.[e] lo q.[e] mas V. necesita es caballería, sale mañana el 2.° esquadron de Gran.[s] al mando de Melian, en este concepto puede V. impartirle las ordenes q. tenga p.[r] conbeniente, bien sea q.[e] permanezca en Talca para q.[e] apague las operaciones de V. o bien q. se sitúe en el punto q.[e] V. le indique.

Creo seria conbeniente retirar a Talca todo lo q.

(1) San Martin no se atrevió a nombrar siquiera el Perú, tanto era el interes i la ansiedad que le dominaban respecto de esa empresa.—Con motivo de la próxima traslacion de los restos del gran capitan arjentino a Buenos Aires, hemos enviado el orijinal de la presente carta, como una muestra de adhesion i simpatía por ese noble pensamiento, al señor Avellaneda, presidente de la República Arjentina.

a V. no le fuese útil en esa, yo creo q. si los *sacamos a los llanos* el golpe deve ser desisivo, p.^s ellos caresen de caballería, en fin, mi amigo, V. obrará segun le parezca, p.^o soy de opinion no abenturar, i sí estar prontos p.^a reunirnos i caer sobre ellos con todo el poder hasta destruirlos.

Los Escalones de viveres hasta Talca (siempre q.^e sean seguros) los creo conbenientes. V. q.^e está sobre el terreno podrá disponer esto como le parezca.

Todas las tropas de la capital saldrán de aquí a tres dias sobre Valparaiso por si tratan de hacer alguna tentativa sobre aquel punto y de este modo estamos tambien prontos a ausiliar a V. si es necesario.

En conclusion mi amigo, V. obre como crea, en la intelijencia q.^e lo q.^e V. haga será lo mejor.

Salud y mande a su amigo eterno.

Sn MARTIN.

Desde q. tengo la noticia de la benida de los Matuchos todos mis males i lacras se me han quitado, este es buen pronóstico. Memorias a los Amigos. Digame V. lo q.^e necesita.

Vale.»

XXVIII

El jeneral San Martin, que en esta primera epís-

tola ha obedecido solo a la pronta impresion personal de una grave noticia—la de la tercera invasion de Chile,—entra al dia siguiente en consideraciones militares cuya admirable i profética sagacidad salta a la vista.—Una frase de la carta anterior es el compendio i la esplicacion comprensiva de la gloriosa campaña que iba a iniciarse, i que terminó el 5 de abril de 1818 en los *llanos* de Maipo: esa espresion decia únicamente:—*¡Saquémoslos a los llanos!*

La carta de San Martin a O'Higgins del dia siguiente de la noticia, última entre Chacabuco i Maipo, de la serie de 1817-18, está concebida en los términos siguientes:

«Señor don Bernardo O'Higgins.

Santiago y Diciembre 11 *de* 1817.

Mi Amado Amigo: nada me sorprende el contraste de Talcaguano; estos son incidentes de la Guerra q.e podrán remediarse con nuestros recursos i constancia (1).

Todos los H.s::(2) hemos acordado q.e la posision de Concep.n es cerrada i sumamente espuesta en atencion a q.e la mayor parte de esa Prov.a no nos es mui adicta, p.r otra parte pudiéndonos dar la mano ese i este Exto. seremos siempre no solam.te supe-

(1) Alude al sangriento rechazo del 6 de diciembre de 1817.
(2) *La Lojia Lautarina.*

riores sino q.e podremos caer sobre el Enemigo i *decidir en un solo dia la suerte de Lima.*

Con esto damos tiempo a q.e lleguen lo q.e esperamos de N. América, como me escrive Aguirre estarán en Chile lo mas tardar para Marzo; nada nos importa abandonar una provincia pobre sin recursos de subsistencias i q.e pronto la bolveremos a tomar, tenga V. presente q.e si por una de aquellas casualidades de la Guerra ese Exto. fuere batido, todo se lo llevaba el Diablo. P.r otra parte me es imposible hasta saber el punto en q.e toca la espedicion, mandarle a V. un solo hombre p.s yo no tengo mas q.e tres batallones i dos Esquadrones con los q.e marcho a poner a cubierto a Valp.so el 16 de este (1).

Melian hace tres dias salió de esta para incorporarse con V. con todo el 2.o Esquadron, ba armado completamente.

Zenteno impondrá a V. de mis ideas, baste decir a V. q. su retirada la habíamos desidido antes de saber la noticia del contraste de Talcaguano. En

---

(1) San Martin sabia que Pezuela queria devolverle la mano i engañarle sobre el punto definitivo de desembarco i ataque, como él lo habia ejecutado con tanto acierto en el verano anterior.

Por ésto San Martin estableció en diciembre el célebre campamento de las Tablas, i solo se penetró de la locura i temeridad de los españoles cuando, a fines de febrero de 1818, pasaron el Maule.—Entónces los consideró perdidos i pidió para darles el golpe de gracia—¿sabeis qué?—*seis mil pares de ojotas* para las marchas de los libertadores... Así fué—«calzado de ojotas,»—cómo los hombres de la gran jeneracion libertaron a Chile i a la América!

fin, Amigo, divididos seremos débiles, *unidos los batimos sin duda alguna.*

Ba Gueras, su marcha no tiene otro objeto q.[e] el de separarlo del mando: el es baliente i activo, pero no tiene la política q.[e] necesita p.[a] mandar un cuerpo. Bustam.[te] lo renplaza.

Se ha mandado venir el Bata.[n] de Coquimbo. Luego q.[e] estemos todos reunidos pasan de nuebe mil hombres con los q.[e] podemos dar un buen dia.

La resolucion q.[e] V. tome q.[e] sea pronta p.[a] no hacer una retirada picado p.[r] el enemigo, con anticipacion creo q.[e] puede V. quitarles todos los recursos de la Prov.[a] como son granos, caballadas i ganados i retirando todo malvado enemigo i sospechoso.

Repito a V. q.[e] Zenteno hablará a V. largo sobre todo (1).

Su Amigo hasta la muerte.

JOSE DE S.[n] MARTIN.»

XXIX

Los ruegos de San Martin, que eran órdenes, i sus previsiones, que eran profecías, fueron cumplidas con militar severidad.

Rechazado O'Higgins al pié de los muros de Tal-

---

(2) Zenteno habia venido al fin en agosto a Santiago, i regresó al lado de O'Higgins en diciembre.

cahuano, despues de un combate tan sangriento como temerario, dirijido i combinado por el jeneral Brayer (6 de diciembre de 1817), i desembarcado Osorio con su espedicion, conducida del Callao en 15 buques (enero 15 de 1818), comenzó el ejército patriota su famosa retirada hácia el Maule, retirada que fué la marcha de la patria entera.

O'Higgins, acampado en el Itata, oyó las salvas que anunciaban en Talcahuano el desembarco personal del último conquistador de Chile don Mariano Osorio.

No fué aquel un movimiento militar sino el exodo bíblico de un pueblo entero. Los hogares de los patriotas se arrancaron como de sus cimientos, los campos del sud fueron descuajados de raiz. Las madres mas aristocráticas llevaban a sus hijos suspendidos al regazo, marchando en tardas carretas; los padres traian las doncellas a la gurupa de sus caballos. Eran felices los que tenian una mala bestia reservada por la guerra, i los mas ricos arriaban sus vacas, caballeros los campesinos en sus lomos. En el paso de los rios crecidos se ahogaban, con la precipitacion, por centenares, i las campiñas todas, abandonadas en plena cosecha, ardian por todos los horizontes como una inmensa hoguera,—la hoguera del patriotismo. I en medio de aquella devastacion de pueblos, de ciudades, de mieses, de rebaños, que eran degollados en los caminos o echados en la corriente de los rios, un caudillo jóven, hermoso, infa-

tigable, cansando dos o tres briosos caballos cada dia, el blanco rostro cubierto de pólvora i sudor, Freire, en una palabra, cerrando con sus inmortales *Cazadores a caballo* la retaguardia de la emigracion... Tal era el espectáculo que ofrecia Chile en los dias heróicos en que fué proclamada, como un reto a España, su santa independencia. Hace mas de treinta años que oíamos recordar aquella marcha de las provincias del sud hácia Santiago, semejantes a las que en la conquista empujó Lautaro con su lanza, al que fué el Lautaro de la independencia; i la emocion de su voz, en la ancianidad, marcaba todavía la honda i angustiosa impresion de su memoria. El jeneral Freire decia que las batallas de la independencia habian sido simples, si bien gloriosas escaramuzas en presencia de la emigracion de 1818.

XXX

De esta suerte, por ese camino de lágrimas i de llamas, habia llegado O'Higgins a Talca, a fines de enero de 1818, en obedecimiento de los encargos apremiantes de San Martin.

Cuando las avanzadas realistas ocupaban a Linares, sintieron el apagado estampido de un lejano cañoneo....

Era O'Higgins que proclamaba la independencia de Chile en el cuartel jeneral de Talca, el memorable 12 de febrero de 1818.

Era la salva que contestaba los saludos a la bandera del rei en Talcahuano.

XXXI

Un mes despues, los ejércitos reunidos de O'Higgins i San Martin envolvian al ejército invasor en los *llanos* de Cancha Rayada a la vista de Talca.

Dispersado, por una inconcebible sorpresa, el ejército unido de arjentinos i chilenos, volvia a rehacerse i esterminaba al del rei de España casi hasta en su último soldado, en los *llanos* de Maipo.

La profecía i la ambicion de San Martin quedaban cumplidas:

«Habia sacado los godos a los llanos».

Viña del Mar, mayo de 1877.

EL

PRIMER CORSARIO CHILENO.

A MIS QUERIDOS AMIGOS

Marcelino Vergara i Acario Cotapos.

EL PRIMER CORSARIO CHILENO.

"LA MUERTE O LA GLORIA" I LA "MINERVA"

(1817.)

I

Vamos a contar hoi a los que aman el mar, uno de sus mas estraordinarios, si bien olvidados episodios. Es una de esas hazañas que, por lo audaces, sobrecojen i, por lo felices, admiran, pero que en sí mismas parecen completamente inverosímiles: tanta es su temeridad i tanta su fortuna.

La narracion está, sin embargo, comprobada hasta en sus mas leves detalles, i de ella va a ser juez el lector mismo.

II

Era el año de 1817. Habia tronado ya el cañon de Chacabuco. Los pocos realistas que escaparon con Maroto del campo de batalla con ánimo de resistirse en Valparaiso, habian huido hasta Lima. Aquella bahía, como ciudad mercantil, nacia con la

libertad. La caleta se convertia en puerto, el caserío en ciudad, la rada en arsenal. Presentíase ya la espedicion libertadora del Perú, i la terrible promesa de San Martin parecia estar esculpida en el aire como sobre una lámina invisible.—«¡Lima! ¡Lima!» era el grito de todos los pechos, la divisa de todos los levantados pensamientos en la América i en Chile.

Aquel nombre, como el de *El Dorado*, que tentó al tirano Aguirre, i el de California, que despobló mas tarde al Pacífico, atraia a la rada solitaria quillas i brazos de todo el universo,—de Europa, de la América del Norte, de la India, del fondo mismo del océano, de donde llegaban a porfía los balleneros a la nueva de que el puerto era libre. Antes de Chacabuco habia dos ingleses residentes en Valparaiso, i en la víspera de Maipo, los estranjeros de todas las naciones, especialmente ingleses i americanos, pasaban de mil.

III

Los hombres de mar eran naturalmente los que mas abundaban en la bahía, en la playa, al pié de los cerros. Esos aventureros, como las aves del elemento en que habitan, tienen el instinto i el pensamiento de las borrascas, i como aquellas, aman sus vendavales i los buscan. Los marineros de todas las nacionalidades oian hablar de una futura escuadra,

de combates, de botin, i se quedaban. Los campos i aldeas vecinos de Valparaiso escondian innumerables desertores.

Figuraba entre aquella turba bravía un escoces llamado Guillermo Mackay, que habia sido mayordomo a bordo de un buque ballenero, i habia cancelado su contrata a fin de quedarse libre en Valparaiso. Era un hombre dotado de cierta intelijencia i de un arrojo temerario. Como él, vagaban en la playa cincuenta o mas aventureros, esperando la ocasion de alguna empresa.

IV

Mackay no tardó en hallarla, en sujerirla i hacerla aceptar. Propuso a algunos de aquellos bravos, sueltos ahora i ociosos, confederarse para comprar un barquichuelo, armarlo en corso i correr la costa del Perú, desapercibida hasta entónces de ese jénero de peligros, i con la bandera chilena, izada al tope, hacerse ricos a su sombra o morir.

La idea aventurera fué aceptada por varios de sus camaradas de la bahía i la taberna, especialmente por un viejo marinero ingles conocido con el nombre de Tom Martin. Los principales de los confederados, hasta el número de veinticinco, eran Samuel Braine, Alejandro Morris, Daniel Furey, Jorje Jenkins i Jorje Shae, segun consta de escrituras públicas de venta o compañía, otorgadas pos-

teriormente en Valparaiso ante el escribano don José Manuel Menare.

V

Concertado el atrevido plan fraguado por Mackay —astuto i caviloso como la malicia misma, a fuer de escoces,—juntaron todos sus ahorros, o mas bien, las últimas migajas de su prodigalidad, compraron una raida lancha varada que tenia ciertas pretensiones de goleta, i en la cual podian instalarse apénas veinte o veinticinco tripulantes, i pusiéronse a la obra de aderezarla i lanzarla al mar. Repararon en seguida con sus propios brazos—pues algunos eran carpinteros—el viejo casco, pusiéronle un tosco puente para albergarse a su sombra i fijaron en su centro un mediano mastelero, capaz de sostener una vela latina. En seguida pintaron en su popa este nombre, que era tambien su divisa: *Death or glory* («La muerte o la gloria»), i pidieron al gobernador Lastra una patente de corso, que les fué en el acto otorgada. Tenia ésto lugar en el mes de octubre de 1817.

VI

Guillermo Mackay, caudillo ya reconocido de los corsarios por la lei chilena, cuidadoso de su empresa, procuróse en seguida dos o tres lios de charqui, unos pocos sacos de galleta, una media do-

cena de barriles de agua i cuanta arma de guerra pudo venir a sus manos i a las de sus camaradas, —pistolas, sables, hachas de abordaje, picas, cuchillos de mesa o de combate, especialmente todo lo que podia servir en una lucha cuerpo a cuerpo. Nada de cañones ni de fusiles, porque no habia dónde ponerlos ni con qué pagarlos. Faltaba solo una bandera chilena, que aun no tenia ni su cielo ni su estrella, para guiar la barca a su destino, esto es, a la muerte o a la victoria; pero dos tiras de trapo, azul i colorado, cosidas con tosco cáñamo, bastaban para el caso. Ese era el pabellon de los Carreras i de la patria vieja.

Concluidos estos aprestos, los atrevidos nautas hiciéronse a la mar en la tarde del 11 de noviembre de 1817. Uno de sus compatriotas, que nos ha dejado un recuerdo breve, pero vivo de esta aventura, paseaba en ese momento a caballo por los cerros del Puerto, «cuando noté—dice—la lancha de Mackay i de sus compañeros que se alejaba lentamente de la bahía. Era una tarde lúgubre, i las pardas nubes, al reflejarse en el Pacífico, daban al océano una apariencia lívida i azuleja.»

«But lone, unheed, from the bay
The vessel takes its mournful way» (1)

(1) «Pero solitario i sin estorbos, el barco sale de la bahía i toma su melancólica derrota.»—SAMUEL HAIGH SKETCHS *of Buenos Aires, Chile and Perú.—London,* 1831, páj. 181.

VII

No será fuera de camino ni de nuestro propósito, que digamos lo que sabemos sobre aquel poético testigo de la partida misteriosa de los aventureros de su nacion i de su raza.

Era un jóven ingles llamado Samuel Haigh, al cual varios ricos comerciantes de Lóndres, al tener noticia de la victoria de Chacabuco, confiaron una especulacion valiosa de mercaderías. Compraron con este objeto sus armadores, en seis mil pesos, una barca pequeña pero mui velera, de 180 toneladas, que habia sido construida en Baltimore para el acarreo de esclavos de Africa, en cuyo ilícito tráfico la apresó un crucero ingles en Sierra Leona. Por este motivo, a la sazon estaba en venta.

La *Catalina* fué cargada, en consecuencia, en el Támesis hasta los topes, con ricos tejidos, i por el mes de agosto de 1817, esto es, a los dos o tres meses despues de llegada a Lóndres la noticia de hallarse Chile abierto al comercio estranjero, hacíase a la vela para Valparaiso, via del Cabo de Hornos, al mando del capitan Worner. Habia sido este último por esos años, piloto del *Nereus*, cuyo cadáver pintado de amarillo hemos conocido todos, durante treinta años, flotando como un colosal ataud en la bahía de Valparaiso, hasta que se le llevó a la de Coquimbo, en donde aun permanece de ponton de la marina inglesa.

El sobrecargo Haigh, que no debia ser hombre de mala voluntad para el trabajo, porque hizo, segun él mismo cuenta, casi toda la navegacion a pié descalzo, por la mucha agua que encapillaba el buque, la alivianó vendiendo una parte de la carga en Buenos Aires, i para ganar tiempo, vino a Chile por las Pampas, llegando a Santiago el 29 de octubre de 1817. Era ese precisamente el dia en que el cabildo de Santiago daba un suntuoso baile al comodoro Bowles, jefe de las fuerzas británicas en el Pacífico i gran aficionado a patriota, en cuya coyuntura el ájil sobrecargo, que se habia alojado en la fonda inglesa de Mrs. Walker, calle de las Monjitas, alcanzó a afeitarse i asistió a la fiesta, fresco como un ingles recien desembarcado. Ahora si bailó o no toda la noche, podrán decirlo los que saben ya el detalle de su peregrinacion a pié descalzo sobre las tablas de la *Catalina*....

VIII

A los diez dias de su arribo a Santiago, el dilijente encargado de los armadores de Lóndres supo que su buque estaba en el puerto, i de un galope se trasladó allí, via Curacaví i Casablanca. Contrató en seguida varias tropas de mulas, hasta el número de doscientas cincuenta; cargó sus mercaderías despachadas, pagando un treinta i cinco por ciento en la aduana de Santiago, i las vendió todas

a cortos plazos ántes de la batalla de Maipú, a cuyo combate asistió como voluntario, prestando entusiastas servicios. No fué el menor entre éstos el de traer a Santiago, gracias al ájil galope de su magnífico caballo, el parte de la victoria que San Martin envió a O'Higgins a las cinco de la tarde de aquel dia memorable, i que Haigh leyó al pueblo en la Alameda en medio de gritos atronadores de: *¡Viva la patria!* que así—«la patria»—se llamaba Chile en esos años.

De todo ésto nos ha dejado el jóven negociante un libro honrado, ameno i sencillo, lleno de detalles caseros i personales sobre los hombres i las cosas de la revolucion, que le hacen una adquisicion valiosa para nuestra historia. Uno de esos capítulos está destinado a contar en parte la empresa de Mackay, i por ésto le hemos ya citado. Otra parte de la aventura consta de la relacion que el principal de sus compañeros, Tom Martin, hiciera en Inglaterra cuando era ya anciano, la cual vió la luz solo en 1867 (1). El resto, por último, se conserva en el archivo del escribano Navarrete en Valparaiso, donde nosotros mismos compulsamos los documentos orijinales en 1869.

IX

Volvamos ahora a los corsarios, sobre cuya suer-

(1) *The book of Battles. Privatering in the South Pacific.*—Lóndres, 867, pájinas 467 i siguientes.

te se apiadaba el viajero ingles al divisar su frájil embarcacion perdiéndose entre las brumas de la tarde.

Era la época laboriosa del año, cuando los *sures* comienzan a soplar haciendo rápida i propicia la marcha de las quillas que navegan proa al norte; i aprovechando de esta ventaja inapreciable, los aventureros corrieron con felicidad la costa hasta mas allá de Arica. Pero a esta misma favorable disposicion del mar debieron pronto sus embarazos i en seguida inminentes peligros de perecer con la peor muerte del bravo:—la muerte del hambre, i sin gloria.

El viento reinante combatiólos, en efecto, mas allá de su itinerario fijado de antemano, i no pudiendo retroceder hácia el sur, comenzaron a notar la escasez de sus raciones i, sobre todo, la falta de agua.

Resolvieron, en consecuencia, despues de infinitas penalidades, acercarse a la costa i orientarse de alguna manera sobre el lugar en que podian encontrar pronto pan o batalla, muerte o botin.

Su buen destino envióles desde luego lo mas que necesitaban,—un guia.

X

Como a Drake, cuando asaltó a Valparaiso en 1575, aparecióseles a sus compatriotas un indio pes-

cador en su canoa, no léjos del puerto de Arica i dentro de la estensa ensenada de mar cuyo centro ocupa aquel. El indio era *patriota*, como todos los indios de la América española, con escepcion de los famosos araucanos que, por robar, se quedaron de realistas hasta que ahorcaron a Benavides, i seguirán siéndolo miéntras ahorcan al rei Tounnens de Perigordia.

I así, entendiéndose mas por señas que de lenguas, supieron los corsarios lo que acontecia en aquellos parajes i lo que tenian que hacer para no malograr su afanosa correría.

Contóles el pescador como mejor pudo, que hacia dos o tres dias habia llegado de Cádiz a Arica un gran barco provisto de un rico cargamento destinado a las ciudades del Alto Perú. El buque era de gran porte, tenia 25 cañones, i ademas de su competente tripulacion, el gobernador marítimo del puerto hacia embarcar por la noche una fuerte guardia, que, estando al dicho del pescador i despues a la version de Tom Martin, era nada ménos que un batallon de doscientas cincuenta plazas, en lo cual hai evidente ponderacion.

XI

Mas bastaba que el barco de Cádiz tuviese en su batería 25 cañones i se hallase anclado bajo la proteccion de una batería erijida en tierra, porque a la

sazon era Arica puerto fortificado, para que el solo pensamiento de su asalto i captura fuese un delirio. ¿Cómo veinticinco hombres fatigados i hambrientos, amontonados en el fondo de una lancha podrida que hacia agua en abundancia por todas sus costuras, se atreverian a abordar una fragata armada en guerra en tales condiciones?

Pero, al mismo tiempo, el pescador referíales que el puente del buque español estaba sembrado de fardos de las mas ricas telas, de azogue para las minas de Potosí, de acero, de paños, de quincallería, de todo lo que formaba el surtido de un galeon español, el mas mísero de los cuales podia venderse a precio de factura en medio millon de pesos. I siendo así, ¿cómo abandonar impune tan rico tesoro?

XII

Era el 23 de noviembre de 1817.

Mackay citó a consejo de guerra a sus veinticinco compañeros (1). La consulta no duró sino dos o tres minutos. Por unanimidad se acordó abordar la *Minerva*, que éste era el nombre del fuerte galeon de Cádiz, i solo se aguardó la noche del dia siguiente para poner en ejecucion el atrevido intento. En aquella misma noche, el pescador ariqueño condujo

(1) Tom Martin dice que eran solo 16. Pero nosotros creemos mas axacto el número de 25 que fija Haigh, porque éste no escribió sobre recuerdos como el primero, sino por estractos de su diario.

a los corsarios a una escondida caleta a ocho o diez millas distante del puerto, donde podian pasar el dia i alistarse sin ser vistos.

El plan adoptado por el acuerdo unánime de los tripulantes del corsario chileno, era de una sencillez terrible i heróica. Conducidos por el pescador indíjena, los asaltantes se pondrian al costado del barco español en la oscuridad de la medianoche, lo abordarian con la resolucion de conquistarlo como presa de guerra, o morir, i en seguida Dios i el viento harian lo demas. Para el caso de ser sentidos, combinaron con el práctico, único de ellos que sabia español, una estratajema a fin de que éste respondiera al alerta de los centinelas, i engañar así, por uno o dos minutos, su vijilancia.

XIII

Fué aquel dia, segun la relacion del viejo Martin, de un afan febril para los tripulantes de *La muerte o la gloria* escondidos entre arrecifes. «Cada cual pasó revista a sus armas i a sus municiones. Cada pistola recibió un nuevo pedernal i cada resorte una gota de aceite; púsose a secar la pólvora derramada sobre la vela, descendida del mastelero con este objeto; i miéntras todos conversaban sobre las probabilidades i detalles de la temeraria aventura de la noche, cada cual afilaba en los peñascos su cuchilla de abordaje, como si se tratara de una navája de barba».

Aquel dia ardiente del estío no tuvieron los corsarios mas alimento que un poco de agua pútrida. Esto en el cuerpo. Pero el alma bebia a raudales ese alimento que fortifica mas que las suculentas sustancias de la tierra:—la esperanza! Aquellos hombres se habian engolfado en el mar en demanda de una presa, i parecíales ya columbrar su rica quilla de oro mecida en el vaiven sosegado de las olas. ¿Cómo podrian volver atras?

XIV

Dos horas ántes de la medianoche, los atrevidos merodeadores del mar izaron, en consecuencia, su única vela, i desde su escondite se dirijieron lentamente, arrastrados mas por la corriente que por la perezosa brisa de los trópicos, hácia el embarcadero abierto de Arica. Habia luna; pero ésta, en su menguante, proyectaba sobre la superficie del mar ese reflejo engañoso que sirve a los marinos mejor que la oscuridad para su empresas de asalto, i a mas, como el viento cayera luego en calma, calaron los remos, cuyas palas habian ensordecido con algas marinas i sus propios harapos.

XV

Habian dado ya las dos de la mañana, i la parduzca sombra del galeon aparecia a la vista penetrante de los corsarios como el esqueleto de un silencioso

jigante que guardara el puerto, su sueño i su opulencia.

—¡Esa es la *Minerva!* dijo en voz baja el pescador indio, agazapado en la proa de la embarcacion corsaria.

I a la voz de *Silencio! silencio!* que pasó de labio en labio, detuviéronse los brazos de los remadores i cada cual aspiró en su ancho pecho las ráfagas del mar i la batalla.

El alma, como el cuerpo, tiene tambien su hora de *capilla* ántes del trance de la muerte. Por ese trance pasaban en ese momento supremo los corsarios de Valparaiso. Tal vez pensaron i oraron, como en la puerta del último santuario, sin darse cuenta que esa pausa era en sí misma una plegaria al cielo...

El bravo i sereno Mackay púsose entónces de pié delante de la proa, i empuñando en sus férreos brazos al endeble indíjena, por los hombros, repitióle en voz baja i sombría lo que tenia que hacer para escapar la vida i la fortuna. El indio era animoso, como todos los séres que habitan el mar, e hizo señas con la cabeza que estaba pronto a obedecer en todo.

XVI

Deslizáronse otra vez los remos, empuñados ahora por brazos de repuesto, i la pesada lancha ende-

rezó su proa hácia el costado de babor de la *Minerva*, que era el que se franqueaba mejor al mar.

Faltaban ya mui pocas brazas para llegar i aferrarse, cuando uno de los centinelas de a bordo divisó la sombra de la embarcacion corsaria i dió con voz firme el alerta acostumbrado.

—¿Quién vive?

—¡El rei! contestó el indio en español i con el claro acento de un hombre de mar.

—¿Qué jente?

—¡De paz!

—¿Qué traeis?

—Despachos del apostadero para el capitan, contestó con calma el pescador, a medida que los remos reventaban el agua con su silencioso esfuerzo, empujando hácia la borda.

—¡Alto! gritó entónces con alarma el centinela. ¡Alto! El capitan está en tierra.

—¡Allá vamos! replicó la voz del indio, confundiéndose con la de Mackay, que en ese momento gritaba en su idioma:

—*Hala! Hala!* muchachos!

Oyóse entónces una detonacion, i la bala del fusil del centinela pasó silbando por el aire.

—*Pull on! pull on! ye debils* (1), volvió a gritar Mackay a sus demonios, i la pesada barca vino a

(1) «Hala! Hala! diablos.» —*Relacion de Martin*, páj. 469.

estrellarse como un trozo de roca, en el costado del barco español.

XVII

La escena que sobrevino despues de ese momento, no puede describirse. Un abordaje a medianoche, a hacha i a cuchillo, es algo que paraliza el curso de la sangre i empalidece toda descripcion verídica o imajinaria. Bastará saber que, como en la captura de la *Esmeralda*, dos años posterior, el pánico se apoderó de la tripulacion i de los soldados españoles, de modo que fueron barridos de la cubierta a filo de puñal i encerrados en diez minutos bajo de las escotillas. El único que puso una resistencia desesperada a bordo, fué el contramaestre, a quien, despues de haberle gritado inútilmente que se rindiese, Mackay derribó a sus piés, atravesado el corazon de certera puñalada.

XVIII

Sonaban en el lejano reloj del puerto las dos i cuarto de la noche, i el galeon i todas sus riquezas estaban en manos de los corsarios como su lejítima i opulenta presa. La carga, desfalcado lo que habia sido conducido ya a la playa, valia todavía trescientos mil pesos.

Entre tanto, Mackay i sus compañeros no habian dado remate sino a la primera parte de su em-

presa. El abordaje habia sido feliz. Mas, ¿cómo sacar el buque fuera de la bahía i del tiro de cañon que lo protejia? La calma era completa en esas horas pesadas de la noche. Se habia visto, ademas, que algunos de los marineros del barco cautivo se habian echado al agua, i bastaba que uno solo llegase vivo a la playa para dar la voz de alarma. Por otra parte, la cubierta del buque estaba cuajada de bultos que hacian tardía i difícil toda maniobra. ¿Cómo salir de tal conflicto?

Pero un contratiempo mucho mas serio i decisivo venia a malograr la inmensa fortuna de aquel golpe El capitan español, vizcaíno, conforme a las prácticas parsimoniosas de su raza, habia recojido todas las velas del buque i las habia hecho guardar en la bodega. ¿Qué hacer en tan terrible emerjencia, cuando ya el alba iba a lucir i la luz del dia era para los corsarios su muerte vil en las entenas?

Mas el frio caudillejo escoces a todo proveia. Llamó al indio pescador i le ordenó fuera a parlamentar con los refujiados para que entregasen sin demora el velámen del buque. Pero ántes que el indio hablase, arrastraron un cañon cargado a metralla, a la boca de la escotilla, i con esta advertencia perentoria, todo el trapo de la *Minerva* estaba fijo en sus aparejos ántes de un cuarto de hora.

XIX

Amanecia ya, i sintióse, o creyeron sentir los cor-

sarios cierto rumor de voces en tierra, cuando sobrevino una ráfaga de esa brisa matinal que precede al sol i que pareceria ser la noche húmeda i fríjida huyendo de los fuegos que la despiertan i la abrasan. La brisa del amanecer corre en todo el Pacífico con la misma regularidad que el recio viento de la tarde i mediodía.

Empujada la pesada fragata por aquella ráfaga, ganaba el mar cuando ya la claridad aparecia por todo el horizonte i el sol doraba la blanquecina cumbre del empinado *Morro*, que es el guardian i el divisadero de Arica. Los corsarios respiraron, i por la primera vez, refrescaron sus fauces con algun alimento empapado en el espeso vino catalan de la *Minerva*. Mas, por la misma lei física que acabamos de citar, el viento dió de sí i la calma, fatal a los fujitivos, se aposentó en el mar.

XX

La alarma habia sido dada, en efecto, en Arica, i en medio del estupor i del pánico que a todos causó en la primera hora, hubo apénas la serenidad necesaria para combinar un plan de rescate de la presa.

Ese plan consistia solo en perseguir el buque mediante la calma, i reconquistarlo a viva fuerza con la guarnicion i los voluntarios que se prestasen, embarcados todos en las lanchas, botes i canoas de

la bahía, puestos en requisicion por órden del gobernador de la plaza.

Pero ese plan, que habria tal vez sido coronado de éxito en una ocasion ordinaria, no seria esta vez eficaz contra los corsarios. Léjos de ello, en medio del asombro creciente de las autoridades i del pueblo, vióse llegar una parte considerable de los prisioneros de a bordo, que regresaban a tierra en las embarcaciones del buque. Era aquella una astucia mas del escoces, que así revelaba su audaz confianza a los que podian perseguirlo, i se libertaba a la vez del peligro de enemigos domésticos i de bocas inútiles en la nave.

La calma continuaba, entre tanto, cada momento mas pesada, i habian dado en el reloj de la cámara las diez del dia sin que la presa lograse avanzar una pulgada. Pero sus tripulantes no estaban ociosos. Bajo la direccion de Mackay i de Martin, aprontábanse, al contrario, a una resistencia a todo trance, porque no devolverian el buque sino con la vida. Por ésto habian dejado abandonada su lancha de Valparaiso en el fondeadero, i no se habian reservado otro partido que el de la leyenda de aquella:—*Triunfar o morir!*

XXI

Todo estaba, pues, listo a bordo para el combate. Como el galeon, segun la construccion de la

época, tenia su popa mui levantada, pues allí estaba su *alcázar*, i éste daba vista al puerto, pudieron realizar todos sus aprestos sin ser vistos. Perfilaron, en consecuencia, los cañones de una i otra banda hácia la direccion en que esperaban el ataque, esto es, por su popa; abrieron portalones en esa direccion a fuerza de hacha; encendieron las mechas, i como muchos de los corsarios eran desertores de buques de guerra, entendian de su arte lo necesario para cubrir el mar de metralla.

La bandera de Chile enarbolada en el palo mayor de la nave apresada, era señal de reto i de victoria.

I así sucedió, en efecto, i la guarnicion de Arica, embarcada imprudentemente, no en ala, como habria sido aconsejado por la mas vulgar estratejia, sino en un confuso i revuelto peloton, fué el blanco que recibió el certero disparo de ocho a diez piezas, a la vez i a boca de jarro. Segun la relacion de Martin, exajerada sin duda, ciento cincuenta cadáveres cayeron al mar, i el resto de los botes huyó con sus heridos i moribundos hácia el puerto.

El rechazo habia sido breve, decisivo e indudablemente mortífero. Para el abordaje, una puñalada. Para la conquista, una sola descarga.

XXII

Vino, entre tanto, el mediodía, precursor del

viento, fijo en esa costa por la natural rarificacion del aire adentro de las tierras, i aquel sopló a poco con la violencia habitual que trae desde el polo. Mackay ordenó entónces la maniobra hácia el oeste, i la orgullosa presa hizo camino con sus tesoros para el puerto, donde, tres semanas hacia, aquel puñado de heróicos descamisados no tenian ya ni pan que comer. El suculento rancho de la *Minerva* restauraba ahora sus fuerzas i alegraba sus corazones.

XXIII

Pero no seria aquel cuantioso botin—auxilio oportuno del comercio naciente i del tesoro exhausto de la nacion—la única ofrenda hecha a Chile por los animosos apresadores de la *Minerva*. Reservábales la historia todavía una pájina de verdadera gratitud pública por un servicio debido a su heroismo i al acaso, i que contribuyó no poco a la salvacion de nuestro suelo.

Vamos a esplicarnos.

XXIV

A los cinco dias de navegacion hácia el suroeste, rumbo de Arica a Valparaiso, el vijía de la *Minerva* avistó una vela, perezosa i desgreñada como todas las que en esta mar navegaban bajo pilotos españoles. Dióle inmediatamente caza el buque corsario; izó el barco perseguido bandera de España,

sin sospechar que se entregaba a un enemigo, i fué en el acto capturado i hecho buena presa. Sucedia ésto el 29 de noviembre de 1817, cinco dias despues de la captura de Arica.

Resultó ser aquel buque el bergantin *Santa María de Jesus*, en viaje a puertos de intermedios desde el Callao, cuya rada habia dejado hacia cerca de un mes, esto es, el 5 de noviembre.

Conducidos el capitan, piloto i tripulacion del *Santa María* a bordo de la *Minerva*, tomaron conocimiento Mackay i sus compañeros de una gravísima noticia que era preciso llevar en alas del viento a Valparaiso i a Santiago. Aseguraban, en efecto, aquellos prisioneros, que se alistaba secretamente en el Callao una escuadra poderosa, destinada a conducir a Chile un ejército de cinco mil hombres, i agregaban que aquella no debia hallarse léjos de esos parajes, porque por esos mismos dias, debia hacerse a la vela en demanda de los puertos de Chile.

Los rudos tripulantes de la *Minerva* comprendieron en el acto la importancia capital de aquella nueva, i desembarazándose del bergantin apresado, que mandaron con la correspondiente custodia a Coquimbo, largaron todas sus velas i pusieron proa a Valparaiso.

XXV

Quedaba todavía a los felices apresadores de

Arica un peligro delante de su fortuna casi milagrosa. Una escuadrilla española compuesta de una fragata i dos corbetas, bloqueaba el puerto de Valparaiso, miéntras se aprontaba en Lima la espedicion de Maipo. Pero los españoles, que duermen todavía siesta en la mar como la dormian al pié de la cordillera en los dias en que eran nuestros mayores i maestros, no entienden de vijilancia cuando hai nieblas u otros acasos naturales como el sueño; i así, en una hora inesperada, la *Minerva* metióse en Valparaiso el 8 de diciembre de 1817, cuando no se habia cumplido aun un mes desde la partida de sus impávidos conquistadores.

XXVI

Empeñados esta vez, como siempre, en justificar con documentos públicos dignos de la historia, lo que narramos en estas pájinas que, en muchas ocasiones, por su novedad, aparecerán como fantásticas, nos será permitido consignar aquí copia fiel del despacho en que el capitan de puerto de Valparaiso envió a revienta cinchas a Santiago la noticia de la entrada de la *Minerva* i de las gravísimas noticias de que era portadora. Ese pliego, que es un simple aviso dado a toda prisa, i se encuentra en el archivo del Ministerio de Marina, dice como sigue:

«Escelentísimo señor:

Tengo el honor de participar a V. E. la llegada

a este puerto de la fragata española *Minerva*, cautivada por un pequeño corsario en el puerto de Arica el dia 24 del mes pasado, a las tres de la noche.

Esta misma fragata, ya en nuestro poder, encontró el dia 29 del mismo mes al bergantin español *Santa María de Jesus* que habia salido del Callao el 5 del citado mes con destino a los puertos intermedios, lo apresó i lo dirijió al puerto de Coquimbo.

He examinado, escelentísimo señor, la tripulacion de dicho bergantin, i el resultado ha sido que quince dias despues de su salida debia dar vela para estas costas una espedicion del Callao compuesta de veinte i cuatro buques i cinco mil hombres. Los principales son: la fragata de guerra *Esmeralda* i los mercantes armados *Aguila*, *Milagro*, *Begoña*, *Mariana*, *Rosa de los Anjeles*, etc.

Un marinero Vasiral dice que no son mas que once buques i tres mil hombres.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Valparaiso i diciembre 8 de 1817.

Excmo. señor.

JUAN JOSE TORTEL.

Excmo. señor Director Delegado supremo del Estado de Chile.»

XXVII

Mackay i sus compañeros no habian sido enga-

ñados por los tripulantes del *Santa María de Jesus*, como que no era posible que mintiesen bajo juramento quienes habian puesto su vida i su fortuna al amparo de tan escelsos nombres.

Un mes despues (enero 10 de 1818) anclaba en Valparaiso la fragata *Amphion*, de S. M. B., cuyo jefe, el comodoro Bowles, entusiasta amigo de los americanos, confirmaba en todas sus partes la relacion de Mackay i de sus prisioneros.

I ¡coincidencia digna de ser notada! en el mismo dia (8 de diciembre de 1817) en que los apresadores de la *Minerva* plegaban ufanos sus velas en Valparaiso, embarcábase en el Callao la formidable espedicion de Osorio, que deberia cubrir de luto el pais en un dia no lejano (Cancha Rayada, 19 de marzo de 1818), para rescatarlo con esplendente gloria tres semanas mas tarde en la colina de Maipú.

La *Amphion* habia salido del Callao el 20 de diciembre de 1817, esto es, diez dias despues de la espedicion peninsular que venia a avasallarnos por segunda vez, i la cual, despues de haberse embarcado durante los dias 7, 8 i 9 de aquel mes, aportó a Talcahuano desde el 4 al 15 de enero de 1818 en mas de veinte velas.

El 28 de febrero esa espedicion pasaba el Maule, i el 5 de abril estaba prisionera en los cuarteles i conventos de Santiago.

XXVIII

Los chilenos, entre tanto, i en especial los mercaderes de Valparaiso, celebraron el atrevido hecho de armas i estraño golpe de fortuna de Mackay i sus compañeros, como un verdadero acontecimiento nacional que presajiaba dias de mayor gloria, si no de tan pingüe provecho a la bandera chilena, tan heróicamente inaugurada. La presa fué juzgada incontinenti i declarada legal, adjudicándose en su totalidad, como era de justicia, a sus captores.

Comienza ahora la parte pintoresca de este episodio del mar, que ántes habia sido solo terrible. Cupo a cada uno de los tripulantes de la lancha corsaria mas de cinco mil pesos al que ménos, segun Haigh, i como testigo de vista, fué grande su admiracion al ver cómo aquellos héroes de una noche disiparon en un dia el fruto entero de su fortuna. Asegura el viajero ingles que las onzas abarataron al precio del peso fuerte en todos los placeres, en especial el de la taberna i el caballo, el naipe i la mujer. Era de gala para aquellos conquistadores comprar un caballo ensillado en cinco o seis veces su valor, correrlo una hora en la playa i soltarlo despues sin freno, a fin de que lo cojiese quien primero lo encontrase a su paso. En dos o tres dias casi todo el numerario que existia en caja en los escritorios de Valparaiso, pasó por las manos de

los apresadores de la *Minerva*, que vendian su derecho a la gruesa ventura a los comerciantes de mas fuste. Pero las onzas no tardaron mas tiempo que ese en jirar en los bodegones del Puerto i del Almendral, para volver a la lejítima circulacion de las transacciones mercantiles.

XXIX

Solo Mackay dió pruebas de mas frio injenio i de la cordura de su raza, apegadiza al cálculo i al oro. De su parte de presa sacó por de pronto 18,000 pesos, i con esta suma compró al sobrecargo Haigh la barca *Catalina*, cuya historia anterior hemos ya contado, hipotecando a su pago la mitad del cargamento de la presa; pero, estando a la confesion del mismo vendedor, pagó aquel el valor íntegro al contado, si bien éste era tres veces mayor que el precio de costo del barco en el Támesis.

Esta venta fué hecha ante el notario Menare el 24 de diciembre de 1817. Pero ocho dias mas tarde, Mackay aparecé vendiendo la mitad de lo que aun le correspondia en la *Minerva*, al rico negociante chileno don Francisco Ramirez, por la suma de 7,500 pesos (escritura del 28 de diciembre). Haigh agrega que el cargamento de la *Minerva* fué valorizado, segun ya dijimos, en trescientos mil pesos i comprado ademas el buque por el gobierno para trasporte.

Formóse para este objeto una especie de sociedad por acciones, la primera en su jénero en esta tierra que fuera de ellas mas tarde tan prolífica, i en la cual tomó parte un capitan ingles residente en Valparaiso, llamado Juan Hurrel, casado con una dama chilena, i un tal Juan Callow, que por su nombre, parece norte-americano. Este último, segun escrituras públicas que tenemos a la vista, puso en la negociacion cuatro mil quinientos pesos, mil de ellos al contado (1).

XXX

Avióse así rápidamente la velera *Catalina* (lla-

(1) La esposa chilena del nuevo capitan corsario llamábase doña Tomasa Godoi.

En cuanto a los nombres de los demas asociados en la empresa, no constan de los documentos legales de venta i compañía que hemos consultado. Pero es probable fueran muchos de ellos estranjeros, porque, ademas de los nombrados, existian ya en Valparaiso los dos hermanos Cood (don Enrique i don Jorje), que habian venido de Buenos Aires despues de Chacabuco; don Andres Blest, hermano de los dos distinguidos médicos de este nombre, i médico tambien e introductor de la primera cervecería en Valparaiso; don Paulino Campbell, mui conocido despues en Coquimbo por sus útiles empresas, i don Onofre Bunster, patriarca de los estranjeros en Chile hasta 1869, en que falleció, i que en 1807 habia sido sacado de un bote por un huaso que le enlazó de a caballo en la laguna Verde.

Residia tambien en esa época en Valparaiso, un estranjero cuya nacionalidad no hemos averiguado, pero que se llamaba *Adan* Copsenay, casado con doña Magdalena Cossio, chilena. Este individuo fué el primer *gringo* (porque esta palabra era políglota para todos los que llegaban de otras tierras) que murió en Valparaiso, lo cual le correspondia, seguramente, si no por antigüedad, al ménos por el nombre. Su testamento en favor de su esposa está otorgado con fecha 5 de octubre de 1818; pero cuatro meses mas tarde, esto es, el 19 de febrero de 1819, aparece Adan comprando en 40 pesos a un marinero su parte *futura* de presa en el corsario *El Chileno*, lo que prueba que el primer Adan de Valparaiso queria mui de veras a su Eva chilena, puesto que para ella testó i mas tarde aparece resucitado....

mada ahora la *Fortuna*), i el 2 de febrero de 1818, cuando no se enteraban todavía dos meses del arribo de Mackay i sus camaradas, hízose al mar, confiada en su nombre, a las órdenes del capitan Hurrel i tripulada por los mas señalados bravos de Arica; si bien su antiguo jefe parece quedó en Valparaiso, engolfado en las especulaciones de comercio, a que su índole escocesa le arrastraba junto con su recien adquirido capital.

XXXI

La *Fortuna*, en aquel crucero, fué digna de su nombre, porque frente a Guayaquil capturó, el 21 de junio, un bergantin de pomposo nombre, pero no ménos suculenta carga, llamado el *Gran poder de Dios*, cuyo capitan, español de nacimiento i de nombre—don José Rodriguez,—llevaba a su bordo por cuenta de enemigos, un rico cargamento de azúcar i cacao de Paita a Panamá.

Pocos dias ántes, cruzando en el golfo de la última ciudad, habia el capitan Hurrel apresado el pailebot *Pensamiento* i despues el *Rosario*, en cuya caja hizo buena presa de 13,000 patacones de la mejor plata sellada. Por no embarazarse quemó este último, así como echó a pique varias lanchas i embarcaciones menores; despachó el *Gran poder de Dios* a Valparaiso, el *Pensamiento* a Coquimbo, i satisfecho el armador i su jente de este primer ensayo,

dió la vuelta a nuestro puerto el 13 de julio de 1818, despues de un crucero de cinco meses, venturosos en todo. No era la mas rica parte de su botin un tesoro de 22,000 pesos en dinero que traia a su bordo para ser distribuido entre sus armadores i tripulantes (1).

XXXII

I así quedó echada la suerte, i abierto el camino i la prosperidad de los corsarios en el Pacífico, de cuyas quillas se hizo Valparaiso nido i arsenal despues del milagroso golpe de mano de Arica i del rico botin de la *Fortuna*. Armáronse, en consecuencia, innumerables espedicionarios, hasta que al fin, para organizar la escuadra libertadora, hubo de ponerles atajo el gobierno mismo en cuyo beneficio aquellos temerarios barquichuelos batian los mares. Fué el mas famoso de aquellos la *Rosa de los Andes*, que mandó el bravo Illinworth, mas conocido en el Pacífico con el nombre españolizado de Ilingrot, cuyas aventuras acaso nos darán pábulo para una relacion por separado.

XXXIII

Tal fué el primer arranque de la marina nacional

---

(1) El almirante Blanco comunicó al gobierno todos estos detalles por una nota fechada el 13 de julio de 1818, el mismo dia del regreso de la *Fortuna*.—(*Archivo del Ministerio de Marina.*)

de Chile en el Pacífico i la primera prueba a que su bandera fuera sometida en mares i playas estranjeras. Pero aun limitando la hazaña de Arica a su alcance puramente histórico, no es indigno de figurar en nuestros anales, como corre ya consignado en el de la bravura inglesa i divulgado en libros populares, puesto que su causa, su enseña i especialmente sus combatientes fueron los mismos que seis meses mas tarde, pobres otra vez, heróicos siempre, asaltaron la *Esmeralda* con el bravo O'Brien, en la rada de Valparaiso (27 de mayo de 1818), i los mismos que la hicieron presa a la voz del ilustre Cochrane en el Callao, en la memorable noche del 5 de diciembre de 1820.

EL ALMIRANTE

DON MANUEL BLANCO ENCALADA.

A Juan Williams Rebolledo,

CAPTOR DE «LA VIRJEN DE COVADONGA.»

EL ALMIRANTE

DON MANUEL BLANCO ENCALADA.

Rasgos biográficos.

I

Un dia de gran luto llegó para los chilenos el 5 de setiembre de 1876.

El teniente jeneral de nuestro ejército i vice-almirante de nuestra armada, don Manuel Blanco Encàlada, espiró a las tres de la tarde de ese dia, precursor de la conmemoracion de las glorias de la patria, despues de una hermosa vida que contó ochenta i seis años; cuatro meses i catorce dias. ¡Casi un siglo de gloria!

I sin embargo, esta muerte nos tomó a todos cual una sorpresa, porque nos habíamos acostumbrado a ver como un emblema de eterna juventud, aquella cabeza siempre erguida, aquella mirada viva i ardiente, aquel paso ájil, aquella voz sonora que hasta en sus postreros ecos, tenia el timbre de la entereza, de la voluntad, de la fascinacion, como

si su acento hubiese sido una vibracion perenne de su alma. No hacia muchos dias que ese glorioso soldado de tres cuartos de siglo, habia dicho a una amiga desu intimidad:—*Me he de morir, hija, como todos; pero lo que aseguro es que no me he de morir de viejo....* I cuando en este rápido bosquejo contemos mas adelante su última hora, se sabrá que el jeneral Blanco cumplió esta vez, como siempre, su palabra.

II

El almirante Blanco es, sin disputa, una de las mas grandes figuras americanas del presente siglo. Fué en las vicisitudes de su vida todo lo que un ciudadano podia alcanzar de sus tiempos. Fué jeneral de tierra con una graduacion creada esclusivamente para él i que ya no existe en la carrera militar de la República; tuvo en la mar el primer puesto; fué senador, majistrado civil i local, jeneral en jefe en cinco o seis ocasiones de su vida, ligada íntimamente a la de la Nacion; ocupó, por último, la presidencia de la República, i tuvo todavía otro honor mayor que ese,—el de renunciarla.

Pero en esa carrera tan alta i tan feliz, hai algo que sobresale por encima de todas las seducciones de la deslumbradora pompa i atrae con irresistible predileccion i simpatía los corazones i los juicios de los hombres: ese algo es el heroismo. El jeneral Blanco

ha sido todo lo que han podido ser otros; pero pocos han sido lo que él fué. Fué héroe.

A esa luz i bajo ese prestijio, vamos a recorrer en unas pocas horas de la noche, esa existencia querida, cuyos resplandores, no apagados todavía, guiarán los atributos a que confiamos siempre, como a dos fieles compañeros, este jénero de empresas de la pluma:—el amor i la memoria.

III

Una de las condiciones escepcionales de esa naturaleza rica i espansiva—secreto de su universal popularidad,—era tambien algo que no es propio de nuestro clima de dulce monotonía, de nuestra tierra suculenta de rulo i migajon, de nuestra raza sesuda i vigorosa, pero inerte. Esa condicion es el entusiasmo,—llama de fuego que quema la taza de bronce en que se ajita el pábulo, pero que de léjos es luz que fascina i guia.

Hemos dicho que el jeneral Blanco fué, ántes que todo, en su vida pública una encarnacion heróica. Pero si lo fué, debiólo solo a ese arranque constante de su naturaleza, jenerador de las cosas mas grandes i mas bellas que levanta el hombre bajo su planta,—el entusiasmo, que es solo el candente vapor de la fe, alma del alma. Su carrera está llena de esos arranques i de sus comprobaciones.

Su fuga de Montevideo para incorporarse en el

ejército patriota de 1812, es un rapto de heroismo. Jugó su cabeza en el galope de un caballo.

Cuando investido de una gran responsabilidad, desplega las velas de su capitana, jefe de escuadra a los 28 años, i promete al gobierno que honra su juventud, enviarle la espada del jeneral que va a combatir, i lo cumple, es dos veces heróico.

Cuando llegó Cochrane i declinó el mando ante el estranjero a sueldo, despues de su gloria i su conquista, es cuando ese heroismo llega hasta la grandeza de alma.

Acepta despues con ánimo entero todas las grandes o pequeñas misiones del deber, sin discernir entre venturas ni peligros. Acepta ser jeneral en jefe del ejército chileno, bajo Bolívar; almirante de la escuadra, bajo Freire; comandante en jefe de la espedicion al Perú, bajo Portales; simple combatiente en las calles de Valparaiso, bajo Montt.

Pero si bien todo eso era fácil i corriente en la juventud animosa i en la enérjica virilidad, ¿acaso lo declinó en la vejez egoista i achacosa?

Vamos a ver que no.

Levantóse en Chile un grito de rechazo contra la España i sus pretensiones en 1865. Blanco Encalada ha pasado ya mucho mas allá de los límites de la vejez en nuestro clima; pero al instante, espontáneamente, pónese a la cabeza de ese movimiento i preside todas las deliberaciones patrióticas de la

juventud i del pueblo. Tenia a la sazon setenta i cinco años i no escusaba ningun trabajo.

Nombra el Congreso i el gobierno en 1868, una comision de honor para repatriar las cenizas del ilustre O'Higgins. Figuraron en esa comision senadores, diputados, hombres en la flor de la edad i en la flor de la fortuna. Pero todos rehusan, i solo el viejo marino ase otra vez con mano firme el timon de la gratitud i de la gloria, i va a traer los restos venerados de su antiguo jefe. Blanco Encalada tenia entónces setenta i ocho años, como Andrea Doria.

¿I su campaña de Chiloé en el corazon del invierno? I su reto final a Mendez Nuñez? I su muerte misma, tranquila, resignada, valerosa hasta en sus mas mínimos detalles, ¿no son esas otras tantas pruebas de que en aquel pecho habia encontrado nido i pábulo el fuego jeneroso que alienta el espíritu de los séres superiores, de los filántropos, de los mártires, de los héroes?

No se eche tampoco en olvido una circunstancia física mui digna de tomarse en cuenta al aquilatar los actos morales de un individuo. El jeneral Blanco luchó la mitad de su vida con una estincion completa del órgano del oido, lo que equivalia a la supresion de la mitad de los elementos de accion, de impulso i de asimilacion de que dispone el hombre. Los ciegos, son cadáveres que hablan; pero los sordos, son hombres enterrados vivos.

Examinada la vida pública del almirante Blanco bajo esos diversos prismas, es, a todas luces, un héroe americano; i en ese sendero i bajo esa luz, vamos a seguirlo por unos breves instantes.

IV

El jeneral don Manuel Blanco Encalada nació en Buenos Aires el 21 de abril de 1790.

Fué su padre el oidor Blanco Ciceron, gallego de nacimiento, pero que ejerció con brillo i con provecho la majistratura, primero en Chile, donde fué fiscal, despues en Lima, mas tarde en la Paz, i por último, en Buenos Aires, donde falleció dejando a su último hijo en la cuna, nacido de siete meses. ¡Coincidencia singular! Ese hijo de un oidor español de cuatro reinos, fué el soldado i el libertador de esas mismas cuatro repúblicas, porque Blanco Encalada militó en el Plata, en Chile, en el Perú i en Bolivia.

Sin embargo de ésto, ese mismo cosmopolitismo hizo sombra a la carrera esencialmente chilena del hijo casual del Plata. El jeneral lo conocia, i siempre que relataba ciertas amarguras de su vida, como su renuncia de la presidencia o el fracaso de Paucarpata, solia esclamar con ironía:—*Mi mayor defecto no es mi sordera, sino no haber sido bautizado en la Catedral de Santiago.* En esta sola frase, el jeneral Blanco probaba que conocia bien a los chi-

lenos i, particularmente, a los santiaguinos, estos castellanos viejos de la Nueva Estremadura.

Su madre era una noble matrona chilena, hermana del patricio don Martin Encalada, mujer de grandes dotes morales, i que llevaba ademas su moño tan alto como el *copete* reglamentario del oidor su esposo. En la esposicion que se llamó del *Coloniaje*, en 1873, se mostraron las blondas de oro con que doña Mercedes Encalada asistió en la Paz a la jura de Cárlos IV i tambien la colcha de seda carmesí que cubrió la cuna de su último hijo.

V

Blanco Encalada nació, por lo que dejamos contado, noble i aristócrata; pero nació tambien *criollo*, es decir, con el vírus de esa democracia activa i poderosa que ha cubierto de repúblicas el suelo americano, en odio de un trono estranjero i rapaz. Blanco fué siempre aristócrata de maneras, de fisonomía, de traje, de todas las esterioridades que forman el concepto vulgar del hombre. Pero, en el fondo de su naturaleza, amaba la república por convencimiento, como habia amado la independencia por instinto.

Blanco Encalada hizo sus primeras letras en la escuela de un maestro llamado Argerich. Pero cuando cumplió doce años, su madre, que tenia algun caudal i mucha discrecion, lo envió a España al la-

do de uno de sus tios, opulento i de influjo, el conde de Villa Palma, don Manuel Calvo Encalada.

Hizo este viaje en 1803 en compañía de dos notabilidades americanas: del oidor Mata Linares, que pasaba a la Península de Consejero de Indias, i del oidor Lastarria, abuelo del conocido publicista chileno, que iba a desempeñar un cargo en la Real Audiencia de Sevilla.

El jeneral Blanco recordaba, en sus últimos años, con infantil placer las incidencias de ese viaje. El barco se llamaba el *Infante don Francisco de Paula*, su capitan don Juan Donesteves; el punto de arribada fué la Coruña i la posada la casa de aquel valeroso almirante Bustamante que, poco mas tarde (1804), defendió contra los ingleses las *cuatro fragatas de Cádiz*.

VI

Las relaciones de su tio i los servicios de su padre le abrieron las puertas del *Seminario de nobles* de Madrid, donde tuvo por condiscípulo i amigo de intimidad al ilustre soldado i poeta, autor del *Moro espósito*, don Anjel de Saavedra, mas tarde duque de Rivas. Esa amistad fué guardada durante medio siglo. Segun su hermano primojénito, don Ventura Blanco Encalada, que dejó un apunte de la vida del almirante, fueron sus maestros en matemáticas los célebres profesores Vallejos i Antillon·

Aficionado desde su viaje de Buenos Aires a la Coruña, a las cosas de mar, cuando hubo concluido su preparacion clásica en Madrid, pasó Blanco a la *Academia de marinos* de la isla de Leon, i luego, con motivo del bloqueo que pusieron a Cádiz los franceses en 1808, entró al servicio activo. Cuando Ruiz de Apodaca se apoderó de la flota del almirante Rossilly en esa ocasion (marzo de 1808), era el adolescente marino segundo en un buque sutil llamado la *Cármen*, que mandaba un teniente. El jóven aprendiz, como segundo, tenia el cargo de un mortero con que defendia la puerta que en Cádiz se llama todavía de «Sevilla,» cerca del arsenal de la Carraca. Aquel mortero fué el primer maestro que el jóven Blanco tuvo en el arma de artillería.

VII

Las influencias de familia empujaban al recien fogueado guardiamarina a las dulzuras de la vida de América, i así el favor del tio dió lugar a que le destinaran al apostadero del Callao, al lado del virei Abascal i del oidor Zerdan, casado (como otros dos oidores) con dama de la familia Encalada.

Hizo este viaje, por la via de Buenos Aires, en la *Flora*, fragata mui velera, su capitan don Fermin de Esterripa. Atravesó las pampas i las cordilleras.

Visitó a sus parientes, hijos del oidor Plata (casado tambien con una Encalada en Santiago), i pasó a Lima, donde, niño aturdido i entusiasta por los hábitos criollos, corriendo un dia a caballo con uno de sus primos Zerdan, llamado Ambrosio, le vió caer muerto, reventado por la bestia que montaba.

En Valparaiso—aldea miserable en esos años i teatro despues de sus mejores glorias civiles—tuvo tambien un encuentro singular. Su bisabuelo, el primer conde de Villa Palma, don Diego Encalada, habia mantenido en 1724 feudos terribles con el primer marques de Cañada Hermosa, i ahora yacia en aquella bahía la corbeta *Astrea*, cuyo segundo era el biznieto del último, don Eujenio Cortés i Azúa, amigo i camarada desde entónces del jóven Blanco.

VIII

Habia éste recibido, a su paso por Buenos Aires, sus despachos de alférez de fragata como ascenso por su conducta en Cádiz, i en esta calidad, que no era de poca monta en la marina española, sirvió durante tres años, en el apostadero del Callao, a las órdenes de su primo hermano el brigadier de injenieros don Joaquin Molina, comandante jeneral de marina.

Por esta época habia llegado hasta Lima el clarin de la revolucion que habia estallado simultánea-

mente en Buenos Aires, en Chile i en toda la América. Sabedor el receloso Abascal de la actitud de los parientes del jóven Blanco en el Plata i especialmente en Chile, donde su tio don Martin Calvo de Encalada era caudillo revolucionario, finjió una comision i envió al jóven criollo por la segunda vez a España, para libertarlo de un contajio que deberia ser irresistible.

IX

Esta vuelta a la Península no era ya un viaje, era un destierro. Así es que al cabo de dos años, moviendo influjos consiguió el jóven americano con el rejente Villavicencio, ser enviado a la plaza de Montevideo, embarcado como oficial de marina en la corveta de guerra *Paloma,* que venia a reforzar al taimado Elio, amenazado por los patriotas de Buenos Aires.

El jefe de aquel apostadero—un marino llamado Sierra—quiso probar desde temprano el americanismo del jóven alférez recien llegado, i en dos ocasiones le ordenó escursiones hostiles contra las balizas de Buenos Aires. Pero en ámbas rehusó Blanco, alegando sus relaciones de familia en aquel pueblo. Las sospechas renacieron i quedó acordado su tercer viaje a España.

X

Súpolo, empero, en tiempo el despierto marino, i

protejido por ciertas altas damas de Montevideo, huyó de la ciudad por el campo en direccion a Buenos Aires.

Fueron aquellos buenos ánjeles de la guia doña Margarita Viana, hermana o esposa del jeneral que mandaba las tropas arjentinas, i una niña llamada *Pepita* Uribe, que debia ser hermosa por su nombre i porque en aquellos años todas las «pepitas» jerminaron en flores para la patria. Sabido es que la bella Pepa Morgado fué una de las mas grandes fascinaciones del ejército arjentino en Santiago, entre Chacabuco i Maipo.

Ayudóle tambien en aquella aventura su amigo i compañero el marino Cortés, espulsado a su vez por sospechoso del Pacífico, i que luego logró fugarse en direccion a Méjico, donde llegó a ser almirante i edecan del emperador Iturbide.

Aquella escapada fué un rasgo de heroismo juvenil. El interes i la carrera del alférez Blanco estaban bajo la bandera de España. Pero su corazon lo arrastró, i sin mas que una camisa en el bolsillo, salió del recinto de la ciudad finjiendo un paseo, a mediados de 1812. Cuando apénas se alejaba del pueblo, encontró a un hijo del virei Sobremonte, que con candorosa cortesía, le recordó que ya iban a cerrar el porton de la ciudad.....

Durante dos o tres semanas vagó el esforzado desertor por rios, bosques i pantanos. Pasó el Paraguay i el Uruguay a nado, i despues de galopar

ochenta leguas, escondiéndose de dia en las espesuras, llegó a la capilla de Mercedes, donde encontró acampado el ejército de Buenos Aires, a las órdenes de Viana, Soler i otros jenerales. El último lo condujo a Santa Fe i de allí a Buenos Aires, donde, mediante la oficiosidad de un comerciante ingles, mas tarde mui conocido en Chile—don Jorje Cood,—pudo recibir su equipaje que habia dejado abandonado en Montevideo.

XI

Hemos dicho que el jefe de la familia patricia de los Encaladas era el famoso don Martin, tan conocido por su orgullo i su firmeza en la primera época de nuestra revolucion. Su sobrino, por lo tanto, no podia tardar en venir a buscarle. Ya desde 1811 don Martin le habia hecho nombrar capitan de artillería por el gobierno patriota, i éste se cree fué el motivo principal por que Abascal le envió a España en aquel año.

En febrero de 1813, Blanco se puso de nuevo en marcha para Chile en compañía de un viajero frances cuyo nombre no recordamos, i llegó a los suburbios de Santiago en los últimos dias de marzo.

Habíase hospedado en la Cañadilla, en la quinta que es hoi de la familia Sanchez, i ahí estaba reposándose de las fatigas de las cordilleras, cuando llegó la noticia del desembarco de Pareja en Talcahuano.

El capitan de artillería de 1811 no podia haber llegado mas a tiempo: era el momento en que se encendia el primer lanzafuego.

XII

Blanco tomó en el acto las armas, i por sus servicios, su bizarría i sus influjos, era ya teniente coronel en marzo de 1814. Como su tio i todos los viejos *pelucones* de Santiago, el jóven marino se habia pronunciado contra los Carreras.

De modo que cuando cayeron éstos, fué aquel uno de los mas exaltados i activos organizadores de las fuerzas improvisadas para resistirlos i dominar al propio tiempo la preponderancia adquirida por los realistas a la sombra de aquellas fatales disensiones.

Por lo mismo, el gobierno de la capital confió al jóven Blanco—jeneral de 24 años—el mando de una division de huasos i de reclutas que salió a reconquistar a Talca en marzo de 1814. Despues de Blanco, mandaba la division el canónigo don Casimiro Albano, que se creia capaz de tomar aquella ciudad tan solo por haber nacido en ella.

El desenlace de la espedicion correspondió a su peregrina organizacion i a la inesperiencia de su jefe. Al pasar el Lontué un guerrillero realista, famoso ya desde entónces i que San Martin hizo fusilar mas tarde en el campo de batalla de Mai-

po—don Anjel Calvo,—se valió de una estratejia que revelaba en él las mejores dotes de un soldado.

Conociendo la educacion, el nacimiento i el carácter puntilloso del improvisado jeneral chileno, mandóle un cartel de desafío para pelear en línea de batalla, Blanco con su jente i él con la suya. Aquel tuvo la bisoñada de aceptar. Formó, en consecuencia, su línea de combate en el llano de Quechereguas, i así se mantuvo todo el dia esperando a Calvo; pero éste habia querido únicamente contar las fuerzas que venian de Santiago contra Talca, lo que hizo a man salva i fila por fila.

Desde este momento la espedicion estaba perdida, porque Elorreaga pasó el Maule en auxilio de la ciudad amenazada, i cuando los patriotas la atacaron, desbandáronse entre dos fuegos.

De regreso el comandante Blanco en la capital, solicitó en el acto la reunion de un consejo de guerra; pero los unánimes informes que sobre su bizarría personal dieron todos los derrotados, hicieron innecesaria aquella investigacion. Para haber quitado con justicia sus charreteras al jóven teniente coronel, habria sido preciso reducir a sacristan al capellan castrense Albano, alma, consejo i perdicion de aquella fuerza.

XIII

Con todo, el comandante Blanco cayó en cierta desgracia, i no viene a tenerse ya noticia de él sino

cuando, emigrado despues de Rancagua, es apresado por una partida realista en Santa Rosa de los Andes i conducido a la presencia de Osorio. Enfurecido éste porque conocia desde Lima la historia de su fuga de Montevideo, le hizo despojar con ignominia de sus insignias i aun le amenazó con fusilarlo allí mismo como desertor. Mas, como Osorio era hombre de buena alma, se apiadó de su juventud i lo hizo sentenciar por un consejo de guerra a cinco años de destierro en el peñon de Juan Fernandez.

Los oficiales de Talavera, Villalta i Butron, camaradas de Blanco en España i masones, sin duda, como el último, influyeron en esta resolucion del tribunal militar.

A su paso por Ocoa, camino del destierro, el héroe encontró una heroína: fué ésta la señora feudataria de aquella estancia doña Mónica Larrain de Echeverría, que acababa de salvar a su hijo contra su escolta de cautivo, i que no pudiendo salvar al jóven marino, le socorrió de dinero, de ropa i de algo que valia mas que eso,—de esperanzas sublimes en la patria i su redencion.

El jeneral Blanco jamas olvidó, ni en su ancianidad, aquella heróica hospitalidad de pocas horas.

Llegado a la romántica isla del Pacífico, convertida por los odios humanos en triste presidio, purgó allí el jeneroso capitan chileno, durante dos años i medio, su ya acendrado patriotismo. Era el mas

jóven de sus venerables compañeros de cautiverio; pero, por lo mismo, era el que sufria mas intensamente su prolongada soledad. Tuvo, sin embargo, la suerte de ser para todos aquellos mártires, el mensajero de la redencion, porque fué él quien, como marino, descubrió desde un monte la bandera arjentina, la bandera de Chacabuco, que en marzo de 1817 fué a redimirlos.

XIV

Devuelto a la patria libre, Blanco entró en el acto en campaña, i su primer despacho lleva la fecha del 1.° de julio de 1817. Debe notarse que se incorporó en el ejército chileno en calidad de sarjento mayor de artillería, i no en el arjentino.

Al mando de las doce piezas de su batería, ocupaba i protejia, en consecuencia, el ala derecha del *Ejército unido* en la fatal formacion de Cancha Rayada el 17 de marzo de 1818; i ocurrió la circunstancia de que en el ataque de las caballerías esa tarde, habia quemado todos sus cartuchos i no le habian servido repuesto. Sin embargo, en el furioso asalto de aquella noche, tuvo el bizarro jefe la calma i la gloria de salvar intactas sus piezas, miéntras que la artillería arjentina cayó entera en manos de Ordoñez.

En Cancha Rayada hubo un héroe en el combate i dos en la retirada. Aquel fué O'Higgins, que no se apartó del campo sino con un brazo destrozado

por las balas. Los últimos fueron Las Heras, que salvó toda el ala derecha del ejército, i Blanco, que salvó el baluarte de esa columna,--los cañones.

En el imprudente combate de la tarde, Blanco habia ejecutado una maniobra salvadora, i este era uno de los pocos episodios de su vida, que se complacia en citar con orgullo.—Rechazada la estensa línea de caballería patriota por los escuadrones realistas que conservaron sus posiciones en masa, se arremolinaron en el llano, perdieron su formacion i su disciplina i corrieron en dispersion a retaguardia.

Blanco estaba con sus doce piezas volantes en medio del llano, mui cerca de Talca i en su cancha rayada, que era su *cancha de carrera*, donde mas tarde el intendente Concha plantó la actual alameda. En esa posicion abierta, el bizarro artillero fué envuelto en el comun desórden; pero cuando ya venian cargando con ventaja i arrogancia los españoles, hizo frente a retaguardia, i aunque aislado i solo con sus piezas en la vasta llanura, los contuvo i restableció la serenidad i la confianza en las filas de los patriotas.

Durante la marcha de la columna de Cancha Rayada hasta el rio Lontué, el comandante Blanco ocupó su cabecera con sus baterías descargardas. El fuego de la tarde i la fuga de los conductores del parque le habian dejado sin un solo tiro. Aun deseándolo, como Carrera en 1813 al levantar el sitio de Chillan, no habria podido hacer disparar

a sus artilleros una salva real *con pólvora* para amedrentar al enemigo que le perseguia. El comandante Blanco no tuvo un solo tiro en sus armones, i ésto realza la habilidad i la sangre fria de su retirada.

Con su famosa batería volante, como todos saben, hizo otra vez el mayor Blanco prodijios en Maipo, otra vez a la derecha i otra vez a las órdenes inmediatas de Las Heras. Sus disparos por encima de las columnas patriotas, arrolladas por el *Burgos* en un momento crítico i decisivo, fueron de una maestría tal, que hicieron preguntar a Ordoñez, cuando era un triste prisionero, por el nombre del «oficial europeo» que habia manejado aquellos cañones.

Ese héroe así honrado, era Blanco.

Por su conducta en ese dia memorable, fué ascendido a teniente coronel efectivo una semana despues de la batalla,—el 14 de abril de 1818.

XV

Comienza aquí la era de la verdadera gloria del antiguo guardiamarina de Cádiz. Vuelve al mar i allí le acompaña una asombrosa fortuna.

Todos conocen el maravilloso episodio de la captura de la *María Isabel*, fragata de 44 cañones i del convoi de Cádiz que ese casco de guerra custodiaba. Nombrado Blanco jefe de aquella espedicion el 23 de junio, en diciembre volvia con su presa ya nombrada, cinco barcos del convoi español i dejando comple-

tamente desbaratada la última espedicion peninsular contra Chile.

En aquella espedicion hubo una serie de palabras heróicas i proféticas.

Cuando el 9 de octubre vió O'Higgins, que regresaba a Santiago con Zenteno, desde el *Alto del Puerto*, las cuatro naves de Blanco—el *San Martin* el *Lautaro*, la *Chacabuco* i el *Araucano*—dijo a su compañero:—*De esas cuatro tablas depende la suerte de América;* palabras que con el episodio, están grabadas en la estatua del caudillo. Pero Blanco habia tenido una espresion no ménos bella:—*Es preciso*—dijo en un documento público—*que la marina chilena señale la época de su nacimiento por la de su gloria.* I así lo cumplió.

Privadamente i en uno de esos arranques de su naturaleza briosa i caballeresca, a tan mala cuenta puesta por el guerrillero Calvo en 1814, i despues por Santa Cruz en 1837, el captor de la *María Isabel* habia ofrecido al Director la espada del jefe de la espedicion española. I ésto tambien lo cumplió, segun estas palabras de una carta autógrafa e inédita que del último al primero tenemos a la vista, fechada en la isla de Santa María el 5 de noviembre de 1818: «Mi venerado jeneral—le decia: —con mi ayudante de órdenes remito a V. S. el sombrero i la espada que se me dijo ser del comandante de la fragata *María Isabel*, felicitán-

dome de haber podido cumplir a V. S. mi palabra.»

El regreso de Blanco a la capital ha sido contado por uno de sus ayudantes que le acompañaba. Fué una verdadera entrada triunfal de aplausos, de flores i de calorosas felicitaciones.

El gobierno le dió un premio mui subido para su edad. A los 28 años le hizo contra-almirante (diciembre 12 de 1818). Pero la sociedad santiaguina le ofreció una recompensa mucho mas preciada,—la mano de la mas hermosa de sus hijas, a quien el escritor a que acabamos de referirnos (el jeneral Miller), llama con este motivo «lucero de primera magnitud».

XVI

El prófugo de Montevideo habia llegado, en el breve espacio de seis años, al colmo de la fortuna i de la gloria.

Pero aquel debia adquirir un realce de otro jénero con la llegada de aquel ilustre enganchado que vino a libertar el Pacífico con el nombre de lord Cochrane. Blanco le entregó la escuadra i consintió en ser su segundo, sin violencia, sin vanagloria‘ pero tampoco sin humillacion.

Grande fué la gloria del primero en la borda de la *Esmeralda*. Pero ¿no fué tambien encumbrado el mérito del marino que le cedió voluntariamente aquel puesto de inmortalidad?

Blanco hizo en esas campañas del Pacífico estrictamente su papel de segundo. Cuando Cochrane iba, como el águila, desalado tras de alguna empresa de gloria o de rapiña, o de ámbas cosas a la vez, Blanco quedaba con los buques de rezago bloqueando las costas enemigas. En una ocasion, por escasez de víveres, abandonó este puesto en la escuadra, i tuvo que pasar por muchas zozobras, hijas del descontento i de la maledicencia. Tenemos delante de nosotros una carta privada al Director Supremo, escrita en Santiago el 8 de junio de 1819, en que clama al cielo por la injusticia con que se le acusa.

XVII

Pero de todos modos, es lo cierto que Blanco no cosechó ninguna gloria en el Pacífico miéntras lord Cochrane mantuvo su pendon en el mástil de la capitana chilena. Despues de su vuelta al Atlántico, (enero de 1822), comienza otra vez su activo rol de jefe, i esta vez al lado de Bolívar i casi a su servicio. Blanco condujo casi todas las espediciones que de Guayaquil i el Callao salieron al mando de Sucre, Santa Cruz, Alvarado i otros jefes para los puertos de intermedios o para el Alto Perú. De esa manera contribuyó al desenlace de Ayacucho en 1824.

Por ésto, en julio de ese año era nombrado vicealmirante i, al propio tiempo, jeneral en jefe del ejército que Chile se aprontaba a enviar en esa épo-

ca en auxilio del Libertador. Por esta cuenta, el jefe mas prestijioso de nuestra escuadra tenia a la edad de treinta i cuatro años, la mas alta graduacion de la marina, i la ha conservado ilesa i fiera durante mas de medio siglo. ¿No es ésto por sí solo una gran gloria?

XVIII

Blanco trató íntimamente a Bolívar en esa época. Conservaba de él con esmero una numerosa correspondencia, i admirando su jenio, temia su carácter.—«Por la franqueza que me ha dispensado el Libertador—escribia el jefe de la escuadra chilena al Director O'Higgins el 9 de diciembre de 1822, una semana despues de haber regresado de Guayaquil, donde quedaba Bolívar—i las muchas conversaciones que he tenido con él, añadiendo su conducta, de que he sido testigo, me han hecho conocerle; i a mi vuelta a ésa yo haré a usted el retrato mas imparcial de su carácter. Baste solo decir a usted como amigo i como chileno, que lo considero un enemigo peligroso de quien es preciso guardarse mucho.»

XIX

En los intervalos de su vida anfibia de marino i de oficial de tierra—peculiaridad que duplica los méritos del jeneral Blanco para con el pais,—habia tenido tambien el último ascensos, fortunas i caidas de otro jénero.

Retenido en Santiago despues de la salida de la Escuadra i del Ejército Libertador el 20 de agosto de 1820, en su calidad de comandante jeneral de armas i jefe del estado mayor de plaza, en setiembre de 1820 habia sido nombrado mariscal de campo del ejército de tierra, i era ademas presidente i creador de una *Sociedad de amigos del pais* que funcionaba en su propia casa, teniendo por socios a los primeros hombres de la independencia. Una de las cosas de mas recomendacion que hizo esa junta de ciudadanos, fué mejorar el servicio asqueroso de los hospitales i costear de su peculio la lúgubre reja que hoi permite todavía a los presos de la cárcel pública hablar con sus deudos desde la calle, como si fuera en un locutorio de monjas, i divisar un rincon de la alegre plaza que en un tiempo, se llamó de la *libertad*, teniendo la cárcel en un ángulo i la horca frente a frente....

XX

Blanco era tambien senador en esos años, segun creemos, i este honor fuéle conferido para su mal; porque habiéndose quejado un dia, arrastrado por su ardor i su arrogancia natural, de «la apatía» del gobierno, llevaron el chisme al dictador O'Higgins, i airado éste por la ingratitud i la petulancia del caso, mandó someter al denunciado a prision i a un consejo de guerra, acusándolo de aspirar al poder supremo.

El consejo de guerra tomó a lo serio el cargo i condenó al mariscal de campo al destierro, votando en su contra los coroneles Pereira i Thompson, i a su favor el coronel Torres. Pero obedeciendo O'Higgins a uno de los sanos impulsos de su corazon magnánimo, cuando llegó la noticia de la ocupacion de Lima por el *Ejército unido*, en julio de 1821, le hizo venir a palacio i, abrazándolo con efusion en medio de los repiques i cohetes, le dijo estas palabras, que ayer nos repetia todavía, como el eco de una grata absolucion, el agraciado:—*¡Todo queda olvidado entre nosotros!*

XXI

La última campaña que Blanco hizo por la independencia de Chile i de la América, fué la segunda i feliz de Chiloé. Mandó en jefe la escuadra, i se cubrió de gloria cuando, a la luz del mediodía, penetró en la bahía de Ancud, erizada de cañones, guiando él mismo la flota sobre la toldilla del *Aquiles*, como Farragut en Mobila. El buque perdió sus palos, derribados por las balas. Pero el valiente marino—hijo de la fortuna—no sacó esta vez ni en ninguna otra ocasion de guerra, un solo rasguño. En cambio, el jeneral Miller, que le acompañaba con frecuencia en esos casos, era ya en esa época una verdadera criba de balas.

XXII

Uno de los resultados mas evidentes de los merecimientos que contrajo Blanco Encalada en aquella campaña, fué su eleccion por el Congreso para la primera majistratura de la República (julio de 1826). Pero aquel honor no duró demasiado, por la sencilla razon de que Blanco no habia sido bautizado en la pila del Sagrario. Dos meses despues renunciaba el mando supremo por las hostilidades chilenas i, sobre todo, *santiaguinas* que habia encontrado en el mismo Congreso que lo elevó. Una de esas cortapisas—harto curiosa por cierto e ilustrativa de la época—habia sido que habiendo pedido el presidente sesenta mil pesos para pagar sueldos insolutos al ejército descontento, el Congreso ordenó que se le pagase vendiendo cuatro mil vacas de engorda que tenian los regulares, espropiados a la sazon, en sus estancias. La tesorería nacional estaba por esos años en los potreros, i los sueldos se pagaban con panzas de grasa i chicharrones....

XXIII

Desde la renuncia del jeneral Blanco en 1826, ocurre un decenio completo de interregno político i militar en su carrera. No tomó parte alguna directa en las tristes disensiones que ensangrentaron la República en 1827 i 1830. Desde su chácara del

Conventillo cuidaba de sus cortos intereses i de su familia. Fué entónces cuando él mismo hizo abrir en sus terrenos la avenida que hoi se llama *Alameda de los Monos*, i cuyo rasgo vendió a la municipalidad por un buen precio.

XXIV

El período de actividad que siguió a ese largo interregno, fué de fatal augurio para la carrera del hombre ilustre cuya vida bosquejamos con mezquina, pero inevitable premura.

Despues de un lampo de gloria, un abismo: tal es la sinópsis moral del año *treinta i siete*.

Resuelto el gobierno chileno a enviar al Perú una espedicion militar, sin motivos, a nuestro juicio, bastante justificados para tamaña empresa, nombró al vice-almirante Blanco jeneral en jefe de la espedicion, movido, sin duda, el ministro Portales del crédito de aquel jefe por sus antiguos servicios i relaciones de familia en el Perú.

La empresa encontraba en el pais una resistencia sorda, pero tenaz. El ejército mismo se amotinó, i el ministro de la guerra—autor esclusivo de aquella—fué cobardemente asesinado al amanecer de un dia de eterno luto para Chile, en las alturas del Baron.

El jeneral en jefe se encontraba con su estado mayor en Valparaiso cuando estalló el motin en Quillota el 3 de junio. La resistencia parecia imposible,

i lo habria sido para todo hombre que no hubiera tenido el pundonor i los brios de aquel soldado.

Blanco resistió, i una descarga hecha a media-noche por un puñado de reclutas, junto con la alevosía del crímen i la ebriedad del vino de una parte de los amotinados, le dió el triunfo.

XXV

Despues del crímen del Baron, el pais miró con ojos diversos la espedicion temeraria. Se apasionó de ella porque creyó ver la mano del dictador del Perú en la empuñadura de la espada ensangrentada de Florin. El jeneral Blanco se hizo, despues de Portales ya difunto, el hombre mas conspicuo de Chile; i si hubiera vuelto victorioso del Perú, los chilenos le habrian perdonado su bautizo en la pila de la Compañía de Jesus en Buenos Aires.

Mas no sucedió así.

La espedicion se hizo a la vela para Arica, en combinacion con los emigrados peruanos Castilla, Vivanco, Lafuente, Torrico i especialmente con el coronel Lopez, que era prefecto de Tacna. Pero éste faltó a sus compromisos, i con ésto solo la espedicion fracasó, porque le faltó la base de sus operaciones, que era Moquegua, esto es, el flanco del ejército de Santa Cruz.

Engañado, al contrario, el jeneral chileno, internóse hácia Arequipa, interponiendo entre la costa,

que era su centro único de recursos, inmensos arenales. Desde este momento el ejército chileno estaba perdido, completamente perdido, porque Santa Cruz, haciendo un movimiento de concentracion jeneral desde sus alas, rodeó aquel puñado de valientes con seis mil de sus mejores tropas.

Si el Protector de la Confederacion perú-boliviana no hubiera estado desde el principio, desde Socabaya (1834), a todo trance por la paz con Chile, como Portales habia estado, desde Socabaya tambien, por la guerra a todo trance con Santa Cruz, el ejército chileno habria perecido entero de hambre, de miseria i de fiebre en aquel asedio de bayonetas i de arenas. Mas, el jeneral Blanco, que en esas ocasiones sabia encontrar el camino de las grandes resoluciones, hizo prodijios, no por vencer, pues eso era imposible, sino por batirse i sucumbir con gloria. A todas sus salidas del cuartel jeneral, los ájiles rejimientos bolivianos contestaban replegándose sobre las crestas como gamos, sin disparar un solo tiro. Era esta su consigna de guerra, porque era consigna de paz.

Ocurrió tambien el jeneral Blanco, en su desesperacion, a un recurso que ya no era de este siglo. Envió un cartel de desafío al jeneral Cerdeña, que mandaba las tropas bolivianas, para pelear en la pampa de Arequipa, dándoles la ventaja del número, de la posicion i del *viento*.

Todo era en vano: el ejército chileno se moria

diezmado por la cólera del alma i por el clima. Al fin fué preciso tratar, i los pactos de Paucarpata, que fueron para el ejército una salvacion casi milagrosa, tuvieron en Chile un eco funesto bajo el punto de vista político.

El pais se levantó en masa, i el jeneral Blanco, como aplastado por su peso, dimitió el mando ante un consejo de guerra, el 31 de diciembre, esto es, en el último dia de aquel año nefasto para su fortuna, pero no para su fama ni para su gloria.

XXVI

Se sucede a esta desventura una nueva tregua que dura diez años justos, pues todos esos largos períodos de tiempo i de sucesos caben en esta vida tan dilatada, tan variada i tan activa.

Durante esa prolongada tregua del servicio público, el jeneral Blanco visita con su familia la Europa (1844), despues de mas de treinta años de ausencia. El 21 de febrero de ese año habia obtenido cédula de retiro temporal, segun un apunte apresurado que nos ha sido enviado del Ministerio de la Guerra.

XXVII

El jeneral Blanco regresó de Europa en 1846, empapado en todos los progresos de la moda, de la

edilidad i de la cultura social en cuyos centros habia vivido. Aunque frisaba ya en los sesenta años, tenia la actividad de un soldado i la gracia i desenvoltura de un jóven de salon. El ministro del interior Vial, tuvo por ésto la feliz inspiracion de aprovechar todas esas condiciones de trabajo i progreso para la mejora del puerto principal de la República; i sin mira política de ningun jénero, nombró al vice-almirante del Pacífico intendente de Valparaiso el 25 de junio de 1847.

XXVIII

El jeneral chileno, ya mas parisiense que arjentino en esa época, estaba en su elemento. Queria hacer de Valparaiso un pequeño Paris, i para ésto, se asoció al vecindario haciendo causa comun con él. Fué el primer majistrado local que introdujo en Chile tan feliz innovacion, i gracias a ella, realizó prodijios, sin multas. Canalizó el estero del Baron en toda su lonjitud, evitando sus frecuentes inundaciones; niveló i pavimentó las calles de la Victoria i de la Independencia, i abrió la que lleva hoi su nombre, trabajando al frente de los peones i a la puerta de los vecinos; edificó la cárcel; inauguró el hospicio; hizo los primeros contratos sobre gas i agua potable, i por último, puso él mismo, el 1.° de octubre de 1852, la primera piedra del ferrocarril de Santiago a Valparaiso.

XXIX

Pero el ilustre jeneral Blanco, mas ilustre por ésto que por sus glorias de mar i de tierra, hizo algo que no habian hecho todavía en nuestro pais—el mas triste i el último del mundo en ese jénero de pruebas--ni sus mas afamados caudillos i mandatarios políticos. En 1849 *perdió* una eleccion popular contra el pueblo, no obstante su inmenso i justo prestijio en las masas i en todas las clases.

El gobierno habia impuesto la candidatura oficial de un hombre opulento, pero sin prestijio,—el comerciante Ramos.

El pueblo proclamó, por su parte, la candidatura libre de un hombre ilustre, muerto demasiado temprano para la estimacion de sus conciudadanos: la de don Manuel A. Tocornal.

La lucha fué terrible, pero leal.

El que ésto escribe, asistió como espectador a esa lucha, i sintió en el albor de la vida i de la fe política el lejítimo orgullo de las libertades públicas de su patria, porque el pueblo triunfó en todas las mesas. El jeneral Blanco, vestido de uniforme i montado en un magnífico caballo negro que le habia sido enviado de la hacienda de la Compañía para aquella batalla de la paz i del derecho, recorria todas las secciones i era recibido con las aclamaciones de ámbos partidos. El gobierno quedó vencido, pe-

ro solo en apariencias, porque las elecciones de Valparaiso regocijaron el corazon de todos los hombres de patriotismo i honradez, i esa emocion era un escudo para aquella administracion. El intendente derrotado no fué tampoco *destituido*, ni se *enfermó* de mal alguno.

XXX

Al contrario, en la crísis terrible que se veia venir, aquel hombre era una ancla de salvacion en medio del naufrajio casi universal de la autoridad. En dos ocasiones tiró por ésto su vida a la calle por defender ese principio. Uno de esos lances es conocido de todos, cuando el 28 de octubre de 1851 atacó en persona la trinchera que el pueblo sublevado habia levantado en la Plaza municipal. El otro es mucho ménos conocido, i merece un pasajero recuerdo.

XXXI

Todo Valparaiso estaba reunido en un banquete con motivo de la inauguracion de los primeros trabajos del ferrocarril.

El intendente Blanco presidia.

De repente, en medio del festin, viene un ayudante, pálido i deshecho, a decirle al oido que acababa de estallar una revolucion en el cuartel de artillería, i que el plan de los conjurados, cuya ca-

beza fué un sarjento Oyarce, de terrible reputacion por su arrojo temerario, era pasar a cuchillo a todos aquellos altos i alegres convidados. Si nuestra memoria no nos engaña, el presidente de la República i todos sus ministros estaban presentes.

Sin inmutarse ni llamar de otra manera la atencion, el jeneral se pone de pié i pide la palabra. Un silencio profundo reina en la sala, i el valeroso capitan pronuncia un entusiasta bríndis al progreso, a la paz, a la civilizacion i a la gloria de Chile. La alegría invade el recinto con los aplausos i los hurras; i él se escabulle en silencio para tomar medidas. El denuncio era cierto, el plan terrible; pero habia exajeracion en los medios atribuidos a su ejecucion. Sin embargo, Oyarce, su hijo i dos soldados mas pagaron a los pocos dias con la vida su loco intento, muriendo el primero con estupendo valor sobre el banco.

XXXII

Sofocada la formidable revolucion de 1852, el jeneral Blanco fué nombrado ministro de Chile en Francia el 27 de enero de 1853, como un premio apetecido de sus servicios, i en este período de descanso, visitó por la cuarta i última vez la Europa, regresando a Chile en junio de 1858.

XXXIII

Despues de su vuelta «a morir en el hogar,» ocupó el almirante Blanco varios puestos honoríficos, siendo el mas conspicuo el de senador, cuyo asiento abandonó voluntariamente por la enfermedad que le aflijia i no le permitia tomar parte en los debates. Pero si su curul era su puesto lejítimo de patriota i de viejo servidor de la República, el juvenil almirante preferia sentarse i presidir las asambleas populares, donde desde su primera aparicion, era siempre aclamado. Así dirijió con vigor, con enerjía, con elocuencia, la *Sociedad de la union americana*, que hizo nacer la invasion del Pacífico por la flota española en 1864.—«Tengo setenta i cinco años, señores—dijo en esa ocasion el ilustre anciano;—pero estoi dispuesto a sacrificar los pocos dias de gracia que me reserva el cielo ántes que ver empañada la estrella de Chile en ese mar que sus heróicos hijos conquistaron. Nó, señores. Los chilenos no pueden someterse al baldon de presentarse a los invasores de España con su sombrero en la mano para pedirles el permiso de hacer hinchar sus velas i flotar su gloriosa bandera en esas aguas, que son de todo el universo, pero cuya custodia pertenece no al estranjero sino a Chile.»

Una inmensa salva de aplausos coronó las fogosas palabras del captor de la *María Isabel.*

XXXIV

Desde esa época, lá vida pública parecia cerrar sus puertas al ya viejo soldado. Edificó en Santiago una suntuosa casa para el reposo de sus fatigados dias; dió un impulso considerable a sus negocios de campo comprando la hacienda i baños de Apoquindo, i hasta cuidó de su última morada haciendo venir un mausoleo para cubrir las cenizas de aquellos de sus hijos que le habian precedido, i las suyas propias.

No obstante estos aprestos, que revelaban ya que la hora de la queda habia sonado, al caer la noche, para aquella existencia tan activa, combatida i ajitada, hemos visto que los graves sucesos internaciode 1865 i la parodia moral que se llamó *Guerra de España*, hicieron abandonar su buscado sosiego al venerable anciano, no sin que el último acto de su carrera militar dejara de ser enérjica protesta contra la llaga de las intrigas que devora en ocasiones, i aun por largos períodos, la mejor parte del carácter nacional, como si los pueblos estuviesen sujetos a las mismas epidemias que el cuerpo humano,—el tífus i la sarna, la lepra i la escarlatina.

XXXV

El señor Blanco continuó llevando una existencia apacible entre los suyos i entre algunos amigos

escojidos, asociándose a todo lo que era significacion de progreso, de bienestar i de nombradía para Chile. De cuando en cuando, reunia a su mesa alguno de los círculos distinguidos de la capital, o a los miembros culminantes de diversos círculos. La casa del jeneral Blanco era ya un terreno neutral para todos los hombres que respetaban el honor i veneraban las canas de una existencia que habia pasado a ser un monumento.

XXXVI

Hasta hace pocos meses, la salud del ilustre anciano no se resentia de una manera séria, i era, al contrario, un motivo de admiracion universal su robustez, su ajilidad, hasta su donaire. Desde hacia poco mas de un año, le molestaba una enfermedad en la vejiga, pero solo se cuidaba este mal para preparar un último viaje a Europa, cuando desde pocas semanas sus fuerzas comenzaron a decaer visiblemente.

No alarmaba ésto todavía ni a su familia ni a sus amigos; pero en la tarde del domingo último, 3 de setiembre, apareció un vómito de color oscuro, que fué declarado por los médicos, signo de una próxima descomposicion. El ilustre paciente luchaba, sin embargo, con redoblada enerjía contra el peligro ya invencible. Durante todo el dia lúnes pasó en lo que podria llamarse una enérjica agonía,

disputando palmo a palmo sus entrañas a la muerte. Su cabeza se mantenia en el mas perfecto equilibrio, presidiendo él mismo a todos los detalles de su curacion. Su voz era entera, i los que le oíamos uno o dos aposentos de por medio, asistimos a sus últimos diálogos con la vida, cual si estuviéramos al borde de su lecho.

Cuando le administraron en la noche del lúnes 4 los últimos sacramentos, no dejó de seguir con los ojos tranquilos, pero atentos, los movimientos del sacerdote; i como su profunda sordera no le permitiera oir, preguntó a los circunstantes si lo estaban auxiliando «en latin o en castellano».

XXXVII

A las once de la mañana del 5 de octubre, despues de una noche de terrible insomnio i desasosiego, luchaba todavía vigorosamente, el animoso anciano, con su ya visible i cadavérica disolucion. A esa hora pidió que lo vistieran. Sus solícitos guardianes, que eran alternativamente i a la vez todos sus amantes hijos, opusieron una natural resistencia; pero el moribundo porfió, i a la una le colocaron en medio de su dormitorio en una poltrona azul, que era su asiento favorito.

Allí siguió agonizando, pero no como quien busca la muerte, sino como quien acaricia el sueño. A las dos, álguien habló del frio que ha reinado hoi en

la atmósfera, i el anciano agonizante, pero no vencido, miró el reloj de la chimenea, distinguió claramente la hora i dijo:—«*A las dos de la tarde no hai nunca frio,*» i luego agregó de una manera casi imperceptible esta espresion:—*Vamos!*

Estas fueron sus últimas palabras, i en seguida reclinó la cabeza sobre el pecho con tal suavidad, que nadie le vió morir, i aun despues de muchos minutos dudaban de que aquel sueño fuera eterno. Su rostro hermoso i dulce, no tenia sobre la almohada otra deformidad que la demacracion de una escesiva flacura.

El jeneral Blanco murió como cristiano i como soldado. Murió vestido, casi de pié, conversando con los suyos, i así dejó cumplida la palabra que habia empeñado a una de las mujeres que mas habia amado, porque *no murió como viejo* sino como se estinguen las naturalezas mas robustas i los corazones mas enhiestos.

XXXVIII

Hemos concluido nuestra tarea, i no abrimos aquí juicio sobre esta ilustre vida, porque eso queda para mas allá de la tumba, i la tumba no ha sido abierta todavía.

Lo que sí se puede presumir i anticipar, es que los chilenos todos, i sin nombres de bandos, habrán comprendido el significado de la inmensa pérdida

que en esta hora esperimenta la República. El viento de la muerte ha venido apagando durante medio siglo ya cabal, una a una todas las antorchas que dejó encendidas la revolucion. Quedaba una sola, i ésta, por lo mismo que se habian desvanecido en su derredor todos los esplendores antiguos, alumbraba solitaria, alta, majestuosa, única en el fondo de ese pasado que ya es ceniza, i en el dintel de esta hora que es de hondo menoscabo i de triste duda. Con el jeneral Blanco se acaba una grande edad. ¿I dónde i con quiénes comienza la otra que debe reemplazarla?

Esto es lo que esa muerte significa, i eso es lo que irá el pueblo en masa a interrogar al borde de esa tumba, en pocas horas.

En ese sentimiento público tenemos plena fe, i sabemos que el pueblo de Santiago no necesita ni esquela ni aviso para honrar el último tránsito del último de sus héroes.

Digna i noble inspiracion seria tambien la de que se levantase a esa altura la voluntad del gobierno, del congreso, del ejército, de la guardia nacional, de los colejios i escuelas de la República,—semillero de ciudadanos; la lejion de bombas,—semillero de héroes; la voluntad, en fin, de todas las instituciones que nos honran, i concurriera cada cual en su esfera, a conmemorar esta especie de centenario moral en que la gratitud trae anticipada la posteridad.

XXXIX

Que se forme así en esta ciudad eternamente aletargada por el narcótico de su opulencia, la «última parada de la Independencia», i que en presencia de esa doble fila del pueblo en armas i del pueblo en labor, tendida desde el atrio de la Catedral al atrio del Cementerio, desfile con los honores de una ovacion antigua ese féretro glorioso i bendito; que la juventud lo lleve sobre sus hombros, como la juventud de 1844 llevó los restos de Infante; que los viejos soldados, sus camaradas i sus subalternos, formen en rededor de los trofeos militares su última guardia de honor, marchando en pos Arteaga, Godoi, Jofré, Jarpa, Zapiola, todos los inválidos, que ya no son tales sino reliquias; que la bandera de la *María Isabel*, que colgó durante medio siglo de la nave de la Catedral, sea el sudario de ese ataud que guarda el eco de tantas victorias, i que el pendon de la *Covadonga*, que el libertador del Pacífico paseara ayer ufano por nuestras calles, sea el guion que preceda a su cortejo.

Todo eso es suyo i debe acompañarle a la fosa, como ántes iban en pos del amo los libertos i los esclavos agradecidos; que el cañon del duelo público se haga oir en la colina, i que las banderas de nuestra jóven marina, arrancadas a los masteleros de los blindados, den sombra a la tumba de su fundador; i todo ésto miéntras llega la hora del bronce, que no

ha de tardar, i la hora de la justicia pública, que puede ser inspiracion de hoi, cambiando en la popa de una nave el nombre de una ciudad por el de un héroe, héroe que esa ciudad ama agradecida. I así se pasearian otra vez por los mares, como dos sombras invencibles, esos dos jigantes que recuerdan e inmortalizan una gloria jemela:—*Cochrane* i *Blanco Encalada.*

I así, pero solo así, habremos celebrado de una manera digna este centenario vivo, que no ha medido, es cierto, en el calendario del tiempo el tardo paso de los años, pero que lo consagra ese ataud lleno de cenizas de gloria, tibias todavía, i en las cuales no se ha pagado aun la última chispa de la inmortalidad!

XL

Al dia siguiente de publicada la presente, breve i apresurada biografía, escrita, empero, a la luz de un solo lampo de verdad i de sincera i calorosa admiracion, apareció el siguiente decreto que le daba una sancion pública:

«Santiago, setiembre 6 de 1876.

Habiendo fallecido el dia de ayer el esclarecido jeneral de division de la República don Manuel Blanco Encalada, i

Considerando:

Que el indicado jeneral prestó a la Nacion señalados i distinguidos servicios en la época de nuestra emancipacion política;

Que es un deber del gobierno de la República honrar su memoria i hacer una pública manifestacion del sentimiento que por su pérdida esperimenta la sociedad chilena,

He acordado i decreto:

1.° Las honras fúnebres que deben celebrarse el dia de mañana, serán costeadas con fondos del erario nacional;

2.° Los individuos del ejército i de la marina de guerra vestirán luto por el término de ocho dias.

3.° La comandancia jeneral de armas de esta capital dictará las órdenes convenientes para que tengan lugar los honores militares que dispone el título LXXXII de la Ordenanza Jeneral del Ejército.

Tómese razon, comuníquese i publíquese.

ERRÁZURIZ.

Ignacio Zenteno».

* * *

Esa habia sido la palabra del gobierno a nombre de la Nacion chilena, en la víspera de la última jornada.

En la mañana del siete de setiembre, en que los restos del héroe i del padre de la patria fueron depositados para su postrer descanso, la Nacion entera le acompañaba al borde de la fosa, con los ojos henchidos en lágrimas i ajitado su pecho por las emociones de un amor i de una gratitud inmortales como la gloria.

LA CIUDAD ENCANTADA
DE LOS CESARES.

Al señor Rafael Jover

(Editor de las *Relaciones Históricas de Chile*),

Como una sincera manifestacion de distinguido aprecio por su carácter personal i por sus nobles esfuerzos a fin de crear en el pais una institucion literaria e industrial—la edicion séria de libros,—*sin la cual las letras chilenas estarán sometidas eternamente al triste pupilaje de la aventura, la especulacion i el fraude.*

EL AUTOR.

Santiago, setiembre de 1877.

LA CIUDAD ENCANTADA

DE LOS CESARES.

«En cuyo poder quedó esta relacion que se envió a S. M. *i yo la vi orijinal.*» (DIEGO DE ROSALES.—*Historia de Chile*, lib. I, cap. XVII.

«El desden mas absoluto para con todo el territorio patagónico fué todo el producto de la leyenda de la ciudad de los Césares, de las ordenanzas de los reyes de España i de la creencia que se tenia jeneralmente que todo el suelo americano debia contener riquezas sin número. Hoi sucede lo contrario, parece que fueran de moda las esploraciones en Patagonia.»

EMILIO DAIREAUX—*Ultimas esploraciones de la Patagonia*, artículo trascrito en el *Diario Oficial* de Chile del 10 de setiembre de 1877.

Allá por los años de 1567, hace de esto mas de tres siglos, cuando gobernaban el belicoso Penco, oidores ceñidos de espada i montados en briosos caballos de pelea, como el bravo Egas Venegas, i revolvian a Arauco i sus indios, clérigos alzados que se habian hecho indios para tener no solo una sino muchas mujeres, llegaron a Concepcion—a pié, flacos, macilentos, albos de canas i con las arrugas de la vejez en encallecidas manos, camino de la cordillera

de los Andes—dos españoles que contaban la mas estraña, estupenda i maravillosa historia que jamas se hubiera oido de boca humana en aquellas remotas partes del Nuevo Mundo.

*
* *

Llamábase el uno de aquellos peregrinos, aparecidos como de la luna en aquellos parajes, Pedro de Oviedo i era de oficio carpintero; el otro, Antonio de Cobos, picador de piedra. I hé aquí sucintamente la historia que ámbos a la par contaron bajo juramento, la cual, por tanto, púsose por escrito en presencia del correjidor de Concepcion, que lo era el licenciado Julian Gutierrez de Altamirano, gran amigo de Pedro de Valdivia, cuyo traslado envióse por verídico i prodijioso al rei don Felipe II, i vió con sus propios ojos en el orijinal Diego de Rosales, algo como medio siglo mas tarde.

*
* *

Uno i otro deponentes venian embarcados como tripulantes en la espedicion que por el año de 1539, ántes que Pedro de Valdivia emprendiera su marcha del Cuzco al valle del Mapocho, envió al descubrimiento de las Molucas, por la via del Estrecho de Magallanes, el famoso obispo de Palencia (metido bajo su mitra, a armador, a negociante i a jeógrafo),

a cargo de dos capitanes cuyos nombres no se han perdido todavía en el oleaje de la historia, semejante al del mar, en que todo se consume como en los abismos.

Era uno de esos navegantes, súbditos i lugar tenientes de un obispo mediterráneo de la Península, Juan de Rivera, que en otra ocasion hemos contado fué el primer español que aportó a Chile despues de Almagro e hizo a nuestro territorio, desde la bahía de Arauco, donde echó anclas en 1540, el canje de los pericotes europeos que, en seguida, asolaron el pais, en cambio de un hermoso *chilihueque* o *carnero de la tierra* que le regalaron los sencillos naturales. De aquí vino que la estensa bahía en que hoi yacen Arauco, Lota i Coronel, se llamase por varios siglos la *Bahía del Carnero.*

***

Pasó su camino hácia el norte el capitan del obispo de Palencia, perdido de su derrota a las Molucas, i habiendo logrado tomar abrigo en el Callao con su barco desmantelado, le acojieron con el agasajo debido a su azaroso viaje, guardando como reliquia el palo mayor de su esquife, en memoria de haber sido aquel el primer bajel de España que penetrara en el Pacífico por el Mar de Sur, caso que cuenta en su curiosa *Historia de las Indias,* el jesuita Acosta, que a la sazon residia en Lima.

Marchóse en seguida Juan de Rivera a vivir en Chile, i fué encomendero de Pilmaiquen, en Arauco, no léjos de la *Bahía del Carnero*, en cuyo reino falleció, no sabemos si en paz o en guerra con los *pericotes*, o ratones caseros, de cuya asquerosa plaga, tal vez sin su noticia, habia sido importador.

*
* *

El otro de los capitanes del convoi episcopal destinados a las Molucas, era un caballero llamado Sebastian de Arguello, que corrió mucho ménos venturosa suerte que su compañero, el ya nombrado Juan de Rivera.

Venia, en efecto, Arguello adelante del último por la derrota del Estrecho, i un dia en que aguantándose con tres amarras para resistir las impetuosas corrientes con que los dos mares se precipitan en cada marea, el uno sobre el otro, como dos montañas líquidas i espumosas, zafóse el barco de los nudos i fué a estrellarse en una playa arenosa, donde quedó desarbolado i náufrago.

*
* *

Perecieron de la tripulacion solo quince personas; pero logró el advertido marino poner en tierra cerca de ciento i noventa soldados, contando entre éstos, cuarenta artilleros, un puñado de colonos que

iba a bordo con el nombre de «aventureros,» i veinte i tres mujeres casadas.

Con la tablazon del buque i su velámen formó Sebastian de Arguello en la fríjida playa del Estrecho, hácia el 50° i 15' de latitud sur, un improvisado campamento, i púsose a esperar el socorro que le debia su camarada, rezagado en la navegacion.

Pasó, en efecto, a pocos dias la caravela de Juan de Rivera a la vista de los náufragos, pero como pasó el barco de guerra *Amethyste* delante de las infelices víctimas del *Eten*, sin tomar para nada en cuenta su angustiosa situacion... Juan de Rivera se acordó que no tenia víveres sino para su jente, i siguió al largo, dejando a su camarada sumerjido en el mas horrible de los cautiverios,—en el desierto ignoto, despues del naufrajio sin socorro.

* * *

Pero Sebastian de Arguello no era hombre que se dejaba morir por los contrastes, cual era el ordinario temple de los hombres singulares que hicieron el descubrimiento i la conquista de las Indias.

Entró en tratos con las tribus vecinas i ajustó paz, comercio i vida comun con los mansos patagones, que hoi *son i no son* nuestros paisanos.... Pasó allí una larga temporada, i logró despachar un aviso en una embarcacion abierta que allí la-

braron en el bosque, i que, tripulada por catorce hombres, llegó empujada por los vientos sures, hasta el puerto del Realejo, en la América Central, en demanda de salvamento para los que quedaban asilados en inclemente tierra de bárbaros.

*
* *

Mas no siendo posible aprestar ningun auxilio desde aquellas lejanías, ocurrió, para mayor desventura, que un flamenco de los de la tripulacion del capitan Arguello «se revolvió con una india,» esposa o hija de un cacique principal, por cuyo delito alborotáronse las tribus i se hizo preciso mudar a mejor temple el campamento náufrago.

*
* *

Marchó, en consecuencia, el animoso Sebastian de Arguello hácia el corazon de la Patagonia, dando unas veces batalla a los naturales belicosos, otras compartiendo su hospitalidad como amigo, hasta que habiendo adelantado sesenta leguas al norte (hasta el grado 48), encontró unas amenas lagunas rodeadas de fértiles praderas, i allí asentó sus reales a manera de ciudad.

*
* *

Habíanle precedido como pobladores mansos

i civilizados en aquellos parajes, algunos millares de fujitivos peruanos que, aterrados por las matanzas de los crueles Pizarros en Cajamarca, habian venido emigrando con sus familias, en número de treinta mil, por la opuesta banda de la cordillera real, hasta la apacible i feraz comarca de lagos i campiñas, de donde, por la opuesta márjen del mediodía, acababa de llegar el capitan Arguello con su cansada jente. Allí edificaron los hijos del Sol prófugos de su blando cielo, una gran poblacion a su manera, «i una ciudad que tenia calles tan largas que desde que el sol salia hasta que se volvia a esconder era necesario para poderlas andar todas.»

* * *

En aquel propio territorio, pero en apartada orilla, resolvió asentar tambien definitivamente el viejo capitan castellano su errante campamento para poblar i morir: en aquella rejion encantada se haria un reino aparte para sí mismo i los suyos, como el que los tripulantes dispersos de la *Bounty* fundaron, dos siglos mas tarde, en medio de las soledades del Pacífico, sobre el peñon de Pitcairn.

* * *

Tenia para aquellos fines el futuro señor de la Patagonia, todo lo que necesitaba, obreros, solda-

dos i, lo mas esencial de todo, mujeres, que eran ya o serian allí esposas i madres.

Mas como no alcanzasen las últimas sino en una proporcion mínima a sus doscientos camaradas, dió el fundador órdenes perentorias, publicadas a son de bando i atambores, para que nadie hiciera daño a las mujeres vecinas, a fin de propiciarlas a los futuros enlaces de sus descontentadizos soldados i aventureros. Sebastian de Arguello habia leido probablemente la historia de las Sabinas i su fatal rapto.

* * *

Salióle bien aquella traza al jefe de la colonia náufraga, i poco a poco las doncellas patagonas i aun las vírjenes del Sol que habitaban las márjenes vecinas, vinieron a rendir en los altares cristianos, las ofrendas de su sumision i los tributos de su fecundidad. Por fortuna, militaban entre los indómitos soldados, tres sacerdotes ancianos que santificaban, conforme a los ritos de la iglesia, aquellos enlaces de las lagunas. Muchas fueron así las Atalas que se desposaron en el lecho de carrizos que amorosos Chactas fabricaban, a manera de blancos nidos, en las azuladas aguas.

* * *

Vivieron así los náufragos del obispo de Palencia

en paz inocente i en próspera quietud de labriegos, de pescadores i de ciudadanos, durante un largo cuarto de siglo, en cuyo tiempo edificaron hermosas habitaciones i aun suntuosos templos, con el auxilio de sus vecinos i del oro que estraian de las arenas a cuya lengua vivian. Despues de la desdicha de su desamparo por el egoista capitan de su nave consorte, no habian tenido los castellanos sino la pena de ver morir a los mas viejos de sus camaradas, i entre éstos a los tres monjes que fueron sus pastores espirituales durante su larga peregrinacion i cautiverio. Al fallecer el último de aquellos, sin embargo, habia hecho la imposicion de sus manos sacerdotales sobre un indio jóven e intelijente recientemente convertido, i le habia consagrado para todos aquellos ministerios que no envuelven la responsabilidad de los sacramentos. Segun aquella ordenacion, lícita solo en la Patagonia, el catecúmeno podia predicar, ordenar procesiones, bautizar, en una palabra, hacer en el fondo de aquellos inconmensurables desiertos, lo que en las ciudades cristianas es oficio de los diáconos desde los tiempos de las Catacumbas, i lo que está ejecutando hoi entre los desnudos peregrinos el apostólico «obispo Stanley,» sucesor del evanjélico capitan Snow.

***

No vivian por esto en permanente sosiego los

pobladores de las lagunas, fuera con sus vecinos, a quienes de continuo acometian para justificar aquella máxima de Puffendorf, de que el «estado natural del hombre es el estado de guerra;» fuera entre ellos mismos, devorados por el tedio i la venenosa insidia de los consejos que el ocio está dando siempre al oido de los hombres con el silbido de las serpientes de cascabel que duermen su sopor i despiertan solo para la muerte.

Es lo cierto que en una acasion, amaneció muerto uno de los soldados mas fieles i mas queridos del fundador Arguello, i hubo en todos los colonos la persuasion de que aquel habia sido asesinado, porque notóse al mismo tiempo, la ausencia de dos de sus camaradas, en quienes recayó la sospecha i la culpa.

***

Eran éstos, en efecto, aquellos dos menestrales que al principio de esta relacion dijimos habian llegado por la cordillera nevada, a Concepcion, i cuyos nombres no habrá olvidado el lector:—Pedro de Oviedo i Antonio Cobos.

Temerosos, en efecto, los dos asesinos de la ira impetuosa todavía de su caudillo, en cuyo pecho los años no hacian bote, pusiéronse en fuga sin derrota conocida. Cúpoles, sin embargo, la fortuna de pasar por la principal de las ciudades riberanas que en

aquella comarca de la Patagonia, hácia el grado 46 de latitud meridional, habian poblado los súbditos de Atahualpa cuando huyeron espantados de la tea que puso fuego a la pira de su inhumana inmolacion. Gobernaba todavía aquella colonia Topa-Inga, deudo cercano del monarca destronado, i caudillo i fundador de aquella desde hacia mas de treinta años.

La capital del nuevo reino del Sol era tan vasta i tan rica como la antigua Nínive, i al decir de los fujitivos que la recorrieron, debia ser superior en área a Lóndres i a Pekin, porque «por la calle principal donde los fueron llevando (declararon ellos bajo la relijion del juramento, en Concepcion), caminaron *dos dias* poco a poco, i vieron gran multitud de oficiales plateros con obras de vasija de plata gruesas i sutiles, i algunas piedras azules i verdes, toscas, que las engastaban».

*
* *

Ofrecieron a los dos caminantes aquellas buenas jentes, que eran tan hospitalarias como acaudaladas, i a mas, de «rostros aguileños, lucidos e injeniosos,» cuanta plata quisieran llevar consigo en su jornada. Mas, por no embarazarse en la fuga, rehusaron todo los últimos, escepto una escolta de indios que los puso en salvo, conduciéndolos a tierra de cristianos

por el boquete de Villarica, en el año que dejamos recordado.

* * *

Causó aquella relacion, mezclada de tantas lástimas i maravillas, impresion honda i duradera en el ánimo de los pobladores de Penco, de suyo inclinados a los portentos de que todos vivian rodeados, mas o ménos, en aquella época verdaderamente mitolójica. Por otra parte, si el tejido del drama de esa suerte revelado, podia estar envuelto en vívido prisma de fábulas i primores, su fondo era en sí mismo no solo verosímil, sino verdadero.

Habia ocurrido en el Estrecho de Magallanes el naufrajio de un barco densamente tripulado, hacia un cuarto de siglo. ¿Qué se habia hecho aquella jente, sus capitanes, sus soldados, sus mujeres?

Habian arribado a un puerto de Centro América por aquella misma época, en mal acondicionado esquife, tripulado de improviso, catorce hombres en demanda de una misericordia que no hallaron para sus abandonados compañeros. ¿Cómo pudieron forjar tal mision i arrastrar tales peligros los navegantes por una falsedad?

Al contrario, desde su arribo al Realejo en 1540 o 41, cuando Pedro de Valdivia echaba los cimientos de Santiago, habíase divulgado, a guisa de popular leyenda, aquel caso estraño no solo en las

ciudades del Perú i Centro América, sino en Méjico i en las Filipinas, por cuyas comarcas se esparcieron, con el curso de los años, aquellos animosos mensajeros de una desdicha que no encontraria remedio.

I fuera de todo esto, que era en sí mismo la sencilla armazon de un drama histórico, cual han ocurrido muchos semejantes, ¿de dónde podian llegar aquellos dos hombres, viejos i estenuados, a la Concepcion por un rumbo no solo no practicado, sino desconocido por los cristianos? Cómo habian podido atravesar impunes las áridas estepas de la Patagonia o las Pampas arjentinas, pobladas de feroces caníbales, haciendo camino de un mar a otro mar? I cómo, por último, habrian osado afirmar bajo juramento, por Dios i sus Santos Evanjelios, siendo españoles i cristianos, todo lo que con señaladas veras referian?

*
* *

No pareció, pues, cosa de novedad el que su narracion fuera creida como auténtica en todos sus detalles, i que los dos peregrinos encontrasen buena acojida entre sus compatriotas. El primero en dar ciego asenso a lo que contaban, fué el viejo correjidor Altamirano, i esto a tal punto, que en una escursion que personalmente hizo a la cordillera para escoltar un convoi de yeso destinado a la fábrica de los edificios públicos de la ciudad, despa-

chó una carta encarecida de simpatía i amistad, ofreciendo tardío pero leal socorro al capitan Arguello, tan viejo como él, a la sazon, pero que, segun los recien llegados, vivia todavía en plena robustez. En la conquista de la América, los viejos, desde Diego de Almagro a Francisco Caravajal, fueron los que ejecutaron mayores prodijios i mayores horrores.

*
* *

En cuanto a los mensajeros Oviedo i Cobos, olvidadas caritativamente las autoridades de Concepcion de que venian debiendo (por confesion propia) la muerte alevosa de un cristiano, en vez de ahorcarlos, les dieron trabajo segun sus oficios, en la obra de la iglesia de San Francisco, que en la coyuntura de su arribo, estaba en construccion. Oviedo trabajó como carpintero, i Cobos en su condicion de picador de piedra; i si fué su mano la que labró uno de los chapiteles de columna que conservamos en nuestro humilde jardin, recojido hace poco por mano amiga i artística de entre las ruinas de Penco, debió ser un cantero de primera nota. Del hecho de haber sido ocupados esos dos obreros en las iglesias de Concepcion, quedó constancia plena en el archivo del cabildo de Concepcion, donde la viera i compulsara en muchas ocasiones el padre Rosales, segun lo cuenta, i entre otros muchos, el famoso jesuita Mascardi, descubridor de la laguna de Na-

huelguapi, i que arrastrado por su piedad i el deseo de conocer las ciudades descritas por los peregrinos, pagó su curiosidad i su celo con la vida.

*
* *

Debemos agregar aquí que desde la llegada de los dos españoles a Penco en 1567, comenzó a darse por la jeneralidad de la jente, a las ciudades de las lagunas, el nombre de los *Césares*, porque decian que Sebastian de Arguello i sus soldados pertenecian al ejército i armada de Cárlos V, llamado por su omnipotencia «el César;» i como eran esos sus súbditos, debian ser conocidos con aquel nombre pintoresco i grandioso, que ha contribuido no poco a revestir de prestijio esta leyenda americana. Añadíase tambien al título de aquella ciudad, el de *encantada*, no solo por los prodijios que de ella se contaban, sino por estar a orillas de lagunas maravillosamente hermosas: ¿i cuál laguna en Chile no ha tenido o no tiene todavía *encantos*, desde Cahuil a Quintero, desde Ilicura a la Laguna Negra?

*
* *

Naturalmente la ciudad encantada de los Césares, al decir de sus dos prófugos vecinos, poseia suntuosos templos, innumerables calles, palacio de gobierno, fortificaciones, torres i puentes levadizos en las islas de los lagos; que a todo daba lugar la fácil riqueza de la tierra, el buen temple del clima, la

enerjía del caudillo i la sobriedad de los colonos. Sebastian de Arguello habia salvado tambien toda la artillería de su nave, i con ella guarnecia los fuertes i hacia salvas en los dias en que los piadosos *Césares* celebraban las procesiones i fiestas relijiosas con inusitado esplendor.

***

Esto en cuanto a la ciudad de los *Césares españoles*, porque ya hemos visto que la de los colonos peruanos, como mas antigua, era mas vasta i mas rica todavía. I por esto dieron a los últimos el nombre de *indios Césares*, de los cuales se averiguó, siendo virei del Perú don García Hurtado de Mendoza (interesado en el caso milagroso), que habian pasado, segun ya vimos, por las cabeceras de Atacama en los primeros años de la ocupacion de su patria i de la captura de sus príncipes por Francisco Pizarro i Diego de Almagro. Estas fueron, al ménos, las noticias que sobre aquel éxodo de todo un pueblo recojió por informacion pública el correjidor de Atacama Diego Godoi de Laiza, cuando, empeñado don García en hacer luz sobre el descubrimiento de los Césares, mandó que se levantase informacion bajo juramento, de aquella marcha de los peruanos, que trae involuntariamente a la memoria la de los israelitas cautivos en Ejipto.

***

Revestida con aquellos atavíos de verdad i de comprobacion, dió la nueva de los Césares la vuelta del mundo en pocos años. I en la Corte de España, adonde llegaban unos en pos de otros, desde Chile, desde Buenos Aires, desde el Perú i aun de Méjico i las Molucas, los pliegos juramentados, se creia en la romántica leyenda con mas novedad i fervor que en el hallazgo de los *Batuecas*,—valle de estraños i selváticos pobladores encontrado en el corazon de la España en tiempo de Felipe II, i sobre cuya supuesta aparicion se escribieron en aquel siglo tan singulares como estrañas ponderaciones (1). Los *quipus* de los indios del Cuzco confirmaban tambien, con sus nudos de colores, la fecha i el número de aquella singular emigracion.

---

(1) La tradicion de *Batuecas* ha tenido mucha mas boga fuera de España que dentro de ella, como que de tal fábula se ocuparon Montesquieu, Moreri i hasta Me. Genlis, que escribió sobre ese tema una de sus ochenta novelas. Feijoo i Manuel Gonzalez han escrito tambien esclarecimientos sobre aquel curioso valle.—*(Verdadera relacion de las Batuecas)*.

En realidad, el valle de los Batuecas que se suponia habitado por jentiles i hasta por el diablo i sus lejiones, es una garganta perdida en las serranías de Salamanca, a catorce leguas de esta ciudad, i como una especie de mística república de Andorra. Actualmente existe allí una antigua cartuja, fundada por el obispo de Coria, García Galeazo, para tener a raya al demonio; i como sus escasos pobladores son mui selváticos i rústicos, ha venido el decir, en Chile como en España, de algun intruso o necio personaje:—*Es un Batueca*, o, *Parece que viene de las Batuecas*.

Es curioso observar que el argumento del último libro publicado sobre las rejiones australes de Chile, el romance de M. Pertuiset.—*El tesoro de los Incas en la Tierra del Fuego* (1877),—sin sospechar el autor, tenga este mismo orijen, esto es, la fuga de los peruanos con sus tesoros, al sud.

*
* *

Escusado es ahora decir, despues de lo que sumariamente hemos venido apuntando, que la historia de los *Césares* era una estupenda i atrevida patraña, como la de los *Batuecas* de España, inventada, enriquecida por la ponderacion i jurada en falso por aquellos dos estraños impostores, cuyo itinerario, desde el Estrecho de Magallanes al boquete de Villarica i a la iglesia de San Francisco en Penco, hemos trazado a la lijera i segun su propio relato.

De que esos dos hombres pudieron ser náufragos de la nave que perdió Sebastian de Arguello, o desertores de alguna de las espediciones que en aquellos años cruzaban por diversos i desconocidos rumbos el continente americano en demanda de descubrimientos, casi no podia abrigarse duda, porque parece imposible que se tomara noticia oficial, ni se asentara en los libros públicos, ni se mandara relaciones certificadas al rei sobre su arribo de ultra-cordillera por Villarica, si el hecho no hubiera tenido positivamente lugar.

Pero de que los dos aventureros forjaron a su sabor la fábula de las *ciudades encantadas de los Césares*, no cabe ahora, ni debió caber en aquellos siglos, en los hombres de mediano seso, ni la mas leve sombra de duda. ¿Qué les movió a ello? Fué malicia, o fué simple síntoma de la edad de porten-

tos en que todos los pobladores del nuevo continente se ajitaban buscando los unos, como el tirano Aguirre, el fabuloso *Eldorado;* los otros, al pais del *Gran Paititi*, cuyos rios depositaban en sus márjenes, al decrecer, una banda de oro de «una mano de espesor;» aquellos, en fin, como los compañeros de Gonzalo Pizarro, el *valle de la Canela*, donde junto al Marañon, crecian en bosques infinitos las mas ricas especias que con tanto afan monopolizaban los portugueses en las Molucas?

I el descubrimiento mismo de la América, tenido por fabuloso i mitolójico desde Platon, ¿no habia sido considerado ántes de Colon como una simple leyenda, como despues de su hallazgo se juzgó un milagro, digno de colocar en los altares (de lo que hoi se trata) al jenio que le dió acabo?

* * *

Existe tambien una circunstancia personal, al parecer de poca monta, que arroja cierta curiosa luz sobre este acontecimiento que mantuvo preocupada a la América entera durante mas de dos siglos, i costó a su rei i a sus pobladores tantas vidas como caudales.

I esa circunstancia es la de que uno de los dos informantes de los *Césares*, Pedro de Oviedo era andaluz.... i andaluz natural del condado de Niebla, a doce leguas de Sevilla, donde—si es cierto que

Andalucía es la tierra de la ponderacion i la mentira—anídanse una i otra en tan espeso número, como forman opacas manchas las nebulosas del cielo en la via láctea.... El oríjen de los *Césares*, ¿fué por esto, una simple andaluzada, como habia sido la resurreccion del rei don Sebastian en Africa, una gruesa mentira de la vecina tierra lusitana, una portuguesada?

¿Quién podria decirlo hoi dia? Pero ese i aun mas estraño oríjen han tenido sucesos humanos de mas trascendental movimiento, desde el *Vellocino de oro* a las *Cruzadas*, porque aun por esos caminos, está dispuesto que la humanidad ha de proseguir su destino, cual es el de marchar siempre hácia su fin i desarrollo, cuyo ha de ser el completo dominio físico i moral del fragmento planetario en que fuera echada, desvalida i desnuda, por la Creacion.

* * *

Vamos, en efecto, a ver en seguida cómo la estraña mentira del carpintero de Niebla fué oríjen de interesantes espediciones i descubrimientos jeográficos, precisamente en aquella rejion de la América ménos conocida todavía i que hoi mismo es cuestion de presa, o mas bien, de sombra entre dos paises hermanos, que litigan, como el perro de la fábula, por un árido peñasco que las aguas del Atlántico reflejan con engañoso prisma ante ojos fascinados

por falaz o ignorante codicia.—«De modo que el territorio patagónico--ha dicho recientemente un hombre imparcial que tenemos entendido reside en Buenos Aires, i que ha estudiado concienzudamente las últimas esploraciones de la Patagonia;—de modo que el territorio patagónico no contiene mas de *seis mil habitantes* esparcidos en una superficie de *veinte mil leguas cuadradas*, en la cual *hallan apénas con que vivir* aquellos bárbaros nómades» (1). ¿I por esto, por el hambre de un millar de patagones i por el buche i las plumas de un centenar de avestruces, van a desenvainar la espada de hermanos los dos pueblos jemelos de Maipo i de Sorata? ¡Oh! Los gobiernos que tal crímen cometiesen, sea en una banda, sea en la otra de los Andes, o en ámbas a la vez, merecerian simplemente el nombre de «gobiernos-avestruces».

Mas, prosigamos nuestro relato de las ciudades encantadas de la Patagonia.

*
* *

El primer *Cesarista* que los falsos relatos de los aparecidos de Villarica i Concepcion alistaron en su largo ejército de crédulos i de fanáticos, fué un capitan de la guarnicion de Valdivia llamado Pedro de Espinosa, que, arrebatado de temerario fer-

(1) *Emilio Daireaux* (Artículo citado en el epígrafe).

vor, levantó pendon en aquella ciudad, sin permiso de sus superiores, para ir por el paso de Villarica, al rescate de sus perdidos compatriotas.

Mas tal empresa i aventura costóle la vida, porque esa suele ser la suerte de los hombres jenerosos que no encarrilan su voluntad i su pecho al duro pedernal de los reglamentos i al plomo correcto de la disciplina.

Irritado, en efecto, el oidor Egas Venegas, hombre que tenia mas pelos en su pecho que letras en su cerebro, trasladóse por aquellos alborotos, a Valdivia, i como ejerciese una especie de dictadura militar a título de visitador, mandó cortar la cabeza al intrépido Espinosa i a sus secuaces.—«¡Lastimosa trajedia!—esclama Diego de Rosales, que cuenta este suceso. I que hubiera sido mejor enderezarlas que cortarlas!» Rosales fué siempre un entusiasta *Cesarista,* que así se llamaba a los que daban entera fe a las seductoras patrañas de Oviedo i de Cobos.

*
* *

Sucedió a aquel cruel escarmiento un largo período de sosiego, porque la ira del súbito i violento castigo habia apagado los brios aun en las almas mas animosas.

*
* *

Pero hácia principios del siglo XVII, llegó de

las Filipinas otro insigne *Cesarista* que en aquellas islas habia recibido el contajio de la tradicion i de las lástimas que por todo el Pacífico esparcieron los catorce tripulantes de la barca del Realejo.

Aquel iluso era nada ménos que el gobernador de Chile don Lope de Ulloa, escelente caballero, que tomó posesion del reino el 12 de enero de 1618, i falleció de pesadumbre ántes de dos años, llorado por todos los buenos por su magnánimo desinteres,—la mas sublime i la mas rara prenda que en nuestro pais han lucido sus supremos gobernantes. Es preciso descender desde don Lope de Ulloa a Portales para volver a encontrar en el poder el absoluto menosprecio del oro.

* * *

A la voz del entusiasmado don Lope, se aprontaron espediciones de rescate en una i otra falda de los Andes. De todas partes corrian los voluntarios a las armas. Era esa una especie de santa cruzada, emprendida sin bulas, para ir a redimir a aquella misteriosa Jerusalen perdida en los desiertos i profanada por infieles.

Fué el primero en ponerse a la cabeza de aquella esploracion de un mundo agrio i desconocido, cierto caballero de la ciudad de Córdoba llamado el jeneral don Luis de Cabrera, hombre «dotado de gran valor, generoso ánimo i otras mui lucidas

prendas,» dice un historiador que fué su contemporáneo. Es este personaje el mismo con el cual entablamos nosotros, hace poco, íntimo conocimiento con motivo de haberle enviado su poder un oidor de Santiago el 17 de noviembre de 1617, para que a toda costa, le buscase mujer en Córdoba, señalándole varias candidatas en las escrituras que rejistran los archivos de los escribanos de Santiago, i cuya curiosa pieza trascribimos íntegra en un libro que lleva pocos meses de edad al que hoi sale a luz junto con cinco jemelos (1).

***

Habia solicitado el envío de aquella espedicion a los Césares Hernando de Arias, gobernador de Buenos Aires. I Felipe III, tan crédulo como sus gobernadores de Chile i de la Plata, no tardó en autorizar la leva i el gasto de aquella doble campaña (Real cédula de 10 de agosto de 1619).

***

Púsose, en consecuencia, en marcha desde Córdoba el jeneral don Luis de Cabrera con doscientos hombres, llevando un largo convoi de carretas con víveres, mercancías de trueque con los indios i municiones; i adelantóse por las Pampas hasta poner-

(1) Véase *Los Lisperguer*, páj. 253.

se a la altura de Villarica, es decir, cerca del paso señalado por los impostores andaluces, como el camino mas recto hácia los Césares. Los indios *pampas* o *telhueches*, que son de suyo embusteros i falaces como todos los bárbaros, interesados ademas en atraer a sus emboscadas a los cristianos, lisonjeaban con mil burdas tramas el apetito de los descubridores; que la lengua de la mentira es como la voz de las campanas, por cuanto su eco dice siempre a nuestro oido lo que mas apetecemos para nuestro deleite o nuestra perdicion.

Mas cuando le vieron internado en sus estepas i que se disponia a cruzar el caudaloso rio Negro, frontera setentrional de la Patagonia, i su línea divisoria con las Pampas propiamente dichas, cayeron sobre el confiado campo cordobes, los telhueches i sus aliados, i pusiéronlo en inesperados apuros. Cabrera habia dispuesto formar balsas con los maderos de sus carretas, porque allí los bosques son míseros matorrales, i comprendiendo esto los recelosos pampas, telhueches, puelches i patagones confederados, las quemaron una noche, con cuyos desastres i las pérdidas de algunas vidas, el descubridor hubo de volverse desairado a su punto de partida. Lo que mas pesar, empero, le causara fué la pérdida de un magnífico caballo ensillado que le robaron sus falsos aliados.

* * *

No tuvo mejor fortuna la espedicion que por el lado del Pacífico, hizo organizar en Chiloé al jeneral Juan García Tao el gobernador don Lope.

Embarcóse hácia fines de 1619 aquel correjidor de Chiloé en seis piraguas bien tripuladas, i se dirijió a vela i remo a una provincia que antiguamente llamaban de Allana i que suponemos fuese alguno de los grupos de las Guitecas o los Chonos, a fin de tomar lengua cierta de los Césares.

***

Desembarcó García Tao en varias islas, i en todas partes encontró noticias vagas i contradictorias de la encantada ciudad. Dos indios errantes que capturó en su canoa pescadora, le contaron que un indio de la isla de Semer les habia hablado de la existencia de ciertos *huincas jigantes* que vivian en no sabian cuál paraje, tierras adentro; i en otra parte, mas adelante de la provincia de Allana, otros bárbaros, con quienes se entendia mas por señas que por idioma de prácticos, le dijeron que efectivamente habia una ciudad de españoles junto a unas lagunas, i que andaban vestidos con *pellones*....

Con estos escasos frutos de sus trabajos i navegaciones, volvióse a Chiloé, no poco desconsolado i entristecido por la aproximacion del invierno, el jeneral Juan García Tao.

*
* *

Las espediciones de Hernando de Arias desde Buenos Aires, i de don Lope de Ulloa, para el descubrimiento i socorro de los Césares, no habian adelantado sino en la vaguedad comun a todas las imposturas. Cabrera habia dado la vuelta de regreso con la pérdida de su mejor «caballo ensillado,» García Tao con una noticia de «pellones.» ¿Serian los indios vestidos con los pellones del jeneral de Córdoba lo que los pescadores de Allana llamaban *Césares*? O eran simplemente los bárbaros nómades i cazadores del interior de la Patagonia, que visten todavía sus pintorescas capas o pellones de cuero de guanaco?

*
* *

Tenia esto lugar, entre tanto, medio siglo cabal despues del perjurio del andaluz de Niebla, i no se divisaba horizonte por donde pudiera allanarse aquella duda que tan vivamente preocuba los ánimos en la redondez de las Indias i de España. La jente continuaba creyendo, como en un misterio de fe en la existencia de aquellas ciudades, i las informaciones recojidas, léjos de desalentar a los mas exaltados *Cesaristas*, habíanles comunicado nuevos brios para su romántica propaganda.

*
* *

Un siglo cabal despues del triste naufrajio de Sebastian de Arguello, habia todavía en Chile, en el Perú, en el Plata, i especialmente en Valdivia i en Chiloé, jentes que creian en la existencia de los Césares con la misma ciega confianza con que los portugueses del siglo XVI creian en la resurreccion del rei don Sebastian despues de la batalla de Alcázar-Quivir, en que los moros le mataron en Africa con todos los suyos i su poderoso ejército de jinetes.

*
* *

Rejia, en efecto, en el año de 1640 el húmedo gobierno de Chiloé—tierra de taimada, crédula i jenerosa jente—un español llamado don Dionisio de Rueda; i habiendo cojido por acaso el alférez Diego García de Vera un indio de Tierra Firme llamado Alapa, le hizo aquel hablar lo que su propia imajinacion le sujeria, i con tal maña, que persuadió al gobernador, de la patraña que él mismo se forjara· El indio Alapa juraba por todos sus dioses, que habia visto cerca del Estrecho españoles blancos, rubios i barbudos; i probablemente el indio no mentia, porque continuamente estaban desembarcando en el Estrecho partidas de soldados i de marinos, que salian a hacer aguada o refrescar.

Pero los *Cesaristas* no entendian de zonas jeográficas, i lo mismo era para ellos la provincia de Allana, en las Guaitecas, que el cabo de las Vírjenes, en la boca oriental del Magallanes. En hablándoles de «hombres rubios i barbudos,» esos habrian de ser precisamente los Césares, aunque esos mismos *huincas* de blanco color fueran los propios pobladores castellanos de Chiloé.

* * *

Hízose, en consecuencia, a la vela el gobernador Dionisio de Rueda, acompañado de una fuerte espedicion cuyo capellan i guia era el padre Jerónimo de Montemayor; i no amainó aquel en su curso hácia los canales del sud hasta no dar con los indios *gaviotas*, llamados con ese nombre porque, cuando les sacudian balas, gritaban como esos pájaros de mar, i aun con mas roncos graznidos pudieron quejarse de semejante saludo e inmotivada agresion.

Los indios *gaviotas* de la provincia de Pucaqui no les dieron, por tanto, despues de las balas mas noticias que las que les habrian dado las gaviotas del mar, sobre los Césares. Pero como es forzoso siempre traer alguna esperanza o algun embrollo de las espediciones frustradas, volvieron diciendo que un indio bárbaro les habia contado en cierto paraje, que él habia conocido ciertos *vira cochas*,

pero que todos habian muerto «sin dar razon dónde ni cómo».

*
* *

I es curioso esto que de una simple palabra mal pronunciada por un indio bárbaro, a manera de papagayo, como la de *huinca* o *viracocha* sacaran argumento los *Cesaristas* para afirmarse en su creencia i avivar su propaganda. De la misma manera, no recordamos qué autor asegura que los tártaros hablaban latin, porque cuando álguien estornudaba en su presencia, decian: *Dominus tecum* u otra jerigonza por el estilo; i hai otro que ha atribuido al Draque el cuento de que los indios de California sabian decir *amen*, como los araucanos dicen *em*, como partícula de cariño, o *emaí* por *sí*. Los ingleses que leen el latin a su manera, dicen tambien *emen*, i todo esto se parece al *miserere* que, al decir de muchos, cantan los chivateos cuando los desuellan vivos...

*
* *

No les hacia tampoco fuerza a aquellos buenos hombres, la reflexion de que, aun siendo verdadera en su esencia la relacion de los andaluces de Arguello, habia pasado ya cerca de un siglo de tiempo desde la época del naufrajio, i que en tan largo trascurso de abandono i privaciones, los náufra-

gos del obispo de Palencia habrian ya desaparecido por completo, o, por lo ménos, se habrian refundido de tal modo entre las tribus patagónicas o con los *viracochas* del Perú, que no eran ya españoles ni cristianos, sino simplemente indios como los de Boroa, hijos de las cautivas del saco de Valdivia, cincuenta años hacia.

Ni por esto ni por jénero alguno de juiciosas reflexiones desarraigábase aquella estraña, si bien humanitaria i noble supersticion, aun en los espíritus mas ilustrados.—«Quiera la Divina Majestad—esclamaba Diego de Rosales cuando daba punto a su historia, que ha desenterrado la mayor parte de estas noticias perdidas para todos los historiadores—compadecerse de estos españoles, que cuando esto se escribe año 1674, há ciento veintinueve años se perdieron»...

*
* *

La principal zozobra del buen jesuita, que habia andádo a los rodeos por la tierra de los Césares misionando entre los puelches, era dirijida a que los nietos i biznietos de los Césares no perdieran la fe de sus mayores i se enrolaran, como los cautivos de las *siete ciudades*, entre los secuaces de Satan. Por esto recomendaba con ahinco que se les buscase, señalaba el paso de Villarica como el mas adecuado, i aconsejaba no enviar costosas espediciones, sino

cuatro españoles bien dispuestos «para no aventurar mas».

*
* *

Pero si los esploradores del reino de Chile i del vireinato de Buenos Aires no habian logrado descubrir el paradero de los imajinarios Césares, dejaban abierta la huella de adelantos jeográficos que de otra suerte habrian tardado años, si no siglos, en verificarse.

De esa suerte, don Luis de Cabrera fué, por el lado de la opuesta banda de los Andes, el predecesor de Villarino (1783) i del teniente Muster (1870) en las esploraciones del rio Negro, como en esta parte de las cordilleras, el padre Mascardi (1666) i Juan García Tao (1619) lo fueran del padre Melendez (1792), de Doll (1844), de Fonck (1855), de Cox (1858), i del último viajero científico que, por el rumbo de la Patagonia setentrional, ha llegado a veinte leguas de la laguna chilena de Nahuelguapi (1876),—el distinguido naturalista arjentino don Francisco Moreno.

*
* *

Hácia lo largo de la costa patagónica que baña el Pacífico, a las escursiones del correjidor García Tao i del gobernador Rueda, que se estendieron pro-

bablemente hasta los promontorios en que naufragó el *Wager* de la Espedicion de lord Auson (1745), i a los canales en que, hasta hace pocos dias, ha estado varado el vapor aleman *Denderah*, señalaron a su turno el camino que despues ha recorrido el animoso padre García (misionero de las Guaytecas); Moraleda, el piloto esplorador de Chiloé, i el almirante Fitzroy, que reconoció, midió i dibujó por la primera vez, de una manera científica, los singulares pasos de aquellos mares i sus peligrosos arrecifes.

Así es como la humanidad va cumpliendo, tal vez a pesar de sí misma, su inexorable mision, cual de la tenebrosa alquimia nacieron las maravillas industriales de la química; de la astrolojía, la ciencia matemática i precisa del cielo; i de las cartas mismas de ociosa baraja, inventada para el solaz de un rei idiota, el grabado, la litografía, el invento mismo de la imprenta,—la mas sublime de las creaciones, porque dió larinje i voz al linaje humano, que ántes de su aparicion era sordo-mudo.

***

Con la aparicion de un nuevo siglo, volvió a tomar vida i calor la fantástica visision ya dos veces secular de los Césares, porque las fiebres del espíritu se parecen a las del cuerpo en que son intermitentes.

*
* *

Por el año de 1707, llegó a la corte de Madrid en demanda de auxilios para ir a la conquista i la redencion de los oprimidos Césares, un aventurero que habia residido largos años en Chile i Buenos Aires, el cual contaba cosas de asombro de la *ciudad encantada,* así como de la manera en que allí vivian i se perpetuaban los españoles, «como que lo anduve i *toqué con mis manos*» —decia el peticionario en sus memoriales al rei Felipe V.

«Tienen—decia en otra parte del prolijo itinerario que presentó a la corte con su firma, i que ha publicado íntegramente el anticuario Angelis entre sus *Documentos del rio de la Plata* (1836);—tienen los Césares hermosos edificios de templos i casas de piedra labrada i bien techadas, al modo de España; poseen así mismo muchos ganados mayores i menores, muchas chácaras donde recojen granos i hortalizas, ademas de cedros, álamos, *naranjos,* robles, *palmas* con muchedumbre de frutos mui sabrosos, por ser la *pura verdad* como que lo anduve i *toqué* con mis manos».

Todo lo que les hacia falta era un poco de aceite, porque no habian logrado aclimatar el olivo. I así debia ser, pues es bien conocida la historia del único pié de aquel arbol que vino a Chile i de la escomunion en que incurrió el que lo trajo hurtado de Lima.

*
* *

Pertenecia probablemente este descarado impostor a la misma patria i escuela del andaluz de Niebla i tenia su propia inventiva i desfachatez, porque tanto porfió i mintió en Madrid, que el rei, no escarmentado todavía con las malaventuras pasadas, espidió órden el 18 de mayo de 1716 para que se acometiera de nuevo desde Buenos Aires, la entrada a los Césares, llevando por guia a aquel personaje que todo lo habia visto i *tocado con su mano*, segun su itinerario. A este fin, el futuro redentor de los Césares se habia venido a Buenos Aires con alguna anticipacion. Su nombre era Silvestre Antonio de Rojas, i mayor embustero no habia parido madre cristiana ni en España ni en las Indias.

*
* *

Rojas, una vez consumado su engaño, i despues de haber comido i bebido como César verdadero en la corte de Madrid i en Buenos Aires, se hizo humo o se fué escondido a los Césares, porque no se volvió a tener noticia de su paradero. Mas como no era posible que la real cédula de Felipe V quedara como hostia sin consagrar, formáronse diversas caravanas para ir a aquella especie de descubrimiento i cateo de una ciudad populosa cuyo derrotero se

asemejaba al de la Ola en el desierto de Atacama, o al itinerario de los Candeleros, con tan vivos colores locales descrito por el inimitable Jotabeche.

Eran dispersadas esas tentativas, ya que el buen sentido no hacia mella en el cerebro de los espedicionarios, por el hambre o los frios *pamperos* del polo, i en mas de una ocasion, por la lanza i el *laque* de los indios, ladrones de ganados i de hombres.

*
* *

Tomaban otros cavilosos pretestos de la novela de los Césares para empresas mas suculentas, cual era la compra i arreo de vacas entre los *telhueches* para pasarlas en seguida a Chile por Uspallata o el Portillo; pues aunque sea comun creencia que Chile se abastecia a sí propio con sus numerosos rebaños, no es ménos cierto que el comercio de vacas era tan activo entre Cuyo i Chile en el pasado siglo, como lo es casi hoi dia, por el ínfimo precio en que aquellas se vendian: de seis a ocho reales, i cuando mas, en épocas de escasez, dos pesos. Esos sí que eran Césares!

*
* *

Uno de estos astutos vendedores de vacas llamado Juan de Mayorga, formó con este motivo una espedicion de doscientos hombres a principios del pa-

sado siglo; mas apénas se hubo internado en las pampas de San Luis, de cuya ciudad salió a campaña, los indios le mataron una avanzada de treinta hombres i le hicieron torcer bridas mas que de prisa a sus estancias (1).

De esta suerte, la leyenda de los Césares iba perdiendo poco a poco el colorido prisma de nebulosa poesía de que habia sabido rodearla en su cuna la imajinacion del carpintero de Niebla Pedro de Oviedo. Los Césares, de pasmosos jigantes habíanse convertido en bueyes gordos i en chúcaros torunos.

*
* *

Mas si esto acontecia por el lado de las Pampas, en Chile los antiguos Césares habian encontrado un rehabilitador convencido, un caloroso amigo, un *cesarista*, en fin, de la antigua escuela de los que, como Pedro de Espinosa, ponian la cabeza en la em-

(1) En una carta escrita al rei por el padre franciscano Frai Bernardino de Soto Aguilar, desde Concepcion, con fecha 24 de diciembre de 1713 i que hicimos copiar en el Archivo de Indias, se encuentran las siguientes palabras sobre los propósitos del ganadero Mayorga:—«con el *pretesto* i noticia de descubrir la ciudad que segun antigua tradicion, llaman los Césares».

Este buen fraile Soto Aguilar aborrecia de muerte a los indios, i cuenta que a Mayorga le mataron a traicion un capitan i treinta soldados. El mayor defecto que encontraba a aquellos el manso fraile, era ser herejes, i para correjirlos, proponia a Felipe V un arbitrio mui orijinal: esto es, suprimir dos plazas de oidores i fundar en su lugar el Santo Tribunal de la Inquisicion para que juzgase la idolatría de los indios, sin apelacion humana ni divina.

presa de redimir las cautivas ciudades de sus antecesores.

* * *

Cupo esta mision al capitan don Ignacio Pinuer, natural de Valdivia, i padre o abuelo de aquel oficial del mismo nombre que fué segundo del coronel Sanchez en las campañas de la patria vieja, i mas tarde, cuando desterrado por godo, triste mozo de café en Mendoza.

Era Pinuer un hombre entusiasta, crédulo, valiente, i en su calidad de comisario de indíjenas, vivia desde muchos años en diaria comunicacion no solo con los indios del litoral, sino con los pehuenches que habitan los valles andinos, i con los puelches, que se ramifican en varias tribus, ya hácia las Pampas, ya hácia la Patagonia. Su actual rei llámase (1877) *Seu-Hueque*, nombre de carnero.

* * *

Conocedor desde su mocedad de la tradicion de los Césares, que aun vive en el recuerdo de los valdivianos (1866), el comisario interrogaba cada dia a los mensajeros i caciques de las diversas tribus que con él necesitaban entenderse, i todos, sin vacilar, afirmaban i juraban la existencia de los Césares españoles i aun la de los Césares peruanos o *vi-*

racochas, poniendo los unos por testigo de su fe al Sol, i los otros al temido Dios de los cristianos.

*
* *

Esas relaciones eran todavía mas maravillosas, si cabia, que las del carpintero Oviedo, i mas positivas ciertamente que las del itinerario de don Silvestre de Rojas.

Segun el decir de los informantes de Pinuer, como testigos de vista i juramentados, habíanse multiplicado de tal suerte los tataranietos de los nietos de Sebastian de Arguello, de Pedro Oviedo i de Antonio de Cobos, que se habian visto forzados a fundar una nueva ciudad, en cierto brazo apartado de la laguna primitiva, ademas de que tenian ocupadas i pobladas varias islas, con las cuales se comunicaban por medio de canoas. Sus casas eran de piedra i rojizas tejas, i a veces relucian éstas a la distancia como el oro, ignorándose si fueran precisamente de estas materias o efectos del reflejo del sol a la distancia. Sobre lo que no cabia duda, era que el menaje de sus casas se componia esclusivamente de catres, mesas, sillas, lavatorios, todo de plata i oro macizo i de subidos quilates. Usaban tambien los habitantes de las dos ciudades prodijiosas, «sombreros, chupas largas, camisas, calzones *bombachos* i zapatos mui grandes»... tal vez por imitar a los *patagones*, que este nombre recibieron por su enorme

calzado de pieles de guanaco. Por supuesto no habian abandonado en aquellos fríjidos parajes, en que crecian, sin embargo, el naranjo i la palmera al aire libre, la española capa: la única diversidad de los testimonios sobre la última consistia en que, segun unos, era blanca, i segun otros, *muja*.

*
* *

Conservaba intacta su artillería, la cual se oia resonar en ciertos dias que serian sus fiestas nacionales, porque como el oro de los Césares era oro verdadero, allá no aplicaban las crísis a la conmemoracion decente de hechos i de hombres que merecieron vivir mas que sus ingratos nietos. Habian fundido por de contado sonoras campanas de preciosos metales, i habia muchos que las oian llamar a misa i aun repicar alborozadas en los grandes dias de la iglesia.

*
* *

Conservaban intactas sus fortificaciones, escepto algunas puertas i torreones cuyas «medias naranjas» se habian postrado con los años. Un mestizo que logró recorrer la ciudad hácia mediados del pasado siglo, daba cuenta prolija de las cortinas i almenas que la defendian, i segun el jesuita Cordiel, ese mismo espía u otro de su estirpe, habia visto un «ce-

rro de oro» como el Santa Lucía, i «otro de diamantes» como el San Cristóbal....

*
* *

Este mismo padre, que creia juntamente en los *Césares* i en las *Batuecas*, contaba tambien en un informe al gobernador de Buenos Aires, dado a luz en esa ciudad, que cierto correjidor del Perú llamado Quiros, el cual venia de Amberes para el Callao, fué con el piloto del buque en que hacia la travesía a hacer una visita a los Césares i le dieron de regalo dos cajoncitos de perlas finas que entendieron fueran para el papa i para el rei de España, porque como ya los hijos de los primitivos Césares tenian olvidado el español, solo acertaron a pronunciar estas palabras cuando entregaron la encomienda: —*Papa*—*Rei*, con lo cual los canonistas habrian pretendido que todo debió ir a parar a Roma. «Mas como el piloto era hereje—dice el padre Cordiel—se las llevó para sí» (1).

*
* *

El pais que dominaban los modernos Césares, se-

(1) Carta del padre José Cardiel al gobernador de Buenos Aires desde la estancia de Areco, agosto 11 de 1746. (*Coleccion de Angelis*, páj. 11.

El padre Lozano, historiador del Paraguay, tambien creia en los Césares a mediados del siglo pasado, i, entre otras cosas, sostenia que el presidente Garro se habia llevado a España en 1692, un *flamenco* que habia estado en la laguna de los Césares, i si fué flamenco de laguna, el buen jesuita no faltó a la verdad....

gun lás relaciones mas verídicas que escondia en su pecho el capitan Pinuer, era una península tan grande como lá provincia de Valparaiso, porque tenia 30 leguas de largo i 7 u 8 de ancho. Pero nadie podia determinar cuál de las numerosas lagunas de aquella rejion andina seria la del asiento fijo de aquellos poderosos colonos. Segun unos, era la que habia descubierto el padre Mascardi i que lleva el nombre de *Nahuelguapi*,—hermoso i solitario lago chileno que envia uno de los mas poderosos afluentes del rio Negro, el Limay, recien esplorado por Moreno i ántes por Cox. Ubicábanlo otros en la laguna de *Ranco*, situada en el territorio que forma el departamento de la Union i es cuna del caudaloso Rio Bueno, que surcan hoi prosaicos vapores acarreando papas i puercos. El comisario Pinuer se inclinaba, sin embargo, a suponer que su ubicacion verdadera era la laguna de *Puyehue*, de donde toma oríjen, en el departamento de Osorno, el pintoresco rio Pilmaiquen, en cuyo valle dijimos habia sido encomendero el infiel compañero de los primitivos Césares,—Juan de Rivera.

Aquella opinion jeográfica del último de los *cesaristas* de buena fe, cual lo era sin duda alguna el capitan Pinuer, tiene cierta importancia por la nueva faz que imprimió a la leyenda de la existencia de los Césares, segun en breve habremos de ver.

*
* *

Un punto oscuro quedaba, sin embargo, ademas de el de la exacta posicion jeográfica de los Césares, cual era su taima i su inquebrantable resolucion de no salir de su solitaria madriguera en demanda i amistad de los cristianos, cuya vecindad no podian ignorar. En este particular, los Césares, dignos de su altivo nombre, se manifestaban inexorables.—No querian mantener trato alguno con los indios por viles, i tal vez con los españoles por ingratos. Es lo cierto que en cierta garganta estrecha de la península que habian fortificado, tenian constantemente un centinela, que de dia i de noche impedia a los estranjeros se acercasen a aquella nueva ciudad de Troya.—«En este sitio—decia el capitan Pinuer en su declaracion jurada con todas las veras de su alma—ponen los españoles una espada con zapatos: los indios la quitan i ponen un machete: los españoles ponen una cruz: vienen los indios, quitan la cruz i ponen una lanza toda de palo».

I así, jugando, a medianoche, esta especie de *gran boneton*, como honestos niños, pasaban los españoles los años i los siglos sin querer ponerse al habla ni con los indíjenas ni con los indios Césares, los antiguos *viracochas* de que habian sido tan buenos amigos Pedro de Oviedo i don Silvestre de

Rojas, los dos Césares de las mentiras que han vivido en este Océano i en el otro. ¡Qué no resucitaran hoi para que alegaran de bien probado por uno i otro pueblo—el arjentino i el chileno—en la cuestion Patagonia, i dejarlos al uno i otro en paz como a los Césares!

*
* *

Pero no obstante su reserva i su aislamiento, los Césares habian hecho una valiente salida de su península i trincheras cuando ocurrió la espedicion que por el año de 1756, envió el presidente Amat hácia el Rio Bueno en castigo de los alzados i feroces *cuncos*,—indios de Carelmapu i sus contornos. «Sintiendo—dice Pinuer—en el silencio de la noche el estampido que hacian los esmeriles i pedreros,» salieron en auxilio de los cristianos, i despues de haber desbaratado la retaguardia de los indios matándoles mas de cien hombres, se retiraron otra vez tranquilos i gloriosos a su imperio (1). Los Césares eran a su manera inmortales, i por esto no se hacian pagar su sangre en las batallas. Segun Pinuer

(1) Tuvo lugar este combate con los indios *cuncos* en la noche del 27 de enero de 1759, siendo asaltado el comandante de la espedicion don Juan Antonio Garreton, que habia ido a fundar el fuerte de San Fernando a orillas del Rio Bueno, por cuatro mil indios, que le obligaron a retirarse con mal talante.

Cuenta esta nocturna batalla en un poema (*puema* dice el libro del Consulado) que corre impreso, el padre frai Pedro Merino, el cual iba tal vez de capellan de la espedicion. En ninguna otra parte que en el libro mencionado, hemos encontrado otra cita del *puema* del padre Merino.

i las declaraciones de mas de veinte caciques, los Césares eran inmortales porque «solo *se morian* de puro viejos»....

*
* *

Por otra parte, no eran tampoco los Césares enteramente árbitros de sus destinos, de la paz i de la guerra, porque precisamente por los años en que todo esto acontecia i se informaba como prueba jurada ante escribanos en Valdivia (1773-74), estaban los Césares bajo el yugo de un cruel tirano que, con el nombre de rei, «tenia a la plebe en la mayor consternacion,» segun habia contado al capitan Pinuer un chilote que en el primero de aquellos años, habia logrado penetrar en la ciudad. Al fin los Césares habian hecho una cosa lójica,—darse un César!

*
* *

I ¡cosa estraña i mas digna de asombro que los Césares mismos! En el fondo, todos los caciques i mocetones, correos de gabinete i hechiceros de la tierra que engrosaban los autos de pruebas de las ciudades encantadas (cuyo cuerpo total forma *nueve volúmenes* in folio) al jurar la existencia de los Césares i sus ciudades, no mentian ni perjuraban, porque por un efecto de óptica, de ignorancia i de barbarie, lo

que demostraba, segun lo esclareció por esa misma época (1775) el sacerdote-cirujano Falkner, que vivió cuarenta años entre sus tribus, era que las ciudades encantadas por que se les interrogaba con tanto, ahinco no eran otras sino las ciudades de Valdivia, Concepcion, Córdoba, Buenos Aires i Montevideo mismo, «de la otra banda de la laguna.» De esta suerte estuvieron aquellos bárbaros jugando al ajedrez durante dos siglos, con la credulidad de los españoles, engañándolos con la verdad misma, a su manera. Todo el punto i el jaque del negocio i el embuste estaba en que, cuando eran interrogados en el lado del Atlántico por las «ciudades encantadas,» hacian la descripcion incorrecta de las ciudades del Pacífico; i vice-versa, cuando les acosaba el comisario Pinuer con sus ansiosas preguntas sobre los Césares de la Patagonia, las satisfacian i juraban haciendo referencia a las ciudades del Atlántico, sobre cuya localizacion, distancia, tamaño i peculiaridades, su propia barbarie no les permitia formarse una sola nocion exacta.

Por manera que los verdaderos impostores que forjaron i sostuvieron durante mas de doscientos i cincuenta años aquella monstruosa patraña, no fueron propiamente los indios sino los españoles, i especialmente los famosos andaluces Oviedo i Rojas, i el chilote que vió el cerro de oro i el cerro de diamantes. No quiere esto decir que los indios no sepan mentir, porque, al contrario, son eximios

en ese arte i en el de la invencion i el aparato. La Araucanía es la Andalucía de Chile, con la diferencia del grasejo de una mentira de andaluz a un villano embuste de salvaje.

*
* *

Una razon, empero, mui atendible, porque era un hecho antiguo, lójico, i casi una segunda naturaleza del chileno, apuntaban los maliciosos indios al esplicar al comisario Pinuer la estraña i verdaderamente incomprensible reserva de los Césares para con los hombres de su raza, de su lengua i relijion en cuyas fronteras vivian.

Era aquella razon, jenuinamente nacional, la de que los Césares no se manifestaban dispuestos a volver a la comunidad civilizada de los colonos del rei de España, «porque no querian hacerse como aquellos, *tributarios*. . .» Los Césares se hallaban mucho mejor, al decir del capitan Pinuer, sin fisco, sin aduanas, sin estanco, sin alcabaleros, sin escribanos, sin contadores mayores i, sobre todo, sin contribuciones. I a la verdad que, si los Césares hubieran existido, esa habria sido la esplicacion mas natural de su resistencia a unificarse con nuestro suelo, porque en materia de rentas públicas, Chile ha sido la Galicia de la Indias, es decir, la mas pobre de las colonias españolas i la mas rehacia para el pago de todo lo que es de la patria i la comunidad.

*
* *

Entre tanto, el comisario Pinuer, apasionado de su hallazgo como de un tesoro, continuaba buscándole solucion por todos los caminos que su fe le sujeria. Para lograr mejor tal fin i encontrar sosten en sus superiores, que lo eran directamente el gobernador de Valdivia i el virei del Perú, a cuya jurisdiccion estaba sometida mas de cerca Valdivia i su guarnicion, como plaza de guerra de primer órden, dió cuerpo el comisario a una idea injeniosa i que no podia ménos de ser simpática a los pobladores del mediodía de Chile.

*
* *

Consistia esa combinacion en abandonar la ya vieja i desacreditada teoría de que los Césares procedian de un buque náufrago en el Estrecho, i en sostener con enerjía i convencimiento la de que aquellos colonos enclavados en el fondo de las planicies i lagunas que en aquella latitud rodean las cordilleras de Chile, eran los antiguos pobladores del heróico Osorno, aquellos bravos que, escapados con las armas en la mano, abriéranse paso por entre las huestes alzadas i vencedoras de la gran rebelion (1600-1604), i fueron a asilarse con sus mujeres, sus hijos i sus tesoros (los tesoros de Ponzuelos!) en aquellas soledades. De aquí su bravura, su ener-

jía, su riqueza i, sobre todo, su enojo con los hijos de aquellos conquistadores antiguos que no habian sabido socorrerlos en la hora del asedio i la desdicha.

***

Para dar mas colorido de verdad a esta nueva fábula que estaba en abierta contradiccion con cuanto habia conservado la crónica sobre la defensa i desamparo de Osorno (cuyas monjas mismas lograron salvar ilesas i son hoi las Clarisas de Santiago), sostenia el comisario Pinuer que la ciudad primitiva de los Césares no estaba ni en la vecindad de la laguna de *Nahuelguapi*, ni en la de *Ranco*, visitada hace poco por el profesor Philippi, sino en la de *Puyehue*, que fué reconocida, hace cerca de un siglo, por el capitan de injenieros Mackenna, cuando era gobernador de Osorno. Esa laguna, cuya estension es de cerca de doscientos kilómetros cuadrados segun Astaburuaga, figura como una de las mas bellas creaciones de nuestra naturaleza, i dista solo treinta leguas al sudeste de la moderna ciudad de Osorno, edificada sobre los cimientos de la antigua, rica, heróica i perdida.

No obstante su feliz inventiva, el comisario Pinuer no encontró por de pronto la cooperacion que solicitaba para su empresa de descubridor i de restaurador. El gobernador de Valdivia en aquella coyuntura, don Tomas de Carminate, de apellido na-

politano como el del coronel Valviani i otros jefes de graduacion de aquella plaza, no se prestó de buen grado a las miras de su crédulo subalterno.

Con la historia i la cronolojía en la mano, el ilustre gobernador podia indicar los errores en que incurria el comisario, no obstante los mil juramentos ante escribano de centenares de indios bárbaros i embelequeros que aquél dia a dia le presentaba.

Bastaban para este fin las relaciones auténticas de los capitanes Tomas de Olavarría i Pedro Sanchez Mejorada, quienes despues de la pérdida de Osorno i de las *siete ciudades*, se internaron en todas direcciones con fuertes destacamentos i visitaron la misma laguna de *Puyehue* sin encontrar un solo español a quien ofrecer amparo, cuyo era su principal objeto (1).

* * *

Para fortuna del iluso comisario de indíjenas de la plaza de Valdivia, o mas bien, por su desdicha, porque la pérdida de una ilusion acariciada es un dolor mas acumulado a la dura i larga cuenta que

---

(1) Segun el libro de actas del Juzgado de Comercio de Santiago correspondiente a 1771, estas importantes relaciones históricas existian en esa época i orijinales en poder del historiador don José Perez García, que era miembro de aquella corporacion.—Dichos documentos, que tenian, el primero la fecha de Carelmapu, 10 de noviembre de 1607, i el segundo (23 años posterior) la de 8 de noviembre de 1631, habian sido recojidos por un Joanes de Oyarzun, i de mano en mano llegaron hasta el historiador citado. Parece que despues lastimosamente se han perdido.

forma el eterno pasivo del hombre i que lleva inscrito este rubro:—*¡Desengaños!*—sucedió al ilustrado Carminate un gobernador fastuoso, novelero, sumamente rico i de cuya prosa i vajilla de maciza plata, hacian memoria todavía los viejos pobladores de Valdivia, hace de esto once años, por lo que oyeron contar a sus mayores (1).

Fué este último funcionario el coronel don Joaquin de Espinosa, a quien el comisario Pinuer no tardó en contajiar con su ciega i entusiasta credulidad. Contaba tambien para esto con la calorosa cooperacion del secretario del gobernador don Pedro Umardo Martinez, mulato lleno de habilidad, capitan de pardos de Valdivia i brioso *cesarista* (2).

Como era hombre rico i orgulloso el crédulo gobernador de Valdivia, puesto que era de los «Espinosa de los Monteros,» dieron pronto oido en Santiago i en Lima a sus repetidas solicitudes para enviar una espedicion esploradora, no solo el mandatario superior de Chile, que lo era don Agustin de Jáuregui, hombre de pulso i esperiencia, sino el terco Amat, a la sazon virei del Perú. Espinosa,

---

(1) Don Juan Francisco Adriasola tesorero de Valdivia en 1866, i qu falleció poco mas tarde de cerca de 80 años de edad, conservaba viva la leyenda de los Césares i del coronel Espinosa, su último esplorador. Al ruido del agua, que no cesaba de caer en noviembre de aquel año, nos comunicaba el bondadoso anciano sus recuerdos, despertando los nuestros al amor del brasero de la tesorería, o mas bien, del brasero del *valdiviano*.

(2) Libro de actas citado del Juzgado de Comercio de Santiago.

por otra parte, contribuia jenerosamente al fondo de gastos de aquella postrer espedicion, por cuya primera tentativa habia perdido allí mismo su cabeza un bravo soldado que llevaba su propio nombre —Pedro de Espinosa,—hacia de ello doscientos años. I este Espinosa no debió ser de los *Monteros del rei*, porque, siéndolo, no le habria hecho matar probablemente Egas Venegas.

¡Doscientos años de una espedicion a otra! Tan largo en su desarrollo i en sus peripecias ha sido este drama de los Césares, que tenia por único argumento un chisme!

*
* *

Envió el presidente Jáuregui a Lima las primeras dilijencias de la proyectada esploracion, el 29 de marzo de 1774, manifestando poca fe en el éxito de la empresa; pero sin desalentarla. Por esto, solo despues de cuatro años de constantes esfuerzos, hechos desde Valdivia por los últimos *cesaristas*, logró organizarse el convoi de descubridores. Figuraban entre aquellos fanáticos un don Matías Ramirez, vecino de Valdivia, de quien dice el historiador Carvallo, oriundo de aquella ciudad i mui jóven a la sazon, que «le llenó el cerebro de fábulas acerca de su existencia».

*
* *

Componíase propiamente la espedicion de solo ocho hombres elejidos, segun el sabio consejo que, hacia un siglo, diera Diego de Rosales, a cargo de dos cadetes animosos. Emprendieron su marcha en los primeros dias de diciembre de 1777 (hará en breves dias otro siglo), i despues de atravesar un territorio poblado de densos bosques por el espacio de treinta i cuatro leguas, llegaron a la famosa laguna de *Puyehue*, donde el capitan Pinuer sostenia con su vida se hallaban refujiados los Césares de Osorno.

Los esploradores no encontraron, sin embargo, sino el majestuoso silencio de la naturaleza en sus mas salvajes soledades.

Pero resolvieron proseguir adelante su jornada.

* * *

Atravesaron, en consecuencia, en una canoa la solitaria laguna sembrada de pintorescas islas, hasta el número de siete, con las del lago de Villarica, que fueron el festivo paseo de sus felices moradores ántes de su espulsion i ruina; i en seguida, haciendo una travesía a pié, de siete leguas, llegaron a otra laguna que los prácticos nombraban *Llavequehue*, que es, aunque lo parezca por el nombre, la de *Llanquehue*, hoi Rupanco.

Costearon siempre este lago avanzando hácia el sudeste por su costado de levante, durante tres

dias, i llegaron al pié de un alto volcan, a cuya falda ascendieron. Divisaron desde allí, como perdida en el mas remoto horizonte, una laguna rodeada de tierras llanas, en la cual se destacaba vagamente una isla que los indios llamaban *Jolten*, i a la laguna, *Puraya* (1). ¿Era acaso aquella mancha azul i neblinosa el lago Nahuelguapi que aparecia en los confines de la perspectiva con su isla peculiar (la *Vega del Tigre*), donde el animoso Mascardi habia edificado una ermita hacia mas de un siglo?

* * *

I aquel propio sitio i divisadero, por ventura, ¿no seria el que, cerca de un siglo mas tarde, llamó el infatigable Doll el *Cerro de la Esperanza* (1854) porque de allí divisó por la primera vez la azulada silueta de la laguna de Nahuelguapi, que era el objetivo de sus esfuerzos i de sus «esperanzas?» (2)

(1) Es curioso observar que este nombre de *Jolten* ofrece alguna similitud con el de *Jurdes*, que es el nombre del valle varias veces recordado de las Batuecas. Segun el injenioso pero preocupado Ford, este nombre de Jurdes provenia de *Gurdus* que significa *perezoso* (engourdi), i de aquí los *gordos*. Los indios llaman a estos «motilones,» de *mothi* (carne), i de aquí los frailes.

(2) Esta montaña es la que hoi se llama en los mapas *Cerro del doce de Febrero*, por haber llegado ahí en ese dia, en una escursion posterior (1855), nuestro apreciable amigo el doctor Francisco Fonk. Para darse mejor cuenta de la topografía i accidentes de estos lugares, pueden consultarse las diversas esploraciones de Doll i de Fonk en los *Anales de la Universidad* (1855-56), el *Viaje a la Patagonia* por Guillermo Cox (1858), si se quiere un ensayo comprensivo que para el uso de este último escribimos en 1857 con el título de *Comunicacion interoceánica entre el Pacífico i el Atlántico*, que se ha publicado dos veces en el espacio de

***

El volcan a que habian ascendido era el de *Pu-rarauque*, i en el silencio de la noche, los esploradores de 1777 creyeron oir varias descargas de artillería. Así era, en efecto; pero no fueron los Césares los que hacian aquella salva en honor de sus descubridores, sino el famoso *Tronador*, que, durante el verano, precipita con el deshielo sus ventisqueros en formidables fragmentos quebrajados, retumbando el eco de la caida en todas las gargantas.—«Este cerro—decia el padre Melendez en su *Diario* de esploracion correspondiente al 3 de enero de 1792—*estoi para creer* es el que llaman Bauquenmay i está continuamente *tronando*, que así parece cuando cae un peloton de nieve» (1).

---

veinte años en el *Mensajero de Agricultura* (1857), en una obra titulada *Miscelánea*, vol. III, páj. 277.

Los estudiosos podrian tambien echarse a cuestas el *Diario* que sobre esta propia espedicion escribió su capellan frai Benito Delgado, confidente de Espinosa, i que publicó Gay entre los *Documentos* de su Historia de Chile (vol. II, páj. 431).

El padre Delgado no acompañó la espedicion de *Los siete* sino que se quedó con el grueso de la jente que mandaba el capitan don Lúcas Molina, de quien luego hablaremos, en Rio Bueno. Parece que entre los *siete* iba el cadete don Ventura Carvallo, que ha dejado larga sucesion en Chile, el conocido sarjento Negron, descubridor verdadero del antiguo asiento de Osorno, i un negro presidiario llamado Francisco Escarraga.

El *Diario* del padre Delgado, escrito con estilo mui diferente de su nombre, comienza en la mision de Arique el 29 de setiembre de 1777, i termina el 31 de diciembre del mismo año, en que Molina, desengañado completamente, solicitó dar la vuelta de Rio Bueno a Valdivia, trayendo prisionero al cacique Vurin, señor absoluto del lago de Puyehue, i uno de los principales sostenedores del tradicional embuste.

(1) Este curioso *Diario* se encuentra auténtico e inédito en el vol. 10 de *Manuscritos de la Biblioteca Nacional.*

*
* *

Fueron éstos los propios parajes que el gobernador de Osorno don Juan Mackenna, visitó (1798) por órdenes del virei del Perú don Ambrosio O'Higgins, su protector, su amigo i, mas que todo esto, su paisano. I aunque los nombres jeográficos difieran en las diversas relaciones de variadas épocas, el relieve jeneral i la topografía de los terrenos se calcan con fidelidad en los pormenores. Así, Mackenna llama «volcan de Copi» al que los esploradores de Espinosa llamaron «Purarauque,» el cual, sin duda, es el mismo que el mayor Philippi denominó en su mapa, «volcan de Puyehue,» i Doll en 1858, el «cerro Puntiagudo,» frente al volcan de Osorno i dominando la laguna de Llanquihue (1).

Ofrece un vivo interes para la jeografía moderna de nuestras provincias australes, «divisadas» mas bien que esploradas hasta el dia, aquella esforzada escursion del jóven injeniero irlandes (Mackenna tenia a la sazon 27 años) por las pampas, los bosques i las lagunas del territorio que colonizaba; i es lástima que la estrechez de estas pájinas, consagradas mas a la leyenda que a la ciencia, no nos

(1) Es preciso no confundir este gran lago con la vecina laguna de *Llauquihue*, para lo cual Doll propuso al ministro del interior en nota de 28 de febrero de 1858 (*Mercurio* de 16 de abril de ese mismo año), el nombre de *Rupanco* que hoi tiene. Mackenna llama a esta laguna *Lauquihue* i no *Llanquihue* (nombre en todo semejante al de la gran laguna mas meridional), como tal vez por error de imprenta, la denomina Doll en su oficio citado.

permitan seguir al animoso esplorador en sus senderos. Acompañado de un grupo de indios fieles, visitó Mackenna aquellos solitarios parajes en los últimos dias de febrero de 1798, i habiendo llegado, encorvado sobre el lomo del caballo, por la espesura del monte, a tiro de arcabuz de la laguna de *Puyehue*, recorrió a pié los mismos sitios que habian visitado tal vez los esploradores de 1777 i 78, veinte años hacia.—«Deseando colocar esta laguna—dice el gobernador de Osorno por la de *Puyehue*, en un oficio que se ha mantenido desconocido hasta el presente, al virei del Perú, con fecha de Osorno, marzo 11 de 1798—así como tambien la de *Lauquihue*, i siendo intransitable la playa para ir a caballo, pasé adelante como dos leguas a pié hasta llegar a un punto de donde se distinguia perfectamente toda la laguna, i aclarándose al mismo tiempo la atmósfera divisé toda la cordillera i los cerros principales que habia delineado desde las pampas, pero particularmente el volcan de Copi que demoraba al sud.

«Tiene la laguna de Puyehue—añade el descubridor—de oeste a este cerca de cuatro leguas, poco mas o ménos, i de norte a sur escasamente una, i de la estremidad occidental sale el rio de Pilmayquen que es el único desagüe que posee» (1).

---

(2) Esta estension de *cuatro leguas* es la misma que atribuyó al lago de Puyehue la espedicion de 1777: por manera que debe ser un grave error de imprenta el que hace decir al señor Astaburuaga en su escelen-

*
* *

No nos es lícito adelantar mas en la via de los descubrimientos jeográficos de esta parte del territorio de los Césares, porque diversa es nuestra mira en el presente ensayo. Pero sin imajinarlo siquiera, el gobernador Mackenna, que nunca creyó en aquella fábula, estampaba en su informe al rei, un dato que habria sido precioso para los partidarios obstinados de tal encanto. «Inmediato—dice, continuando la relacion de su viaje de descubrimiento—al pasaje referido de donde divisé toda la laguna i cordillera encontré una *piedra cancagua perfectamente labrada* a pico, cuyos golpes se distinguian claramente: cerca habia muchas otras piedras en bruto de la misma especie, i pozos en *pequeñas canteras* de donde se habian sacado: este es un indicio evidente de que *las inmediaciones de esta laguna estaban antiguamente habitadas por españoles.*»

Si esto hubieran sabido el capitan Pinuer i los Cesaristas de Valdivia cuando sobre un cúmulo de perjurios legalizados, urdieron la resurreccion de

te *Diccionario Jeográfico*, que este pintoresco pero pequeño lago ocupa una estension de 190 kilómetros cuadrados. Hai una exajeracion de dos tercios sobre los datos *a ojo* que se apuntan mas arriba. Véase la nota de Doll fecha de 17 de junio de 1857 (Memoria del interior de 1858) en que describe minuciosamente la laguna de Puyehue.

los Césares treinta años atras, ¿cuál habria sido su alborozo i su alboroto? (1)

*
* *

Pero ya es tiempo de volver al estrecho sendero de los Césares i de sus buscadores bajo el dominio del gobernador Espinosa, en cuya época i jurisdiccion nos hallábamos cuando nos atrajo, por su interes i novedad, el episodio jeográfico que acabamos de narrar.

*
* *

Entre tanto, los esploradores de la laguna de Puyehue i del volcan de Purarauque no pudieron pasar mas adelante. Los indios se echaron al suelo finjiendo un invencible cansancio, i fuéles preciso

(1) Relacion citada del injeniero Mackenna, nuestro venerado abuelo, que conservamos, así como todos sus papeles (recojidos por un amigo despues de su sacrificio en Buenos Aires en (1814), con un relijioso respeto.

Es tambien digno de anotarse el hecho de haber encontrado otra piedra semejante uno de los individuos de la comitiva del intelijente Doll, en la orilla oriental de la laguna de *Llauquihue*, no *Llanquihue*, aunque así vuelve a llamar a ámbos aquel:—«En medio de la *quema*—dice en su informe citado de 1858, i refiriéndose al gran incendio intencional i oficial que habia devastado aquellos bosques en 1851—halló un indio una piedra labrada (para moler a brazo), semejante a las piedras de molino del Rhin, *prueba de que ántes estaban poblados estos lugares solitarios*.

Agregaremos todavía una pequeña cuestion jeográfica, o mas bien, de etimolojía, porque algun provecho real han de dejarnos estos viajes por las nubes. Doll atribuye a Llanquihue el oríjen de *llauqui* (peladilla, especie de pescado), i *hue* (lugar). Astaburuaga dice que viene de *llancuy* (perderse) i *hue* (paraje.) No decidimos, empero, la cuestion entre los dos etimolojistas: la reservamos para los difuntos Césares, cuando vuelvan a resucitar....

retrogradar a su primitivo campamento de Puyehue. Su escursion hácia los Césares, o mas bien, hácia Nahuelguapi, habia durado nueve dias.

*
* *

Al propio tiempo que esta espedicion se habia avanzado, a manera de vanguardia, hácia la rejion de las lagunas i de los volcanes, aparece de diversos datos i entre otros del *Diario* ya citado del capellan Delgado, que una fuerza considerable habia ido a situarse como para sostener a aquella contra un golpe de mano de los indios, a orillas del Rio Bueno, no léjos del sitio del restaurado Osorno, cuyo último aun no habia sido descubierto: tanto era el silencio de los indios i la densidad de los bosques que habian crecido sobre sus ruinas, cual sucede todavía en la sepultada Villarica.

Mandaba aquella tropa el alentado capitan don Lúcas Molina, que murió heróicamente combatiendo la bandera del rei en 1813, cerca de cuarenta años mas tarde.

Molina hizo rejistrar todas las selvas i pampas sub-andinas que son falda de la cordillera i márjen de las lagunas ya nombradas, sin encontrar un solo vestijio de cristiano. I desencantado del todo, escribia al gobernador Espinosa desde Rio Bueno, con fecha de 3 de febrero de 1778, que era inútil insistir, porque todo habia sido esplorado i divisado

desde el volcan de Puraco (Purarauque), «desde donde se rejistró toda la llanada de abajo en dicho volcan i reconocieron la pampa de Purailla i otras dos lagunas» (1).

*
* *

En consecuencia, el comandante en jefe de la espedicion solicitaba del gobernador de Valdivia la licencia necesaria para replegarse sobre esa plaza con su poco afortunada espedicion, a lo cual no pudo ménos de acceder el descorazonado Espinosa, «desengañado—dice uno de los documentos que acabamos de citar—de ser todo invento de las supersticiones de los indios, fomentadas de las maqui-

---

(1) Documentos citados del Juzgado de Comercio de Santiago.—*Purahilla,* que significa *ocho chorros,* es, segun Astaburuaga, la laguna de Llanquihue, i se da tambien ese nombre al rio Maullin, que es su emisario.

Estas *pampas de Purahilla* son las mismas de que habla Mackenna en su esploracion de 1798, como de sábanas sin horizontes, sin un solo árbol, i lo que es mas notable, sin una gota de agua en aquellas lluviosas rejiones.

Son esas llanuras las mismas que recorrió Sanchez Mejorada i otros capitanes españoles en el siglo XVII, en solicitud de los dispersos cristianos de Osorno, que no hallaron.

Naturalmente las *dos* lagunas a que se refiere el texto, ademas de la de Puyehue, son las de Llauquihue (hoi *Rupanco)* i la pequeña de Quihue, que esploró Doll en 1858.

Agregaremos aquí que corrijiendo la ortografía de las notas oficiales, podemos poner de acuerdo la diverjencia ántes citada de Doll i de Astaburuaga, que habíamos aplazado hace poco por la resurreccion de los Césares. Si aquel quiso decir *Llauquihue,* i le pusieron *Llanquihue* los cajistas de la imprenta Nacional, están ámbos de acuerdo en que el orijen de su nombre es *llauqui,* «peladilla».

El *Diario* citado del padre Delgado termina el 31 de diciembre de 1777. Pero esta carta de Molina, prueba que la espedicion se prolongó hasta febrero de 1788.

naciones i malicias de algunos individuos de aquella plaza».

El gobernador, a poco de aquel desengaño, falleció...

El primer Espinosa, que fué el primer *cesarista*, perdió la vida en la horca.

El último Espinosa, i último *cesarista*, dió, en consecuencia, la suya con mayor lentitud, que es mayor dolor, porque en tales casos, el nudo corredizo de la soga liberta mas a prisa de congojas al ánimo apenado.

*
* *

Como un incidente casi moderno de esa larga epopeya de las selvas, recordaremos aquí que en 1866. vivian todavía, en una esquina de la plaza de Valdivia, dos hijas del capitan Molina, que, por ancianas, llamaban los vecinos las *mayoras*, i aun creemos que una de ellas, ahijada de bautismo del jeneral Mackenna cuando era gobernador de Osorno, vive todavía nonajenaria, i es heredera directa i lejítima del rico mayorazgo de «Lo Herrera,» en la planicie de Maipo, i el cual, muerta ella i su actual poseedor, el demente don Miguel *Pacífico* Herrera, pasará a una rama de España con su renta de treinta i tantos mil patacones. Lástima que una de aquellas *mayoras* no hubiese dejado un *mayorazgo!*

*
* *

I así terminó, provocando una incredulidad jeneral, pero dejando todavía algunos vestijios de duda en los empecinados, la quinta o sesta tentativa hecha por el lado de Chile para descubrir los famosos Césares, que solo en Roma habian existido, cual lo atestiguan todavía las grandiosas ruinas de su grandioso alcázar:—«El palacio de los Césares».

***

Nos queda todavía por referir una última tentativa destinada a revivir la fábula de la Patagonia i de las lagunas, la cual, aunque peregrina, es breve, porque no llegó a ponerse en ejecucion, i pasamos a referirla.

***

Fué autor de aquel postrer apuro para dar vida a una aventura que ya no tenia razon de existir sino como novela, un viejo marino español llamado don Manuel José de Orejuela, quien habia contado en el mar tantas aventuras como en tierra. Habia sido negrero i habia hecho cierta fortuna en Africa i en Buenos Aires con este maldecido tráfico. Habia sido negociante de algun fuste en Chile, donde tenia un hermano licenciado, i habia hecho una ruidosa quiebra en 1752. Habia sido armador, i perdido i ganado buques en Valdivia, en el Callao, en Guayaquil, en Panamá, en las costas de Méjico

i en sus dos mares, así como en Cádiz, la Coruña i todos los puertos de España que traficaban con las Indias. Por último, despues de 59 años de penalidades i trabajos, sazonados con quince o veinte viajes a Europa por el Cabo de Hornos, en los galeones de rejistro, habíase hecho *cesarista*, como hoi se habria enrolado probablemente entre los inspirados sectarios de Allan Cardec. Era el último acto de la comedia que formaba el dramático tejido de su vida larga i trabajada (1).

*
* *

Encontrábase Orejuela ya mui anciano, achacoso i pobre, pero no desalentado, en la corte de Madrid, i allí con el aguijon de la miseria, que es el que mas enseña a discurrir, comenzó a machacar, a fuerza de memoriales, al popular ministro de ultramar don José de Galvez, a la sazon en todo el auje de su merecido prestijio. Ya era sobre el comercio de negros, ya sobre la navegacion del cabotaje en el Pacífico, ya sobre los abusos de los gobernadores de Valparaiso, que obligaban a los capitanes a comprarles hasta la leña de su rancho, que ellos mandaban cortar a las quebradas; ya era, en fin, el des-

(1) Sacamos todos estos datos biográficos de aquel curioso personaje de un libro manuscrito que nos obsequió en Lima 1860 un bondadoso anciano llamado don José Santos Figueroa i en el cual están contenidos todos los memoriales i ardides del capitan Orejuela.

cubrimiento de los Césares el tema de sus memoriales, que por cierto no aliviarian la dijestion del laborioso ministro de Cárlos III.

*
* *

Mas, para hacer posible i hasta llana i aceptable su porfía, ocurrió el viejo Orejuela a un artificio injenioso i verdaderamente maquiavélico, que al fin mas sabe el diablo por viejo que por diablo, i «mas discurre un hambriento que cien letrados».

Como Pedro de Oviedo habia filiado los Césares al naufrajio de Sebastian de Arguello, i como el capitan Pinuer trazó su oríjen hasta los pobladores del antiguo Osorno, así, encontrándose la España, nuestra amada patria, en continuas guerras con la Inglaterra, que habia sido su eterna madrastra desde la «Gran Armada» empeñóse, el capitan Orejuela en hacer creer al ministro Galvez i a todo el mundo que aquellas ciudades encantadas que nadie habia podido descubrir, no eran ni de náufragos, ni de españoles, ni de viracochas, ni siquiera eran Césares, sino... ingleses.

El ardid no podia ser mejor urdido, i aunque los datos que aducia Orejuela para justificarlo formaban tipo a fuerza de ser grotescos, bastaba que se tratara de ingleses para preocupar a la corona de Castilla.

La fábula de los Césares entraba en su tercero i último período,—en el del ridículo.

El primero habia sido lo maravilloso, en una edad de prodijios.

El segundo fué el período del absurdo, en una edad de ignorancia.

El tercero era simplemente el entremés de los necios i de los pillos, en una edad de hambruna.

*
* *

Entre otras puerilidades citaba, en efecto, Orejuela, que navegando por el año de 1774, el navío español el *Toscano* en viaje del Callao a Europa, encontró mui cerca de la costa occidental de la Patagonia un ballenero ingles, con el cual hizo el capitan español el canje de un barril de aguardiente por otro de aceite de ballena. Esto era llano. Pero aquella proximidad a la costa en las dereceras del sitio en que se suponia estaban ubicadas las ciudades de los Césares ¿no era una prueba evidente de que estos Césares eran ingleses i que sus compatriotas andaban a las vueltas para ponerse al habla con ellos i tomarse por un golpe de mano a Valdivia i a Chiloé?

*
* *

Hé aquí otro dato de induccion todavía mas estrafalario:—Viniendo de Europa en el *Amable Ma-*

ría, navío español de rejistro, cierto prior de San Juan de Dios, divisó desde cubierta, a la altura del *Estrecho de Lemaire*, esto es, en plena *Tierra del Fuego*, un hombre vestido con capa azul i acompañado de una mujer i un perro. «Pudo ser engaño—dice testualmente en uno de sus memoriales el capitan Orejuela, de aquella vision de los polos;—*pero no lo fué ni pudo negarse que era realmente ingles*» (1). Así se lo aseguró tambien, ademas del prior, el piloto de aquella nave, don Gavino de San Pedro, náutico famoso.

*
* *

Agregaba todavía el malicioso impostor como motivo de fundadas sospechas sobre los planes de los ingleses (a los que suele llamar tambien *bostonense*) los repetidos viajes del capitan *Cohó* (Cook) i su ocupacion reciente de *Otageti* (Otahiti). ¡Qué tales orejas las del capitan Orejuela!

Por fin, así como los indios puelches llaman *viracochas* a los indios Césares, así acostumbraban lla-

(1) Manuscrito citado de Figueroa. La suposicion de Orejuela no tenia siquiera el mérito de la orijinalidad, porque ciento i cincuenta años ántes el padre Ovalles habia dicho que los Césares eran *holandeses*, a la sazon en guerra con España. «Si no es, dice el buen jesuita, que vengan de alguna otra de Olandeses que haya *padecido* por aquel paraje la misma fortuna i el color blanco i rubio de esta jente i hablar una lengua que ninguno de los que fueron a este descubrimiento la pudo entender, parece que hace probable esto segundo, i puede ser tambien que sea lo *uno i lo otro*,» es decir, que los Césares fuesen españoles u holandeses (OVALLE, *Historia*. cap. V, páj. 71).

mar *moro-huincas* a los pobladores de las ciudades de las lagunas. ¿Podia hacerse una demostracion mas palmaria de que aquellos *moros* eran los ingleses, eternamente herejes i dignos de eterno fuego?

*
* *

Tal era la argumentacion con la cual cada dia majaba la paciencia del ministro de ultramar el viejo i majadero lobo del Pacífico, hasta que despues de seis años de brega, le envió el rei mui recomendado a Chile i al virei del Perú, don Teodoro de Croix, para que se organizase pronto, por cuenta del real erario, una décima espedicion, i se confiara a la direccion i pujanza de aquel novedoso octojenario. Orejuela seria el segundo pero solo nominalmente del coronel Espinosa, gobernador de Valdivia i en realidad el «último de los Césares».

*
* *

Con este fin, trasladóse a Santiago el infatigable capitan de mar, por el mes de agosto de 1781, i encontrando que la pobreza del reino i la mala voluntad del presidente Benavides, enfermo de continuos cólicos, i que a mas no creia en los Césares, ocurriósele un proyecto para arbitrar recursos, que fué su ruina i la de sus intentos.

*
* *

Fué aquel arbitrio el de sellar moneda de cobre de ínfimo valor, para que con el producido de éste en plata i oro se costease los gastos de la espedicion.

No carecia en sí misma de cierta habilidad la idea, porque lo que en sustancia proponia el último de los Césares era vender algunos centenares de quintales de cobre en porciones infinitesimales, de modo que no lo sintieran los cautelosos chilenos. Pero en esto sacó mal su cuenta el futuro jefe de la espedicion de la Patagonia, i olvidóse de la huéspeda; porque al saber sus propósitos, se reunió, a son de campana, el gremio del comercio de Santiago, que vivia solo del oro en polvo como tipo de cambio, i levantó tal grito contra el proyecto del cobre amonedado cual no se habia oido otro igual en la plaza de Santiago desde que el contador don Gregorio Blanco habia propuesto, hacia pocos años, un nuevo plan de contribuciones. Los mercaderes santiaguinos habrian preferido ir en persona a descubrir los Césares, o declararse Césares ellos mismos, ántes que pasar por la ignominia i el perjuicio de aquella amonedacion escandalosa.—«Es cierto—decian en su informe que inédito tenemos a la vista, fecha 26 de setiembre de 1781, i que copiamos testualmente con su especial ortagrafía;—es cierto que, a la primera luz, tocado en su superficie o *en saminado* por las pueriles Matronas que gobiernan las cocinas o por los Niños a quienes les fasilitan sus propinas, tie-

ne el proyecto de Orejuela ciertos bisos de útil, conbeniente i adactable; pero visto a fondo por hombres de esperiencia i refleccion, luego que se le quita el primer dorado, descubre, como la píldora, su mal aspecto i el Beneno que envuelve contra el estado, contra el real herario, contra el comercio, contra todos los Basallos Pobres i Ricos, contra el Culto divino de estos Reinos, contra las relijiones, contra la agricultura i la subsistencia de estos dominios»..... (1).

¿Podian acumularse mayores improperios i mas desaforados desatinos contra una medida inocente,

(1) Libro de actas i acuerdos del Juzgado de Comercio de Santiago, sesion de 26 de setiembre de 1781, que orijinal tenemos a la vista. Entre otras firmas, este singular documento que consigna la sustancia de las ideas económicas de nuestros mayores, ostenta auténticas las siguientes:—José Perez García, el historiador i que probablemente fué su redactor, porque firma el primero; Antonio de la Lastra, padre del jeneral de este apellido; Miguel de la Cavareda, Celedonio de Villota, Salvador Trucios, Santos Izquierdo, Diego Francisco Valero, Francisco Bezanilla, Roque Francisco de Huici, Pedro Fernandez Palazuelos, Domingo Diaz Muñoz, i muchos otros que han dejado larga sucesion en Chile, i todo lo cual pasó «ante mi Justo Vores del Trigo, escribano público i de comercio».

El historiador Carvallo (vol. II, páj. 425) dice que la cantidad que se proponia amonedar Orejuela era medio millon de pesos (dos millones dice Perez García) i vender el cobre amonedado como si fuera plata, lo que nos parece un enorme desatino del cronista Valdiviano, como otros tantos que comete a cada paso, i agrega que la junta de comerciantes concluyó informando que «aquella moneda seria imajinaria i en ese caso lo mismo tenia acuñar suela que cobre».

Es notable el hecho de que ninguno de los historiadores de Chile que corren impresos den la menor cuenta de los Césares, con escepcion de Carvallo; pero aun éste se contenta con prometer su historia en un tercer tomo que nunca escribió. «En la segunda parte de la obra hablaré de estos colonos,» es todo lo que dice en la nota 135 de su crónica. Por esto podrá juzgar el lector del valor histórico de los hechos que hoi sacamos a luz.

que sin ningun grito se puso por obra, medio siglo mas tarde, en beneficio de todos?

Demas de esto, despues de aquella hidrofóbica filípica entraban los irritados negociantes i banqueros de Santiago, que vivian con sus frascos i talegas de oro en polvo debajo de la almohada, en diversas consideraciones contra aquel «abominable» i «ardo» (por arduo) invento i lo declaraban ante todas cosas, herético, «porque el primer deber de un buen gobierno--decian testualmente—es mantener puras tanto su moneda como la relijion».

*
* *

Con esto solo estaba irremisiblemente perdido el capitan Orejuela i frustrada su espedicion. Por otra parte, habia ya fallecido el entusiasta coronel Espinosa, gobernador de Valdivia; el presidente Benavides seguia padeciendo su mal de cólico, que al fin le dió sepultura al pié del altar mayor de la Catedral; i por último, la edad de las cruzadas habia concluido para siempre en Chile, ni nadie queria aventurar un maravedí en beneficio de la profanada Jerusalen de la Patagonia. Desde que se trató de sellar cobre i se afirmó que los Césares eran «gringos» se acabó en esta tierra de pan llevar el cesarismo patagónico para comenzarlo en verdad mas tarde en la forma que rije todavía.

*
* *

Uno de los primeros en volver la espalda a la acariciada ilusion de tantos siglos fué precisamente cierto caballero de Valdivia que habia escrito, segun confesion propia, no ménos de cuatrocientas fojas de los autos de prueba de los Césares, en tiempo del coronel Espinosa, i cuyo retumbante nombre se escribia i deletreaba como sigue: «don Pedro de Viavro Martinez de Bernavé, infanzon de sangre».

Para probar la falsedad de las pruebas que habia recojido, escribió el infanzon otros tantos centenares de pájinas que existen inéditas (i así se quedarán probablemente) en la Biblioteca Nacional con el título de la *Verdad en campaña.*—«Vidaurre contra Vidaurre.»

El juicioso i erudito cosmógrafo del Perú, tan a menudo citado por Humboldt, don Cosme Bueno, i que a la sazon publicaba en Lima su interesante i exacta *Descripcion de la provincia i obispado de Concepcion*, se empeñaba tambien en desvanecer los últimos vestijios de aquella tradicion, que habia dejado de ser rara i novelesca para ser solo insensata.—«Lo que acabamos de decir—escribia, en efecto, el cosmógrafo mayor del Perú, a propósito de la total despoblacion de Osorno cuando la rebelion jeneral de 1600—falsifica, o a lo ménos, debilita la noticia que se remitió de Valdivia el año de 1774, de hallarse una ciudad de españoles descendientes de los de Osorno, situada en un península dentro de la la-

guna, en las cabeceras de Rio Bueno, que es el que pasaba por Osorno, en donde, dice, se recojieron sus vecinos, i cuya descendencia, multiplicada con el tiempo, permanece allí voluntariamente incógnita. Todo lo cual parece fabricado sobre la fabulosa historia de las *Batuecas*.

«De estas historias de ciudades incógnitas, ha habido muchas en el Perú, añade el cuerdo cronista. Un vecino de Cochabamba, por tradiciones vulgares, solicitó el título de gobernador del *Gran Paytiti*, suponiendo que en lo interior de la Montaña, habia una gran ciudad con este nombre i otros pueblos que gozaban sumas riquezas; pero que sus habitadores cuidaban sumamente de sustraerse a la noticia de los españoles. I aunque consumió crecido caudal en las entradas que hizo por aquellos incultos i despoblados paises, sin encontrar poblacion ni riqueza, nunca confesó el desengaño. Despues de sus dias ha habido pretendientes a este título, pues aun el año de 1750, existia uno, el cual es tan imajinario como lo es el Gran Paytiti, i la ciudad de españoles descendientes de los de Osorno, de que habla la relacion venida de Valdivia,» esto es, la relacion del capitan Pinuer.

***

I ¡cosa estraña! El último en negarse a la evidencia de aquel caso, fué el funcionario que por su

alta posicion, estaba llamado a hácer serena luz sobre los mas graves negocios del estado:—el fiscal público.

Desempeñaba este encumbrado puesto de la colonia un caballero español que ha dejado larga projenie en Chile, pero que de seguro escribió mas volúmenes de *vistas* que nietos i biznietos honran hoi dia su memoria.—Llamábase el Dr. Perez de Uriondo, hombre de talento, de mucha lucidez i de una formidable facundia para escribir cosas de su oficio. El Dr. Uriondo fué el «Tostado» de Chile, en papel sellado.

*
* *

Ha publicado íntegramente el anticuario Angelis aquella «*vista*» del doctor Perez de Uriondo, como fiscal de la Real Audiencia, en el negocio de los Césares, i quien quiera meter la mano en un amasijo forense capaz de llenar cien bateas, puede consultarlo fácilmente en el tomo primero de aquella interesante coleccion, en la cual mide cincuenta enormes párrafos i ocupa veinte i siete pájinas en folio.

Todo el juego i la lójica del alucinado doctor para llegar a la conclusion de que los Césares existian i debia confiarse su descubrimiento al capitan Orejuela, consistia en tomar a lo serio los embrollos de los indios, recojidos por Pinuer, i de aquí era que

de los nueve cuerpos de autos que se echó el fiscal al cuerpo, sacó un pan como una flor (1).

*
* *

Lo que mas vivamente despertaba los apetitos visionarios del oidor fiscal, entre las infinitas patrañas, maravillas i embustes de los indios, cada uno de los cuales analiza con esquisito saboreo de credulidad, eran las declaraciones de una india de Nahuelguapi, que afirmaba habia sido bautizada en la ciudad de los Césares por un fraile «vestido con hábito de franciscano,» i la confesion en artículo de muerte, de cierto indio viejo que habia hecho una muerte en Calle-Calle i se habia fugado a los Césares, como Pedro de Oviedo se fugó de los Césares por otra muerte. I así la crónica maravillosa de aquellos séres invisibles quedó suspendida ante la eternidad, como el cuerpo de la *Quintrala* en las puertas del infierno, entre dos puñaladas...

*
* *

Sospechamos, sin embargo, que el doctor Uriondo dejó escondida en su pecho de fiscal la razon mas poderosa que le impulsaba en el camino de la credulidad. El habia visto patente en una serie de rea-

(1) Este singular documento de falsa visual en una *vista*, tiene la fecha de Santiago, 31 de julio de 1782.

les órdenes de diversos años, i especialmente en las que autorizan la espedicion del coronel Espinosa en 1774 (diciembre 2), 1775 (agosto 10) i 1778 (julio 18 i diciembre 29), la voluntad firme del rei, para que al fin se solucionara definitivamente aquel antiguo i mortificante misterio, i naturalmente como fiscal del rei, sentíase inclinado, «salvo el mejor parecer de la Real Audiencia,» a seguir el rumbo de su augusto soberano, amo i señor.

***

De todas suertes, es un hecho que los Césares gozaron, como realidad histórica i como ficcion novelesca, mucha mayor i mas duradera boga en la corte de España, sin duda por la lejanía i el reflejo especial de las cosas del Nuevo Mundo, que en los paises de éste, a lo que se agregaba que los reyes españoles consideraban como un caso de conciencia el rescatar aquellas ciudades cristianas de su prolongado i triste cautiverio. Por esto, las espediciones a los Césares revestian cierto carácter místico que las hacia gratas al vulgo i a la corte: fueron aquellas las *cruzadas* de la América española, i hubo en ellas el hecho curioso i comprobado de que el último que dejó de creer en los Césares de Chile, fué Cárlos III, el hijo de los Césares de España.

***

No pensaron, sin embargo, como el fiscal Perez de Uriondo, ni el anciano presidente de Chile don Ambrosio Benavides, que sentia un terror pánico por el alzamiento de los indios, sobresaltados con aquellas continuas entradas a su tierra, ni el respetable virei del Perú don Teodoro Croix, caballero de grandes merecimientos. En consecuencia, i aunque el obstinado Orejuela obtuvo todavía no solo una sino dos reales cédulas más en que le nombraban caudillo de la conquista de los Césares, aquel alto funcionario no creyó conveniente darles curso, i el anciano capitan de mar permutó, a la postre de sus ajitados dias, las aventuras de descubridor, por via de amigable acomodo, con la de capitan reformado en el ejército de Chile, en cuyo destino probablemente falleció (1).

***

Tal es la relacion apresurada, pero fiel, fruto de apurada labor, de una de las leyendas históricas de la América española que con mayor intensidad i por mas largo tiempo, ha preocupado los espíritus

(1) *Memoria* del virei don Teodoro de Croix, páj. 181. Las últimas reales cédulas en favor de Orejuela i de los Césares tenian las fechas del 12 de julio de 1782 i 31 de mayo de 1783.

Por otra real cédula del 30 de mayo de 1784 se aprobó la resolucion del presidente Benavides, por la que quedaba anulada la espedicion i satisfecho con su destino de capitan de plaza el anciano Orejuela, i esta última es la postrera fecha en que hemos visto al gobierno español ocuparse de esta singular i prolongada aventura.

de sus pobladores i de sus gobiernos en esta parte del Nuevo Mundo, como en España, donde su tradicion se mantenia con mayor vivacidad rodeada de los mil encantos del misterio i la distancia.

Argumento apropiado para un drama de palpitante emocion, mas que tema de laboriosa historia, su relacion tal cual ha sido condensada en estas pocas pájinas, ofrecerá al ménos al lector americano la ventaja de un sucinto compendio en que están perfilados sus caractéres históricos mas salientes, i la mayor parte si no todas las referencias conocidas, muchas de ellas inéditas, que completan el cuadro de su accion puesta en ejercicio por reyes i aventureros, por mujeres i por héroes, durante cerca de tres siglos (1).

*
* *

Los Césares de Chile fueron dados a conocer del

(1) Efectivamente de las cuatro grandes fuentes de que hemos sacado los materiales históricos de esta relacion, solo una—los documentos de Angelis—corren en moldes de imprenta, de esta manera:

La primera época de los Césares está basada en mucha parte sobre la relacion de Rosales, inédita todavía.

La segunda, relativa a las operaciones de Pinuer i del gobernador Espinosa, ha sido sacada de los documentos de Angelis, *Memoria* de los vireyes del Perú, etc.

La tercera estriba esclusivamente en los papeles inéditos del jeneral Mackenna, en los documentos obsequiados por don José Santos Figueroa en Lima, i en las actas del Juzgado de Comercio de Santiago en el siglo pasado, los cuales se mantendrán probablemente inéditos por muchos años.

Las demas fuentes que justifican esta relacion, están anotadas en el lugar respectivo para la consulta de los estudiosos.

mundo por el mandato espreso de los Césares de España: i Césares por Césares, nosotros estamos al fin por los de Chile, porque éstos fueron al ménos héroes de poética leyenda, i los otros, figurones amasados de vulgar arcilla.

Santiago, setiembre de 1877.

LA CONJURACION

DE

PEDRO SANCHO DE LA HOZ.

A Abdon Cifuentes.

LA CONJURACION

DE PEDRO SANCHO DE LA HOZ.

SU PROCESO I SU MUERTE.

(Episodio de 1547).

Empeñados en sacar a luz por el sistema de vulgarizacion tan en merecida boga hoi dia, aquellos hechos, mudanzas, errores, memorias de hombres i de caractéres, cuyo conocimiento cabal no llegaria jamas al pueblo sin el auxilio de aquella, i cuyo conjunto, fácil de reconstituir por trozos, compone el cuerpo de la verdadera historia nacional, que no existe todavía, damos por hoi la preferencia del relato a un lance tan desconocido como doloroso de nuestra vida política pasada, i que tal vez podria parangonarse con acontecimientos que han dejado indeleble i abultada memoria en nuestros anales.

*
* *

Tres han sido, en efecto, los gobernantes de Chile que han sucumbido por la espada en el desempeño de sus altos puestos; i de la enseñanza que envuelve su fin, fuera obra del acaso, fuera consecuencia de inevitable expiacion, preciso es que las jeneraciones saquen, del dolor o del castigo, el fruto lícito que en todo los acontecimientos del mundo deja la verdad,—pedestal de todo bien i de toda grandeza entre los hombres.

Aquellos caudillos de la nacion chilena sacrificados en el auje de su poderío i en la altura de encumbradas posiciones, han sido durante tres siglos:

Pedro de Valdivia (1553).

Martin García Oñez de Loyola (1598).

Diego Portales (1837).

No tomamos entre éstos en cuenta, por hallarse caido del poder, al ilustre José Miguel Carrera, caudillo i pretendiente de nuestra revolucion, que expió su gloria i su ambicion en el cadalso de Mendoza el 4 de setiembre de 1821, i asignamos diverso puesto a un soldado oscuro, pero que fué tambien caudillo i pretendiente en los anales de la vida colonial, tan borrascosa como la de la emancipacion en sus principios.

* * *

Referímosnos en este último a Pedro Sancho de la Hoz, el compañero oficial i co-partícipe de Pedro

de Valdivia en la conquista de Chile, con título de señor i jefe, otorgado por el rei. I ya que en diversas ocasiones hemos dado cuenta de aquellas catástrofes (con escepcion de la de Loyola, que en breve echaremos a la prensa), proponémosnos hoi narrar, en vista de documentos tan desconocidos como preciosos, aquel lance fatal, mencionado hasta aquí como de paso por algun cronista antiguo, habiendo alguno de éstos, como Pedro de Sarmiento, que juzga su castigo una leyenda, al paso que el erudito Rosales, contradiciendo al último, se contenta con decir que el delito i el suplicio fueron positivos, pero sin entrar por esto en el mas mínimo detalle (1).

---

(1) El cronista del Perú Pedro Sarmiento, tan citado por Prescott en su historia, dice que Pedro Sancho de la Hoz murió *de repente*. «Pero es lo mas cierto—agrega Rosales—que puso en ejecucion su intento, i por esto se vió dentro de pocos dias su cabeza clavada en una escarpia.»

Para reseñar rápidamente la vida i castigo de Pedro Sancho de la Hoz, tenemos a la vista dos procesos copiados en el Archivo de Indias. El primero tiene por título: *Informacion por Francisco de Villagran con motivo del alzamiento intentado por Pero Sancho i Juan Romero, por el cual fueron ámbos condenados a muerte.—Santiago de Chile, diciembre 8 de 1547*.—El título del segundo es el siguiente: *Informacion secreta hecha por el licenciado Gasca sobre el estado de las provincias de Chile cuando salió de ellas Pedro de Valdivia.*

Conservamos el primero de estos documentos en un volúmen que tiene por carátula *Los dos Villagras,* i consta de 85 pájinas de letra bastante metida, i el segundo en el volúmen que lleva por título *Pedro de Valdivia,* i tiene una estension tres veces mas considerable, o sea 104 pájinas.

El sumario levantado por Villagra, i que tenemos motivos para creer fué hecho *a posteriori,* es sumamente interesante, i como tal, ha sido publicado en 1874 por nuestro infatigable amigo Diego Barros Arana, en un libro modesto, pero que contiene mas datos importantes sobre la conquista que todos los antiguos cronistas reunidos. Este libro poco conocido i verdaderamente precioso, se titula: *Proceso de Pedro Valdivia i otros documentos inéditos,* i en él se encuentra íntegramente insertada la

*
* *

Vamos, por tanto, nosotros a contar el desastroso fin de aquel caballero español que estuvo cerca de ser el verdadero conquistador de Chile i su primer gobernador político i feudatario por nombramiento de España. Pedro de Valdivia lo habia tenido solo de sus soldados en Chile, i por delegacion, de Francisco Pizarro, en el Perú.

*
* *

Junto con Francisco Pizarro i bajo sus banderas, habia penetrado en el Perú un aventurero castellano llamado Pedro Sancho de la Hoz, i que es de suponer era castelllano, natural de Toledo. Enriquecido con su parte de botin en el *rescate de Atahualpa* en Cajamarca, i con el saco del *templo del*

---

informacion de Villagra (desde la páj. 295 a la 315), despues de haberla cotejado cuidadosamente el señor Barros Arana con la copia que nosotros poseemos, segun lo declara en una de sus notas.

La *Informacion secreta* de La Gasca es completamente desconocida, i no la encontramos mencionada en ningun escritor, incluso Barros Arana, que es cuanto se puede decir para hablar de un tesoro bibliográfico americano. Por esto preferimos guiarnos por esta última relacion, puesto que la otra es ya conocida, ayudándonos en esta última en los incidentes mas indispensables, especialmente en los diálogos, pues éstos no constan de la séria, circunspecta i reservada informacion levantada por el presidente La Gasca en persona. En todo caso, de una i otra haremos las citas correspondientes.

Debemos advertir que la *Informacion secreta* que nosotros conservamos inédita, es mui distinta de la que levantó La Gasca en el *Proceso de Valdivia*, publicado íntegro por el señor Barros Arana, i versa sobre puntos mui diversos de aquella.

Sol en el Cuzco, habia regresado a España para llevar la vida de gran señor en su ciudad natal o de su adopcion. Gracias a sus ducados, que pasaban de cincuenta mil (pingüe fortuna hoi de doscientos mil pesos), compró con facilidad una vara de rejidor en Toledo, i casóse allí con una dama cuyo solo nombre revela sus altisonantes campanillas de posicion i alcurnia. Llamábase doña Aguianor de Aragon.

* * *

Pero pronto el fausto, los banquetes, la buena compañía i el boato dieron cuenta de los ducados de Atahualpa, i el arruinado caballero volvió otra vez sus ojos al Perú. Habia dejado aquí una encomienda de indios en manos de un tal Villacastin, o algo parecido, porque las copias sobre el particular no son del todo claras.

* * *

El rejidor de Toledo—corte orgullosa de Cárlos V a la sazon—el conquistador del Perú, i sobre todo, el esposo de doña Aguianor de Aragon, no podia, a pesar de todo, dar vuelta a las Indias como un simple pechero o un aventurero desbaratado. Puso por esto su pensamiento, su vara de edil, i acaso el influjo i belleza de la esposa, en alcanzar la gracia de una cédula de conquista, que como no

era sino un permiso de descubrir tierras, otorgóle el monarca sin gran esfuerzo. Tanto mas leve debió ser éste, cuanto que la porcion del orbe que cupo en suerte al conquistador toledano, fué nada ménos que la *Tierra del Fuego*, porque sus títulos rezaban: «mas allá del Estrecho de Magallanes». De suerte que si no era la barata concesion de M. de Pertuiset en 1873, era la de M. de Tounens, mas barata todavía, en la Patagonia, la que diera a la Hoz su soberano (1).

*
* *

Armado con aquel papel, que llevaba, empero, estampados muchos sellos reales i la fraseolojía pomposa de los reyes castellanos, que para conceder el permiso de santiguarse comenzaban con el *Yo el Rei*, i seguia una pájina entera de reinos i de

(1) Ni el infatigable investigador Barros Arana, ni Gay, ni ninguno de los rebuscadores del Archivo de Indias, han encontrado huellas de la provision de Pedro Sancho de la Hoz para descubrir en Chile. Pero felizmente el presidente La Gasca, que vió una copia de esa provision, enviada de Chile por los enemigos de Valdivia i que aquel cuidó de remitir a España, establece claramente la cuestion, i la zanja. «I vino un traslado—dice La Gasca en su carta al rei del 26 de agosto de 1548, que ha publicado el señor Barros Arana—signado de la provision que tuvo Pedro Sancho para descubrir *de la otra parte del Estrecho de Magallanes* i *las islas* de aquella comarca, la cual va con ésta.»

¿Puede haber algo de mas claro para la jeografía i para la historia? Así lo comprendian muchos de los testigos que declararon en la investigacion secreta, ya citada, que contra Valdivia hizo La Gasca en 1548; i uno de ellos, el capitan Gregorio de Castañeda, precisa el caso diciendo que el título de Sancho de la Hoz comprendia un territorio situado «*quinientas leguas* mas allá del de Valdivia,» es decir, la *Tierra del Fuego* e islas adyacentes.

imperios, llegó Pedro Sancho de la Hoz al Cuzco por el mes de diciembre de 1539, cuando Pedro de Valdivia hacia sus últimos aprestos para marchar a la conquista de Chile bajo la proteccion de su jefe i amigo Francisco Pizarro, allí presente.

Tenia ya el conquistador de Chile lista su valerosa cuadrilla de ciento sesenta caballeros, la mayor parte estremeños como él, cuando presentóse Sancho de la Hoz ofreciendo pomposamente duplicar con dinero, con buques i soldados la espedicion proyectada, la cual tenia, ademas de sus sonoros títulos de conquistador, la atinjencia de que su futuro gobierno colindaria con el de Valdivia. Holgóse éste de la propuesta por evitarse riñas, i porque «no tenia blanca,» segun la injenua espresion de uno de sus camaradas i amigos de intimidad (1).

*
* *

Regresó, en consecuencia, la Hoz a Lima para alistar los buques ofrecidos, i Valdivia emprendió su marcha hácia el despoblado de Atacama. Tenia esto lugar en enero de 1540.

*
* *

(1) Declaracion de Bernardino de Mella en la informacion secreta de La Gasca. Pizarro no habia contribuido a la espedicion de su segundo o maestre de campo sino con su permiso. Todo lo demas lo habia hecho Valdivia a fuerza de audacia, de sagacidad, de prestijio i, sobre todo, de deudas, porque era «buen pagador».

Pedro de Valdivia era un gran soldado, el mas eminente soldado tal vez de la América española, por su injenio i dotes militares, despues de Hernan Cortés, i llevó su espedicion con órden admirable hasta el punto de la cita, que era el pueblo indio de Atacama, en la cabecera boreal del desierto a que aquel lugarejo ha dado mas tarde entero nombre.

* * *

Pero su colega Pedro Sancho de la Hoz no era sino un atolondrado i presuntuoso aspirante, incapaz de recuperar su perdida fortuna por otro camino que el del ardid envuelto en su famosa provision real de descubridor del polo. Nadie hizo caso de sus títulos en Lima, i no consiguió una sola vela, un solo soldado, un mal arcabuz.

En consecuencia, i cuando en el corazon del invierno de 1540 atravesaba ya el desierto a lentas i desiguales jornadas Pedro de Valdivia, despachando su hueste en pequeñas partidas por el horrible i fríjido despoblado, presentóse en su campo su impávido compañero sin mas atavío que su montura i cuatro aventureros de su estampa, entre los cuales la historia ha conservado solo un nombre, para inflijirle, en el momento oportuno, la afrenta debida a sus perfidias i traiciones: llamábase el último Antonio de Ulloa, i era hidalgo de cuna, mas no de alma.

*
* *

Todos los deponentes en el proceso de Santiago i en el de Lima, esto es, en el de Villagra i en el de La Gasca, están contestes en que Sancho de la Hoz i Antonio de Ulloa traian el propósito secreto, aconsejado por su desesperada situacion, de asesinar a Valdivia, amotinar su ejército, i haciendo valer la firma de Cárlos V, apellidarse los conquistadores lejítimos de Chile.

En prosecucion de esta loca mira, lo primero que pusieron en obra al desmontarse de sus caballos en Atacama, fué dirijirse a medianoche al toldo donde dormia Valdivia de ordinario, i apuñalearlo.

*
* *

Pero el hado, que guiaba al conquistador de nuestro suelo con luz de ventura, propicióse a salvarlo, en esa ocasion, porque aquella noche habia pasado Valdivia adelante, a cierta providencia de víveres para su jente, comprometida ya por cuadrillas en el atravieso del desierto. En lugar de su émulo, encontró Sancho de la Hoz en su lecho una mujer jóven i hermosa que descansaba de las fatigosas marchas. Esa mujer era la famosa doña Ines de Suarez, que casi todos los cronistas nos han pintado como una heroína de la Biblia i algunos como una santa, siendo que en realidad no fué sino la arro-

gante querida del conquistador de Chile, su dama adulterina, pero a la vez mujer de levantado pecho para amar, para hacer el bien i para pelear ceñida la coraza al seno juvenil i la espada desnuda i carnicera en el nervudo brazo de heroína.

*
* *

Descubierta por entero, o mas bien, sospechando de cierta aquella cobarde alevosía, Pedro de Valdivia, con esa magnanimidad de alma que fué, despues de su jenio de caudillo, la mas relevante de sus prendas morales, perdonó a los ofensores i llegó hasta hacer de Antonio de Ulloa su confidente íntimo, i de Sancho de la Hoz su protejido. Varios testigos hábiles declararon bajo juramento ante el severo La Gasca, que desde su asiento en el Mapocho, Valdivia habia sido bondadoso i olvidadizo con su rival, al punto de haber quitado a otro de sus capitanes una buena encomienda de indios para dársela en propiedad a aquel (1).

(1) El capitan Bernardino de Mella declara que Valdivia quitó sus indios a Diego de Céspedes (mortal enemigo por esto de Valdivia) i a don Francisco Ponce de Leon, para darlos a su rival, i esto mismo confirman varios testigos, agregando que lo trató bien, hasta que comenzó a inquietarse con sus diplomas i a tratar a Valdivia como a un usurpador. Valdivia, en su defensa en el proceso que le formó La Gasca, afirma que el intento de asesinato en su persona por Sancho de la Hoz i Ulloa en Atacama, fué cierto, «pero le perdoné i solté—dice de el último el gobernador—i queriendo enviar al dicho Pero Sancho al Perú, *se echó a mis piés*, rogándome lo llevase conmigo, porque estaba adebdado i le habian soltado de la cárcel de la ciudad para ir a la jornada, i si allá volvia, mo-

*
* *

Mas el jenio inquieto del caballero toledano i su monomanía de la provision real, no hicieron de larga duracion aquellos favores tan sagaces como jenerosos. El pensamiento constante de su reciente opulencia, la memoria de la grandeza súbita pero ya caida de su esposa, i sobre todo, aquella firma real con cuya posesion habia llegado rebosando de orgullo al Nuevo Mundo, hombreándose con los Pizarros, los Bernalcázar i los Alvarados, no le permitian reposarse en su oscura encomienda del Mapocho. Verdad era, ademas, que Valdivia le habia desposeido de aquellas provisiones reales, haciendo de ellas *dejacion*, como se decia entónces en Atacama, por un documento público ya conocido de la historia (1).

*
* *

Pero el empecinado castellano habia logrado es-

---

riria en ella por debdas que debia.» (*Proceso de Valdivia*—Barros Arana, páj. 49).

En todo esto hai evidente exajeracion, pero no se atenúa la conocida magnanimidad de Valdivia.

(1) Gay publica esta pieza en el primer volúmen de los *Documentos* de su historia.

En la carta que escribió Valdivia a Hernando Pizarro desde la Serena, a 4 de setiembre de 1545, i que el señor Barros Arana encontró entre los papeles de La Gasca en España:—«Vuesa merced, dice Valdivia al hermano de su protector, bien lo conoce; i Pero Sancho, por no poder cumplir conmigo, se apartó del concierto *voluntariamente*».

conder un traslado o minuta, o algo que para él valia un reino, i que llevaba por esto siempre escondido dentro de su pecho, entre la cota i la camisa.

I de esta suerte, a poco de haber llegado a Santiago, comenzó a desvergonzarse, ora en secreto, ora en corrillos, contra el gobernador de Chile, a quien llamaba usurpador de su derecho. Súpolo Valdivia, que era avisado, i estando a su confesion propia, hízole poner preso en varias ocasiones, quitóle sus indios i redújolo, al fin de los años, a la condicion de un verdadero paria.

Siete años despues de la fundacion de Santiago, el que pretendia ser su señor por delegacion de Cárlos V, vivia como desterrado, i tan pobre, que vestia como los indios, en un lugar que los papeles del Archivo de Indias denominan la *Madera de Flores*, a cinco leguas españolas de la capital. No podia ser este sitio sino el actual San Francisco del Monte o sus inmediaciones, por la distancia que se fija i porque Bartolomé Flores, que diera su nombre a aquel lugar, habíase casado con la famosa cacica doña Elvira de Talagante, dueño de lo que hoi forma la mitad del departamento de la Victoria i la mitad del de Melipilla i lo mejor de ámbos.

*
* *

En lo mas hondo de esta adversidad, que debia avivar el punzante recuerdo de la grandeza cortesana que acababa de pasar, sobrevinieron de impro-

viso acontecimientos estraordinarios que abrieron delante de los ojos del desterrado una vislumbre de esperanza que se apagaria, empero, en una hora bajo la cuchilla del verdugo.

*
* *

Una mañana—la del 1.° de diciembre de 1547—habíase presentado en la rada de Valparaiso, en un barco traido de lijera i como prófugo, el mas noble i el mas leal de cuantos amigos tuvo don Pedro de Valdivia en las Indias,—el almirante Juan Bautista Pastene. Aquel le esperaba en la playa, porque de la Serena habia recibido, por tierra, el aviso de su viaje i de las increibles novedades que ocurrian en el Perú, i que el marino traia, con viaje fatigoso de ocho meses, con el solo objeto de ponerlas a su alcance.

Gonzalo Pizarro, alzado contra el emperador; el virei del Perú Blasco Nuñez Vela, vencido i asesinado en el campo de Añaquito; todas las colonias españolas sometidas a rigorosos enganches para reclutar soldados de socorro contra el usurpador; i por último, el presidente La Gasca, un grande hombre encubierto con el manteo de humilde clérigo, desembarcado en Túmbes i marchando al encuentro de los rebeldes, repartidos entre Arequipa i el Cuzco: tal era el sumario de aquellas catástrofes.

Todo esto habia acontecido en el espacio de

veintidos meses en que los pobladores de Chile no habian recibido ni por el vuelo de los pájaros, la mas imperceptible señal de lo que pasaba en el resto del globo.

*
* *

Con esa prontitud de resolucion, que es por lo comun la señal mas franca i mas tanjible del verdadero jenio, Pedro de Valdivia formó su composicion de lugar, i sin revelar su secreto sino a su sagaz i dilijente secretario de cartas Juan de Cárdenas, escribano mayor de la conquista, se puso en demanda de marcharse al Perú en auxilio de La Gasca, llevando consigo en el buque de Pastene, un puñado de valientes capitanes i una gruesa suma de oro para su ostenta i valimiento.

Cómo hizo todo esto el gobernador de Chile en una semana; cómo atrajo i engañó a los mercaderes para arrancarles su dinero, que era un pequeño millon en esa época (80,000 pesos de oro); cómo dejó provisto el gobierno de la colonia en don Francisco de Villagra, i cómo, por fin, logró entrar en el buque con sus compañeros, dejando en la playa a los verdaderos pasajeros, será materia de otro de estos cuadros, en que referiremos todo lo pasado bajo una nueva luz, ignorada hasta aquí por los historiadores (1).

(1) Véase sobre estos particulares el estudio publicado en el *Mercurio*

Por áhora basta saber que el 6 de diciembre de 1547, (dia mártes), Valdivia estaba a bordo del *Santiago* el buque de Pastene; que en esa misma mañana despachó con cartas i provisiones a su secretario Cárdenas a Santiago, i que los engañados i despojados negociantes i viajeros regresaron ese dia i el siguiente a la márjen del Mapocho, encendidos en la mas desatada cólera contra el gobernador de Chile, a quien acusaban públicamente de prófugo, de alzado i de ladron.

Los despojados de Valparaiso pasaban de veinte vecinos, i algunos, como el cura de la recien fundada parroquia (hoi catedral), eran víctimas del despojo de una verdadera fortuna en el inicuo si bien mas tarde justificado botin. Valdivia tomó a Rodrigo Gonzalez, primer obispo de Santiago, ocho mil pesos de oro, o sea veinte i cinco mil pesos de la moneda de plata de la época, que, por la diferencia de tiempos i de valores, equivalia al cuatro tantos de hoi. Por esto los 80,000 pesos de oro eran, en realidad, 960,000 pesos de nuestra actual moneda.

Volvamos ahora a las orillas del mar, hácia la ciudad mas quisquillosa en materia de doblones que existe i ha existido en la redondez de la codiciosa cristiandad.

* * *

de Valparaiso del 26 de diciembre de 1876 con el título de *El viaje al Perú de don Pedro de Valdivia.*

No habia sido tan honda la infelicidad del émulo encubierto de Pedro de Valdivia, que faltara entre las rudas almas de los conquistadores una al ménos que latiera a la par de su ambicion i sus ensueños. Fué ésta la de un mozo de pocos años llamado Juan Romero, de quien dice un cronista contemporáneo, que era «soldado belicoso». Parece, sin embargo, que su humilde ejercicio de colono consistia en cuidar la casa solitaria del hidalgo desterrado en Talagante i en adiestrar halcones para vivir de su pasatiempo i de su presa.

Bajo su cota de soldado, ocultaba Juan Romero una alma crédula, ardiente i jenerosa, como en breve hemos de ver. Pero su atolondramiento i poco seso era igual a su abnegacion, fruto tal vez lo primero de sus pocos años, como lo depone un testigo, o del esceso de afecto que profesaba a su amigo i protector.

*
* *

Ello es cierto que apénas circuló en la ciudad—aldea de ranchos pajizos todavía—la nueva de la fuga aparente de Valdivia i de su alzamiento con los caudales del rei i del vecindario, creyó el aturdido cazador que era llegado el momento preciso de soltar sus halcones, i envió a llamar con algun indio o mensajero a Sancho de la Hoz, a la *Madera de Flores*.

Tenia esto lugar mui entrada ya la noche del

mártes 6 de diciembre, en cuya mañana habíase embarcado Valdivia, o, mas probablemente, en la madrugada del 7. Era asombrosa la rapidez de los movimientos de los conquistadores, no obstante la soledad de los caminos, la carencia de caballos, el peso de sus armas, lo rudo de las cuestas i senderos. Por esto la noticia del estraño suceso de Valparaiso pudo llegar a Santiago ántes que hubiesen trascurrido veinte i cuatro horas.

*
* *

La indignacion del pueblo, despues del asombro, era profunda. Los que no maldecian a Valdivia, le censuraban con mal disimulada ira i menosprecio.

Formábanse corrillos de los despojados en la plaza pública, i habíase hasta tratado entre los mas ardientes, de armar una cuadrilla volante de treinta caballeros para correr al puerto, dar barreno al buque i obligar al prófugo gobernador a quedarse i a restituir los tesoros que encubria. Esta banda de rescate iba a tener por jefes a dos soldados llamados Martin Valencia i Juan Benitez, que figuraban entre los mas exaltados por el despojo (1).

*
* *

(1) *Proceso* publicado por el señor Barros Arana.

Otros habian abordado con franqueza a Juan Romero, i sabedores de su entusiasta apego al desterrado Sancho de la Hoz, preguntábanle por el paradero de su amigo i señor, cuyos títulos a la gobernacion ahora recordaban como una retaliacion contra el que les habia burlado i desposeido. De este número habia sido un Andres de Escobar, un Antonio de Tarabajano, simple soldado entónces rejidor de Santiago i capitan treinta años mas tarde (1567), i especialmente un rudo pero impetuoso aventurero llamado Francisco Gudiel, hermano sin duda del que sucumbió mas tarde peleando heróicamente al lado de Valdivia, i que vivia bajo el techo de uno de los personajes de mas cuenta en la colonia. Éralo este último el alcalde don Rodrigo de Araya, segundo, por su solo título, del gobernador del reino. Araya habia censurado con franqueza la conducta de su jefe i amigo, diciendo en la intimidad a su huésped Gudiel:—«Este hombre se ha ido i deja perdida la tierra».

***

Contó esta esclamacion Gudiel a Romero en la plaza de la ciudad, en la noche del 7 de diciembre de 1547, precisamente en la hora en que el cabildo, convocado a prisa, recibia por lugarteniente de Valdivia a Francisco de Villagra, que regresaba a galope del puerto para resumir el mando. I el iluso

mozo dió una importancia capital a aquellas espresiones del alcalde encargado de la justicia, porque imajinábase que, irritado el último, como en realidad se hallaba, contra Valdivia por sus procedimientos, no podria vacilar en prestar el apoyo de su vara a las antiguas reclamaciones de Sancho de la Hoz, que ahora, a su sentir, con la ausencia de Valdivia, recobraban toda su fuerza. Acentuábalo en esta creencia su interlocutor Gudiel, en su conferencia de la plaza, cuando precisamente un indiecito de la casa o solar de Sancho de la Hoz vino a interrumpirles anunciando a Romero que su amigo habia llegado....

* *

Corrió el ájil cazador a abrazar a su huésped i, de golpe, contóle lo que pasaba, diciéndole que «todos estaban como ascuas,» que la jente «bramaba por las calles» contra el gobernador alzado, i sobre todo, que la justicia se mostraba bien dispuesta a su favor, estando al dicho atribuido por Gudiel al alcalde Rodrigo de Araya.

Sin mas que esto, juzgóse ya al asendereado Sancho de la Hoz,—señor venturoso de la tierra—i aquella noche, si bien fué la última, contóla por la mas dichosa de su vida. Despues de siete años de persecuciones i miserias, iba a levantarse otra vez a su esplendor antiguo de la corte i la conquista.

Doña Aguianor de Aragon volveria a ser bella, rica, gran dama de la corte de Toledo!

***

Bajo estas impresiones de éxito seguro, mui de madrugada en la mañana del 8 de diciembre, dia festivo por ser de la Concepcion, fuése Romero a casa del alcalde, i con el pretesto de rogarle interpusiese su influjo con el nuevo gobernador para que levantase el destierro de Sancho de la Hoz, púsose a sondear su ánimo respecto de una tentativa inmediata de restauracion. Rodrigo de Araya, que era hombre circunspecto, trabajador i pacífico (como que fué el primer molinero de Santiago, al pié del Santa Lucía), se limitó a prometerle que en la hora de la misa, haria presente esa mañana su solicitud al mariscal Villagra, no sin serle de alguna molestia i embarazo por el cargo de justicia que ejercia. El alcalde agregó en esa coyuntura, i solo como testimonio jeneral de su conducta, que siempre que se le presentase constancia de la voluntad de su rei, él no solo se someteria a su mandato sino que lo haria cumplir.

Tomó pié de esto, otra vez i con mayor fervor, el atolondrado emisario de Sancho de la Hoz, para creer que tenian ya asegurado con el rei i el alcalde el éxito de su intento, i fuése gozoso a la parroquia a *ver* la misa, como, con mas propiedad que hoi, decian entónces.

*
* *

Entre los caballeros que concurrian con inquebrantable devocion a aquel acto relijioso i que rodeaban al gobernador a la salida de la misa, paseó Romero inquietas miradas i señaló especialmente, para sus fines de trastorno, a un hidalgo de mucho respeto como soldado i caballero, llamado Hernan Rodriguez de Monroy, primo hermano del capitan favorito de Valdivia, aquel Alonso de Monroy que fué su segundo en la conquista i que hacia poco habia fallecido en Lima de una recia enfermedad que le postró en tres dias. Hernan Rodriguez, por motivos que ignoramos, pero que seguramente eran de falta de equidad supuesta o verdadera en los repartimientos de indios, estaba quejoso de Valdivia, pero no al punto de ser su enemigo declarado i ménos su agresor.

Mas, como se supiera en el pueblo la frialdad de entrámbos, osó Romero acecharlo a la salida del templo para hablarle con resolucion de su acalorada empresa.

*
* *

Para este efecto acercósele a saludarlo en la esquina que hoi forman, al entrar en la plaza, las calles de la Catedral i del Puente, i allí cambiaron ámbos el siguiente diálogo, que por peculiar, copiamos íntegro:

—Señor, dijo Romero a Rodriguez de Monroy, a fin de sacarlo de los corrillos i hablarle aparte; señor, un mochacho vuestro me ha tomado unos cascabeles de un halcon.

—Señor, contestóle el interpelado, segun lo que él mismo confesó en el juicio, i sin apartarse un ápice del formalismo español en cuanto al tratamiento:—mi mochacho nunca va a caza ni sale de casa; ¿por qué lo decis?

—Mire vuestra merced, replicó Romero viéndolo ya aparte, que otra cosa le quiero decir.

—¿I qué es lo que me quereis decir? respondió el caballero al soldado.

—Quiero, díjole Romero, que agora ques tiempo mostreis vuestro valor i quién sois.

—¿I por qué me decis esto, señor? tornó a preguntar Monroy.

—Porque es venido Pero Sancho, señor......

—¿I de dónde es venido? era ido fuera de aquí?

—Sí; ha llegado de la Madera de Flores, donde estaba desterrado.

—Pues ¿qué quereis de mí?

Romero abordó entónces de lleno el negocio que encubria, i prosiguió su plática en las palabras que siguen, i que copiamos testualmente de la declaracion en juicio de Rodriguez de Monroy:—«Señor, díjole aquel, mire vuestra merced que es caballero i bueno, i los caballeros han de servir al rei; i Pero Sancho está aquí, que es gobernador del rei i capi-

tan jeneral, i hálo de ser por mano de vuestra merced que favoreciéndole, porque agora es tiempo, porque andan todos por las calles bramando i pidiendo justicia a Dios». E que entónces este testigo dijo: «Pues, señor, ¿qué quereis que haga yo a eso? Decisme esto por tentarme? O qué quereis de mí? Porque yo, señor, hágoos saber que no estoi agraviado en nada, ni tengo ninguna queja» (1).

*
* *

I a esto agrega el conquistador un palabra que parecerá estraña a los que todavía creen, como un misterio de fe, que la casa o palacio de Pedro de Valdivia yacia allende el Santa Lucía, en sus solitarios afueras i entre dos brazos del rio. I fué aquella la de que, por cortar tan intempestivo i compromitente diálogo, el caballero Monroy alejóse del sitio que ocupaba, a pocos pasos de la parroquia de adobones que es hoi nuestra suntuosa Catedral, «*i se fué* (son sus palabras testuales) *hácia las casas del señor gobernador Pedro de Valdivia*, por apartarse del dicho Romero».

*
* *

Pero el mensajero de Sancho de la Hoz no des-

(1) Proceso publicado por el señor Barros Arana, páj. 310.—Los diálogos están copiados al pié de la letra, sin mas alteracion que cortar las preguntas de las respuestas.

mayó en su afan por la frialdad del capitan, que acaso era solo un disfraz, i de allí mismo fuése otra vez a la casa del alcalde Araya a preguntarle si habia cumplido con su peticion para con el gobernador, recientemente designado respecto del proscripto de la *Madera de Flores*.

*
* *

Por la disposicion de las calles i moradas a que se refiere esta segunda trajedia civil de nuestra his-toria (porque la primera de «Solier i Pastrana» habia tenido lugar hacia ya seis años), parece que Hernan Rodriguez habitaba en la calle que es hoi del Estado i en uno de los cuatro solares que hacen ángulo con la de Huérfanos; al paso que el alcalde Rodrigo de Araya tenia su casa en la de la Nevería, porque dice un dato antiguo del primer libro becerro del cabildo, que este magnate ocupaba un solar «frente al corral del consejo,» es decir, dando vista a uno de los patios de la Municipalidad.

A su turno, Francisco de Villagra, que nunca fué vecino estable de Santiago, solia hospedarse en la casa del alcalde Juan Dávalos Jufré, que en esta ocasion habia partido al Perú con Valdivia, i cuya construccion «de altos» fué la primera en su época. Ocupaba ésta el centro del paño oriental de la plaza, i a su costado meridional yacia el solar de Francisco de Aguirre, probablemente en el sitio en que se

edificó mas tarde la casa solariega de los Ruiz Tagles, a la entrada de la calle que iba a las casas de Rodrigo de Quiroga, que es hoi de la Merced, erijida despues en el solar de aquel.

Estos detalles, que solo estudios minuciosos pueden precisar, convienen a este relato de las escenas de la vida de un pueblo que era solo un pobre agrupamiento de techos de totora, en cuyo seno acontecian ya hechos dignos de perdurable memoria.

Santiago no pasaba de ser en esos años del siglo XVI, una aldea como la de Casa Blanca, pues a principios del pasado siglo, seria apénas como es hoi Rancagua o San Fernando.

***

De camino para la casa del alcalde Araya, i haciéndose Romero encontradizo otra vez con Rodriguez de Monroy «en la calle real,» trabaron de nuevo conversacion los tres personajes mencionados, i hé aquí la sustancia de su grave charla:—«Estaba en la puerta de mi casa—dice el caballero Rodriguez de Monroy en su declaracion jurada ante el gobernador Villagra—cuando ví venir al dicho Romero la calle real abajo i al alcalde Rodrigo de Araya; i llegados cabe este testigo, el dicho Romero dijo a este testigo:—«He hablado al señor alcalde». I que entónces este testigo dijo al alcalde: —«¿Qué ha dicho a vuestra merced Romero?» A lo

que el dicho alcalde dijo:—«Háme dicho el señor Romero que si he hablado al señor Francisco de Villagran que dé licencia a Pero Sancho para que pueda andar por el pueblo». I que este testigo (Monroy) dijo al dicho alcalde ¿qué le parecia a vuestra merced? I que el dicho alcalde dijo:—«No sé nada: esta vara traigo por el rei, i aquí en su servicio andamos; yo criado soi del gobernador Pedro de Valdivia; si Pero Sancho quiere algo, pida su justicia». I que entónces este testigo dijo al dicho alcalde:—«Señor, vállase vuestra merced a comer queya es tarde». I así se fué; i que el dicho Juan Romero se quedó con este testigo i le dijo:—«Mira, señor, que todo el pueblo tiene confianza en vos, i si vos en esto os meteis, todo el pueblo os ha de seguir, porque todos por esas calles no me dicen sino que ¿por qué no hace esto Pero Sancho?» I que este testigo dijo: «Señor Romero, mirad lo que haceis i que os reporteis i mirad lo que haceis que os costará la vida, que Francisco de Villagran tiene a todos cuantos buenos hai en este pueblo por amigos, i vos os engañais que no hallareis hombre que os acuda contra Francisco de Villagran; i mirad, señor, que Pero Sancho de Hoz no tiene poderes ni abtoridad para hacerse señor; i que lo que está pacífico no revuelva».

I con esto el hidalgo, importunado aquel dia por el cazador, i que parecia estar con mas que regular apetito, puso fin a la plática diciéndole:—«I vues-

tra merced se vaya con Dios que es ya mui tarde, no ménos que para comer».

* * *

Por la fidelidad histórica i por el sabor antiguo e injenuo que tienen estas revelaciones de un suceso casero i del todo desconocido hasta hace poco, no podemos ménos de reproducir aquí testualmente la confesion del alcalde Araya, que corrobora la relacion anterior i le limpia de todo reato de complicidad, al paso que acentúa un tanto la proteccion encubierta que Hernan Rodriguez de Monroy, solicitado por bravo, mas no por leal, prestaba ya a esas horas (las doce del dia) al turbulento empeño de Romero.—«A hora de la misa i viniendo este testigo—dijo Rodrigo de Araya aquel propio dia en el sumario abierto por el gobernador Villagra para descubrir los cómplices de Sancho de la Hoz i de Romero;—viniendo este testigo de casa de Martin Dominguez, *en la calle real* (hoi del Estado), salió el dicho Juan Romero a este testigo i le dijo:—«Señor ¿háme hecho merced de hablar al señor theniente?»

—«I que este testigo le dijo:—«Hélo olvidado; yò le hablaré agora».

—«I que viniéndole hablando la calle abajo, llegados a la esquina de Hernan Rodriguez de Monroy, estaba allí el dicho Monroy, i que dijo este

testigo:—«¿Qué le pide Romero? ¿Pide algun pájaro?»

«I que este testigo le dijo:—«No pide pájaro sino que viéneme a decir que le diga al señor theniente que dé licencia a Pero Sancho que venga a su casa i a ver misa; i que el dicho Monroy dijo:—«Vuestra merced lo hará bien.» I que este testigo dijo:

—«Por cierto, señor, eso yo lo haré aunque me paresce feo, porque yo soi alcalde por S. M. i criado del gobernador mi señor, i por esta cabsa no queria entender en ello».

«I que este testigo se iba i los dejaba juntos a los dichos Hernan Rodriguez i Juan Romero, i que el dicho Hernan Rodriguez dijo:—«Señor, venga vuestra merced acá, espere.

«A lo cual este testigo dijo:—«¿Qué manda vuestra merced?

—«En esto que le quieren decir, poco aventura vuestra merced, que lo que dice de no querer hablar al señor theniente (Villagra) en lo que toca a Pero Sancho por ser alcalde i criado del señor gobernador Pedro de Valdivia, poco le hace al caso que Pero Sancho, segun dice Romero, no quiere venir al pueblo para intentar alguna bellaquería como quizá vuestra merced piensa. ¿Vuestra merced sabe que tiene Pero Sancho algunas provisiones del rei?»

—«I que este testigo le dijo: «Helo oido decir, mas no sé si las tiene o sinó.»

—«I que este testigo (el alcalde Araya) dijo contra el dicho Juan Romero:—«Mira Romero, por qué via me preguntais esto, sino pensais trayendo allí a Pero Sancho intentar alguna bellaqueria o hacella. Yo soi alcalde de S. M., i si en alguna tacañería andais, son mui delicadas i sois mancebo de poco saber para andar en ellas, i costaros ha la vida a vos i Pero Sancho, i quizas a mas de otros cuatro.»

—«I quel dicho Juan Romero dijo:—Vuestra merced es justicia del rei i hará lo que conviene al rei.»

—«I que este testigo le dijo: «Bien lo podeis creer que lo haga. Donde yo viese provisiones de mi rei, yo las favoreceré i obedeceré en todo cuanto pudiere; i mirad como andais i con quien hablais i comunicais.»

«I que luego dijo el dicho Hernan Rodriguez: —«No os puede mas decir el dicho señor alcalde, que él os dirá si lo entendeis, que vuestro padre no os dirá mas porque él dice que a su rei ha de favorecer.»

—«I que este testigo dijo: «Así lo tercio a decir; i dijo:—Quedad con Dios.»

*
* *

La última declaracion del justiciero alcalde, comentada por Rodriguez de Monroy con tan buena disposicion, en obsequio de las pretensiones de la Hoz contra el gobernador malquisto i fujitivo, fué para Romero una prenda de gran valía, i corrió a casa de su jefe i confidente, que no debia hospedarse en un barrio apartado por lo que vemos trajinar a Romero la calle real hácia arriba i hácia abajo.

El alucinamiento del desgraciado pretendiente no fué ménos vivo ni ménos rápido que el de su único secuaz; i así, en la hora en que tantos se desperezan hoi para almorzar en las calorosas mañañas de diciembre, i miéntras comian, a mediodía en punto, los pacíficos conquistadores, Sancho de la Hoz cojia la pluma i escribia su propia sentencia de muerte en la siguiente carta que, sin mas antecedentes i garantías que las que ya hemos mencionado, envió temerariamente a Rodriguez de Monroy con el importuno Romero. Este curioso documento—jenuina espresion de la conquista i de sus hombres—decia testualmente como sigue:

*
* *

«Magnífico señor:

«Porque semejantes negocios se han de confiar i encomendar a personas servidoras de S. M., caballeros como vuestra merced lo es i hijosdalgos, que procuren el servicio de su rei, me he atrevido a po-

ner en manos de vuestra merced asi la persona como el caso, pues es de tal calidad que no conviene que otro le tome entre manos sino vuestra merced, porque siete años a que no hallo de quien me fiar en cuanto a este caso porque vuestra merced ya sabe lo que sobre ello podia decir.

«Juan Romero me ha dicho lo que vuestra merced ha dicho a Araya en lo que toca a mis provisiones, que vuestra merced quiere ver. Las que yo tengo al presente i he podido escapar, son las que ahí lleva Juan Romero, las cuales me dejaron como cosa de que pensaron que no me podia aprovechar, que las demas todas me las tomaron en la primer prision; i las del marqués don Francisco Pizarro, por quien yo soi theniente, i una facultad del rei que el dicho marqués tenia para enviar a poblar esta tierra por virtud de la cual me envió a mí.

«Yo fuí desposeido por fuerza; mis poderes están en su fuerza, aunque se me tomaron, porque emanaban del rei. Los demas que mandan i han mandado son sin facultades; i el poder del marqués, aunque es muerto, es válido hasta que S. M. provea.

«Por estas i por otras muchas cosas que hai que decir i vuestra merced sabe, estará vuestra merced advertido que si debajo de la mano de Pedro de Valdivia está esta tierra, S. M. no puede ser avisado de su huida, ni en la tierra puede haber mas justicia de la que hasta aquí, i que por desventura nuestra i por obra del diablo, podia volver poderoso

i ejecutar su destruccion si no se diese aviso a la tierra del Perú i a S. M. I lo principal es que en la tierra haya justicia i sirva al rei por el cual i por su hacienda real somos obligados a morir; i yo me ofrezco a ello por su real servicio como su vasallo i criado, cada i cuando vuestra merced diga: «agora es tiempo;» en el cual hable vuestra merced a todos esos caballeros i les diga quel tiempo sin dar lugar a escándalos es éste; que no le dejen pasar porque si pasa noche en medio no puede haber efeto.

«No tengo ni quiero otras armas para ofender ni defenderme sino es las armas del rei, que es una vara de dos palmos, i esos sellos, por la abtoridad i voluntad de vuestrad merced i de los que en este caso se quieran mostrar leales vasallos del rei.

Besa las manos de vuestra merced (1)

PERO SANCHO DE HOZ.»

***

Por el contexto mismo de este documento capital en la conjuracion de Pedro Sancho de la Hoz, se deja ver cuán tenue era la trama de su ambiciosa empresa i cuán loca fué la última, porque apénas parecia conocer a aquel «magnífico señor» en cuya

(1) Está fielmente copiada sobre la que publica el señor Barros Arana, con escepcion de los puntos seguidos, que ponemos como apartes para mayor claridad del texto.

mano ponia su causa por una carta a la lijera, no mediando entre ámbos sino un recado incierto de emisario.

Aquella carta—fruto a todas luces de una imajinacion aturdida, porque tiene hasta frases de verdaderos desvaríos, como la de la *vara de dos palmos* con que se haria dueño del reino—precipitó la trajedia buscada i urdida con tan febril solicitud desde la víspera, por el cazador de halcones. Refiere el mismo personaje a quien fué escrita i entregada, a poco de haber hecho su tan deseada comida, que le pesó grandemente haber dado lugar a tal manifestacion, pues ese papel era sobrado testimonio en esos años para cortar a un hombre i a muchos la cabeza.

*
* *

Parece que la hora de las visitas de amistad entre los conquistadores, era la que mediaba entre la comida i la siesta, porque en aquel dia de Purísima, apénas rezó sobre el parco postre su cuotidiana *Ave María* el capitan Rodriguez de Monroy, fuése a visitar a aquel mismo caballero Martin Dominguez, de cuya casa venia, poco hacia en la mañana, el alcalde Araya. I cuando cumplidó este deber con un amigo enfermo, regresaba a su casa hácia las dos o las tres de la tarde, encontró en el záguan de ella con la fatal misiva al incansable Romero.--«Pésame, señor, díjole por esto, cuando le vió i con enfa-

do, porque entrais en mi casa porque os tienen por sospechoso; si algo me quisiérades decir hablárades en la plaza i no entrárades acá, que me ha pesado en el alma.»

I que entónces Romero dijo:—«Mire vuestra merced que le va en esto mucha honra e interes en ver esto que aquí traigo que son los poderes de Pero Sancho.» I que este testigo los tomó en la mano i dijo:—«Para ver esto es menester ocho dias.»

I que entónces Romero dijo:—«Pues vea vuestra merced esta carta.»

I que este testigo la tomó e la leyó; i que acabada de leer le dijo el dicho Juan Romero:—«Deme vuestra merced la carta.» I que este testigo dijo:—«No que yo la guardaré.»—I quel dicho Romero dijo:—«Pues quémela vuestra merced» (1).

(1) No abona la injenuidad i llaneza de esta declaracion, la que Romero hizo en su calabozo ántes de salir a la horca al dia siguiente, porque refiriendo su tercera i última entrevista con Rodriguez de Monroy el 8 de diciembre, el reo en capilla se espresó de esta suerte en el documento que pasa por su confesion:—«Apénas acabó de comer este que declara (dice la sumaria) el dicho Pero Sancho le dió una carta mesiva escrita de su mano i firmada del dicho Pero Sancho para el dicho Hernan Rodriguez de Monroy i que se la llevasse e diesse juntamente con unas provisiones que éste que declara sacó del seno e las dió al dicho señor teniente el cual las recibió aquí donde éste que depone le fué tomada esta su confision; e quel dicho Hernan Rodriguez estaba en su casa e le metió adentro en secreto, e le dió la carta mesiva e papeles de provisiones i quel dicho Hernan Rodriguez abrió la carta mesiva, e la leyó, e asi mismo las provisiones; i leidas dijo: «estas no son sino para lo que poblasse i descubriesse Pero Sancho;» i que éste que declara le dijo: «Señor, las que traia el marqués Pizarro, el gobernador Pedro de Valdivia se las tomó cuando le prendió» i que el dicho Hernan Rodriguez dijo: «aquí no hai mas que hacer sino que yo le hablaré a las personas que en esto han de hablar i no es menester mas de ponello en efecto».

*
* *

No procedia ya el capitan Rodriguez de Monroy ni como franco i noble hidalgo, amparando con su espada una causa sin fortuna, ni ménos como amigo para con un caballero a quien sus desventuras traian desesperado, porque en lugar de devolver la carta al fiel emisario o arrojarla al fuego cual cumplia a su secreto i conforme a su justo ruego, llevóla para sincerarse al gobernador i la puso con indigna cautela en sus manos.

I ¡estraño suceso, si bien digno de advertencia! Aquel hidalgo que entregaba de esa manera suspicaz i cobarde la cabeza de un soldado que habia puesto en su brazo su confianza i su fortuna, moriria poco mas tarde en el cadalso, víctima a su vez de un apresurado proceso, fraguado, mas que por la justicia, por las pasiones que ajitaron cada uno de los dias de la conquista i de sus hombres (1).

*
* *

Pricipitóse desde este momento, a pasos vertijinosos la trajedia del 8 de diciembre, que ha sido siempre para Chile un dia nefasto.

(1) Hernan Rodriguez de Monroy fué ajusticiado en Potosí por Alonso de Alvarado, por haber tomado parte en la rebelion de don Sebastian de Castilla, en 1553, es decir, en el mismo año en que Pedro de Valdivia, a quien tan mal queria, era inmolado por los araucanos en Tucapel.

Era Villagra un hombre de buen natural, pero de índole arrebatada i fogosa, a la que daba alas i calor su complexion sanguínea, hallándose por aquel tiempo en la plenitud de su vigor, pues apénas habia vivido cuarenta años. De suerte que apénas tuvo asegurada aquella prenda de la delincuencia insensata del mas antiguo i constante conspirador del reino, resolvióse a poner término al negocio de la manera que, a la sazon, era mas usual entre los conquistadores, esto es, por la cuchilla del verdugo.

Parece, sin embargo, que su primer arranque fué dejar el suceso en manos de Valdivia, a quien suponia todavía en la rada de Valparaiso, porque haciendo ensillar de lijero su caballo a un capitan llamado Agamenon Velez, alférez jeneral del reino, le ordenó fuese a todo escape a poner en noticia del gobernador la nueva de aquella inesperada conspiracion, cuyas proporciones, en el primer momento, no era fácil conjeturar.

***

No nos proponemos entrar aquí en una serie de detalles mas o ménos dramáticos, confusos i contradictorios, en que aparecen inculpándose recíprocamente de cierta instantánea participacion en el complot de Sancho de la Hoz, algunos de los caballeros principales de la ciudad, tales como Alonso

de Escobar, Martin de Valencia, Juan Benitez, Rodrigo de Araya, Francisco Gudiel i especialmente el clérigo Juan Lobo i el capitan Rodrigo de Monroy, los cuales se presentan alternativamente como consentidores indecisos en el primer momento, i en seguida como denunciadores de un caso desesperado.

Resulta como lo mas cierto, que Rodriguez de Monroy, siendo el mas poderoso de los descontentos i el mas irritado personalmente contra Valdivia, alentó un momento la idea de entrar en la conjuracion, pero que no hallando secuaces a la mano, consultóse con el padre Lobo, i ámbos, de comun acuerdo, resolvieron entregar al gobernador sustituto la prueba irrecusable del criminal e insano intento del confiado Sancho de la Hoz.

***

Era todo esto cosa comun i casi llana en el revuelto vivir de la América española, poblada en aquella coyuntura, como California en sus primeros años, de los caractéres turbulentos i de peor catadura de todo el universo: «como de ordinario se ve en esta tierra de las Indias (dice Góngora Marmolejo, con su simpático enfado de soldado regañon, tratando un caso semejante ocurrido en Valdivia a la postre del gobierno de Villagra) meter a

hombres principales en peleazas i pasiones, i despues que los ven metidos en ellas, los dejan solos» (1).

*
* *

Es de presumir que el gobernador interino recientemente instalado en el poder, estuviese en su propia posada a la hora de la siesta, i que aquella fuese la de Juan Jofré, desahogada ahora durante su ausencia en el Perú. Pero lo que está fuera de duda, es que apénas tuvo la carta de Sancho de la Hoz en su poder, fuése el arrebatado lugarteniente de Valdivia a la casa contigua de Francisco de Aguirre,—el mas fiel i a la vez el mas valeroso de los caballeros de la conquista en nuestro suelo. De él es quien dice el ponderativo padre Ovalle, que en una batalla contra los indios jugó la lanza con tal brio, que, concluido el combate, no pudo soltarla de la mano hasta que le aserraron el asta junto al puño....

*
* *

Suplicó Villagra a su compañero i amigo en ese

(1) Góngora Marmolejo, *Historia de Chile*, páj. 116. Parece que el primer denunciante fué el clérigo Lobo, quien reveló la conjuracion a Villagra sin nombrar persona, conforme a su ministerio, i aunque el violento gobernador le ofreció de puñaladas si no descubria sus nombres:—«Sacerdote soi: allá os lo ave,» dijo el buen padre a Alonso de Escobar i a Rodriguez de Monroy cuando salia de hablar con el gobernador, i ellos entraban con la carta a mostrársela. Es este aquel valeroso padre Lobo de quien dice Góngora de Marmolejo que en la primera batalla de Santiago se entraba entre los indios lanza en mano, «como lobo entre ovejas».

lance, su implacable rival mas adelante, que fuera a traer a Sancho de la Hoz a su posada, lo que parece que ejecutó Aguirre inmediatamente, mas por maña que por fuerza, si bien se hizo acompañar de algunos caballeros por la incertidumbre del intento.

Serian las cuatro de la tarde cuando esto sucedia.

***

Apénas hubo llegado a la casa de Aguirre el desgraciado pretendiente, hombre, como se ha visto, de mucho mayor ánimo que cordura, interpelado con enojo por Villagra confesó de plano i con altivez que la carta era suya, al paso que a las preguntas apremiantes i reiteradas de aquel contestó que tenia cómplices porque él «no se cuidaba de vidas ajenas».

Hízole amarrar entónces el violento capitan con una soga, i metiéndole dentro de un aposento, le exijió otra vez por el nombre de sus parciales. Dió a esta insistencia una noble salida su víctima, porque únicamente le dijo a este propósito:—«Vuestra merced es caballero i haga conmigo como tal.»—I así, con esta levantada escusa, encubrió tal vez el reo su insanía en acometer un alzamiento sin mas secuaz seguro que un criado.

***

No pudiendo obtener Villagra por este camino una sola revelacion, hizo llamar a un negro, porque la prisa no dió lugar a que se presentase el ejecutor lejítimo, que era Ortun Xeres—primer verdugo de Santiago,—i con una espada hizo cortar allí mismo la cabeza al caballero que se creia lejítimo gobernador de Chile (1). Pidióle éste la vida con lástima pero sin indignidad, rogándole lo dejase en una isla desierta para llorar sus pecados. Mas la ira, en esta ocasion como en otras, llegó junto con el recelo a ser juez, i de aquella manera cruel, inusitada i bárbara le hizo perecer el representante de su émulo, sin dar lugar siquiera a que un sacerdote, de los cuatro que allí vivian, a pocos pasos i al lado de la parroquia, viniera a escuchar su último arrepentimiento: enormidad nunca vista entre los cristianos que descubrieron i poblaron el Nuevo Mundo!

*
* *

Todos los testigos imparciales que depusieron, en efecto, un año mas tarde, sobre este caso ante el

(1) Ortun Xeres, aunque verdugo, era vecino de Santiago en el sentido de las prerogativas que como tal tenia, i aun se le habia dado, como a todos los demas, una pequeña hacienda en el valle de Malga-Malga, i tal vez por hallarse ausente en su estancia este verdugo-hacendado no ocurrió al caso de la Hoz.

En cuanto a lo del negro que ejecutó al reo, era costumbre de los españoles emplear africanos en tales casos, i algunos eran mui diestros en el oficio. Gonzalo Pizarro procedió de esta manera en el campo de batalla de Añaquito, haciendo decapitar al virei Blasco Nuñez Vela por un negro, que ejecutó su comision improvisada de un solo mandoble.

presidente La Gasca en Lima, están de acuerdo en que no medió el espacio de mas de una hora entre la entrega de la carta de Sancho de la Hoz por Rodriguez de Monroy, i la exhibicion de la cabeza de aquel en la picota. El famoso capitan de la conquista Gregorio de Castañeda, que se encontró presente en el hecho, declara que entre la carta i la picota «no pasó una hora;» (1) i otro testigo de no ménos respetabilidad—el encomendero don Bernardino de Mella ya citado, amigo de Villagra i de Valdivia—agrega que sintiendo rumor de armas por la calle en la tarde del 8 de diciembre, dia juéves, salió a la plaza i vió que llevaban a Juan Romero preso a la cárcel pública, sita donde hoi se encuentra todavía, pasados ya tres siglos; i añade que viendo el cuerpo decapitado del infeliz pretendiente, dijo al gobernador estas palabras:

—«¿Qué es esto, señor Villagran? Qué ha fecho vuesa merced?—A lo cual replicóle el último, mostrándole la fatal carta de la víctima.—«Veis aquí este hombre como nos queria matar a todos i por evitar mas escándalos, le he cortado la cabeza» (2).

*
* *

(1) «Le parece a este deponente que todo esto pasó dentro de una hora».—(*Informacion secreta*).

(2) Palabras testuales de la *Informacion secreta* de La Gasca. Todos los testigos declaran al tenor de que apénas reconoció la carta Sancho de la Hoz, Villagra dijo:—«Córtenle la cabeza.»—Lo que mas vivamente habia impresionado al caballero Mella, era que Sancho de la Hoz hubiese sido ejecutado sin confesion.

Una crísis violenta, pero pasajera, ponderó por tanto el peligro, i de aquí la crueldad i la ocultacion del castigo. El gobernador habia hecho que su primo Pedro de Villagra guardase la casa de Aguirre con una partida de arcabuceros, miéntras hacia decapitar al reo, i él mismo i el famoso alcalde Juan Fernandez de Alderete desenvainaron las espadas, i poniéndose en el medio de la plaza, apellidaron a los suyos diciendo a voces, como era de costumbre en los casos de peligro de la patria:—*Aquí del rei!*

Permítasenos todavía agregar otro curioso testimonio, que no es el de un amigo o un parcial, sino el de un simple mercader que cuenta los casos que ha visto, con la manera llana de su llano ministerio. Es éste un comerciante llamado Guillermo de Rocha, que fué precisamente uno de los chasqueados que habian ido a embarcarse a Valparaiso, i a quienes Valdivia puso en tierra llevándoles su oro, sus vestidos i hasta sus camas.—«Dejando este deponiente—dice Rocha en su declaracion jurada ante el presidente La Gasca el 30 de octubre de 1548—al dicho Valdivia en la mar, volvió a la çibdad e una hora despues de haber llegado a ella entró una moça e dixo a este deponiente—Señor a Pero Sancho han preso porque se queria alçar con la çibdad. I luego vido en la plaza estaba el cuerpo del dicho Pero Sancho sin cabeça i la cabeça subian en la picota.

«E oyó decir en la manera de que abia sido fué que el Pero Sancho abia escripto una carta con un Juan Romero, huésped del dicho Pero Sancho a Hernan Rodriguez de Monrroy en que le escrebia, segun oyó decir este deponiente, que se aparexaren porque el dicho Pero Sancho queria salir a la plaza con dos palmos de vara y unas proviziones rreales: no sabe este deponiente que proviziones heran ni para que eran, y que el dicho Monrroy abia mostrado la carta a un clérigo que se llamaba Juan Lobo y que el dicho Juan Lobo abia dicho que hera clérigo i no podia sino manifestallo al teniente Villagran, i que asi habia ido a hablar al dicho Villagran el dicho Lobo e el dicho Lobo e el dicho Hernan Rodriguez y se habia llevado la carta no sabe este deponiente qual destos dos personas lo oyó i que luego lo mandó prender i le cortó la cabeza, que lo de la carta i lo demas se hizo en *ménos de hora i media*, al parecer deste deponiente.»

***

No nos detendremos nosotros a examinar jurídicamente el estraño i sumario proceso de Sancho de la Hoz, la celada o fuerza con que fué llamado, el aparejo de una ejecucion violenta i clandestina, la ausencia positiva de toda salvaguardia, de todo respeto, de todo trámite en el fallo de aquel hombre, culpable mas de insensatez que de complot contra

el rei, de quien se creia lejítimo representante, i cuyo candor habia llegado al punto de que, cuando lo prendieron, estaba labrando él mismo por sus manos «la vara de dos palmos» con que pretendia implantar aquella tarde su irrisoria autoridad.

Pero si no abordamos ese punto por odioso i por prolijo, parécenos acertado detenernos un momento a demostrar que el proceso formado a Sancho de la Hoz para justificar el asesinato jurídico de su persona, i que presidió su propio perpetrador, fué fraguado *a posteriori* por éste último, segun ántes insinuamos.

*
* *

No queremos por esto decir que el proceso fuese falso ni aun falsificado, sobre lo cual no abrigamos ni siquiera una sospecha, sino que como era habitual en esos tiempos de duro feudalismo, en que el derecho venia envuelto entre pañales, el sumario se arregló mas tarde, al siguiente dia tal vez, por el aguacil o el escribano, o ámbos, con ayuda directa del gobernador, para los casos de responsabilidad que, como las «muertes de hombres,» imponian las leyes españolas a los mandatarios.

*
* *

Tenemos como motivo para esta conjetura dos

órdenes de causas, las unas materiales i las otras puramente personales i de induccion histórica.

Son las últimas las deposiciones unánimes de los testigos de la *Informacion secreta* ante La Gasca, hoi conocidas por la primera vez i que dan fe de la violencia inaudita del caso, de su secreto, de su precipitacion inconcebible, porque el mas respetable de los esponentes presenciales del hecho, afirma que la materia principal del proceso, esto es, el denuncio, la captura i la ejecucion del delincuente, no requirió mas tiempo que el de *media hora.*

Omitióse, ademas, el trámite tan respetado por los españoles del auxilio relijioso de los moribundos, i esto estando a la vista de la parroquia i sus ministros, prueba de que el suplicio clandestino del reo fué mas un asesinato que una sentencia.

Quien mas larga duracion atribuyó a aquel drama, fué el que dijo, que, a su juicio, entre la entrega de la carta i la decapitacion pudo ocurrir el tiempo de *hora i media.* Es digno tambien de tomarse en cuenta que todo lo actuado en el proceso—ratificaciones, juramentos, etc.—aparece ante dos testigos únicamente, i uno de estos es siempre Pedro de Villagra, primo hermano del gobernador, interesado en poner a cubierto a todo trance la responsabilidad del último.

*
* *

Las pruebas materiales de confeccion posterior en la organizacion del proceso de Sancho de la Hoz, irreprochable bajo su aspecto material, son de mucha mas significativa entidad, porque en la copia que nosotros poseemos de aquel documento, fielmente trasladada por un intelijente oficial de pluma del Archivo de Indias, se contienen no ménos de 35 pájinas de letra menuda que se suponen escritas todas en la noche del 8 de diciembre, dia festivo. I esto, para los que tengan idea de la redaccion formalista de los curiales españoles, especialmente en las Indias, es empresa enteramente inverosímil. En la *Informacion secreta* de La Gasca, en que figuraron casi tantos testigos como en el proceso levantado en Santiago por Villagra (siete en ésta i diez en el otro), el licenciado, que era perito, tardó una semana.

Pero, aparte de esto, el proceso aparece hecho con una regularidad, método i tramitacion escrupulosos. Todos los testigos deponen en órden, en seguida se ratifican, i despues se provee al mandamiento respectivo, siendo digno de notarse que hasta por declarar un clérigo, se ha cuidado de hacer figurar el permiso previo de su prelado,—el cura vicario de la parroquia, Rodrigo Gonzalez.

Lo único que omitió el valiente capitan que tan esperto juez sumariante se muestra de repente, fué no *habilitar el feriado*, porque tal lo era i lo es todavía el de la Purísima Concepcion.

I ¿puede creerse que se hiciera todo esto en el tumulto de aquella azarosa noche del 8 de diciembre, cuya fecha invariable llevan todas las piezas del proceso, con escepcion de la sentencia de Romero a la pena de horca, que se ejecutó en la mañana del 9?

*
* *

Pero existe todavía un antecedente de no pequeña contradiccion como argumento contra la autenticidad del proceso del infeliz Pedro Sancho de la Hoz, i del cual no queremos, sin embargo, hacer uso por creerlo innecesario i porque nos conduciria a establecer, sin motivo, una duda mas en nuestra harto confusa cronolojía.

Nos referimos al caso de que en el primer *libro becerro* del cabildo de Santiago, aparece computado el hecho de que en la noche misma de la ejecucion de la Hoz, esto es, el 8 de diciembre de 1547, tuvo sesion el cabildo i en él se recibió del mando interino Francisco de Villagra. I ¿cómo si ocurrió—ademas de lo que llevamos dicho—esta circunstancia, pudo aquel estar presente a todos los procedimientos del sumario, como consta de la copia certificada que de él existe en el Archivo de Indias? (1)

(1) Temeroso de que en la publicacion de las actas del libro becerro del cabildo, hecha en el primer volúmen de los *Historiadores Chilenos* (Santiago, 1861), se hubiera cometido algun error al copiar la fecha del

Como lo hemos ya dicho, no hacemos uso de este dato para impugnar la autenticidad del proceso, i, por otra parte, no atacamos la veracidad de éste, sino su lejítima i honrada *actualidad.* Al contrario, nos parece cierto i comprobado todo lo que reza el caso, i hai acuerdo casi perfecto con las declaraciones posteriores en un año i contenidas en la *Informacion secreta* que del suceso se hizo en Lima. Parécenos únicamente que asustado Villagra o arrepentido de su temeridad i de su violencia, cohonestó ésta al dia siguiente i concurrió a coordinar el sumario i sus piezas en la forma en que lo hemos dado a conocer.

*
* *

Pero no serian aquellos pocos pliegos de papel, acomodados a los formularios de la época, los que

cabildo del 8 de diciembre de 1547, que se encuentra en la páj. 192 de aquella compilacion, la hemos cotejado con el orijinal que existe guardado en la caja de fierro de la Municipalidad, i hemos notado que efectivamente los jeroglíficos con que el libro está escrito, dicen *ocho* de diciembre (no en cifra sino en letra). Sin embargo, no seria de estrañar que fuese un error de fecha, porque es indudable que Villagra regresó de Valparaiso a Santiago el miércoles 7 i que estuvo en misa en la mañana del 8, i lo mas natural parece, por el apuro del caso, que se hubiese recibido del mando en la misma noche o dia de su llegada. A esto mismo aluden tambien algunos testigos del proceso.

El acta orijinal del 8 de diciembre está escrita con dos letras i con dos clases de tinta. La primera de la redaccion acostumbrada del secretario i escribano de cabildo Luis de Cartajena, i la otra de un pendolista de mejor letra, que ha asentado la provision por la cual Pedro de Valdivia nombraba gobernador interino a Villagra. Esto mismo se hacia jeneralmente respecto de los documentos de importancia insertos en los libros del cabildo.

podrian escusar a Francisco de Villagra ante la posteridad, de su atentado contra Pedro Sancho de la Hoz—el primer pretendiente oficial que cuenta la larga lista de nuestra historia,—sino la sorpresa del primer denuncio i la duda natural sobre la intensidad del peligro que amagaba a la naciente colonia.

Era tan agrio i tan ardiente el sentimiento de repulsion que en ese momento inspiraba el solo nombre de Pedro de Valdivia a todos sus súbditos, con escepcion de unos pocos confidentes secretos de sus levantadas miras, que todo podia temerse en la revuelta aldea. Baste decir que Pedro de Valdivia era deudor personal a los pobladores de aquella (que apénas llegarian a doscientos) de ciento i cincuenta mil pesos en oro, medio millon del numerario legal, equivalente, por el duplo del cambio de valores operado en tres siglos, a un millon de pesos de nuestro actual tipo metálico... I téngase tambien presente que si el cambio de oro ha variado con los siglos, mas inmutable que el metal, el ánimo de los santiaguinos es hoi el mismo que el que mostraron nuestros antepasados cuando en su plaza pública cortaron la cabeza a Pedro Sancho de la Hoz.

*
* *

Nos queda todavía por dilucidar en este relato un último punto histórico,—cuál fué la participacion

pública o encubierta que Pedro de Valdivia pudo tener en el sacrificio de su antiguo émulo.

Por fortuna, los vacíos i vacilaciones que sobre este punto han solido mostrar las antiguas crónicas, quedan hoi desvanecidos a la plena luz de recientes descubrimientos. Pedro de Valdivia no es solo completamente inocente ante la historia, de la sangre de su antiguo adversario, sino que en el primer momento, se dolió de su triste fin, cual cumplia a su grande alma, en cuyas fibras la jenerosidad ocupó siempre mas ancho espacio que el rencor.

I esto es lo que vamos a dejar demostrado en seguida con testimonios fehacientes, ignorados hasta hoi.

*
* *

Dijimos ántes que el primer pensamiento de Villagra habia sido consultar el conflicto con Valdivia, detenido a la sazon en la rada de Valparaiso por vientos contrarios, i que a este efecto habia despachado a revienta cinchas al alférez jeneral Agamenon Velez, para darle aviso i pedirle consejo. Pero cambiado despues su ánimo, envió a alcanzar al emisario i a decirle que aguardara una órden posterior, a dos leguas de la ciudad. Debió ser este punto de espera, por la manera de contar las leguas que tenian los españoles, que era el triple o el cuádruplo de las nuestras, al pié oriental de la cuesta de Prado, si el mensajero seguia el camino de las

cuestas usado solo en esa época por las caballerías, o el de Santa Cruz, en el mas largo i plano de carretas que hacia un rodeo por Melipilla, Ibacache i Casablanca, descendiendo al Puerto por el cerro que todavía se llama de «Carretas».

*
* *

Entrada la noche recibió el alférez jeneral la noticia del fatal suceso de Santiago, porque al siguiente dia, viérnes 9 de diciembre, llegaba a Valparaiso con el caballo rendido de fatiga.—«I estando así —dice uno de los diez valerosos capitanes que acompañaban a Valdivia en su cruzada,—otro dia de mañana vieron venir playa arriba un hombre cabalgando que venia *capeando* i luego enviaron el batel i entró el que pareció, que era un Agamenon Veliz, alférez jeneral de la conquista.»

*
* *

Cuando el emisario de Santiago subió al puente de *Santiago*, azorado e inquieto, apartáronse a un lado los capitanes que rodeaban a Valdivia, para dejarle hablar con libertad, i Vicencio de Monte, que estaba mas cercano, añade que no oyó el recado, pero que notó que su jeneral se turbaba, i luego dijo:—«Si el teniente lo ha hecho, el teniente dará cuenta de ello».

Mas esplícito es sobre esto el escribano del bu-

que, Francisco Rodriguez, quien refiere que ayudó a subir a bordo al emisario de Villagra, i que cuando el alférez se acercó i habló a Valdivia, púsose el último la mano en la frente i profirió en esclamaciones de verdadera pesadumbre.—«I el dicho Pedro de Valdivia se alteró i puso la mano en el rostro mostrando que le pesaba i dijo:—Ah! Pedro Sancho! No te ha sabido valer que otras veces lo has acometido i por necio te he dejado!» (1)

*
* *

No era Valdivia hombre que ocultaba la mano sobre sus hechos, aun en los mas osados, como sucedió en la conspiracion de Solier i de Pastrana, de la cual, avisado a medianoche en Quillota, vino de un galope a castigarla, haciendo poner en la horca a seis de sus compañeros de armas, entre los cuales don Martin de Solier, caballero altisonante i rejidor, i Antonio de Pastrana, procurador de ciudad. Por esto, i porque pudiendo en cien ocasiones haber tomado razon pública o sijilosa de las pretensiones de su rival, jamas lo intentó, limitándose a humillarlo, queda mas en transparencia su ninguna participacion en aquel hecho. Por esto tambien

(1) Es claro que en este caso, Valdivia aplicaba el calificativo de *necio* no al infeliz Sancho de la Hoz, sino a sí mismo, que tantas veces le habia perdonado sin obtener su enmienda o escarmiento.

un caballero de crédito i que habló en Lima con franqueza ante el presidente La Gasca de las virtudes i defectos de su amigo, decia que sobre ese particular «se meteria en un fuego» por Valdivia: otro tanto haríamos nosotros si la historia i la verdad hubiesen de probarse todavía por las llamas.

*
* *

De una opinion análoga i tan convencida como la muerte, fué el justiciero La Gasca, porque no se contentó con absolver por entero a Valdivia de este caso, que a su juicio, era el mas grave (porque era caso no tanto de asesinato cuanto de rebelion), sino que en sus cartas confidenciales al rei, le justificaba plenamente hasta de la sombra del delito.—«E considerando—dice el presidente del Perú al Consejo de Indias—como Pedro de Valdivia *ni mandó matar a Pedro Sancho ni fué en ello*, e que el dicho Pedro Sancho *no tenia provision alguna para poder pretender la conquista de Chile*, que era el artículo que en mas necesidad me puso de hacer volver a Pedro de Valdivia para informarme dél, porque se me ofrecia cuán recio fuera enviar por gobernador a Pedro de Valdivia, si fuera verdad que habia muerto a Pedro Sancho teniendo provisiones de S. M. para la gobernacion de aquella provincia, porque en lugar de castigarle por haber muerto al gobernador della se le daba la mesma gobernacion.»

*
* *

El mismo Villagra, por otra parte, no ocultó jamas su responsabilidad personal en el caso, i aun pagó mas tarde una indemnizacion en indios (cuando era gobernador de Chile) a cierta hija del desgraciado Sancho de la Hoz, que vino a las Indias con su marido, un tal Mediano. Fuera de esto, Villagra era aficionado a cortar cabezas por via de arrebato, como lo hizo mas tarde en Mendoza con su alférez Jinoco, por una simple disputa (1).

*
* *

Nó. La muerte desastrosa de Pedro Sancho de la Hoz no es sino uno de los cuadros de sangre, de perfidia i de ambicion del vasto drama que en ese siglo se representaba a la vez en todas las zonas del Nuevo Mundo conquistado,—en Panamá, por Pedro Arias Dávila; en Venezuela, por el tirano Aguirre; en el Perú, por Francisco Caravajal i Juan de Rada; en Bolivia, por Francisco Hernandez Jiron i Sebastian de Castilla; en el Plata, por don Pedro de Mendoza. I esa sucesion de rebeliones i de patíbulos, que es la historia civil de la conquista, so-

(1) Vivió tambien a fines del siglo XVI en Santiago un clérigo llamado don *Francisco de la Hoz,* que vemos figurar en varias capellanías i como poseedor de una manzana valiosa de tierra en la ciudad. ¿Seria éste, hijo, deudo o heredero del infeliz decapitado en 1547?

lo prueba que nuestro pais, acaso mas feliz que los otros, no ha escapado por entero a la desventura i al horror en que las pasiones han hecho nacer a todos los imperios del orbe, a los grandes como a los pequeños, dándoles por cuna comun el crímen, a fin de depurarlos despues, como al hombre primitivo i culpable, por el ejercicio consecutivo del derecho i del bien, es decir, por los dos mas grandes i mas esenciales atributos de la civilizacion moderna.

Santiago, diciembre de 1876.

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS.

Al señor don Miguel Dávila.

(Administrador del Cementerio jeneral de Santiago.)

Al amigo querido, al compañero infatigable, al noble filántropo.

B. VICUÑA MACKENNA.

Santiago, setiembre 18 de 1877.

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS (1).

(Reseña histórica del Cementerio de Santiago.)

«Esta que llamas tumba de los hombres
Porque en ella descansan sus cenizas,
Es la cuna sagrada donde empieza
A renacer el alma a mejor vida».

(*Inscripcion en la portada del «Panteon de Santiago,» por don* José María Nuñez.)

«The curfew tolls the knell of parting day,
The lowing herd winds slowly o' er the lea,
The ploughman homeward plods his weary way,
And leaves the world to darkness and to me».

(Gray *Elegy in a Country Churchyard*).

Cuando el gobierno independiente de Chile, por el decoro de los templos i la hijiene bien entendida de las ciudades, se resolvió en 1819, a poner en ejecucion la idea que desde hacia diez años venia

(1) El presente trabajo, puramente histórico, ha sido escrito sobre datos, noticias i documentos del todo inéditos, i sin la mas leve atinjencia a la cuestion teolójica, política o simplemente hijiénica que se debate en el Congreso Nacional. Si ese debate hubiese de continuar, tal vez deberia abordarlo el autor, pero bajo un punto de vista diferente del presente, que es esclusivamente narrativo.

incubándose laboriosamente en el cerebro i en el corazon de los moradores de Santiago, sobre el establecimiento de un cementerio jeneral fuera de los límites de la ciudad, nombró una comision de cuatro ciudadanos, de los cuales tres serian el aparato i uno el alma i los brazos del trabajo: esta es regla antigua de Santiago.

*
* *

Era este elejido entre todos los llamados, un buen caballero, abogado, juez de letras, hombre íntegro e ilustrado, i que sobre todas estas prendas, tenia la mui esencial de residir en el barrio setentrional del Mapocho, que era donde, desde 1811, habíase acordado ubicar la futura ciudad de los muertos de la capital de Chile. Llamábase aquel el doctor don Manuel Joaquin de Valdivieso, i fué padre del actual arzobispo de Santiago.

Sus tres asociados, que tal vez no pasaron nunca el rio en su ancianidad sino bajo el penacho de plumas negras del primer carro de gala que tuvo a su servicio el cementerio, fueron el escelente republicano don Manuel Salas, el presbítero don Alejo Eyzaguirre, de venerable memoria, i el agrimensor del obispado, o agrimensor único del reino, don Juan José Goicolea (1).

---

(1) En la comision nombrada en 1814 con aquel mismo efecto, pero

*
* *

Habitaba el doctor Valdivieso en una quinta de su propiedad que hoi ha dividido por su centro la moderna *Avenida del Cementerio*, entre la Cañadilla i la Recoleta: por manera que su mansion se encontraba en el corazon de la Chimba,—barrio elejido, con gran enojo de sus pobladores, para recibir el lúgubre don de las sepulturas.

Pero como el dilijente comisionado del gobierno era hombre de espíritu superior, dejó pasar en alas del viento los chismes i mordiscos del vecindario, i púsose a buscar en todas direcciones, en las cercanias de su quinta de campo, el sitio adecuado para aquella ardua i casi atrevida instalacion.

La dilijencia, que es madre de la buena ventura, no tardó en proporcionarle lo que solicitaba.

*
* *

Al pié occidental del Cerro Blanco, que debiera llamarse con mayor propiedad *Cerro de Rodrigo de Quiroga*, su primer feudatario, o *Cerro de Santo Domingo*, por los padres que fueron los inmediatos herederos del conquistador, i dueños du-

---

que no tuvo lugar, entre varios patricios figuraban los provinciales de San Francisco i de Santo Domingo, cuyos monjes, por un principio natural, eran los mas opuestos al nuevo sistema como usufructuarios del antiguo, de sepultacion en las iglesias para los ricos, i en *campos santos* para la *plebe* de la horca i de los hospitales.

rante cerca de tres siglos del montículo i su comarca, tenian los últimos una cantera en la que habian labrado las piedras con que inauguraron su hermosa iglesia en 1808.

Hallábase ese taller junto a la cantera de la Catedral, i ámbas preséntanse todavía a la vista, como enormes i desgarradas grietas, en el flanco de la amena colina, este Santa Lucía de cal i arcilla de la Chimba.

Para el servicio de una i otra, habíase abierto desde 1743, en que el obispo Gonzalez Marmolejo emprendió animosamente la reconstruccion de la Catedral, tantas veces quemada o demolida, con durable piedra de silleria, un tortuoso camino, o mas propiamente, un sendero de carretas que conducia desde las canteras a la Cañadilla, i por esta ancha avenida a la ciudad i a las dos iglesias.

*
* *

Paseando una tarde de setiembre de 1819, por aquel estrecho callejon, que era casi un deslinde de sus tierras, el doctor Valdivieso encontró que al pié del cerro, los padres domínicos habian tapiado un potrerillo largo i angosto con capacidad de tres cuadras i un tercio, el cual en seguida habian alfalfado para pastorear los fatigados bueyes de los vehículos en que acarreaban las columnas i chapiteles de su templo.

Eran aquellas, mas o ménos, las dimensiones exactas del cementerio-modelo que el virei Abascal habia hecho abrir en Lima hacia solo once años (1808), i que, durante la independencia, terminó Monteagudo haciendo trabajar en su inconcluso claustro a todos los *maricones* de Lima (1821).

*
* *

El avisado doctor creyó haber tropezado con un tesoro; i aquella misma noche fuése a platicar con el provincial de Santo Domingo, que lo era a la sazon el reverendo frai Manuel Velazco, pariente inmediato del conde de Quinta Alegre, sobre el negocio que lo traia, desde hacia muchos dias, en trajines i muchas noches sin pegar los ojos.

Sucedia esto a mediados de setiembre, en pleno otoño, i el doctor Valdivieso habia recibido su comision el 28 de agosto precedente.

*
* *

En aquel tiempo, los padres de Santo Domingo eran ricos, como todos los monjes i monjas de Santiago, i a mas de ricos, tan ilustrados como liberales, en lo que se habian distinguido desde la conquista junto con los mercedarios. Por esto habian tenido una universidad propia,—la universidad de «Santo Tomas,» frente a frente de la «Universidad de

San Felipe». Los reyes de España, que monopolizaban hasta la luz, no hicieron un monopolio de las universidades.

Por otra parte, los buenos frailes no habian ya menester de aquel retazo de terreno, cortado en el estenso llano de Santo Domingo, que fué, entre el Mapocho i el *Salto* de Araya, la heredad de Rodrigo de Quiroga. Su iglesia estaba terminada, sus carretas de pára i sus bueyes en ociosa engorda. Era aquel, en otro sentido, un acto de patriotismo i buen ejemplo al que la comunidad, con solo los rezongos de tres o cuatro padres maestros, que, como «maestros,» a todo se oponian, se prestó de buen grado.

I lo que en este negocio hubo de mas peculiar, fué que no pidió el convento dinero por aquello que en Chile se vende siempre por mas alto precio— la tierra i la alfalfa,—sino que hizo una especie de permuta con el dilijente negociador de los muertos: cambió el «potrerillo» por el piso de doce sepulturas que destinaba a sus propios miembros en la mudanza venidera, ya inevitable, de los claustros a los campos.

De esta suerte, con esta especie de descuento hecho sobre la muerte, se adquirió, hace cincuenta i ocho años, el espacio de tierra en que reposan hoi tres cientos mil mortales, i a fe que no fué caro ni el precio ni el trueque. Los padres domínicos dieron media cuadra de suelo por cada sepultura de

una vara de ancho i dos i media de lonjitud, i el espacio justo en que cabia un «padre maestro» del calibre de aquellos tiempos....Hoi dia con dos varas tenemos de sobra los que nos morimos, solo que deberia darse en hondura lo que pudiera cercenarse a la superficie...

Pero sucedió que los confiados i jenerosos padres descuidaron formalizar su permuta, i estuvieron al quedarse, como todos los que en Santiago se descuidan con papeles, sin potrerillo i sin sepultura. Felizmente, cuando catorce años mas tarde, hizo tardío reclamo el padre provincial Frai Juan Vargas Machuca, vivia todavía el probo negociador de 1819 i con el informe de éste funcionario, el gobierno mandó poner a los padres en posesion de las treinta varas cuadradas que habian cambiado por setenta mil (1).

---

(1) El terreno primitivo del «panteon» constaba de tres cuadras i una fraccion de 6,840 varas, lo que hace un total de 72,840 varas. Estas eran, mas o ménos, las dimensiones del cementerio de Lima, que tenia 190 varas de frente (cuadra i cuarto) por 260 de fondo (cuadra i tres cuartos).

Hé aquí el decreto inédito del gobierno del jeneral Prieto, en el cual queda constancia oficial de la manera como se adquirió el terreno del Cementerio i se cumplió a los padres de Santo Domingo la palabra empeñada, en cambio de su noble dádiva:

«Santiago, agosto 1.° de 1833.

«Con lo informado por el administrador del Panteon don Manuel Joaquin Valdivieso, i atendiendo a que el convento grande de predicadores Domínicos *cedió* el terreno del Panteon con la precisa condicion de que se le diesen las sepulturas que necesitase, el director del Panteon don Estanislao Portales, asignará doce sepulturas para solo los relijiosos del convento.—PRIETO.—*Tocornal.*

En el archivo del Senado, vol. III quedó tambien constancia de esta permuta en 1821.

***

Inmediatamente entró en posesion del potrerillo i de sus tapias el empeñoso comisionado; i como para dar fin a este gran bullicio que se llama *vida*, i sus mil falaces pompas, solo se necesita de un puñado de tierra i de una azada, pudo dar pronto aviso al gobierno i a la ciudad de que ya tenia cementerio. I ciertamente que para cementerio laico, habria vastado el sitio tal cual estaba, «al natural,» puesto que delante del arte, de la relijion i del alma, los cementerios laicos no son sino potreros.

Pero ¿cómo reconstruir las murallas de circunvalacion que el tiempo habia destruido? Cómo edificar la iglesia de los que creen i de los que lloran? Cómo dotar al nuevo establecimiento de sus mil valiosos atavíos? Todo lo que el comisionado tenia en su bolsillo, era la transcricion del decreto de su nombramiento i el vale de sepultura de los padres predicadores.

El problema era arduo, porque en aquellos tiempos de guerras esteriores i de vandalaje doméstico—los tiempos de Cochrane i de Benavides,—el último maravedí desaparecia entre las manos de los héroes i de los salteadores.

***

Ocurrióse en tal conflicto al mas singular de los arbitrios de que la imajinacion de un hombre afli-

jido de hambre i de sed habria echado mano, i fué el siguiente:

Desde tiempo inmemorial, habíase ideado en esta ciudad de Santiago, diez veces mas caliente entónces que lo que es hoi dia, cuando el llano de Maipo era todavía un desierto de fuego que soplaba con ráfagas de muerte los chavalongos i los tabardillos por sus bocas-calles i zaguanes; habíase ideado, decimos, por su cabildo i sus autoridades de todas jerarquías, que para refrijerio de sus cuerpos disecados, se apartasen de la nieve—que dos veces por semana se traia a lomo de mula de la Dehesa a la ciudad—cuarenta porciones, las cuales cedíanse gratis a los beneficiados.

De estas, dieziseis raciones correspondian al ayuntamiento que habia hecho la partija, ocho o diez al presidente i el resto a los oidores, fiscales, escribanos reales, asesores i demas dignatarios del Mapocho i de su Dehesa: tal era el famoso derecho llamado «el real i medio de nieve,» que durante una temporada de siete meses (que eso era lo que duraba en esos años el calor), disfrutaron, por espacio de tres siglos, los ediles de Santiago, cuyo derecho no sabemos haya sido abolido sino solo por decencia o por frio abandonado.

*
* *

Haciendo, pues, acto de desprendimiento, a ejemplo del Director Supremo don Bernardo O'Higgins,

que ordenó a su mayordomo comprar en el puesto comun la nieve de su consumo doméstico al precio que pagaban los vecinos, desprendiéronse todos los agraciados de la cordillera, de su antiquísima prerogativa i cedieron su derecho i su esplotacion a la obra incipiente del Cementerio jeneral. I de esta manera, con lo que ahorraban nuestros mayores en su sed, la ciudad labraba el silencioso i fríjido recinto en que, junto con las pasiones, se acaban todos los apetitos, aun el de los «helados...»

*
* *

El aguante del cabildo de Santiago no seria, empero, largo en aquel traspaso de su real i medio diario, que formaba en la temporada un mediano capital para la época: mas de treinta pesos. I como las varas de rejidores eran perpetuas i se compraban por tres cientos escudos como mínimum, el diez por ciento de la nieve venia casi al justo: «el uno i medio» en siete meses. Verdad es que en aquellos años secos, los pobres ediles no tenian siquiera el desquite del palco, con su té i sus colgaduras en el teatro de la ciudad, i por esto fué que los ediles modernos, cuando edificaron teatro, ajustaron la permuta de la nieve por la de sus sillones gratis i dorados: «real i medio por un peso». Mucho mas desprendidos se habian mostrado los Domínicos....

*
* *

Entre tanto, el doctor Valdivieso echóse con avidez de sediento sobre los cuarenta «real i medio» diarios de la nieve; vendióla a los cafées de Dinator i de Barrios, i con aquella gotera de cada hora, convertida en helados de canela i de catufa, comenzó el solícito administrador, con dilijencia, la obra de la transformacion.

*
* *

Poseia tambien el Cementerio por derecho propio, algunas rentas, porque le habian sido asignadas, por un senado consulto de 1820, los dos *campos santos* que poseia Santiago, el uno a pocos pasos de su Plaza mayor, destinado con particularidad a los ajusticiados por la horca, i el otro en los afueras de la calle que en aquel tiempo, se llamaba de *las Matadas* i es hoi de Santa Rosa.

Habia sido construido este último por los padres de San Juan de Dios para sus muertos, que eran mas o ménos todos sus enfermos, en terrenos de propiedad del hospital, i aunque el prior resistió la entrega, el Senado se las tuvo firme contra la cogulla i la azada i rechazó sus recursos i protestas.

El campo santo de la Caridad, consagrado desde hacia un siglo (1728), tenia algunos aprovechamientos por arriendos de cuartos i por censos, que rendian tanto como el puesto de nieve allí vecino, al paso que para el osario de la parte sur de la ciu-

dad, presentóse mui a tiempo un providencial comprador.

*
* *

Fué este aparecido aquel famoso monje chileno llamado don Márcos Sotomayor, que murió de cartujo en la Trapa de Cataluña, i que ansioso de conversiones despues de la suya, rescató aquel terreno i, sobre las osamentas de los muertos, edificó una casa de ejercicios que es hoi casa de correccion de vivos que nunca se corrijen. Dió de allí a poco el buen eclesiástico su primera *corrida*, i por el abundante fruto que sacó de ella en arrepentidos, quiso hacer otra fundacion de ese jénero en su valiosa hacienda de Tagua-Tagua, llevándose en carreta a los mas contritos con todos los menesteres i herramientas. Pero los aires de la laguna disiparon luego la atricion de aquellas almas, i todo lo que habia ocupado durante la penitencia el chocolate, volvió a rellenarlo la chicha, acabándose la fundacion de la casa de ejercicios de Tagua-Tagua en tal baraunda, que el fundador fué a parar a la Trapa para llorar eternamente el engaño de creer en lágrimas de ejercitantes. El presbítero Sotomayor ha sido en este pais de secularizacion el único presbítero chileno que haya vestido la cogulla para morir en humilde celda, al pié de la montaña, siervo de Dios i de su penitencia.

Entre tanto, el administrador del Cementerio habia recibido del presbítero de Tagua-Tagua, por precio de aquella venta, la suma de 2,458 pesos, es decir, casi un caudal en sus injeniosas manos (1).

*
* *

A poco de estos beneficios, que pertenecian a los primeros tres años de la fundacion del Cementerio, cúpole tambien la fortuna de un piadoso legado de 2,500 pesos que el coronel don Tomas O'Higgins, hombre austero i creyente, impuso a censo para mejora de su alma i la de su esposa doña Josefa Aldunate. Por esto la cenizas de ámbos cónyujes tienen hoi el privilejio único de reposar dentro de las paredes de la iglesia, con una leyenda en mármol a a su memoria.

*
* *

Gracias a estos auxilios (el de Sotomayor i el de O'Higgins), que en su conjunto representaban un valor de cinco o seis mil pesos, i la renta de mil quinientos o dos mil pesos de la nieve, inclusos los cen-

(1) Ocupa el sitio del antiguo campo santo de la *calle de las Matadas* (que así probablemente lo llamaron porque enterraron en él mujeres asesinadas) la actual casa de Correccion, i fué en la vecindad de aquel lugar donde (precisamente por la época de que nos ocupamos) se intentó el fusilamiento clandestino del feroz Benavides, el cual, escapado milagrosamente de las balas, como el tigre de los barrotes de su jaula, fuese al sur, i en venganza del crímen inútil de que habia sido víctima, anegó al pais en sangre durante tres largos años.

sos de la Caridad, el administrador Valdivieso abrió la primera sepultura (1).

*
* *

Cupo el estreno de aquella primera fosa, abierta en tierra profana, i a virtud tal vez de esas crueles ironías del destino humano que todos los dias nos visitan, a una de aquellas criaturas que los templos parecian reclamar para sus bóvedas, porque a su sombra habia ella visto deslizarse larga i silenciosa

---

(1) Los censos de la *Caridad* consistian en una capellanía de 197 pesos impuesta en un sitio vecino al Santa Lucía, por los mayordomos de la cofradía de ese nombre, i cuya principal institucion era el amparo de los que morian por la justicia, i la sepultacion de sus cadáveres. Pertenecia el predio gravado con aquella suma a un carpintero llamado Ambrosio Salinas, i se hizo la imposicion el 12 de junio de 1776. En ese mismo año dejó tambien a la *Caridad*, desde Lima, un tal Tomas Vasquez Poyanco una suma de 200 pesos, ignoramos por qué motivo.

La *Caridad* estuvo arrendada algo despues en 700 pesos al constructor Reclus, i aun pasó por otros usos de que mas adelante hablaremos, hasta convertirse hoi en el hermoso taller de enseñanza i de trabajo que dentro de su antiguo claustro existe. Cuando éste fué edificado i reconstruida la iglesia con una riqueza de detalles que iguala a la modestia de su restauradora, se recojeron enormes cantidades de cadáveres que se sepultaron en un osario en el centro de la iglesia. Las hermanas de Caridad que allí viven i enseñan, tienen entre sus devociones, la de rezar un Padre Nuestro cada noche a aquellas benditas almas... de la Caridad.

La imposicion de don Tomas O'Higgins tenia, por la cláusula tercera de su testamento, el grávamen de cincuenta misas para su alma i otras tantas para la de su esposa. En caso de no cumplimiento, el legado debia pasar al Hospicio o al hospital de San Borja.

Es un hecho digno de ser recordado, que el presente i digno arzobispo de Santiago, casi niño a la sazon, era el colector de la mayor parte de las pobres rentas del cementerio, porque como él vivia en la *ciudad*, es decir, en la calle de las Monjitas, al lado de su abuela doña Rosa Manso, el cobrador de los cuartos de la Caridad, de la nieve, etc., iba depositando cada semana en su poder lo que juntaba de los inquilinos i arrendatarios, para que el jóven Valdivieso lo llevase por junto a su padre, al otro lado del rio.

vida: la inauguradora del Cementerio fué una monja....

***

Hízose la ceremonia de la bendicion (que ha sido tema de tanta, reciente i ociosa teolojía) el domingo 9 de diciembre, por la tarde, con asistencia del Director Supremo i del obispo de la diócesis:—O'Higgins i Rodriguez, la Iglesia i el Estado, que en los umbrales de aquella casa del olvido se reconciliaron un instante delante de un hisopo de agua bendita, para gruñir en seguida sobre la posesion de aquel cetro que los hombres, enfermos de incurable demencia, ponen unas veces en mano de Dios, que no lo há menester, otras en manos de un César, que será un dia solo una sombra bajo los cipreses (1).

Por supuesto, asistieron tropas, cañones, bandas militares i hubo bulliciosas salvas i repiques en la ciudad. ¿Quién lo creyera? El ruido es una de las señales de mayor regocijo inventadas por el injenio humano para el gobierno de la muchedumbre. Sin pólvora i sin campanas, Chile seria hoi mismo solo un vasto cementerio.

---

(1) Segun el capellan del Cementerio don Domingo Coro, que habla como testigo de vista, asistió en persona a la bendicion el obispo Rodriguez. Pero este prelado se hallaba en ese tiempo confinado «por godo» en Melipilla, i es difícil que hubiera venido a la capital, a no ser por una invitacion mui especial.

La *Gaceta Ministerial*, única publicacion de aquella época, no hace la menor mencion del estreno del Cementerio ni de su inauguracion solemne.

*
* *

...En la tarde del subsiguiente dia—11 de diciembre,—todo el aparato de la inauguracion oficial, hecha con tanta mayor solemnidad cuanto era mas honda la resistencia moral de la ciudad a acomodarse en su nueva vivienda, habia desaparecido.

Era el estío, los dias largos, luminosos, serenos, de durable i melancólico crepúsculo de diciembre. I a esta precisa hora ajustaban, con manos trémulas i ojos bañados de lágrimas, su última toca a la frente de una anciana relijiosa sus hermanas de claustro en las celdas de Santa Clara, *la antigua*. Esa relijiosa, a su turno, iba a ser la fundadora del Cementerio de Santiago, que no era entónces ni laico, ni comun, ni relijioso, sino simplemente rural. Hoi que hai coches, carros i puentes, la Chimba es un barrio de Santiago. Pero en 1821, el Cementerio estaba mas cerca de Colina que de la capital.

*
* *

A las diez de la noche del dia mencionado (mártes 11 de diciembre), hacia su entrada por el ancho vestíbulo antiguo del Cementerio, el primer carro de gala que aquel tuviera (i que habia sido construido en los talleres de Santiago por sus antiguos fabricantes de calesas), llevando el féretro forrado en negro bayeton que encerraba el cadáver de aquella temprana emisaria de un claustro santificado que

venia a tomar posesion, en nombre de la eternidad, del cercado de los padres de Santo Domingo. Su nombre en el mundo habia sido *Ventura Fariña.*

I así como hemos reproducido en la carátula de este cuaderno de memorias, la inscripcion que define en la portada del Cementerio su objeto mundanal i su transfiguracion celeste, vamos a copiar en seguida, de los desvencijados libros de la casa, aquella primera partida de sus inhumaciones.

Dice así testualmente i con su peculiar ortografía:

«Santiago, diciembre 11 de 1821.

«En este dia, a las diez de la noche, se condujo del monasterio antiguo de Santa Clara el cadáver de Sor Bentura Fariña, relijiosa de belo Negro, i se sepultó en el quinto nicho, ilera de abajo, del diez i seis i medio ochavo. *De la Catedral* (1).—*Valero.—Muñoz.*»

I ¡caso verdaderamente notable! En pos de aquella monja, arrancada por la lei al cementerio secular, que protejian los muros de su iglesia i la cúpula de sus olorosos naranjos, siguióse en el camino del cementerio mundano, una verdadera procesion

(1) Esta espresion quiere decir que el cadáver correspondia al curato de la Catedral. El mismo laconismo pudieron consultar los capellanes poniendo su número de órden a cada nicho. Pero estaba decretado por el dios *Uso*, que habia de darse las señas en la ciudad de los muertos como se daban i se dan todavía (a pesar de la numeracion) en la ciudad de los vivos:—«dos cuadras i media para abajo, acera del sol, tres casas mas allá de la de don fulano, pasada una puerta colorada, verde, azul, café...» etc., etc.

de tocas, cual si el velo negro de «Sor Ventura» hubiese sido una bandera de llamamiento a sus hermanas.

El 28 de diciembre de 1821, una semana despues de aquella primera defuncion de los siete monasterios de Santiago, era enterrada Sor Tadea Ruiz, monja agustina. En seguida (enero 17 de 1822) éralo Sor Catalina Irarrázaval, de la Victoria; despues (enero 28) Sor María Zárate, monja clara; i en sucesion de éstas, Sor Francisca Bauza i Sor Petronila Morales, ésta agustina i aquella de Santa Clara, i Sor Antonia Valdivia, tambien agustina, el 1.°, el 10 i el 17 de febrero.

Estraña cuenta! No se habia inscrito todavía veinte i cinco cadáveres en los fúnebres libros del Cementerio jeneral, cuando entre aquellos, no ménos de un tercio vestian las austeras tocas de las vírjenes del Señor.

*
* *

¿Por qué acontecia aquello? Habia dispuesto el cielo que esos fueran sus especiales mensajeros a aquel suelo, al que los creyentes volvian todavía las espaldas prefiriendo a la lámpara eterna que alumbra i transforma al universo desde el sol, el candil de hediondo aceite de las iglesias coloniales?

O lo que parece mas probable, heridas aquellas sencillas almas por el decreto que mandaba abrir sus claustros para que profanas manos cargasen sus

ataudes i los encerrasen junto con el de los mas pecadores en húmedas cuevas de ladrillo, ¿se sentian morir aprisa como bajo el peso de una angustiosa proscripcion?

¿O era todavía que Santiago tenia por esos años tantas monjas cuantas tenian madres i esposos en el mundo?

¿O el hecho fué puramente casual, como todavía es mas verosímil?

Nosotros no vemos mas allá de las cifras en esta reseña estrictamente histórica, i dejando consignado ese número—*siete monjas* entre veinte i cuatro cadáveres profanos,—proseguimos nuestro lúgubre sendero (1).

* * *

Junto con los restos mortales de los claustros—emigrantes de un cementerio a otro cementerio—habian llegado tambien los despojos del mundo.

---

(1) Los cadáveres de pago sepultados en los días que quedaban del mes de diciembre de 1821, fueron nueve; los del mes de enero de 1822 fueron ocho, i los del mes de febrero, once: veintiocho en todo, pero solo 23 o 24 hasta el 17, en que fué sepultada la monja Valdivia, última de la cuenta.

No hicieron aquellas, sin embargo, larga peregrinacion fuera de sus queridos muros, como mas adelante veremos, porque en 1828 fueron devueltas sus cenizas a los monasterios respectivos. Con fechas 7, 16 i 19 de enero i 19 de marzo de 1828, existen en los libros del Cementerio partidas de devolucion de huesos de monjas, firmadas por el capellan Valero, el cual parece entendia mas de balas que de ortografía, pues habia sido capellan de ejército. No es superior a su redaccion el cuidado con que se guarda por los modernos capellanes el archivo, porque el tiempo i el abandono han hecho una verdadera autopsia de aquellos mamotretos que, sin embargo, contienen el *rejistro civil* de la eternidad.

El primer europeo enterrado en el nuevo campo santo fuélo don Estéban Ceas, respetable comerciante español, padre del conocido i emprendedor industrial de este nombre, que falleció el 13 de diciembre de 1821, a la edad de 70 años, i fué enterrado el 14, seis dias despues de la inauguracion.

El primer párvulo fué un hijo del senador don Juan Agustin Alcalde, de su propio nombre i de solo dos meses de edad.

Los primeros pobres de solemnidad llamáronse María Duran, María de los Santos García i Juan Muñoz, los cuales vinieron al osario de los hospitales en la noche que siguió inmediatamente a la instalacion (diciembre 10).

Por último, el primer «notable» que hizo el viaje del potrerillo de la Cañadilla—señor de inmensas tierras i de innumerables capellanías, candidato codiciado, en consecuencia, por los sepultureros de todas las viudas iglesias de la capital,—fuélo el famoso comerciante don Juan Manuel Cruz, que edificó su palacio de la calle del Estado por planos que su hermano el conde del Maule, le envió desde Cádiz, pero que cambió demasiado pronto aquella mansion de príncipes por un triste cubo de ladrillos, el 12 de febrero de 1822.

* * *

I así como el féretro de la monja Fariña habia atraido sobre el nuevo i mal mirado Cementerio el

prestijio de las cosas santas, así el cadáver del prócer mas rico i encumbrado de la colonia le consagró para la moda, para la pompa, para la sumision a la lei, en fuerza del ejemplo i de los *nombres*, cuyos últimos en Chile por sí solos son ejemplos.

Desde que descansaban ya en plebeyos nichos a la intemperie del sol i de la lluvia, los apellidos de los Cruz, de los Irarrázaval, de los Alcaldes, es decir, los condes de Fiel al rei i de Quinta Alegre, i los marqueses de la Pica, señores de Soria i Almenábar, todos los notables de Santiago se resignaron al destino. I el Cementerio comenzó a ser desde ese dia, propiamente, la «ciudad de los muertos,» que pronto seria tres veces mas populosa que la capital de los vivos en perpetuo viaje hácia sus claustros.

Quedaba ya, en efecto, colocada, envuelta en la mortaja de la monja Irarrázaval i del millonario Cruz, la primer piedra de aquella mansion eterna que completará ciertamente el primer centenario de su fundacion, no sin contener en sus insondables osarios i en las urnas de sus grandiosos mausoleos, las osamentas de un millon de séres que animaron la ciudad vecina con los afanes de bulliciosos trabajos, con los gritos del placer, con el tumulto frenético de sus pasiones i devaneos (1).

---

(1) Tomando un promedio mezquino de cinco mil cadáveres por año, en los 56 que lleva de existencia el Cementerio, resultarian 280,000 cadáveres hasta hoi, i duplicando esa misma proporcion en el tiempo que falta para un siglo, es decir, durante 44 años, serian 440,000, o sea un total de 720,000 cadáveres. Pero como una i otra base son en estremo bajas,

*
* *

Junto con su inauguracion otorgóse al Cementerio su primer *Reglamento*, que existe copiado en los libros del Senado, en el volúmen III de su archivo.

Es un documento que, al parecer, se ha conservado inédito hasta aquí, i que mereceria los honores de mas de una edicion como el *catecismo de Astete*, porque no obstante haber salido de las entrañas de aquel grave cuerpo, aseméjase mas a un melodrama por su estilo i su argumento, que a un seco códice de reglamentacion. Su artículo primero, que es una definicion i una carátula, dice testualmente como sigue: «EL PROTECTOR.—(*Art. único*). Si la suerte de todo gran establecimiento estuvo por lo comun vinculada *al favor de un Mecenas*, debe el Cementerio jeneral cifrar la suya en la alta consideracion de la alta Potestad del Estado; de consiguiente el Supremo Director que hoi felizmente manda, será el único protector de la Casa. *Bajo tamaños auspicios podrá ella, aun desde la cuna, señorearse en su futura posteridad con la gracia de*

---

como mas adelante veremos, resulta que un millon de defunciones no será un esceso para Santiago en un siglo. El número de defunciones en el último cuatrimestre de mayo, junio, julio i agosto ha sido de 2,458, en esta proporcion:

Hombres...	697	
Mujeres....	696	(un cadáver ménos)
Párvulos....	1,065	(un tercio mas)

I esta, mas o ménos, es la proporcion habitual.

haber movido el resorte que eslabonaban todos los mayores de la Sociedad Civil i de la moral Cristiana, el mejor culto del Ser Eterno i la conservacion de la vida del hombre»...

*
* *

El cuerpo del reglamento guarda proporcion con su cabeza i con sus piés en la parte que destina las sepulturas para la *conservacion de la vida.* Contiene un capítulo (el IV) que se titula así:—*Al público*, i en él, despues de apuntarse la medida exacta del Cementerio, se asegura que cabrán con desahogo en su circúito los muertos de sus cinco parroquias, «aun cuando el tiempo, como es de esperarse, le dé un *desmedido* incremento».

Por lo demas, ajustándose a la moda, mas francesa que romana de aquella época, el primer reglamento del Cementerio establecia la perfecta igualdad legal de las sepulturas, sin mas diversidad que la de su mundano precio. Todos los nichos eran plebeyos i valia cada uno treinta pesos. Pero el Senado hacia una escepcion única, i precisamente en honor de los dos poderes que hoi se han salido de sus sarcófagos i andan a la grita, asidos de los cabellos cual enfurecidos vestiglos.—«El Panteon—decia el art. II del capítulo *Al público*—consagra dos nichos, uno a la izquierda i otro a la derecha del octógano, al descanso de las dos primeras autorida-

des, eclesiástica i secular;» es decir, del primer Presidente i del primer Obispo que hubiera de estrenar sus todavía desocupadas bóvedas.

Pero el autor del reglamento olvidó un punto esencialísimo, i fué decir cuál nicho era el de la Iglesia i cuál el del Estado, i de aquí las sangrientas polémicas del dia.—¿Era el de la derecha? Era el de la izquierda?—Hé aquí el fondo de la mayor parte de las cuestiones teolójicas de esta moderna edad, en que la teolojía sube hasta el empíreo, como la niebla que, despues de cubrir el suelo de tenebrosos vapores, se disipa en las alturas.

¿No seria por esto mas acertado hacer de los dos nichos una sola tumba, un solo altar, una ara única?

*
* *

En cuanto al personal de la casa de los muertos, el reglamento de 1821 contenia disposiciones i palabras verdaderamente peregrinas. El administrador debia proceder con sagacidad, pero *sin disimulo;* i si le venia en mientes emprender alguna obra nueva, «deberia impetrar el *fiat* supremo acompañando los diseños i presupuestos necesarios,» como si el Creador hubiese pedido propuestas cerradas cuando con su *fiat* fabricó la luz... En cuanto al salario del administrador por su «asistencia diaria,» debia consistir únicamente en su «mérito remarcable».

*
* *

Hé aquí ahora algunas disposiciones de que la cultura moderna apénas se dará posible cuenta, pero que llevan auténticas las firmas de nuestros primeros padres conscriptos i ponen en relieve costumbres i dolores desaparecidos por completo de nuestro suelo en el breve espacio de medio siglo que ha sucedido a aquellos.

«Las limosnas que recoje la autoridad pública por los cultos para los ajusticiados i lo que se colecta en el *portal de la cárcel* para los asesinados, cuando se llevan allí, entrará a los fondos del Panteon, como ha estado destinado siempre la una para la Caridad i la otra para el Campo Santo de San Juan de Dios que *ya no tienen caso*».

Referíase este último período a la cesion que el Senado habia hecho en 1819, del antiguo *campo santo* de Santa Rosa, propiedad del hospital de San Juan de Dios, a las rentas del Cementerio jeneral, segun en época oportuna recordamos.

*
* *

Por su puesto, el reglamento prohibia con castigos draconianos el acto humano que ninguna lei habia sido jamas poderosa para arrancar del todo, ni de los hogares, ni de los corazones, ni de las tumbas; esto es, el derecho i el deber sagrado de acompañar

a los séres queridos a su última morada.—Era orijinalísima esa prohibicion aun en su lenguaje.—«Se prohibe absolutamente—decia el art. XV—la *estravagante costumbre* de ir dolientes tras del féretro en que se conduce el cadáver, bajo la multa de trescientos pesos, en que *incurrirán los bienes del difunto*, el albacea o heredero que así lo disponga».

¡Estravagante costumbre! decia la lei a propósito de aquel último i natural tributo, comun al salvaje i al romano, i otorgado por la naturaleza a los que aman i a los que lloran, en todas las edades i en todas las relijiones. I sin embargo, como un homenaje a las falacias españolas en que éramos criados, el reglamento permitia todo jénero de acompañamiento, de comunidades, terceros, cofradías i «hombres caritativos, cirio en mano,» con esclusion solo de los deudos i de los amigos... La muerte era para nuestros abuelos no un acto natural, tierno i hasta dulce en el dolor mismo, sino un aparato como el *ballo* i sus mortuorios atavíos. El ánima era todo. El cadáver pasaba a ser una especie de despojo inmundo i horrible que se confiaba a la abnegacion de las esclavonías, a la caridad de los sacristanes i a los sollozos postizos i pagados de las «lloronas» de oficio. Por esto el *cabo de año* era la verdadera sepultura de los desaparecidos antiguos, i por esto dícese todavía aquella vieja frase estereotipada en las esquelas:—«El duelo se recibe i se despide en la iglesia».

Por este mismo principio, los capellanes debian recibir los cadáveres en la puerta del Cementerio, con *capa de coro*, i llevarlos hasta la fosa recitándoles responsos en cada *poza*, así como el *conductor* debia acompañarlos desde el *De profundis* de la Caridad, «tras del carro, en cabalgadura, vestido de hábito talar, con la debida circunspeccion i silencio.» ¿Temian los Senadores que el clérigo conductor fuese a gritos con las mulas, como cuentan las leyendas de la cordillera aconteciera al obispo Maran con ciertos arrieros i mulas de Mendoza?

* * *

Esto para los que pagaban la mas alta tarifa: respecto de los humildes, el Senado era mucho ménos fastuoso, si bien el artículo de su reglamento relativo al *carreton de los muertos*, comenzaba con esta cervantina diccion:—«Antes que *asome la claridad del dia*... harán su viaje los carros de los hospitales con los cadáveres, *precisamente* de los que hubieren fallecido,» etc.

* * *

En cuanto al respeto de esos mismos cadáveres, decia el reglamento lo siguiente, que era demasiado justo, si era posible que tal delito existiese:—«Será castigado como delito de *primer órden* el desnudar los cuerpos de la mortaja que llevan o examinarlos

a este fin despues de enterrados, sea con el pretesto que fuere.»

Precaucion innecesaria! Se ha asegurado que ciertos empanaderos de arrabal hacian el indíjena *pinu* de sus groseros comestibles con la carne de los muertos, i eso que en nuestra niñez pasaba por conseja en todos los colejios, todavía es posible. Pero que un hombre bautizado en Chile le robe su mortaja a un difunto, seria caso sobrenatural. En el Cementerio se roban los mármoles, los fierros, las flores, las naranjas, las piedras; pero lo único que no roba nuestra raza es su propia mortaja, humilde pero bendita.

*
* *

En cambio de esta restriccion, el Senado disponia, que cuando algun magnate fuese estraido de su ataud para ser encerrado en su nicho con su traje civil o relijioso, el cajon quedase *a beneficio de la casa.* El Senado de Chile sabia *destarar* a los muertos como al trigo.

*
* *

Por lo demas, las primeras tarifas eran módicas. Un nicho valia treinta pesos, segun ya dijimos, i una sepultura simple en el claustro que hoi se llama *de las familias*, al poniente de la entrada, cuatro pesos. Sin embargo, a los pocos dias de abierto el

Cementerio, el Senado se vió en el caso de hacer una declaracion sobre aquellos precios, porque los deudos i herederos de los primeros enterrados pretendieron que el importe del carro iba incluso en el del nicho. ¡Oh, santiaguinos! ¿Conque queriais que el boleto del coche del último viaje fuese tambien incluido en la cuenta de la última posada, sin pagarlo aparte al hotelero?

El Senado, volviendo tambien sobre una prohibicion completamente absurda que ningun rigor bastó a esterminar, como mas adelante veremos, otorgó licencia a los deudos para seguir al féretro, con tal que se entendiera que iban como deudos, pero no como acompañantes, o «formando acompañamiento» (1).

* * *

En cuanto a la acertada ubicacion del Cementerio, mucho mas sensata que su lejislacion, tuvo lugar precisamente en el sitio elejido en la primera hora por los conquistadores para la planta de la ciudad que venian de fundar, dando aquella su espalda al Cerro Blanco, que era un baluarte. Mas la aspereza de las breñas del Santa Lucía sedujo con mayor intensidad el ojo del caudillo estremeño, i pasó éste

(1) Acta del 17 de diciembre de 1821.—Archivo del Senado, vol. III. Por esta misma declaracion, se permitió llevar a los párvulos en coches particulares i aun conducir a los adultos desde su casa, con tal de pagar dos pesos mas al conductor por el trabajo de ir en su pobre rocin hasta la casa mortuoria.

con su hueste i sus alarifes el rio. El despojo no habria de ser eterno por esto. I hoi la blanda colina del norte tiene a su pié una ciudad querida i silenciosa que custodia i que domina, como el Santa Lucía tiene la propia suya, ajitada i febril. Aquella mudanza de asiento habia sido una simple permuta de los siglos.

***

El sitio del Cementerio habia sido, por otra parte, bien elejido, especialmente bajo el punto de vista de la hijiene, para su mortal destino, especie de filtro colosal de fibras, músculos i humores orgánicos, en que la materia desligada del alma, se purificaria como ésta, disipándose en el éter de la vasta creacion. El suelo era cascajoso, seco, con mediano declive i, como todos los eriazos en que la alfalfa prospera, susceptible de dar desahogado paso a las emanaciones i a los gases por entre sus grietas.

Fué sensible únicamente que la fábrica del Cementerio no abarcase en su recinto la vecina colina, que habria sido el apropiado claustro de los cementerios, cual el *Père Lachaise* i los cementerios de Paris, de Lóndres i de Nueva York, que han preferido las altas faldas para sus sepulturas, puestas así en mayor lejanía del contacto de los vivos, mejor purificadas, mas solemnemente guardadas bajo la cúpula del cielo: ese al ménos ha sido el principio

hijiénico que ha presidido en los cementerios colosales de *Mont-Mârtre* i *Mont-Parnasse* en la primera de aquellas ciudades, en el de *Kensal Green*, *Norwood* i *Highgate* en Lóndres, i tambien en algunas de nuestras mas conocidas ciudades, como en Valparaiso i la Serena, como en Ovalle i Quillota.

Ese inevitable ensanche ha de venir con el camino de los años, i hoi que se habla de futuras mudanzas, allí está indicado el sitio de reposo para los peregrinos de ultra-tumba, coronándose de blancos túmulos la alta planicie del montículo i trocándose sus profundas canteras en osarios.—«Los caciques y indios nobles—dice Diego de Rosales, comentando en los de Chile la innata propension que nos hace preferir la altura en el último reposo,—para que su memoria quede para siempre, se hacen enterrar en los cerros mas altos» (1).

---

(1) *Historia* inédita, lib. I, cap. XXIX.—Existe en Liverpool un cementerio sumamente pintoresco llamado *Saint-James*, en el cual las sepulturas han sido labradas a manera de nidos en los farellones de una colina, que fué ántes una cantera, como las del *Cerro Blanco*. Las mismas *Catacumbas* de Roma, en que se enterraban a los primitivos cristianos, ¿qué otra cosa eran sino canteras subterráneas? Las Catacumbas de Paris, de cuyo fondo se ha estraido todo el material que ha servido para la edificacion de la ciudad, son hoi inmensos osarios en que millones de cráneos humanos tapizan en caprichosos festones, cornisas, fachadas i columnas, las infinitas bóvedas de aquellas singulares escavaciones.

Análoga propension reina en los Estados Unidos. El cementerio de Filadelfia está situado en una colina encantadora, cortada casi a pico sobre su pintoresco rio Schuykil.—«Ocupa este cementerio—decíamos nosotros de el de *Laurel hill*—un sitio romántico sin ser sombrío, melancólico sin ser lúgubre: el mármol yace aquí i allí, bajo la rama de los pinos; i todo este grupo está suspendido como el jardin de la muerte sobre la atrevida barranca del rio».

*
* *

Nuestros mayores, aleccionados por el pánico de los contajios, cosa en que creian como en la muerte, buscaron solo una lei física para determinar su eleccion:—la «lei del viento dominante».

Tuvieron con esto sobrada razon aquellos sencillos varones, guiados por su recelo i por su instinto. Pero cuando un cuarto de siglo mas tarde, sus sesudos hijos fundaron el Matadero público dentro de un gran cuadro de adobes i de ratones, prefirieron para la infeccion de la ciudad el barrio del sud, que baña durante diez meses del año, el viento de ese compas, dando por única razon que las engordas venian con el mismo rumbo que la brisa... De esa suerte, la sabiduría moderna, aliada de la codicia, sacrificó en esta designacion, amparada por las autoridades que eran tambien partícipes en el negocio, las mas obvias prescripciones de la salubridad pública: el hombre al buei, la luz a la grasa, el aire respirable de los hogares al humo espeso de los

---

El famoso cementerio-comarca de *Greenwood* en Nueva York, es mas accidentado todavía.—«Es un pequeño pais—escribíanos de nuestra visita de hace 24 años—consagrado a los dominios de la muerte, con valles, riachuelos, bosques i pequeñas colinas.—Las tumbas están esparcidas en el espacio de cincuenta cuadras i empleamos algunas horas en recorrer sus principales sitios. Las tumbas están jeneralmente *escavadas* en las faldas de las ondulaciones del terreno en forma de capillas» (*Viajes, etc*).

Es el mismo sistema que rije en la eleccion del terreno de los grandes cementerios de Lóndres como el de Kensal Green, i el que acaba de construir con el costo de *doce millones de francos*, en *Mery sur Oise*, la Municipalidad de Paris (1877).

chicharrones.—Mas sensatos habian sido los rudos ediles que fundaron a San Juan de Dios en lo que era entónces la estremidad oriental de la ciudad, junto al reparo de un peñon.—Mas lójicos, por lo mismo, fueron a su turno los que, como advertencia i reproche de los modernos tiempos, edificaron la Casa de locos, pared por medio con la casa de los muertos.

⁂

Otro error, pero éste fué solo de gramática i de historia: en lugar del nombre llano i comprensivo de *cementerio* que habia sustituido al de los *campos santos* de los antiguos cristianos en Italia, los padres de la Patria, imbuidos en las ideas de Roma i en las lecturas de Rousseau, dieron lugar a que uno de sus secretarios predilectos, empapado en todo lo antiguo, le diese oficialmente el nombre de *Panteon*, que se ha perpetuado hasta el presente dia; en cuya virtud, un humilde eriazo de nuestros arrabales lleva (único en el mundo) el nombre de aquel templo de la gloria, cuyas enhiestas columnas de sublime perfeccion arquitectónica recuerdan todavía en la moderna Roma el poderío de la señora del universo, i del cual los franceses de la casa napoleónica copiaron, siglos mas tarde, su suntuosa Santa Jenoveva, con esta inscripcion en su portada:—*A toutes les gloires de France.*

¿Seria tal vez que con la pompa del nombre quisieron sus iniciadores hacer mas fácil la transicion del potrero al templo, cuya resistian los privilejiados, es decir, los nobles, el clero i especialmente los ricos? (1)

* * *

I ¡hecho curioso! Así como la ciudad orijinaria debió erijir sus vistosas torres i formar con sus hogares

(1) Este nombre de *panteon* fué i es todavía esencialmente santiaguino en su orijen i en su absurda aplicacion. Ni Cárlos III ni Cárlos IV en sus diversas pragmáticas, inspiradas por sus adelantados ministros Aranda i Florida Blanca, especialmente en las reales cédulas de 1790 i 1804, de que arrancaron su orijen estas instituciones en España i en la América española, mencionan la palabra *panteon*, ni tampoco la empleó el Congreso de 1811, ni el Triunvirato de 1813, ni tampoco el Senado de 1819 en su senado consulto de ereccion del Cementerio. Al contrario, en todos los casos hablan esos altos cuerpos del Estado solo de *cementerio*.—«Cementerio público fuera de la ciudad,» dice el decreto de Infante, Eyzaguirre i Perez de 6 de julio de 1813, en que se mandó fundar aquel establecimiento por medio de una *suscricion pública* (razon indudable por la cual no se fundó).—«Hallándose el Senado en su sala de acuerdos i de sesiones estraordinarias—dice el auto de fundacion de 26 de agosto de 1819, al cual el director O'Higgins puso, dos dias despues, la providencia de *Conformado*,—se volvió a discutir la ardua e interesante empresa sobre formacion de *cementerios* que ya se habia tocado en otras ocasiones,» etc. Lleva este notable documento las siguientes firmas: *Perez—Alcalde—Rosas—Cienfuegos—Fontecillas.—Villarreal* (secretario).

Pero todo esto no obstante, desde que se adquirió el terreno de la *Cañadilla* se comenzó a repetir aquel nombre vagamente, así como en la *Gaceta de gobierno* se daba el nombre griego de *Necrolojía* a la lista de defunciones ordinarias, hasta que un ministro de Estado consagró oficialmente el vocablo popular i disparatado.—«En toda ciudad o villa—decia el decreto de don Mariano Egaña, ministro del jeneral Freire, de 31 de julio de 1823, que hizo esclusiva a toda la República la reforma de Santiago—se formará un *panteon* fuera de la ciudad.» Por manera que fué don Mariano Egaña, imbuido en las ideas greco-romanas de su ilustre padre, el que hizo aquella trocatinta. Solo en los últimos años (desde los aranceles de 1857) volvemos a encontrar usada con propiedad la palabra *cementerio* público.

festiva cintura a la colina de Rodrigo de Quiroga, así debió ser el *Huelen* sagrado de los indíjenas el verdadero *Panteon* de Chile i de sus lejítimas glorias. Tal fué, al ménos, el pensamiento del alto majistrado que fundó el Cementerio de Santiago en los precisos momentos en que organizaba su patria libre e independizaba con nuestra jóven bandera, otras naciones del Pacífico:—el ilustre O'Higgins. Era la idea de este grande hombre, segun su biógrafo, confidente i «hermano de leche»—el canónigo don Casimiro Albano—edificar en la cima de aquel montículo una *Necrópolis* que recordara en su portada «todas las glorias de Chile» i diera albergue entre sus rocas de duro basalto, a los huesos de sus grandes ciudadanos.

La pequeñez de los espíritus i de los recursos no dió lugar a tan señalado monumento. ¡Pero en cambio, se arrojaron en el sitio que le habia sido destinado, con desden i casi con horror, los huesos de los protestantes, aplicándose el nombre simbólico i grandioso de *Panteon* al humilde osario de la Cañadilla.

*
* *

No obstante los embarazos, luchas, absurdos i porfías a que toda innovacion da nacimiento, especialmente en los pueblos de naturaleza esencialmente estacionaria, como el de Santiago, el Cementerio se inició con marcha de prosperidad desde

que las sepulturas recibieron a su puerta el primer féretro de pago. La cosecha de la muerte no reconoce buenos ni malos años, como la del trigo, porque su hoz implacable completa siempre en todas las estaciones las gavillas de su perenne tarea. El 1.° de abril de 1822 habian entrado ya en su recinto 995 cadáveres, de los cuales 87 eran de pago (546 pesos). Estos eran el grano de la siega; los demas eran la paja que en lo oculto de la noche acarreaba, rechinando sobre mal aceitados goznes, el «carreton de los muertos».

*
* *

Con este aumento de rentas sobre la del «real i medio de nieve» i la cuartería de la Caridad, el infatigable administrador del Cementerio habia logrado reedificar las paredes de circunvalacion sobre las antiguas tapias del potrerillo de los canteros; i por esos propios dias, a entradas del invierno de 1822, mostrábanse ya a una vara de altura sobre la superficie del suelo, los muros de la iglesia octógona que habia trazado, con mas que mediano gusto para su época, el arquitecto don Vicente Caballero. Detalle característico: al constructor científico de esa obra no le pagaron su salario en dinero: pagáronselo con una sepultura para él i para sus descendientes.... El *Panteon* iba haciéndose así una especie de banco hipotecario de la muerte, que cancelaba sus obligaciones emitiendo cédulas a perpetuidad.

Sucedia esto por el mes de junio de 1822.

*
* *

Pero hé aquí que, habiendo llegado a noticias del cabildo de Santiago que «los cierros» del Cementerio estaban concluidos, i juzgando que esta medida, que ponia apénas a cubierto los cadáveres de ser profanados por los perros, por los ladrones nocturnos i los «empanaderos»... era todo lo que se necesitaba para considerarlo como terminado, acordó retirar a la Comision de fábrica el auxilio de sus diez i seis porciones de nieve, que valian tres pesos diarios.

Promovióse con este motivo un acalorado debate entre el Municipio i el administrador del Cementerio, en que al fin triunfó este último, amparado en su real i medio, por un auto espreso del Gobierno bajo el ministerio Campino (setiembre de 1825).

Apresurémonos a agregar, en obsequio de la justicia, que los cabildantes daban por razon de su despojo, que no pretendian reivindicar el real i medio de nieve para sus despensarías, sino para hacer traspaso de ese derecho al Hospicio. I francamente, confesamos que nunca hemos dudado de la sinceridad de aquel propósito, porque ya hemos dicho que la novedad ocurria en el corazon del invierno... ¡I qué invierno!

Séanos permitido tambien agregar aquí, en abono i alabanza del reseco esófago de nuestros mayores, que no habia introducido todavía la elegante i

económica moda (que por ámbas cosas cundió rápidamente en Santiago) de beber los *helados en platillos*, el primer cónsul jeneral de Francia Mr. Lacanthon Laforest, de famosa memoria por esto i por su doble saqueo. Antes de 1829 los santiaguinos tomaban los helados en vaso, cuando no en jarros o en cántaros—Por esto el tono i el refran es todavía decir con marcada i peculiar énfasis:—«Mozo! Un vaso de helados!»

*
* *

Pero la sed o la beneficencia de los ediles no duraria sino lo que la sed de los israelitas en su marcha a traves del cálido Desierto, porque cada rejidor asiéndose de su vara cual Moises en la roca de de Oreb, hizo que la nieve volviera otra vez al recinto de la edilidad i de sus enjutas fauces. Un dia, en efecto, a la postre del caloroso verano de 1824, cuando los contratistas de la «nieve del Panteon,» que así se llamaba la de los helados en los cafées i fondas de la ciudad, enviaron sus angarillas a la puerta de la *Nevería*, recibieron la notificacion i el desahucio de que las diez i seis raciones no corrian ya en beneficio de los muertos, por no necesitarlas, sino de los que vivian asándose al sol. Tuvo lugar este curioso despojo el 1.° de marzo de 1825, i aun cuando el administrador Valdivieso dió personería a las sepulturas i puso gritos en el cielo, los ediles no cedieron un punto en su resolucion.

Mas que esto: no contentos con arrebatar al *Panteon* sus diez i seis raciones propias, le quitaron tambien la totalidad de las que le habian cedido los demas agraciados del Estado, por un acalorado acuerdo del 7 de octubre de 1828, es decir, en la víspera de comenzar «las calores» del estío.

Las razones que dieron los ediles para aquel estraño procedimiento, no eran malas porque eran razones locales, es decir, santiaguinas, como la de que, vendiendo los muertos la nieve mas barata que el contratista i arrendatario de la Dehesa, los santiaguinos no compraban sino aquélla, ademas de que ellos no negaban el derecho del real i medio a las autoridades (¿i cómo habian de negarlo siendo derecho propio?), sino el *traspaso*. Por lo cual, con el camino de los años, volvió el hielo a los cubos de la edilidad; pues tal lo conocimos nosotros en la niñez en ciertas casas donde hacian helados diariamente, desde noviembre a abril. El cabildo no se habia acalorado por el *peso* sino simplemente por los *real i medio* i en el fondo no era la suya cuestion de nieve sino simplemente de calor...

*
* *

Consolóse sin gran tardanza el atribulado administrador del Cementerio, de aquellas iniquidades del estío, porque los muertos continuaban llegando mas aprisa de lo que él se habia imajinado. Un año despues del derretimiento de la nieve del cabildo,

ya las entradas de las sepulturas balanceaban los gastos del servicio, que entre capellanes, carretoneros, peones i mulas, eran de 1,071 pesos siete i medio reales (1). Por manera que las rentas propias i antiguas serian para el adelanto de los edificios, las plantaciones i la iglesia.

* * *

De este modo, *diez años* despues de comenzada la fábrica del Cementerio, estaba ya techada su iglesia, es decir, su santuario, pero aun carecia de tejas i de entablado.—«A fuerzas de *trazas*—decia el verídico administrador en una nota inédita al Gobierno, fecha 7 de febrero de 1829—i de arbitrios de la mayor economía tengo ya *casi* en estado de tejarse la capilla, pero me falta el entablado»....

A fin de procurarse este último indispensable complemento, vínose a las mientes del doctor Valdivieso (al cual como a doctor no le faltarian «trazas») una idea preregrina cual la de la nieve, i que le salió tan bien o mejor que ésta.

I fué de esta manera:

* * *

Por aquellos benditos años no habia en Chiloé sino un solo numerario,—el de las tablas de alerce;

(1) La renta del Cementerio por todos capítulos fué de 5,934 pesos en el bienio de 1829-31 (libros del Cementerio).

por manera que el que queria comprar en Castro o en Ancud medio real de azúcar para su mate, mandaba al bodegon vecino o lejano una tabla, i el que se animaba a echarse encima un mazo de tabaco saña, se ponia de antemano sobre los hombros una carga de diez tablas, i llegaba trotando al estanco...

De esta suerte, la Factoría jeneral de Santiago habia logrado reunir en sus patios una buena suma de aquellos libramientos a la rústica, que eran los jiros postales de esos buenos tiempos en que la plata era de *cara* i *cruz* i el oro de *onzas narigonas*, con la esfijie de Borbon. Llegó a noticias del administrador del Cementerio, por algun acaso, aquel hecho venturoso; despertósele la codicia; pidió al gobierno la madera inútil; diósela éste, o mas bien, se la otorgó en venta (que no podia a la vez dar palos i vender tablas) a cuenta de un atraso de 285 pesos en el pago de sus sueldos de juez de letras, i con esto tuvo la capilla octógona del Cementerio el techo de alerce de Chiloé que todavía luce.

***

Estaba mui léjos de presentar la capilla actual del Cementerio en aquel tiempo de pobreza i de mal gusto, dos cosas que heredamos de España por línea de varon,—el aspecto sencillo, austero i apropiado que hoi ofrece con su altar central adornado de una sola cruz, i las imájenes de gozo i dolor que so-

bre sombrío lienzo la última, sobre vistosa tela la primera, han copiado mediocres artistas de los orijinales de Jerôme i de Murillo.

La famosa Asuncion que el mariscal Soult «se robó» de la catedral de Sevilla, i que vendió despues al gobierno frances para el Louvre, donde se halla, en setecientos mil francos, está en el altar de la derecha. El Cristo en la agonía, de Jerôme, a la izquierda.

*
* *

En su primera época, la capilla habia sido recargada de artesones, dorados, salomónicas i todo el bagaje de la arquitectura relijiosa española i «churrigueresca» del famoso don José de Churriguera. En el altar mayor, cuya mesa de sacrificio era «asepulcrada,» ostentábase sobre una peaña jaspeada al óleo, una imájen de bulto de Nuestra Señora del Cármen con su escapulario, último refujio de las ánimas benditas.

El altar de la derecha estaba consagrado a la Asuncion, la cual veíase rodeada por los Doce apóstoles i las *Tres Marías*, todo de pincel quiteño en un cuadro plateado. A la izquierda, el *Desposorio*, de la misma escuela.

Habíanse estraido estos cuadros del antiguo claustro i casa de ejercicios que los jesuitas tuvieron en la Ollería, i que el fraile Beltran habia convertido

desde 1817, en la activa maestranza de las armas de la Patria. Hizo la eleccion, «como entre peras,» en aquel arsenal de Quito el administrador Valdivieso, acompañado de su hijo don Rafael Valentin, en calidad de aficionado o de perito; i como si el último hubiese previsto su destino, aunque no vestia todavía sotana, apartó tambien un buen número para la Casa de San José, que en esos años construia para su vivienda, seminario i «casa de ejercicios,» su predecesor el arzobispo Vicuña, simple clérigo a la sazon.

Era este el procedimiento que en Chile se ha llamado «desnudar un santo para vestir a otro,» i ojalá que solo con los santos se pusiera en obra refran tan ominoso! Pero es lo cierto, que de esa suerte pasan las cosas de la tierra; i así, cuando edificaron la Catedral, vistiéronla con los santos de la Compañía de Jesus, como que todavía se conserva la mas señalada muestra de ellos en el curioso altar churrigueresco llamado de «Los cinco mejores».

Los dos cuadros que hoi adornan las desnudas paredes de este recinto, que es el diario punto de cita de tantos tristes adioses, fueron comprados por el presente administrador del Cementerio, hace veinte años, a la casa de Lequellec i Bordes por la suma de trescientos pesos, despues de un «regateo» que duró varios años, desde mil pesos. El altar mayor, que no es de mal gusto, corresponde a la administracion del señor García de la Huerta; i aunque

pudiera sustituirse en él como en el del Cementerio de Lima, la madera por mármol, no está mal como está con cierto aire protestante, que de todas suertes es algo mejor que el de nuestra escuela iconoclasta, ocupada en desnudar i vestir santos.

Las inscripciones que rodean el piso de la cúpula son tambien de estilo bíblico, i cual las habria dictado de mil amores nuestro amigo el doctor Trumbull.—*Pax meus Deus in æternum* (Psalmo, 72).—*Justi in perpetuum vivent*—(Sap. cap. V).

* * *

El servicio eclesiástico i sagrado del Cementerio habia sido confiado, segun ya tenemos noticia, por el reglamento de 1821, a dos capellanes que se alternaban en el altar i en la fosa, i a un *conductor* o eclesiástico encargado de percibir los derechos i de acompañar los cadáveres, fuera desde la iglesia de la Caridad, donde eran depositados en los primeros tiempos, fuera desde su domicilio, segun comenzó a ponerse desde temprano en práctica. No habrá olvidado el lector que esta innovacion importaba solo dos pesos a los dolientes, cuyas monedas ponia en su bolsillo el conductor, como el leguario de la muerte, por las pocas cuadras que le era forzoso andar al pié del cadáver: el salario de los médicos que despachaban éste, era cuatro veces menor.

La oficina del *conductor*—nombre que hoi tiene

mas apropiadamente el que lleva a los vivos en convoi—existia en uno de los cuartos redondos de la Caridad, i era allí donde se pagaban los 30 pesos del *nicho.*

* * *

Digamos aquí de paso, que el primer conductor, colector i ecónomo del Cementerio fué un clérigo llamado don José Lucio Fuentes, que tal vez era fuerte en cánones o en teolojía, pero que en notas oficiales solia escribir *niños* por *nichos.* Privado del uso de la pluma por una parálisis en 1830, entró a reemplazarle por algun tiempo, el mas tarde célebre fraile franciscano frai Berardo Plaza, provincial de su órden, rebelado contra el arzobispo, i maestro del fiscal i rejente Mujica, que en su escuela aprendió su aversion a los «morados»....

* * *

Los primeros capellanes fueron el ya mencionado cura Valero i don Manuel Nuñez, que traspasaron su herencia, hace cuarenta i tantos años, al actual i conocido capellan Coro, condiscípulo del arzobispo de Santiago, ordenado en Lima, i que pasa su vida rezando i cantando salmos i responsos. Antiguamente habia en la capilla del establecimiento un pequeño coro para aquellos objetos; pero desde que entró a servirla aquel sacerdote, tal construccion

estaba de mas... El capellan Coro es nieto de jenoves i tiene toda la vivacidad e insinuacion de su raza liguriana, fuera de que le ordenaron en la amable i zalamera corte de Lima.

*
* *

Era la principal obligacion de los antiguos capellanes decir la diaria misa de difuntos, cien de las cuales corresponden todavía al alma del difunto O'Higgins i su esposa; rezar las preces en las tumbas, i especialmente llevar el rejistro de las sepulturas, como el conductor debia llevar las cuentas de las entradas. No cumplia, al parecer, este último afan con la debida puntualidad el colector Fuentes, i daba por disculpa que habia semanas *en blanco* para la caja, como era en realidad el hecho. Los muertos de Santiago habian inventado una palabra para pasar gravemente i sin pagar, los umbrales de este mundo, i así como se acostumbraron a llamar *Panteon* al soto de los bueyes del Cerro Blanco, así denominaron *solemnidad* el privilejio de ser enterrados sin pagar derecho. De modo que en Chile, ademas de los «pobres de espíritus» i de los «pobres vergonzantes,» hai tambien, desde que se cavó el osario del Cementerio, *pobres solemnes*. Es escusado decir que el conductor Fuentes no era adicto a este jénero de solemnidades.

El primer mayordomo del Cementerio se llamó

don Julian Sanchez, padre del asiduo i escelente «don Luis,» su heredero, que allí reside como si fuera un mausoleo vivo, esto es, sin moverse ni de dia ni de noche, penen o no penen los muertos. Don Luis Sanchez nació en el Cementerio i será el único de su jeneracion que no necesitará hacer viaje para ir de su cama al sepulcro: para esto le bastará darse una vuelta como para cambiar de postura.... ¡Dichosa perspectiva!

*
* *

En la forma primitiva del Cementerio se adoptó, a ejemplo de los de Santa Paula en Méjico, de el de la Habana, manchado hace poco, por inhumana inmolacion, i el de Lima, que era nuestro inmediato modelo, el sistema de nichos de adobe i de ladrillo, que fueron construidos en varias hileras en el sitio que hoi ocupa el jardin enladrillado tras de la capilla: esos eran los nichos que el capellan Fuentes llamaba *niños*, de todo lo cual tenemos ya dada noticia.

Mas, fuera que su mala construccion no les diese consistencia o resistiesen mal a la intemperie i los temblores, hízose preciso abandonar ese sistema por el de las sepulturas al ras de la tierra, que esa es la verdadera huesa del hombre.

*
* *

Tuvo lugar este cambio en 1832, i con este mo-

tivo se estrajo de la pared en que acababan de ser depositados con gran pompa, los huesos de los infortunados Carreras, los cuales, como los de Francisco Pizarro en la sacristía de la Catedral de Lima, pasaron varios años dentro de una urna en la Recoleta dominicana. Hoi reposan reunidos con los de su hermana Javiera, que era el complemento de su vida i de sus nombres, «los Carreras,» bajo las bóvedas de la Catedral (1).

En el sitio de los nichos se tuvo la feliz idea de formár un jardin, cuyo ambiente purificador embalsama i limpia el hálito helado i letal de las sepulturas.

*
* *

En pos de los nichos habian edificado sus osarios las órdenes terceras de los cuatro conventos masculinos de Santiago, adquiriendo aquel sitio de preferencia, a título de fundadores, por los anticipos de dinero que hicieron a cuenta de cadáveres. Hubo convento, como el de San Agustin, que pagó hasta doscientos pesos por su osario,—harto mas humilde precio, empero, que el de uno de sus primitivos

(1) El decreto para deshacer los nichos de las *terceras*, tiene la fecha de 18 de diciembre de 1832, i la órden de depósito de los huesos de los Carreras, junto con los del obispo Aldunate, el presidente Ovalle, etc., la de 26 de febrero de 1833.

Los nichos que no fueron completamente demolidos, quedaron inutilizados por los grandes aluviones de 1833, año que se recuerda como el mas lluvioso de Chile, despues de el de 1877.

bienhechores que les dió una estancia (Longotoma) por un palmo de suelo al pié de sus altares.

No se mostraban en demasía cuidadosos los buenos padres de sus propias sepulturas, como en realidad no lo habian sido de las que vendian a los fieles en el presbiterio de sus templos. Hubo una ocasion en que el administrador del Cementerio se creyó obligado a notificar al padre-ministro de San Francisco, que no le seria posible recibir un solo cadáver mas de su hábito, porque los que existian en el pequeño claustro emparedado que les habia sido vendido, no estaban todavía «deshechos». A esta curiosa observacion contestó el espedito padre-ministro, que a la sazon lo era frai José Antonio de la Torre Espinosa i Saravia, con la siguiente receta, mas curiosa todavía: «El mal está remediado—decia el padre-ministro al administrador—con dar U. permiso a mi secretario don Joaquin Iglesias para que pase mañana al Panteon, i *cubra con cal* todos los cadáveres: que así quedarán *disueltos en poco tiempo*, i *en lo sucesivo* se hará lo mismo *con todos los que se entierren*». De modo que los pobres franciscanos hacian el viaje a la eternidad blanqueados como las paredes del diezíocho ántes de la crísis...(1)

No estaban tampoco obligados todos los frailes

(1) Comunicacion inédita del 17 de agosto de 1834, conservada orijinal en los libros del Cementerio.

a hacer el viaje del Cementerio, sino aquellos que tenian sus claustros en el riñon de la ciudad. Al contrario, el gobierno de los pipiolos, que fueron los inauguradores prácticos del Cementerio, trató siempre con la mayor liberalidad todas las cuestiones de enterramiento, que solo en estos últimos años han tomado el triste carácter de luchas de sectarios. El jeneral Pinto, por el órgano de su ministro del interior don Cárlos Rodriguez, no solo dió permiso a los frailes de la Recoleta dominicana para construir un Cementerio propio, sino que autorizó se estrajesen de sus fosas las monjas de los siete monasterios que al principio, segun vimos, en obedecimiento a la inexorable ejecucion de la lei, habian sido allí sepultadas (1).

(1) Estas licencias fueron dadas el 18 de enero de 1828 para tres monjas Clarisas i una del Carmen Alto, i el 28 de marzo del mismo año, para varias otras.

A fin de que se note con asombro de nuestro réjimen moderno, que es todo de riñas sin sentido cuán sencilla se hizo para nuestros mayores esta cuestion de cementerios, i cómo por un simple decreto gubernativo se concedian autorizaciones para hacerlos privados, consultando solo la razon primordial de la salud pública, reproducimos en seguida el siguiente documento, que existe orijinal en los libros del Cementerio.

«Santiago, 15 de julio de 1829.

«Con esta fecha S. E. el vice-presidente de la República se ha servido espedir el decreto que sigue:

«Atendiendo a que la distancia que media desde el centro de esta poblacion a la Recoleta Domínica es casi la misma en que se halla el Panteon jeneral, i a que uno i otro edificio están situados en igual direccion, el gobierno tiene a bien conceder a los relijiosos del mencionado convento el permiso que han solicitado para formar en él un cementerio destinado esclusivamente a los individuos de su comunidad que en adelante fallecieren.—Comuníquese a quienes corresponda.

*
* *

I de este saludable ejemplo de sana tolerancia, que dabán al pueblo las autoridades civiles, no desdecian un punto los mas ilustres prelados de la iglesia, sobre lo cual hubo un caso digno de ser recordado.

Cuando la amante viuda del coronel Tupper quiso, en 1833, depositar en lugar sagrado los restos de su heróico esposo, recojidos del campo carnicero de Lircay, suscitóse una cruel duda sobre si las cenizas del glorioso mártir podian descansar, a título de relijion i estranjerismo, en suelo sagrado. Pero el obispo electo a la sazon encontró una solucion sencillísima a aquella dificultad que hoi seria, despues de medio siglo de así llamado progreso, una montaña de controversias i de escándalos: exijió únicamente que se certificase que Tupper habia sido casado con esposa católica i conforme a los ritos de ésta; i cuando le llevaron la informacion del caso, redactó la siguiente nota, que no solo era una cuerda providencia sino un ejemplo cristiano:

«Vicario apostólico:

«Santiago, febrero 1.° de 1833.

«La certificacion que Ud. me acompaña i devuel-

«I en su cumplimiento lo trascribo a V. para su intelijencia i fines consiguientes.

«Dios guarde a V. muchos años.

Cárlos Rodriguez.

Al Administrador del Cementerio.»

111

vo *es bastante* para dar sepultura a los huesos del finado don Guillermo Tupper, segun lo solicita su viuda doña Isidora Zegers.

VICARIO APOSTOLICO (1).

Al Administrador del Panteon Jeneral."

*
* *

En lo que el gobierno ejercitó desde el establecimiento del Cementerio, una intolerancia arisca i casi despótica, pero sin el menor fruto ni humano ni divino, fué en la pompa de los funerales, porque los chilenos parecian dispuestos a dividirse, en presencia de los muertos i sus atavíos, en solo dos grandes categorías,—los pobres de solemnidad i los ricos con solemnidad. Porque miéntras mas solemne era el aparato de *tocuyo* pintado al óleo i de carton sobredorado, tras del cual los deudos i los amigos ocultaban los unos sus lágrimas, los otros sus herencias, mas larga canda de habladuría quedaba tras del fúnebre carro. *El llanto sobre el difunto*, era el proverbio antiguo. Por esto nuestros abuelos alquilaban lloronas i nosotros orquestas...

Por lo demas, para estirpar el nativo e inveterado lujo santiaguino de Santiago, seria preciso dictar,

---

(1) El vicario apostólico era don Manuel Vicuña, a la sazon obispo electo de Ceram.—(Libros citados del Cementerio).

como Heródes, un decreto de degüello universal. Lloraba a lágrima viva el candoroso padre Ovalle, hace de esto mas de dos siglos (1640), sobre el lujo de las damas santiaguinas, i especialmente a propósito de un embeleco que solo el diablo pudo traer a esta colonia, cual fué el de los *quitasoles*. —«I si en la vanidad i ostentacion se moderaran algo—decia de los santiaguinos otro jesuita, algo mas tarde (1674),—fueran mayores sus caudales; pero como hai mucha jente principal i *ostentativa*, por no quedar cortos en las *ocasiones públicas*, gastan liberalmente i nunca salen de empeños pagando por las *matanzas* con voluntad cuanto han gastado en lucimientos i fiestas públicas i adornos de sus personas i familias.» (1)

Poned «cosechas» donde dice «matanzas,» i allí tendreis en el siglo XIX el retrato vivo del siglo XVII, i vice-versa: ¡tan cierto es que los siglos no son sino el espejo sucesivo en que la humanidad, eternamente la misma, se mira, se adereza, se pinta i se muere!

*
* *

En el principio, los cadáveres, clavados a martillo en toscos ataudes, eran llevados a la iglesia de la Caridad como en depósito, segun dijimos, para ser enterrados a medianoche a la luz de los faroles.

---

(1) Rosales—*Historia de Chile*, lib. II, cap. II.

Mas, habiendo solicitado aquel *De profundis* de la aristocracia santiaguina (despues de haberlo sido de los ajusticiados), para una escuela de mujeres, el ministro Echeverría en 1822, se adoptó la laudable costumbre del viaje directo i a la luz del dia, del hogar al sepulcro, que restituia a la muerte uno de sus mas grandes i queridos atributos,—la simplicidad.

*
* *

Pero aquella costumbre del entierro del hogar, que era en sí misma una prueba evidente de civilizacion, de respeto sincero por los muertos i de cortesía para con los vivos que viven de sus horas, encontró una singular resistencia de parte de la autoridad local, en esta ocasion tan intrusa como absurda. Llevó la última su desman, en esta vez, hasta prohibir el acompañamiento en carruaje de los cadáveres, i lo que era todavía mas estravagante, las inhumaciones a la luz del dia.—«Este *gobierno*—decia con tanta énfasis como pobre sintáxis, el intendente de Santiago don José Santiago Luco, el 5 de diciembre de 1827—ha visto con el mayor sentimiento repetirse en estos dias la conduccion de cadáveres al Panteon, i una ceremonia que por su naturaleza debe ser la mas triste para los dolientes e igualmente un recuerdo para los espectadores de la nada a que todos hemos de ser reducidos, se ha conver-

tido en *un paseo* en que la emulacion porfia por sobresalir en acompañamiento de carruajes i demas aparatos.»

I esto se decia cuando no habia ni siquiera seis carrozas en Santiago, i apénas unas cuantas docenas de calesas tiradas a mula! I hoi que sobre el viaje de la víspera a la iglesia, para revivir el antiguo *De profundis*, ha de seguirse el viaje de la mañana hasta otra iglesia, la misa de dos horas, los templos enlutados por contrata, las músicas, los cantos, los cirios, las silletas alquiladas junto con la paciencia i el tiempo de las jentes, gratis las últimas... I en seguida otro tercer viaje, que no es el último, al túmulo de liso mármol en que se rezan los últimos responsos, i todavía el postrer itinerario de la tumba, único verdaderamente tierno i cristiano, ¿qué no habrian dicho, si tanta era la ira que despertaba en el pecho de los majistrados la inocente emulacion de las calesas?

Hoi, en que todos vivimos i morimos tan aprisa, se ha inventado el procedimiento de la pira a fuego lento: cinco horas es el usual presupuesto del centenar de entierros solemnes a que por años asistimos. . .

Eh! jentes que vivis de malhadadas pompas i de póstumas vanidades, dejadnos llevar vuestros muertos de su lecho a la tumba, sin suntuosas posadas en la corta ruta, pero al paso lento del dolor, a fin de que la vista del carro transparente que hoi

llevan dos mulas blancas al trote, infunda en el pueblo el sentimiento de la veneracion por el *mas allá* de ese último viaje, i no quede como hoi entre los vivos otra memoria del lance matinal que la cuenta de las «cuadras de coches» i de los millares de velas en las iglesias, convertidas en teatros enlutados a tanto el metro i la silleta!...

*
* *

En todas las ciudades de Europa, escepto las grandes capitales, en razon de las largas distancias i los tropeles de la via, los convoyes fúnebres marchan a pié, en profundo i respetuoso silencio, con las cabezas descubiertas el príncipe como el labriego, i no son escluidas las mujeres, porque no puede secuestrarse por decreto ni el corazon ni las lágrimas de las madres, de las esposas, de las viudas, de las desposadas mismas. Resuenan todavía en mi corazon de hijo los sollozos i las esclamaciones de una jóven de bellísimo rostro, que el dolor—este gran artífice del encanto femenino—realzaba en el momento en que abriendo un sepulturero el verde césped del cementerio de Greenwood, en Nueva York (1853), daba el último beso al ataud bendito de su padre.—*Father! O my father!* (1)

(1) Véase *Viajes*.—Se habrá echado de ver que en este ensayo no decimos una sola palabra del Cementerio protestante de Santiago, anexo

Pero en esta mota de tierra castellana en que vivimos, mojada en agua bendita, que no en lágrimas, todo eso, que es la naturaleza, el cielo, Dios, la Eternidad, está suprimido. Un paño de terciopelo negro franjeado de plata i galoneado de cera, ese es el ideal del adios que los que se quedan dan todavía, por moda, a los muertos queridos o simplemente a los muertos poderosos.

* * *

No hai para que agregar aquí que el mandato del intendente Luco, no obstante su tono imperioso i aun sultánico, para enterrar los cadáveres solo de noche, no tuvo cumplimiento un solo dia, o como seria mas propio decir, ni una sola noche. Las calesas siguieron congregándose a la casa del muerto, como era de costumbre i lo es todavía en los matrimonios i en los bautizos solemnes o queridos. No hai mas diferencia de aquel tiempo al presente, que la del vehículo, porque la criatura es una e invariable. Nuestros antepasados nacian, se casaban i morian en calesa. Nuestros hijos llevarán sus novias al templo i nuestros féretros al cementerio en coches, —cómodas berlinas de doble suspension i doble uso, que en la madrugada se cierran para el luto i en la tarde se abren para el Parque. . .

---

al Cementerio jeneral. Pero esto es porque tenemos el propósito de consagrarle un trabajo por separado.

***

Tan infructuosos como esos esfuerzos fueron los que en 1842, hizo el intendente Cavareda para suprimir o minorar las procesiones de coches, lo cual era tan insensato como suprimir el prestijio, la amistad, la memoria i la vanidad misma de los hombre (1).

***

Por esta misma época, el Cementerio renovó todo su equipo, comprando un coche de cuatro ruedas, cubierto de colgaduras de terciopelo, con galones de plata i cuatro llorosos plumeros en sus ángulos. Costó este primer carro de primera clase 600 pesos pagados a plazo al comerciante don José Melian, antiguo comandante de Granaderos a caballo, i no fué aquel precio ni barato ni subido, porque el terciopelo era de algodon (pana), los galones de plata falsa, i el pago continjente, a cuenta de los muertos que fueran viajando con su vanidad bajo plumeros; 300 pesos al contado i el resto con el diez por ciento de los ataudes. Cada viaje redondo de los plumeros valia diez pesos. El carro de gran gala, que un ministro de Estado llamó en una nota oficial «el carro magno,» fué comprado en 1838, i ese costaba

(1) El intendente Cavareda, mas violento que su predecesor, llegó hasta dar órdenes terminantes al administrador del Cementerio a fin de que si

una *onza de oro* porque tenia docena i media de plumeros. Todos eran tirados por mulas, como lo son todavía, cual el coche del Santísimo,—simple herencia de las antiguas calesas i caleseros.

*
* *

Perfeccionado poco a poco el establecimiento del Cementerio, mediante la laudable consagracion de su fundador, juzgó el Gobierno llegado el momento de darle cierta organizacion administrativa, i dictó su segundo reglamento el 30 de agosto de 1832, vijente en gran parte todavía.

Aunque revestida de cierto misticismo i saturada en cada artículo de un *asperge* de agua bendita, aquella reglamentacion no carecia de método i de liberalidad. Los capellanes debian rezar todas las noches el rosario acompañados de los sepultureros i conductores de los carros i carretones. Los entierros debian hacerse forzosamente entre las doce de la noche—la hora de las ánimas—i las cinco de la mañana—la hora de los brujos. Pero al propio tiempo, se otorgaba con cierta llaneza, en esa época de

el cadáver para que habia sido solicitado el coche de primera clase no era entregado a las cinco de la mañana, es decir, ántes de amanecer, se volviese sin él al Cementerio... (Decreto de 20 de agosto de 1842.)

El intendente Luco, cargando la mano sobre los pobres cocheros, los habia condenado a cuatro horas de presidio si quebrantaban aquella órden.

De aquí provino que aunque el cadáver era sacado solitariamente de noche, no por esto dejaban de reunirse los deudos i amigos en la casa

rutinas españolas, el título legal de la última posada del hombre en su peregrinacion, larga o breve, desventurada o dichosa. Cada sepultura de dos i media varas de largo, una de ancho i dos de profundidad costaba tres pesos, i esta es la tarifa que rije todavía. La sepultura de familia con derecho a ascendientes i descendientes sin límite en el número, veinte pesos por aquella misma medida, lo que hace que cada bóveda cueste de cien a ciento cuarenta pesos, porque es preciso adquirir en un mismo plano seis a ocho aposentadurías. En el cementerio de Lima cada vara cuadrada importa *doscientos pesos*... El privilejio de erijir un mausoleo costaba cincuenta pesos adicionales, que fueron rebajados a treinta pesos en 1844, i la exhumacion de un cadáver solo esta última suma (1).

Este reglamento i esta tarifa tienen la firma del ministro Tocornal.

---

mortuoria i de allí se dirijian en convoi al Cementerio: prueba de que no hai lei ni castigo humano suficientemente poderoso para destruir las leyes de la naturaleza i el corazon.

(1) Uno de los primeros casos de exhumacion de que hai noticia en los libros del Cementerio, es la del memorable capellan de las Claras don Francisco Cortés i Cartavia, la cual se hizo por una suscricion pública. Las partidas del caso que hemos copiado de los rejistros del Cementerio, dicen así:

I Partida—«Julio 31 de 1833. Recibí treinta pesos. Veinte por una sepultura perpetua para el cuerpo del presbítero don Francisco Cortés i diez por el carro de primera clase.»—*Valero.*

II Partida—«Febrero 24 de 1835.—Se concede la exhumacion del cadáver de don Francisco Cortés al presbítero don Justo Pastor Agote, con rebaja de veinte pesos que habia pagado por sepultura perpetua.»—*Tocornal.*»

La jente de nuestra tierra no olvida nunca el *vendaje*, o como los indíjenas, nuestros maestros, decian,—«la coima.»

*
* *

Por el art. 23 del reglamento que todavía rije, era prohibido en lo absoluto la trasmision del derecho de sepultura a un tercero,—limitacion civil, teolójica o de ámbos caractéres a la vez, que no tenemos para qué tomar en cuenta, pero *limitacion* evidente que por nadie fué objetada.

Dos años mas tarde, sin embargo, se dió cierto derecho de comunidad en las sepulturas, siempre por la autoridad civil, que era de buen augurio para el pacífico desenlace de cuestiones que la buena fe hará siempre sencillas; i como el decreto que tal dispuso rije todavía con fuerza de lei i es desconocido por los mas, lo copiamos en seguida a fin de completar en sus puntos esenciales la lejislacion que impera en esa nacion muda, inerme i profundamente amada de unos, pavorosamente temida de otros, que hemos denominado, por su comunidad universal, la *Ciudad de los muertos.*

«Núm. 74.

«Santiago, abril 12 de 1834.

«Considerando que la *reunion de distintos cadáveres en una misma sepultura* al paso que economiza el terreno de la casa del Panteon, es sin perjuicio de la salud pública, vengo en declarar que no obstante la prohibicion del artículo 24 del reglamento

de aquel establecimiento, puede admitirse cadáveres *de personas estrañas*, en sepulcros que por su título correspondan a familias determinadas, pagándose por los interesados el derecho de veinte pesos, i consintiéndolo el propietario.

PRIETO.

Tocornal.» (1)

*
* *

Fijábase tambien en ese documento un plazo demasiado breve a las exhumaciones, porque, a pesar del cáustico procedimiento de la cal usado por los padres franciscanos, está probado que en un clima como el de Chile, la descomposicion total no se opera sino en tres i cuatro años. Digamos de paso que de esas exhumaciones prematuras provienen, a nuestro juicio, todos los casos de estupenda preservacion en los cadáveres que corren como portentos i milagros.

Con mayor cautela habia procedido el ministro Blanco Encalada negándose en 1826, a un caso de exhumacion intempestiva, en la cual los médicos declararon, ademas, que podia ocurrir una infeccion pública (2).

(1) Libros del Cementerio, vol. II, páj. 74.
(2) Nota de don Ventura Blanco al administrador del Cementerio, julio 7 de 1826.

*
* *

En cuanto a la sepultacion fuera del Cementerio habia sido rigorosamente prohibida bajo una multa de 500 pesos, desde 1823. Pero aquella, como todas las multas de Chile que pasan de cinco pesos, nunca fué pagada, aunque no faltaron decretos que la impusieran. Una de éstas recayó sobre el apreciable caballero don Isidoro Herrera por haber sepultado un hijo no sabemos dónde; pero, por supuesto, no la pagó. Solo la viuda del senador Ossa hizo ese holocausto a los manes de su esposo, a fin de que durmiera su último sueño de humildad i amor entre los padres recoletos de San Francisco, de quienes habia sido jeneroso favorecedor (1).

*
* *

Olvidó tambien el reglamento de 1832 prohibir en lo absoluto las bacanales completamente paganas con que en los alrededores del Cementerio era celebrado el dia de difuntos por el pueblo. Bailes, chinganas, saraos al aire libre i chicha sin tasa ni medida eran los atavíos de aquel sacrilejio, que el hábito araucano de la celebracion cuotidiana de los *anjelitos* hacia mirar con cierta indiferencia. I lo

(1) El caso de Herrera tuvo lugar en febrero de 1836. El de Ossa, treinta años mas tarde, esto es, en octubre de 1864.

que parecerá verdaderamente increible en el presente dia, el Gobierno, hasta cierto punto, fomentaba i se suscribia a aquellas saturnales.

Hé aquí un singular pero auténtico decreto que autorizaba el pago de la fiesta pagana:

«Núm. 188.

«Santiago, diciembre 11 de 1834.

«Declárase que el tesoro del Panteon debe cubrir los 28 pesos que en la *funcion del dia de ánimas* se invirtieron en música i *tambores*.

PRIETO.

Tocornal.»

Era la época en que los *coscorobas* publicaban, vestidos de diablos, el bando de la bula, i los *catimbaos* bailaban danzas macabras con los muertos. —«El deber—dice un cronista verídico de aquellas fiestas báquicas de ayer—consistia en ir todos al cementerio, i ellos iban; pero como el deber concluia tan pronto como habian llegado, iban siempre preparados para aprovechar su permanencia en el sitio. Por este motivo la espaciosa avenida de la Cañadilla, que conduce al cementerio, se veia el 1.° de noviembre invadida por carretas llenas de hombres i de mujeres engalanadas, que conducian consigo harpas i guitarras, damajuanas con licor, silletas, canastos llenos de fiambres, pedazos de estera i alfom-

bras i todo cuanto habian menester para honrar a los santos i orar por los difuntos, sino para pasar el rato alegremente despues de cumplido el deber de visitar el cementerio. Con tales preparativos i hechos en tan inmensa escala, las orjías se prolongaban hasta horas avanzadas de la noche, i los hospitales se llenaban de heridos procedentes de dichas orjías.» (1)

***

Agrega el entendido escritor de cuyo libro de memorias hemos arrancado la pájina precedente, que al fin encontró una barrera aquel desborde de feas pasiones, en ciertas «medidas severas i represivas que se vió obligada a tomar la autoridad local».

Por nuestra parte, debemos completar la relacion del caso, recordando que esas medidas consistieron únicamente en abrir una avenida donde habia un sucio callejon i en plantar aquella de árboles: tal fué toda la severidad que el mal antiguo i arraigado impuso, porque muchas veces las represiones de esa índole son las mas fructuosas.

Volviendo todavía a una época remota, por la última vez, el gobierno, como para poner a la obra del Panteon su cúspide i hacerlo digno de su nom-

(1) José María Torres Arce, en un interesante artículo titulado el *Dia de Difuntos*, publicado en la Revista Chilena, vol. II, páj. 157.

bre, ordenó (diciembre 18 de 1832) que un *injeniero militar*, don Cárlos Wood, formara el diseño de un sepulcro de «gran pompa» destinado a los presidentes de Chile i otro a los hermanos Carreras. Inútil es recordar que, como todas las cosas de «gran pompa,» quedó aquel pensamiento en un pomposo diseño.

*
* *

Hacia un marcado contraste con esa manifestacion de superfluo orgullo este decreto de melancólica humildad:—«Santiago, febrero 4 de 1833.—El administrador del Panteon cuidará que las limosnas que se colecten en beneficio de los ajusticiados se destinen a sufrajios para sus almas, como ha sido costumbre, que si hubiese algo *sobrante* pase a la caja del Panteon.»—*Tocornal.*

«Una bendita limosna para el alma del que van a ajusticiar!» i en seguida el *sobrante*, es decir, «la coima» del Estado.

¿No es esa una definicion completa de Santiago antiguo?

*
* *

Con relacion a las precauciones puramente hijiénicas de los enterratorios, no se habian tomado ni se han puesto en uso todavía siquiera las medidas de cautela que tanto recomendó el cardenal Bonnechose en el Senado de Francia a consecuencia de

haber sido enterrado vivo en dos ocasiones, i que otro simple ciudadano mas receloso todavía que el ilustre prelado, i sujeto a los mismos paroxismos, consignó en una placa que llevaba suspendida a su cuello con estas significativas palabras:—*Cuando me muera, no me entierren porque estoi vivo...*

Cuando mucho, se respetaba por algunas familias timoratas o afectuosas el precepto de las veinte i cuatro horas entre la agonía i la huesa, que es lo ménos i tambien ¡ai! lo mas que es dado guardar bajo nuestro techo, un cadáver querido.

*
* *

Ocurrió, sin embargo, cierta recrudescencia a este respecto, por el mes de enero de 1838, con motivo de haber enterrado vivo a un pobre de solemnidad, cuyo hecho auténtico ocurrió de la siguiente manera, segun documentos oficiales que tenemos a la vista.

*
* *

Preparábase el capellan Nuñez para decir su diaria misa en la mañana del 20 de diciembre de 1837, cuando llegaron los sepultureros, despavoridos, a darle aviso que se movia la tierra de una fosa hecha a tajo abierto, en la cual habian sido depositados en la madrugada seis cadáveres traidos del hospital de San Juan de Dios i tres de solemnidad que se lle-

varon a la puerta del establecimiento por los deudos i amigos de los últimos difuntos.

Corrieron todos los circunstantes a presenciar el caso i a llevar socorros a la víctima, comidiéndose, entre otros, una pariente del capellan Nuñez, que se hallaba de visita. Con algun trabajo estrajeron dos o tres cadáveres que yacian en la superficie, i en seguida el del infeliz que habia causado la conmocion de la sepultura que tanto habia alarmado a los enterradores. Era este un jóven de aspecto todavía lozano i de no ínfima clase por el traje que vestia i sus facciones. Respiraba todavía, i aun bebió un poco de agua, pero a poco espiró, reventando en sangre por la sofocacion que habia padecido.

El hecho era mui grave i en realidad misterioso. Averiguóse casi con certeza que aquel «cadáver» no habia sido traido del hospital, sino que debió pertenecer a los tres que fueron llevados de domicilios particulares. Pero aquella resurreccion ¿acusaba un crímen o era simplemente un caso por desgracia no poco frecuente en los anales de la medicina legal, entregada en nuestro desamparado pais a todas las impunidades secretas de la vida,—al filtro, al odio, a la muerte lenta o instantánea con todas sus sombras i misterios, sin mas constatacion oficial o científica que el *pase* del cura, que nunca ve el cadáver?

Lo cierto fué que el Gobierno se preocupó vivamente de aquel suceso; que se recomendó a los ad-

ministradores de los hospitales la mayor eficacia en el cumplimiento de la órden de guardar los cadáveres durante veinticuatro horas, i que aun dos años mas tarde, por aquel caso o por otro mas reciente, el ministro de justicia Montt (octubre 10 de 1840) trató de hacer construir en el Cementerio una sala de reconocimiento previo de los cadáveres, lo cual no pudo llevarse a cabo por varios motivos graves i el que en Chile es siempre el mas grave de todos,—la carencia de dinero (1).

---

(1) Suscitóse con motivo del resucitado de 1837, un fuerte debate en que terció el administrador del hospital de San Juan de Dios don Diego Antonio Barros, contra el capellan Nuñez, empeñado en probar aquél contra el último que el muerto resucitado no habia sido llevado del hospital, lo cual parece justificó con varios testimonios. Estos documentos están archivados en el Ministerio del Interior, i tienen fecha, de 8 de enero de 1838, la nota del capellan Nuñez dando cuenta del suceso, i de enero 16 la contestacion algo acalorada del administrador Barros.

Con este mismo motivo, el Gobierno recomendó al administrador del Cementerio mantuviera en depósito los cadáveres durante veinticuatro horas, lo que era tan imposible de llevar a cabo como su reconocimiento.—«S. E. juzga—decia una nota del Ministro del Interior al administrador del Cementerio, de 12 de enero de 1838—que ese es el *advitrio* mas conveniente que podria adoptarse a fin de que en los ménos casos posibles, se *confundiese a los vivos con los muertos*».

Con motivo de la aparente resurreccion del canónigo Parreño en 1876, el doctor don Augusto Orrego Luco publicó un curioso artículo con el título de los *Enterrados vivos*, en el número de la *Revista Chilena* correspondiente al mes de abril de aquel año.

I a propósito de la así llamada resurreccion de un canónigo, se nos permitirá contar brevemente la resurreccion de un jentil, que refiere el padre Diego de Rosales, no en su *Historia de Chile*, sino en la vida del padre Alonso del Pozo,—precioso manuscrito traido recientemante del Perú por un jóven tan laborioso como intelijente. «Enfermó—dice—en esta tierra de Tolten el bajo un indio que habia sido cristiano i murió con una cruz en las manos, llamando a Dios i pidiendo perdon de sus pecados, con lágrimas en los ojos i admiracion de los demas indios infieles. Llamábase este indio Gaspar Aleiante, que quiere decir *sol que abrasa*. Era mui emparentado, i por enterrarle sus parientes con ostentacion, a su usanza, con mucha chicha, aves, carne, maiz i otras viandas, para que comiese

*
* *

Hablóse algunos años mas tarde de otra resurreccion ocurrida en pleno dia i de la que daba testimonio presencial una espléndida beldad santiaguina que fué perseguida entre las sepulturas por aquel aparecido. Pero mucho tememos que en lugar de ser aquel un muerto-vivo no fuera sino un vivo, muerto de amor, i que, no encontrando mejor sitio para manifestar su mortal pasion, elijió aquel sitio, como Romeo el de las tumbas de Verona.

Esta fué una leyenda de la aristocracia santiaguina, que sirvió por muchos dias de pábulo a los braseros del lluvioso invierno de 1845, si nuestra memoria infantil, pero mas que de sobra ejercitada por entonces en «las cimarras en el Panteon,» no nos estravia.

*
* *

En cuanto al caso doméstico tan universalmente aceptado como un hecho histórico ocurrido con la

---

en la otra vida segun piensan. I miéntras hacian un ataud grande donde cupiese él i toda esta provision (que lo hacen de dos árboles mui gruesos cavados por dentro i ajustados uno con otro) lo dexaron en su casa amortaxado. I viniendo toda la parentela i otra mucha jente a los cuatro dias que tardaron en disponer lo necesario para el entierro, estando llena la casa de gente del indio Gaspar, difunto, derrepente se asentó rompiendo la mortaxa»...

Agrega todavía el buen padre que el resucitado dijo que volveria a morir al dia siguiente a la hora de la misa mayòr, i así murió.

bella esposa del tímido e ilustre patricio don Mariano Egaña—la señora Rosario Zuazagoitía, fallecida en Peñalolen en 1832,—nos ha parecido siempre solo una ponderacion de la jente mas ponderativa del mundo, cual es la de Chile, i especialmente la de Santiago, de cuya imponderable magnitud pudo llevar testimonio, hace poco, de la presente a la otra vida, el respetable canónigo Parreño.

Falleció aquella hermosa señora, esbelta i bizarra como la juventud— de una recaida de la escarlatina, en la terrible epidemia de 1832, i todo el motivo de justificacion que se alegó para suponerse que habia sido enterrada viva, fué el hecho de que, habiéndole atado las manos con un pañuelo su hermana doña Cármen, que la cuidaba, encontróse aquel «con el nudo desatado» cuando a los dos años se vació el féretro en el osario comun de la familia. Pero aceptando así el hecho, ¿no habria sido mas exacto decir que era el nudo i no el cadáver el què habia resucitado? Seguramente, perdida la rijidez e inflamacion de la piel, o si se quiere, por una reagravacion de estas circunstancias, propias de aquella terrible enfermedad, el pañuelo tomó diversas posiciones en el féretro, i esto fué todo. Lo de las uñas de la desventurada víctima enterradas en las tablas del ataud en las convulsiones de la desesperacion, eso solo son simples adornos decorativos de la ponderacion santiaguina, beata, trajinadora, vestida de basquiña, que se vacia en los oidos por

el cuchicheo, como la redoma de la botica por su cuello, i que se asemeja al aceite en el hedor i en lo que cunde... Por esto la plática del caso duró un año, i dura todavía despues de medio siglo, cada vez que en los salones se habla de «*muertos* enterrados vivos».

*
* *

No faltan tampoco al pueblo sus leyendas de este jénero, i entre otras, los viejos vecinos de la Cañadilla cuentan todavía el curioso diálogo que un negro, vuelto de un paroxismo, sostenia con cierto, gallego, prisionero de Maipo, que habia tomado el honrado oficio de carretonero del Panteon.—«Pára la carretona!» gritaba el africano por la portezuela, acostado en su colchon de muertos verdaderos.—«Allá lo verás, demonio, en la sepultura!»—le contestaba el taimado godo, persuadido que era el diablo quien le hablaba, i mas azotaba su cenicienta mula... Pero si esto puede ser conseja del vulgo, por inspeccion personal i propia, damos testimonio que, hace tres años, el carreton del Panteon dejó tirado en la calle de la Nevería, junto a Santo Domingo, el cadáver de un niño de corta edad, del cual hicieron pronto banquete los perros no saciados en los albañales, segun el parte de la policía en aquel dia... Pero lo que es verdaderamente estraño en todo esto, es que llegue un solo cadáver al Cementerio i no queden sembrados to-

dos en el trayecto: tal es la condicion de los vehículos en que son conducidos con escasísima solemnidad los pobres que la tienen.

*
* *

Tal fué el Cementerio de Santiago en su primera edad, bajo la celosa mano de su fundador, que cobró cariño de padre a aquella obra de sus afanes de quince años. Fué un período embrionario i difícil i por lo mismo refluye cierta modesta gloria sobre su animoso iniciador; porque no solo son acreedores al respeto de las jeneraciones los que fundan pueblos que mas tarde son prósperos i felices, sino aquellos que en épocas de escepcional dificultad, edificaron, en paz con todos, estas ciudades en miniatura en que aun las mas grandes i poderosas metrópolis se resumen.

Pero, anciano i cansado, el doctor Valdivieso necesitó entregar su obra, puesta ya en el desembarazado camino de la prosperidad, i así ejecutólo confiándola, en 1832, a su sucesor don Estanislao Portales.

Agradecido el Gobierno a sus servicios especiales, cuando le cupo su número en la lotería de los sepulcros por el mes de julio de 1839, cedió a su cuerpo, como a fundador, el derecho de una sepultura. El Panteon seguia emitiendo para el pago de su gratitud, las mismas cédulas hipotecarias con que

habia pagado sus primeras tapias i su mas antigua pareja de mulas destroncadas.

*
* *

La segunda vida o, mas propiamente, el *segundo sueño* del Cementerio, si esa palabra es lícita en su uso, abraza un período de mas de cuarenta años, ocupado casi entero por el hombre benéfico i filántropo que, habiendo vivido lo que el siglo, rejenta todavía con juvenil fervor la casa de los muertos, que no es ya sino la casa de todos sus amigos i, desde un año, la propia suya....No se vive en Chile impunemente cerca de ochenta años!

El administrador Portales fué un funcionario progresista al cual debió el Cementerio importantes mejoras. Bajo su direccion se transformó en jardin el fétido octógono de nichos mal calculado para nuestro clima; edificóse la actual fachada del establecimiento, las oficinas de los capellanes, la sala de recibo, que conserva todavía sus dos docenas cabales de sillas de junquillo, para el uso de los dolientes, i dióse a la casa toda el aspecto desahogado,decente i respetuoso que hoi conserva. Un detalle santiaguino: dice en una nota el administrador Portales, que compró tambien para la sala de recibo un braserito para los cigarros i cuatro tiestos de cristal para los «puchos»....

El mobiliario de la iglesia se enriqueció asimismo con un terno digno de los cardenales de San

Pedro de Roma, que costó 600 pesos, i los altares con arañas de cristal de cinco luces.

Edificóse tambien el aposento destinado a autopsias, i en las mesas i útiles que se necesitó para habilitar la sala, se gastó 161 pesos (1).

En el claustro destinado a sepulturas de familia, que es el del costado del poniente, existian en 1841 390 sepulturas arregladas, de las cuales 280 estaban cubiertas con losa i 49 rodeadas de rejas. El aumento de sepulturas en ese solo departamento habia sido de 178 desde 1832.

Contábanse en el *Patio de los mausoleos* 29 sepulturas sencillas, una bóveda inconclusa i un solo túmulo de mármol que representaba un ánjel completamente desnudo, apoyando su tea en una urna cineraria. Este ánjel fundador, que para tantos santiaguinos fué una increible profanacion, existe todavía sobre la tumba de los padres de don Francisco Javier Rosales, quien lo envió de Europa.

---

(1) Cuando este útil departamento estuvo concluido, ordenó el gobierno que los médicos apuntasen en un libro las observaciones que las autopsias les sujiriesen. Este libro existe entre las autopsias del archivo i está encabezado con las líneas siguientes: «Panteon de Santiago de Chile, enero 16 de 1843—«El Doctor Pretot i Nataniel Cox han tenido la satisfaccion de ser (los médicos) a quienes ha tocado dar el primer cumplimiento a la sabia órden del gobierno para que se apunten las observaciones hechas en este establecimiento.»--El sujeto de aquella primera autopsia—crímen tan perseguido en remotos siglos—fué un párvulo que habia vivido solo treinta i seis horas.

Poco mas adelante (octubre 19 de 1844) se encontró otro caso de autopsia, hecho espontáneamente, al parecer, en el cuerpo de una señora que habia muerto de repente, por dos estudiantes de medicina. Fueron éstos el mas tarde conocido cirujano de ejército don Estanislao Rios i el honrado facultativo don Cárlos Leiva.

En cuanto a la desnudez, el ánjel de Rosales ha tenido en varias ocasiones, como el del juicio final de Miguel Anjel, su Daniel de la Volterra, llamado por su oficio de sastre del arte divino·—«Daniel el *bragetone*»...

Las órdenes terceras habian edificado sus campos santos de mal gusto, a manera de pequeños patios, con una pobre reja por delante i en el centro el osario con la forma de un pozo rodeado de tosco brocal.

En una palabra, escepto el lujo, el buen gusto i el arte, el Cementerio comenzaba a ser lo que es hoi mismo, cuando su segundo administrador renunció su puesto (1845), pasando en seguida por corto tiempo a desempeñarlo el senador García de la Huerta, escelente patricio, i despues el señor Miguel Dávila, su cuarto i último director en actuales funciones. El trato con los muertos alarga la vida. En cincuenta i seis años el Cementerio ha tenido solo cuatro administradores i tres capellanes.

*
* *

Olvidábamos decir que las rentas del Cementerio habian continuado desarrollándose en una escala siempre ascendente, habiendo ocurrido su primer sobrante (único establecimiento de beneficio público que lo tiene en Chile) en 1836, en cuyo año quedó como saldo en la caja de su tesorero, el probo vecino don Domingo Bezanilla, que servia ese

puesto por filantropía, ciento setenta i un pesos, seis reales i *tres cuartillos*.

En 1837, el Cementerio produjo 4,521 pesos.

En 1838, trescientos pesos mas, o sea, 4,866 pesos.

En 1839, novecientos pesos mas que el año precedente, esto es, 5,743 pesos (1).

Hoi dia esa renta se ha sestuplicado.

*
* *

Por una razon lójica i natural, si bien profundamente triste, la prosperidad rentística del Cementerio marcha a parejas con los estragos de la muerte, i a la verdad que los datos que sobre esa proporcionalidad se han conservado, son verdaderamente aterrantes.

Hélos aquí en su helada desnudez:

Cadáveres enterrados en 1832 (año epidémico) 1,166

En 1833 suben al *doble*, casi al *triple*.... 2,971

---

(1) Datos suministrados al Gobierno por el administrador Portales en 1841.

En esta época gozaba todavía el Cementerio de los arriendos de la Caridad, que producian 700 pesos, cánon que pagó primero don Francisco Reclus (escritura ante Gabriel Muñoz de 27 de enero de 1834) i en seguida los herreros Ricard i Donay con la fianza del simpático vinicultor i médico frances don José Celestino Lenourichel.

En 1839 entró tambien una suma de 136 pesos que pagó don Pedro de los Alamos como mayordomo de la Cofradía de Jesus Nazareno que existe todavía, i que era poseedora de ocho sepulturas.

En 1834 continúa la progresion, si bien mas leve........................ 3,721.
El año de 1835 es estacionario........ 3,451.
Pero en el siguiente de 1836, la línea rota se reanuda i el número de sepultados asciende a..................... 4,422.
En 1837 HAI UNA DISMINUCION.......... 4, 073
En 1838, un aumento considerable..... 5,152
En 1839 .... 5, 907
En 1840 .... 6, 745

En nueve años, el número se ha casi decuplado: el total de cadáveres es de 37, 609. De éstos son 11,422 hombres, 9,421 mujeres i 16,766 (casi la mitad del gran total) párvulos (1). Sin hacer comentarios, entregamos este terrible compendio a los estadistas i a los hombres de estudio.

*
* *

Permítasenos consignar aquí otro hecho estadístico mas reciente todavía, i que servirá tal vez de algo para los estudios que sobre la duracion de la vida humana, se hacen hoi en nuestro pais por los pocos que van quedando vivos. Es un hecho de hace treinta años.

El Senado de la República se componia en 1846, de veinte senadores, entre los cuales habia algunos

(1) Nota del administrador Portales del 26 de julio de 1841.

que, como el senador Irarrázaval, acaban de cumplir la edad legal. Quince años mas tarde no existia uno solo, ni su secretario don Ventura Blanco, como hoi no existe ni su oficial mayor, don Juan Enrique Ramirez, ni siquiera su portero, el infante de la patria,—Mateluna.

La cámara de Diputados constaba en esa misma fecha, entre propietarios i suplentes, de 95 ciudadanos. En 1876 habian fallecido *sesenta i ocho*, siendo el último de la larga lista don Juan de Dios Correa de Saa, fallecido hace ya un año.

Tal es la labor apresurada de la muerte en esta tierra i en esta ciudad en que el vecindario tiene tomadas, segun un espiritual murmurador de madrugadas, todas las letras de abono del Cementerio, al que va haciéndose costumbre asistir, como a la ópera, tres o cuatro dias por semana.

***

No se ha borrado del todo en nuestro hermoso Cementerio, no obstante sus visibles adelantos posteriores, la huella sombría del espanto con que los tétricos españoles, nuestros mayores, se afanaban en revestir el lance natural i sublime de la muerte. Queda siempre un fragmento del sudario de paño negro, un trozo del galon de plata de los túmulos, un balaústre del *ballo*, una gota de cera en el tapiz.

Espantábanse los antiguos de la muerte, que era por lo ménos el fuego lento del Purgatorio, i por

esto la desfiguraban. La temian como un castigo, i por esto no les infundia respeto, a diferencia de lo que acontece en los pueblos sencillos i remotos o en los mas cultos del presente tiempo.

Abrense, en consecuencia, lento paso aun entre nosotros las leyes de afinidad, de asimilacion i de naturaleza que nos acercan a las tumbas i nos hacen amarlas; i en obedecimiento de ese progreso, que es lei del corazon i a la vez del cielo, aparecen cada dia nuevos atributos, cambiando el antiguo i árido aspecto del descanso eterno. Árboles sombríos donde habia cubos de pardo i fríjido ladrillo; risueñas avenidas donde cavaron horribles osarios; flores en lugar de epitafios; un paisaje, un sentimiento, un sistema, en fin, del todo nuevo, escepto la fatal estrechez dada a la silenciosa ciudad, que no lo será nunca tal ni digno cementerio de Santiago, si no abarca dentro de su circunferencia el «Cerro del Panteon,» que es su complemento, porque es su fachada natural, su dilatado panorama i su cúspide grandiosa, todo a la vez.

***

I esto es precisamente lo que acometen o ya han llevado a cabo todas las grandes ciudades que no son españolas.—«No hai nada mas hermoso como decoracion de jardin i de paisaje—dice un diario de ayer, de Nueva York, en un artículo de fondo titulado *El último respeto*—que el aspecto de nuestros

cementerios en la estacion del verano. Monumentos sencillos i majestuosos, el mármol natural, la estatua perfecta, la urna de vivos colores, el césped aterciopelado, las floridas enredaderas echadas sobre las rocas, las pilas, las cercas vivas, los grandes árboles de sombra, todo se combina para hacer verdaderos Paraisos de estas silenciosas ciudades de los que vivieron. De esa suerte se roba a la muerte la mitad de sus amarguras i se pone sobre su horrible i desnudo cráneo una máscara risueña i de color de rosa. Parécele a uno que pasaria allí mejor su propia vida, i siente ménos agudas penas al dejar en semejantes sitios un sér querido en la silenciosa compañía de otros que ya fueron.» (1)

***

A este respeto, pero solo como un síntoma o un instinto precursor, hace cuarenta i seis años que se nombró con título oficial el primer jardinero del Cementerio; i fué éste un peon oscuro, llamado Andres o Fermin, que ganaba solo siete pesos cada mes (1831) por regar los primeros brotes de cipres i de naranjo que hoi dan noble sombra a los senderos.

Mas si existe en Santiago un lugar público que en realidad merezca los cuidados i requiera la inte-

---

(1) *Harpers Bazar*, del 1.º de setiembre de 1877.

lijencia de un jardinero de primer órden, ese sitio es el Cementerio.

No es suficiente que una cuadrilla de muchachos arranquen el césped de los empedrados en la víspera del dia de Todos los Santos, ni que un peon, buen regador, tronche con el filo de su pala las ortigas i los clónquis que brotan entre las grietas de olvidadas losas. Necesítase las flores, las lianas, las esencias, las yerbas aromáticas, todos los purificadores constantes del ambiente con profusion infinita, así como es preciso sacar partido de la agrupacion de los macizos de árboles, de los prados de verduras, de los senderos cubiertos de sombra, de las blandas ondulaciones del terreno tapizadas de flores olorosas, a fin de hacer accesible ese sitio, ántes de profundo horror, a la oracion cuotidiana de las familias, a la visita respetuosa de los que, aun no creyendo aman, al paseo de la tarde, en fin, melancólico, pero grato, de la hija, de la esposa, de la madre misma, cual se observa en todos los cementerios del mundo cristiano, de aquellos que fueron compañeros de todas las horas i temprano nos dejaron....

Continuamos ahora nuestro itinerario al traves de los tiempos.

*
* *

Los últimos progresos del Cementerio de Santiago son comparativamente modernos. Cuando la fie-

bre de los placeres—hija de la fiebre del oro—rujia como una vorájine en el corazon de nuestra sociedad, hubo un funcionario local i soñador que pensó en los muertos porque los amaba, como los poetas aman el éter azulado, como los que lloran aman la esperanza, como los que temen aman i reverencian la eternidad....

I un dia, en una tarde de noviembre, dia de Todos Santos, vióse una de aquellas «inauguraciones» ya olvidadas, que abria para la ciudad un nuevo barrio de vida i para los muertos un camino que no seria ya un pantano i una anchurosa plaza que no seria un basurero: fué la apertura de la *Avenida del Cementerio* i de la *Plaza del Panteon*, el 1.° de noviembre de 1872 (1).

***

Pero permítasenos ahora seguir por un momento la lúgubre procesion de aquella noche, i apagada

---

(1) Estos fueron los nombres oficiales de aquellas dos mejoras consagradas esclusivamente a los muertos, es decir, a los vivos, porque, como dice el crudo refran español.—*En cien años todos seremos calvos.*

La *Avenida del Cementerio* se formó en su seccion de este a oeste, que pone en comunicacion los barrios de la Recoleta i de la Cañadilla, mediante un ensanche de doce a veinte varas, a cuyo fin se compró al propietario de la quinta de Valdivieso, es decir, a los nietos del fundador del Cementerio, una estension de 4,983 metros.

La seccion de norte a sur fué abierta por completo en terrenos de la Casa de Orates (antigua quinta Sepúlveda), a cuyo establecimiento se compró a censo una estension de 12,216 metros cuadrados, a 30 centavos metro. La *Plaza del Panteon*, situada tambien en terrenos comprados a la Casa de Orates, mide 5,000 metros cuadrados i tiene la forma de un vasto anfiteatro para la cómoda instalacion i evoluciones de los carruajes, tropas, etc.

ya la luz de la tarde i el candil de los cirios alquilados en las sacristías, penetrar en aquel recinto de misterios, de dolores, de sueños, en cuya portada humilde la mano de los soberbios escribe todos los dias esta palabra aterrante:—*Nada!* Pero en cuyo postrer umbral el ánjel de los consuelos ha esculpido esta frase que ata el alma del hombre mortal al cielo:—*Spes unica!*

Mas, ¿por dónde comenzar nuestra melancólica escursion entre las sombras?

El costo de esta mejora por compras del terreno, cierros, pavimento, acequias, fué de 13,410 pesos, en esta forma:

En dinero erogado por la Municipalidad....................	$ 5,581
Suscrito por la Junta de Beneficencia como cooperacion al costo del pavimento de la Plaza........................	» 500
Por 7,329 pesos a censo de 4 por ciento, reconocido a la Casa de Orates por valor del terreno vendido............	» 7,329

Pero como el valor a censo debe computarse por ménos de la mitad, resulta que el verdadero importe de estas obras públicas fué de 10,000 pesos escasos.

El pensamiento capital que presidió a la ejecucion de esta mejora fué su prolongacion hasta la ribera del Mapocho, para lo cual estuvo cedido casi todo el rasgo, escepto unos pocos ranchos que pertenecian al cigarrero-capitalista Fariña, i una posesion de don Juan Puelma que ha comprado mas tarde la Empresa del ferrocarril urbano.

Como toda esa faja de tierra está expropiada, i como están ya abiertas las dos estremidades de la línea, es de esperarse que en época no lejana, i ántes que *de propósito* levanten edificios valiosos en ese trayecto, es de esperarse, decimos, que la Empresa del ferrocarril urbano, una vez desembarazada de sus pasajeras dificultades realice por su propia cuenta esa obra (cuyos planos prolijos existen) i llegue la época en que se establezcan convoyes fúnebres especiales, como los de las *Pompas fúnebres* de todas las ciudades de Europa, que ahorren a las familias los mil dolorosos trámites de una despedida en la que solo el alma debiera ser parte.

Agregaremos que el eje de la *Avenida del Cementerio* corresponde casi directamente al de la calle del Estado, Mapocho de por medio.

En cuanto a las reformas internas del Cementerio, a fin de hacerlo digno de sus monumentos, los arquitectos Champy i Berthon levantaron tambien dos hermosos planos que se conservan en la sala de recepcion de la Intendencia desde 1873.

¡Inmortal silencio! ¿Dónde está el comienzo,
Dónde el fin? I de cuál manera robar su dulce música al empíreo
Para propiciarte a tí, ¡oh Noche! diosa majestuosa de la muerte?... (1)

*
* *

Hemos llamado a esta pájina de descripciones i recuerdos la *Ciudad de los muertos*. Entremos, por tanto a su barrio mas populoso,—el claustro de las sepulturas de familia, hácia la izquierda del vestíbulo.

No vamos a recordar aquí vanales o sentidas inscripciones. El Cementerio de Santiago apénas las tiene, i las pocas que grabó el buril del dolor, el tiempo helado las ha roto, la mano del sensato egoismo las ha cambiado por un nombre, por una fecha, i en ocasiones por un simple monograma, cincelado a martillo o vaciado en el molde de arena de las fundiciones de Yungay. Ni Johnson ni Cansik encontrarian en el Cementerio de Santiago una sola pájina para sus voluminosos libros de epitafios en ingles. (2)

---

(1) Inmortal silence! Where shall I begin?
Where end? or how steal music from the spheres
To soothe their goddess?
O majestic Night!»
(EDUARDO YOUNG, en su famoso poema *Night thoughts*, traducido por los españoles—*Noches tristes de Young*.

(2) D. JOHNSON *Epitaphs and monumental inscriptions*.—F. T. CANSIK *Curious epitaphs of Middlesex*.

*
* *

Recordamos todavía, con la viva impresion de las primeras aflicciones de la simpatía, la emocion profunda que produjo en los hogares de Santiago la desaparicion inesperada de una de sus mas dulces i mas hermosas mujeres, arrebatada a la vida por una simple impresion en su lecho de madre... No sabemos cuál poeta dió vida a aquel duelo universal en una cuarteta que simbolizaba la ascension al cielo de aquella alma, i que el lapidario esculpió sobre su losa... Hoi aquel epitafio que humedeció tantos ojos, ya no existe, como cuando agostada la flor, su aroma se disipa para siempre: todo lo que ha quedado es el nombre de la radiosa beldad, escrito en letras de oro sobre un túmulo de mármol: —«MARIA DE MERCEDES ALCALDE».

*
* *

Era aquella una de las primeras sepulturas que tuvo una cubierta de mármol (1843), i si no nos engañamos, llevaba el núm. 3. Junto a ella, separada solo por un palmo de tierra que la verdura invade en cada primavera, encuéntrase otra losa que guarda diversa pero tan hermosa i tan querida juventud como aquella. Es la tumba de FRANCISCO BELLO, desaparecido el primero de un hogar ilustre i dichoso que un dia ataviaron en un solo grupo doce in-

fantiles frentes en derredor del maestro, rubias rebosando vida i brillantes de esperanzas cual centellas de su jenio.

Todo ha desaparecido hoi dia. En veinte años se han doblado sobre sus cálices de agonía aquellas flores de pasajera ventura, hánse estinguido en su propia llama aquellos espíritus fugaces, soplo fecundo de un gran espíritu:—«Francisco,» «Cárlos,» «Juan,» «Andres,» «Eduardo,» «Manuel,» »Emilio,» i ántes, o en medio o despues, como los lazos de transparente tul que unen unas a otras las guirnaldas de las tumbas, «Ana,» «Ascension,» «Luisa»... ¿A quién olvidamos? Pero esos diez nombres, ninguno de los cuales pasó mas allá del umbral de la rápida mañana de la vida, ¿no es ya suficiente tributo pagado por los dos que sobreviven como gracia de última hora concedida desde lo Alto?

Francisco Bello, que era el mayor de aquellos doce hermanos, no habia cumplido todavía veinte i ocho años cuando fué llamado: he aquí las dos inscripciones que sobre su losa, marcada con el núm. 4, compendian su rápida i hermosa vida de estudio i de enseñanza.

LONDRES, OCTUBRE «TRECE» DE 1817.
SANTIAGO, JULIO «TRECE» DE 1845.

Otra analojía mas digna de ser notada que esa supersticiosa cifra: Francisco Bello habia nacido a orillas del Támesis en el mismo año en que venian

al mundo en Chile los hombres que mas luminosa estela han dejado en el surco de la intelijencia,—Sanfuentes, Tocornal, García Reyes, Varas, Lastarria... El último año del cautiverio intelectual i político de Chile fué marcado así por la cuna de lo que hoi habian de enseñarle el uso de la libertad que otros acababan de redimir con sus espadas.

*
* *

No es el espacio que visitamos, el suntuoso *Patio de los mausoleos*, no es el «Patio de los leones» de la morisca Granada: es simplemente el departamento de las *Sepulturas de número*, en que los que fueron en el mundo, como los reos condenados a larga servidumbre, han cambiado su filiacion por una cifra sacada a la suerte.

El primer número de aquella infatigable e incesante lotería, que comenzó hace cuarenta i cinco años (despues de los nichos sin numeracion), cupo a un patricio de Santiago, i la leyenda de su sepultura i de su nombre solo dice así:

«N.° 1. JOAQUIN GANDARILLAS ROMERO, FALLECIO EL 21 DE OCTUBRE DE 1832.»

*
* *

Pero en medio de aquellas mil familias que allí reposan bajo silenciosas bóvedas, que el martillo de afanoso obrero rara vez turba con desapacible

ruido, ha recibido cariñosa acojida un huésped que fué querido por todas esas jeneraciones. El busto del ilustre Sazie colocado en el primer puesto del espacioso claustro, junto a la reja i frente a frente del monumento del jeneral O'Higgins en el departamento de los mausoleos, preside i domina en aquella seccion de escojidos. Es uno de los pocos sepulcros que tiene un epitafio de gratitud, i será tal vez el único delante del cual los vivos, descubriéndose, la perdonen.

«Fué el alma de ese hombre
De abnegacion modelo,
Magnífico tesoro de ciencia i de bondad.
Cuántos al leer su nombre
Verán con desconsuelo
Que ya no late el pecho
Do ardió la caridad!»

* * *

Atras de esa ofrenda a la memoria de un benefactor que cayó en su puesto durante una epidemia, ábrese la tumba de otra víctima del deber i que, como soldado, murió en el puesto del soldado. Por esto un jenio sostiene su espada, i en el zócalo se lee este homenaje a su lealtad i a su martirio:

EL CONGRESO NACIONAL
A LA MEMORIA DEL JENERAL DE DIVISION
DON JUAN VIDAURRE.

La víctima de aciago tumulto murió perdonando: por esto merece hoi vivir glorificada.

*
* *

Mas allá todavía, en la misma línea i casi perdida entre el follaje naciente de los árboles, otra tumba modesta esconde las cenizas calcinadas de una inmolacion, jenerosa o aturdida, pero de todas suertes sublime: es otro héroe de las modernas batallas que ha sucumbido como el soldado antiguo, fiel a su consigna.—El 8 de diciembre de cada año, el toque de la campana de alarma saluda su memoria, i el mármol amigo que pulimentó su propia mano en el taller, guarda su nombre i cuenta a los pasantes su breve i desdichada historia.

JERMAN TENDERINI,
TENIENTE TERCERO
DE LA CUARTA DE «SALVADORES,»
FALLECIÓ CUMPLIENDO SU DEBER
EN EL INCENDIO DEL TEATRO MUNICIPAL
EL 8 DE DICIEMBRE DE 1870.

*
* *

Hace pocos dias daban cuenta los diarios de una tierna ovacion hecha al último de los mas jenerosos hijos de este pueblo de Santiago, casi siempre enfermo de la parálisis de su antiguo, contajioso, incurable egoismo: era una sencilla corona que el Cuerpo de Bomberos enviaba a aquel de sus camaradas, jóven i feliz, caido el último bajo las banderas. ¡Pluguiera al cielo que el laurel de esas ofrendas

echara honda raiz en ese suelo i bastaran sus retoños para orlar un dia las frentes de esa lejion de valientes, que va cada dia a la batalla del fuego con su túnica encarnada, como una protesta viva contra la suntuosa inercia en que vivimos sepultados dentro de riquísimo ataud.

***

Adelantando nuestros pasos mas hácia el fondo, pero siempre dentro del claustro de las familias, destácase en encumbrado relieve el sepulcro-templo del senador Larrain Moxó. Es esa una de las obras de arte mas acabada i mejor concebida de nuestro Cementerio, porque la rica capilla del Renacimiento que corona la bóveda, la cubre a la vez i la proteje contra la intemperie: es un altar al que subirán los nietos del noble fundador con piés enjutos, sin que el raudal de nuestro clima haya invadido por traidora grieta los santos sarcófagos.

Al lado de una mansion rejia, pero en cuyo frontispicio una modestia sublime ha resistido a inscribir un nombre, álzase sobre una columna de mármol liso el busto renegrido de un hombre humilde que vivió siempre en el pórtico de los palacios para servir desde allí a los desheredados de las chozas, de las cárceles i del patíbulo.... Es el busto de «José Romero,» tambor de los *Infantes de la patria* en Maipo, edecan honorario de todos los gobiernos, procu-

rador de pobres i de reos en capilla en todos los indultos. Por esto el artista cinceló en el pedestal de la columna la imájen del ave sagrada que simboliza la caridad infinita: la idea ha sido feliz hasta en la armonía de los nombres:—*Peluca* i el *Pelícano.*

Este monumento—humilde como la memoria que consagra—tiene un mérito señalado: es la glorificacion de un hombre pobre pagada por un rico. Enviólo desde Europa, hace veinte años, don Francisco Javier Rosales (1).

*
* *

«Peluca» fué el perdurable portero de los grandes: que sea entónces su sombra la que nos conduzca al majestuoso *Patio de los mausoleos* (2).

*
* *

¡Cuánta riqueza! Cuánta infinita prodigalidad de mármoles, de urnas, de pirámides, de ánjeles de dolor, de símbolos de la *Fe* i de la *Esperanza!* I al propio tiempo, ¡cuántos grandes nombres!—Freire i

(1) «Peluca» elijió él mismo el sitio de su descanso cerca de los atrios de las terceras, para que «cuando los mulatos de Santiago pasen cerca de mi sepultura—dijo el mismo Romero al admistrador en aquella ocasion—se quiten el sombrero i acordándose de mí, digan:—«*Mulato hijo de una gran tal... Padre Nuestro, que estás en los cielos*»...

(2) El número de sepulturas de familia que existen en el Cementerio hasta el presente (octubre 1.° de 1877), es de 2,900, i el de los mausoleos 396, con 1,296 sepulturas, o sea un total de éstas de 4,196.

Los permisos para construir mausoleos en 1876, ascendieron a 28, lo que, al precio de 30 pesos por cada permiso, produjo 840 pesos.

La exhumacion de cadáveres llegó solo a 21 casos, la mayor parte de

O'Higgins, cuyos apaciguados manes corona con una sola mano la inmutable gloria. Prieto, espalda con espalda con Las Heras. Garrido, no léjos de Tupper. Borgoño, al alcance de la voz de Blanco, como en Maipo. Pinto i Búlnes, reunidos como en un solo hogar a la sombra de los cipreses....

---

personas cuyos restos eran trasportados a las iglesias, i cuyo servicio produjo, por la misma tarifa de los mausoleos, 630 pesos.

Otro dato estadístico reciente sobre el Cementerio de Santiago: su renta en 1876 fué de 29,986 pesos i su gasto solo de 10,116.

Otro dato exacto i abrumador: el número de cadáveres enterrados el año último fué de 13,389!

Hé aquí todavía otra comprobacion de nuestro cálculo anterior sobre el probable millon de séres hermanos con que nuestro Cementerio conmemorará en 1921 su primer centenario:

Cadáveres enterrados en

1863	11,546
1864	10,635
1865	11,569
1866	9,770
1867	9,401
1868	8,313
1869	11,275
1870	9,151

En 8 años, 81,660 cadáveres.

En cuanto a la proporcion ordinaria en que se hacen los entierros por meses i por sexos, hé aquí un cuadro anual de reciente data:

	Hombres	Mujeres	Párvulos	Totales
Enero	192	210	537	939
Febrero	226	179	456	861
Marzo	177	184	400	761
Abril	174	137	275	486
Mayo	257	193	295	745
Junio	242	174	289	705
Julio	194	172	302	668
Agosto	174	190	345	709
Setiembre	214	185	314	713
Octubre	191	193	338	722
Noviembre	189	199	409	797
Diciembre	204	207	534	945
	2,434	2,223	4,494	9,151

Aquellos grupos de blancas urnas son la epopeya de nuestro glorioso pasado, escrita, o mas bien, esculpida en marmóreas estrofas. Es algo que enaltece al alma del chileno recorrer esas silenciosas pájinas del libro de la gratitud i de la gloria, que nos limpia del baldon de un apodo secular i americano, —«el pago de Chile».

*
* *

Pero al propio tiempo, apena i aflije al que como filósofo visite estos lugares el recordar que esos testimonios de veneracion no han sido erijidos a sus grandes servidores por la patria, sino por íntimas afecciones, por el don de la fortuna, por la opulencia de las testamentarías i de las hijuelas pagadoras. Ah! ¿Dónde está la humilde columna, la lápida de piedra, la cruz carcomida de madera que consagra el sitio en que las sales de la tierra disolvieron el cráneo de Camilo Henriquez, esa lámpara de esplendente luz que la mano de Dios colgó en el pórtico de la revolucion? Dónde está la columna expiatoria que cubra la inmolacion del Camilo de la espada i la guerrilla de Manuel Rodriguez, libertador i martir? Dónde el trozo de granito en que descansó de su última fatiga el jeneral Zenteno, el mas grande de los filósofos de la revolucion, porque fué el mas probo, junto con el ilustre Salas, que fué benefactor i filósofo ántes i despues de la revolucion? I los tres Carreras? I los cinco Eyzaguirres i

los siete Benaventes, i Manuel Jordan, i Bueras, i Cienfuegos, i los dos Gameros, i Spano, i Alcázar, viejos venerables los unos, mancebos sublimes los otros, todos sepultados en el campo de la gloria, que en Chile ha sido el eriazo del olvido? I Lastra, i Egaña, i Campino, i don Ventura Blanco, i don Cárlos Rodriguez, i don José Miguel Infante, i Tocornal, estos organizadores civiles del pais civil ¿dónde desansan de su larga i dura labor de mas de medio siglo? Ah! O'Higgins mismo, que es la encarnacion mas jenuina i mas amplia de la revolucion, porque participó de sus virtudes i de sus faltas, no habria encontrado una urna dispuesta para recibir sus caras i olvidadas cenizas, si el acaso no le hubiera dado un hijo enriquecido por la liberalidad de estraños, i si ese hijo no hubiese escuchado el apremiante ruego de un amigo que solicitó en hora propicia ese túmulo de mármol destinado a estranjera tierra, para iniciar a su sombra la éra de incesante reparacion, que todavía proseguimos cual viejos obreros de una labor que comenzamos en harto juveniles años.

***

I aquí nos será perdonado recordar—porque así se comprenderá mejor el alcance i el móvil de esta revista de póstumas glorias, emprendida en presencia de nebulosas disputas de sectarios, pero sin tomar en ella cartas ni lenguas—que nosotros, como el

lapidario de Walter Scott, hemos sido, desde la niñez, asiduos visitantes de los cementerios, bajo todas las zonas, entre todas las razas, bajo todos los cultos. I de esa suerte i por ese camino, nos fué dado leer con emocion sobre planchas de tosca madera, las primeras imprecaciones que los vivos escribian en lugar de epitafios sobre el suelo todavía movedizo i ensangrentado de San Francisco de California; i así como admiramos la fúnebre arquitectura del famoso *Campo Santo* de Piza, i estrajimos respetuosamente las cenizas del abate Molina del Panteon de Bolonia, nos inclinábamos con igual veneracion sobre el césped de las ancuviñas, que fueron la rústica ara de la inmolacion del *húsar de la muerte*, como sobre los grandiosos sepulcros que los florentinos han consagrado en su iglesia de Santa Croce a Miguel Anjel, al Dante, a Galileo, a Alfieri i a todos sus mas grandes hijos.

«Los cementerios—escribíamos por esto hace un cuarto de siglo ya de sobra lleno—forman la primera pájina en que el viajero debe leer la historia i estudiar el carácter de cada pueblo.»

I luego proseguíamos:

«Bajo estas influencias, yo visitaba con preferencia los cementerios de las grandes capitales, i encontraba mas que observar en ellos que en las plazas públicas. Me era dulce viajar por entre aquellos bustos de mármol que me parecian, sin embargo, mas sensibles que los desconocidos que recorrian

las veredas de aquellas ciudades que yo no debia ver sino como la tela de un panorama que se descorriera a mi vista. En vez de los codazos i pisotones del tropel, me encontraba solo i mas dueño de mí mismo en aquellos claustros; i los votos de ternura i de fe que el cincel habia esculpido sobre el helado mármol, me parecian tener un eco mas suave que el murmullo de la preocupada muchedumbre.»

. . . .

«No encontraba igual soledad en el cementerio del *Père Lachaise*, este último i fúnebre museo de París. Una calle de marmolistas, de tapiceros i de floristas que tejen coronas de siemprevivas, da acceso al gran cementerio. Es costumbre de las floristas ofrecer sus ramos i coronas a los que pasan, i por una de esas delicadezas de gusto de que solo los franceses son capaces, estas vendedoras de recuerdos fúnebres usan vestidos negros.... La primera tumba que se ofrece a la vista, es la de *Eloisa i Abelardo*. Los bustos de los dos amantes, hechos con la piedra del Paracleto donde se refujió Eloisa, yacen reclinados el uno al lado del otro, unidos en la tumba como lo estuvieron, por el amor, en la vida.

«Un jardincito rodeado de una reja está dedicado a este mudo himeneo que los siglos han consagrado en la memoria de los que aman. La tumba estaba cubierta de coronas, unas marchitas, otras frescas todavía, votos de los amantes desgraciados que vienen a pedir a estos supremos mártires de una

pasion desgraciada un consuelo o una esperanza. . .

«Ví mas allá la estatua del bravo Labedoyere, el único soldado a quien Napoleon, abrazándolo, le hubiera jamas dicho:—*Je vous dois l'Empire!* Una figura de mujer llora sobre una modesta urna en la que hai esta inscripcion: *Enlevé à tout ce que lui était cher, le* 19 *août* 1815; i en la base sobre un bajo relieve, en que una madre abraza a su hijo en la cuna, este otro voto de amor: *L'amour de mon fils a pu seul me retenir à la vie.*

«La tumba de *Ney*, la otra gran víctima de las venganzas de la monarquía, no tiene inscripcion ni lápida siquiera.

«Las iniciales de «Miguel Ney» están diseñadas con algunas yerbas que crecen en el suelo.

«Sus compañeros de armas i de gloria, *Mortier, Massena, Suchet, Macdonald, Saint Cyr, Junot*, están agrupados a su derredor. *Casimiro Perier* tiene un soberbio monumento coronado por su estatua, levantado por suscricion nacional. A un lado del vasto círculo en que éste ha sido erijido, está el busto de *Fourier*, casi perdido entre las ortigas i malezas. ¡Tal es la diversa suerte del jenio! El que ha servido una bandera política egoista, tiene un mausoleo erijido por la admiracion de sus parciales; el que se consagró a la humanidad, no tiene sino olvido, ingratitud, calumnias i abrojos......

«*Benjamin Constant* no posee mas inscripcion que su busto, tan conocido por su tipo ingles i sus abun-

dantes bucles. Los tres hermanos *Lameth* tienen por símbolo tres columnas que sostienen una urna. *Garnier Pagés* i *Armand Carrel* están sepultados bajo una simple lápida, austera como el respeto que han legado sus nombres. El jeneral *Foy* se ve en la actitud de arengar al pueblo, vestido con una túnica romana. La tumba del republicano *Manuel* tiene por epitafio aquella sublime protesta, cuando vino a la Cámara a hacerse echar a empellones de su banco:—«Ayer anuncié a la Cámara que no cederia sino a la fuerza; hoi vengo a cumplir mi palabra!» *La patrie* (dice otra línea) *attend pour lui d'autres honneurs. La Fontaine, Molière, Dellile, Talma, Moratin, Bernardino de Saint-Pierre, Aimé-Martin, Bellini*, forman un grupo bajo los árboles. ¿Cuántos pensamientos brotan de tanta gloria? Uno de los monumentos mas hermosos es el del jeneral *Gobert* cayendo de su caballo mortalmente herido. El caballo tiene entre sus piés al soldado que ha derribado a su jinete. Esta afectuosa inscripcion embellece la figura:—«*Jamas, oh padre mio! el enemigo tocó de tu sable sino la punta;... i en la primera derrota tú eres muerto!*»

«Este cementerio, el mas bello de Europa, está construido en una colina boscosa i accidentada al oriente de Paris. Ofrece, por tanto, sitios mui románticos, i en la cumbre de la colina donde se alza la pirámide de la familia de Duras, se obtiene una doble vista que domina el cementerio i Paris,—el Pa-

ris de la muerte i el de la vida, dándose la mano el uno con el otro, separados solo por la mano del sepulturero! (1)

. . . .

. . . .

* * *

Mas, haya sido como quiera nuestro pasado de ayer i de un siglo, es hoi un hecho de salud i de consuelo para el ánimo, que la angustia de esta visita frecuente a los muertos gloriosos o simplemente queridos, entristece el que ofrecen estos refujios de la nada mundanal que no han sido olvidados ni por el cariño, ni por la riqueza, ni por la pereza insondable de nuestra vida social i política. Mui al contrario: no vacilamos en afirmar—i esta ha sido en nosotros una tésis tan antigua como nuestra razon—que el monumento de mayor honra para Santiago no son ni sus hospitales, ni sus estatuas, ni sus catedrales, ni sus maravillosos paseos públicos, sino su Cementerio, aquel «potrerillo de alfalfa» de nuestros abuelos, que fué en seguida un hacinamiento de nichos de adobe i de ladrillos, i que hoi, siguendo paso por

---

(1) Al reproducir los anteriores fragmentos de un libro publicado por nosotros en 1855, no hemos obedecido a un pueril espíritu de vanagloria, fundada en las analojías que de las presentes i de aquellas pájinas se desprenden, sino simplemente por establecer la unidad de la conviccion, del culto, o si se quiere, de la monomanía que a este respecto nos ha dominado toda la vida, esto es, la difusion del amor i del respeto por los muertos en medio de un pueblo que solo les ha tenido horror.

paso nuestro desenvolvimiento social i doméstico, es una ciudad de mármol, miniatura de una ciudad de palacios.

*
* *

No nos seria permitido negar, i ménos lo negaríamos en el Cementerio de Santiago, que haciendo de la pluma un escalpelo, no hemos tenido en muchas ocasiones la meticulosa piedad del principiante con las entrañas del sér moral e histórico cuya autopsia el deber o la aficion nos encargaba. Pero ese mismo espíritu de indestructible justicia nos hace inclinarnos con respeto delante de esta ciudad que, semejante a todas las grandes capitales del mundo, desde Roma a Lóndres, desde Aténas a Paris, han sabido honrar las cenizas de los que fueron. Un pueblo que olvida sus muertos i que arroja los cadáveres de sus mayores a las jemonias o a los muladares, es un pueblo que no merece vivir, i de aquí tal vez esa universal veneracion por el sitio del último descanso, en el salvaje como en el filósofo, en el creyente como en el ateo.

*
* *

Un reproche de arte podria, empero, hacerse al Cementerio de Santiago en medio de su indisputable suntuosidad: el de la monotonía. Todo es allí mármol blanco, todo es Carrara. No se ha solicita-

do jamas la piedras de otras montañas, tanto mas adecuadas a nuestro clima que aquella quebradiza sustancia, tan frájil al hielo como al sol. Ni una sola columna de granito de Aberdeen, la roca mas elegante i mas duradera al aire libre; ni una urna de pórfiro encarnado, ni un trozo siquiera de basalto, «la piedra azul» de nuestros cerros sobre la memoria piedra azul de alguno de nuestros millonarios... Todo es blanco en esos claustros; i si no fuera por la sombra de semi-seculares cipreses, debidos al intelijente celo de los administradores Dávila i Portales, parecerian aquellas tumbas, mas que mausoleos de un cementerio, las tiendas blanquecinas de un campamento en desórden. El Cementerio de Santiago, bajo el punto de vista artístico, es una cantera de Carrara.

***

No hai variedad tampoco ni en el gusto, ni en los grupos, ni en las concepciones, ni en las figuras. Todo es o florentino, o romano, o lombardo. Todo ha sido embarcado en Jénova o en Liorna, i pulimentado conforme a los modelos de los marmolistas de Santiago. Los ánjeles están en idéntica actitud: de rodilla o mirando al cielo. La *Esperanza*, la *Fé* i la *Caridad* son siempre tres hermanas que visten el mismo traje i muestran sus lindos i aflijidos rostros de igual manera. I los que no son símbolos celestes, son urnas o son pirámides. Apé-

nas si en los últimos años el hábil i laborioso dálmata Stainbuck ha introducido el gusto de las bóvedas coronadas de cúpulas que son o pueden hacerse altares de oracion. I este jénero de construcciones, que tienen la ventaja de no requerir sino material del pais, desde el humilde ladrillo al jaspe de Pelequen, ofrece para el porvenir una mudanza que nos es grato presajiar. Los sepulcros modernos se hacen ya a manera de viviendas, lo que aleja el enfermizo terror de la muerte i contribuye poco a poco a que los cementerios sean lo que deben ser,--«las ciudades de los muertos».

***

Ahora algunos detalles para poner término a esta visita larga i penosa como un dia de difuntos.

Entre un grupo de mausoleos verdaderamente rejios, algunos de los cuales han costado en Europa un centenar o dos de miles de francos, como la capilla de la familia Garin, los sepulcros de Cousiño, de Goyenechea, de Soto (que tiene un ánjel admirable), el de la familia Balmaceda (que es una ciudad de mármol), i de otros de ménos aparato, pero acaso de mejor gusto que el último, encuéntrase, a manera de un potrerillo en miniatura—imájen del primitivo asiento del Panteon—un pequeño cuadro encerrado dentro de una reja, i que tiene en su úni-

ca puerta de entrada una leyenda verdaderamente terrible i una frase que hiela de espanto el corazon del que pasa i recuerda: esa leyenda i esa frase dicen así:

INCENDIO DE LA COMPAÑIA
8 DE DICIEMBRE DE 1863.
RESTOS DE SUS VICTIMAS.
2,000
«MAS O MENOS.»

***

Otro detalle, «mas o ménos,» como el de la Compañía.

En la mitad de cada una de las noches en que los que viven gozan o descansan, ábrense de par en par las puertas del *Patio de los mausoleos*, i rozando los lujosos salientes de sus marmóreas construcciones, pasan, arrastrados por pardas mulas, los carretones del Panteon. Por un antiguo mandato de la Intendencia de Santiago, está dispuesto que esos carretones no puedan jamas atravesar la poblacion sino seis cuadras al oriente de la Plaza de Armas, es decir, tras del Santa Lucía, o seis cuadras al poniente, es decir, por las calles de los Baratillos o del Colejio.

Pero aquí, en el Cementerio, que es comun como el templo, la inexorable igualdad de la muerte, que cantó Horacio en su famosa oda, tiene el mas rigo-

roso cumplimiento.—Los carretones del Panteon podrian penetrar fácilmente en el osario de los hospitales, por el *Potrerillo de las mulas*, al pié del Cerro Blanco; pero como los muertos del *Patio de los mausoleos* no se quejan ni protestan de lo plebeyo, las mulas i sus palafreneros cuidan su alfalfa suculenta i van a dejar ántes del amanecer, su lúgubre carga en aquel recinto profundamente triste,—arrabal fétido i sombrío de estos emporios de la fastuosa muerte, i que, empero, cantó un gran poeta ingles que habia saludado tambien a Chile en sus estrofas, con estancias inmortales.

«Beneath the rugged elms, that yew-tree's shade
Where heaves the turf in many a mouldering heap
Each in his narrow cell for ever laid,
The rude forefathers of the hamlet sleep» (1).

*
* *

No ha llegado a tratarse todavía en Chile—pais copista por escelencia—del último gran progreso de la ciencia cineraria,—la de la *cremacion* colectiva en hornos o en retortas a fuego blanco o a fuego ro-

---

(1) "Bajo aquellos rugosos olmos i a la sombra de aquel tejo, donde el césped se alza en musgosas prominencias, allí, cada cual en su estrecho recinto, reposan para siempre los rudos antepasados de la aldea"....

No puede dar esta llana traduccion gramatical ni la mas remota idea de la estrofa que hemos elejido de la elejía famosa en todo el universo i en todas las lenguas, que el poeta ingles Tomas Gray escribió en el cementerio de la iglesia de Stoke Pogeis, cerca de Lóndres, en 1751, i en el cual se halla ahora su propia tumba. No hai nada mas solemne i a la vez mas sencillo, nada mas sentimental i a la vez mas profundo, nada mas imitativo, variado i al propio tiempo mas inmutable que esta pieza admirable de poesía inglesa.

jo, como no se ha hablado tampoco del arriendo de los osarios para la fabricacion de ácido sulfúrico, cual lo emprendiera no há muchos años, a medias con el cura, un americano del norte en un pueblo de Nicaragua, que hoi está dando que hablar grandemente al mundo. Pero confiamos que, al ménos durante la vida de los séres que hoi amamos, no hemos de alcanzar la meta de esas innovaciones, que no son sino copias exajeradas de cosas ya antiquísimas.

Comprendemos la incineracion de los romanos en la ánfora doméstica, i hasta la pira del indú en que se precipitan sus mujeres, porque todo eso es todavía ofrenda o delirios del amor herido. Pero la *cremacion* moderna es simplemente una industria fabril, como la del ácido sulfúrico (1).

Dijimos tambien que Gray habia conmemorado, hace cerca de ciento cuarenta años, a Chile, i en efecto, en su poema *The progress of Poetry,* se encuentra la siguiente estrofa:

In climes beyond the solar road.
Where shaggy forms o'er ice-built roan...;
And oft beneath the odorous shade
Of Chili 's boundless forest laid....

"En climas situados mas allá do el sol hace su camino, donde desgarradas nubes se mecen sobre los ventisqueros de hielo.... I frecuentemente bajo la sombra de las olorosas e inmensas florestas de Chile, yace," etc.

Anúnciase hoi dia mismo (agosto de 1877) como una novedad artística. que el famoso dibujante i poeta Gustavo Doré ha estado en Lóndres i ha visitado el cementerio de Stoke Pogeis con el objeto de ilustrar con su májico lápiz *The Elegy writen in a Country Churchyard,* de Gray, en la misma forma en que acaba de hacerlo con la cancion del viejo marinero (*The ancyent mariner 's song*) de Coleridge, cuya singular escena pasó tambien a principios del siglo pasado en los mares de Chile, a bordo del barco corsario *Cliperton.*

(1) Aun los mas fogosos sectarios de la *cremacion* por procedimientos químicos, pagan su tributo a la naturaleza, que vive siempre renován-

*
* *

Un último detalle sobre la fosa comun de los desheredados i de los mausoleos de los grandes i de los opulentos, es decir, de los que la ciencia moderna destina a la *cremacion*, con el apéndice de «aventar las cenizas,» i los que reserva para las ánforas de oro o lapislázuli.

Entiérranse aquellos, en el Cementerio de Santiago, en hileras simétricas, como a simples soldados que el plomo ha herido en el campo de batalla de la vida: sepulturas sin nombres, sin cruces, sin epitafio, sin herederos, sin una sola lágrima que endulce el agrio cantar de los sepultureros miéntras ejecutan su ruda tarea a la luz de renegridos faroles, o con el indeciso claror de las estrellas que envian a la mañana sus últimos destellos. I bien! Sepultura por sepultura, fosa comun por grandiosos mausuleos, nosotros estamos por la poesía, la hijiene, la naturaleza, todo lo que es la sencilla instalacion de aquellas, escepto un trozo de piedra que diga el nombre i la fecha del desaparecido para los pocos que guardan el culto de su memoria.—Aquellos portillos de fierro, con candado, en que apénas cabe un ataud;

dose, nunca destruyendo. Acabamos de leer en un diario de Estados Unidos la noticia de cierto doctor, acérrimo propagandista de la *cremacion*, que, al morir, en julio último, en San Luis, ordenó que se le quemase, pero estrayéndose previamente *su corazon*, que seria conservado en su pueblo natal de Nantuket, en Massachussets.

aquellos sepultureros de blusa azul i casquete de terciopelo negro (botin del ataud...), que descienden por una escalera i pisan brutalmente los féretros sagrados del padre que recibe a sus hijos; i sobre todo, aquel *pehual* de cuero con que enlazan el vaso húmedo todavía de lágrimas, en que acabamos de depositar el ósculo del último adios... todo eso, que vemos cada mañana, es un espectáculo verdaderamente brutal para los que sufren i para los que aman. Nosotros no respetamos la muerte, la tememos. Por esto toda inhumacion en nuestro Cementerio es una especie de tarea en la que todos están de prisa, escepto los que quisieran quedarse allí para siempre....

Otro contraste de hijiene i de condicion social: el ámbito del Cementerio ha sido plantado por consejo del doctor Sazie con la aromática *ñipa*,—planta silvestre de hojas glutinosas que embalsaman i purifican el aire de las fosas entreabiertas. Pero los cadáveres de los privilejiados tienen un holocausto especial en beneficio peculiar del olfato de los vivos que afanosos les acompañan, i es el siguiente:

Cuando el ataud exhala miasmas deletéreos, un sepulturero enciende en una pequeña estufa, anexa al pasadizo de las mesas de mármol en que se reza los últimos responsos, un palo de *colliguay*, traido de los matorrales de la Dehesa i comprado por el establecimiento como el mejor incienso al aire libre...

*
* *

Ese es el privilejio de los ricos, de los que van al sitio de la nada con su último tren, con su última librea, con la postrera vanidad de la vida i de la muerte. Oh! i cuánto mas felices sois vosotros los que, envueltos en el tosco sudario de la caridad, descendeis olvidados, inodoros, silenciosos, sin acompañamiento del coche de gobierno ni de sus edecanes, sin discursos de ultra-tumba, sin el humo de la estufa purificadora del ambiente que encienden en la última posa del fúnebre cortejo!

Al ménos vosotros devolveis intacto a la tierra lo que es su herencia i su renovamiento infinito i eterno como la naturaleza, que cambia en flores lo que el mármol dorado trueca solo en asquerosa i nociva pestilencia.

Camino de Cintura, setiembre de 1877.

FIN.

INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN EL PRESENTE VOLUMEN.

ERRORES NOTABLES (1).

CRUCERO DE LA ROSA DE LOS ANDES.

Páj.	10	1866	*1867*
«	50	La nota corresponde a la pájina 52, i vice-versa.	
«	62	*reunido*	*reunidos*

ORIJEN DEL NOMBRE DE CHILE.

Páj.	19	Oloscoa (nota)	*Oloscoaga*
«	19	Pilnaiquen (nota)	*Pilmaiquen*
«	20	*hilis* (nota)	*chiles*

UN DUELO A MUERTE.

Páj.	3	del Darien	*de Taboga*
«	10	fogosa	*boscosa*
«	31	«uno!...	*«una!...*
«	37	casa	*familia*

BATALLA DE MAIPO.

Páj.	34	delineaciones	*detonaciones*
«	37	El primer párrafo de la pájina 39 corresponde a la pájina 37, despues de «el molino de Lo Espejo».	
«	39	*Creta...*	*Ceuta...*

(1) Impreso este libro encontrándose ausente el autor, adolece de algunos errores tipográficos entre los cuales correjimos solo aquellos que alteran el sentido de las frases.

PEDRO DE VALDIVIA.

Páj.	33	Villega	*Villagra*
«	35	Meya	*Mella*
«	55	halcones	*galpones*
«	73	esplotando	*esplorando*

LA ULTIMA CAMPAÑA DE VALDIVIA.

Páj.	12	1534	*1536*
«	14	se tenian	*le tenian*
«	24	26 de diciembre	*25 de diciembre*
«	30	1534,	*1554,*

LA CIUDAD DE SANTIAGO.

Páj.	47	remudados	*remendados*
«	53	no ha	*nos ha*
«	55	Pica Bravos,	*Pica, Bravo,*
«	68	con el	*en el*
«	70	assi	*alli*
«	72	o de picos	*de picos*
«	102	las hermanas	*la hermana*
«	113	Gualilemo	*Huaulemo*

¡COSAS DE CHILE!

Páj.	8	dichos desposados	*dichosos desposados*
«	9	animoso	*ominoso*
«	10	*ais!*	*ai!*
«	13	a lo Portales,	*«a lo Portales,»*
«	42	corredor	*comedor*

EL JENERAL SAN MARTIN DESPUES DE CHACABUCO.

Páj.	7	Otarela	*Estay*
«	11	mon-tai	*mon-tar*
«	18	víspera (nota)	*tarde*

EL JENERAL SAN MARTIN ANTES DE MAIPO

Páj.	8	epistola	*esquela*
«	32	tirano.	*tirano!*
«	45	apague	*apoye*
«	48	calzado	*calzados*

EL ALMIRANTE BLANCO.

Páj.	8	nacido de	*nacido hacia*

LA CIUDAD DE LOS CESARES.

Páj.	42	Conservaban intactas	*Mantenian erectas*
«	55	con las	*como las*
«	55	lo parezca	*no lo parezca*
«	60	rei	*virei*
«	62	combatiendo la bandera	*combatiendo bajo la bandera*
«	67	amada patria	*amada madre patria*
«	69	u holandeses (nota)	*i holandeses*
«	80	mujeres	*monjes*

PEDRO SANCHO DE LA HOZ.

Páj.	25	un palabra	*una palabra*
«	40	dijo (nota)	*contestóle a aquel, segun dijo*
«	44	hecho	*ordenado*
«	55	muerte	*nuestra*